San Salvador, 4 de julio de 1905.

Señor. Pbro Dr. Don José María López Peña

Santa Tecla.

Aceptamos con mil agradecimientos la dedicatoria que U. se ha servido hacernos del librito titulado "*Devoción práctica al Sagrado Corazón de Jesús*," el cual, según el informe de censura que se Nos ha dado, llena cumplidamente el laudable y piadoso objeto que U. se propone al disponer su publicación.

Concedemos, pues, la licencia necesaria para que pueda imprimirlo: y con el mayor gusto agraciamos á los fieles que de él hagan uso, con cincuenta días de indulgencia por la lectura de cada tratado ó capítulo completo, ó por cada uno de los ejercicios de piedad que contiene.

Le enviamos, finalmente, nuestra bendición, deseándole toda felicidad en el Señor, y suscribiéndonos su afmo.

✠ ANTONIO ADOLFO,
Obispo de S. Salvador.

Al Ilmo. y Rvmo. Sr. Obispo Dr. D. Antonio Adolfo Pérez y Aguilar.

BRILLANTE y envidiable puesto de honor os habéis conquistado, Ilmo. y Rvmo. Señor, entre la gloriosa falanje de los inmortales amigos del Corazón Sacratísimo de Jesús.

Celoso fundador del Apostolado de la Oración, que habéis constituido sobre bases sólidas y firmes, y propagador entusiasta de tan santa institución, á Vos se os debe el gran desarrollo que ha adquirido durante vuestro fecundo Pontificado la salvadora devoción al adorable Corazón de nuestro Divino Redentor, y á Vos os deberá la Iglesia Salvadoreña el honor de ser la primera en la América Central de poseer un suntuoso templo consagrado al Deífico Corazón.

A Vos, pues, Ilmo. y Rvmo. Señor, que tan altos méritos tenéis con ese Corazón Sacratísimo y que tanto os interesais por su gloria, tengo el honor de ofrecer y dedicar este humilde libro, consagrado á fomentar esa misma devoción que os es tan grata,

Salvador, he emprendido la composición de este libro, con el objeto de dar á conocer la salvadora devoción del Corazón Sagrado de Jesús, sus manifestaciones más hermosas y el modo de practicarlas, para que reunido en un solo volumen lo que se halla disperso en muchos libros y opúsculos, arreglado con orden y expuesto con claridad cuanto es necesario saber sobre devoción tan santa y maravillosa, se aficionen más y más las almas á ella, la practiquen bien, sin mezclas ni confusiones que la desvirtúen, y encendidos en deseos de extenderla y propagarla entre los demás, estén en aptitud de hacerlo como conviene, es decir, sabiendo lo que se hace, por qué se hace y cómo se hace.

Pues nada perjudica tanto á la verdadera devoción, como el no tener ideas claras acerca de su naturaleza, el abrazarlas sin saber por qué, sin reflexión y sin exámen, contraviniendo así á lo que expresamente manda el Espíritu Santo,

quien por boca de S. Pablo ordena que *nuestro culto á Dios sea racional*, es decir conforme a la razón, animado por la fe, esperanza y caridad, vivificado por la gracia y dirigido á Dios por la recta intención. *Devociones á bobas* llamaba Santa Teresa de Jesús las que se abrazan á la ligera y sin discernimiento de lo que son y en qué consisten y solo por espíritu de novedad. Devociones así aceptadas hacen más daño que bien, porque de ese modo no es posible practicarlas como se debe, se incurre en errores ó exageraciones, se falsea la piedad, no se obtienen los frutos de santificación que debían producir, y sobre todo, se abandonan con suma facilidad, y como ninguna echa reíces, el alma se queda al fin convertida en un erial que solo produce malas yerbas.

Al exponer y reunir las diversas manifestaciones de la devoción al Sagrado Corazón, no es mi ánimo estimular á que todos y cada uno

las abracen todas, que eso sería incurrir en el mismo defecto que acabo de indicar. Habrá personas que sí tengan la dicha de poderlas practicar todas; pero la generalidad de los fieles no. Estos escogerán aquellas que más se acomoden á su espíritu, á sus deberes, á sus circunstancias y las que crean más provechosas para su adelantamiento espiritual, que es el objeto final y único de toda verdadera devoción. Sea cualquiera la práctica de piedad que adopten, deben estar seguros, con tal que la hagan bien, que se hacen merecedores de las grandes promesas que el Sagrado Corazón tiene hechas á sus verdaderos devotos, debiendo advertir empero que entre todas esas prácticas, la principal y más excelente de todas y á la cual ningún verdadero devoto del Sagrado Corazón debe dejar de pertenecer, es el Apostolado de la Oración.

Pero sí he querido que ninguno perezca por falta de alimento espiritual con que nutrir su devoción.

ó deje de adelantar en el amor y servicio del Sagrado Corazón por falta de conocimiento de las diferentes prácticas piadosas con que se le honra. Hay y habrá siempre almas escogidas que necesitan de más amplios horizontes donde poder desplegar el vuelo de su piedad y devoción y deseosas de inmolarse en aras del divino amor.

Aunque la devoción al Corazón Sacratísimo de Jesús está, á Dios gracias, muy extendida entre nosotros, sin embargo todavía falta mucho para que tenga todo el vigor y la extensión que debe tener y tiene en otras partes, como se comprenderá por el simple enunciado de las diversas manifestaciones de esa devoción que se contienen en este libro, varias de las cuales aun no están establecidas, y creo no engañarme al agregar que la mayor parte de los fieles no las conocen ni siquiera de nombre.

Darlas á conocer es, pues, un servicio que se hace á la piedad catól-

lica y es contribuir, siquiera en una mínima parte, á que se realice el deseo infinito manifestado por el Divino Corazón á su fiel sierva la Beata Margarita María de ser conocido y amado de sus creaturas.

Réstame solamente decir que cuanto aparece en este libro son selectas y granadas espigas recogidas en el amenísimo campo cultivado por los santos y por varones espirituales y doctos.

Quiera el Divino Corazón echar su copiosa bendición para que este libro sea semilla de virtud que produzca abundantes frutos de vida eterna, como humildemente y con toda insistencia se lo pido.

Sta. Tecla, fiesta de Sr. S. Jose, 1905.

PRIMERA PARTE

I

Naturaleza de la devoción al Corazón de Jesus.

Existe una devoción tan antigua como el cristianismo, y tan nueva que podemos llamarla *de nuestros días;* una devoción que con fuerza misteriosa está atrayendo y conmoviendo todos los corazones, y en la cual están cifradas las esperanzas de la Iglesia y la salvación del mundo; una devoción tan tierna como delicada, tan delicada como profunda, tan profunda como divina, tan divina como humana; una devoción que nació en el Calvario, y que cuando el mundo se acabe, se anegará en el océano de la gloria para convertirse allí en una adoración y en un amor los más sublimes, en una adoración y en un amor sin fin.

Esta devoción es la del Corazón sacratísimo de Nuestro Señor Jesucristo.

Es ésta una devoción que ha de animar todas nuestras devociones y obras de piedad y la práctica de todas las virtudes; ha

de ser el alma de toda nuestra vida interior; toda ella se ha de nutrir con su abundante savia, é impregnarse de su espíritu, que es el verdadero espíritu de Jesucristo.

Esta devoción es la quinta esencia del cristianismo.

¿Acaso la religión de Jesucristo no es la religión del amor? ¿No es el amor la esencia del cristianismo? El primer mandamiento de la Ley, el mandamiento grande, al cual toda la ley se réduce, ¿no es acaso el amor? Y toda la devoción al Corazón de Jesucristo ¿es por ventura otra cosa sino el conocimiento, la adoración, la correspondencia y el culto de ese amor?

Si quieres amar esta devoción, conócela; si quieres conocerla, dirígile una mirada: considera en ella el símbolo y la realidad, esto es, lo que representa y lo que es, ó si pudiera así decirse, su cuerpo y su alma; mira su fin y sus frutos, su origen y su propagación, y verás que es la devoción por excelencia, y que todas las demás devociones comparadas con ella, vienen á ser como los astros en presencia del sol.

¿Cuál es el objeto exterior y material de esta devoción, ó sea el símbolo de la misma? El corazón de carne de Jesucristo; corazón formado por el Espíritu Santo de la purísima sustancia de María, órgano perfectísimo del amor de Jesús, dulce y cruenta víctima, nacida para amar y sufrir; corazón adorable,

porque está unido con la persona del Verbo; corazón que por si solo merece todo el culto que se tributa á Dios, todo el amor y todas las adoraciones de los hombres y de los ángeles.

¿Cuál es el objeto formal y espiritual de esta devoción, ó sea la cosa significada por ese corazón de carne? Es el amor de Jesucristo, su amor divino y su amor humano; el amor inmenso de Jesucristo como Dios, su amor sin límites como hombre; el inefable consorcio de los dos amores en un corazón que ama como solo Dios sabe amar, y que ama con indecible ternura; en un corazón en suma que ama como solo Jesús ha sabido y sabe amar.

El conocimiento íntimo de Jesucristo, la meditación de sus bondades, la gratitud por sus beneficios, la reparación de las ingratitudes é indiferencia de los hombres para con él; tal es el fin de esta devoción. O más brevemente: su fin es inspirarnos un amor grande y tierno á Jesucristo.

¿Qué corazón no se conmueve al contemplar á ese Corazón como víctima del exceso de su amor? ¿Qué corazón no se mueve á compasión y amor de ese divino Corazón?

¿Qué frutos produce ese árbol de vida? Todos los frutos de la vida. El odio al pecado, que puso en tristeza y agonía de muerte á ese divino Corazón, la reforma de las costumbres, la regeneración del corazón

DE EL SALVADOR

humano en todos los afectos, la frecuencia de los sacramentos, el culto de la sagrada Eucaristía, una vida fervorosa, pura y mortificada: he aquí algunos de los innumerables frutos que este árbol de bendición produce y madura suavemente.

Aunque hablando en rigor, esta devoción nació en el Calvario, y los primeros que adoraron el Corazón de Jesús fueron María y las demás almas santas que lo vieron abierto y destilando la última gota de su sangre, sin embargo no se generalizó ni tomó su forma actual sino á fines del siglo XVII. Muy humilde fue su origen; que la humildad es el sello de las grandes obras de la misericordia divina. El mismo Salvador la reveló á una religiosa de Paray-le-Monial, á la B. Margarita de Alacoque. Lentamente y entre mil contradicciones se propagó esta devoción. Fué mirada desde su primera hora con suma desconfianza por los buenos y con soberbio desdén por el mundo. Vióse discutida, calumniada y perseguida por una de las más poderosas y fatales herejías que han trabajado á la Iglesia. Pero á despecho de todos los obstáculos y contradicciones, continuó ganando los corazones, que la bendecían entre lágrimas de dicha y le juraban eterna fidelidad.

En nuestros tiempos, ¿qué cuadro presenta la devoción al Corazón de Jesús?

El cuadro más consolador y grandioso que imaginarse puede. Ha sonado para esta devoción la hora del triunfo. Se ha apoderado de toda la Iglesia de Jesucristo. No hay resistencia que no venza; no hay corazón que no ablande y no subyugue, ni hay triunfo que no celebre ni gloria con que no se atavíe. Desde las islas perdidas en la soledad del océano hasta las grandes capitales de la civilización moderna, en todas partes es adorado y glorificado el Corazón de Jesús; en todos los lugares de la tierra se levantan monumentos en su honor: humildes santuarios entre las palmeras del desierto y en los bosques vírgenes; suntuosas basílicas en las grandes ciudades; obras de amor tanto las unas como las otras, obras en que cada piedra puede decirse que representa un sacrificio hecho por amor al Corazón del Salvador del mundo.

La gran devoción de nuestros días es la devoción al Corazón de Jesús.

Nuestro siglo es el siglo del odio, pero tiene un grande amor: el amor de nuestro siglo es el Corazón de Jesús.

Todo lo que á nuestro desventurado siglo le falta se lo da la devoción al Corazón sagrado; todo el bálsamo que necesitan sus muchas y mortales llagas lo destila el Corazón de nuestro divino Maestro.

El siglo de la soberbia, de la incredulidad, del egoísmo, de la negación de toda

DE EL SALVADOR

autoridad, de la adoración de la materia y de los placeres sensuales, ¿qué condenación más explícita y más sublime podría encontrar que ese Corazón divino? ¿qué lección más profunda se le podría dar? ¿qué modelo más hermoso y más interesante proponer?

Ceñido de las espinas de la mortificación y del dolor, profundamente herido, manso y humilde, encendido en amor á Dios y á todos nosotros, holocausto de la obediencia á su Padre y del amor á los hombres: hé aquí como se presenta al mundo; cómo intercede eternamente por él; cómo le enseña lo que debe amar y lo que debe aborrecer, y cómo cautiva el amor de nuestro corazón.

La salvación de las almas y la del mundo están vinculadas á la devoción del Corazón de Jesús.

Está el mundo entrando en una era nueva: era de crímenes, por una parte; y era de amor, por otra. El autor de la era nueva es el Corazón de Jesús: él aplaca la justicia divina con su sangre, y con su sangre obtiene la misericordia de Dios.

¿Qué será del mundo?

«La Trinidad adorable, al ver los pecados y los crímenes del mundo, ¿enviará un nuevo diluvio para castigar á los hombres?—Nó, ó por mejor decir, sí. Nuevo diluvio habrá, pero será diluvio de amor.

La sangre del Salvador subirá cuarenta codos por encima de las montañas más altas de la tierra, y cubrirá todos los pecados é iniquidades de los hombres. Y el arca santa, la Iglesia, flotará en ese océano de sangre y de amor, y seguirá salvando á los hombres hasta el fin del mundo.» 1.

Para conocer la excelencia de la devoción del Sagrado Corazón y la predilección con que la mira Dios, medita las señaladísimas gracias que Jesucristo prometió á los devotos de su Corazón, en sus apariciones á la B. Margarita María Alacoque.

Las principales entre estas gracias, á las que la experiencia de todos los días está dando la más brillante confirmación, son las siguientes:

1º Les daré todas las gracias necesarias á su estado.

2º Daré paz á sus familias.

3º Los consolaré en todas sus aflicciones.

4º Seré su amparo y refugio seguro durante la vida, y principalmente en la hora de la muerte.

5º Bendeciré abundantemente aquellas de sus empresas que redunden en mi mayor gloria.

6º Los pecadores hallarán en mi Corazón la fuente y el océano infinito de la misericordia.

7º Las almas tibias se harán fervorosas.

8º Las almas fervorosas se elevarán con rapidez á gran perfección.

1 P. Ollvaint.

9º Daré á los sacerdotes la gracia de mover los corazones más endurecidos.

10º Bendeciré las casas en que la imagen de mi Corazón sea expuesta y honrada.

11º Las personas que propaguen esta devoción, tendrán escrito su nombre en mi Corazón, y jamás será borrado de él.

12º Anuncia y hazlo saber al mundo entero: que no pondré límites ni medida á mis gracias para todos los que las busquen en mi Corazón, y concederé la gracia de la penitencia final á los que comulgaren en nueve primeros viernes de mes consecutivos: no morirán sin recibir los santos sacramentos, y mi Corazón será su asilo seguro en aquella última hora.

Práctica de la devoción al Corazón de Jesús.

Varias son las instituciones que al calor vivificante del Sagrado Corazón han nacido en la Iglesia y se dedican enteramente á honrar al Divino Corazón y á trabajar por su gloria, y en cuyas filas debe alistarse todo el que quiera practicar de veras la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Las principales de esas instituciones ó congregaciones son:

1ª El Apostolado de la Oración.
2ª La Comunión Reparadora.
3ª La Hora Santa.
4ª La Pía Unión ó Hermandad del Sagrado Corazón.
5ª La Adoración ó Culto perpetuo.
6ª La Guardia de Honor.
7ª La piadosa práctica de los nueve oficios.

Daremos á conocer con claridad cada una de ellas.

DE EL SALVADOR

EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

Estatutos.

I. El Apostolado de la Oración es una piadosa Asociación que, destinada á promover la gloria de Dios y la salvación de las almas, cumple su misión apostólica por medio de la oración mental ó vocal, y aun con las demás obras pías, en cuanto sean impetratorias y puedan congraciarnos con el Santísimo Corazón de Jesús para alcanzar el objeto ya enunciado. Hé aquí por qué el Apostolado de la Oración, aunque parezca tener ciertos puntos de igualdad con otras asociaciones piadosas, como, por ejemplo, la Cofradía del Sagrado Corazón de Jesús y el Rosario viviente, se distingue, sin embargo, del todo de dichas Sociedades, ya por su objeto, que es enteramente universal, ya por los medios especiales que emplea.

II. En este Apostolado hay tres grados, conforme á la diversidad de las obras que ejercita y de que está encargado: de ahí provienen tres categorías de asociados.

EL PRIMER GRADO [esencial y común á todos los asociados] está cons-

tituido para aquellos que emplean cierta fórmula para ofrecerle á Dios cada día todas sus oraciones, todas sus acciones y todos sus sufrimientos en unión con el Sagrado Corazón de Jesús y con todas las intenciones con las cuales intercede incesantemente Nuestro Señor y se ofrece en sacrificio por nosotros. De ahí se sigue que el amor y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús son muy propios de todos los asociados que se alistan en el Apostolado de la Oración; porque, aunque esta devoción no constituye el fin del Apostolado mismo, empero, es ella el medio más poderoso é incomparable, ya para excitar á todos los asociados, con el ejemplo del Sagrado Corazón de Jesús, á dedicarse con más empeño á la práctica de la oración, ya para dar mayor eficacia á la oración misma, cuando se hace en unión con este Divino Corazón; ya, en fin, para alcanzar el objeto que se propone el Apostolado: la gloria de Dios y su promoción.

El Apostolado de la Oración es, pues, una Asociación enteramente distinta de la Archicofradía del Sagrado Corazón de Jesús. Por consiguiente, las Sociedades, las iglesias y todos los fieles que se

han hecho inscribir en la obra pía del Apostolado, no deben en adelante imaginarse que con esto quedan igualmente inscritos en la Archicofradía del Sagrado Corazón de Jesús, erigida en Roma en la Iglesia de Santa María de la Paz, á menos de que el Director de dicha Archicofradía los haya canónicamente agregado á ella.

III. EL SEGUNDO GRADO comprende á aquellos que á las obligaciones propias del primer grado, es decir, á la oración por medio de la cual se granjean la intercesión del Sagrado Corazón para con su Padre, con la mira de promover la gloria de Dios, agregan otras preces a la Beatísima Virgen María, á fin de implorar el socorro de una Madre tan poderosa, y de asegurárselo en ese piadoso apostolado de la salvación de las almas. Dichos asociados rezarán, una vez por día, un Padre Nuestro y diez Ave Marías por la intención aprobada por el Sumo Pontífice que se indica al principio de cada mes; sin que por este hecho se les pueda considerar como agregados á la obra pía del Rosario viviente ó sujetos á las leyes que la rijen, es decir, á meditar, mientras se reza la

decena correspondiente, en el misterio que le ha adjudicado la suerte, y en hallarse distribuidos por grupos compuestos de quince Asociados cada uno.

IV. AL TERCER GRADO pertenecen los que por lo menos cumplen las obligaciones del primer grado y que, además de esto, ponen empeño en apartar los obstáculos que impidiesen el debido fruto de las preces que dirijimos á Dios por la salvación de las almas. Con este fin, y según el Breve fechado en 10 de Febrero de 1882, hacen mensual ó semanalmente la comunión reparadora, por medio de la cual se esfuerzan por aplacar al Sagrado Corazón de Jesús irritado por los pecados de los hombres y hacerle propicio á nuestras oraciones. Hé aquí por qué todos los que, previamente alistados en este tercer grado, practiquen dicha comunión según las reglas establecidas por la obra pía de la Comunión Reparadora, son constituidos miembros de esta Asociación y ganan sus indulgencias.

V. Asimismo, aunque la piadosa Cofradía de la "Hora Santa" sea distinta de la piadosa Asociación del Apostolado de la Oración, empero, todos los asocia-

dos del Apostolado de la Oración que practiquen como conviene este piadoso ejercicio de la "Hora Santa," con el fin de aplacar al Sagrado Corazón de Jesús ultrajado por las injurias de los hombres y de hacerle propicio á nuestras oraciones, son acreedores á todas las gracias espirituales que conceden á los que practicaren este piadoso ejercicio el Rescripto de Pío IX del 13 de Mayo de 1875, y el Breve de León XIII del 30 de Marzo de 1886. Pero á nadie le será permitido agregar otras obras pías al Apostolado, aun cuando se mantienen intactos los poderes de que gozan los Ordinarios en su respectiva Diócesis.

VI. Aquellos de los miembros de esta piadosa Asociación cuya especial piedad los abrase en mayor celo por las almas, mereciéndoles en tal virtud el nombre y oficio de Celadores y Celadoras, deben hacer cuanto esté de su parte para promover más y más cada día la gloria de Dios, la salvación de las almas y el culto del Sagrado Corazón de Jesús, conforme á los Estatutos del Apostolado.

Hé aquí por qué deben reunirse en épocas fijas para determinar los medios que

parezcan más adecuados para obtener dicho fin.

VII. El núcleo ó centro principal de esta Asociación se ha fijado en Tolosa (1). En cuanto á su Director, éste no es otro que el mismo Prepósito general de la Compañía de Jesús, que actualmente ejerza este cargo, el cual podrá delegar sus poderes á un mandatario escogido por él y residente en Tolosa.

VIII. Además del Director general, habrá también Directores diocesanos y Directores locales para cada centro de la obra. Los Directores Diocesenos, que deberán ser designados por los Ordinarios en los límites de su Diócesis, serán instituidos por el Prepósito general de la Compañía de Jesús que entonces ejerza este cargo, ó por el Director general que él mismo haya nombrado, para hacer sus veces en Tolosa. Los Directores locales de cada Asociación serán constituidos, con la aprobación del Ordinario, por el Director diocesano. Tanto los Directores diocesanos como los Directores de cada Asociación estarán sometidos al Ordinario en todo cuanto

1 La ciudad de Francia, no la de España, Departamento del Alto Garona.

se refiere á las obras ya citadas, y exceptuando solamente lo que tiene relación con los Estatutos aprobados por la Sede Apostólica.

IX. Para la admisión de los Asociados, basta que los Directores de cada Asociación inscriban sus nombres en el libro de Registros y les den su cédula, sin que sea necesario transmitir la lista de ellos al centro principal.

X. Las indulgencias y demás favores obtenidos hasta ahora de los Soberanos Pontífices, ya por concesión ó ya por extensión, en favor de las dichas obras del Apostolado, permanecen en su vigor.

La Sagrada Congregación de los Eminentísimos y Reverendísimos Cardenales encargada de los negocios y consultas de los Obispos y regulares, se ha dignado aprobar y confirmar los Estatutos precedentes.

Dado en Roma en la Secretaría de esta misma Sagrada Congregación, el 11 de Julio de 1896.

J. CARD. VERGA, *Prefecto*.

II

COMENTARIOS

Indole del Apostolado de la Oración

Decir *Apostolado de la Oración* es evocar necesariamente dos ideas: *apostolado y oración.* Esas dos palabras, bien comprendidas y profundamente penetradas, contienen en sí la esencia misma de nuestra obra.

Así, pues, nuestra Asociación se llama *Apostolado*, porque tiene en mira el hacer de todos sus miembros, y de todos los cristianos en general, verdaderos Apóstoles, encendiendo en su corazón el celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas. Y ese apostolado, es, sobre todo, el de la *oración*, porque ésta es el medio principal que se pone en ejecución para llevar á cabo este sublime fin.

Ahora bien, no es ésta una oración cualquiera, sino una oración *apostólica*, una oración de muchos ó sea oración *asociada*, una oración *universal;* por último, y en cierto modo, una oración *divinizada* y que se ha hecho sobera-

namente fecunda por su *unión con la oración del Sacratísimo Corazón de* NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Nada más fácil que la demostración de que esta es la idea verdadera y principal del Apostolado desde su mismo principio: para ello no tenemos sino que presentar los testimonios que de ello dan los dos fundadores de la obra. Y en verdad que no podríamos aducir palabras mejores que las suyas, para aclarar y precisar completamente la índole y el fin del Apostolado, tan exactamente definidos por la Sagrada Congregación.

1o Oración *apostólica*. Hay apostolados de diversas clases, como el de la palabra, el de la acción, el del sufrimiento; pero el de la oración no es ni el menos noble ni el menos fructuoso, como nos lo garantiza el ejemplo del mismo Salvador: «Jesucristo, dice el Padre Ramiére, no dedicó sino un tiempo limitado al ejercicio de sus demás apostolados: el apostolado de la palabra no lo ejerció sino durante tres años; el apostolado del trabajo y del sufrimiento duraron tanto como su vida mortal, pero no se extendió más

allá. Por el contrario, el Apostolado de la Oración llena la existencia entera del divino Salvador, tanto su vida mortal como su vida gloriosa; y habiendo comenzado en el momento mismo en que su divino Corazón fué formado, no ha sido después interrumpido ni un solo instante, y se continuará hasta el fin de los siglos."

Por lo demás, y observémoslo bien, no toda oración es de suyo y estrictamente apostólica: la única que merece tan hermoso nombre es la que pone sus miras en algo más alto que los intereses privados y las ventajas terrestres, que no se detiene en ellos ni tiene otro horizonte que la gloria divina y la salvación del género humano. Tal es el primer carácter que debe asumir la oración del Apostolado.

2º Oración *asociada*. Los miembros de nuestra obra no ruegan aisladamente sino en común: ahí se encuentra el secreto de su fuerza. «En verdad os digo, declara el divino Maestro, que si dos de entre vosotros se convinieren sobre la tierra para pedir alguna cosa, ella les será concedida por mi Padre celestial." (Matth,

XVIII, 19, 20); y agrega: «Porque donde están dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Ibid). En las regiones de lo sobrenatural, no menos que en el orden natural, la asociación es una potencia. Uniéndose así los cristianos en la oración, nuestra obra hace de ellos un ejército invencible de Apóstoles.

3º Oración *universal*. En efecto, la oración, que es el fondo del Apostolado, se presenta con triple universalidad: de *objeto*, de *medios*, de *adherentes*.

El Apostolado de la Oración tiene por misión el procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas. Fuera de ese doble objeto, que en el fondo no forma sino uno solo, nada hay que pueda merecer nuestras oraciones; porque todo debe necesariamente converger, de cerca ó de lejos, á la gloria de Dios. Además, como lo veremos en breve, el asociado del Apostolado ora por las intenciones mismas del Corazón de Jesús y en unión con El. Ahora bien, la oración del Corazón de Jesús no conoce límites ni en el tiempo ni en el espacio.

Ese objeto tan universal dicen los Estatutos, no lo alcanza solamente el Apostolado con la oración vocal ó mental: su influencia puede convertir toda buena obra en oración, sin reclamar de ella otra virtud que la *impetratoria*, pues nuestras buenas acciones tienen en sí otra virtud que se llama *satisfactoria*. Empero, observa el Padre Ramiére, no es esta última virtud la que el Apostolado nos induce á ofrecer por las intenciones que nos recomienda, sino únicamente la virtud impetratoria: esas dos cosas son distintas, y una misma cosa puede poseer al mismo tiempo esa doble virtud.

Pongamos un ejemplo: el de un religioso á quien su regla obliga al ayuno. El ayuno, por ser obra dolorosa, tiene la virtud de satisfacer á la justicia y de obtener, ya al mismo que la cumple, ó ya á aquellos por quienes se ofrece, la remisión de las penas temporales que pudieran estar debiendo por sus faltas pasadas. Pero nada impide el que este mismo ayuno sea transformado en oración por medio de la intención con que haya sido emprendido; y que, como oración positiva,

tenga la virtud de obtener las gracias de la divina Bondad, ya en nuestro propio favor, ya en el de los demás. Esta segunda virtud es la que debe dar el Apostolado á nuestras obras, y la que nos exhorta á utilizar para la salvación de nuestros hermanos.»

Agreguemos que el Apostolado no excluye ninguna categoría de adherentes; todo fiel puede alistarse bajo su estandarte. «El Apostolado de la Oración es el apostolado de todos los cristianos. Entre las almas que aman al divino Salvador, no hay una sola que no pueda prestarle la cooperación de sus santos deseos; no hay una que no sea invitada á combatir por el triunfo de su causa con las armas que enumera San Pablo, á saber: las preces, las súplicas, las acciones de gracias. El Apóstol ofrece estas armas á todos los fieles, y quiere que hagan uso de ellas para lograr la salvación de todos los hombres.... En el cumplimiento de ese deber no hay distinción ninguna ni de edad, ni de sexo, ni de condición, ni de grado de instrucción, ni de fuerza corporal, ni de energía de carácter: á él contribuye muy

realmente todo corazón que puede amar para orar, y todo corazón que ora por la salvación de las almas. Por lo tanto, el Apostolado de la Oración es el Apostolado de todos.»

«¿Qué ha sido, desde su origen, el Apostolado de la Oración? Una asociación de celo encaminada á suministrar á todos los cristianos piadosos el medio de que, no solamente sus oraciones sino sus obras todas, sirvan para la mayor gloria de Dios, para el triunfo de la Iglesia y para la salvación de las almas; y esa universalidad de objeto y de medios de acción es el principal carácter por donde se la distingue de las numerosas obras que, si bien se proponen igualmente la salvación de las almas y la procuran con la oración, se concretan ó una clase de necesidades ó á un género de prácticas.»

Oración *fecundizada por su unión con la oración del Corazón de Jesús.*— A nadie se le ocultará la importancia de esta consideración; porque, en efecto, orar en unión con el Corazón de Jesús es la obligación esencial, y como el alma del Apostolado de la Oración.

El Reverendo Padre Gautrelet, primer fundador del Apostolado, exponía en 1874, con elocuentes razones, esta opinión de nuestra Asociación, que citamos textualmente de una de sus obras:

«Si queremos conocer el valor y la eficacia de la Oración, es menester que la veamos saliendo de la boca y del Corazón mismo de un Dios, seguro de ser oído, porque no pide, no desea y no quiere sino lo que desea y quiere su Padre, y no le ofrece sino súplicas dignas de El. De allí procede el verdadero mérito de la Oración, su valor y su eficacia. En efecto, no hay más que una sola oración digna de Dios, porque no hay más que un solo mediador: Jesucristo, Dios y hombre. Por conducto suyo deben pasar todas nuestras peticiones y ser presentadas todas nuestras solicitudes, porque, propiamente hablando, Jesucristo es el *suplicante* único y universal. Escuchemos cuán admirablemente nos explica San Agustín esta doctrina. «Cuando dirigimos nuestras oraciones á Dios, dice el Santo Doctor, no separemos el Hijo del Padre; y cuando el Cuerpo místico del Hijo remonta al cielo sus súplicas,

que no se separe de su jefe, sino que sea Nuestro Señor Jesucristo mismo, Salvador de la Iglesia é Hijo de Dios, quien ruega por nosotros y á quien rogamos en favor nuestro. Ora por nosotros como *sacerdote nuestro*, ora en nosotros como *nuestro Jefe*, El mismo es el término de nuestra oración como *nuestro Dios*. Reconozcamos nuestras voces en la suya, y reconozcamos su voz en las nuestras.»

«Demos un paso más: ¿Cuál es el sitio de donde surge la oración de Jesucristo y que comunica su eficacia á las oraciones de la Iglesia?» Ese divino Salvador nos enseña en el Evangelio que de *la abundancia del corazón* habla la boca; nos enseña que *el tesoro de un corazón virtuoso es el que suministra al hombre de bien las buenas palabras que profiere*. *Mi corazón*, dice el Profeta, *ha dejado escapar una buena palabra*» Si así sucede, y si el corazón es el manantial de las buenas palabras, ¿no es evidente que él es el manantial de la oración, la cual no es otra cosa que la expresión de los deseos del corazón y el lenguaje que dirige á Dios? En donde se encuentran el amor

y el deseo, allí también se encuentra la oración. Jesucristo comenzó á orar desde que comenzó á existir: el primer latido de su Corazón fué un acto de amor por su Padre, un suspiro por sus hermanos.

«Se comprende ahora por qué debe el Apostolado de la Oración, á juicio nuestro, buscar el secreto de su poderío en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Allí, en ese divino Corazón, es en donde se encuentra la oración por excelencia que infunde á la de la Iglesia su mérito, su valor, su eficacia imponderable [1].»

Ya, desde 1867, había desarrollado el Reverendo Padre Ramiére las mismas ideas en una página muy notable, que se nos permitirá reproducir íntegramente en vista de su importancia. En efecto, el artículo II de los nuevos Estatutos no parece ser otra cosa que un resumen de ella no menos expresivo que completo.

«El Corazón de Jesús, dice, es el *modelo* más perfecto del Apostolado de la Oración, y esto es lo que había

1 *Apostolado de la Oración*, por el Reverendo Padre Gautrelet, S. J.

ya demostrado admirablemente el fundador de esta Asociación (1). No podemos dispensarnos de citarlo aquí, porque nos parece imposible expresar mejor esa relación del Apostolado con la devoción al Corazón de Jesús.

«Recojámonos un instante en presencia del tabernáculo, y, en el silencio del sagrado templo, tratemos de comprender el misterio permanente del amor y de la oración. ¿Qué hace Jesucristo en la divina Eucaristía? Nada en apariencia, todo en realidad: ama, ora, se inmola; esa es su vida en el Santísimo Sacramento. Principio único y causa universal de todo el bien que se hace en la Iglesia, que es su cuerpo místico, ¿cómo continúa El la obra de la redención de los hombres? Con la oración y el amor: *siempre vivo interceidiendo por nosotros*.

«Ora durante el día; y mientras que todo el mundo se agita y se mueve; y mientras que el hombre ingrato olvida al cielo, su patria, desconoce y niega á su Salvador, descuida los intereses de su alma y sacrifica su eternidad á intereses perecederos y frívolas preo

1 El Reverendo Padre Gautrelet.

cupaciones, la voz suplicante del divino Mediador se eleva silenciosamente bácia el cielo en su favor.

«Ora durante la noche; y en tanto que la mayor parte de las creaturas, sumidas en profundo sueño, puédese decir que ya no tienen inteligencia para conocer á su Creador ni voluntad para amarlo, Jesucristo vive, conoce, adora, ama y ora por ellas.

«Ora sin cesar. Las generaciones desaparecen una tras otra del escenario del mundo, los años se suceden á los años, los siglos á los siglos, pero Jesucristo permanece siempre vivo y siempre orando, y continúa con la oración santificando las generaciones y engendrándole á su Padre nuevos adoradores. ¡Oh espectáculo magnífico el que presenta Jesucristo al hacerse, por decirlo así, oración personificada, viviente y animada, oración sustancial y divina! Unidos á su jefe, deben participar los miembros de su vida y de su acción; con este divino Salvador, pues, principio y modelo de toda perfección, es con quien debe amar y orar el alma fiel. El amor que hace palpitar el Corazón de Jesucristo debe

también hacer latir el suyo, y la oración del Maestro debe ser la del discípulo. El cristiano no debe tener sino un mismo deseo con Jesús, y sus suspiros deben mezclarse á los de ese Dios oculto y anonadado para subir junto con los de El hacia el trono del Eterno, implorando gracia y misericordia.»

Así se expresaba el Padre Gautrelet en la primera edición de su folleto sobre el Apostolado de la Oración. Después de citarla, prosigue el Padre Ramiére:

«¿Qué cosa más conmovedora que esta consideración, y más concluyente, también, que este razonamiento? Si el Corazón de Jesús, en el Santo Tabernáculo y en el altar, está constantemente ocupado en ejercer el apostolado de la oración; si, después de haber cesado de salvarnos con sus palabras y acciones y sufrimientos, continúa obrando nuestra salvación por medio de su intercesión, ¿qué otra cosa mejor puede hacer el cristiano que desea cooperar á esta grande obra que mantener incesantemente la vista fija en ese divino modelo, y unir sus oraciones y sus inmolaciones á los sa-

crificios y á las oraciones del Corazón de Jesús? Es evidente que para tal pregunta no hay sino una respuesta; de donde se deduce que, al presentar el Corazón de Jesús al Apostolado de la Oración como objeto de su imitación, hemos dado á la idea primitiva de la obra su legítimo desarrollo y suministrado á los asociados los motivos más adecuados para estimular su entusiasmo.

«En efecto, el Corazón de Jesús no es solamente el soberano *modelo* de nuestro Apostolado, sino que también es su más enérgico *estimulante*. Por escasamente que se ame á ese divino Salvador, imposible es verlo constantemente ocupado en orar por su Iglesia y por las almas, sin sentir la necesidad de unirse á El y de orar con El; imposible es oír la voz de su sangre derramada á cada instante sobre el altar, y subiendo incesantemente hácia el cielo para implorar la divina misericordia; imposible escuchar los gemidos que el Corazón del divino cautivo exhala sin cesar al oído de nuestra fe, desde el fondo de su Tabernáculo, sin preocuparse de los divinos intereses

que lo preocupan, sin gemir con El y mezclar los suspiros de nuestro celo á la voz de su sangre. Entre todos los motivos que deben inducirnos á abrazar el Apostolado de la Oración, ¿habrá alguno más á propósito que éste para enternecer á un corazón generoso?

«Y no solamente la devoción al Corazón de Jesús suministra al Apostopostolado su motivo más conmovedor, sino que acrecienta en gran manera la *eficacia* de todos los demás motivos.

«La felicidad de salvar las almas, la gloria de Dios, la reparación de los ultrajes hechos á su divina Majestad, los derechos y beneficios de la Iglesia, la justicia de su causa y la iniquidad de sus enemigos.... todas estas consideraciones, que tan conmovedoras son de suyo, lo vienen á ser mucho más aún cuando las profundizamos en el Corazón de Jesús, porque este divino Corazón vio antes que nosotros todos estos motivos, y solo El los ha visto en toda su fuerza; solo El ha comprendido la bondad de Dios y la malicia del pecado; solo El ha apreciado debidamente lo que valen las almas y lo que

merece la Iglesia. Para comprender bien estas grandes cosas, y para que estos motivos no vayan á perder nada de su virtud, es menester considerarlos desde el punto de vista del Corazón de Jesús: allí dejan de ser cosas abstractas, y se transforman en realidades vivientes. Lo que el divino Maestro decía en general de todas sus enseñanzas, lo podemos decir en particular de las verdades que han servido de estímulo á su celo; consideradas en su divino Corazón, esas verdades se hacen *espíritu y vida* y estimulan, con mucho mayor poder, nuestro propio celo.

De todo cuanto precede deduzcamos, con la Sagrada Congregación, dos conclusiones hácia las cuales llamamos muy especialmente la atención de nuestros asociados:

1º. El amor y la devoción hácia el Sagrado Corazón de Jesús deben considerarse que particularmente conviene á los asociados del Apostolado de la Oración.

2º. No siendo esta devoción el *fin* directo é inmediato de nuestra obra, sino solamente el primero y más eficaz de los *medios* de que dispone

para alcanzar su propio fin, de ahí se deduce que la Archicofradía romana del Sagrado Corazón y el Apostolado de la Oración son Asociaciones enteramente distintas y separadas. Así, pues, nuestros asociados, deseosos de pertenecer á esta Archicofradía romana, deben conformarse desde hoy, para ser admitidos en ella, á las reglas ordinarias establecidas á este efecto

CONSTITUCIÓN Y ORGANIZACIÓN.

La obra del Apostolado de la Oración, ha dicho Su Santidad León XIII, *es tan hermosa, reúne tal sencillez con tan pasmosa fecundidad, que ciertamente merece toda la protección de la autoridad eclesiástica.*" Estudiemos, pues, á la luz de los nuevos Estatutos, la constitución y el organismo de nuestra obra: desde luego veremos relucir en ellos la "sencillez" que menciona el Sumo Pontífice.

Tres prácticas, íntimamente ligadas entre sí, constituyen, en el seno del Apostolado, como tres *grados*, en la escala del celo apostólico y de la bue-

na voluntad: á estos grados corresponden naturalmente tres categorías de asociados. (Estat. II.)

El primer grado comprende los asociados que se limitan á la única práctica esencial de la obra: *la ofrenda cotidiana de las obras del día, hecha á Dios en unión con el Sagrado Corazón de Jesús*, práctica que á todos parecerá muy poco gravosa, y cuyos efectos son, sin embargo, muy saludables. No se trata sino de abrazar eficazmente todos los intereses del Corazón de Jesús; de animar con sus divinas intenciones nuestras oraciones y obras y sufrimientos de cada día; en resumen, de trasformar nuestra vida entera en *oración apostólica*, á ejemplo y por los méritos del divino suplicante. (Estat. II.)

Para esto no se exige ninguna fórmula especial; empero, muy útilmente podrán los asociados hacer uso de la que proponemos cada mes en el *Mensajero del Corazón de Jesús*, y que se encuentra reproducida en los billetes-estampas que se distribuyen mensualmente á los asociados. Una fórmula determinada tiene la ventaja de fijar

la atención y de acudir á la memoria soñolienta ó distraída.

Si en los nuevos Estatutos no se habla ya de la *oración de la mañana*, como se hacía en los antiguos, no por eso la omitirán nuestros asociados. Empero, desde el estricto punto de vista de la participación en las indulgencias del Apostolado, esta oración ya no se requiere.

La ofrenda de las obras del día, hecha a Dios según las intenciones del Corazón de Jesús, basta para dar derecho á las principales mercedes de la obra, poseyendo, además, á menos de que se la retracte expresamente, la virtud de comunicar á todas las obras del día el valor que tienen las obras de celo. Efectivamente, es doctrina comunmente admitida entre los teólogos que una intención, diariamente renovada, basta para enriquecer con su mérito especial todas las acciones del día.

Así, pues, no hay buena obra, sea de *piedad*, de *mortificación* ó de *misericordia* espiritual ó corporal; no hay trabajos inherentes á los *deberes de estado*; no hay *sufrimiento* soportado

con resignación; no hay siquiera rato de solaz y recreo lícito que, al inspirarse en las intenciones mismas del Corazón de Jesús, no se trasformen con ese acto en oración apostólica y de gran precio á los ojos de Dios.

Observemos de paso que, siendo el Apostolado de la Oración una Asociación piadosa ú *obra pía*, como aquí es llamada, no se la debe asimilar á una Cofradía propiamente dicha, y, por consiguiente, no está tampoco sometida á las condiciones y formalidades usadas en las Cofradías.

EL SEGUNDO GRADO *comprende á aquellos que a las obligaciones propias del primer grado, es decir, á la oración por medio de la cual se granjean la intercesión del Sagrado Corazón para con su Padre, agregan con la mira de promover la gloria de Dios, otras preces á la Beatísima Virgen María, á fin de implorar el socorro de una Madre tan poderosa y de asegurárselo en ese piadoso Apostolado de la salvación de las almas.* (Estatuto III.) Estas últimas palabras expresan clara y concisamente el lazo natural, y en cierto modo necesario, que une al A-

postolado de la Oración la mediación de la Santísima Virgen.

Efectivamente, la gloria divina y la salvación de las almas son cosas tan excelsas, que nunca serán demasiados los medios que se empleen para llevarlas á cabo. Ahora bien, hemos visto ya que nuestra obra es una Asociación enteramente apostólica en sus fines; y después del Corazón de Jesús, bien sabemos que el corazón apostólico por excelencia es el Purísimo Corazón de María. María, Reina de los Apóstoles; María, Patrona y modelo de los Apóstoles, lleva cabalmente el título que nos complacemos en darle: *Nuestra Señora del Apostolado.*

Por otra parte, no á otra cosa tienden nuestras oraciones sino á obtener la gracia necesaria para nuestra misión apostólica. ¿Y cuál es el canal de la gracia? La Santísima Virgen María. Si, pues, como lo aseguran santos Doctores, Jesús nada quiere obrar sin María en el mundo de las almas, era muy natural que la Asociación del Apostolado de la Oración tomase á María por mediadora y abogada.

"Es un hecho, dice el Padre Ra-

miére, explicando la eficacia de la oración de los Apóstoles reunidos en el Cenáculo, es un hecho que los Apóstoles y las santas mujeres tenían á María consigo; María, cuyas oraciones se unían á las suyas, y que les servía de mediadora para con el único Mediador. Así llenaba Ella su función sublime de Madre de gracia, y, de la misma manera que había dado á Jesús al mundo, trabajaba en darle al mundo el Espíritu de Jesús.

"Empero, si la unión con María fue para los miembros de esa santa Asamblea una prenda segura de éxito, ¿acaso no tiene también nuestra asociación el derecho de prometerse igual éxito? ¿Acaso no tiene la misma misión? ¿Acaso no se extiende la mediación de María á todas las edades de la Iglesia? Lo que ella hacía en el Cenáculo en pro de los Apóstoles y de las santas mujeres, ¿no continúa, por ventura, haciéndolo en el cielo en favor de los Pontífices y de los fieles que militan hoy día sobre la tierra? ¿No podremos nosotros también tomarla por medianera cerca de Jesucristo? ¿y no es esto lo que hacemos cada día?

"Si así sucede, si el Apostolado de la Oración se ve nuevamente ejercido en la Iglesia entera con la perseverancia y unanimidad y confianza en María que en otro tiempo le dieron tan gran poderío; si, en todas las partes del universo, millones de almas se unen, con un inmenso empuje, para hacer violencia al cielo, ¿no podremos abrigar la esperanza de ver reproducir en grande escala las maravillas que se cumplieron en el Cenáculo?"

El Estatuto III fija en seguida la oración que nuestros asociados están en el deber de rezar cada día para ganar las indulgencias propias de ese grado, á saber: *un Padre nuestro y diez Ave Marías por la intención que el Sumo Pontífice se digna aprobar y bendecir para cada mes. La ofrenda que diariamente se le haga á María* de dos oraciones tan hermosas como lo son la oración dominical y la salutación angélica, no será considerada como larga ni como penosa por ninguna alma deseosa de interesar á la Reina de los Apóstoles en el éxito del Apostolado.

Además de esto, no deja de ser po-

deroso motivo para aumentar á la vez la atención y el fervor de nuestros asociados, el recuerdo de que el mismo Vicario de Jesucristo es el que se complace en designar esa *intención general*.

Aquí se presenta el caso de responder á una pregunta enteramente práctica: ¿qué relación existe entre el *segundo grado* del Apostolado de la Oración y la obra pía llamada del *Rosario viviente?* Mucho tiempo ha dimos la contestación de que esas dos prácticas están *separadas* la una de la otra.

Es verdad que en sus principios, aunque distintas entre sí, estuvieron unidas, porque sus respectivos fundadores (1) creyeron oportuno el efectuar esta unión. Pero ya hace muchos años que están completamente *separadas*. El artículo III de los nuevos Estatutos nota y comprueba esta separación, que el *Mensajero del Corazón de Jesús* muchas veces ha afirmado y avisado á nuestros asociados (2).

---

1 El Reverendo Padre Ramiére y Paulina María Jaricot, fundadora de la obra de la propagación de la fe.

2 T. XXXV, págs. 469 y siguientes, t. XLIV, págs. 913 y 633.

Así, pues, los miembros del segundo grado del Apostolado de la Oración tienen la misma obligación que tenían anteriormente de rezar un *Padre nuestro* y diez *Ave Marías*, pero de ninguna manera están sujetos á las leyes que rigen en el Rosario viviente. Efectivamente, la Sagrada Congregación declara que no están obligados ni á la meditación de un misterio que á cada uno toque en suerte, ni á su agrupación en secciones de quince miembros correspondientes á los 15 misterios del rosario (Estatutos III.) No por eso dejan nuestros asociados del segundo grado de tener derecho á las indulgencias propias de ese grado.

Por último, puede suceder que, á pesar de todos los medios y esfuerzos, tanto la enormidad de los crímenes del género humano como nuestras propias faltas hagan hasta cierto punto estériles nuestras plegarias; que la justicia divina exija legítimo desagravio antes de dar lugar á la misericordia; que nuestro apostolado privado por esa razón de la intercesión del Corazón de Jesús, justamente irritado por los pecados de los hombres, caiga en la

impotencia de cumplir su fin especial. Importa, pues, el *reparar*.

Ahora bien, ¿qué reparación habrá que pueda ser comparable á la práctica de la sagrada comunión? ¿Acaso no fue ese género de reparación el que el mismo Jesús exijió bajo mil formas diferentes á su fiel sierva Margarita María? "Para suplir á la ingratitud de los hombres, le decía El, me recibirás en el Santísimo Sacramento tantas veces cuantas quiera permitirlo la obediencia."

Bien se comprende que, en persona de la Beata Margarita, se dirigía Jesús á todos los amigos de su Corazón. Bien se echa de ver que invitaba categóricamente á todos sus adoradores á la *comunión reparadora*, con las siguientes palabras: "Es tanto lo que me complace el ver que haya quien desee recibirme en el Santísimo Sacramento, que cuantas veces forma un corazón ese deseo, otras tantas lo miro yo amorosamente para atraerlo á mí." Y con estas otras: "Que los adoradores de mi Divino Corazón manifiesten su amor proponiéndose como fin el *desagraviarlo de las ingratitudes* de

que lo colman en la Divina Eucaristía." Por último, pide que se instituya una fiesta en honor de su Sagrado Corazón, y desea que esa fiesta se celebre "con la *comunión* y un acto de desagravio, con el fin de *reparar las injurias que ha recibido desde que está expuesto en los altares.*"

En cuanto á la idea de distribuir sucesivamente los días de la semana de manera que sirvan para honrar especialmente al Corazón de Jesús y reparar los ultrajes que recibe en la Sagrada Eucaristía, sabido es que se encuentra claramente expresada en dos breves escritos de la Beata, que se titulan: *Moradas en el Corazón de Jesús para cada día de la semana.— Las diversas vidas de nuestro Señor en el Santísimo Sacramento.*

Así, pues, constituyen el *tercer grado* de la obra aquellos de nuestros asociados que no se concretan únicamente á hacer el ofrecimiento de las obras del día, sino además de eso, *se comprometen á hacer la comunión reparadora, con el fin de apaciguar al Sagrado Corazón de Jesús, irritado por los pecados, con el fin de propi-*

ciarlo y obtener de esa manera el que Dios acoja favorablemente las plegarias que le dirigimos por la salvación de las almas (Estatuto IV.)

Más adelante se encontrarán pormenores prácticos acerca de la organización de la obra de la *comunión reparadora*, así como el catálogo de las indulgencias con que está enriquecida. Bástenos por ahora hacer una observación importante respecto al modo de ganar estas indulgencias.

Como lo expresa el Estatuto IV, el tercer grado del Apostolado comprende á los asociados que hacen la *comunión reparadora*. Ahora bien, y por el solo hecho de estar inscritos en ese "tercer grado", todos los asociados del Apostolado *que practiquen dicha comunion de acuerdo con las reglas prescritas para la obra de la comunión reparadora, vienen á ser* MIEMBROS *de esa asociación y ganan sus indulgencias.*

DE EL SALVADOR

¿QUÉ ES EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN? [*]

1º. El Apostolado de la Oración es una Alianza de celo, que tiene por objeto mover á los cristianos á juntar sus oraciones con las que el Corazón de Jesús ofrece sin cesar al Eterno Padre por la salvación de las almas y el triunfo de la Iglesia.

Propónese, pues, convertir en apóstoles á todos los cristianos capaces de orar, fundándose en aquella verdad de fe, demasiado olvidada por los cristianos, que, además del apostolado de la palabra, en que Cristo se ocupó los tres años de su vida pública, y que en su nombre siguen ejercitando sus ministros, hay otro apostolado mucho más meritorio por sí mismo, y que da al apostolado de la palabra toda su eficacia, y es el Apostolado de la Oración, al cual nuestro divino Salvador consagró exclusivamente los treinta

---

* La hermosa y consoladora doctrina resumida brevemente en este primer artículo puede verse explicada con más amplitud en dos libros que nunca nos cansaremos de recomendar á los asociados instruidos, sobre todo, á los eclesiásticos encargados de dar á conocer esta Obra á los fieles. Es el primero *El Apostolado de la Oración*, y el segundo, *Meditaciones del Corazón de Jesús*, ambos compuestos por el P. Ramière.

DE EL SALVADOR

primeros años de su vida mortal, y que todavía sigue ejercitando en su vida gloriosa en el cielo, y en su vida de sacrificio en el Tabernáculo. Este fue el apostolado de María Santísima, el de San José y el de tantas otras personas escondidas á los ojos de los hombres, pero poderosas en el divino acatamiento, quienes, por medio de esta acción interior, han hecho por la Iglesia y por la salvación de los hombres tanto como los doctores con sus escritos y los predicadores con su elocuencia.

El Apostolado de la Oración convida á todos los cristianos á unirse á la vida interior del Sagrado Corazón de Jesús y del Inmaculado Corazón de María, para ayudarles en su divino apostolado. Los exhorta á APROPIARSE TODAS LAS INTENCIONES de estos divinos Corazones, y á tomar á pechos los intereses que son el objeto de sus divinas oraciones: la dilatación de la gloria de Dios, la conversión de los infieles, herejes y pecadores, la santificación de los justos, la restauración católica de las naciones cristianas, el triunfo de la Iglesia y de la Santa

Sede, el pleno advenimiento del reino de Jesucristo sobre la tierra....

Excita á los cristianos á desprenderse de los intereses materiales, de las frívolas preocupaciones que embargan y consumen todo el vigor de su alma inmortal, y á tomar parte activa en las luchas de la Iglesia, en los trabajos de los ministros del Señor, en la grande obra de la Providencia, que es la salvación de las almas. Anima á los fieles á aplicarse, con más fruto que lo pueden hacer los hombres puramente políticos, á la regeneración de la sociedad moderna, cuyo estrago y corrupción sólo nace de no estar vivificada por la fe. En fin, extendiendo aún más sus pensamientos, enseña á los hombres que en su mano está el hacer descender las luces y gracias celestiales sobre tantas naciones sentadas en la sombra de la muerte, y apresurar el tiempo feliz, pronosticado por Jesucristo, en que no haya en la tierra sino «un solo rebaño y un solo pastor».

2º. Como se ve, el Apostolado tiene relación con los dogmas más fundamentales de nuestra sagrada Religión,

y se endereza á facilitar á los cristianos la práctica de sus deberes más esenciales. Les recuerda que forman con Jesucristo un solo cuerpo, del cual él es la cabeza y ellos los miembros. Viviendo con la vida de Jesucristo, animados de su espíritu, destinados á poseer eternamente su herencia, nuestros únicos intereses, ya desde ahora, deben ser los suyos; y pues este divino Salvador se ha entregado enteramente á nosotros, nada de lo que le pertenezca debe sernos extraño.

Además de este dogma tan glorioso de *nuestra incorporación á Jesucristo*, el Apostolado de la Oración nos recuerda y ayuda á poner en práctica el otro dogma tan consolador de la *Comunión de los Santos*, que es una consecuencia del primero. No podemos ser miembros de Jesucristo sin ser al mismo tiempo «miembros unos de otros» (Rom. XII, 5.), y sin estar obligados, por consiguiente, á procurar el bien de nuestros prójimos. No podemos hacer bien por nosotros mismos á los que no conocemos; pero podemos trabajar por el bien de todos en general, uniendo

nuestras oraciones á las de Jesucristo, cabeza común de todos.

De este modo el Apostolado de la Oración nos da un medio de cumplir en toda su extensión *el gran precepto de la caridad*, que nos manda amar á todos los hombres como á nosotros mismos. Porque amar es querer el bien del amado; y sólo uniendo nuestros deseos á los del Corazón de Jesús, y nuestros ruegos á los suyos, podemos desear eficazmente el bien de nuestros semejantes.

En fin, con la práctica continua de esta obra, nos iremos acostumbrando á orar como Jesucristo quiere que oremos; pues hacemos nuestra oración según el modelo que él nos propuso en el *Padre nuestro*, donde vemos que, antes de pensar en nuestras necesidades, quiere Dios que le pidamos la santificación de su nombre, y el advenimiento de su reino así en la tierra como en el cielo. Aun más: animando con estas intenciones todas nuestras obras, el Apostolado de la Oración convierte nuestra vida en una oración continua, y oración apostólica. Estas breves indicaciones nos dan á entender

la solidez de una devoción que, bien se mire al dogma, bien se mire á la moral ó á las enseñanzas de Jesucristo sobre la oración, se funda en las bases mismas del Cristianismo.

3º. El origen del Apostolado de la Oración se remonta al año 1844. Tuvo principio en la diócesis de Puy, cerca del célebre santuario de la Inmaculada Madre de Dios; pero sus grandes progresos puede decirse que empezaron el año 1861, cuando, fundándose EL MENSAJERO DEL CORAZÓN DE JESÚS, tuvo un órgano periódico que hizo patente su unión con la devoción de este divino Corazón. Ya para entonces la Santidad del Papa Pío IX había enriquecido con muchas indulgencias perpetuas esta Obra, que al fin recibió su organización definitiva el año 1866, cuando sus Estatutos fueron aprobados por la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares. Esta organización fue después confirmada en lo sustancial y perfeccionada en algunos puntos por los nuevos Estatutos que la misma Congregación sometió á la aprobación de Su Santidad el Papa León XIII, el día 25 de mayo de 1879,

y todavía más expresamente confirmado y dándole más extensión en los últimos Estatutos, aprobados por S. S. León XIII en 1895.

Considérese el progreso siempre creciente de la *Alianza del Corazón de Jesús*, la sencillez y fecundidad de sus medios, los abundantes bienes con que el divino Corazón se ha dignado coronar los esfuerzos reunidos de los millones de asociados, y no será difícil creer que esta pacífica cruzada es una de las principales instituciones inspiradas por Dios para hacer que la devoción al Corazón de Jesús produzca todos sus frutos, y para apresurar el triunfo de la Iglesia.

FIN, ESPÍRITU É ÍNDOLE DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

Los puntos en que conviene fijar más especialmente la atención y que resumen la doctrina expuesta en los Estatutos del Apostolado, son los que á continuación se exponen:

1º El fin del Apostolado de la Oración no es otro que el de formar verdaderos apóstoles, celosos de «acrecentar

en sí mismos y en sus prójimos, por medio de la oración y aun de todo género de buenas obras, cuanto puede contribuir eficazmente al aumento de la piedad, de la gloria de Dios y de la salvación de las almas.»

Esta santa Alianza la constituyen tres clases de personas pertenecientes á tres diversos grados del Apostolado. El primero y esencial comprende á todos aquellos que, inscritos en los registros de esta santa Alianza, y habiendo recibido la cédula de agregación, ofrecen diariamente á Dios las oraciones, obras y trabajos de cada día por las intenciones con que Cristo Nuestro Señor se ofrece á sí mismo en los altares. Y este acto es tan importante, atendido el espíritu del Apostolado, que él solo basta para lucrar las indulgencias concedidas por los Romanos Pontífices á este primer grado, las cuales son muchas y muy fáciles de ganarse. E insistimos en esta materia tanto más, cuanto que algunos Directores y Celadores pudieran por una mala inteligencia dar poca importancia á este primer grado, ó descuidando el promover las obras de piedad y celo

entre los que pertenecen á sólo él, ó no haciendo llegar á sus manos los billetes mensuales en que se declara la práctica de lo que el Apostolado en sus grados diversos exige de sus asociados (1).

2º Esto causaría gravísimos perjuicios á la Asociación, dificultaría su desarrollo y, sobre todo, bastardearía su espíritu; porque los Celadores, al concretar su actividad sólo á los del segundo y tercer grado, olvidarían lo más principal por lo que lo es menos, y antepondrían lo de consejo y supererogación á lo quo es necesario y esencial. No queremos decir con esto que no se procure la práctica de la *ofrenda á María*, que es un Padre Nuestro y diez Ave Marías, y que es en lo que consiste el segundo grado, y que no se recomiende la *Comunión Reparadora* propia del tercero: ambas á dos están aprobadas y bendecidas por el Romano Pontífice, que se ha dignado enriquecerlas con indulgencias; pero el es-

1 Estas cedulitas ó billetes mensuales, llamadas comunmente *misterios* son de grande utilidad, y uno de los medios que la práctica demuestra ser más eficaces para sostener y acrecentar el celo y la piedad cristiana.

píritu del Apostolado exige que estos dos grados sean considerados, no como condiciones esenciales para pertenecer á él, sino como prácticas piadosas que perfeccionan el grado primero, animándolo y vivificándolo con nuevos ejercicios de piedad y nuevos aumentos de gracias y virtudes. Por esto, en la organización del Appstolado, es preciso que los Directores diocesanos y locales tengan muy en cuenta, que los Celadores no deben restringir su acción á los miembros del segundo ó tercer grado, sino que deben extenderla á todos los del primero, distribuyéndolos previamente en coros, para que el Celador ó Celadora haga llegar á todos el billete ó cédula, que les recuerde sus obligaciones. Y estos coros son los que constituyen la verdadera y sólida organización del Apostolado, no otros. Y en efecto: la organización del Apostolado es sumamente sencilla. Así como el Director general se vale de otros Directores subordinados que le ayuden en el desarrollo de tan santa obra, así los Directores subordinados, legítimamente constituidos, se valen de los Celadores y Cela-

doras que, formando coros de diversas personas, promueven con ardiente celo la gloria de Dios, la salvación de las almas y el culto del Sagrado Corazón de Jesús.

3º El número de personas de que debe constar cada coro no está determinado por los estatutos pontificios; pero el Director general, á quien «por razón de su cargo compete el resolver las dificultades prácticas que puedan surgir en la marcha y desarrollo de la Asociación,» aconseja que consten de treinta personas. Esta indicación, sin embargo, no debe considerarse como una prohibición para formar coros de otro número de personas, cuando las circunstancias locales ó personales así lo exijan. Puede acontecer que el repartir treinta cédulas mensuales sea tarea demasiado pesada para muchos Celadores, á quienes las ocupaciones dejan poco tiempo de que disponer; y entonces podría, como en efecto se ha hecho muchas veces, dividirse esos treinta asociados en dos quincenas ó en tres decenas, cuidando el Celador directamente de alguna de ellas, y valiéndose de otros subordinados para

repartir las cédulas mensuales á las otras secciones de su coro.

Lo capital en esta materia es que el Celador ó Celadora deben ser verdaderos Celadores, es decir, estar en comunicación frecuente con los miembros de su coro, hacer llegar á sus manos los billetes mensuales en que se da cuenta de la intención particular del mes, del Patrono en cuyo día se puede ganar la indulgencia plenaria concedida por el Romano Pontífice, del día de la comunión general que suelen tener todos los asociados y de la Comunión Reparadora para los que pertenecen al tercero.

Tal es el espíritu y organización de esta santa Alianza, en cuyo desarrollo todos estamos interesados, y que ha sido tan favorecida del Romano Pontífice, y tan enriquecida de gracias espirituales por los Vicarios de Cristo desde su fundación hasta el día de hoy.

BIENES ESPIRITUALES DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

De la naturaleza de esta Alianza del Corazón de Jesús, y de la aprobación auténtica dada á sus Estatutos por la

Santa Sede, se infiere que los asociados, cumpliendo la condición arriba indicada, obtienen riquísimos bienes espirituales.

1.° Adquieren desde luego nuevo derecho á la *amistad del Corazón de Jesús*, por ser el único objeto de esta Asociación unir los corazones al de Jesús, estableciendo entre este divino Salvador y sus hermanos aquella comunidad de intereses y sentimientos que constituyen la verdadera amistad.

2.° Otro provecho es el *mérito* que el Apostolado añade á las obras animadas con sus intenciones; porque éstas son las más excelentes que puede tener un cristiano; son la caridad en su más perfecto ejercicio. Y como el mérito de las obras nace de la caridad con que las hacemos, ¿quién duda que las acciones hechas con el espíritu del Apostolado reciben de él grandísimo realce, pues parece que nos olvidamos de nosotros mismos para pensar en la salvación del prójimo y en la gloria del Corazón de Jesús? Pero en verdad hacemos más por nuestro bien, que si sólo pensáramos en nuestro propio aprovechamiento.

3º El tercer punto es la *eficacia apostólica* que comunica á todas las oraciones, obras y trabajos animados de su espíritu. Estas obras, unidas á las intenciones del Corazon de Jesús, adquieren una eficacia verdaderamente apostólica, como las de María Santísima y San José en Nazaret. ¡Qué consuelo para un verdadero cristiano, suplir con actos interiores, siempre posibles, la impotencia á que puede verse reducido, y poder salvar almas con simples aspiraciones del corazón!

4º El cuarto es la seguridad de que Dios nos dará *las gracias particulares que necesitemos;* con tanta mayor abundancia, cuanto más generosos fuéremos nosotros en preferir sus intereses á los nuestros. Así nos lo enseña El mismo en la oración del Padre nuestro, divino modelo al cual el Apostolado de la Oración quiere que conformemos toda nuestra vida.

5º El quinto es el *esfuerzo y fervor* que inspira el pensamiento de los grandes negocios que traemos entre manos. ¿Quién vacilará en hacer un sacrificio, si ha de merecer la salvación de alguna alma? ¿Quién permitirá á sus sen-

tidos un vil placer prohibido por Dios, si recuerda que puede privar a un moribundo, próximo á caer en el infierno, de una gracia que le alcanzaría mortificándose en aquello?

6º El sexto es *la dicha de vivir unidos* con un grandísimo número, que cada día aumenta, de cristianos que han entrado en esta santa Alianza de celo. Difícil sería calcular su número, ni aun aproximadamente: contando sólo los que han recibido la cédula de agregación por medio del Centro General, podemos asegurar que pasan de veinticinco millones.

7º La séptima ventaja es la facilidad de *participar de todos los privilegios concedidos á la Archicofradía del Corazón de Jesús*, fundada en Roma, en la iglesia de Santa María de la Paz. En virtud de una concesión especial de la Santa Sede, fecha del 7 de junio de 1879, todos los Directores de Centros del Apostolado de la Oración entonces existentes recibieron para sí y para sus sucesores, del Director General de la Archicofradía del Sagrado Corazón, la facultad de agregar á esta Asociación todos los fieles que alistaren en el

Apostolado. La misma facultad será concedida á los nuevos Directores, pidiéndola por medio del Director General. De aquí resulta que, aunque subsista la distinción entre estas dos Asociaciones, los miembros del Apostolado pueden gozar de las indulgencias y gracias espirituales de la Archicofradía.

8º La octava utilidad es la *participación especial* de las oraciones, penitencias, comuniones, misas y demás buenas obras de casi todas las principales Ordenes y Congregaciones religiosas, que en tantas partes del mundo oran, trabajan y padecen en unión con nosotros. ¡Qué auxilio para la hora de la muerte y para el Purgatorio (1)! Las cuarenta mil parroquias ó comunidades religiosas agregadas al Apostolado, parece claro que en el me-

---

1 He aquí los nombres de algunas de las Ordenes y Congregaciones religiosas que han concedido á los miembros del Apostolado la comunicación de todos sus méritos, oraciones y buenas obras. La fecha indica el año de la concesión auténtica, contenida en los diplomas firmados por los Superiores ó Superioras generales:

I. Compañía de Jesús 1861.
II. Trapenses de la primitiva observancia 1862.
III. Clérigos regulares teatinos 1862.

ro hecho comunican á los demás socios sus oraciones y buenas obras.

9º La novena consiste en las *muchas indulgencias* concedidas al Apostolado de la Oración, que se podrán ver adelante. Allí se verá, por ejemplo, que, además de las indulgencias considerables propias de la Archicofradía del Sagrado Corazón de Jesús, se puede ganar en un viernes de cada mes *una indulgencia plenaria, y otra también plenaria* en otro día del

---

IV. Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María de Picpus 1862.
V. Sociedad de María—Muristas—1862.
VI. Trapenses de la Observancia de Rancé 1863.
VII. Clérigos regulares Barnabitas 1864.
VIII. Cartujos 1865.
IX. Congregación del Espíritu Santo y del Sagrado Corazón de María 1865.
X. Camaldulenses 1866.
XI. Orden de Predicadores y Religiosas Dominicas 1870.
XII. Franciscanos 1870.
XIII. Religiosas de Santa Clara 1870.
XIV. Tercera Orden de San Francisco 1870.
XV. Redentoristas 1870.
XVI. Carmelitas descalzos 1872.
XVII. Capuchinos 1872.
XVIII. Ermitaños de San Agustín 1872.
XIX. Premonstratenses 1872.
XX. Orden del Verbo Encarnado 1872.
XXI. Religiosas de la Enseñanza 1872.
XXII. Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas 1873, etc.

mes que cada uno escoja. Además, con cada obra hecha por las intenciones encargadas cada mes por el Director del Apostolado de la Oración en el MENSAJERO DEL CORAZÓN DE JESÚS, se gana una indulgencia de *cien días*.

10. Finalmente, los asociados del Apostolado de la Oración adquieren el derecho de ver cumplidas en su favor las *promesas hechas por Ntro. Señor Jesucristo* á los que honren á su divino Corazón, y trabajen porque otros le honren.

Estos bienes son comunes á todos los socios del Apostolado de la Oración, aunque vivan aislados; pero los que viven en comunidad los reciben mucho más abundantes. En efecto: la experiencia ha demostrado que las promesas hechas á las Comunidades devotas del Sagrado Corazón, se cumplen sobre todo en aquellas en quienes el Apostolado de la Oración despierta y mantiene esta abnegación y actividad generosa, que forma el verdadero espíritu de esta saludable devoción.

En fin: hay otros bienes de un valor más subido y de orden más elevado, cuales son los que sin duda proporcio-

na á la Iglesia esta gran Alianza de celo y oración. ¿Qué no debe esperarse, en efecto, de este esfuerzo enérgico, unánime y constante de las almas más agradables á Dios, unidas entre sí por el deseo de hacer violencia á su divino Corazón, violencia suave que él mismo está deseando?

Si Moisés, Abraham, Daniel y tantos otros siervos de Dios pudieron solos, con la fuerza de su oración, suspender los más terribles decretos de Dios, y apresurar para el mundo la hora de las grandes misericordias, ¿no podremos esperar lo mismo, para el triunfo de la Iglesia, de una Alianza de tantos millones de fieles, que juntan en un haz inmenso, digámoslo así, sus más ardientes súplicas y constantes esfuerzos?

Pero si esta unión de los corazones cristianos al Corazón adorable de Jesús y al inmaculado de María se extendiera más, ¿qué benéfico influjo no se sentiría en todos de la intervención de cada uno? ¿Quién no ve que así se animaría más la vida sobrenatural del gran cuerpo de la Iglesia, que circularía más abundante la savia en las ra-

mas del árbol de la Iglesia, que serían más copiosos los frutos de la comunión de los Santos? Dios prometió por el profeta Zacarías, que había de llegar un día en que derramase el *espíritu de gracia y oración* sobre la casa de Judá y sobre los habitantes de Jerusalén. «Entonces, añade, serán destruidos completamente los ídolos, y lavadas las iniquidades del pueblo.» Esta profecía empezó, sin duda, á realizarse el día de Pentecostés; pero ¿cuándo llegará su perfecto cumplimiento? Aun parece estar lejos. Sin embargo, auméntese más y más el espíritu de gracia y oración, y no tardará en llegar este tiempo feliz. La Alianza del Corazón de Jesús tiene por objeto generalizar la difusión de este espíritu, origen de todo apostolado. Tenemos fundamento para creer que irá produciendo de día en día, con nueva fecundidad, dichosísimos frutos.

DE EL SALVADOR

INDULGENCIAS DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN (1)

I

PLENARIAS

Son aplicables á las almas del Purgatorio, y se ganan cumpliendo las condiciones ordinarias de confesar, comulgar y visitar una iglesia ú oratorio público, y rogando por las intenciones del Sumo Pontífice, excepto la primera del primer grado, que no exige la visita de iglesia.

Primer grado

1º. El día de la agregación al *Apostolado*.
2º. El del Sagrado Corazón de Jesús.
3º. El de la Inmaculada Concepción.
4º Un viernes de cada mes:
5º. Otro día cualquiera á elección.

---

1 Sólo se enumeran aquí las indulgencias propias del *Apostolado de la Oración*, y se prescinde de las que pueden ganar los socios del *Apostolado*, si pertenecen á la Archicofradía ó *Pía Unión del Sagrado Corazón de Jesús*. Estas se darán en su lugar correspondiente.

6º. El día de la comunión general de los asociados.

7º. El día del *Patrono mensual* señalado á cada uno por el Director.

8º. Otra indulgencia plenaria comulgando en el tiempo pascual, si, después de haber cumplido con el precepto, lo hacen otra vez para reparar los escándalos que dan los que no observan este mandamiento de la Iglesia.

9º. Una vez cada semana si practican en su día, del jueves al viernes, ó en otro elegido por el Director local, el ejercicio de la *Hora Santa*, reunidos en la iglesia ó en un oratorio.

Segundo grado

1º. El día de la festividad de la Oración del Huerto de Nuestro Señor Jesucristo (*Martes de Septuagésima*).

2º. El del Purísimo Corazón de María.

3º. El patrocinio de San José (*tercer domingo después de Pascua de Resurrección.*)

Tercer grado, ó Comunión Reparadora

Se concede á los socios del *Apostolado* que practiquen la comunión se-

manal ó mensual conforme al método y fin de la *Comunión Reparadora*, cuatro indulgencias plenarias, si comulgan cada semana, ó una, si solo hacen solamente una vez al mes; y otras dos, que son, el día en que se alisten en estas series semanal ó mensual, y en el artículo de la muerte.

II

PARCIALES

(Aplicables también á las almas del Purgatorio)

Primer grado

1º Cien días de indulgencia por cada oración ó buena obra de las recomendadas mensualmente por el Director, ofrecidas por las intenciones del Apostolado (que son la intención general y las particulares de cada día.)

2º Cien, llevando la imagen del Corazón de Jesús, insignia del Apostolado, cuantas veces digan la jaculatoria allí escrita, *Venga á nos tu reino.*

3º Siete años y siete cuarentenas, si

llevan al pecho dicha imagen del Sdo. Corazón de una manera visible, en las procesiones públicas, ó velan con ella por espacio de media hora delante del Santísimo.

Segundo grado

Cien días, una vez al día, por rezar la *Ofrenda á María*, ó sea un Padre Nuestro y diez Ave María.

III

INDULGENCIAS PARTICULARES DE LOS DIRECTORES Y CELADORES

Plenarias

1º Los Directores y Celadores, el día en que, nombrados por el Director general ó central, hagan su consagración al Sagrado Corazón de Jesús.

2º Los Celadores además el día en que sean investidos de la insignia de su cargo, y se consagren al servicio del Corazón de Jesús.

3º Dos veces al año cuando renueven unos y otros la Consagración al Sagrado Corazón.

4º Dos indulgencias plenarias cada mes, comulgando reunidos en los días siguientes:

Los días 3 y 29 de enero	Los días 22 y 31 de julio
— 1 y 13 de febrero	— 4 y 21 de agosto
— 9 y 19 de marzo	— 15 y 29 de Stbre.
— 5 y 30 de abril	— 1 y 15 de octubre
— 4 y 25 de mayo	— 11 y 19 de Nbre.
— 3 y 29 de junio	— 13 y 27 de Dbre.

Parciales

Trescientos días cada vez que se reunan todos, ó de dos en dos, para tratar de promover la gloria de Dios.

Facultades especiales á los Directores

Los Directores del Apostolado que tengan por lo menos cincuenta asociados del *segundo grado y celebren con ellos una reunión mensual*, gozan de la facultad de bendecir coronas, rosarios, cruces é imágenes, y aplicarles las indulgencias apostólicas y las de Santa Brígida, que son las siguientes:

Indulgencias Apostólicas.

Son las que concede Su Santidad ó persona autorizada por él, como los Directores locales (véase pág. 30 y 44) á los ro-

sarios, coronas, crucifijos, medallas, etc., cuando las bendice.

Las condiciones son: rezar á lo menos una vez al mes la corona de Nuestro Señor, ó de Nuestra Señora, ó el oficio divino, ó la tercera parte del Rosario, ó el Rosario entero, el oficio de la Virgen, ó de difuntos, ó los siete salmos penitenciales ó graduales, ó enseñar el Catecismo, ó visitar á los presos, ó enfermos en el hospital, ó socorrer á los pobres, ó asistir á Misa, ó decirla si es Sacerdote, siempre que *verdaderamente contritos y confesados* con confesor aprobado, *comulguen y rueguen* el mismo día por la extirpación de las herejías, etc.

Indulgencias plenarias. —Indulgencia plenaria en las fiestas de Navidad, Epifanía, Pascua de Resurrección y Pentecostés, Ascensión, Trinidad, Corpus, Asunción, Natividad de la Virgen, Inmaculada Concepción, Purificación, Anunciación, Natividad de San Juan Bautista, y en las festividades de San Pedro y San Pablo, San Andrés, Santiago el Mayor, S. Juan, Santo Tomás, San Felipe y Santiago, San Bartolomé, San Mateo, San Simón y Judas, San Matías, San José y Todos los Santos.

Indulgencia plenaria en la hora de la muerte. Hay otras muchas *parciales*.

Indulgencias de Santa Brígida.

Son las concedidas á los Rosarios de Santa Brígida, que constan de 63 cuentas, en memoria de los 63 años que vivió la Virgen Santísima, según la opinión de muchos, por rezar seis dieces de Ave Marías con un Padre nuestro y Gloria ó Credo en cada diez. Se añade un Padre nuestro para completar siete en memoria de los siete dolores, y tres Ave Marías para el número 63.

También se aplican estas indulgencias á los Rosarios ordinarios de cinco dieces, por los que han obtenido esta facultad, como son los Directores locales, (según se expresó en la pág. 79). Son muchas las indulgencias parciales que se ganan usando este Rosario; las plenarias son éstas:

1. Rezando todos los días el Rosario de cinco dieces por espacio de un año, se gana indulgencia plenaria el día que se elija para confesar, comulgar y orar por las intenciones de la Iglesia.
2. Otra plenaria el día de Sta. Brígida [8 de octubre], si lo ha rezado á lo menos cada semana.
3. Otra en la hora de la muerte, si ha tenido la costumbre de rezarlo siquiera cada semana.
4. Otra plenaria, si durante un mes ha

rezado cada día el Rosario: queda á su elección el día en que se pueda ganar, confesando, comulgando y rogando por las intenciones del Sumo Pontífice.

5. Las parciales son muchas por varios conceptos.

La Comunión Reparadora

Queda dicho en la página 54 que los socios del Apostolado en el mero hecho de inscribirse en el *tercer grado* y practicar la comunión conforme á las reglas prescritas para la obra de la Comunión Reparadora, vienen á ser *miembros* de esa Asociación y ganan sus indulgencias.

Esta asociación tiene su centro establecido canónicamente en la cuna de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, en Paray-le-Monial (Saona y Loire, Francia). Por esta institución canónica los asociados de la Comunión reparadora participan de una manera especial de todos los méritos y buenas obras de la comunidad de la Visitación de Paray-le-Monial, como también de los demás miembros de la asociación.

FIN DE LA COMUNIÓN REPARADORA

Los fieles que quieran tomar parte en esta asociación, se consideran como encargados de la misión especial de *consolar al sagrado Corazón de Jesús* en la Eucaristía, haciéndose familiares con Jesucristo en este sagrado convite, sentándose á menudo en su mesa y yendo con frecuencia, por turno, á indemnizarle todos los días con afectuosas súplicas y *comuniones numerosas*, de esa frialdad é indiferencia de tantas almas, y de las ingratitudes y ultrajes á que está expuesto por el amor de los hombres el amante Corazón de Jesús en el santo sacramento de la Eucaristía.

La *Comunión* reparadora tiene por objeto realizar los vivos deseos, tantas veces manifestados por Jesucristo a su sierva Margarita María de Alacoque: "Dame este consuelo, hija mía de suplir con tus comuniones las ingratitudes de los hombres. Recíbeme en el Santísimo Sacramento, en cuanto te sea posible y te lo permita la obediencia. "Yo tengo una sed ardiente de ser honrado y amado de los hombres en el Santísimo Sacramento, y no hallo casi

persona alguna que se esfuerce según mi deseo á satisfacérmela, usando conmigo de alguna correspondencia.

"El deseo que tengo de ser amado de los hombres, me ha hecho formar el designio de manifestarles mi Corazón para enternecerlos y darles en estos últimos tiempos, una prueba de los esfuerzos de mi amor."

"Lo que me es mucho más sensible que todo lo que padecí en mi pasión, es la ingratitud con que soy correspondido; de suerte que, si los hombres correspondiesen á mi amor, tendría por muy poco cuanto he padecido, y quisiera si fuera posible, hacer aun mucho más; pero solo tienen tibieza y casi desprecio por todas mis *ansias* de hacerles bien. A lo menos dame el placer de suplir su ingratitud cuanto fueres capaz." Yo le representé entonces á mi divino Maestro, mi insuficiencia, continúa la sierva del Señor, y me contestó: "Toma, ve ahí con que suplir todo lo que te falta," y al mismo tiempo, abriendo su Corazón, salió de él una llama tan ardiente que pensé me iba á consumir; me penetró toda, y no pudiendo sufrirla, pedí al Señor tuviese

piedad de mi flaqueza. "Yo seré tu fortaleza, me dijo; mas está atenta á mi voz y á lo que te pido para disponerte á cumplir mis designios."

"Hija mía, la dijo el Salvador en otra ocasión después de la comunión, yo he venido y me he entregado á tí en el Corazón que te he dado, á fin de que con tus ardores *repares* las injurias que recibo de los corazones tibios que me deshonran en el Sacramento."

Estas y otras semejantes son las palabras del mismo Jesucristo dirigidas á su sierva Margarita María de Alacoque, y en la persona de esta bienaventurada virgen se comprende que el Salvador se dirigió a todos los amantes de su divino Corazón.

En repetidas ocasiones, como consta en su vida, Jesucristo se ha dirigido á su sierva Margarita, manifestándole "que pedía de sus adoradores se propusiesen por fin especial, en el culto de su divino Corazón, indemnizarle de las ingratitudes y ultrajes que recibe en la Eucaristía."

"Tengo tanto placer, la decía, en ver el deseo que tienen de recibirme en el Santo Sacramento de la Euca-

ristía, que cuantas veces un corazón forma el deseo de recibirme, otras tantas yo le miro amorosamente para atraerlo hacia mí."

Los socios del Apostolado que adoptan esta piadosa práctica se miran como encargados de consolar al Corazón de Jesús en la Eucaristía. Son los familiares de su Divina Mesa, y tienen á dicha el acercarse á ella á menudo. Llegarse por turno, cada día de la semana, á la sagrada mesa, para recibir allí con amor á quien se da á nosotros por amor; compensar así todos los días con fervorosas oraciones y *numerosas comuniones* la frialdad é indiferencia de los hombres, y *reparar* los ultrajes é ingratitudes que éstos cometen contra el Corazón de Jesús: tal es el fin de la *Comunión Reparadora*.

INDULGENCIAS

1ª *Los asociados ganan indulgencia plenaria*, aplicable á las almas del Purgatorio, *cada vez* que, habiéndose confesado, reciban la comunión el día de la semana ó del mes que se les señale (ú otro día, si ocurre legítimo impedimento)

y visiten una iglesia, rogando por las intenciones del Sumo Pontífice.

2ª *Independientemente de la indulgencia que sigue vinculada á las Comuniones semanales ó mensuales, los asociados del Apostolado de la Oración pueden ganar cada mes indulgencia plenaria, acercándose varios juntos á la sagrada Mesa en un día señalado por los Directores locales del Apostolado.* (RESCRIPTO de 14 de junio de 1877.)

Los asociados que no puedan hacer la Comunión semanal ó mensual el día que se les señale, ganarán las mismas indulgencias comulgando en *otro cualquier día* de la misma semana ó mes, según la sección á que pertenezcan (BREVE de 7 de julio de 1864) ...*aun cuando no pudieran comulgar por turno* en una de las secciones semanal ó mensual (RESCRIPTO de 19 de enero de 1868)

Notables aprobaciones, Breves y Rescriptos del Papa Pío IX, numerosas cartas de Cardenales, Arzobispos y Obispos recomiendan esta devoción á la piedad de los fieles.

CONDICIONES

1ª. Ser socio del Apostolado de la Oración ó de la Hermandad del Corazón de Jesús.

2ª. Dar su nombre al celador ó celadora

de la Comunión Reparadora. (Todos los celadores y celadoras del Apostolado son por el mismo hecho celadores de la Comunión Reparadora.)

3ª. Los asociados *prometen* comulgar *cada semana ó cada mes* en el día que se les indica en la papeleta mensual.

4ª. Los asociados de la Comunión Reparadora deben mostrarse llenos de celo por todo lo que mira al culto y devoción del Sagrado Corazón de Jesús y de la Sagrada Eucaristía, honrándolo: 1º., con frecuentes visitas á este Dios escondido por nuestro amor y tan frecuentemente olvidado en los templos; 2º., con asistir al santo sacrificio de la Misa, donde se inmola sin interrupción, quedando después para nuestro consuelo en la soledad de los tabernáculos; 3º., con frecuentes comuniones correspondiendo con amor al amor que nos manifiesta en el don que nos hace de sí mismo.

Jaculatoria especial para los asociados

¡Divina misericordia encarnada en el Sagrado Corazón de Jesús! salvad el mundo y derramaos en nuestros corazones.

100 días de indulgencia. Pío IX, 1867.

NOTA.—En la segunda parte se encontrará el método práctico de hacer la Comunión Reparadora.

La Hora Santa.

Este piadoso ejercicio forma hoy una archicofradía, cuyo centro está en Paray-le-Monial, y es por lo mismo distinta del Apostolado de la Oración.

Esto no obstante, por los nuevos estatutos del Apostolado (véase página 23) todos los socios del mismo que practiquen el piadoso ejercicio de la Hora Santa, gozan de las mismas gracias é indulgencias que si pertenecieran á aquella archicofradía, sin necesidad de nueva inscripción ni de enviar los nombres al centro de Paray-le-Monial.

Consiste la HORA SANTA en tener una hora de meditación ó de oración vocal, haciendo compañía en espíritu á nuestro divino Redentor, cuando, puesto en agonía en el Huerto de las Olivas, oraba á su Eterno Padre. De este modo consolamos á su afligido Corazón, y desarmamos la divina justicia, irritada contra el mundo prevaricador.

En aquella noche terrible, al entrar Jesucristo en el Huerto de Getsemaní, pidió á los Apóstoles que orasen una hora, mientras oraba él también; y porque no lo hicieron los reprendió amorosamente. Al llegar el traidor con la gente armada, Jesucristo, que había estado orando, aunque sudando sangre de con-

goja, con indecible valor salió al encuentro á los que iban á procurarle la muerte; mas los Apóstoles, que en vez de velar habíanse dormido, huyeron cobardemente, abandonando á su divino Maestro.

La HORA SANTA, cual hoy se hace, con aprobación y concesiones especiales de los Sumos Pontífices, fue ordenada por el Salvador á la Beata Alacoque, á quien dijo estas palabras: "Comulgarás todos los primeros viernes de mes; y todas las noches del jueves al viernes te haré participante de la tristeza mortal que voluntariamente quise experimentar en el Huerto de las Olivas; y esta tristeza, sin que sepas cómo, te pondrá en una especie de agonía, más difícil de sobrellevar que la misma muerte. Para acompañarme en la humilde oración que entonces presenté á mi Padre en medio de las angustias de mi Corazón, estarás levantada de once á doce de la noche, para postrarte, teniendo el rostro pegado á la tierra, tanto para aplacar la justicia divina pidiendo misericordia para los pecadores, como para aliviar de algún modo la amargura que sentí entonces, al ver el descuido de mis Apóstoles, que me obligó á reprenderlos por no haber podido velar una hora conmigo; y en aquella hora harás lo que yo te diré."

Estando el P. Roberto Debrosse, de la

Compañía de Jesús, de Superior en la residencia de Paray-le-Monial, y viendo el gran fruto que le provenía de practicar esta devoción, empezó á reunir algunos hombres, á mediados de 1829, y fundó una congregación, que tenía por fin principal hacer la HORA SANTA, y fue aprobada canónicamente por el Ilmo. señor Obispo de Autun, y luego por los Sumos Pontífices Pío VIII, Gregorio XVI y Pío IX, que la fueron enriqueciendo con especiales indulgencias.

ESTATUTOS

de la Cofradía de la Hora Santa, establecida en el Monasterio de la Visitación de Paray-le-Monial.

Art. 1º El ejercicio de la HORA SANTA se hace el jueves, antes de media noche, en la iglesia ó en cualquiera otra parte, según se quiera, desde el momento en que es permitido rezar Maitines para el día siguiente.

Art. 2º Los que deseen entrar en esta Cofradía, deberán hacer llegar sus nombres al Monasterio de la Visitación de Paray-le-Monial para ser inscritos allí en el registro.

Art. 3º Cada uno es libre de hacer la HORA SANTA con más ó menos frecuencia,

según su devoción; pero el Sumo Pontífice, concediendo, como se verá más adelante, una indulgencia plenaria á los cofrades todas las veces que practicaren este ejercicio, manifiesta claramente por este favor cuán grande es su deseo de que se tribute con frecuencia al divino Corazón de Jesús este testimonio de amor y reconocimiento. La Beata Margarita María lo practicaba todos los jueves.

Pío VIII y Gregorio XVI concedieron indulgencia plenaria á los fieles inscritos en la Archicofradía de Paray-le-Monial, que, repartidos en coros de tres, hagan la HORA SANTA por lo menos una vez cada tres semanas. También gana indulgencia plenaria cada asociado el día que practica este piadoso ejercicio. Pío IX dispensó en 13 de mayo de 1875, á los socios del Apostolado de la Oración, de la necesidad de inscribirse en la Archicofradía de Paray.

Por concesión de Gregorio XVI se puede empezar la HORA SANTA cuando pueden los sacerdotes rezar los Maitines del día siguiente, esto es, próximamente, á las 3 de la tarde.

Pío IX facilitó aún más esta santa práctica á los socios del Apostolado de la Oración, permitiéndoles ganar la indulgencia plenaria, haciendo la HORA SANTA desde la puesta del sol del jueves, has-

ta la salida del viernes, ó sea, próximamente, desde las seis de la tarde del jueves hasta las seis de la mañana siguiente.

León XIII, por Breve de 30 de marzo de 1886, concedió otra nueva gracia á los socios del Apostolado, en estos términos: «Concedemos por la presente, en virtud de nuestra autoridad apostólica, á todos los miembros de dicha Asociación, la facultad de hacer el ejercicio de la HORA SANTA un día de cada semana, á la hora en que los Directores locales quieran reunirlos en una iglesia ó capilla.»

Puede hacerse en la iglesia ó fuera de ella.

La indulgencia es aplicable á las almas del Purgatorio, y para ganarla es necesario confesar, comulgar el jueves ó el viernes, y rogar por la intención de Su Santidad.

La confesión se puede hacer el mismo día de la comunión, la víspera, ó uno de los ocho días anteriores.

Aunque no está prescrita determinada materia de meditación, se deduce de las palabras de Nuestro Señor Jesucristo á su amante esposa la Beata Margarita, que conviene meditar en su dolorosa agonía, sus profundas humillaciones, y su amor correspondido con tanta ingratitud, y llorar la muchedumbre de ofensas que desde el principio del mundo se han he-.

cho á la divina Majestad, y particularmente, los pecados que se cometen en aquella hora.

DEVOCIONES COMPLEMENTARIAS DEL APOSTOLADO.

1. *Patronos de mes.*

El Papa León XIII, por sus *Letras Apostólicas* de 30 de marzo de 1886, se ha dignado dar una sanción augusta á la hermosa práctica adoptada en el Apostolado, del *Santo* ó *Patrono* de mes, cuyo origen data de época muy antigua.

Está en uso en muchas comunidades religiosas, colegios, seminarios y congregaciones, y en no pocas familias cristianas, siguiendo el ejemplo de S. Francisco de Borja, que siendo Virrey de Cataluña la estableció en su propio palacio.

Consiste esta devoción en honrar particularmente á un Santo durante el mes en que cae, y con especialidad el día que se celebra su fiesta; suelen sortearse estos Santos, y cada uno toma el que le toca en suerte, y procura honrarlo del mejor modo, comulgando, si es posible, en obsequio suyo. El Sumo Pontífice León XIII ha concedido indulgencia plenaria á los socios del Apostolado que comulguen en el día del Santo que les ha co-

rrespondido. Por eso en las cedulitas de intenciones se señala á cada asociado el Patrono de mes por si quiere disfrutar de la gracia concedida por el Romano Pontífice.

2. *El Tesoro del Corazón de Jesús.*

1.. Este medio, que se da muy bien la mano con los precedentes, consiste en distribuir á los asociados unos estaditos en blanco, en que se apuntan las diversas obras que ofrecen según las intenciones del Corazón de Jesús y del Apostolado. Cada socio anota en uno de ellos el número de las diversas obras que ofrece cada mes, y al fin de éste le deposita en una cestita ó cepillo dispuesto para el caso. Después los Celadores y Celadoras hacen las sumas de estas obras y las escriben en un cuadro. Esta práctica produce copiosos frutos en las Parroquias, y más aún en las Comunidades y Colegios.

En algunas de estas casas suelen leerse solemnemente las sumas de las buenas obras ofrecidas durante el mes, y comparándolas con las del mes precedente, se hace notar el aumento ó disminución, y entonando un cántico, se queman las cédulas, mezcladas con granos de incienso.

2º. El año 1865 se recogieron en el Centro General del Apostolado, en el espacio de seis meses, 650.000 comuniones ó Mi-

sas, y cerca de 190 millones de otras buenas obras, ofrecidas por la intención del Padre Santo. Todas estas obras fueron presentadas al Sumo Pontífice por las manos de un mediador venerable, y merecieron á los socios del Apostolado, que habían cuidado de recogerlas, una bendición proporcionada á las ofrendas espirituales (1).

3º. En el Centro General del Apostolado suelen ofrecerse cada día al Corazón de Jesús las buenas obras recibidas la víspera, teniéndolas sobre el altar, junto con las intenciones particulares, mientras se celebra la Misa. Bien se ve la íntima relación que existe entre estas dos devociones. *El Tesoro del Corazón de Jesús* presenta, como testimonio de amor de Dios y celo de su gloria, las buenas obras que con su divina gracia hemos ejecutado; nuestras *intenciones* expresan los deseos cuyo cumplimiento anhelamos, subordinándolo á los deseos de Jesucristo. En el *Tesoro* ofrecemos un don; en las *intenciones* solicitamos nuevas gracias. Así nos manda obrar el Redentor: *Dad y se os dará.*

---

1 Para facilitar el registro y envío de las buenas obras que forman el *Tesoro del Corazón de Jesús*, hemos impreso hojitas sueltas ó *Estaditos*, donde se indican los principales géneros de buenas obras. Los Celadores no tienen más que escribir el número total que corresponde á cada género de buenas obras.

TESORO DEL CORAZÓN DE JESÚS.

Obras ofrecidas por las intenciones recomendadas cada mes y cada día á los socios del Apostolado de la Oración.

1—Actos de caridad.....
2—Actos de resignación y paciencia.....
3—Exámenes de conciencia. ... .
4—Comuniones sacramentales .....
5—Comuniones espirituales.... .....
6—Guardia de honor ....
7—Horas de trabajo mental y corporal....
8—Horas de silencio..... .....
9—Lecturas piadosas.....
10—Misas celebradas ú oídas con devoción .....
11—Mortificaciones voluntarias. ... .
12—Obras de misericordia corporal.....
13—Obras de celo..... ....
14—Obras varias..... ... .
15—Oficios del Sagrado Corazón, *días*....
16—Oraciones vocales..... ....
17—Recreaciones ó conversaciones santamente empleadas..... ....
18—Rosarios..... ....
19—Vía-Crucis..... ....
20—Victorias de la pasión dominante .....
21—Visitas al Santísimo Sacramento....
22—Visitas de altares.... ... .

ADVERTENCIA.—Aunque el ofrecimiento hecho por la mañana, de las obras del día, dura virtualmente todo él, y basta para darles el mérito y eficacia del Apostolado, con todo, deseamos que sólo se anoten para el Tesoro del Corazón de Jesús las obras hechas con actual y *especial* intención.

En la parte reversa de la hojita Tesoro se pone el catálogo de *Intenciones parti-*

culares, que dan nuevo contingente al *Tesoro del Corazón de Jesús*; lleva el título *Intenciones recomendadas:* lo que al principio fue sólo un sentimiento de piedad, se ha convertido en un estímulo poderoso de apostolado, y señala ese blanco de intenciones particulares que se van distribuyendo en los días de cada mes, y constan en la última página del MENSAJERO, bajo el epígrafe de *Calendario del Corazón de Jesús.* Se han clasificado en 31 grupos, correspondientes á los días del mes, para evitar incoherencias y formar guarismos: queremos reproducir aquí dicha lista para gobierno de los Directores locales.

INTENCIONES RECOMENDADAS

1 Acciones de gracias.....
2 Afligidos.....
3 Asuntos temporales.....
4 Celadores.....
5 Centros del Apostolado y Congregaciones.....
6 Colegios.....
7 Comunidades.....
8 Difuntos.....
9 Eclesiásticos.....
10 Enfermos.....
11 Familias .....
12 Gracias de perseverancia .....

13 Gracias de unión ó de reconciliación....
14 Gracias interiores ...
15 Herejes, cismáticos, misiones entre infieles. ....
16 Hospitales.....
17 Jóvenes.....
18 Misiones, tandas de ejercicios.
19 Niños.....
20 Novicios...
21 Obras espirituales...
22 Parroquias. ....
23 Pecadores....
24 Padres de familia....
25 Primeras comuniones...
26 Religiosos ....
27 Religiosas ...
28 Seminaristas.. .
29 Superiores....
30 Vocaciones....
31 Intenciones varias....

3—Escapulario del Apostolado.

Para hacer sensible con un signo exterior la unión de nuestros deseos y oraciones con los deseos y oraciones del Corazón de Jesús, se ha adoptado como insignia del Apostolado el *Escapulario del Corazón de Jesús.* Consiste en una imagen del divino Cora-

zón, pintada ó bordada sobre tela blanca ó encarnada, con esta inscripción, que encierra los deseos del Corazón de Jesús y los nuestros: *Venga á nos tu reino.* No es necesario bendecirlo ni imponerlo por sacerdote alguno; pero es muy conveniente se haga la entrega ó imposición en uno de los ejercicios públicos de la Asociación con cierta solemnidad. Pío IX tuvo á bien conceder *cien días* de indulgencia á todos los asociados del Apostolado que, llevando en su pecho esta imagen, hagan con el corazón ó con la boca dicha invocación cuantas veces la hagan. Ganan *siete años y siete cuarentenas* de indulgencia todos los asociados cada vez que en las procesiones ó reuniones públicas lleven á la vista en el pecho esta imagen; y también siempre que, llevando visible al pecho el *Escapulario*, hagan media hora de oración delante del Santísimo Sacramento expuesto.

OTROS ESCAPULARIOS DEL SAGRADO CORAZÓN.

Como en muchas partes, y sobre todo en las Congregaciones del Sagra-

do Corazón, se usan diversidad de escapularios, debemos dar aquí alguna noticia de ellos, para inteligencia y edificación de los fieles, y evitar equivocaciones y dudas sobre el particular.

1. Hay dos clases de escapularios del Sagrado Corazón: el uno, más conocido por el nombre de *escapulario de la Pasión*, tuvo origen en 1846, en una revelación hecha por Nuestro Señor á una Hermana de la Caridad. Jesucristo tenía en la mano, al aparecerse á la dichosa Hija de San Vicente de Paúl, un escapulario de lana encarnada, cuyas dos piezas se unían por dos cordones igualmente de lana y del mismo color: en una de ellas había un Crucifijo y los instrumentos de la Pasión, con estas palabras: *Santa Pasión de Jesucristo Nuestro Señor, sálvanos!* en la otra se veían las imágenes de los Sagrados Corazones, con esta inscripción: *Sagrados Corazones de Jesús y María, protegednos!*

El Señor dijo en otra aparición á su sierva, que *concedería mucho aumento de fé, esperanza y caridad* á los que usaran todos los viernes este escapulario.

Pío IX aprobó esta devoción, y autorizó (1), á los sacerdotes de la *Congregación de la Misión* (Paulinos) para que bendijesen é impusiesen este escapulario, delegando en otros sacerdotes esta facultad, y concedió muchas indulgencias plenarias y parciales á los que lo llevasen. (Rescriptos de 21 de marzo de 1848, y 19 de julio de 1850.)

2. Hay otro escapulario exclusivamente consagrado á los Sagrados Corazones de Jesús y María, que se propagó desde 1870, en la diócesis de Luzón. Es de tela blanca, en un lado tiene la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, de color encarnado, y en el otro se ve la del Corazón de María del mismo color.

Pío IX aprobó este escapulario y le concedió indulgencias. (10 de julio de 1877.)

3. El tercer escapulario, impropiamente dicho, se reconoce como originario de la Orden de la Visitación, tal vez desde la época de la B. Margarita de Alacoque; pero lo extendió maravillosamente desde 1720, cuando la peste

1 Rescripto de 25 de junio de 1847, y Breve de 21 de marzo de 1849.

de Marsella, la venerable Sor Ana María de Remusat, religiosa de la Visitación, que lo intituló *Salvaguardia*, y efectivamente lo fué para preservar de la muerte y del contagio á millares de personas. La forma es la siguiente: en un pedazo de tela se borda ó graba un Corazón, y se escriben estas palabras: *Detente, el Corazón de Jesús está conmigo.*

Pero á pesar de la protección visible que experimentaban muchos de los que se abrazaban á esta salvadora bandera, no pasaba de ser una devoción privada, hasta que, en 1870, una señora romana, deseando saber el parecer del Romano Pontífice respecto á esta devoción, presentó uno de estos escapularios á Pío IX, el cual, conmovido profundamente al verlo, le dijo: *Señora, es un pensamiento celestial.... sí, viene del cielo;* y meditando un momento, añadió: «Doy mi bendición á este Corazón, y quiero que todos los que se hagan conforme á este modelo, reciban esta misma bendición, sin que tengan necesidad de ninguna otra. Además quiero que el demonio no tenga poder alguno sobre los que llevan

este adorable Corazón.» Después le dictó esta hermosísima oración: «Abridme, oh Jesús, vuestro Sagrado Corazón.... mostradme sus encantos ....unidme á él para siempre. Que todas las respiraciones y palpitaciones de mi corazón, aun cuando esté durmiendo, os sirvan de testimonio de mi amor, y os digan sin cesar: Señor, os amo... recibid el poco bien que hago ....dadme gracia para reparar el mal que he cometido....para que os alabe en el tiempo y os bendiga por toda la eternidad. Amén.»

El Papa mandó dos corazones de estos á un Convento de Roma para que hiciesen muchos, y los distribuyesen á los fieles; de aquí se han ido extendiendo y haciendo prodigios por todas partes.

Deseando el Emmo. Cullen, Cardenal Arzobispo de Dublín, autorizar más esta devoción que se propagaba por Inglaterra é Irlanda, elevó una súplica á Su Santidad, pidiéndole indulgencias; y Pío IX, por un Rescripto que firmó de su propio puño en 28 de octubre de 1872, concedió 100 días de indulgencia cada día, á todos los que

llevando este escapulario recen alguna oración, como un Padre Nuestro, Ave María y Gloria. Este Rescripto se presentó á la Sagrada Congregación de Indulgencias el 18 de diciembre de 1872, conforme al decreto de 14 de abril de 1856. (Act. S. Sed. vol. 7, pág. 156.)

El escapulario se debe llevar colgado al cuello sobre el pecho, no cosido al vestido ni prendido con alfileres. La imagen del Sagrado Corazón puede ser bordada ó impresa en lana blanca, y no tiene colores determinados, ni hay necesidad de bendecirlo ni imponerlo.

Dos *Breves*, uno de 28 de marzo de 1873, y otro de 20 de junio del mismo año, se refieren á este escapulario impropiamente dicho: en el primero, á ruegos del Obispo de Ratisbona, señala el Papa la condición para ganar los *cien* días de indulgencia solo una vez cada día, que son el *Padre Nuestro*, *Ave María y Gloria Patri;* en el segundo, declara que se extienden las gracias al dicho escapulario, sin que se bendiga ni imponga, y aún cuando no lleve jaculatoria, inscripción ó lema alguno.

4. El escapulario del Apostolado, con ser del Corazón de Jesús, se diferencia de éste en varias cosas:

1a. En la inscripción y en la obra impuesta para ganar las indulgencias, que consiste en decir la jaculatoria *Venga á nos tu reino.*

2a. En que los *cien* días de indulgencia se ganan cuantas veces se repita la jaculatoria, *toties quoties*; y en que solo las ganan los socios del Apostolado.

3a. Tiene además las otras indulgencias que se disfrutan llevándolo puesto en los ejercicios públicos, en las procesiones y en la oración delante del Santísimo Sacramento.

4a. Tampoco es indispensable el que se lleve pendiente del cuello, basta que se ponga al pecho de una manera visible [1].

---

1 Ni en las preces del P. Ramiére, ni en el Rescripto de Su Santidad, se habla más que de llevar sobre el pecho la imagen del Sagrado Corazón pintada ó bordada en tela, con este lema: *Venga á nos tu reino.* Tampoco se habla de bendición ni de imposición que se haya de hacer; por tanto no son necesarias, aunque bien se le puede bendecir como objeto piadoso con la bendición general, y no hay inconveniente en imponerlo con cierta solemnidad y usando de palabras análogas á otras imposiciones.

La Pía Unión ó Hermandad del Sagrado Corazón de Jesús:

Al manifestar el mismo Jesucristo á la Beata Margarita María las riquezas de su Corazón, le aseguró que *abriría los tesoros todos de amor, de misericordia, de santificación y de salvación que este Corazón encierra á los que le rindiesen y le profesasen todo el honor y el amor que les fuese posible.*

Este amable Corazón, escribía la santa religiosa, tiene un deseo infinito de ser conocido y amado por sus creaturas, en las cuales quiere fundar su imperio, como la fuente de todo bien, á fin de remediar todas sus necesidades.

La cofradía tiene por objeto precisamente honrar á este Divino Corazón, devolverle amor por amor, darle gracias por la institución de la Sagrada Eucaristía y desagraviarlo por la frialdad, la ingratitud y los ultrajes con que frecuentemente es pagada su caridad infinita. No, no rehusemos el escribir nuestro nombre en el libro de la Cofradía del Sagrado Corazón: equivale á consignarlo en el *libro de la vida.*

La primera Cofradía de este título fué debida á San Leonardo de Puerto

Mauricio, y se halla establecida en Roma en la iglesia de San Teodoro. En el mes de febrero de 1801, los sacerdotes de la Congregación de S. Pablo en Roma fueron autorizados para fundar la Asociación del Sagrado Corazón en su iglesia de Santa María *ad Pintam*, llamada *in Capella*. Dos años después fué declarada Archicofradía, y más tarde fué trasladada á la iglesia de Santa María de la Paz. Su Santidad Pío VII le concedió innumerables indulgencias, con el poder de hacer partícipes de ellas á todas las cofradías del mismo título que se le agregasen.

Para que los señores Directores y demás personas que promueven la creación de *Congregaciones del Sagrado Corazón de Jesús* tengan una regla fija á qué atenerse, y puedan proceder con acierto hasta realizar sus santos propósitos, insertamos las Reglas á que la *Pía Unión* ó *Archicofradía* de Roma, prescribe que se sujeten las Asociaciones que quieran afiliarse á ella.

I.—*Método ó práctica que se debe observar para el establecimiento de las Cofradías que llevan el título del Sagrado Corazón de Jesús, y hayan de ser agregadas á la Primaria establecida en Roma en Santa María de la Paz.*

1º. Se obtendrá por escrito el consentimiento del propio Obispo, el cual se hará constar de un modo fehaciente ante el Secretario de la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús de Santa María de la Paz, y éste enviará el diploma de agregación.

2º. Se pondrá en el altar ó en la iglesia de la Cofradía una imagen del Sagrado Corazón, decente y á propósito para excitar la fe y la devoción, ante la cual se hará cada semana ó al menos cada mes, un ejercicio público de piedad á imitación de la Congregación de Roma.

3º. Téngase en un libro el catálogo de los fieles que entran en la Cofradía, para que después de su muerte sean socorridos con los sufragios de la Iglesia.

4º. Cuando se quiera imprimir las patentes que se dan á los que se inscriben, pásese aviso al Secretario de

la Cofradía de Roma, el cual enviará un ejemplar en la forma de costumbre.

5º. Junto al altar de la Cofradía póngase colgado el catálogo de las sagradas indulgencias, y ante el mismo, colóquense dos tablillas con una oración á propósito para excitar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

6º. Elíjase un Sacerdote piadoso, que desempeñe el cargo de Director, y un Secretario que anote en el catálogo los nombres y cuide de todo lo que pueda contribuir al progreso de la Cofradía.

7º. Celébrese con solemnidad la inauguración de la Cofradía, haciendo antes un triduo ó una novena y predicando en un día festivo un sermón ó plática á propósito: anúnciese á los fieles una comunión general, distribúyanse imágenes del Sagrado Corazón, y léase públicamente el diploma de agregación.

8º. Dése parte al Secretario de la Cofradía de Roma de la inauguración de la nueva Cofradía, y la carta vaya suscrita por el Director, ó por el que haga sus veces, y lleve el sello de la Congregación.

9ª Las Cofradías procuren guardar con toda escrupulosidad la regla inviolable de no exigir nada por las patentes y demás cosas que se den á los cofrades á su entrada en la Congregación; sino que ha de hacerse todo para la gloria y por el amor del divino Redentor y de su santísimo Corazón.

Estas son las nueve famosas reglas á que se refieren los documentos y demás actos oficiales, cuando se trata de la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús; por ellas se tiene una idea exacta de lo que debe ser una Congregación del Sagrado Corazón de Jesús, y en ellas estriba la uniformidad sustancial que guardan las diferentes Congregaciones establecidas en cada localidad, no obstante los Reglamentos particulares que para su mejor gobierno, dirección y fines especiales, se formen con la aprobación del Ordinario.

Estas reglas en nada se oponen á los derechos y facultades que competen según los Cánones á los Prelados ordinarios, los cuales son los que por derecho propio erigen canónicamente y regularizan estas Congregaciones,

y pueden prescribir el procedimiento que se debe seguir para su erección y establecimiento canónico. Sobre esto nada podemos nosotros determinar, por ser potestativo de la autoridad ordinaria; sin embargo, con corta diferencia es igual en casi todas las curias eclesiásticas ó Secretarías de Cámara episcopal, y se reduce á las formalidades siguientes:

II.—*Para erigir canónicamente la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús.*

1º. Ante todo se ha de suplicar al Prelado ordinario, por medio de una exposición firmada por el Párroco ú otro Sacerdote, que se digne erigir la Hermandad y permitir su agregación á la Primaria de Roma. En la solicitud se ha de expresar el nombre de la parroquia ó comunidad, pueblo ó iglesia, y si se quiere, el altar donde se establece la Asociación.

2º. En virtud del decreto favorable de aprobación, el Obispo, no sólo concede permiso para erigir la Hermandad, sino que el es el que, por derecho propio de su autoridad, erige canónicamente la Asociación, nombra al Di-

rector ó Superior, y da la licencia de agregar la nueva Congregación á la Primaria Romana.

3º. Por el hecho solo de esta erección canónica, la Congregación no disfruta todavía de ninguna indulgencia (como no sea las que el Obispo haya concedido): pues para lograrlos hay que pedir y obtener la agregación á la de Roma, en una solicitud dirigida en latín al Secretario de la misma, á la que debe acompañar un documento expedido por el Ordinario diocesano, en que conste la erección canónica de dicha Congregación.

4º. El diploma de agregación que se reciba de Roma, debe conservarse con esmero, poniéndolo en un cuadro cubierto con cristal, colocado en la iglesia ó sacristía en sitio visible.— Obtenida la agregación, fórmese el libro de registro, y vayanse inscribiendo en él los congregantes, cuyos nombres deben constar en el catálogo, como condición indispensable de su admisión.

5º. Sólo el Director de la Congregación es el que admite en la Congregación á los que deseen pertenecer á

ella, si bien en absoluto no es necesaria su presentación material.

6º. No se puede exigir cantidad ó dádiva alguna, pero no está prohibido recibir una limosna si se da expontáneamente para el culto ó los gastos de la Asociación.

III.—*Reglas de la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús.*

1ª. Todos los años celebrarán los congregantes con especial devoción la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, que por designación del mismo Salvador, y por disposición de la Iglesia, se le consagra el viernes después de la octava del Corpus. (Si les es posible confesarán y comulgarán en este día).

2ª. Procuren comulgar el primer viernes ó primer domingo de cada mes, y asistan al ejercicio piadoso que suele tenerse todos los meses en honor del Sagrado Corazón.

3ª. Digan todos los días en honor del Sagrado Corazón de Jesús, un *Padre nuestro*, *Ave María y Credo*, con esta jaculatoria:

Corazón de mi amable Salvador, haz que arda y siempre crezca en mí tu amor.

4ª. Oren los congregantes frecuentemente por los hermanos vivos y difuntos. En Roma se celebra tres veces todos los meses el santo sacrificio de la Misa en la iglesia de la Archicofradía por los difuntos, y esta práctica se observa en otras partes.

(Estas reglas no obligan bajo pecado: el *Padre nuestro*, *Ave María*, *Credo* y jaculatoria, son condición precisa para ganar las indulgencias).

IV.—*Indulgencias de la Pía Unión ó Archicofradía del Sagrado Corazón de Jesús.*

(Tomado del ejemplar que acompaña al *Diploma* de agregación expedido de Roma; en el cual se citan las *Letras Apostólicas* de Pío VII, León XII, Gregorio XVI, Pío IX y León XIII, en que se otorgan; por esta razón no creemos necesario apuntarlas aquí, siendo tan fácil compulsarlas al que desee conocerlas singularmente.)

---

§. I

Indulgencias para los congregantes del Sagrado Corazón, que se pueden ganar sin visitar iglesia alguna, pero que exigen se rece cada día devotamente, un Padre nuestro, Ave María y Credo al Sagrado Corazón de Jesús, con esta jaculatoria:

Corazón de mi amable Salvador, haz que arda y siempre crezca en mí tu amor;

y son siempre aplicables á las benditas ánimas.

PLENARIAS. —Confesando, comulgando y rogando por las intenciones del Papa.

1ª El día del ingreso en la Congregación.

2ª El del Sagrado Corazón ó el domingo siguiente.

3ª Cada primer viernes, ó cada primer domingo de mes.

4ª En otro cualquier día de cada mes.

5ª En el artículo de la muerte, invocando arrepentidos y resignados el santísimo nombre de Jesús al menos interiormente si no es posible con la

boca, recibidos, si se puede, los Santos Sacramentos.

PARCIALES.—1ª. De siete años y siete cuarentenas, cada uno de los cuatro domingos inmediatos anteriores á la festividad del Sagrado Corazón de Jesús.

2ª. De sesenta días por cada obra piadosa que entre día se practique con devoción.

§. II

Los congregantes que visitaren la Iglesia de su Congregación rogando á intención del Papa, pueden ganar:

1º En los días de las Estaciones que señala el Misal Romano, las muchas indulgencias que se ganan haciéndose en Roma (1), y son aplicables á los fieles difuntos.

2º Indulgencia *plenaria*, supuesta una buena confesión y comunión, en las fiestas de Navidad, Jueves Santo, Pascua Florida, Ascensión; en los días de la Purísima Concepción, Natividad, Anunciación, Purificación y Asunción

1 Qué días son de Estación, puede también verlo cada uno en la Bula de la Santa Cruzada.

de la Madre de Dios, de Todos los Santos y día de Animas, y en las fiestas de San José, S. Pedro y S. Pablo, San Juan Evangelista, San Gregorio Magno (12 de marzo), y San Pío V (5 de mayo): la de este último día aplicable á los fieles difuntos.

3º Siete años y siete cuarentenas en las demás festividades de la Virgen y de los otros Apóstoles.

§. III

Visitando devotamente la Iglesia ú oratorio público donde se celebre la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, y rogando por las intenciones del Romano Pontífice se ganan por cualquier fiel:

1º Siete años y siete cuarentenas en cada día de la novena precedente.

2º PLENARIA en los seis domingos ó viernes anteriores á dicha fiesta, confesando y comulgando en cada uno.

Nótese que los congregantes que no puedan visitar la iglesia, según se exige para las indulgencias de los §§ 2º y 3º, podrán suplirlo con otra obra piadosa que su confesor les prescriba.

Para las personas que vivan en co-

munidad, la capilla interior hace veces de iglesia ú oratorio público.

§. IV

A los congregantes que recen tres Gloria Patris á la Santísima Trinidad, dándole gracias por las que concedió á María Santísima, especialmente en su Asunción al Cielo:

1º De cien días por cada vez.

2º PLENARIA al mes, si dentro de él confiesan y comulgan, rezando diariamente por la mañana, al mediodía y por la tarde, los dichos tres *Gloria Patris*.

Son aplicables á las ánimas del purgatorio.

3º Los que están agregados al *Culto perpetuo del Sagrado Corazón de Jesús* ganan indulgencia plenaria el día señalado en su tarjeta, con tal que en él empleen sobre una hora en ejercicios de piedad, renueven las promesas del bautismo y demás obligaciones, y visiten la iglesia ó capilla de la congregación, rogando allí á intención de Su Santidad.

Indulgencias parciales, aplicables a las almas del Purgatorio.—1º *De treinta*

años y treinta cuarentenas en los días de la Circuncisión del Señor y Epifanía, los domingos de Septuagésima, Sexagésima y Quincuagésima; el Viernes y Sábado santos, todos los días de la Octava de Pascua hasta el domingo de Cuasimodo inclusive; el día de San Marcos Evangelista; los tres días de rogaciones; domingo de Pentecostés y todos los días de su octava; en el día de San Esteban protomártir, de San Juan Evangelista y de los Santos Inocentes.—2° *Veinticinco años y veinticinco cuarentenas* el domingo de Ramos.—3° *Quince años y quince cuarentenas*, el tercer domingo de Adviento, Vigilia de Navidad, noche de Navidad y Misa de aurora.—4° *Diez años y diez cuarentenas* los demás domingos y días de Cuaresma, la Vigilia de Pentecostés, el miércoles, viernes y sábado de las cuatro Témporas de setiembre, el primero, segundo y tercer domingo de Adviento y cuatro Témporas de diciembre.

Los que se agregaron al Apostolado de la Oración antes del 7 de junio de 1879, y los que posteriormente han sido agregados á la Archicofradía del

Sagrado Corazón de Jesús, por los Directores facultados al efecto, pueden ganar los indulgencias dichas, además de las concedidas en particular al Apostolado.

§. V

Todos los fieles, aunque no sean congregantes, pueden ganar indulgencia *plenaria* aplicable á las ánimas del Purgatorio, si confesados y comulgados visitaren cualquier iglesia ú oratorio público donde se celebre la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, rogando allí según la intención de Su Santidad.

Siendo de notar que dicha fiesta puede, con justa causa y licencia del Ordinario, trasladarse á cualquier otro día del año, no siendo domínica de 1ª. ó 2ª. clase, octava privilegiada, fiesta ó vigilia excepcional y celebrarse en él las misas propias del Sagrado Corazón.

§. VI.—*Otros privilegios.*

La *Congregación del Sagrado Corazón de Jesús* goza del mismo privilegio que las del *Santísimo* y la *Doctrina cristiana*,

esto es: de poderse erigir legítimamente en muchas iglesias de un mismo lugar ó población, exigiéndolo así el número y mayor comodidad de los congregantes, á juicio del Ordinario, y de agregarse estas varias Congregaciones á la Primaria de Roma, á pesar de la Constitución clementina de 7 de diciembre de 1604. [*Rescripto* de 23 de abril de 1805, que se puede ver en *Nilles*, edición de 1886, t. I, pág, 527, ó en *Maurel*, edición de 1882, en Lyon, pág. 258.]

Este *Rescripto* de Pío VII fue confirmado por Pío IX, en *Decreto* expedido por la Sagrada Congregación de Indulgencias el 5 de abril de 1862 (Vid. Nilles, loc. cit.)

Otro *Rescripto* de 7 de julio de 1883 concede el que se puede también erigir la Pía Unión del Sagrado Corazón de Jesús en las iglesias y oratorios de monjas, sin atención á la mayor ó menor distancia.

EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN Y LA ARCHICOFRADÍA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

I.—*Espíritu del Apostolado de la Oración.*

El Apostolado de la Oración no tanto es un ejercicio de piedad, como un espíritu que debe animar todas nuestras obras y nuestra vida; es un espíritu esencialmente cristiano y católico: cristiano, porque nos hace vivir de la vida de Cristo; católico, porque nos mueve á desvelarnos sin cesar por los intereses de la Iglesia, y á enderezar todas nuestras oraciones, obras y trabajos al triunfo de estos divinos intereses. Este espíritu es el mismo que la devoción al Corazón de Jesús bien entendida debe infundirnos.

En efecto: de dos modos podemos proceder en esta devoción: porque, ó buscamos tan solo *nuestro provecho espiritual*, considerando al Corazón de Jesús como fuente de gracias y consuelos; ó bien, tomándolo como objeto y modelo de nuestro apostolado, nos proponemos, en el culto que le tributamos, mirar principalmente por los intereses divinos de su gloria. En el primer caso, trata-

mos solamente de *recibir* los dones del Corazón de Jesús; en el segundo, nos esforzamos en *darle*, en retorno de sus infinitas liberalidades, la gloria que quiere recibir de nosotros.

Este segundo modo de entender la devoción al Corazón de Jesús es sin duda más perfecto; pues el mismo Jesucristo nos dice que «hay más dicha en dar que en recibir.» [Act. xx, 35]. Así se ha portado él siempre con nosotros; y si somos agradecidos, así debemos portarnos nosotros con él.

Ahora bien: el *Apostolado de la Oración* no es más que la devoción al Sagrado Corazón entendida de este modo. En efecto: este Apostolado nos induce á transformar todas nuestras obras en otras tantas oraciones, y todas nuestras oraciones en medios eficaces para glorificar al Corazón de Jesús en nosotros y en todos los demás hombres. Para esto basta una simple dirección de intención, que cada mañana procuramos dar á toda nuestra vida interior y exterior. *Uniendo*, siquiera una vez al día, pero mejor muchas, *nuestras intenciones á las intenciones del Corazón de Jesús*, y procurando obrar conforme á ellas, comuni-

camos á todas nuestras obras la virtud de alcanzar las divinas gracias, no sólo para nosotros, sino también para todas las personas por quienes ruega sin cesar el Corazón de Jesús: para nuestros padres y amigos, para los pecadores, para los justos, para nuestra desventurada patria, para toda la Iglesia, y muy especialmente, para su Cabeza visible el Romano Pontífice.

II.—*Precedentes históricos.*

Cuando nació el *Apostolado de la Oración* no preveían sus fundadores la prodigiosa extensión que había de tener, ni el destino que la Providencia le deparaba, ni menos soñaron entonces en crearle una existencia independiente. En su propósito y deseo, esta obra solo era una forma especial y práctica de la devoción al Corazón de Jesús, y lejos de querer constituirse fuera de las Asociaciones entonces vigentes, aspiraba únicamente á unirse con ellas, y unirlas entre sí y en un común esfuerzo, para procurar la salvación de las almas y el triunfo de la Iglesia, conforme á los ardientes deseos del Corazón de Jesús. Para ver de realizar estos propósitos, se

creyó que lo más oportuno era acercar el *Apostolado* á la *Archicofradía romana del Sagrado Corazón de Jesus*, la sola de entre las Asociaciones de esta clase que se extiende á todo el mundo. Fué, pues, agregado á esta Archicofradía [1]; y por consecuencia de tal agregación, todos los fieles inscritos en las listas del *Apostolado* quedaron por el hecho asociados á la Archicofradía.

Pero bien pronto el número de asociados creció extraordinariamente; el *Apostolado*, franqueando los límites de Francia y de Europa, se propagó hasta el extremo del mundo: fué entonces preciso organizarlo de una manera acomodada á su dilatación.

Estableciéronse Directores superiores en las diversas regiones: en torno de estos se crearon los Directores diocesanos, y en su lugar correspondiente los Directores locales, formando así una jerarquía completa, por cuyo medio podía la Dirección general satisfacer á todas las necesidades y exigencias que

---

1 El 8 de abril de 1861. Diploma de agregación del *Apostolado de la Oración*, establecido en el *oratorio* público de San Valerio de Annecy, expedido por el Director de la Archicofradía de Roma.

imponía el desarrollo de la obra. La *Sagrada Congregación de Obispos y Regulares*, por decreto de 27 de julio de 1866, que aprobó la Santidad de Pío IX, autorizó esta organización, que tan notablemente se diferenciaba de las Asociaciones hasta entonces establecidas.

Los Estatutos aprobados que daban a la Asociación esta forma, contenían un artículo, según el cual, el *Apostolado de la Oración* agregado á la Archicofradía, cuando no era aquél más que una Asociación local, conservaba este privilegio en la extensión que había llegado á adquirir, y como este artículo fue aprobado como los demás por la autoridad suprema de la Sede Apostólica, no se podía dudar que tuviera igual valor que los otros. Y, sin embargo, no era así en realidad; pues para que la aprobación del Romano Pontífice pudiera surtir efecto en este punto especial, hubiera sido preciso que le acompañase una cláusula derogatoria que anteriormente no se había creído que fuese necesaria. Hay, efectivamente, una bula de Clemente VIII que prohibe la unión de dos Asociaciones; otra regla canónica establece también, que si una obra ó Aso-

ciación local, independiente en su origen, se une á otra Asociación más general aquella no puede adquirir las indulgencias de esta última, si no es despojándose de las que le eran propias.

Por todo lo enunciado se comprende fácilmente la gravedad del caso y la situación difícil en que, en virtud de las anteriores prescripciones canónicas, se encontraba el *Apostolado*, no habiendo precedido una derogación expresa y formal de ellas: y el *Apostolado* estaba expuesto á perder su carácter más interesante y su apoyo más sólido, cual era el estar íntimamente unido á la Archicofradía del Sagrado Corazón. Y, ¿como salir de este apurado trance? Por medio de una resolución sapientísima y rigurosamente canónica, gracias á la bondad de la Santidad de León XIII, á la intervención favorable del Cardenal Vicario, el Eminentísimo Sr. Mónaco de la Valetta, y á la generosidad de los Directores de la Archicofradía del Sagrado Corazón de Jesús.

Los virtuosos Sacerdotes de la Pía Unión de San Pablo, á quienes está confiada la dirección de la Archicofradía del Corazón de Jesús en Roma, se ofre-

cieron libremente á comunicar al Apostolado los privilegios que exclusivamente les pertenecen, en la manera más amplia que pueden permitirlo las ordenaciones canónicas; á su iniciativa se debe el feliz principio de las delicadas negociaciones que siguieron hasta llegar al resultado felicísimo que podía desearse para la mayor gloria de Dios y aumento de la devoción y culto del Sagrado Corazón de Jesús.

III.—*Decisiones oficiales.*

Véanse los documentos siguientes:

Rescripto pontificio.

En Audiencia de Su Santidad, á 7 de junio de 1879.

El Padre Santo se ha dignado revalidar las agregaciones hechas, y para lo sucesivo ha concedido al Director Superior de la Pía Unión, establecida en Roma, bajo el título del Apóstol San Pablo, las facultades pedidas.

Sin que obste ninguna otra disposición contraria.—*Rafael*, Cardenal Vicario.

Acta de delegación del Director de la Archicofradía de Roma.

Asociación Romana de Sacerdotes de San Pablo Apóstol.

Usando de las facultades que especialmente nos ha concedido Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, por medio del Emmo. Cardenal Vicario de Roma, en la Audiencia que obtuvo el 7 de junio de 1879, concedemos á cada uno de los Directores de los centros actualmente establecidos, ya sean diocesanos ó ya locales del Apostolado de la Oración, la facultad de agregar á los fieles á la Archicofradía Primaria Romana del Santísimo Corazón de Jesús en Nuestra Señora de la Paz, imponiendo dos condiciones: la primera, de enviar á Roma los nombres de los nuevos agregados, ó si esto fuera difícil, á una Cofradía del Sagrado Corazón más cercana que esté agregada canónicamente á la Archicofradía de Roma, á fin de que estos nombres sean inscritos en su registro; la segunda, de poner en conocimiento de esta Archicofradía Primaria de Roma cada uno de los centros actuales de la Pía Alianza del Apostolado de la Oración, con el fin de que sus Direc-

tores sean reconocidos y contados entre los Sacerdotes facultados para agregar.

Dado en Roma, en Santa María de la Paz, á 7 de junio de 1879.—*Luis Macchi*, Director general.

Por el Rmo. Canónigo Angel Piacitelli, secretario de la Archicofradía del Santísimo Corazón de Jesús,—*José María Coselli*, Canónigo, segundo secretario.

IV.—*Relaciones que existen entre el Apostolado de la Oración y la Archicofradía del Sagrado Corazón de Jesús.*

De los documentos insertos, se deducen las consecuencias siguientes:

1ª Que todos los socios del *Apostolado* hasta el 7 de junio de 1879 pertenecieron y siguen perteneciendo á la Archicofradía del Sagrado Corazón de Jesús.

2ª Que todos los Directores de los centros diocesanos y locales del Apostolado, existentes en la misma época, tienen el poder de agregar á la *Archicofradía del Sagrado Corazón* á la vez que lo hacen al *Apostolado*.

3ª Esta facultad se trasmite á los sucesores de dichos directores sin necesidad de nueva concesión.

4ª Con respecto á los centros diocesa-

nos ó locales (parroquias, comunidades, cofradías, etc.), del Apostolado, que se establecieron desde aquella fecha en adelante, para qne sus directores presentes y futuros disfruten del mismo privilegio de asociar á la Archicofradía del Sagrado Corazón, es necesario que se envíe, por medio del Director Superior del Apostolado, á la dirección general de la Archicofradía del Sagrado Corazón, la noticia de los nuevos centros, y por su conducto ó directamente se reciba de Roma la tal facultad.

5ª Las reglas de la Archicofradía exigían á los Sacerdotes delegados que enviasen á Roma los nombres de los nuevos asociados. Su Santidad ha dispensado, concediendo que estos nombres se inscriban en el catálogo ó libro de cualquier otra Congregación del Sagrado Corazón de Jesús que esté agregada á la Primaria de Roma.

6ª Al admitir en la Archicofradía s los nuevos Asociados, los directores lea entregarán la *Cédula de Agregación*, que podrá estar unida á la del Apostolado.

DE EL SALVADOR



Prácticas de la vida cristiana.

PRÁCTICAS DE OBLIGACIÓN

AL DESPERTAR Y AL LEVANTARSE

La obra de nuestra santificación depende esencialmente del modo como cumplimos los deberes ordinarios de nuestro estado. Son muy pocos los días en que se encuentran cosas extraordinarias, ó grandes obras, ó grandes sacrificios que hacer. Puede suceder eso, sin embargo; pero las acciones ordinarias de cada día, lo que ocupa nuestras horas, lo que forma nuestra vida habitual, es verdaderamente lo que constituye para nosotros la materia y el ejercicio de la virtud.

Es preciso no olvidar esto, para hacer bien lo que se hace y aceptarlo cada día como un beneficio divino.

Hay en todos los días un instante, un primer momento en el que renacemos á la vida y es aquel en que despertamos. En él Dios nos da nueva vida para nosotros mismos, para nuestros deberes, muchas veces para nuestras penas; pero también nos la da para que la consagremos á El. Este momento del despertar es de gran importancia; á menudo se emplea mal y se deja tomar al alma para todo el día una descarriada dirección. Mil pensamientos se presentan, mil futilidades; recuerdos del día anterior, importunos á veces, dificultades que se preveen, turbaciones de la conciencia y del corazón; cosas exteriores y materiales. Cuando sería preciso reconcentrarnos en nosotros mismos para empezar esta nueva existencia, como el primer hombre la empezó al recibirla de manos de Dios, damos un curso extraviado á nuestros pensamientos y á nuestra voluntad, y corremos á nuestro fin, como los aroyuelos que se pierden en el mar, sin haber fecundado nada en su camino.

¿Qué es, pues, necesario hacer al despertar para no soñar aún y seguir distraídos todo el día? Es preciso acostumbrarnos así que despertamos, así que tenemos conocimiento de la vida que nos devuelve, reconcentrarnos en silencio para ofrecer á Dios, para presentarle un corazón y un pensamiento que le pertenecen. Este pensamiento es El que lo da; este corazón es El quien lo hace latir; esta hora y este día es El quien nos lo concede. En este momento se presenta en toda su verdad y en toda su fuerza el deber de buscar al Señor, de acercarse á El y devolverle lo que le es debido. Sea lo que quiera, lo que hayais hecho ayer, sean cuales fueren los tropiezos, penas y dificultades que hoy se os presenten, todo debe esperar; ya les llegará su hora después; porque lo presente pertenece solo á Dios. En este sentido habla la Escritura del sacrificio de la mañana. Contempla toda la naturaleza despertándose contigo y ofreciéndose al Creador en su admirable lenguaje; es menester que tu alma haga lo mismo. ¡Dios mío, aceptadme, soy vuestro! ¡Señor!.... Heme aquí para cumplir vuestra voluntad!

Yo añadiré esto: Teneis una Madre que reina en el cielo. Que su nombre sea el primero que pronuncien vuestros labios: ¡Oh María, concebida sin pecado! rogad por mí; tenedme bajo vuestra tutelar protección. Yo os pertenezco, guardadme siempre.

Esto no tiene nada de extraordinario ni de imposible, esto no es la perfección de los santos á la que no es fácil llegar; esto es la simplicidad del niño cuando despierta en brazos de su padre: cosas pequeñas en apariencia, pero grandes é importantes, pues ellas nos ponen en comunicación con Dios y en relación con el cielo.

Cumplido este primer deber de ofrecer á Dios y á María nuestro corazón, es preciso sacudir la pereza que está muy á menudo á nuestra cabecera y con la que luchamos frecuentemente para concluir por ser vencidos. Haced algún sacrificio. Es preciso levantarse á una hora conveniente y si se puede, arreglada. Razones de salud pueden modificar esta hora; pero es necesario tener cuidado con la molicie y el abandono que más ó menos se apoderan de nosotros. La diligencia da nuevo vigor al alma y la llena de alegría.

Cuando hayais elevado vuestro espíritu y vuestro corazón á Dios en el primer momento del día, estareis como un reloj bien arreglado, como una impulsión dada, como un movimiento que continúe por sí mismo. Es un camino que teneis abierto y que podeis seguir fielmente. Pero si desde el primer momento la aguja no marca la hora de Dios, si el movimiento no está bien dado, si el camino no es el que conduce hasta Dios ¿adónde ireis? ¿qué señalarán vuestras horas? ¿qué serán vuestros minutos? ¡Triste cosa! será el viento que sopla, la hoja que revolotea, el polvo que se levanta y desaparece. Nada, nada de verdad, nada positivo. Tened cuidado, tened mucho cuidado, hijos míos, de empezar el día cristianamente.—*(P. Ravignau.)*

Ejercicio Cotidiano

¿EN QUE CONSISTE LA PERFECCION DEL CRISTIANO?

Todo el ejercicio de la vida cristiana se reduce á tres puntos; conviene á saber: hacer obras buenas, evitar culpas y sufrir penas. Los Santos enseñan que estas tres cosas son necesarias para salvarse, y que no basta la una sin las otras. Porque, cierta cosa es que no basta que una persona haga algunas obras de virtud, si no evita las culpas en otras materias, y sobre ambas cosas es necesario que las penas y trabajos que Dios le envía los lleve con paciencia.

Según esta doctrina, cualquier persona que desea salvarse y agradar á Dios, cuando se encomienda á él por la mañana, ha de considerar: Lo primero, cuáles son las obras buenas que debe hacer aquel día para corresponder á las obligaciones de su estado, y propo-

ner hacerlas con pura intención y con toda perfección. Lo segundo, qué penas, trabajos ó disgustos se le suelen ofrecer entre día, y proponer llevarlos con toda paciencia. Lo tercero, qué faltas son en las que de ordinario suele caer, y proponer firmemente evitarlas aquel día con todo cuidado.

Pues como para todo esto no bastan las fuerzas nuestras, sin la gracia y ayuda de Dios, debe luego el alma encomendarse á las tres Personas divinas, suplicándoles tome cada una á su cargo favorecerla para una de estas tres cosas, repartiéndolas de esta manera: Suplicando al Padre, le ayude para hacer las buenas obras que se ofrecieren, con perfección; porque á él se le atribuyen las obras de la creación, las cuales hizo él tan perfectas y acabadas, y así dijo Cristo en el Evangelio: *Mi Padre siempre está obrando.* Al Hijo ha de suplicar le ayude á llevar las penas que se le ofrecieren; porque solo él, entre las tres Personas divinas, supo de padecer penas y dolores por experiencia, y así lo llamó Isaías *Varón de dolores.* Al Espíritu Santo, que se encargue de darle gracia para evitar los pecados que se le ofrecieren; pues

á él se atribuye la santificación de las almas, y el prevenir con su gracia para no caer en las culpas.

Al Padre Eterno le ha de decir el hombre, que pues es su hijo, le ayude para que se le parezca en el obrar bien. Al Hijo, que pues es su hermano, le ayude á parecérsele en lo que él tanto se esmeró, como es en el padecer. Al Espíritu Santo, que pues es el Esposo de nuestras almas, le ayude á evitar las culpas que él tanto aborrece. Todas las tres cosas dichas las comprendió el Rey David en solo un verso que dice: *Haz bien, y evita el mal, y no pierdas la paz del alma en las penas, antes consérvala con paciencia*, es decir, evita culpas y haz buenas obras, y la paciencia en las penas será la madre de esta paz.

Finalmente, se ha de acabar esta Oración poniendo por intercesora á la Virgen Santísima, pidiéndole, que pues es la mejor Hija del Padre, nos ayude con él para obrar bien; y pues es Madre del Hijo, nos alcance de él gracia para padecer como él; y pues es la querida Esposa del Espíritu Santo, le favorezca con él, para que le dé

abundante gracia, con que se libre de las culpas en que suele caer.

Tenida esta Oración un rato por la mañana, con las reliquias que de ella quedan, que son los buenos propósitos que de ella se sacaron, se sigue la práctica de ellos por todo el día, con lo cual se mantendrá una continua presencia de Nuestro Señor; porque en todo el día, es fuerza se ofrezcan ocasiones de buenas obras, de culpas y de penas. Pues cuando se ofrece la ocasión de la buena obra, debe acordarle el alma al Padre eterno, cómo la tomó á su cargo aquel día para ayudarla en ellas. En las ocasiones de penas tiene recurso al Hijo, acordándole le dé paciencia, como se la pidió en la Oración. Y en las ocasiones de faltas, al Espíritu Santo, que le dé su gracia y fortaleza para evitarlas. Y con esto cumple el alma entre día los propósitos que sacó de la Oración, y el consejo de David que está dicho.— *(P. Jerónimo de Florencia.)*

Por la mañana.

TRES COSAS QUE SE HAN DE HACER EN LEVANTANDOSE POR LA MAÑANA

Un cristiano que, además del nombre, procura portarse como tal, luego que despierte por la mañana, levante su corazón á Dios, haciendo tres cosas que le son sobremanera debidas y gratas.

La primera es confesar y adorar la Santísima Trinidad de nuestro Dios, que es uno en la naturaleza, y trino en las Personas. Signaos, pues, al instante que desperteis, la frente y el pecho, invocando á la Santísima Trinidad.

La segunda es el ejercicio de las tres virtudes teologales, con que debemos consagrar á nuestro Creador las primicias de las obras del día, procurando así granjearse temprano su favor, tan necesario para todas las cosas. Rezad, pues, el Credo, mas diciendo de corazón cada artículo.

La tercera cosa necesaria para ordenar bien el principio del día, es pedir á Dios Nuestro Señor el auxilio de su

gracia para observar con exactitud los diez Mandamientos de su santísima ley, diciendo: Señor mío Jesucristo, os suplico me concedais la gracia de observar vuestros preceptos todo el tiempo de mi vida. Virgen Santísima, os ruego intercedais por nosotros con vuestro Hijo Jesucristo, y alcanzad de él que me dé la gracia de guardar sus santos Mandamientos. Amén.—*(San Francisco Javier.*

AL DESPERTAR POR LA MAÑANA

No te dejes dominar de la pereza, ofreciendo al demonio las primicias del día que Dios te concede para que lo emplees en procurar tu santificación.

Te vestirás con grande modestia acordándote que tienes á tu lado al Santo Angel de tu Guarda, y que estás en la presencia de Dios.

Haz con reverencia y devoción la señal de la Cruz, y mientras te vistes podrás rezar algunas oraciones que sepas de memoria, ó la siguiente

ORACION

Señor Dios todopoderoso, que nos has dejado llegar al principio de este día, sálvanos hoy por tu santa virtud,

para que no caigamos en algún pecado; mas todas nuestras obras, pensamientos y palabras, vayan enderezados á tu servicio y á la guarda de tus santos Mandamientos. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Ahora, no dando lugar á pensamientos vanos, propón guardarte hoy, con la gracia de Dios, de todo pecado, especialmente de aquel en que más frecuentemente sueles caer y repasa los puntos sobre que vas á meditar.

OFRECIMIENTO DE OBRAS

Toma agua bendita, ponte de rodillas á los pies del Crucifijo, ó ante alguna devota efigie ó imagen de la Virgen Santísima, haz con reflexión y devoción la señal de la Cruz, y dí:

ORACIÓN

Altísimo Dios de todo lo creado. Verdad infalible, en quien creo; Clemencia inefable, en quien espero; Bondad infinita, á quien amo sobre todas las cosas, y á quien me pesa de haber ofendido por ser quien sois: os agradezco los beneficios que me habeis hecho esta noche, y os ofrezco todos

bs pensamientos, palabras, obras y trabajos del presente día, con intención de ganar cuantas indulgencias pueda, rogándoos por los fines que tuvieron os Sumos Pontífices en concederlas.

No permitais, Padre mío amorosísimo que os ofenda en este día: apartadme de los lazos que me tiene preparados el enemigo, dadme fortaleza para vencer mi pasión dominante, y haced que cumpla con el fin para que estoy en el mundo, Inspiradme lo que fuere de vuestro mayor agrado, para vivir el día de hoy como si fuera el último de mi vida, solícito de lo que más me importa, que es la salvación de mi alma. Así sea por los méritos de mi Señor Jesucristo, con los cuales deseo unir los míos, y por la intercesión de la siempre Virgen María, de mi Santo Angel de Guarda, del Santo de mi nombre y demás patronos y abogados míos. Amén.

ORACIÓN EFICAZ Á LA SANTÍSIMA VIRGEN

Dios te salve, María....

¡Oh Señora y Madre mía! Me ofrezco todo á Vos. y en prueba de mi cor-

dial afecto, os consagro en este día mis ojos, oídos y lengua, mi corazón y todo mi ser. Ya que soy todo vuestro, oh Madre de piedad, guardadme y defendedme como cosa y posesión vuestra.

100 días de indulnencia cada vez, y una plenaria al mes previa la confesión y comunión, repitiéndola cada día. [Pío IX, D. S. Congr. Indulg. 5 Agosto 1851.]

AL ÁNGEL DE NUESTRA GUARDA

Angel de Dios, bajo cuya custodia me puso el Señor con bondad infinita, iluminadme, defendedme, regidme y gobernadme en este día. Amén.

100 días de indulgencia cada vez, y una plenaria al mes previa la confesión y comunión.—Pío VII, D. S. Congr. Indulg. 15 Mayo 1821.

ACTOS DE FE, ESPERANZA Y CARIDAD

Creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo, creo en Dios Espíritu Santo; creo en el Misterio de la Santísima Trinidad, que son tres personas distintas y un solo Dios verdadero; creo en todo aquello que creé y confiesa

nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, *porque Dios, verdad infalible, lo ha revelado;* y en esta fé y creencia quiero vivir y morir.

Espero en Dios Padre, espero en Dios Hijo, espero en Dios Espíritu Santo, *fidelísimo en las promesas, todopoderoso é infinitamente bueno;* espero en mi Señor Jesucristo, que por los merecimientos de su preciosísima vida, pasión y muerte, mediante mis buenas obras, me ha de perdonar todos mis pecados, y me ha de salvar.

Amo á Dios Padre, amo á Dios Hijo, amo á Dios Espíritu Santo; ámoos, mi Dios, *por vuestra infinita bondad,* y quisiera amaros con aquel amor con que mereceis ser amado; y de no haberos amado y de haberos ofendido me pesa. Señor, pequé, tened misericordia de mí.—*(P. Jerónimo de Ripalda.)*

Advertencia muy importante. No se tributan obsequios más agradables á Dios que los actos de las tres virtudes teologales, los que debemos hacer luego que amanece el uso de la razon, y en otras muchas ocasiones. Por tanto, conviene repetirlos con frecuencia, y que los padres enseñen el modo de hacerlos á sus hijos y domésticos, y los maestros á sus discípulos.

mis parientes y allegados, por mis amigos y enemigos, por los que me encomiendan á Dios, y son mis bienhechores; y finalmente, os pido por las benditas almas del Purgatorio, en especial por aquellas á quienes estoy más obligado. Haced que vivamos todos bajo la dependencia de vuestra soberana voluntad, la cual sea cumplida en nosotros, así en la tierra como en el cielo, por los siglos de los siglos. Amén.

PRÁCTICA DE MEDITAR MUY ÚTIL Y FÁCIL

Dichas estas oraciones, antes que el cristiano se entregue á los negocios temporales, emplee algún tiempo en meditar la ley de Dios; lo que hará con utilidad practicando cada mañana el siguiente ejercicio: Postrado ante el Señor, considere uno á uno los diez Mandamientos de su ley, de esta suerte: el primer Mandamiento que me ha dado mi Creador y Señor, es éste: Amarás y adorarás á tu Señor Dios con todo el corazón, etc. Después, metido en sí recorra en general todos los pecados cometidos contra este precepto desde su niñez, y detestándolos luego de corazón, pida perdón de ellos á

Dios, proponiendo firmemente guardarse en lo porvenir de tales culpas, y exponerse antes á perder hacienda, vida y todo, que hacer cosa contraria á tan justo y saludable Mandamiento. Añada dos coloquios, de este ó semejante modo; el primero á Jesucristo: Señor mío Jesucristo, os ruego humildemente, que me des hoy y siempre gracia abundante para observar perfectamente este primer precepto de vuestra santa ley; el otro á su Santísima Madre: Oh Santísima Virgen María mi Señora, os suplico que roguéis por mí á mi Señor Jesucristo, fruto bendito de vuestro vientre, para que en éste y en todos los días de mi vida me dé benignamente copiosa gracia para cumplir perfectamente lo que se me manda en este primer precepto de su santísima ley. Y siga discurriendo así por los otros nueve Mandamientos.

Este ejercicio, hecho bien al principio de cada día, es utilísimo para lograr la salvación; porque fundándose toda la esperanza que tiene el cristiano de llegar á la eterna felicidad á que está destinado, en obrar el bien y evitar el mal [en que consiste toda la ley de Dios], es cosa clara cuánto importa y ayuda para ello la distinta y exacta consideración de cada Mandamiento de Dios, la que nos hace ver como en un espejo las manchas que

debemos quitarnos, y lo bueno que hemos de acopiar. De aquí la verdadera contrición, con que se borran las antiguas fealdades, y se huyen aquellas cosas á que corremos riesgo de apegarnos por las lúbricas ocasiones de la vida, las malas costumbres y hábitos viciosos se debilitan, y nos afirmamos en el propósito firme que hacemos cada día, de resistir con la gracia de Dios á las tentaciones de toda suerte de maldad, las cuales, reduciéndose á algún capítulo de los preceptos divinos, no pueden dejar de entrar en la utilísima pesquisa de esta consideración cotidiana. También de esta manera se libran los ojos de la mente de aquella ceguedad luctuosa, por la cual todos cuantos viven sin meditación caen en pecado casi insensiblemente, y sosegándose un poco el remordimiento de la conciencia por el uso largo de pecar, beben la iniquidad como agua, sin echarlo de ver, cuando los miserables se van de verdad preparando la última ruina, retozando á la orilla de su eterna condenación.

Pero en este ejercicio conviene tener cuenta é insistir principalmente en aquellos preceptos, contra los que suele uno pecar con más frecuencia y gravedad, excitándose á mayor dolor de tales pecados por amor de la divina Majestad ultrajada, y concibiendo con toda la inten-

ción del alma propósitos irrevocables de huir en lo futuro esos pecados y aun sus ocasiones, y usar de medios aptos para desarraigar aquel mal hábito que nos arrastra al precipicio, implorando al efecto el socorro particular de la divina gracia. (*San Francisco Javier.*)

ENTRE DIA

Esta sección es de grandísima importancia. En efecto, dependiendo en gran parte la santificación del cristiano de la perfección con que hace las obras, claro está que ha de tener muchas más ocasiones de ganar merecimientos en las que practica con más frecuencia, como son las ordinarias. Por otra parte, es en ellas más fácil el descuido, haciéndolas por rutina costumbre, vanidad, *respetos humanos* y por otros fines torcidos.

Para hacerlas como conviene, mucho ayudará al cristiano tener presente que no vive solo, sino que á todas partes lo acompaña, como ayo solícito, su Angel de Guarda, para defenderlo de los peligros de alma y cuerpo, y aconsejarlo bien.

Grande ánimo da acordarse que ha-

llaremos en él un poderoso protector contra nuestros enemigos, y fiel testigo de nuestras buenas y malas obras.

Como medios de santificar las obras ordinarias pondremos los principios generales, y después haremos su aplicación, presentando algunas oraciones para rezarlas cuando ejecutemos las principales acciones que suelen ocurrir entre día.

DEL CUMPLIMIENTO DE LAS COTIDIANAS OBLIGACIONES

No basta para ser una persona sólidamente devota que observe los Mandamientos de la ley, sino que debe aplicarse con ahinco á las particulares obligaciones de su estado. Así que, no sería sólidamente devoto el padre de familias que no repartiese á sus hijos y criados el sustento del cuerpo y el alma, enseñándoles bien con la palabra, y mejor con las obras, el camino del cielo; el maestro que no procurase de veras el aprovechamiento de sus discípulos en virtud y letras, sino que los dejase vivir á su libertad, sin apartarlos de los riesgos á que está expuesta la juventud; el estudiante

que, más frecuente en la casa de juego y de la perdición que en la Universidad, hiciese fatal desperdicio del tiempo, del talento y del dinero; el oficial y el criado, que por su culpa no llenasen sus obligaciones: éstos y otros semejantes, muy lejos estarían de vivir una vida devota y sólidamente cristiana.

La fiel observancia de la ley y obligaciones del estado es el alma y fundamento de la perfección, porque sobre ella descansa con solidez el ejercicio de las virtudes, la práctica de los consejos evangélicos y de ciertas devociones que parecen el carácter de las personas espirituales: y cuando hay aquello va bien esto. Pero emplear gran parte del día en visitar iglesias y santuarios, y manosear libros, descuidando de sus precisas obligaciones, es una ficción y engaño. Cuando una persona, el tiempo que había de malgastar en la ociosidad, en teatros y bailes, en el tocador, y en mirarse en el espejo, en el juego, en la conversación inútil, en el cumplido de mundo, lo emplea en ocupaciones propias de su estado y condición para dar puntual salida á sus obligaciones, ésta comien-

za bien; si además practica con fervor los ejercicios que en este libro se prescriben, prosigue mejor, y á los principios y progresos corresponderá el fin de su carrera.

Pero si, cuando había de orar, confesar, comulgar y oír Misa, está durmiendo; si cuando había de celar sobre la familia se está muy de asiento en la iglesia; si cuando había de tomar con ahinco el trabajo se va á visitar enfermos. malo; ese espíritu no es sólido ni de Dios, que nos mandó comer el pan con el sudor de nuestro rostro.

Dé, pues, el primer lugar al cumplimiento de la ley y de sus obligaciones, y después practique con fervor sus devotos ejercicios, y tenga por cierto que este es el camino seguro. A quien esto haga podrá alguno con culpable temeridad echar en cara la comunión frecuente, que oiga la palabra de Dios, asista al santo sacrificio de la Misa, y lea algún libro devoto, visite el Santísimo Sacramento donde estuviere patente, y haga examen de conciencia; pero ¡ay de quien se burle de estas cosas! tendrá que salir responsable en el tribunal de Dios de lo que se omita por su culpa.

La persona prudente que sabe discernir entre lo aparente y lo sólido, nada tendrá que censurar; que aplaudir y que imitar, mucho. Esto deberían tener presente los directores espirituales, y advertirán bien presto si es sólida ó no, la virtud de sus penitentes. Cuando los vean que sobre ajustarse al exacto cumplimiento de su obligación, van, cual mercader solícito, aprovechando todas las ocasiones de atesorar para el cielo, muy bien van. Pero cuando adviertan que á todo están dispuestos menos á trabajar, á todo menos á cuidar de su casa, y que se dejan gobernar por su voluntad propia, entren en vehementes sospechas de que van fuera del buen camino. Que se apliquen primero á la obligación, y rindan su juicio á la obediencia, si quieren hacer progresos en la virtud.

Advertencia. Cuando de dos cosas se hubiere de omitir una, sea siempre la de superrogación. Acomode cada cual á sus obligaciones las prácticas de piedad que sean compatibles con ellas, y se puedan hacer sin faltar á lo principal. (*P. Hernández.*)

PRECAUCIONES NECESARIAS PARA NO OFENDER Á DIOS EN EL TRATO CON LOS DEMÁS

Entre día, el comercio humano y el trato con varias clases de gentes, suele presentar peligrosos estímulos á los vicios, y en especial á las personas que por sus muchos pecados han contraído malos hábitos. Estas deben tener siempre en la memoria y considerar que la vida es corta, y la muerte esta cerca; que hemos de dar á Dios estrecha cuenta de todas las acciones de nuestra vida; que en el juicio universal seremos todos presentados en el tribunal inexorable de Jesucrisro; que el cielo se pierde por cualquier pecado mortal, y por esto se cae sin remedio en el infierno. Quien fuere á sus quehaceres cotidianos, ó á las diversiones, con el ánimo ocupado de estos pensamientos, cierto caerá menos veces que otros, se levantará más pronto, y finalmente, estará más dispuesto á hacer mientras vive lo que quisiera haber hecho en la hora de su muerte. Ayudará asimismo no poco el persuadirse, que hay gran diferencia entre los pecados de personas deseosas del bien, que pecan por fragilidad é impelidas de improviso por la fuerza de la tentación, y los pecados cometidos frecuentemente y sin vergüenza. Estos son muchísimo más graves que aquellos; y al contrario, los primeros se perdonan más

fácilmente. Por tanto, no desconfío, y espero que se arrepientan de veras los que en su última enfermedad se hallan en culpa de la primera clase; mas de los otros temo mucho, porque me parece que á los pecadores habituados, más bien los deja el pecado, que ellos á él; y tengo por verosímil que hay entre la misericordia y la justicia divina el convenio de que sean entregados á aquélla los que habiendo arreglado su vida caen en algún pecado mortal por su natural debilidad, ó por lo resbaladizo de una ocasión no buscada; pero que caigan en manos de la justicia los que sin haber interrumpido el curso de la iniquidad, viven como por profesión siendo malos hasta el fin de su vida.

Estas cosas quisiera que las pensasen un poco, en especial aquellos que traen guerra con el pecado, mas la victoria anda indecisa por la alternativa de caer y levantarse. Al que es nuevo en el servicio de Dios, y que ha comenzado á gustar interiormente cuán suave sea el Señor, le aconsejaría que entre día levantase con frecuencia el corazón á Dios, repitiendo actos de fe, religión, esperanza y, sobre todo, de amor puro y sincero. [*S. Francisco Javier.*]

DE EL SALVADOR

AL SALIR DE CASA:

Haz la señal de la cruz, y dí: Diríjame el Señor Todopoderoso por el camino de la paz y felicidad, y el Arcángel San Rafael me acompañe para que vuelva sin daño alguno de alma y cuerpo.

AL PRINCIPO DE CADA OBRA

Suplícote, Señor, que prevengas con tu gracia esta obra, y en ella me enseñes y ayudes, para que todo cuanto hiciere lo comience y acabe por Tí, y para mayor gloria tuya.

DESPUÉS DE ACABADA

Recibe, clementísimo Señor, por los ruegos y merecimientos de la Virgen Santa María, y de todos los Santos y Santas, este pequeño servicio; y si he hecho algo bueno, míralo con benignidad, y lo malo perdónalo con piedad y misericordia.

Después harás de cuándo en cuándo algunas oraciones jaculatorias, como éstas que tienen concedidas indulgencias.

Jesús, manso y humilde de corazón, haced mi corazón semejante al vuestro.

¡Jesús mío, misericordia!

¡Oh dulcísimo Jesús, no seais mi juez, sino mi Salvador!

Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía.

Dulce Corazón de María, sed mi salvación.

300 días de indulgencia cada vez, y una plenaria al mes. (Pío IX, 1852.)

BENDICIÓN DE LA MESA

Haz la señal de la cruz, y dí: Enviad, Señor, vuestra santa bendición sobre nosotros, y sobre estos dones que vamos á tomar, recibidos de vuestra largueza. *Padre Nuestro y Ave María.* El Rey de la gloria eterna nos haga participantes de la mesa celestial. Amén.

DESPUÉS DE COMER

Haz la señal de la cruz, y dí: Gracias os damos, Todopoderoso y Sempi-

terno Dios, por todos los dones y beneficios que de vuestra bondad hemos recibido. Amén.

Gloria á Dios, paz á los vivos, y descanso á los fieles difuntos. *Padre nuestro, etc.*

El Señor nos dé su paz, y después la vida eterna. Amén.

AL OÍR ALGUNA BLASFEMIA,

dirás interiormente alguna de estas oraciones jaculatorias, según sea la blasfemia: Bendito sea Dios. Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar. Dios te salve, María.... Virgen Santísima, Reina de cielos y tierra, os amo de todo mi corazón. Perdonadlo, Señor, que no sabe lo que hace.

CAANDO LLEVEN EL SANTO VIÁTICO

á los enfermos, adóralo de rodillas; y si rezas un *Padre nuestro y Ave María*, pidiendo á Dios que dé al enfermo lo que más le convenga, ganarás 100 días de indulgencia: siete años y siete cuarentenas de perdón, acompañando con luz al santo Viático; cinco años y cinco cuarentenas solamente, si lo acompañas sin ella. [Ino-

cencio XII. 5 enero 1695.] El sábado en la tarde y todo el domingo se dicen estando en pie.

ANGELUS

Cuando por la mañana, al medio día y por la noche, tocan a las *Ave Marías*, diciendo la oración siguiente, de rodillas, ganarás cada vez cien días de indulgencia, y una plenaria al mes. [Benedicto XIII, 14 setiembre 1724.]

V. El Angel del Señor anunció á María.

R. Y concibió por obra del Espíritu Santo. *Dios te salve, María..... Santa María.....*

V. He aquí la esclava del Señor.

R. Hágase en mí según tu palabra. *Dios te salve, María..Santa María..*

V. El Verbo se hizo carne.

R. Y vivió entre nosotros. *Dios te salve, María....Santa María....*

V. Rogad por nosotros, Santa Madre de Dios.

R. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Jesucristo.

ORACION

Infundid, divino Señor, vuestra gracia en nuestras almas, para que pues

hemos creído la Encarnación de vuestro Hijo y Señor nuestro Jesucristo, anunciada por el Angel, por los merecimientos de su Santísima Pasión y muerte, alcancemos la gloria de la Resurrección. Amén.

REGINA COELI

En el tiempo pascual en lugar del Angelus se dice estando en pie esta otra:

Reina del cielo, alégrate, aleluya.
Porque Aquel que fuiste digna de llevar en tu seno, aleluya.
Ha resucitado como lo había dicho, aleluya.
Ruega por nosotros á Dios, aleluya.
V. Alégrate y regocíjate, Virgen María, aleluya.
R. Porque el Señor resucitó verdaderamence, aleluya.

ORACIÓN

¡Oh Dios! que por la resurrección de uuestro Hijo, nuestro Señor Jesucristo, os habéis dignado regocijar al universo, haced, os rogamos, que por la intercesión de la Sma. Virgen, su Madre, gocemos de la bienaventuranza

eterna. Por el mismo Jecucristo nuestro Señor. Amén.

ÁNIMAS

Al oír el toque de Animas dí de rodillas el *De profundis* con el *Requiem aeternam;* y si no lo sabes, un *Padre nuestro y Ave María* por las almas del Purgatorio, con lo cual se ganan 100 días de indulgencia. Plenaria al año. [Clemente XII, 11 agosto 1736.]

AL DAR LA HORA

Si la prudencia te impide decirlo en voz alta con otros, dí en particular:

Ave María purísima. Sin pecado concebida. *Dios te salve, María....* y *Santa María .....* Bendita sea la hora de la Concepción Inmaculada de Nuestra Señora. Líbranos, Señora, de pecar en esta hora. Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

Sería también muy loable y de singular provecho hacer cada hora un *acto de contrición*, diciendo cuando da el reloj: «Señor, por ser Vos quien sois, me pesa de haberos ofendido, y propongo firmemente una total enmienda, asistido de vuestra divina gracia.»

En las tentaciones, acuérdate que estás en la presencia de Dios, y tienes á tu lado al Angel de la Guarda, para ayudarte si lo invocas, y para ser testigo de que has vencido la tentación, ó consentido en ella.

Podrás decir:

No me dejeis, Señor, caer en la tentación. Antes morir que pecar. ¡Oh Señora mía! Acordaos que soy vuestro; guardadme y defendedme como cosa y propiedad vuestra.—Angel de mi Guarda, defendedme.

ORACIÓN MUY EFICAZ PARA RESISTIR Á LOS MALOS PENSAMIENTOS CON LA GRACIA DIVINA

Señor mío Jesucristo, cuantas veces me viniere esta tentación, tantas os bendigo y ofrezco las alabanzas que os dan los Angeles y Santos en el cielo, y las que ahora os diera este mal espíritu, si no hubiera caído por su soberbia. Pésame, Señor, de haberos ofendido, por ser vos quien sois, y propongo la enmienda.

Háse de tener de memoria, y decirla en sintiendo la tentación. [P. Nieremberg.]

ORACIONES JACULATORIAS CON INDULGENCIAS PARCIALES CADA VEZ QUE SE DIGAN

En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

1] *50 días de indulgencia*, cada vez que se hace la señal de la cruz pronunciando las palabras antedichas.--Pío IX, 28 de julio de 1863. 2] *100 días de indulgencia*, cada vez que se haga la señal de la cruz del modo dicho, tomando agua bendita. --Pío IX, 23 de marzo de 1866.

Padre eterno, os ofresco la preciosísima sangre de Jesucristo en satisfacción de mis pecados y por las necesidades de la santa Madre Iglesia.

100 días de indulgencia, cada vez.—Pío VII, 22 de setiembre de 1817.

Jesús, Dios mío, yo os amo sobre todas las cosas.

50 días cada vez.—Pío IX, 7 de marzo de 1851.

TRISAGIO

Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos: llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria. Gloria al

Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo.

1] *100 días de indulgencia* rezándolo una vez al día. 2] *100 días de indulgencia* tres veces al día, cuando se reza los domingos, el día de la Santísima Trinidad y durante la octava de dicha festividad.-Clemente XIV, 6 de junio de 1769. 3] *Indulgencia plenaria*, una vez al mes, el día que se escoja, confesando, comulgando y orando por el Sumo Pontífice con tal que se haya rezado el trisagio todos los días durante el mes.-Clemente XIV, 26 de junio de 1770.

ALABANZAS Á DIOS NUESTRO SEÑOR EN DESAGRAVIO DE LAS BLASFEMIAS

Dios sea bendito.—Bendito sea su santo Nombre.—Bendito sea Jesucristo verdadero Dios y verdadero Hombre.—Bendito sea el nombre de Jesús.—Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.—Bendito sea el Sacratísimo Corazón de Jesús.—Bendita sea la incomparable Madre de Dios, la Sma. Virgen María.—Bendita sea su santa é inmaculada Concepción.—Bendito sea el nombre de María, Virgen y Madre.-Bendito sea Dios

en sus ángeles y en sus santos. Amén.

1 año de indulgencias cada vez.—Pío IX, 8 agosto 1857.

¡Jesús mío, misericordia!

100 días de indulgencia cada vez.—Pío IX, 24 de setiembre de 1846.

¡Oh dulcísimo Jesús, no seais mi Juez sino mi Salvador!

50 días de indulgencia cada vez.—Pío IX, 11 de agosto de 1831.

Dulce Corazón de Jesús, haced que os ame cada vez más.

1] *300 días de indulgencia cada vez.* 2] *Indulgencia plenaria*, una vez al mes, el día que se escoja confesando, comulgando, visitando una iglesia y orando á intención del Soberano Pontífice, si se dice esta oración todos los días durante el mes.—Pío IX, 26 de noviembre de 1876.

¡Alabados san ahora y siempre Jesús y María!

50 días de indulgencia cada vez que se saluden dos personas pronunciando estas palabras.-Pío IX, 26 de setiembre de 1864.

Dulce Corazón de María, sed mi salvación.

1] *300 días de indulgencia* cada vez.

2] *indulgencia plenaria* una vez al mes, el día que se escoja, confesando, comulgando, visitando una iglesia y orando á intención del Soberano Pontífice, si se dice esta oración todos los días durante el mes.—Pío IX, 30 de setiembre de 1852.

Á MARÍA

Dios te salve, María, etc.

¡Oh Señora mía! ¡oh Madre mía! Yo me ofrezco todo á Vos, y en prueba de la devoción que os profeso, os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón y todo mi sér. Y pues ya soy vuestro, oh Madre de piedad, guardadme y defendedme como cosa y posesión vuestra.

ASPIRACIÓN

¡Oh Señora mía! ¡oh Madre mía! Acordaos que soy vuestro: conservadme y defendedme como cosa y posesión vuestra.

100 días de indulgencia una vez al día, y *plenaria* al mes; además, por cada vez que contra la tentación se usa la aspiración dicha, *40 días*.—Pío IX.

Virgen María concebida sin pecado,

rogad por nosotros al Padre cuyo Hijo Jesús concebísteis por obra del Espíritu Santo y lo disteis al mundo.

100 días de indulgencia cada vez.—Pío VI, 21 de noviembre de 1793.

Bendita sea la santa é Inmaculada Concepción de la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios.

100 días de indulgencia cada vez.—León XIII, 10 de setiembre de 1878.

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía.

Jesús, José y María, con vosotros descanse en paz el alma mía.

100 días de indulgencia cada vez por cada una de las dichas jaculatorias.—Pío VII, 28 abril 1807.

AL ANGEL DE NUESTRA GUARDA

Angel de Dios, que por la divina piedad me fuiste dado por Custodio; ilumíname, protégeme, dirígeme y gobiérname. Amén.

100 días cada vez; *plenaria* al mes.—Pío IX.

Clementísimo Jesús, tan amante de las almas, suplícoos por la agonía de vuestro Corazón Sacratísimo y por los dolores de vuestra Madre Inmaculada, purifiqueis con vuestra sangre á los pecadores todos que se hallan agonizando en este momento y han de morir en este día. Así sea.

Corazon agonizante de Jesús, apiadaos de los moribundos.

100 días de indulgencia cada vez. —Pío IX, 2 de febrero de 1850.

JACULATORIAS CON INDULGENCIAS PARCIALES QUE SE GANAN TAN SOLO UNA VEZ AL DÍA

Padre eterno, ofrecémoste la preciosísima sangre, pasión y muerte de Jesucristo, los dolores de la Santísima Virgen y los de San José en desagravio de nuestros pecados, sufragio de las almas del purgatorio, necesidades de nuestra santa Madre la Iglesia y conversión de los pecadores.

100 días de indulgencia una vez al día.—Pío IX, 30 de abril de 1860.

Jesús, Hijo de David, apiádate de mí.

100 días una vez al día.—León XIII, 27 febrero 1886.

Adorámoste, Cristo, y bendecímoste porque con tu santa cruz has redimido al mundo. Amén.

100 días de indulgencia una vez al día.—León XIII, 4 de marzo de 1882.

La Cruz es prenda segura de mi salvación.—Siempre adoraré la Cruz. —La Cruz del Señor está conmigo.—Mi refugio es la Cruz.

300 días de indulgencia una vez al día. —Pío IX, 21 de enero de 1874.

Alabado sea en todo lugar y momento el Santísimo y Divinísimo Sacramento.

1] *100 días de indulgencia* una vez al día. 2] *100 días de indulgencia* tres veces cada jueves del año y todos los días de la octava del Smo. Sacramento. 3] *Indulgencia plenaria* una vez al mes, el día que se escoja, si se dice esta oración todos los días durante el mes confesando, comulgando y orando por la Iglesia, etc.—Pío VI, 24 de mayo de 1776.

Jesús manso y humilde de corazón, haced mi corazón semejante al vuestro.

300 días de indulgencia una vez al día.—Pío IX, 25 de enero de 1868.

Sea por siempre y en todo lugar

amado el Sagrado Corazón de Jesús.

100 días de indulgencia una vez al día. —Pío IX, 23 de setiembre de 1860.

Bendito, alabado, amado, adorado y reverenciado sea en todo momento y en todos los tabernáculos del mundo hasta la consumación de los tiempos el Corazón Eucarístico de Jesús. Así sea.

100 días de indulgencia una vez al día. —Pío IX, 29 de febrero de 1868.

Oh María que nacísteis al mundo sin mancha de pecado, alcanzad del Señor que salga yo de él del mismo modo.

100 días de indulgencia una vez al día. —Pío IX, 27 de marzo de 1863.

Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que acudimos á vos.

100 días de indulgencia una vez al día. —León XIII, 15 de marzo de 1884.

María, Madre de Dios y Madre de misericordia ruega por nosotros y por las benditas almas del purgatorio.

100 días de indulgencia una vez al día. —León XIII, 15 de diciembre de 1883.

San José, amante del Sagrado Corazón, ruega por mí.

100 días de indulgencia una vez al día. —Pío IX, 3 de junio de 1874.

Concédenos ¡oh José! que nuestra vida trascurra en la inocencia y cúbrenos siempre con tu patrocinio.

300 días de indulgencia una vez al día. —León XIII, 18 de marzo de 1882.

Suplicámoste, Señor, socorras á tus siervos á quienes con tu preciosísima sangre redimiste.—5 Padre Nuestros y Ave Marías.

1] *300 días de indulgencia* una vez al día con tal que, meditando en la Pasión de Jesucristo, se rece esta oración por los fieles difuntos. 2] *Indulgencia plenaria* una vez al mes, el día que se escoja, confesando, comulgando y orando por el Sto. Padre y eterno descanso de las almas de los fieles difuntos, con tal que se haya dicho esta oración todos los días del mes.—Pío VII, 6 de febrero de 1817.

V. Oremos por nuestro Soberano Pontífice N.

R. Que el Señor lo conserve y lo atienda, le conceda la santidad en la vida, lo haga feliz en la tierra y no lo entregue en manos de sus enemigos.—Padre Nuestro y Ave María.

1] *300 días de indulgencia* una vez al día, con tal que se ore por el Sto. Padre. 2] *Indulgencia plenaria* una vez al mes, el día que se escoja con tal que se haya dicho esta oración todos los días del mes, confesando, comulgando, visitando una iglesia y orando á intención del Soberano Pontífice.-Pío IX, 26 de Nbre. de 1876.

Por la noche

MODO SANTO DE TERMINAR EL DÍA

Pasados los cuidados del día, y volviendo el tiempo del reposo, no debe el cristiano entregarse al sueño, imagen de la muerte, sino preparado á morir. ¿Quién puede asegurarle que al día siguiente se levantará vivo y sano, pues que no puede dudar que muchos en el mundo, asaltados mientras duermen de algún accidente súbito, truecan el sueño con la muerte?

Postrado, pues, delante de Dios, su juez supremo, primeramente dele gracias de los muchos y grandes beneficios recibidos en toda la vida y en aquel día, numerándolos y considerándolos lo mejor que pueda y sepa con afecto íntimo de ánimo agradecido. Y

luego, habiendo pedido luz para conocer bien sus culpas, coteje con los beneficios de Dios sus malas obras, trayendo á la memoria, y confesando con gran confusión lo que en aquel día hubiere pecado de pensamiento, palabra, obra y omisión, contra la ley de Dios, ó sin ajustarse á ella. Juntas así las culpas, reprendiéndose por ellas, y detestándolas con profundo dolor, quémelas y abráselas en la hoguera del amor divino que sólo tiene poderosa eficacia para consumirlas. En suma, con verdadera contrición procedente de caridad perfecta para con Dios, sumamente amable, se esfuerce con todo su corazón á cancelarlas y anularlas. En fin, proponga con ánimo muy resuelto, no consentir jamás en cosa pecaminosa. Implore además el auxilio divino, para mantener sus promesas, con los coloquios con Cristo, la Virgen, Angel Custodio y otros Santos. *(San Francisco Javier.)*

ORACIONES PARA ANTES DE ACOSTARSE

Puesto el cristiano de rodillas á los pies del Crucifijo, ó ante alguna efigie ó imágen

de la Santísima Virgen, dirá de todo corazón:

ORACIÓN

En el nombre del Padre, etc.

Dios y Señor mío, que estáis aquí y en todas partes presente; *adoro* vuestra soberana Majestad.

Creo firmemente cuantos misterios y verdades habéis revelado á vuestra Iglesia, porque sois verdad infalible.

Espero que por los méritos de Jesucristo y mis buenas obras, he de conseguir la gracia y el fin para que fuí creado.

Por vuestra infinita bondad *os amo* sobre todas las cosas, y estoy dispuesto á perderlas todas antes que ofenderos.

Me pesa, por ser vos quien sois, de haberos ofendido, y propongo firmemente la enmienda, asistido de vuestra divina gracia.

Advertencia. Porque el acto de contrición con propósito de la enmienda y de confesarse justifica el alma, convendría aficionarse á esta devoción de devociones, practicándola por lo menos antes de acostarse.

Cuando se hace el acto de contrición conviene desear con la divina gracia tener un dolor tan grande de haber ofendido á Dios, como lo tuvo la Magdalena y como lo han tenido todos los Santos, si le fuera posible, sólo por ser Su Majestad quien es.

EXAMEN DE CONCIENCIA

Este es uno de los medios más eficaces para desarraigar las faltas y adquirir las virtudes, como se haga con empeño y constancia. Contiene cinco puntos:

Punto 1º —Acción de gracias.

Señor y Dios mío, os doy humildemente gracias por haberme creado, redimido y hecho cristiano, y conservado hasta ahora, y por todos los otros beneficios generales y particulares que de vuestra liberal mano he recibido, principalmente en el presente día.

Punto 2º —Petición de luz.

Dadme gracias para conocer las faltas que hoy he cometido, y para aborrecerlas de todo corazón.

Punto 3º —Examen de las faltas.

Aquí examinarás diligentemente los pensamientos, palabras y obras, el mal que hubieres hecho y el bien que hubieres dejado de hacer, pesando la gravedad de las culpas que contra Dios, contra el prójimo y contra tí mismo hubieres hoy cometido.

Pensamientos. Vanos, soberbios, ociosos, impuros, envidiosos, iracundos, codiciosos; distracciones voluntarias en los ejercicios de devoción, sospechas y juicios temerarios, etc.

Palabras. Ociosas, soberbias, jactanciosas, impuras, mentirosas, sarcásticas y punzantes, fraudulentas, aduladoras, porfiadas, provocativas, maldicientes, blasfemas, injuriosas, chismosas con escándalo ó sin él, de una ó de muchas personas; poco respetuosas, ofensivas del honor del prójimo.

Obras. Perder el tiempo en la ociosidad, no cumplir con alguna obligación, malgastar el dinero, oír de mala manera la palabra de Dios, guardar mal los días de fiesta, faltar al respeto debido al templo, no ayunar á su tiempo, dejarse llevar de la soberbia en el

porte exterior, vestido, etc.; ser avaro y duro con los pobres, impuro consigo ó con los otros, dejarse llevar de la gula, ser perezoso, injuriar, robar, maltratar á otros, usar de fraudes, ser desobediente, duro de cabeza, dar escándalo. Es bueno examinarse en particular sobre lo que se adelanta ó atrasa en vencer la pasión dominante, anotando las faltas que se cometen cada día, cada semana y cada mes, y comparando unas con otras, é imponiéndose alguna penitencia cuando se falta. Averígüese la raíz de las faltas.

Punto 4º.—Dolor.

Dios y Señor mío, perdonadme por vuestra infinita bondad todos mis pecados, faltas é imperfecciones: me pesa, por ser vos quien sois, de haberos ofendido.

Punto 5º.—Propósito de la enmienda.

Propongo firmemente nunca más pecar, apartarme de las ocasiones de ofenderos, y hacer penitencia de mis pecados, confiando no en mis propias fuerzas, sino en vuestra divina gracia.

Dadme, Señor, vuestra santa bendición para pasar esta noche sin ofenderos.

Reza el Padre nuestro, Ave María, Credo y Salve. *Después encomiéndate á la Virgen Santísima con el*

«MEMORARE» Ú ORACIÓN DE SAN BERNARDO

Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir que persona que á Vos se acogiese, y pidiese socorro y favor, hubiere sido desamparada. Yo, animado con tal confianza, acudo á Vos, oh Virgen de las vírgenes, oh Madre de mi Señor Jesucristo. A Vos vengo; delante de Vos me presento con temor de mis pecados. No querais menospreciar mis oraciones ni mis palabras, oh Madre del Verbo, oidlas y cumplidlas con misericordia. Amén.

[*300 días de indulgencia cada vez. Plenaria al mes con las condiciones ordinarias.* [Pío IX, II Diciembre 1846.]

AL PATRIARCA SAN JOSÉ PARA QUE NOS ALCANCE UNA BUENA MUERTE

Santísimo Patriarca y protector mío,

San José, que ejercitais la eficacia de vuestro Patrocinio en consolar, especialmente á los que están á punto de morir y comparecer en el juicio de Dios; mostraos protector, Padre y defensor de mi alma, en aquel momento de que depende la eternidad. Por el singular consuelo que tuvisteis en la hora de la muerte por haberos asistido Jesús y María, os ruego me ampareis en la última hora, y pidais al mismo Jesús que me vaya preparando á una muerte feliz y dichosa. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

300 dias de indulgencia cada vez, y una plenaria al mes. (Pío IX.)

SÚPLICA AL SEÑOR

Os suplicamos, Señor, que visiteis esta morada, y aparteis de ella todas las asechanzas del demonio, nuestro enemigo; que habiten en ella vuestros santos Angeles, para conservarnos en paz, y que vuestra bendición permanezca sobre nosotros. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

No debería dormir tranquilo el cristiano en un aposento donde haya estatuas, pinturas ó imágenes inmodestas,

si está en su mano quitarlas; bien al contrario convendría tener colgado á la cabecera de la cama un Crucifijo, *alguna imágen ó estampa de* María Santísima, *y una pilita con* agua bendita.

Te acostarás con mucha honestidad y modestia *revolviendo en tu memoria los puntos sobre que has de meditar a la mañana siguiente, procurando que te coja el sueño pensando en alguna cosa buena, ó rezando algo. No te olvides de que el* Santo Angel de tu Guarda se halla de contínuo á tu lado.

Estando en la cama dirás:

He de morir....He de ser juzgado por Dios....Si el Señor me llamara esta noche á juicio, ¿qué sentencia me daría? Dios mío, con vuestra gracia propongo enmendarme.

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía.

Jesús, José y María, con vos descanse en paz el alma mía.

Si despiertas durante la noche, recuerda que te hallas en la presencia de Dios, reza alguna oración breve ú ora-

ción jaculatoria, ó hazte reflexiones como estas:

¡Cuántos se habrán acostado sanos, y amanecerán condenados! ¡Cuántos pobrecitos estarán ahora fatigados por el frío, ó por el calor, sin comodidad para descansar! ¡Qué duro sería pasar de la cama á los tormentos eternos del infierno!





El Santo Sacrificio de la Misa.

La Misa es el acto publico y solemne de religión más en uso entre los fieles: además de los domingos y las fiestas de obligación que imponen el precepto riguroso de asistir al santo sacrificio, la piedad conduce á menudo al cristiano celoso al pié de los santos altares. En ciertas fiestas es para estrechar los lazos de la familia; en la solemnidad de los muertos para unir los lazos del pasado á la esperanza de una vida mejor: es para el éxito de una empresa, para la salud de una persona querida, para llamar la gracia de Dios sobre la unión de los esposos, para ofrecer al Señor el niño recién nacido, para acompañar al altar el despojo mortal de nuestros hermanos antes de depositarlo en la tierra: en fin, la Misa es la consagración y la santificación de todos los sucesos solemnes é importantes de la existencia.

DE EL SALVADOR

Viene el fervor á animar una vida prudentemente arreglada: casi siempre se encontrará, sin turbar los deberes de su estado, el medio de consagrar, con la oblación del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, los trabajos y las penas del día; y en una posición más libre de cuidados y de inquietudes, más colmada de bendiciones del cielo y de favores de la tierra, también se sentirá que sería una ingratitud y una cobardía no crearse el deber de ofrecer á Dios todos los días la gran Víctima de acción de gracias y se tomará esta santa costumbre para rodearse sin cesar de la poderosa protección de Dios.

Es pues de desear que un acto de religión tan frecuente en su práctica, tan precioso en sus gracias, tan consolador en sus frutos, sea conocido por medio de una instrucción profunda y comprendido hasta en los menores detalles de sus ceremonias y de sus oraciones á fin de que cada movimiento del sacerdote, cada palabra que pronuncie recuerden al espíritu y al corazón que un Dios se inmola por nosotros, que nosotros debemos inmolarnos con él y para él, y que por lo tanto la indiferencia y el tedio, la disipación y el escándalo sean desterrados del santuario.

No siendo la Misa solamente la conmemoración y la representación de la escena del Calvario, sino también la renovación y la continuación del sacrificio de la Cruz

repetidas en nuestros altares; su valor es de un precio infinito pues que allí se ofrece el cuerpo y la sangre de un Dios. ¡Ah! si comprendiésemos bien que la Misa es realmente por lo que hace al sacerdote, á la víctima y á la inmolación, el mismo sacrificio que el de la Cruz, ¡qué respeto tan profundo, qué confianza tan viva, qué plenitud de fé y de amor llevaríamos al altar! Si hubiésemos asistido á la inmolación del Calvario, ¡cuáles hubieran sido nuestros sentimientos! Intimamente unidos á nuestro Salvador, hubiéramos recogido con avidez gota á gota su sangre, cada suspiro de su corazón, cada palabra de su boca, y hubiéramos repetido mil veces con fervor: *Acordaos de mí, Señor.* Se nos hubiera visto dejar este espectáculo adorable en medio de los trasportes de la fé y del reconocimiento golpearnos el pecho de dolor y de arrepentimiento, querer ayudar á preparar los perfumes, á disponer la sepultura de nuestro Dios y sobre todo á desear que nuestro corazón le sirviese de tumba; estos son los sentimientos que debemos llevar á la Misa.

ORACIÓN ANTES DE LA MISA.

[De San Leonardo de Puerto Mauricio.]

Dios de misericordia y de consuelo que nos habeis amado hasta el punto de dar-

nos vuestro Hijo único y que quereis que el sacrificio de su cuerpo y de su sangre ofrecido sobre el Calvario sea renovado cada día sobre nuestros altares, hacedme la gracia de que lleve á este gran misterio el recojimiento y el fervor que debe inspirar. Vos lo sabeis, oh Dios mío, tengo grandes deberes que llenar con vos: deudas que pagar, acciones de gracias que dar y favores que solicitar. Esto es lo que me trae al pié de vuestros altares, porque en ellos encuentro todo lo que á mi impotencia y á mi miseria falta.

Yo os ofrezco pues, Dios mío, este sacrificio adorable para alabar y adorar vuestra soberana Majestad y para reconocer vuestro dominio absoluto sobre mí y sobre toda creatura. Tambien os lo ofrezco para daros gracias por tantas misericordias con que vuestra bondad no cesa de rodearme. Esta ofrenda iguala á vuestros beneficios, Señor. Dignaos aceptar mis humildes acciones de gracias unidas á las de mi Salvador.

También uno mi voz á la de su sangre adorable para pediros perdón por mis pecados y por mi ingratitud. Señor, Salvador mío, dadme las lágrimas de San Pedro, la contrición de Magdalena, el dolor de tantos Santos que de pecadores que eran se volvieron verdaderos penitentes, y haced que por los méritos de este

divino sacrificio obtenga el perdón completo de mis culpas.

Concededme en fin, Señor, por las oraciones de Aquel que se hizo víctima propiciatoria por nosotros, todas las gracias que sabeis son necesarias para mi salud y para la de aquellos que amo. Yo deposito sobre vuestro altar mis mejores intenciones pidiéndoos para nosotros, ante todo, el amor á nuestros deberes y á vuestra santa voluntad.

Por la virtud de este santo sacrificio, dignaos, Dios mío, recibir en vuestra paz eterna las almas de los fieles que han muerto en la fé y las de los que sufren todavía lejos de vos en las llamas del purgatorio.

SIGNIFICACIÓN DE LOS ORNAMENTOS

El *amito* significa el lienzo con que cubrieron los sayones el rostro del Salvador, cuando, dándole bofetadas, le decían: «Adivina, Cristo, quién te dió.»—El *alba*, la vestidura blanca con que Herodes vistió al Señor por irrisión y burla.—El *cíngulo* y *manípulo* significan los cordeles con que lo apresaron, y luego lo ataron á la columna, y los crueles azotes con que desgarraron sus sagradas carnes.—La *estola*, la soga que echaron al cuello del Señor por el camino del Calvario.—La *corona del sacerdote* recuerda la corona de

espinas, que traspasaron la cabeza del Salvador.—La *casulla* representa la ropa de grana ó púrpura con que lo cubrieron, cuando, despues de azotado y coronado de espinas, lo sentaron ignominiosamente, y unos lo abofeteaban, otros le mesaban los cabellos, otros escupiendo en su divino rostro doblaban por escarnio la rodilla, y lo saludaban como á rey de burlas. También en la *casulla* se significa el madero de la Cruz, y el peso de nuestros pecados que sobre sí tomó el Redentor del mundo. —El *altar* y el *ara* consagrada representa el Calvario y la piedra en que se fijó la cruz.—Los *corporales* y *palia*, el sudario y sábana santa en que fué envuelto el cuerpo del Señor.—El *cáliz*, el sepulcro, y la *patena*, la losa con que éste se cerró.—La *hostia* y *vino* representan el cuerpo y sangre adorables, en que se han de convertir por la consagración.

El *color* de las sagradas vestiduras varía conforme al carácter y espíritu de la fiesta.

INTENCIÓN

La Misa de suyo tiene valor infinito, pero la aplicación del fruto pende de Dios. Con todo, si se oye ó encarga por una necesidad ó motivo particular, se asegura más el resultado que se desea. La limosna ó estipendio que doy al encargar una Misa, no es para pagarla, sino para retribuir

al Ministro de Dios por su trabajo en provecho de mi alma, y para que viva, según su estado, y tenga con qué atender al culto y á los pobres.

ORACIÓN AL ENTRAR EN EL TEMPLO

Entraré, Señor, en tu casa, adoraré en tu santo templo, y glorificaré tu santo nombre. Llevaré las ofrendas y cumpliré los votos que he prometido. Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa; por los siglos de los siglos te darán alabanzas.

Haz despacio y bien la señal de la cruz, signándote con el agua bendita, con intención de que se te perdonen los pecados veniales que tienes en la memoria, y arrepiéntete de ellos.

Al pasar por delante del altar donde esté el Santísimo Sacramento, dobla devotamente la rodilla derecha hasta tocar con ella el suelo.

Tomando agua bendita dirás:

Por esta agua bendita se me quiten los pecados, y ella me sea salud y vida, y huyan de mí las obras del enemigo.

ORACIÓN

De la B. Margarita de Alacoque que acostumbraba rezar en el sacrificio de la Misa.

Padre Eterno, yo os ofrezco el Corazón de Jesucristo vuestro amabilísimo Hijo,

como él mismo se ofrece á Vos en sacrificio. Aceptad esta ofrenda, con todos los deseos, con todos los sentimientos, con todos los afectos, movimientos y actos de este Sagrado Corazón: todo es mío, puesto que se inmola por *mí*, y yo no pretendo en adelante tener otros sentimientos y deseos que los suyos. Recibidlos como Hostia de propiciación en satisfacción de mis pecados, y de los de todos los hombres, como Hostia pacífica para que por sus merecimientos consiga las gracias que me son necesarias. [Aquí esforzando la confianza, pedirá lo que necesite...]

Recibidlos también como Hostia eucarística y otros tantos actos de amor, de adoración y de alabanza, que ofrezco á vuestra divina Majestad, puesto que por él quereis ser honrado y glorificado. Amén.

Explicaciones de la Misa y oraciones para oírla.

La Misa se suele dividir en cuatro partes. La primera, desde el principio hasta el Ofertorio, que se llamaba antiguamente la Misa de los catecúmenos. La segunda, desde el Ofertorio hasta la Consagración, que se llama el Canon menor. La tercera, desde la Consagración hasta la Comunión, que se dice el Canon mayor. La cuarta, desde la Comunión hasta el fin.

PRIMERA PARTE DE LA MISA

INTROITO

Significa los vivos deseos con que los Santos Padres suspiraban por la venida del Mesías, que los había de librar de las sombras y tinieblas de la muerte.

El oyente dirá la Confesión General, y luego esta oración:

Oh, Señor, que permitís que los escogidos padezcan largo tiempo aflicciones y males, para que conozcan la necesidad que tienen de ser visitados de Vos, y se funden en profunda humildad, y con la dilación crezcan los deseos del remedio, y se pruebe su fé y confianza. ¡Cuán grande ha sido mi dicha de haber nacido después que se ejecutó este soberano misterio de la Encarnación del Verbo y su venida al mundo, para que pueda gozar más copiosamente de las gracias y dones que por él se comunicaron á los hombres! Haced, Señor, que no desmerezca tanto favor con mis culpas, y que todas mis ansias y suspiros, mis deseos y gemidos sean para que venga Jesús á mi corazón por gracia, y visite mi alma con abundancia de sus dones. Haced que merezca, como Daniel, el nombre de alma de deseos, empleándolos en desear la venida del que tomó por nombre «el Deseado de las naciones,» sin cansarme de solicitar

esto, aunque me parezca que se dilata mucho, porque no hay plazo que no llegue; y cuanto fuere mayor la solicitud, tanto será menor la dilación y mayor el premio. Así lo espero de vuestra infinita liberalidad. Amén.

KYRIES

Los *Kyries*, que quieren decir: «Señor, tened misericordia de nosotros; Cristo, compadeceos de nosotros,» se dicen en alabanza de la Santísima Trinidad, tres en honor de cada Persona.

GLORIA IN EXCELSIS.

Medita la alegría de los Angeles y pastores en el nacimiento de Cristo.

Oh grandeza infinita de Dios: ¿quién tal pensara que habíais de ser colocado en un pesebre entre pajas al nacer? Pero ya sé que gustais de estas bajezas, y que estais en medio de ellas para moverme á procurarlas, enseñándome que las señales de que habeis nacido en mí, son inocencia, silencio, pobreza y humildad. Gózome de veros adorado de los Angeles, y pésame de veros desconocido de los hombres. Yo os adoro con todos estos espíritus bienaventurados, y deseo que todos los hombres os conozcan. Enseñadme á cantar este himno de los Angeles con el

espíritu que lo cantaron ellos, y haced que imite la obediencia de los pastores para buscar y hallar al Salvador.

Acabado el Gloria, se vuelve el Sacerdote al pueblo, y dice: «Dominus vobiscum,» que es decirle: «Dios está con vosotros;» aquí está presente y os oye y recibe vuestras oraciones. Estad con reverencia y atención en su presencia. Haced lo que haceis, no os distraigais; y responde el ministro por todos los oyentes: "Et cum spiritu tuo." "El mismo Señor está con vuestro espíritu," para que hagais lo que haceis con la devoción y espíritu que conviene.

Síguense luego las *Oraciones*, que llaman Colectas, porque en breves palabras se cifra y abrevia lo que á Dios Padre se pide, para bien de la Iglesia Católica.

El oyente puede pedir á Nuestro Señor, que reciba las oraciones del Sacerdote, y lo oiga con misericordia, por los méritos de su Hijo Jesucristo.

EPÍSTOLA Y GRADUAL

Denotan la predicación de los Profetas, y especialmente la de San Juan Bautista y la de los Apóstoles.

Oh Maestro sapientísimo, que antes de vuestra venida al mundo enviásteis Pro-

fetas para instruir á los hombres, y por fin al precursor San Juan; hacedme dócil á las lecciones que por este Santo me dísteis, exhortándonos á hacer penitencia, pues quizá está ya la segur á la raíz del árbol de mi vida para cortarla, y si no me enmiendo, seré leña que ha de ser cebo del fuego del infierno.

Despertad, Señor, en vuestra Iglesia muchos imitadores de San Juan, que prediquen vuestra santa ley con celo y misericordia, confirmando con la vida lo que dicen con la palabra, para que cojan fruto copioso de muchas almas.

Oh rey del cielo, que tan glorioso reino trajísteis al mundo, ayudadme para que yo lo conquiste y arrebate, pues vos dijísteis que desde los días de San Juan Bautista que le comenzó á predicar, padecía fuerza, y los esforzados lo arrebatarían. Dadme, Señor, este esfuerzo, para que yo robe joya tan preciosa, pues Vos que sois su dueño gustais de que todos la roben para enriquecerse con ella. Y pues tanto esfuerzo es menester para vencer el tirano de la soberbia, y por eso labrásteis con vuestra mano tan grande dechado de humildad en San Juan Bautista, y lo enviásteis delante de Vos, que veníais por maestro de ella, ayudadme para que aprenda de estos ejemplos á ser humilde, y con la humildad disponga mi corazón para recibir los dones de vuestra gracia

que negais á los soberbios y concedeis á los humildes levantándolos de su bajeza para que suban á la alteza de vuestra gloria. Amén.

EVANGELIO

Significa la predicación de Jesucristo. Se dice á la mano derecha del altar, donde se pasa el misal, para representar que se pasó el Evangelio del pueblo judaico al pueblo gentílico; y nos persignamos, significando que tenemos á Jesucristo crucificado en nuestro corazón, y le confesaremos, la cara descubierta. Oyese en pie, por la reverencia que se debe al Señor que está hablando, y para dar á entender los que lo oyen, que están prestos para ir á morir por la confesión del Santo Evangelio. En señal de esto fué antigua costumbre de nuestros padres empuñar los caballeros las espadas, y desenvainar algo de ellas en comenzándose el Evangelio, significando que habían de defender y confesar la fé de Jesucristo con la espada en la mano.

Oh divino Verbo humanado, que dísteis el Santo Evangelio al mundo con vuestra predicación y la de los Apóstoles, mandándoles que enseñasen á todas las gentes, dando á todos noticia de los artículos de la fé: bien se echa de ver vuestra vo-

luntad de que todos los hombres se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad. Pues como la bondad del Padre celestial se muestra en que este sol corporal nazca para buenos y malos, y la lluvia caiga sobre justos y pecadores, así la caridad vuestra se descubre en que el sol del Evangelio alumbre á todos los hombres del mundo, y la lluvia de su doctrina riegue los corazones humanos de toda la tierra.

¡Oh Señor amorosísimo, pues soy creatura vuestra, alumbrad este mundo abreviado que creásteis, dando luz á todas mis potencias, y regadlas con el rocío de vuestra soberana doctrina, para que conozcan á Vos verdadero Dios y hombre, que con el Padre y el Espíritu Santo vivís y reinás en los siglos de los siglos. Amén.

CREDO

Es un resumen de todo cuanto debe creer el cristiano. Se oye de pié para denotar que estamos dispuestos á defender la fé.

Se arrodilla el pueblo con el sacerdote al decir *Incarnatus est*, adorando la Encarnación del Hijo de Dios en las purísimas entrañas de María Santísima.

Rézalo tú con devoción.

OFERTORIO

El *Ofertorio* se llama así porque se can-

taba mientras el pueblo ofrecía, y porque el Sacerdote ofrece al Padre Eterno, por sí y por el pueblo, el pan y el vino que ha de consagrar. El oyente ha de ofrecer lo mismo, y su cuerpo, alma y vida en holocausto, para que no haya en sí cosa que desagrade á Dios ni tenga otro dueño sino él, diciéndole:

ORACIÓN

Creador mío, yo te ofrezco, juntamente con la Iglesia Católica, esta preciosísima ofrenda, por todos los pecados que yo contra tí he hecho, y por todos los beneficios que de tí he recibido. Mira, clementísimo Señor, al que se te ofrece, y acuérdate benignamente de aquellos por quien se te ofrece, y de mí, que te ofrezco á tu Hijo, y cuanto hizo, dijo y padeció por mí. Para sí no lo ha menester, á mí me lo dió, yo lo recibo, y con ello te pago lo mucho que por mis culpas te debo. También te ofrezco mi cuerpo, mi alma, mi vida y todas cuantas cosas amo, y en retorno te pido y suplico todo cuanto debo y puedo pedirte y suplicarte para mayor gloria tuya, bien mío y provecho de mis prójimos.

Lávase las manos el Sacerdote pidiendo á Dios pureza de intención, para que sea su ofrenda más agradable, y pide á

los oyentes supliquen al Señor lo mismo.
El oyente pedirá á Dios lo que sigue:

ORACIÓN

Recibe, Señor, este sacrificio que se te ofrece; lava las manchas de mis culpas, dame limpieza de corazón, y seguridad de conciencia; toma posesión de mí, y quítame la afición desordenada de las creaturas para que la ponga toda en tí, que eres mi Creador; en tí solo piense, á tí solo ame, obedezca, imite, y al fin te goce.

El sacerdote dice en secreto algunas oraciones y luego en voz alta el

PREFACIO Y SANCTUS

Significa la entrada de Cristo en Jerusalén, y la alegría con que el pueblo le salió á recibir con palmas y ramos de Olivo.

¡Oh Señor, que ordenásteis vuestra solemne entrada en Jerusalén para manifestar las ganas que teníais de padecer, y la alegría con que recibíais los trabajos que os esperaban en aquella ciudad, entrando en ella con tanto regocijo como si fuérais á bodas, por el celo de cumplir la voluntad del Eterno Padre! de este vuestro ejemplo nació que los mártires iban á las cárceles como á unos amenos verjeles, y estaban en las parrillas de fuego como en cama de flores.

¡Oh dulce Jesús! corrido estoy en vuestra presencia, por la repugnancia que tengo á padecer trabajos por vuestro amor. Ayudadme, gozo mío, á que me goce en padecer algo por Vos, como Vos os gozábais en padecer por mí.

Gózome de la honra que os dió el Eterno Padre en esta ocasión; porque así como cuando entrásteis en el mundo, envió Angeles que dijesen: Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres, así cuando entrásteis en Jerusalén, despertó ejércitos de hombres y de niños inocentes y puros que dijesen: Paz tenga el cielo con los que vivimos en la tierra, y gloria á Dios en las alturas: bendito sea el que viene en nombre del Señor. Los Angeles piden paz en la tierra, de los hombres para con Dios, y estos hebreos piden paz en el cielo, de Dios para con los hombres.

Gózome, Señor, de que todos os alaben y bendigan, y yo con el mismo espíritu os alabo, diciendo: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.

Aquí se dirá tres veces:

Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria. Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo.

DE EL SALVADOR

SEGUNDA PARTE DE LA MISA

Esta segunda parte de la Misa se llama el *Canon menor*, que es palabra griega y quiere decir regla, porque contiene la regla invariable con que se ha de celebrar este divinísimo Sacramento; porque las otras partes de la Misa, como son Oraciones, Epístola, Evangelio, Gradual y Ofertorio, varíanse muchas veces; el Canon menor y el mayor nunca.

Hecho esto, comienza el Sacerdote el *Canon* y hace *Oración* por toda la Iglesia Católica, por el Sumo Pontífice, por el Prelado, por el Rey y por todos los fieles en común, y en particular, por quien dice la Misa, y por las personas á quien tiene obligación; y al fin implora el auxilio é intercesión de la Virgen María y de otros Santos, para que esta ofrenda sea más agradable á Dios.

El oyente hará oración también, como el Sacerdote, de esta manera:

ORACIÓN

Señor Dios mío, Padre de mi Señor Jesucristo, yo te ofrezco en su nombre este Sacrificio por todos los fieles y personas que él quiso y quiere que yo lo ofrezca; particularmente por N. y luego por mí, humilde pecador y siervo tuyo, y te supli-

co nos hagas muy agradables á tus ojos. Encomiéndote á mis padres, hermanos, hermanas, parientes, amigos, familiares, bienhechores y á todos los que á mis pobres oraciones se han encomendado; en especial á N. y N. que les des tu gracia, para que todos te sirvan, te agraden, te conozcan, te amen y para siempre te gocen; y les concedas el descanso, salud y vida que más les conviene para su salvación. También te suplico, cuanto puedo, exaltes y prosperes la Iglesia Católica y á todos los hijos de ella; y des tu gracia, luz, espíritu y buena muerte después de larga vida, al Papa, y á todos los Príncipes cristianos, eclesiásticos y seglares; y á los padres de familia y amos, para que eduquen como conviene á sus hijos y criados. Ofrézcote á todas las religiones, y á los Ministros del Evangelio, para que ayuden mucho á la salvación de las almas; y á todos los que están en pecado mortal les des tu gracia, para que salgan de él, y te agraden y sirvan muy de veras. Y esto te pido por Jesucristo tu Hijo.

Y á vos, Virgen María, y á vos, Angel de mi guarda, os suplico me alcanceis lo que es más necesario para mi cuerpo y alma y para todos los que he encomendado; y nos ayudeis en todas nuestras tribulaciones, trabajos y tentaciones, y nos deis vuestro favor, y socorro ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

«Es muy tierno y devoto el modo que usaba San Francisco de Borja de hacer el Memento de los vivos, por las cinco llagas de Cristo. En la llaga de la mano derecha encomendaba á Dios al Papa, Cardenales, Curas de almas y todo el Estado eclesiástico. En la llaga de la mano izquierda al Rey y á todos los gobernadores, justicias y cabezas del brazo seglar. En la llaga del pié derecho á todas las religiones y congregaciones. En la llaga del pié izquierdo á sus parientes, amigos, bienhechores, encomendados, enemigos, etc. Reserve para sí el cristiano la llaga del costado, éntrese en ella y pida en aquel sagrado templo y casa de oración remedio de todas sus necesidades, aflicciones y trabajos, etc., como lo hacía el santo Duque.—[*P. García.*]»

«A este tiempo el Sacerdote abre las manos, y puestas sobre la hostia y el cáliz hace una devota oración, la cual compuso San Gregorio Papa, en que pide á Dios cuatro cosos: la primera, que acepte benignamente la ofrenda de pan y vino que le ofrecen sus Sacerdotes y Ministros del Altar, y toda su familia, que son los fieles de la Santa Iglesia. La segunda, que nos conserve en paz en tanto que viviéremos en este mundo, adonde se halla tan poca, por ser la vida del hombre sobre la tierra una continua y perpetua lucha y

batalla campal. La tercera, que nos libre el Señor, por quien es, de la condenación eterna y eternos tormentos del infierno. La cuarta, que por los méritos de Cristo mande que seamos numerados y escritos entre los que pertenecen á su rebaño en la gloria del Paraíso.—(*Fr. Juan de los Angeles.*

TERCERA PARTE DE LA MISA.

El Sacerdote *Consagra la Hostia*, y la alza en alto, y lo mismo hace con el cáliz. Esta consagración representa la del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, hecha por Su Majestad en la Cena. Y el alzar, aquel doloroso paso, cuando lo levantaron en alto clavado en la Cruz, y para que lo adores. A este fin podrás decir:

AL ALZAR LA HOSTIA.

Os adoro, oh sagrado cuerpo de mi Señor Jesucristo, que en el ara de la cruz fuísteis digno sacrificio ofrecido por la redención de todo el mundo.

AL ALZAR EL CÁLIZ.

Os adoro, Sangre preciosa de mi Señor Jesucristo, que derramada en la cruz fuísteis ofrecida al Eterno Padre para nuestra salvación.

ORACIÓN QUE DECÍA FRECUENTEMENTE SAN IGNACIO DE LOYOLA.

Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, lávame.
Pasión de Cristo, confórtame.
Oh buen Jesús, óyeme.
Y en tus llagas escóndeme.
No permitas que me aparte de tí.
Del enemigo malo defiéndeme.
En la hora de mi muerte llámame.
Y mándame venir á tí.
Para que con tus Santos te alabe.
Por todos los siglos de los siglos. Amén.

300 días de indulgencia por cada vez que se rece; siete años, una vez al día, si se dice después de la Misa ó Sagrada Comunión, y al mes una plenaria.—(*Pío IX*, 9 enero, 1854).

En alzando, se prosigue el Canon; después de haber dicho el Sacerdote algunas oraciones, hace *conmemoración de los fieles difuntos* y encomienda á Dios en particular á las almas del Purgatorio.

Ahora está sobre el altar el mismo que estuvo en la Cruz, el Salvador, ofreciéndose al Padre por la salvación del mundo; y este sacrificio es del mismo valor que el del Calvario.

¡Oh alma mía, y cuán grande motivo

tienes aquí, no solo para amar, sino también para esperar en este Señor! Dime, ¿Cómo será posible no amar á quien tanto te amó, que por puro amor quiso morir en una cruz para que tu no murieses en el infierno?

¿Cuál hermano, por hermano, cuál padre por hijo, cuál marido por mujer, se puso jamas á padecer los tormentos que á otro se debían? ¡Pues, oh Rey de gloria, que viéndome estar ya sentenciado á arder en las llamas eternas, movido con entrañas de compasión, descendísteis del cielo á la cárcel de este siglo, y tomando imagen de pecador, os pusísteis en mi lugar y fuísteis sentenciado á muerte por lo que yo debía! Oh Jesús, redención nuestra, ¿qué piedad fué la que os movió á tomar tal carga sobre Vos? Pues, ¿cómo no amaré yo á quien con tan claros testimonios me descubrió la grandeza de su amor?

Y no solo el amor, sino también la confianza se confirma con este beneficio. Porque, ¿cómo no esperaré yo gracia y gloria con el perdón de mis pecados, teniendo tal paga y tal pagador que salió delante de Dios por ellos?

Si fué justicia que el inocente fuese tan castigado, porque quiso pagar por los pecadores, ¿no será también justicia que los culpados por quien pagó sean libres de sus culpas y justificados delante de

Dios? Halló la Justicia razón para entrar en casa del Santo que nada debía, y ejecutar en él un tan espantoso rigor de justicia; ¿y no la hallará la misericordia para entrar en casa del culpado y quitarle sus culpas y soltarle sus penas?

Levántese, pues, ahora, Señor, vuestra misericordia, y ejercite sus blanduras y halagos en los culpados; porque aunque á ellos por ellos no se deba la blandura, débeseles por vuestro amado Hijo, pues tan á su costa se la ganó. Misericordia, Señor, para los pobres pecadores. Amén.

ORACIÓN

Yo os ofrezco, Señor, este santo Sacrificio por el alma de N.; y lo que ella no hubiere menester de satisfacción, lo aplico por el alma de N.; y todo lo demás que puedo ofrecer del valor infinito de esta Misa sin hacer agravio á las dichas almas, lo ofrezco por las de mis padres, parientes, amigos y encomendados, y por las almas que están más desamparadas ó más cerca de salir del Purgatorio, como si por cada una sola lo ofreciera en el grado, forma y orden que yo debo según la caridad. Y en caso de igualdad lo aplico al alma que más me inclinara si la tuviera delante.

Luego se *descubre el Cáliz* para signifi-

car que en la Pasión del Salvador se descubrieron y manifestaron los secretos misterios, figuras y profecías que de él estaban escritas en el Testamento viejo, para que lo conociesen todos, desde el mayor hasta el menor; y habiéndose hecho con la Hostia tres cruces sobre el Cáliz, que significan las tres horas que Cristo estuvo vivo en la Cruz, se alza la Hostia juntamente con el Cáliz, para representarnos que por el Cáliz de la Pasión y Sangre que derramó, fué Jesucristo levantado y glorificado de su Eterno Padre, que le dió por dádiva preciosa un nombre que excede en dignidad y excelencia á todos los nombres, para que oyendo el gloriosísimo nombre de Jesús, se arrodillen todas las creaturas del cielo y de la tierra y de los infiernos; y que todo el mundo con toda su diversidad de lenguas, confiese que Nuestro Señor Jesucristo fué, y está levantado en la gloria de su Eterno Padre.

Después de esto se dice el *Padre Nuestro*, que significa, con sus siete peticiones, las siete palabras que Cristo dijo en la Cruz.

El oyente dirá el *Padre Nuestro*, y luego la siguiente

DE EL SALVADOR

ORACIÓN

Yo te ofrezco, Dios mío, este *Padre nuestro*, con todo lo demás que puedo de este Sacrificio, por todos mis enemigos, y por los que me han hecho algún agravio, á quien yo perdono de muy buena gana, porque tú lo quieres; y te suplico les perdones la ofensa que á tí te hicieron, y les hagas todo el bien que yo deseo para mí y para mis mayores amigos.

Después de dicho el *Padre nuestro* se *parte la Hostia* para significar el apartamiento que el Alma de Cristo hizo de su Cuerpo cuando espiró: la una parte se pone en la Patena, que denota la bajada del Alma de Cristo á los infiernos; de la otra mitad se parte un poco, y se echa en el Cáliz, mostrando que después de haber espirado Cristo nuestro Señor le abrieron el Costado por donde salió Agua y Sangre que le quedaba en el corazón, y se juntó con la demás que había derramado. La otra parte se pone también en la Patena, como el Cuerpo de Cristo en el Sepulcro.

El oyente dé gracias á nuestro Señor Jesucristo con estas palabras:

ORACIÓN

Gracias te doy, dulce Jesús, que quisiste fuese tu Costado abierto con una lanza, y que manase de él agua y sangre, con que instituiste los siete Sacramentos de la Iglesia, para dar vida á mi alma y lavarla de sus culpas. Oh, si llagases mi corazón con la saeta de tu amor, para que nada quisiese, ni amase sino á tí, en tí y por tí. Rocíame, Señor, con tu Sangre, para que mi cuerpo sea digno sepulcro tuyo, y tu pecho eterna morada de mi alma.

Dáse la *paz* y ofrenda, para que sepamos que con la muerte de Cristo se hicieron las paces entre Dios y los hombres, y el Padre Eterno dió á su Hijo plena potestad en el cielo y en la tierra; y así, el Sacerdote que hasta aquí ha hablado con el Padre, habla ya con el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, pidiéndole misericordia y la paz que él nos ganó para toda la Iglesia.

El oyente pida la paz de su conciencia, de su alma, de su cuerpo, de su casa, y proponga de no dar ocasión para que se perturbe. Pida también la paz entre los Príncipes cristianos, y de toda la Iglesia.

Mirad, oh Padre clementísimo, desde vuestro santuario, y contemplad esta sagrada Hostia que os ofrece el mismo Sacerdote Cristo, Hijo vuestro, por los pecados de sus hermanos, y apláquese vuestra ira. Mirad que la sangre de nuestro Abel clama á Vos pidiendo paz y perdón. Haced, pues lo podéis, que se conviertan los pecadores de la tierra, y aunque sean más insensibles que las piedras y que los sepulcros de los muertos, se partan por medio sus corazones, y tiemblen con el temor santo de Dios y se conviertan. Así, la turba del pueblo hebreo, que tan pertinaz estuvo en pedir vuestra muerte, se trocó de tal suerte, que volvían hiriéndose los pechos. A imitación de éstos, tengo yo de herir mi pecho por los pecados que contra Vos he cometido, suplicándoos que por vuestra Pasión y muerte me los perdonéis. Amén.

CUARTA PARTE DE LA MISA

El Sacerdote se prepara con algunas oraciones para la sagrada *Comunión*, y dichas, toma con gran reverencia la Hostia consagrada y la Sangre, rogando á Dios, que aquella Comunión del Cuer-

po y Sangre de Cristo, conserve su alma en gracia, hasta la vida eterna.

El oyente debe también comulgar, por lo menos espiritualmente, esto es, con el afecto y deseo; pidiendo á Cristo nuestro Señor se digne de entrar en su alma, y apoderarse de ella, diciéndole:

COMUNIÓN ESPIRITUAL

Señor mío Jesucristo, yo deseo recibiros dignamente. Entrad, Señor, en mi alma, tomad posesión de ella, regidme, satisfacedme, consoladme, para que fervoroso y renovado, mejore mi vida, y participe de los bienes y gracias espirituales de que gozan los que sacramentalmente os reciben. Oh Señor, ¡quién tuviera la limpieza y puridad, que es menester para recibiros! ¡Oh, quién fuera digno de teneros siempre en sus entrañas, corazón y alma! ¡Oh, qué dichoso fuera yo, si mereciera llevaros á mi casa! Mas no es necesario, Señor, venir vos á mí sacramentalmente para enriquecerme, que no soy digno de que vos entréis en mi morada; decidlo vos, que con sola vuestra palabra, mi alma será sana y salva, y quedaré yo enriquecido, dichoso y bienaventurado.

Y con tal fe, humildad, devoción y

reverencia puedes decir esto, que merezcas más, y recibas más gracia que el que comulga sacramentalmente, si tiene menos disposición. Ves aquí, alma devota, una licencia generalísima para comulgar cuantas veces quisieres al día, sin nota ni peligro de vanagloria; no te aflijas si tu confesor no te la da para comulgar alguna vez sacramentalmente; llégate con grande deseo, mira la Hostia consagrada con viva fe, admírate de la merced que Dios te hace, tócalo con el entendimiento, recíbelo con el corazón, y dale gracias porque así te honra.

De esta Comunión solía decir muchas veces la Beata Juana de la Cruz: Oh, Señor, y qué buena manera de comulgar es ésta, sin ser vista y sin dar cuenta de ello á ninguna criatura humana, sino á vos, Creador y Señor mío, que me hacéis tanto regalo, y sustentáis con los dulces y sabrosos bocados de vuestra santísima presencia á mí, pobre pecadora, y me hacéis tan singular favor, que cada hora, y cada momento reciba mi alma tal gusto, suavidad y regalo, que siempre esté endulzada de vos, mi dulce Jesús, Esposo y Señor mío, si yo por la amargura de mis pecados no me hago indigno de vos, dulcedumbre divina.

Lo que después de la Comunión se sigue, es una grande alegría que la presencia de Cristo causa en el alma, con la cual se dan gracias á Dios por las mercedes recibidas, y se le suplica sean los efectos de este Sacrificio saludables y provechosos para sí, para los presentes, para los ausentes y para todo el pueblo cristiano.

"Eterno Dios, Creador de todas las cosas; acordaos que Vos solo creasteis las almas de los infieles, haciéndolas á vuestra imagen y semejanza. Mirad, Señor, cómo en oprobio vuestro se llenan de ellas los infiernos. Acordaos, Señor de vuestro Hijo Jesucristo, que derramando tan liberalmente su sangre, padeció por ellos. No permitáis, Señor, que vuestro mismo Hijo y Señor nuestro sea por más tiempo menospreciado de los infieles; antes aplacado con los ruegos y oraciones de vuestros escogidos los Santos y de la Iglesia, esposa benditísima de vuestro Hijo, acordaos de vuestra misericordia, y olvidado de su idolatría é infidelidad, haced que ellos conozcan también al que enviasteis, Jesucristo Hijo vuestro, nuestro Señor, que es salud, vida y resurrección nuestra, por el cual somos libres y nos salvamos,

á quien sea gloria por infinitos siglos de los siglos. Amén. *(San Francisco Javier.)*

Lo último de la Misa significa el fin de la vida de nuestro Salvador, y su gloriosa subida á los cielos, y la misión que hizo de sus Apóstoles, diciéndoles: Id y predicad el Evangelio á toda creatura.

La *bendición* que da el Sacerdote al pueblo, es la que Cristo echó á sus Apóstoles, subiendo á los cielos; y así la hemos de recibir con grande humildad y reverencia, hincados de rodillas, como si Cristo nuestro Señor la echara, rogando que nos bendiga el Padre, que nos conserve el Hijo, que nos alumbre el Espíritu Santo. Amén.

Acabado el *Evangelio último*, se hinca de rodillas, y mientras que el Sacerdote se va del Altar, dirá esta

ORACIÓN

Gracias te doy, Señor Dios mío, porque has tenido por bien que yo me halle presente á estos divinos misterios; y te suplico me conserves en tu santo temor, me des tu gracia, me inflames en tu amor, y por los merecimientos é intercesión de la Virgen María nuestra Señora, y de todos los Santos, me des

buena vida y buena muerte, por tu santísima vida y santísima muerte.

Si se oyera con este espíritu la Misa, se vieran presto reformadas las costumbres de los malos, y mejoradas notablemente las vidas de los buenos. Acostumbrémonos, pues, á ello, siguiendo con devoción el método que acabamos de exponer, ó meditando cada día algún paso de los más insignes de la Pasión del Salvador. Hagamos al amorosísimo Jesús nuestras súplicas en tiempo de los *Mementos*, que es el más oportuno para su feliz despacho. Comulguemos á lo menos espiritualmente, cuando el Sacerdote sume; que de esta manera será crecido el fruto que sacaremos del santo sacrificio de la Misa.

Advertencia. Gánanse muchas indulgencias visitando los cinco altares y rezando la estación al Sacramento, y ambas cosas se pueden hacer durante la Misa, ó mejor acabado el sacrificio. Antes de partirse pedirá su bendición al Señor con profundo respeto; y por la reverencia que se debe á tan alta Majestad, guardará silencio, modestia y compostura todo el tiempo que estuviere en la Iglesia. (*P. Hernández.*)

Este método está extractado de las Meditaciones del P. La Puente y de la Reformación cristiana del P. Castro, excepto aquellas partes cuyo autor se cita.



La Confesión

I. Nuestro Señor ha dejado á su Iglesia el sacramento de la Penitencia para lavarnos de nuestros pecados cada vez que los cometamos. No permitáis nunca que vuestro corazón permanezca mucho tiempo bajo el peso del pecado, puesto que contra este mal tenéis un remedio tan eficaz y tan fácil. El alma caída en el pecado debe tener horror de sí misma y purificarse lo más pronto posible por respeto á la Majestad divina que la mira. Confesaos á menudo aun cuando no sintáis abrumada vuestra conciencia por ningún pecado mortal. La absolución que se recibe de los pecados veniales da una gran fuerza para evitarlos en

el porvenir, una gran luz para discernirlos y una gracia abundante para reparar el mal que causan á nuestra alma.

II. Sentid siempre un verdadero disgusto por los pecados de que os confesáis, aun de los más pequeños, y una firme resolución de corregiros de ellos en adelante. Es un abuso confesarse de alguna falta, sea venial ó mortal, sin pensar en enmendarse, pues que la confesión no se ha instituido sino con ese objeto.

Pedid con instancia al Señor la luz necesaria para conoceros bien; buscad en los pliegues de vuestra alma; prestad atención á una multitud de pecados que viven y reinan á menudo insensiblemente en la conciencia, pero al mismo tiempo cuidad de no inquietaros por esta preparación, y no os turbéis porque no notéis todas vuestras pequeñas recaídas para poderlas confesar, porque sucede el caer sin advertirlo. No está dicho que el justo se vea y se sienta caer siete veces al día, sino sencillamente que cae; no os preocupeis, pues, demasiado de esto, sino decid humildemente y con franqueza aquello que en vosotros

hayáis observado; lo que no hayáis advertido, dejadlo á la dulce memoria de Aquel que extiende su mano misericordiosa sobre los que caen sin malicia, para que no se hagan mal en su caída, y que los levanta tan cariñosamente y con tal prontitud que ellos no notan siquiera que han caído, porque Dios los ha sostenido. No es creíble que un alma que hace su examen á menudo no note, para acordarse después, las faltas importantes. Por lo que hace á los pequeños defectos, podeis hablar de ello con Nuestro Señor cada vez que los notéis. Un acto de humildad, un suspiro bastan.

III. Cuando se os ocurra, después de la confesión, el recuerdo de un pecado omitido por falta de memoria, no temáis y no volváis á vuestro confesor antes de la comunión, sino reservadlo para la confesión siguiente.

IV. Es preciso una gran sencillez, una gran ingenuidad para la confesión, y el punto principal de esta sencillez cristiana es de no inquietarse de modo alguno por lo que pueda decir ó pensar el confesor de lo que se le va á decir. Su oído está preparado para oír pecados y no virtudes, y pecados de todo

género y tamaño. Que el alma, pues, se aligere con valor, franqueza y humildad sin temor de hacer ver su miseria á aquel por cuyo medio quiere Dios curarla. Del mismo modo, después de la confesión no hay necesidad de examinar si se ha dicho todo ó si se ha dicho bien; ése no es el momento. Permaneced en paz á los pies de Ntro. Señor y no penséis más en vuestras faltas pasadas sino es para humillaros dulcemente delante de Dios y para bendecir su misericordia que os las ha perdonado en su divino sacramento.

V. Preguntáis cómo podréis hacer vuestro acto de contrición en poco tiempo, y á esto os respondo que no es preciso mucho para hacerlo bien, pues que no hay más que prosternarse ante Dios, en espíritu de humildad y con un verdadero arrepentimiento de haberle ofendido.

VI. Yo desearía que se tuviese un gran cuidado en ser veraz, sencillo y caritativo en la confesión.

Veraz; es decir, confesar claramente sus faltas, sin afeite, sin artificio y pensando que hablamos á Dios al cual nada se le oculta; no limitándose á descubrir los pecados que se han co-

metido, sino especificando el número cuanto sea posible, las circunstancias que los han hecho más graves, el tiempo que han durado, las malas intenciones, los malos hábitos, todas las raíces de sus pecados así como los motivos que los han hecho cometer.

Sencillo; es decir, que es preciso acusarse sólo de sus pecados sin comentarios, porque entonces más parecen excusas que acusaciones.

Caritativo; es decir, no mezclar de modo alguno á vuestro prójimo en la confesión, ni descubrir nunca, directa ó indirectamente, el mal de los otros al confesar el vuestro. Por ningún motivo se debe jamás revelar el nombre del cómplice en los pecados.

VII. Las confesiones generales anuales son cosa excelente; ellas nos recuerdan nuestra miseria y nos hacen ver si adelantamos ó atrasamos; excitan y ejercitan la humildad; renuevan nuestros buenos propósitos, nos iluminan sobre los orígenes de nuestras faltas y enmiendan los defectos de las confesiones ordinarias. Son, sobre todo, útiles para las almas aun un poco débiles porque si las primeras resoluciones no las han fortalecido enteramente, las

segundas y las terceras las fortalecerán más y, en fin, á fuerza de resolverse, se acaba por encontrarse resuelto; pero es necesario hacer esa revista anual sin inquietud y sin escrúpulo, no tanto para ser absuelto como para ser animado.

VIII. Y como último consejo, acordaos que el punto más importante, y ordinariamente el más abundante, es el dolor que se debe tener del pecado como ofensa á Dios y el propósito firme de la enmienda. Este punto no merece menos tiempo y aplicación que el examen de conciencia. Demasiado á menudo se hace poco caso de la gravedad de las faltas ó del disgusto que han podido causar á Dios y no se buscan cuidadosamente los medios eficaces de afirmar las resoluciones y de evitar todas las ocasiones de pecar, como las compañías peligrosas, los placeres desordenados, en fin todo lo que se sabe ser funesto. Cada cual cree tener, con frecuencia ilusoriamente, ese verdadero dolor, ese saludable *pequé*, que es el punto esencial de la penitencia, y que tan difícil es de discernir.

Para conocerlo, es preciso considerar que se pueden tener tres suertes de contrición: la una, inspirada por la sola razón que muestra el horror del pecado; la otra, fundada en el temor de la justicia de Dios y de sus castigos; y la tercera, inspirada por el puro amor de Dios. Esta sola borra el pecado por sí misma y sin la confesión, aunque con la obligación de hacerla, si es posible, mientras que las dos primeras de nada sirven sin la confesión.

De lo que debemos concluir que el que muere en pecado mortal, por sorpresa ó de otro modo, sin confesión y sin otro arrepentimiento de sus pecados que el inspirado por la razón ó por el temor, está perdido para siempre; mientras que si su arrepentimiento es un sentimiento de amor y contrición perfecta, aunque no pueda confesarse, muere en estado de gracia, y su salvación está asegurada.

Lo importante es, pues, excitarse á esta contrición perfecta acompañada de un firme propósito. Con respecto á éste, acordaos de aquella verdad del Espíritu Santo: *El que ama el peligro perecerá en él.* Es, pues, preciso decidirse bien en este punto y

atenerse á esta máxima y á la sentencia pronunciada por Nuestro Señor en estos términos: «Si tu ojo te escandaliza, *es decir, es para tí una ocasión de pecado*, arráncatelo y arrójalo lejos de tí; si tu mano ó tu pie te escandalizan, corta esa mano, corta ese pie, porque es mejor ir al cielo con un ojo, una mano ó un pie, que verse precipitado con los dos en el infierno.» *(S. Francisco de Sales.)*

ANTES DE LA CONFESIÓN

Procura hacer el examen con la diligencia que pondrías si supieras que te ibas á morir acabada la confesión.

Lo primero darás gracias á nuestro Señor por los beneficios que has recibido de su mano.

ORACIÓN PARA ANTES DEL EXAMEN

Todopoderoso y sempiterno Dios, os doy infinitas gracias con todo el afecto de mi corazón por haberme creado á vuestra imagen y semejanza, porque me hicisteis cristiano y me habéis favorecido y sustentado desde que fuí concebido hasta el día de hoy; porque me habéis sufrido y sufrís en pecado

tanto tiempo sin echarme en los infiernos; porque me dais salud y vida, y con que la pase y os sirva; y por todas las demás misericordias que habéis usado conmigo; y más en particular, porque me disteis á Jesucristo vuestro Hijo por Salvador de mi alma, y me prometéis perdón de mis graves culpas. Pésame, Dios mío, de no haberme empleado siempre en vuestro servicio, y propongo firmemente enmendarme.

Pídese luz para conocer tus faltas.

Yo os suplico, Señor, que me deis luz para que vea cuán mal he correspondido á vuestros divinos beneficios, y conozca los pecados que he cometido contra Vos, contra mí y contra mis prójimos. Iluminad mi entendimiento para conocer mis faltas, avivad mi memoria para acordarme de todas ellas, é inflamad mi voluntad para detestarlas y arrojarlas fuera de mi alma, por medio de una sincera y dolorosa confesión.

Virgen Santísima, abogada y Madre de los pobrecitos pecadores que se quieren convertir, interceded por mí, que de veras quiero enmendarme y confesar todos mis pecados; haced que

me acuerde de todos ellos, y los detesto con verdadero dolor.

Angel Santo de mi guarda, Santo de mi nombre, Santos Patronos y Abogados míos, rogad por mí; bien veis cuánto lo necesito para hacer una buena confesión.

Ahora examinarás tu conciencia, discurriendo por los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia, y por las obligaciones de tu estado: verás en qué has faltado, y cuántas veces; si puedes, averigua el número fijo de falta que has cometido contra cada uno de los mandamientos; y si no, las que sobre poco más ó menos te parezca haber cometido, o el tiempo que duró tal vicio, las veces que solías faltar cada día ó cada semana.

He aquí el orden que puedes seguir para examinar las especies de tus pecados: pasa de largo las cosas en que no pecas; y donde tengas pecados graves, averigua el número fijo, para luego decirlo al confesor; de modo que si no das con el número cierto, digas el que creas más aproximado, ó el tiempo que duró el vicio, y las veces que solías pecar al mes ó á la semana, etc.

Principiarás recordando: 1º Cuánto tiempo hace que no te has confesado. 2º Si cumpliste la penitencia que el confesor

te impuso, y has practicado los medios qué te dio para la enmienda. 3º Si te has dejado antes algún pecado grave por olvido, para decirlo ahora. Si lo dejaste por vergüenza ó por otra causa culpable, ó si no tuviste dolor ó propósito; entonces te confesaste mal, y te has de confesar de ese sacrilegio, y de cuantas confesiones y comuniones has hecho así, y estás *obligado* á hacer confesión general de todo ese tiempo; quiere decir, que en el exámen que vas á hacer, en vez de recordar los pecados desde la última confesión, procures acordarte de los que has cometido desde la última que hiciste *bien*, para arrepentirte de todos y confesarlos ahora todos.

SOBRE LOS MANDAMIENTOS

En el *primer mandamiento* examina si ignoras lo necesario de la doctrina cristiana.—Si has negado la fe ó admitido dudas sobre la verdad de algún dogma católico, ó si has hablado contra la religión.—Si has desconfiado de la misericordia de Dios, ó confiado temerariamente en ella.--Si has profanado lugar, persona ó cosa consagrada á Dios; v. gr., comulgando mal.--Si has creído en supersticiones, tomando parte en ellas; v. gr., consultando al demonio, á los que obran por mal arte, asistiendo á reuniones

de espiritistas, ipnotistas, etc.- Si has leído ó tienes en tu poder libros, escritos ó periódicos que hablen mal de la religión ó contra la doctrina que enseña el Papa. --Si estás suscrito á tales papeles, ó de cualquier otro modo favoreces á los herejes ó impíos.

En el *segundo*. Si has jurado con mentira ó con duda de si era verdad lo que jurabas.--Si has jurado sin necesidad.--Si has jurado hacer algo malo; v. gr., ejecutar cuanto otro te ordene, aunque sea cosa mala.—Si has blasfemado.—Si nas dejado de cumplir algún voto ó manda, ó algún juramento en que prometieses cosa que sea *buena*.

En el *tercero*. Si has trabajado en día festivo sin necesidad manifiesta, ó públicamente sin permiso del Párroco, y por cuánto tiempo, y si has hecho que otros trabajen.--Si en las fiestas no has oído Misa entera,ó si en ella has estado hablando, durmiendo ó mirando lo que no debías.—Si has sido causa de que otros no la oigan.

En el *cuarto*. Si no has respetado y socorrido á tus padres.—Si no les obedeces cuando te prohiben salir de noche, concurrir á casas de juego, juntarte con malas compañías, leer cosas malas, etc., ó cuando te mandan ir á Misa, ó á confesar, ó al catecismo, sermón y otras cosas buenas.—Si ruegas por ellos á Dios.—Si

has tratado de contraer matrimonio sin su bendición y consejo.—Si en su enfermedad les has procurado á tiempo los auxilios de la religión y los demás convenientes.—Si no has cumplido su última voluntad, ni pagado sus deudas, ni encomendado á Dios sus almas.—Si has faltado á tus maestros, amos ó superiores en el respeto ú obediencia, en cosas que les toca y que no sean malas.—(*Luego se pondrán los deberes de los padres etc.*).

En el *quinto*. Si has quitado la vida, herido ó maltratado á tu prójimo.—Si has tenido ó tienes odio ó enemistad con alguno, y si no has procurado ó admitido la reconciliación.—Si has deseado mal á otro ó á tí mismo, y si has maldecido.—Si te has embriagado.—Si has provocado á otros á pecar.—Si has tomado parte en algún desafío.

En el *sexto*. Si te has deleitado con advertencia y voluntariamente en pensamientos, deseos ó miradas deshonestas.—Si has tenido acciones torpes solo ó con otros.—Si la persona con quien has pecado ó deseado pecar, era soltera, casada, pariente ó consagrada á Dios.—Si has faltado con palabras, cantares ó cuentos deshonestos, ó al recato en los sentidos ó modestia en el traje.—Si has mirado, ó tienes caricaturas ó láminas obscenas ú otro cualquier objeto semejante.—Si asistes á bailes ó espectáculos peligrosos.

En el *séptimo*. Si has hurtado, ó perjudicado por tí ó por otro, al prójimo en sus bienes.—Si en compras, ventas ú otro contrato has usado de engaño ó fraude.—Si has prestado con excesivo interés.—Si has comprado á sabiendas cosas robadas.—Si no has buscado al dueño de los hallazgos.—Si por no cumplir con tu deber, se ha seguido perjuicio al prójimo.—Si no pagas las deudas.—Si te lanzas á empresas ó contratos que no sabes si son justos.—Si estás en posesión de bienes mal habidos.—Si en estas ó semejantes injusticias haces lo posible por restituir y por resarcir cuanto antes los daños del prójimo.

En el *octavo*. Si has mentido, y si ha sido con perjuicio.—Si has levantado falsos testimonios ó calumniado.—Si has descubierto pecado oculto de otro ó sembrado discordias.—Si has formado juicios temerarios ó murmurado de vidas ajenas.—Si no has restituido la fama y dado satisfacción al prójimo ofendido.

En el *noveno* y *décimo*, examina las codicias deshonestas y de hacienda, si no las has examinado en el 6º y 7º.

En los Mandamientos de la Iglesia, examina [pues de la Misa ya lo hicimos.]—Si no has cumplido con la Pascua.—Si desde los veintiún años no has ayunado en los días en que está mandado, á no ser que tuvieses causa legíti-

ma.—Si has dejado de observar las vigilias y abstinencias prescritas por la Iglesia.—Si estás en la secta masónica ú otra condenada por la Iglesia, ó favoreces á sus adeptos.—Si tienes ó has leído libros ó periódicos prohibidos.

OBLIGACIONES DE VARIOS ESTADOS

Hablamos solo de los más comunes, y omitimos lo dicho ya en los mandamientos.

Quien tiene estado ó cargo especial, debe saber sus propios deberes y examinarse de ellos.

Padres y madres.—Sustentar á sus hijos, y mirar por su honrado porvenir: pero sin ser avaros ni desconfiar de la Providencia.—Cuidar de que sepan y entiendan la doctrina cristiana, y cumplan bien con los deberes religiosos.—Educarlos en el santo temor de Dios, y en buenas costumbres.—Velar sobre ellos, no consentirles sus caprichos ó faltas, por un amor mal entendido, antes corregirlos con prudencia y castigarlos con moderación.—Tenerlos bien ocupados, lejos, cuanto se pueda, de los peligros de pecar.—Darles buen ejemplo y estado competente á su tiempo.—Encomendarlos á Dios.—No malgastar los bienes, antes dar, en proporción á lo que Dios da, para obras pías y á los pobres.

Amos de casa.—Tratar á los criados con caridad.—Pagarles el salario convenido y á su tiempo.—Hacer porque vivan cristianamente, observando las fiestas, confesándose, etc.

Casados.—Estar en gracia de Dios al contraer matrimonio.—Vivir unidos con amor cristiano, complaciéndose mutuamente en lo que sea lícito, y guardándose hasta la muerte inviolable fidelidad.—Vivir en cristiana caridad con parientes y vecinos.

Al *marido* toca sustentar á la mujer, y corregirla con cariño.—La *mujer* obedezca al marido, como á cabeza.—Sea su consuelo, y ayúdele solícita á gobernar la casa.—Sea modesta en el traje é irreprensible en su conducta, dentro y fuera de casa.

Criados, empleados y jornaleros.—Llevar en paciencia mirando á Dios y al cielo, su vida trabajosa.—No defraudar á los amos, dando, desperdiciando, destrozando ó apropiándose lo que no es suyo, ó bien perdiendo el tiempo.

Advertencia. Cada cual vea si tiene algún otro pecado, del cual aquí no se hable, pues hay que confesar todos los no acusados ya en confesión bien hecha.

Conocidas ya las faltas, excítate al verdadero dolor de todos ellos. El único verdadero mal que hay en el mundo es el pecado

DE LOS MOTIVOS PARA LA CONTRICIÓN

Aunque el dolor de los pecados es don de Dios, hemos de procurarlo con algunas consideraciones eficaces para ello, porque no se queje nuestro Señor de nosotros, diciendo: *No hay quien haga penitencia de su pecado, diciendo: ¿Yo qué hice?* Entra, pues, dentro de tí mismo, si quieres moverte á perfecta contrición de tus pecados, y trayéndolos á la memoria para avergonzarte más, dite á tí mismo:

Cuando pequé, ¿qué hice yo contra mi Creador? ¿Qué hice contra mi Redentor? ¿Qué hice contra mi alma? ¿Qué hice contra mis prójimos? Y, ¿qué hice contra todas las creaturas?

Y comenzando por lo primero, dite á tí mismo: *¿Qué es lo que hice contra mi Creador*, habiendo El hecho tanto por mí? Me creó de la nada, y yo le ofendí por nada; me hizo á su imagen y semejanza, y yo borré esta imagen, y tomé la semejanza del demonio; me dió potencias y sentidos para servirle, y yo usé de ellas para ofenderle; creó todo este mundo visible para mí, y yo lo convertí en cuanto es de mi parte contra él. Esto es lo que hice contra mi Creador.

¿Pues qué hice contra mi Redentor, que tanto hizo y padeció por mí? ¿Qué hice con mis golosinas, sino darle á beber otra

vez hiel y vinagre? ¿Qué con mis soberbias, sino punzar su cabeza con espinas? ¿Qué con mi amor propio, sino abrir con una lanza su costado? ¿Qué con mis hurtos y codicias, sino rasgar con azotes sus espaldas? Qué con mis malos deseos y malas obras, sino traspasar con clavos sus pies y manos, volviendo otra vez á crucificar al Hijo de Dios con mis pecados?

¿Pues, cómo sabré decir lo *que hice contra mi mismo?* Maté mi alma con la culpa, y la despojé de la gracia y caridad; perdí la amistad de Dios, y la herencia del cielo; me hice esclavo del demonio, y me sujeté á la cárcel perpetua del infierno. ¿Quién me ha aborrecido más que yo mismo? ¿O quién ha sido más cruel enemigo mío que mi pecado? ¡Oh, miserable de mí!

¿Qué he hecho contra mis prójimos? A unos quité la hacienda con engaños, y á otros la honra con murmuraciones: unos con mis escándalos perdieron la vida del alma; otros con mis iras recibieron daño en la del cuerpo. Finalmente, con mis pecados entristecí á mi madre la Iglesia, afligí á mis hermanos los justos, provoqué á llanto á los Angeles de la paz, y cuanto es de mi parte hice traidoras á las creaturas, sirviéndome de ellas contra su Creador.

Pues si tan grande mal es el que hice, ¿qué haré para deshacerlo? ¿Cómo apla-

caré á mi Creador? ¿Y cómo me reconciliaré con mi Redentor? ¿Qué haré para recobrar lo que he perdido, y para volver á mis prójimos lo que les he quitado? Ya sé lo que tengo de hacer: me iré como la Magdalena á los pies de Jesucristo; quebrantaré mi corazón con dolor de lo que hice; derramaré arroyos de lágrimas porque le ofendí, y confesaré todas mis culpas á los pies de su Ministro, sujetándome á todo lo que me mandare hacer en satisfacción de ellas; y por este medio confío en la misericordia de mi Señor, que deshará con su gracia todo el daño que yo hice con mi culpa.

De esta manera lloró la fervorosa penitente, de que dice San Gregorio: *Consideró lo que hizo, y no quiso poner tasa en lo que había de hacer;* porque la viva consideración del mal que había hecho la provocó á deshacerlo con las extraordinarias diligencias que cuenta el Evangelio.

Así vemos estas cuatro consideraciones con otras cuatro que pone San Bernardo, por estas devotísimas palabras: «Considera, dice, que en tu Dios concurren estas cuatro cosas; conviene, á saber: ser tu Creador, tu Señor, tu Padre y tu Bienhechor: las dos primeras te mueven á temor del castigo, y las dos postreras á vergüenza del pecado.

«El Padre en cuanto padre no causa temor; porque es propio de padre tener

misericordia de su hijo; y si hiere, luego sana; y si castiga, no es por venganza, sino porque haya enmienda: mas cuando pienso que he ofendido á mi Padre, tengo mucho de qué tener vergüenza. Me engendró voluntariamente con su palabra; no perdonó á su Hijo unigénito por mi causa; siempre ha mostrado en las obras ser padre mío, mas yo no he vivido como hijo suyo.

«¿Pues con qué vergüenza, siendo hijo tan malo, puedo levantar los ojos á mirar el rostro de un padre tan bueno? Me avergüenzo de haber hecho cosas indignas de hijo suyo y de haber degenerado de su nobleza. Derramad, ojos míos, arroyos de lágrimas; cúbrase mi faz de confusión, y mi rostro de vergüenza; desfallezca mi vida con dolor, y mis años con gemidos. ¡Ay de mí! ¿Qué provecho he sacado de lo que ahora me avergüenza? Sembré en la carne, y de ella cogí corrupción; sembré en el mundo, y en un soplo se pasó cuanto cogí; he sido tan loco y mal mirado, que no he tenido vergüenza de anteponer las cosas vanas y perecederas al amor y honra de mi Padre celestial; y por esto me avergüenzo cuando oigo aquella palabra; si soy vuestro Padre, ¿qué es de la honra que me debeis, y del amor que me mostrais?

«Y cuando Dios no fuera mi Padre, no puedo negar que sea mi Bienhechor. Tes-

tigos son de esto los innumerables beneficios que me ha hecho y hace cada día: el pan que como, el agua que bebo, la tierra que piso, el aire con que respiro, y sobre todo la sangre de su Hijo muy querido, derramada por mí en la Cruz. Vergüenza tengo de haber sido ingrato á tantos y tan soberanos beneficios; y dobla mi confusión el que por ellos he vuelto muchos y muy graves pecados y grande aborrecimiento por el grande amor; y aunque Dios, en cuanto bienhechor, no me causa temor, como ni en cuanto Creador, porque da liberalmente sus dones, no por venta, sino de gracia, sin zaherir por lo que dió, ni arrepentirse de haberlo dado; pero cuanto más altamente siento de él, tanto siento de mí con más bajeza. Avergüénzate, pues, alma mía, porque si le está bien á Dios el dar sus dones con tanta liberalidad, á tí te está muy mal tener tanta ingratitud.

«Mas si la vergüenza de la culpa hace con flojedad su oficio, es razón despertar al temor de la pena que la avive. Despiértala para que te despierte; deja un poco la consideración amorosa de Padre y Bienhechor, y convierte tu pensamiento á cosas más terribles. Considera cómo el mismo que se llama Padre de misericordia y Dios de toda consolación también se llama Dios de las venganzas, Dios justo y fuerte, terrible en sus consejos con los

hijos de los hombres, cuyo nombre es Dios celador. ¿Por ventura piensas que quien celó tu bien como Padre y Bienhechor no celará el suyo como Señor y Creador, volviendo por su honra y principado? ¿Por qué indignas á Dios, diciendo en tu corazón: no me pedirá cuenta? Te engañaste ¡oh miserable! que sí te la pedirá, y muy estrecha, de todo cuanto te ha dado, hasta el último maravedí. A todos tomará cuenta, y dará su merecido á los que obran la maldad: pedirá á los que redimió el servicio que le deben; y á los que creó, la gloria que debían darle; y aunque disimule en cuanto á Padre y Bienhechor, quizá se vengará en cuanto es Creador y Señor; y el que perdona al hijo, no perdonará al mal criado, ni al ruin esclavo.

«Piensa cuán temerosa y horrible cosa es haber despreciado al Creador de todo el mundo, y ofendido al Señor de la majestad. Si quien ofende á la majestad humana es castigado con pena de muerte, ¿con qué pena será castigado quien ofende á la Majestad y Omnipotencia divina? Toca Dios los montes, y luego se abrasan; ¿y tiene atrevimiento de enojarlo el vil polvo, que á un soplo desaparece? Debe ser temido aquel que, después de haber quitado la vida al cuerpo, puede echar en el infierno el alma. Temo este infierno, y temo el rostro del Juez, de quien temen las potestades del Cielo. Temo la ira del

Omnipotente, la faz de su furor, el estruendo del mundo que ha de perecer, el fuego que lo ha de abrasar, la voz del Arcángel y la palabra asperísima de la sentencia final. Temo los dientes del dragón, el abismo del infierno, los bramidos de las fieras que están aparejadas para tragarme; el gusano que siempre roe, el fuego que siempre quema, el humo, el vapor, la piedra azufre, el torbellino, las tempestades y las tinieblas exteriores.

«¡Oh, quién diese agua á mi cabeza, y fuentes de lágrimas á mis ojos para prevenir con ellas el llanto eterno, el crujir de dientes, las ataduras de pies y manos, el peso de las cadenas que oprimen, que aprietan, que abrasan, y nunca consumen! ¡Ay de mí, madre mía! ¿Para qué me engendraste hijo de dolor, de amargura, de indignación y de llanto eterno? ¿Para qué fuí recibido en tu regazo y criado con la leche de tus pechos, si nací para ser abrasado con el fuego que nunca se ha de acabar?»

Casi todas estas son palabras de san Bernardo, en las cuales, no menos aguda que devotamente, nos mueve á considerar las cosas que despiertan en nosotros el temor y la vergüenza santa de haber ofendido á Dios, y también el temor del castigo.

Si el divino temor tocare tu corazón, aunque estés muerto con la culpa, te des-

pertará para que te duelas de ella, y abrirá tu boca para que des voces á Dios, pidiéndole perdón de tus yerros, y empezarás á recobrar la vida de la gracia, porque no es temor de esclavos, sino de hijos, que tiene virtud por el amor para reconciliarlos con su padre. — (*P. La Puente.*)

Oraciones para antes de la confesión.

Pide al Señor gracia para confesarte bien, diciendo de todo corazón:

Señor Dios todopoderoso, que deseais la salvación de las almas, y no quereis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva: yo os suplico humildemente por las oraciones y merecimientos de todos los Santos, y por la intercesión de la Virgen María, Reina del Cielo, Madre de vuestro Unigénito Hijo, y Madre mía, me deis espíritu de compunción y lágrimas de corazón para que perfectamente conozca y llore mis pecados, y alcance remisión entera y perdón de todas mis culpas. Amén.

Oración de Santa Gertrudis á Jesús,

Para que por su santísima vida satisfaga El por nuestros pecados.

Oh Jesús, lleno de ternura y de misericordia, que no despreciais jamás los suspiros de los desgraciados, yo me refugio á vuestros pies é imploro vuestra clemencia. Vos mismo, oh Jesús, hablad por mí; satisfaced por mí; pues confieso en vuestra presencia todos los pecados de mi vida.

Ah! por las purísimas lágrimas de vuestros divinos ojos, lavad todas las manchas que yo he contraído con miradas culpables. Por vuestros benditos oídos, siempre abiertos para acojer al pecador, borrad las iniquidades que yo he cometido por el oído. Por el vivificante poder de las dulcísimas palabras de vuestra bendita boca, borrad los pecados de mi lengua criminal. Por la perfección de vuestras obras, por las llagas de vuestras manos, borrad los pecados de mis manos culpables.

Por la dolorosa fatiga de vuestros benditos pies y por sus cruelísimas llagas, borrad las manchas que los

míos han contraído. Por la pureza de intención que ha santificado todos vuestros pensamientos, por el encendido amor de vuestro divino Corazón, borrad toda la iniquidad de mis pensamientos y de mi corazón criminal. Por la noble inocencia y por la santidad infinita de vuestra vida, purificad mi vida toda manchada con la corrupción del pecado. En fin, lavad en el baño sagrado de vuestra preciosísima Sangre, purificad, anonadad, todas las manchas de mi corazón y de mi alma, á fin de que por vuestros santísimos méritos yo parezca puro á vuestros ojos y merezca guardar en adelante con un corazón puro, todos vuestros mandamientos. Así sea.

Invocaciones de la Beata Margarita María.

Humildemente postrada al pie de vuestra Santa Cruz, os diré con frecuencia, divino Salvador mío! para mover las entrañas de vuestra misericordia á perdonarme:

Jesús, desconocido y despreciado, *tened piedad de mí.*

Jesús, calumniado y perseguido,
Jesús, abandonado de los hombres y tentado,
Jesús, entregado y vendido á vil precio,
Jesús, vituperado, acusado y condenado injustamente,
Jesús, vestido con una túnica de oprobio y de ignominia,
Jesús, abofeteado y burlado,
Jesús, arrastrado con la soga al cuello,
Jesús, azotado hasta la sangre,
Jesús, pospuesto á Barrabás,
Jesús, coronado de espinas y saludado por irrisión,
Jesús, cargado con la Cruz y las maldiciones del pueblo,
Jesús, triste hasta la muerte,
Jesús, pendiente de un infame leño en compañía de dos ladrones,
Jesús, anonadado y deshonrado delante de los hombres,
Jesús, abrumado de toda clase de dolores,

Oh buen Jesús! que habeis querido sufrir una infinidad de oprobios y de humillaciones por mi amor, imprimid poderosamente su estima en mi corazón y hacedme desear su práctica.»

TENED PIEDAD DE MI

Oración á Dios.

Oh Padre clementísimo, dignaos echar sobre mí, pobre y miserable, la misma mirada de compasión que echásteis sobre vuestro Hijo, cuando en el monte de las Olivas, estaba postrado con el rostro sobre la tierra y el corazón quebrantado por los pecados del mundo.

De lo íntimo del corazón os pido perdón de mis iniquidades; escuchadme Dios mío!

Para suplir á la contrición que debiera tener y que me falta, os ofrezco el vehemente dolor que sintió Jesús en su Corazón dulcísimo durante su vida mortal por los pecados de todo el mundo; el que sintió sobre todo cuando en el monte de las Olivas sudó sangre y agua á fuerza del dolor; y os suplico os digneis lavar mi pobre alma de todas sus iniquidades en el baño de esta sacratísima Sangre, y la revistais de tan grande pureza que se vuelva blanca como la nieve.

Acto de Contrición.

Cuya eficacia le fué revelada á Sta. Matilde

Dulcísimo Jesús; tengo un sincero

dolor de mis pecados; dignaos sin embargo suplir á su insuficiencia y ofrecer á Dios, vuestro Padre, todo el dolor que mis pecados y los de todo el mundo os han causado. Amén.

Oración para pedir el perdón de los pecados.

Dios mío, fuente de misericordia, á vos llego yo pecador, tened por bien de limpiar mis pecados. Pequé, Dios mío, por flaqueza contra vos, Padre Eterno, Todopoderoso; por ignorancia, contra vuestro Unigénito Hijo, Sabiduría infinita; y por malicia, contra el Espíritu Santo, piadoso: con estas culpas os ofendí, Trinidad Soberana. ¡Ay de mí, miserable! ¡cuántos y cuán grandes pecados he cometido, y con qué facilidad os he dejado, Señor.

¡Oh, Dios mío, cuánto daño he hecho con palabras y obras, pecando oculta y públicamente y con porfía! Por lo cual os pido y suplico, por los merecimientos de vuestro piadosísimo Hijo, y la intercesión de su Santísima Madre, que no mireis mi maldad sino vuestra inmensa bondad y misericordia, y que me perdoneis piadosamente lo que he

hecho, dándome dolor de los pecados pasados, y eficaz remedio para no volverlos á cometer. Amén:--*(Santo Tomás de Aquino).*

Advertencias para la Confesión.

Para que se hagan con provecho las confesiones, ora sean generales, ora particulares, ora de precepto, ora de consejo, se han de guardar las condiciones que señalan los Doctores, de las cuales recogeremos aquí algunas que encarece mucho San Buenaventura en diversos lugares.

La primera es, grande *reverencia* interior y exterior delante del Confesor, como quien está delante de Cristo Señor nuestro, á quien representa; y pues él cuando absuelve habla en nombre de Cristo, porque no dice: Dios te absuelva, sino *yo te absuelvo*, es razón que tú le hables, como quien habla con el mismo Cristo. Y pues tanta reverencia se tiene á los jueces y oidores cuando están en sus estrados, porque representan la persona real, ¿cuánto mayor la has de tener tú á los que representan la persona de Dios, reconociéndote por reo, hincando entrambas

rodillas, con la cabeza descubierta, el rostro inclinado y los ojos bajos, como el publicano, y usando siempre de palabras que manifiesten mucho respeto?

Pero no has de contentarte con la reverencia que causa esta representación, sino avivar la fé, y mirar que está allí presente el mismo supremo Juez Dios Trino y Uno, el cual oye lo que dices, y mira lo que haces, no solamente en lo exterior, sino en lo interior del corazón; y de tal manera has de confesarte delante del Confesor, que mucho más lo hagas delante del mismo Dios, que está presente; porque esta viva consideración no solo te moverá á reverencia, sino también á decir todo lo que sabes con entereza y claridad, como quien lo dice al mismo Dios que lo sabe mejor que tú.

También puedes mirar allí presentes los dos testigos que se han de hallar en el juicio de tu alma: conviene á saber, el Angel de tu guarda y el demonio que te tienta, para que la presencia del uno te aliente, y la del otro te atemorice para no faltar en lo que debes, callando ó haciendo algo de que tu enemigo pueda acusarte después.

De aquí nacerá también la segunda

condición que has de llevar, que es la *pureza de intención* en todo lo que allí haces y dices, no sólo al tiempo de comenzar la confesión, sino también en la prosecución de ella. Dejo las intenciones groseras de los que van á confesarse con espíritu de esclavos, por temor de la infamia, no pretendiendo más que cumplir con el precepto de la Iglesia, ó por hacer lo que hacen todos y no ser tenidos en menos que ellos; porque éstos dan claro testimonio de lo poco que estiman la salvación de su alma, pues no la ponen en primer lugar para hacer esta obra; pero aunque la comiences con el santo fin que ella pide, has de advertir, como dice San Buenaventura, que no se te entre la vanagloria, deseando buena opinión delante del confesor, ó porque te acusas bien de tus pecados, ó por la buena obra que cuentas á título de confesar la soberbia que tuviste de ella; ó si dices el beneficio que has recibido de Dios para acusarte de la ingratitud que has tenido. O si por ventura entra algún modo de hipocresía exagerando mucho tu pecado para ser tenido por humilde, al modo que dijo San Bernardo, que hay una confesión fingida, cuando uno

dice mucho mal de sí, para que no se atribuya á verdad, sino á humildad.

De esta pura intención suele nacer la tercera condición, procurando grande *brevedad en las palabras*, sin perjuicio de la verdad y claridad, cercenando tres demasías. La primera, no confesar muchas generalidades, que no sirven sino de cansar á los confesores, y suelen ir envueltas con mentiras, como es decir: pequé con los cinco sentidos, en los siete pecados mortales, y en las catorce obras de misericordia, etc.

La segunda es, no confesar condicionales excusadas, como son: *si* juré, *si* dejé esto ó hice aquello, porque éstas no son materia de absolución, y cuando estés cierto de no haberlas hecho, no puedes decirlas con verdad, y así solamente se han de confesar cuando verdaderamente hay duda de ellas.

La tercera demasía es, contar historias ó cuentos que no hacen al caso para declarar la culpa; y ordinariamente van mezcladas con nuevas culpas, ó con daño de tercero, ó del confesor que las oye, ó del mismo que las dice.

Para esta brevedad ayuda la guar-

ta condición del *orden* y concierto en decir las cosas, procediendo por los diez mandamientos, ó por los siete pecados mortales, ó por pensamientos, palabras y obras; aunque es buen consejo cuando hay alguna cosa grave que da más pena ó causa mayor vergüenza, comenzar por ella, venciendo luego el mayor de los enemigos, cuya victoria deja el campo llano para vencer á los demás. Porque si esta culpa mayor, por algún temor humano, se dejase para el fin, como el temor crece cuando no se vence luego, quizá crecerá tanto, que después tape la boca para no decirla ó no declararla como conviene.

Así sucedió á un miserable hombre que se estaba confesando; y mirándolo un santo varón, vio en espíritu que así como iba diciendo sus pecados, echaba por la boca varios sapos; y al tiempo que empezaba á salir uno muy grande, sintió tanta dificultad en echarlo, que lo volvió á tragar, y al punto se volvieron á entrar por la boca todos los demás; entendiendo por esta visión que aquel pecador, vencido del temor ó vergüenza, había callado un grave pecado, por lo cual los demás que había

confesado se quedaron en el alma por no haber sido la confesión entera.

Finalmente, importa mucho que el sacrificio del corazón contrito y humillado acompañe las palabras exteriores, diciendo los pecados con vergüenza, *dolor* y sentimiento de ellos, para que la confesión sea sacrificio y holocausto perfecto.

¡Oh, Dios infinito, á quien tanto agrada este sacrificio, en virtud del que tu Hijo unigénito te ofreció por nuestro remedio! Concédeme que yo lo ofreza con tal espíritu, que por él se aplaque tu ira, y me llenes de tu misericordia. Amén.-(PADRE LA PUENTE.)

DEL MODO QUE SE HA DE TENER EN LA MISMA CONFESION

Hecho el examen y rezadas estas oraciones, irás á decir tus culpas al confesor, con firme propósito de enmendarlas, y con grande humildad, como quien va á pedir perdón de ellas á Jesucristo nuestro Señor, que las sabe, y conoce lo más secreto de nuestro corazón.

Hincarás ambas rodillas, y con mucha modestia y compostura te persigna-

rás, y puestas las manos ante el pecho dirás la *Confesión general.* Será bueno dar principio á la confesión de esta suerte:

Padre, hace *tanto tiempo* (se indica) que no me he confesado; cumplí la penitencia (ó no la cumplí.) Tengo tal estado y oficio. He examinado la conciencia, traigo dolor de mis pecados y propósito de la enmienda.

En el primer Mandamiento me acuso de haber faltado.... (Aquí dirás lo que has hallado examinándote; si sabes el número cierto, lo dirás; ó si no, el número aproximado, ó las veces que acostumbras á faltar cada mes, cada semana ó cada día: lo mismo harás en los otros Mandamientos.)

En el segundo Mandamiento me acuso.... (También dirás las faltas que has hallado pertenecientes á este Mandamiento.)

De esta manera continuarás acusándote por los Mandamientos, y obligaciones de tu estado.

La confesión ha de ser *humilde y sincera;* ha de ser además *entera* diciéndolo todo, sin aumentar, ni disminuir ó callar ningún pecado de que te acuerdes. Esta condición es muy im-

portante. ¡Cuántas almas están en el infierno por no vencer la mala vergüenza de manifestar un pecado!

Pero si no descubres la llaga, además de aumentar la inquietud de tu turbada conciencia, llegará un día en que se pondrá de manifiesto á los ojos del mundo entero ese malhadado pecado y sacrilegio que te habrán acarreado eterno oprobio y perdición sin fin.

Y advierte que esto lo has de decir aunque el confesor no te lo pregunte; y lo mismo se diga de cualquier pecado mortal que recuerdes haber hecho, aun cuando no estuviere puesto en el examen que precede.

Si ha pasado poco tiempo desde tu última confesión, basta decir las faltas que has cometido, sin ser necesario ir siguiendo los Mandamientos.

Acabarás la confesión diciendo:

También me acuso de todos los pecados mortales y veniales de toda mi vida, de los cuales pido perdón á Dios nuestro Señor, con firme propósito de la enmienda, y á vos, padre, penitencia y absolucion, si soy digno de ella.

Después escucharás la exhortación del confesor, con grande atención, sin pensar si te has olvidado de algo, ni en

ninguna otra cosa, y sin interrumpirle; y mientras te da la absolución, dirás el *Señor mío Jesucristo.*

DESPUES DE LA CONFESION

ORACIÓN

Amorosísimo Redentor mío, yo os suplico por vuestros merecimientos, é intercesión de vuestra Santísima Madre, y de los Santos, que haya sido agradable, y tenida por buena esta confesión mía; y que cualquiera cosa que á esta, y á las demás que he hecho, le haya faltado de la suficiente contrición, puridad é integridad, lo supla vuestra piedad y misericordia; y según ella tengáis por bien de tenerme más copiosamente absuelto en el cielo. Amén.

ORACIÓN AL ETERNO PADRE

Padre Santo, uniendo mi penitencia á todas las que se han hecho hasta el día de hoy por la gloria de vuestro Nombre, y á todas las obras satisfactorias de vuestro amado Hijo, á sus ayunos, á sus vigilias y oraciones, os ofrezco esta confesión y esta satisfac-

ción; suplicándoos por los méritos de la pasión de Jesús y por la intercesión de la Sma. Virgen y de los Santos, la aceptéis y me la hagáis provechosa. En cuanto á lo que he podido faltar, sin culpa grave de mi parte, á la sinceridad de mi preparación, á la perfección de mi contrición, á la fidelidad y claridad en las declaraciones de esta confesión como de las anteriores, confío todo eso al dulcísimo Corazón de vuestro Hijo, á fin de que todas las faltas y negligencias de que haya sido culpable en la recepción de este Sacramento, sean enteras y perfectamente reparadas por este divino Corazón para vuestra eterna gloria. Dignaos, pues, Dios mío, confirmar en el cielo la absolución que se me acaba de dar en la tierra. Amén.

DE LO QUE SE HA DE HACER ACABADA LA CONFESIÓN

Recibida la absolución, irá el penitente delante del Smo. Sacramento, y rezará la penitencia, si fuere leve; y si no, la cumplirá cuanto antes; luego dará á Dios gracias por las mercedes que le ha hecho. Lo primero en per-

donarle todos sus pecados, no solamente los que ha confesado, sino también los que ha olvidado ó no ha conocido sin culpa suya. Lo segundo, en sanarlo de todas las enfermedades de su alma, que son las pasiones. Lo tercero, en librarlo de la muerte eterna y fuego del infierno. Lo cuarto, vuéltolo á su gracia y amistad. Pídale favor para apartarse del mal y obrar bien, y perseverancia en su santo servicio. Considere que le dice el mismo Señor: Ya estás sano, no quieras más pecar, no te suceda peor. Resuélvase de confesar á menudo, y (si es persona desocupada) de oír Misa cada día, rezar su Rosario, leer un rato lección espiritual, dar alguna limosna, hacer su examen, oír los sermones que pudiere, y huir de gente viciosa, mal inclinada y ociosa. Y si como hombre flaco cayere en alguna culpa grave, confiese lo más pronto que pudiere, porque no esté en desgracia de Dios ni una sola hora. (PADRE CASTRO.)

DE EL SALVADOR



COMUNION

DE LA DEVOCIÓN Y REVERENCIA CON QUE LOS FIELES SE DEBEN DISPONER PARA RECIBIR LA SAGRADA COMUNIÓN.

Así como el Santo Sacramento del Altar es el mayor de todos los Sacramentos, así pide mayor pureza y disposición para recibirlo. Porque en los otros sacramentos obra la virtud de Dios; mas en éste está la real y verdadera presencia del mismo Dios; y por esto, además de la limpieza del alma que ha de preceder por medio del Sacramento de la Confesión, pide también especial devoción.

Para la cual sirven señaladamente tres cosas. La primera de las cuales es, *temor y reverencia* de la Divina Majestad, que aquí está, pues creemos verdaderamente que en aquella pequeña Hostia está Dios Todopoderoso, está el Creador de los Cielos y de la tierra, el Señor del

mundo, la gloria de los Angeles y de los Bienaventurados, el juez de todos los siglos, á quien alaban los Angeles, y ante cuyo acatamiento temen las potestades del Cielo.

Crece aún este mismo afecto en el hombre, considerando la muchedumbre de sus pecados y negligencias cotidianas: porque si los Angeles y Principados del Cielo le temen, sin jamás haber hecho por qué, desde que fueron creados, ¿cuánto más debe temer un vil gusanillo que tantas veces y por tantas vías ofende á su Creador? Esta es, pues, la primera cosa que el hombre debe considerar cuando se llega á esta Mesa, diciendo entre sí con grande reverencia: A Dios voy á recibir, no sólo en mi ánimo, sino también en mi cuerpo.

Mas este temor se ha de templar con la *esperanza* que el mismo Señor nos da, considerando que él con entrañas de piedad y compasión de nuestra flaqueza y miseria, nos convida á su Mesa, y nos llama con aquellas suavísimas palabras, que dicen: Venid á mí todos los que estáis trabajados y cargados con el peso de vuestra mortalidad y de vuestras pasiones, porque yo daré refección y refrigerio á vuestras almas. Y en otro lugar, murmurando los fariseos de este Señor, porque comía con los pecadores, respondió él, que no tenían necesidad los sanos de

médico, sino los enfermos, y que no había él venido á llamar á los justos, sino á los pecadores. (*Padre Granada.*)

EFECTOS DE LA COMUNIÓN

Mas para el *deseo y hambre* que este Pan Celestial nos pide, será gran motivo considerar los efectos de él, los grandes bienes que por él se comunican á los que devotamente lo reciben, los cuales son tantos, que nadie los podrá contar. Porque por él se nos da la divina gracia; por él somos unidos é incorporados con nuestra Cabeza, que es Cristo; por él nos hacemos participantes de los méritos y trabajos de su Sacratísima Pasión; y por él se renueva la memoria de ella. Por él se enciende la caridad, y se esfuerza nuestra flaqueza, y se gusta la suavidad espiritual en su propia fuente, que es Cristo Señor nuestro, y por él se despiertan en nuestro ánimo nuevos propósitos y deseos para todo lo bueno.

Por él se nos da una prenda preciosísima de la vida eterna. Por él se perdonan los pecados y negligencias de cada día; y por él también se hace el hombre de atrito contrito, que es

resucitar de muerte á vida. Por él también se disminuye el ardor de nuestras pasiones y concupiscencias: y lo que más es, por él entra Cristo en nuestras almas, y morando en ellas se verifica lo que significa, cuando dijo, que como su Padre estaba en él, y por eso la vida suya era semejante á la de su Padre, así se hace semejante á él en la pureza de la vida quien dignamente dentro de sí por medio de este Sacramento lo recibiere, que pueda ya decir con el Apóstol: Vivo yo, mas ya no yo, porque vive en mí Cristo.

«Finalmente, el Sacramento del Altar alumbra el entendimiento, inflama la voluntad, refuerza el afecto, abre la gana de recibirlo, aviva el sentimiento, purifica el espíritu, aumenta las virtudes, colma los dones, multiplica las gracias, y es freno con que Dios enfrena el cuerpo, para que esté bien regido y gobernado por la razón. A este divino Sacramento se debe la pureza de las vírgenes, la entereza, constancia y piedad de los jóvenes, la vida ejemplar de los varones, la perseverancia de los ancianos, y la reforma de las costumbres en todos estados.» *(Padre Castro.)*

Pues si todos estos efectos obra este Pan Celestial en las almas de aquellos que con limpia conciencia lo comen, ¿qué hombre habrá tan insensible, y tan enemigo de sí mismo, que no tenga hambre de pan que tales efectos obra en el que lo recibe dignamente? Pues en la consideración de estas cosas debe el hombre ocuparse el día y la víspera de la Sagrada Comunión, para despertar en ella estos tres afectos susodichos, en los cuales consiste la devoción actual, que para esta comida se requiere. *(Padre Granada.)*

En la misma modestia y compostura exterior y aun en el vestido se ha de conocer que el cristiano, al ir á comulgar, está convencido de cuán importante es la acción que va á ejecutar.

Entra con respeto en la iglesia, toma con devoción agua bendita, y arrodillado en la presencia de Dios, haz pausadamente y con reflexión la señal de la cruz, dí el *Señor mío Jesucristo*, y lee alguna ó algunas de las oraciones siguientes, penetrándote bien del sentido de ellas.

ORACIONES

ANTES DE LA COMUNION

ACTO DE FÉ.

Lo creo, Salvador y Dios mío; lo creo firmemente; vos estais en el santo sacramento del altar, Dios y hombre verdadero; creo que vuestro cuerpo, vuestra sangre, vuestra alma, vuestra divinidad y vuestra humanidad santa están encerrados en esa santa hostia aunque mis ojos no os vean en ella. Poco importa, Dios mío, que yo sepa cómo venís á mí en ese divino sacramento; basta que yo crea con fé firme que sois vos mismo, y así lo creo porque vos lo habeis dicho y porque vos sois la eterna verdad y no quiero otra razón alguna para creerlo sino la de que nada es imposible al poder infinito de vuestro amor. ¡Oh divino Salvador de mi alma! voy, pues, á recibir ese cuerpo que murió por mí en la cruz; ese cuerpo que al tercer día resucitó y que ahora brilla con toda la magnificencia de su gloria infinita. Voy á recibir esa alma santísima, el resumen, la consumación de todas vuestras maravillas; voy á recibir vuestra divini-

dad, la santa Trinidad con todas sus perfecciones infinitas: sí; ¡creo que poseeré ese tesoro!

¡Alma! ¡cómo es posible que tengas el atrevimiento de presentarte ante Aquel que es tan grande, tan poderoso, tan incomprensible y al que, sin embargo, has ofendido tantas veces! Perdonadme, Señor; vuestra bondad es la que me convida y me llama diciendo: *Venid á mí, vosotros que estais cargados de pecados y yo os aliviaré.* Heme aquí, Salvador mío; yo traigo la pesada carga de mis pecados que deposito á vuestros pies. Lavadlos en vuestra preciosa sangre para que queden borrados para siempre.

ACTO DE ESPERANZA.

Cuánto bien espero de esa deseada posesión de mi Salvador! ¡Cuán firme es mi esperanza de que esas manos santas y caritativas tocarán mis llagas para curarlas; que esos ojos llenos de dulzura me mirarán con piedad y que esa boca divina me dirá palabras de consuelo y de bendición, de gracia y de vida. Sí; yo espero que su alma santísima santificará mi alma; que su es-

píritu iluminará mi espíritu y que su voluntad, ardiendo de amor por mí, calentará la mía. ¿Qué no debo esperar de la bondad y del amor de mi Dios, sabiendo lo que es y por qué viene á mi alma?

¿Y quién es Aquel que viene y que debo recibir? Es Nuestro Señor Jesucristo, Dios y hombre verdadero, nuestro Padre y nuestro hermano; el esposo, el protector, el consolador, el mejor amigo de nuestras almas. ¿Y por qué viene Dios á nosotros? Viene para dar al hombre que lo recibe con amor, la abundancia de los méritos infinitos de su vida y de su muerte; para enriquecerlo con sus tesoros, para santificar su cuerpo y su alma, para hacerle vivir una vida divina é imprimirle un gérmen eficaz de la eterna bienaventuranza que un día debe poseer. Salvador y Dios mío que sufrís que os reciba en el sacramento de vuestro amor, haced en mí, por un efecto de vuestra misericordia, lo que venís á hacer por mí. Salvador mío, no podeis haber bajado del cielo á esta tierra de miserias, no podeis haber trastornado la naturaleza y operado tantas maravillas para que todo eso quede sin efecto; no querreis

perder el fruto de vuestro viaje. ¡Alma, pongamos, pues, toda nuestra esperanza en el Corazón de Jesús que no nos faltará nunca!

ACTO DE HUMILDAD.

Quién soy, Dios mío y de dónde me viene esa dicha de que vos os digneis habitar en mi alma pecadora? Adorable Redentor mío, ¡cuán indigno soy de recibiros á causa de mis infinitos pecados, que me alejan de vos mil veces más que la bajeza de mi naturaleza; á causa de mi poca contrición, de mi poco amor; á causa de mi negligencia y de mi tibieza! Pero siento que vuestra misericordia es superior á mi miseria; sé que si mi alma es morada indigna para vos, vos sois tan bueno que no desdeñais habitarla, y sois todopoderoso para embellecerla. Venid, pues, oh divino Salvador de mi alma, y borrad en ella por el exceso de vuestra bondad todas sus indignidades y miserias.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor, infinitamente bueno y amable! me acerco con temor a vuestro banquete celestial; no puede ocultárseme la

multitud de mis pecados y esto me llena de miedo y de terror. ¿Cómo es posible que habiéndoos sido tan infiel, ose pediros que descendais hasta mí? Sé bien que soy indigno de elio, pero cual otro pródigo me vuelvo á vos y os pido gracia. Señor y Redentor mío, tened piedad de mí, y por los méritos de vuestra preciosa sangre, perdonadme todas mis infidelidades pasadas. Todos mis pecados, todas mis negligencias, todas mis ingratitudes, que son infinitas, las pongo en vuestras sagradas llagas para que en ellas y por ellas sean lavadas y destruidas para siempre.

¡Oh dulce Salvador mío! he consumido mis bienes, pero no he consumido vuestra misericordia; os he ofendido mucho, pero no quiero más abogado que vuestra bondad para defenderme en vuestro propio corazón. Dejadlo enternecerse por mis faltas; dadme el ósculo de paz y concededme la gracia de volver á vuestro servicio. Mirad mi alma, que vos habeis creado, Señor, y no los pecados que en ella han borrado vuestra imagen. Por más desfigurada que esté, aún lleva el sello de vuestro amor; no permitais que perezca

esta obra de vuestras manos y cualquiera que sea su estado, ¡oh Jesús! entrad en mi alma para calmar en ella la turbación que la abruma, para dulcificar mis pasiones, iluminar mi inteligencia, y curar mis heridas, y para que seais, en fin, todo mío y yo todo vuestro.

ACTO DE DESEO

Dios mío, venid á mi alma y santificadla; Dios mío, tomad posesión de mi corazón y purificadlo: Dios mío, entrad en mi cuerpo y guardadle tan bien que nada pueda separarme de vos.

Oh pan de vida! unios á mí con toda la fuerza y plenitud de vuestro amor. ¡Oh manjar celestial que encerrais las delicias del cuerpo y de la sangre de mi Salvador Jesucristo, que yo os saborée para después encontrar insípidas y amargas todas las delicias de los sentidos y todos los placeres de la vida. Haced que los deseos de mi corazón y los afectos de mi voluntad sean siempre para vos y no aspiren á otras delicias más que á las de vuestro amor.

¿Cuándo sucederá, alma mía, que,

cual ciervo sediento, extingas tu sed en los puros y sagrados manantiales de tu Salvador? ¿Cuándo iré á él? ¿Cuándo estaré en su presencia? No os buscaré ya en casa del fariseo, ni alrededor del sepulcro con Magdalena, sino en vuestra propia casa, ¡Dios mío! sobre ese altar y en vuestro tabernáculo. Bien sé que de ello soy indigno, Señor, pero cual otro pródigo, vuelvo á vos, os pido misericordia y la gracia de entrar en vustro servicio.

¡Dios mío! yo digo de todo corazón, dándome golpes de pecho y con el más vivo sentimiento que me es posible: *Domine, non sum dignus*; Señor, no soy digno de que entreis en mí, pero decid tan solo una palabra y mi alma se verá curada.—*San Francisco de Sales.*

ORACIÓN PARA ANTES DE LA COMUNIÓN.

Omnipotente Dios, y Señor mío, corre mi corazón á recibir con suma ansia y reverencia el Sacramento de tu Hijo, y Señor mío Jesucristo. Voy, Dios mío, como el ciervo á la fuente de las aguas, el ciego á buscar la luz, el

pobre á buscar el socorro, el necesitado de todo, al todo rico, todo liberal y todo misericordioso.

Suplico, pues, Dios mío, á esa liberalidad y largueza sobre toda largueza y liberalidad, que cures mis enfermedades, sanes mis heridas, laves mis manchas, alumbres mis tinieblas, socorras mis necesidades, vistas mi desnudez, y gobiernes mis potencias, sentidos y facultades.

Concédeme, Señor, que dignamente reciba este pan de Angeles, Rey de Reyes, Señor de los Señores, Creador de todo lo creado, gozo, consuelo y remedio de todos las creaturas.

Recíbola, Señor, con tanta reverencia y humildad, con tan grande contrición, con tan pura intención y tierna devoción, con tan constante fé, cierta esperanza, ardiente caridad, y con tan profunda humildad, que mi alma sea sana y salva.

Concédeme, Señor, te suplico, no solo que reciba el Sacramento, sino al Señor, mérito, gracia y virtud del Sacramento.

Oh, misericordioso Dios, concédeme el Cuerpo, Alma, Divinidad y Humanidad de tu Hijo Jesucristo, Señor mío.

Dadme en él, con él, y por él los tesoros de la gracia y las prendas de la gloria.

Concédeme á Aquel mismo que nació y salió del tálamo virginal de su Madre Beatísima María. Concédeme que con él eternamente me una, me estreche, me enlace, me incorpore, y entre sus espirituales miembros, sea en la gloria contado.

Concédeme con tu Hijo preciosísimo, el don santo de la perseverancia en lo bueno, y una eficaz gracia de apartarme y resistirme á todo lo malo.

Concédeme, que á este mismo Jesús, Señor y bien de mi alma, que ahora he de recibir Sacramentado, lo vea en la gloria manifiesto, alabado, y adorado, por todos los siglos. Amén.— *(Santo Tomás de Aquino.)*

[100 días de indulgencia una vez al día. León XIII. 20 diciembre 1884.]

ORACIÓN Á MARÍA SANTÍSIMA PARA ANTES DE LA COMUNIÓN.

Piadocísima y dulcísima Reina de los Angeles, que trajísteis en vuestro purísimo tálamo á vuestro Hijo Jesús, mi Redentor y Salvador; interesada

sois en que yo lo hospede en mi corazón con el amor, reverencia y humildad, que cabe en una pura creatura. Adornad, Madre dulcísima, mi alma con vuestras virtudes, para que así sea digno trono de tan gran Señor. Yo quisiera arder en su amor como un Serafín, y si me fuera posible, como él se ama á sí mismo; porque la bondad del dulce Jesús es infinitamente amable. Confío, Señora, que pues sois Madre de pecadores, habeis de manifestarlo en esta ocasión, y pedir á vuestro Santísimo Hijo se digne venir á mi alma, y llenarla de su gracia y bendición.—*(P. Granada.)*

INDUSTRIA UTILÍSIMA PARA SUPLIR LA FALTA DE LA PREPARACIÓN.

Una vez dijo el Señor á santa Matilde: Cuando has de recibir la sagrada comunión, desea á gloria de mi nombre tener todo el deseo y todo el amor con que ardió algún tiempo para conmigo el corazón más encendido, y de esta manera te puedes llegar á mí, porque pondré yo los ojos en aquel amor, y lo recibiré, no como tú lo tienes, sino como querrías tenerlo. Otra

vez, estando santa Gertrudis para comulgar, como recibiese mucha pena por no estar preparada, rogó á la gloriosa Virgen María y á todos los Santos que ofreciesen á Dios por ella toda la preparación y merecimientos con que cada uno de ellos se había preparado algún día para recibirlo. Díjole el Señor: Verdaderamente que delante de todos los cortesanos del cielo pareces con aquel aderezo que pediste.

Con los cuales ejemplos se confirma cómo acepta su Majestad el deseo por obra, como también se lo reveló á santa Catalina de Sena, y también cómo debemos llegar á comulgar y suplir la falta de disposición con encendidos deseos imitando á estas dos Santas.—*(P. Nieremberg.)*

Cuando se acerca el momento de comulgar.

Mientras el ayudante dice el *Confiteor* di tú el *Yo pecador* con atención y devoción.

Al decir el Sacerdote con la sagrada Forma en la mano: *Ecce Agnus Dei*, dí interiormente:

Te adoro, Jesús mío Sacramentado,

en tí creo, en tí espero, y te amo sobre todas las cosas.

Después dirás tres veces con el Sacerdote, y con el mayor fervor posible las palabras del Centurión.

Señor mío Jesucristo, no soy digno de que vuestra divina Majestad entre en mi pobre morada; mas por vuestra santísima palabra séanme perdonados los pecados, y mi alma quede sana y salva.

Concluidas estas palabras, haz fervorosos actos de amor y deseo. Al acercarse el Sacerdote con la sagrada Forma, te acomodarás con las dos manos el mantel, (cuando lo hay), debajo de la barba, levantarás la cabeza, abrirás moderadamente la boca, y sacarás la lengua para que pueda cómodamente ser colocada en ella la sagrada Forma; y recibida ésta, dejarás que con la saliva se humedezca, y luego la pasarás.

Retírate á dar gracias con grande fervor. Dios está en tu pecho lleno de majestad y de gloria, cercado de innumerables Angeles que lo adoran reverentes.

Guarda mucha modestia y recogi-

miento, empleando por lo menos un cuarto de hora en estos afectos:

1º *De admiración*, al ver que tan grande Majestad se ha dignado hacer morada en tu pecho.

2º *De petición*, pidiéndole muchos favores, especialmente la gracia de vencer tu pasión dominante.

3º *De ofrecimiento*, ofreciéndole el alma con sus potencias, y el cuerpo con sus sentidos para servirle con ellos.

Aunque los mejores afectos son los que brotan naturalmente del corazón que ama de veras á Jesús Sacramentado, con todo, pondremos á continuación varias oraciones muy devotas, para que ayuden al alma á dar gracias al Señor por el señaladísimo beneficio que le acaba de hacer en la Comunión.

DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

¡Oh inefable don! ¡oh dicha, que ni aun los ángeles mismos se tienen por dignos de poseer! ¡Al mismo Dios tengo en mi corazón; él está conmigo y yo con él: su corazón y el mío no hacen sino un solo corazón.—¡Oh Jesús, amado de mi alma! me habéis dado vuestro sagrado Corazón en la comunión, y yo debería por tanto deshacerme en alabanzas y acciones de gracias á vuestra divina bondad. ¡Oh

Dios del cielo! vuestro amor os ha movido á descender de lo alto y venir á morar en mí, que soy polvo y ceniza, levantándome hasta Vos. Estamos pues unidos: Vos, que sois mi Creador, mi Salvador; y yo, vil creatura, pobre pecador. ¿Con qué os pagaré beneficio tan superior á todo agradecimiento? ¿Queréis mi corazón? ¡Ah! ¡cuán dulce me es ofrecéroslo, oh Jesús, ventura mía! Vedlo aquí: heridlo con las flechas de vuestro amor; encended en él un fuego celestial que lo devore y consuma. Dilatadlo de suerte que pueda recibir las vivas impresiones de vuestra caridad, y que os pague amor con amor.

Aquél que hace las delicias del cielo es todo mío, pues que me ha dado su carne, su sangre, su alma, su divinidad: ¿qué haré yo para probarle que soy todo suyo? ¡Ah, Salvador mío! por vuestra divina gracia yo puedo amaros, y os amo con todo mi corazón. ¡Ojalá me fuera comunicado el fuego de todas las almas santas, La vida que me anima, el aire que respiro! la sangre que corre por mis venas, todo me viene de Vos; Vos habéis llenado de bienes todo mi ser: ¿qué mucho pues que yo sea y me tenga por vuestro?

¡Lejos ya de mí, que soy templo de mi Dios, lejos de mí las aficiones humanas! Yo tengo que ser de aquél que es todo para mí. No, yo no soy ya mío, sino de Dios. Memoria, entendimiento, volun-

tad, alma, cuerpo, corazón, todo es suyo; yo no tengo ya derecho alguno sino en su corazón. Nada ha de haber en mí que no le pertenezca. ¡Feliz transformación! Haced, amado Jesús mío, que sea yo dócil á vuestra voz, que siga vuestros consejos, que imite vuestras virtudes, que me conduzca según vuestras máximas, y viva de vuestra vida para que pueda decir con el apostol: «Ya no vivo yo, sino Cristo es quien en mí vive.»

¡Oh sagrado Corazón de Jesús! desde este destierro, en que ahora gimo, os invoco y llamo para que calméis mi dolor. Corazón misericordioso de mi Salvador, no me neguéis vuestro socorro; destruid en mí el reinado de la culpa, y estableced en lugar suyo el de la virtud, para que se grabe en mi alma vuestra imagen, y después de partir de este mundo se vea en la compañía de vuestros escogidos.

Corazón adorable de mi Jesús, océano de amor y gracia, tomad posesión de mi alma, pues yo os consagro mi corazón. Recibidlo y encerradlo en el vuestro. Aun me atrevo á deciros más: tomad mi corazón y dadme el vuestro para que os ame yo con vuestro corazón, ó al menos para que mi corazón os ame con todo el amor que vos pretendéis de mí: con amor encendido, agradecido, generoso y constante.

Fuera cruel martirio para mí vivir sin amar al Corazón de mi Jesús. ¡Oh! ¡an-

tes padecer todos los tormentos que verme privado ni un solo instante del amor del Corazón de Jesús! Publique mi lengua los beneficios del Corazón de Jesús: estén de contínuo fijos mis ojos en el Corazón de Jesús; medite siempre mi espíritu las perfecciones del Corazón de Jesús; esté mi alma sedienta del amor al Corazón de Jesús; devórela esta sed; conserve mi memoria eternamente el recuerdo de las misericordias del Corazón de Jesús: en una palabra, todo cuanto hay en mí, exprese mi amor al Corazón de Jesús, y mi corazón esté dispuesto á todos los sacrificios por el Corazón de Jesús.

Bien sabéis, Jesús mío, que mi deseo es de amaros y padecer por Vos, porque mi corazón está patente á vuestros ojos. Sea yo todo vuestro, como Vos sois todo mío. Yo quiero que todo cuanto hay en mí, os honre sin cesar; pero como las ocupaciones de esta miserable vida mía no lo consienten, es mi intención en cada latido de mi corazón deciros que mi corazón es vuestro, ofreceros todas sus palpitaciones como otros tantos actos de amor y reconocimiento por todas las gracias y mercedes que me habéis hecho ó me hiciereis. Yo quiero que todas mis palabras y movimientos de mis labios sean otros tantos actos de contrición de los pecados que he cometido: quiero que todos mis pasos sean para llegarme más y más á Vos: quiero

DE EL SALVADOR

testificaros con todas mis obras el deseo que tengo de estar unido con Vos y no separarme nunca jamás de vos. Cuantas veces levante, oh Dios mío, mi corazón á Vos, quiero ofreceros á vuestro amado Hijo: os lo ofrezco como mi Redentor: acordaos de que se encargó de pagar por mí lo que yo debo á la divina Justicia. El me ha dado su Cuerpo y su Sangre en comida; en sus llagas sacrosantas ha querido ponerme á cubierto de vuestra ira tremenda; me ha dado su Corazón adorable para que con él supla á todo lo que me falte para hallar gracia en vuestros divinos ojos.

Deseo ¡oh amante Corazón de Jesús! renovar los actos de desagravio y consagración que os he hecho hasta hoy, y darme tan perfectamente á Vos, que todo cuanto hay en mí os pertenezca irrevocablemente; y quisiera introducirme tan íntimamente en Vos, que no fuera ya sino un mismo ser con Vos; al modo de una gota que se pierde en el océano, así quisiera yo que mi alma se anegase de tal modo en Vos, que fuera imposible separarla de Vos. Alábeos yo con vuestras propias alabanzas; adóreos yo con vuestras propias adora-

ciones, y ámeos, en fin, con el ardor de vuestra infinita caridad.

AFECTOS DEL CORAZÓN AGRADECIDO PARA DESPUÉS DE HABER COMULGADO

Altísimo Rey de todo lo visible é invisible, á cuya soberana Majestad respetan humildes los Angeles, obedecen rendidos los Arcángeles, y rinden obsequioso vasallaje los Serafines: pasmado estoy y como fuera de mí al considerar vuestra imponderable dignación para con esta vilísima creatura, antes esclava de sus apetitos y rea de lesa Majestad. ¡Vos en mi pecho, que sólo ha usado con Vos de ingratitud! ¡Vos en mi corazón hediondo y abominable por su desordenado afecto á las creaturas! ¿Vos en mi alma denegrida con tantas y tan horrendas culpas! ¿Quién sois Vos, y quién soy yo? Vos sois el Dios de la Majestad, y yo el más vil gusanillo de la tierra. ¿Pues de dónde á mí tanta dicha que el mismo Rey de la gloria quiera honrar mi pecho con su presencia?

Alábante, Señor, por la dignación que usáis con esta indigna creatura, y entonen himnos de perpetuas alabanzas á vuestra bondad los justos de la tierra,

los bienaventurados del cielo, los Angeles, y sobre todo aquella Virgen Madre, en cuya belleza os complacéis más que en la de cualquiera creatura. Flaco soy, pero Jesús es la misma fortaleza; mendigo soy, pero Jesús es la misma riqueza de los cielos; enfermo soy, pero Jesús es médico que lleva la salud á cuantos la desean; tibio soy, pero Jesús es fuego que vino á encender con su llama toda la redondez de la tierra.

Concededme, pues, Redentor mío muy querido, las gracias y dones que me faltan para agradaros; fe firme, esperanza constante, caridad ardiente, humildad profunda, obediencia rendida, pureza angélica y sed insaciable de tribulaciones: porque si la prenda más segura del amor es padecer por el amado, quiero que entiendan los cielos y la tierra, los Angeles y los hombres, que os amo, que padezco gustoso las penalidades de mi cuerpo y las angustias de mi espíritu. Con igual amor pelearé contra mi pasión dominante, y derramaré la sangre de mis venas por no perder vuestra amistad, como me asista vuestra divina gracia. Amén.—P. HERNÁNDEZ.

AFECTOS Y PETICIONES Á JESÚS SACRAMENTADO, PARA DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dulcísimo huésped de mi alma, que habéis querido recrearla con vuestro preciosísimo Cuerpo y Sangre, tomad posesión de todos mis afectos é inclinaciones. ¡Quién os tuviera, Padre mío, prevenido un hospedaje todo agradable á vuestros ojos! Consumid con el fuego de vuestro amor los defectos de mi alma, para que sea digno templo de vuestra bondad.

No se cómo me atrevo, Redentor mío, á estar en vuestra presencia después de haberos ofendido; pero me arrojo á vuestros pies, como la Magdalena, con la confianza de que vinísteis á salvar á los pecadores, y que habéis prometido oírlos siempre que clamen á vuestra piedad.

Esta es la ocasión, Dios mío, de pediros mercedes, pues os habéis dignado de convidarme á vuestra Mesa. Concededme, benignísimo Jesús, que yo esté siempre en vuestra gracia; que no viva más que para serviros, y que os alabe perpetuamente en la Gloria.

A Vos, dulcísimo amor mío, recurro

á que me cumpláis la infalible promesa, de que pida y recibiré, y que cuanto pidiere al Eterno Padre en vuestro santo nombre, me será concedido. ¡Yo os pido, Señor, y al Eterno Padre en vuestro nombre, me deis que dirija todas mis palabras, acciones y pensamientos á vuestro honor y gloria; y que no haya en mí otro cuidado que éste, ni otro amor que el de vuestra Cruz, ni otro consuelo que el de vuestra palabra.

Bien de mi alma, que venís á mí para llenarme de beneficios, apartad de mí mis culpas y sus aficiones, que es lo que me impide recibir este infinito manantial de misericordias. Dadme fe viva, esperanza firme, caridad ardiente, humildad profunda, mansedumbre dulce y paz del Espíritu Santo. Concededme aquellos bienes temporales, con que viviendo honestamente en el estado que fuísteis servido darme, me emplee en serviros y alabaros; y si no los he de usar conforme á vuestro santo servicio, apartadlos de mí, que yo los detesto como el veneno de mi alma.

Misericordiosísimo Redentor mío, yo os confieso que estoy poseído de todos

los vicios, y señaladamente de estos: (Aquí hará memoria de aquellos en que cae con más frecuencia.) Arrancad, Señor, estas raíces, y plantad las hermosas plantas de las virtudes, para que mi alma produzca flores de suave olor.

Vos, Señor, me mandáis que os pida por todos, que si no, no me atreviera á ser intercesor, pues tan justamente os han enojado mis culpas; pero ahora, por daros gusto y obedeceros, os suplico nos concedáis la exaltación de la fe, y extirpación de las herejías. Sean todas las creaturas de vuestro rebaño, y reconozcan por Pastor y Cabeza á vuestro Vicario el Sumo Pontífice.

Dadnos paz y concordia entre los Príncipes cristianos, bueno, justo, y acertado gobierno en las naciones que reconocen vuestro Santo Nombre.

Acordaos, Señor, de mis padres, parientes y bienhechores, y señaladamente de (aquí podrá hacer memoria de los que tiene mayor obligación) y de las almas vuestras esposas, que están detenidas en el fuego del Purgatorio, hasta ceñir la purísima corona de la gloria, en especial las almas de (también hará memoria de aquellos á quien es más obligado.)—(P. GRANADA.)

ORACIÓN Á NUESTRA SEÑORA PARA DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Oh Virgen María, dignísima Madre de Jesucristo, serenísima Reina del cielo y tierra, que merecíste traer en tu sacratísimo seno al mismo Creador de las creaturas, cuyo venerabilísimo Cuerpo yo he recibido. Ten, Señora, por bien de intervenir por mí, para que cualquiera cosa que contra este Sacramento he hecho por ignorancia ó negligencia, ó por otra cualquier manera, me la perdone por tus ruegos Jesucristo tu Hijo, el cual con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.—(PADRE GRANADA.)

ORACIÓN DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, y toda mi voluntad, todo mi haber y poseer. Vos me lo dísteis, á Vos, Señor, lo torno: todo es vuestro: disponed á toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta.

Trescientos días de indulgencia cada vez que se rece con devoción.—León XIII.

ORACIÓN ANTE UNA IMAGEN DE JESÚS CRUCIFICADO



Miradme, oh mi amado y buen Jesús, postrado en vuestra santísima presencia: os ruego con el mayor fervor imprimás en mi corazón los sentimientos de fe, esperanza, caridad, dolor de mis pecados y propósito de jamás ofenderos, mientras que yo, con todo el amor y con toda la compasión de que soy capaz, voy considerando vuestras cinco llagas, comenzando por aquello que dijo de Vos, oh Dios mío, el santo profeta David: *Han taladrado mis manos y mis pies, y se pueden contar todos mis huesos.*

Indulgencia plenaria rezándola delante de un Crucifijo, después de comulgar, y añadiendo alguna breve oración, v. gr.,

un Padre nuestro por la intención del Sumo Pontífice. (Pío IX.)

Ahora para ganar las indulgencias que puedan ganarse en el día de hoy, rezarás la estación al Smo. Sacramento, rogando por el Papa, por la exaltación de la Fe católica, paz entre los pueblos y príncipes cristianos, extirpación de las herejías, conversión de los pecadores, propagación de la Fe, y demás fines de nuestra Santa Madre la Iglesia.

Mientras está Jesucristo realmente presente en el pecho del que comulga, es el tiempo más á propósito para pedirle mercedes.

Después de haberte ocupado santamente en alguna piadosa consideración, te retirarás con toda modestia, sin olvidar en todo el día el gran favor que has recibido. Pero no sólo en este día has de procurar vivir virtuosamente, y no cometer pecado alguno mortal, sino toda la vida.

DE EL SALVADOR

DE LA COMUNIÓN FRECUENTE

I

Es de grande trascendencia el enseñar á los cristianos el uso que deben hacer del divino y saludable alimento de la comunión y el mostrarles dos escollos que se deben evitar igualmente en este acto solemne: el de comulgar con demasiada frecuencia y con demasiada facilidad, y el de comulgar demasiado poco y con demasiada dificultad. La virtud consiste en un justo medio y aborrece los extremos.

1o—*Uso de la comunión, algunas veces demasiado frecuente*

Considerado este acto solemne en sí mismo, nunca puede ser demasiado frecuente, porque, según la doctrina expresa del Concilio de Trento, sería de desear que todos los fieles que asisten al sacrificio estuviesen en estado de participar de él cada día con la comunión. Pero las disposiciones que pide la comunión y que no llevamos á ella; los frutos que debe operar en nosotros y que no produce; he aquí lo que

se debe tener en cuenta para juzgar si algunos se acercan á ella con demasiada facilidad y demasiado frecuentemente.

Consideremos el primer punto. Ya lo he dicho y es cierto: el carácter distintivo del error es de llevarlo todo al exceso, bien sea del lado de la indiferencia, bien sea de la severidad. Cuando por un rigor desmedido, se ha creído no deber admitir á la comunión frecuente más que á las almas elevadas al grado más eminente de la perfección cristiana se ha desanimado á un gran número de fieles, los cuales desesperanzados de alcanzar ese punto de santidad, se han retirado del sacramento de Jesucristo y han dicho como los Israelitas de la tierra prometida: *¿Cómo es posible llegar allí?*—Aun hay más; se ha mantenido á las almas en sus terrores quiméricos y este alejamiento de la comunión que debían temer como un mal muy pernicioso y un desorden grandísimo se les ha representado como una virtud. He aquí lo que yo he deplorado tantas veces y sobre lo cual no cesaré de explicarme en tanto plazca al Señor el confiarme el ministerio de la divina palabra.

Sin embargo, no debo olvidar la dignidad del sacramento, ni la reverencia que le es debida y por lo tanto no debo aprobar la comunión frecuente hecha sin la preparación conveniente, es decir, hecha en medio de una disipación habitual y voluntaria, en un movimiento de negocios, de intrigas en las que se toma parte y de las que deberían retirarse; hecha en un estado de tibieza en medio del cual se perdonan muchas cosas calificándolas de bagatelas; en un estado de conciencia ancha y poco escrupulosa; hecha por costumbre, por emulación y, á veces, hasta por ostentación.

Examinemos ahora los frutos que debe dar en nosotros la comunión frecuente y que no dá. *Los conoceréis por sus obras*, decía el Hijo de Dios hablando de los falsos profetas; y aplicando esta regla á nosotros mismos, por ella podremos juzgar del provecho que sacamos de la comunión. Una comunión puede bastar para santificarnos ¿y qué cambio, qué enmienda, qué adelanto han producido en nuestra alma tantas y tantas comuniones? Se comulga á menudo, pero ¿qué saca uno del altar? Las mismas imperfecciones.

los mismos hábitos, el mismo sistema de vida. Se comulga á menudo, pero ¿se está después más lleno de la idea de Dios, más desligado de los intereses ó de los vanos placeres del mundo, más celoso de la propia perfección y menos indiferente para los ejercicios religiosos? Se comulga á menudo, pero ¿se es, por eso, después más discreto en las palabras, más caritativo en los sentimientos y en la conversación, menos delicado sobre las más ligeras ofensas y más fácil en perdonarlas? Se comulga a menudo, pero ¿aprende uno por eso á vencer sus malas inclinaciones, á renunciar á sus deseos, á mortificarse, en fin? ¿corrige uno por eso sus caprichos, su orgullo, su vanidad, sus impaciencias? Paso en silencio otras muchas cosas que podría indicar y doy punto en este conviniendo en que, después de todo, la comunión no nos hace impecables, en que no es siempre esto una razón para abstenerse de ella; en que faltas ligeras que pasan inadvertidas hasta para los más vigilantes; en que los progresos de una alma, á veces insensibles, pueden sin embargo ser reales, y en que, en fin, sobre los frutos que siguen á la comu-

nión, como sobre las disposiciones que la preceden no debemos atenernos tanto á nosotros mismos como al ministro que nos dirige y nos conoce. *Que el hombre se pruebe á sí mismo*, dice San Pablo. Sondeamos nuestro corazón, examinemos sin lisongearnos cuáles son sus miras, sus intenciones, sus afectos; cómo llenamos todos nuestros deberes, pero no nos hagamos jueces de nuestras disposiciones hacia la comunión por temor, bien sea de condenarnos con demasiada escrupulosidad por una severidad excesiva, bien sea por decidir con demasiada ligereza en nuestro favor por una ciega presunción. Recurramos á un confesor ilustrado; no le ocultemos nada de nuestras flaquezas; oigamos sus consejos y sigámoslos con confianza.

2o-*Sobre el uso poco frecuente de la comunión*

La comunión frecuente es útil á los pecadores y á los justos; por consecuencia ni los unos ni los otros deben mantenerse alejados del divino sacramento del altar.

I. La comunión frecuente es útil á los pecadores (hablo de los pecadores penitentes), de aquellos que reconocen su pecado y han vuelto á Dios. Estos son muer-

tos resucitados porque muertos estaban según Dios, y la penitencia les ha devuelto la vida, pero aunque vivos aun se resienten de las mortales heridas que habían recibido y no están tan curados de ellas que no les quede una debilidad extrema; débiles como están tienen enemigos que combatir para no caer de nuevo y muchos esfuerzos aun que hacer para alcanzar la suprema victoria. En ellos mismos tienen pasiones que los dominan, hábitos que los tiranizan, desgraciadas concupiscencias que los atraen. En el mundo tienen que sufrir las burlas, tienen que sobreponerse al respeto humano, y resistir á los malos ejemplos. ¡Ah Señor! ¿qué harán en medio de tantos peligros? ¿á dónde irán? ¿qué será de las resoluciones? y sin una poderosa protección ¿qué podrán prometerse de su perseverancia? Pues bien, esa poderosa protección sois vos mismo, Señor, es vuestro sacramento. Ese sacramento de salud, dice el santo Concilio de Trento, es como un antídoto, el más excelente, con el cual podemos ser, á la vez, purificados de las faltas diarias y preservados de las graves. Es, pues, para el penitente, un preservativo eficaz contra las recaídas. La gracia unida al sacramento es para aquel una gracia de combate y siguiendo el pensamiento de San Crisóstomo, ella nos hace terribles contra todo el poder del infierno.

Pero se dirá: ¿Es digno de la majestad de este sacramento el que un hombre, una mujer apenas salidos del pecado osen entrar en la sala del festín é ir á sentarse á la mesa santa? ¡Pues que! se quiere que ese pecador permanezca firme en su conversión, que destruya sus costumbres viciosas, que resista a todos los ataques, que páre los golpes que se le asestan, que alcance mil victorias, todo esto con la divina gracia ¡y se le aleja del manantial de todas las gracias! ¡y se le desarma en medio de los más rudos combates! ¡y cuando es más de temer que le falten las fuerzas, se le priva del pan que debe repararlas! Es un pecador, es verdad, pero es un pecador amigo de Dios como penitente; un pecador vuelto á la casa paterna, y admitido en el número de los hijos cual otro hijo pródigo por el cual se mató la ternera más gorda, después de haberle revestido con un vestido nuevo. ¡Dios de misericordia! hablo según vuestros sentimientos y no me desaprobaréis.

II. La comunión frecuente es útil para los justos, ya para sostenerse y no retrogradar, ya para hacer nuevos progresos y adelantar siempre.

Es útil para sostenerse y no retrogradar cayendo en un estado de tibieza, condición desgraciada del hombre sujeto por su naturaleza corrompida á tantas vicisitudes.—El alma más ferviente hoy, senti-

rá mañana entibiarse su fervor. Después de haber formado hoy los mejores proyectos y haberse determinado á todo, se encuentra el día siguiente vacilante, indecisa; los menores obstáculos la conmueven y poco á poco empieza á caer si no tiene algo que renueve su celo. Ahora bien: lo que más debe contribuir á esta renovación interior, es, sin disputa, la comunión frecuente. Por poco fondo que se tenga de temor y de amor á Dios, es difícil, por no decir moralmente imposible, cuando uno se acerca con regularidad á la santa mesa de Jesucristo donde todo inspira el recogimiento y la devoción, es difícil, digo, el no sentirse iluminado, conmovido con ciertos sentimientos que llegan al alma, que la hacen concentrarse en sí misma, que la hacen ver lo que ha perdido ó lo que puede perder; que le descubren los lazos en que puede caer; que le echan en cara sus infidelidades, aunque ligeras, que bastan para llevarla insensiblemente á la tibieza; que la despiertan, la animan, y redoblan su actividad y su vigilancia. Una sola comunión quizá no opera todo esto, pero la que le sigue concluye la obra que la anterior ha empezado; mientras que cuando se descuida la comunión, pronto se embota el gusto de las cosas de Dios y la piedad se apaga insensiblemente.

La comunión frecuente, en fin, es útil para los justos para hacer nuevos progre-

sos, elevándose cada vez más hasta que llegan al grado de perfección al que Dios los llama. Desengañáos, almas fieles, y no creáis que habéis llegado al término. Yo puedo deciros como el ángel al profeta Elías: *Aun te queda mucho camino que andar.* A fin, sin embargo, de no cansaros en el camino, *tomad y comed.* El pan que os ofrezco es el pan de los fuertes. Elías obedece al ángel y come; descansa su fatiga y no cesa de andar hasta que llega á la montaña de Horeb. Podamos nosotros, provistos del divino alimento que se nos ofrece, adelantar en los senderos de la justicia cristiana y llegar hasta la cima de la montaña del Señor. —(BOURDALOUE.)

II

Veo muchos fieles que participan del cuerpo de Jesucristo de un modo indiscreto y temerario; más bien por costumbre y por obedecer á una formalidad que por reflexión y con los sentimientos de que deberían estar penetrados. Comulgaré, dice un cristiano cuando llegue la cuaresma, y cuando llegue la Epifanía; y ese hombre comulga sea cual sea el estado en que se halle. No son, sin embargo, ni la cuaresma ni la Epifanía las que hacen á los fieles dignos de acercarse á este augusto sacramento, sino la rectitud de in-

tención unida á la pureza de conciencia. Con esta pureza, acercaos siempre á Jesucristo; sin ella, jamás.

Consideráis como la mayor marca de respeto y como el mayor honor hecho al sacramento el no sentaros á menudo á la mesa celeste: ¿ignoráis, pues, que os exponéis al suplicio eterno comulgando indignamente aunque no lo hagáis más que una vez en toda vuestra vida, y que, por el contrario, alcanzáis vuestra salvación comulgando dignamente aunque vuestras comuniones sean frecuentes?

La temeridad no consiste en acercarse demasiado amenudo á la mesa del Señor sino en acercarse sin preparación. ¿Por qué, pues, medir la comunión por la ley del tiempo? La pureza de conciencia es la que indica ese tiempo.—(S. JUAN CRISÓSTOMO.

III

No vacilo en asegurar que el más largo tiempo que debe trascurrir entre las comuniones, debe ser el de un mes para aquellos que quieren servir á Dios devotamente. San Agustín exhorta y aconseja mucho para que se comulgue todos los domingos. Hacedlo, pues, en cuanto os sea posible. Para comulgar todos los domingos se requiere no tener sobre la conciencia ningún pecado mortal ni afición

alguna al pecado venial y un gran deseo de comulgar.

Si las gentes mundanas os preguntan: ¿Por qué comulgáis tan á menudo? respondedles que es para aprender á amar á Dios, para purificaros de vuestras imperfecciones, para libraros de vuestras miserias, para consolaros en vuestras aflicciones y para sosteneros contra vuestras flaquezas. Decidles que hay dos suertes de personas que deben comulgar con frecuencia: las perfectas, porque estando bien preparadas, harían muy mal en no acercarse al manantial de toda perfección; y las imperfectas á fin de poder aspirar á la perfección; las fuertes para no volverse débiles, y las débiles para fortalecerse; las enfermas para ser curadas, y las sanas para no enfermar; las que no tienen muchos negocios, porque están desocupados, y las que los tienen para el acierto. Decidles, en fin, que recibís tan á menudo el Santísimo Sacramento para aprender á recibirlo bien, porque no puede hacerse bien una cosa en que no nos ejercitamos con frecuencia.—(S. Francisco de Sales.)

Otro método muy devoto para prepararse para la sagrada comunión.

AFECTOS DEL ALMA PARA ANTES DE LA COMUNIÓN

¿Quién eres tú, Señor mío, y quién soy yo para que me atreva á llegar á tí? ¿Qué cosa es el hombre para que pueda recibir en sí á Dios, su Hacedor? ¿Qué es el hombre sino un vaso de corrupción, heredero del infierno, obrador de pecados, menospreciador de Dios, inhábil para todo lo bueno y poderoso para todo lo malo? ¿Qué es sino una creatura en todo miserable, en sus consejos ciego, en sus obras vano, en sus deseos sucio, en sus apetitos desvariado y, finalmente, en todas las cosas pequeño y en sólo su estima grande?

¿Pues cómo una tan vil creatura se atreverá á llegar á un Dios de tan grande é inefable Majestad? Las estrellas no están limpias delante de tu acatamiento; las columnas del cielo tiemblan delante de tí; los más encumbrados serafines encogen sus alas y se tienen por unos viles gusanillos en tu presencia; pues, ¿cómo no temblaré yo de acercarme á tí? San Juan Bautista santificado en el vientre de su madre no se halló digno de tocar tu cabeza ni aun de desatar la correa de tu calzado; ¿y me atreveré yo á recibirte y

hospedarte en mi pecho? El príncipe de los Apóstoles san Pedro dió voces y dijo: «Apártate de mí, Señor, que soy hombre pecador»; ¿y osaré yo hacerte una cosa conmigo, tan cargado de pecados?

Porque es demasiada verdad, oh Dios y Señor mío, que hubo un tiempo (y plegue á tu misericordia no lo sea también ahora) cuando la cosa más olvidada y menos amada por mí eras tú, Hermosura infinita; cuando el polvo de las creaturas tenía yo en más que el tesoro de tu gracia y la esperanza de tu gloria; cuando no tenía más ley de mi vida que mis desenfrenados apetitos, ni hacía más cuenta de tu santa Ley que si nunca la hubiera conocido ó me propusiera de intento despreciarla.

Yo soy aquel necio que dijo en su corazón: no hay Dios, porque de tal manera viví como si no creyera que lo había. Nunca por tu amor trabajé; nunca por tu justicia temí; nunca por tus leyes me aparté de lo malo; nunca por saber que tú estabas en todo lugar dejé de pecar delante de tí. Concedí á mis ojos todo cuanto desearon y no fuí á la mano á mi corazón para estorbarle ninguno de sus deleites. ¿Qué género de maldad hay por donde no haya pasado mi malicia? ¿Qué otra cosa fué mi vida sino una perpetua guerra contra tí? ¿Cuántas veces por la golosina de un deleite, ó de un poco de dinero, como otro Judas, te vendí?

¿Y cuántas veces también te he dado beso de paz, con el mismo Judas, cuando después de haberte recibido sacramentalmente te he vuelto á ofender y dado de nuevo suelta á mis deseos y apetitos desordenados?

Pues, conociéndome tal, ¿cómo me atreveré á recibirte en tan vil y sucia morada? ¿Cómo depositaré tu Sagrado Cuerpo en la que ha sido cama de dragones y nido de serpientes? ¿Cómo estarás tú, Pureza virginal y fuente de hermosura, en lugar tan abominable? ¿Qué tiene que ver la luz con las tinieblas, y la compañía de Dios con la del demonio? Oh amador de las almas limpias, que te apacientas entre lirios mientras dura el día y se inclinan las sombras de la noche, ¿qué pasto podrás hallar en mi corazón donde no nacen flores sino cardos y espinas?

Tu sagrado cuerpo, después de bajado de la cruz, fué envuelto en una sábana limpia y sepultado en un sepulcro nuevo donde nadie había sido sepultado. ¿Pues qué parte hay en mí que sea limpia y donde te pueda yo menos indignamente depositar? ¿Qué ha sido mi boca sino sepultura abierta por donde ha salido el hedor y corrupción de mis pecados? ¿Qué es mi corazón sino fuente de malos deseos? ¿Qué mi voluntad sino cama y casa de tus enemigos? ¿Pues cómo me

atreveré á tocarte con estos labios sucios y á recibirte y darte con ellos paz?

¡Oh Redentor y Señor mío! lleno estoy de confusión al verme tal; avergüénzome de parecer en tu presencia; y quisiera apartarme y alejarme de tí.

Pero si por una parte veo mi indignidad, por otra conozco tu misericordia y la necesidad que tengo de acercarme y llegarme á tí; y esto es lo que me da atrevimiento, tal cual estoy, á participar de la gracia de tus sacramentos.

No desechas, ni desechaste nunca, Señor, á los pecadores, sino que los llamas y los traes á tí. Tú eres el que dijiste: "Venid á mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os daré refrigerio." Tu dijiste: "No tienen necesidad los sanos del médico, sino los enfermos"; y: "No vine á buscar á los justos, sino á los pecadores." De tí públicamente se decía que recibías á los pecadores y comías con ellos. No has mudado, Señor, la condición que tenías; por esto creo que ahora desde el cielo y desde ese Santísimo Sacramento de la Eucaristía, donde real y verdaderamente estás, llamas á los pobres pecadores y los convidas á que descarguen en tí el peso de sus pecados y en tí recobren la salud perdida, y vuelvan á la paz y amistad con Dios. Pues movido yo por este piadoso llamamiento vengo á tí cargado de pecados para que me descar-

gues de ellos: vengo, como enfermo al médico, para que me sanes; vengo, como pecador al justo, para que me justifiques.

Leo en tus Evangelios que todos los enfermos y miserables se llegaban á tocarte porque de tí salía virtud que sanaba á todos. A tí se llegaban los leprosos, y tú extendías tu bendita mano y los limpiabas. A tí venían los ciegos; á tí los sordos; á tí los paralíticos; á tí los endemoniados; á tí, finalmente, acudían todos los monstruos del mundo y á ninguno de ellos te negabas. Y lo que entonces eras y lo que entonces hacías, esto mismo eres y puedes hacer ahora. En tí solo está la salud, en tí la vida, en tí el remedio de todos los males. Tan piadoso eres para querer dar la salud cuan poderoso para darla. Pues ¿adónde iremos los necesitados sino á tí? ¿A quién acudiremos los que gemimos bajo el peso de nuestros pecados sino al que nos los puede perdonar? ¿A quién pediremos gracia y esfuerzo para llevar adelante la carga de la vida sino al que es fuente de gracia y aliento y esfuerzo soberano de las almas?

Este divino Sacramento no sólo es manjar de sanos, sino medicina de enfermos; no sólo es fortaleza de vivos, sino resurrección de muertos; no sólo enamora y deleita á los justos, sino también sana y purifica á los pecadores. Cada uno se llegue según pudiere y tome de ahí la parte

que le pertenezca. Llégueuse los justos á comer y gozar en esta mesa, y suene la voz de su confesión y alabanza en este convite; yo me llegaré como pecador y como enfermo á recibir este cáliz de salud. Enfermo, aquí me curarán; débil, aquí me esforzarán; muerto, aquí me resucitarán. No desmayaré por verme ciego, porque Vos, Señor, alumbráis á los ciegos; no por verme caído, porque levantáis á los caídos; no por verme lleno de pecados, porque sois fuente de misericordia y hacéis gala de recibir, amparar y halagar á los pobres pecadores.

Las tinieblas desde su nacimiento sirvieron para que resplandeciese más la gloria de Dios. Sirva, Señor, la bajeza é indignidad de mi condición para mostrar en mí la grandeza de vuestra Majestad, y sean la muchedumbre y la enormidad de mis pecados motivo para que resplandezca en mi remedio la inmensidad de vuestra misericordia. (*P. Granada.*)

MEDITACION MUY DEVOTA PARA DAR GRACIAS A NUESTRO SEÑOR POR EL BENEFICIO DE HABER RECIBIDO LA SAGRADA COMUNION.

Si todas cuantas creaturas hay en el cielo y en la tierra se hiciesen lenguas, y todas ellas me ayudasen á darte, Señor, gracias por el beneficio que hoy me has hecho, es cierto que no te las

podría dignamente dar. Oh Dios mío y Salvador mío, ¿cómo te alabaré yo porque me has querido en este día visitar, consolar y honrar con tu presencia? ¿Qué haré yo, vilísimo gusano, viendo que se me ha entrado hoy, por las puertas una hostia consagrada en la cual está el mismo Cristo, Dios y Hombre verdadero, con su cuerpo, sangre, alma y Divinidad? ¿De dónde á mí tan grande bien, que el Señor de todo lo creado haya querido venir á mí? ¿á mí, que tantas veces le ofendí? ¿á mí, que tantas veces le cerré las puertas y despedí de mí, por donde merecía nunca más recibir á quien así deseché?

Y si de otra manera alguna me visitaras, todavía fuera ésta una grande misericordia: mas que tú, Señor, hayas querido no sólo visitarme, sino entrar en mí, y morar y trasformarme en tí, y hacerme una cosa contigo por una unión tan inefable, que merece ser comparada, como tú la comparaste, con aquella altísima unión que tú tienes con el Padre. ¿Pues qué será si con todo esto se junta el beneficio que en nosotros obra y significa este divino Sacramento? Porque oigo decir que

el efecto propio para que este Sacramento fué instituido, es mantener y deleitar las almas con espirituales deleites, y hacerlas una cosa contigo; de manera que en los otros Sacramentos y beneficios me das á entender que eres mi Rey, y mi Salvador, mi pastor y mi Médico: mas en éste, donde por una tan alta manera te quisiste juntar con mi ánima y regalarla con tan maravillosos deleites, claramente me das á entender que eres mi esposo y mi Padre, y Padre que tiernamente ama á su hijo, como Jacob amaba á José entre todos sus hermanos. Pues por este efecto conozco la causa; por esta obra juzgo tu corazón: de este tratamiento y regalo que me haces, tomo información para conocer el corazón que para conmigo tienes.

¿Pues qué diré, Dios mío? ¿qué gracias te daré? ¿con qué amor te amaré, si tengo de responder al mismo tono al amor que aquí me muestras? Si tú, siendo el que eres, me amas á mí, vilísimo y miserable gusano, ¿cómo no te amaré yo á tí, esposo altísimo y nobilísimo de mi alma? Amete pues yo, Señor, codíciete yo, cómate yo y bébate yo.

¡Oh dulcedumbre de amor! ¡oh inestimable dulcedumbre! ¡oh divino fuego! ¡oh suave herida! ¡oh amorosa cárcel! ¿por qué no soy yo preso en esa cadena, y herido con esa saeta, y abrasado con ese fuego de tal manera, que ardan y se derritan todas mis entrañas en amor?

¡Oh hombres ciegos y engañados! ¿qué hacéis? ¿en qué andáis? ¿qué buscáis? Si amor buscáis, éste es el más dulce que hay en el mundo. Si deleites buscáis, éstos son los más suaves, más fuertes y más castos que pueden ser. Si riquezas buscáis, aquí está el tesoro del cielo, y el precio del mundo, y el piélago de todos los bienes. Si honra queréis, aquí está Dios, y con El toda la corte del cielo que os viene á visitar. ¿Pues qué mayor honra que tener tal huésped en casa, y toda la corte del cielo, alrededor de ella?

Admitido pues ya yo á esta compañía, asentado á esta mesa, recibido en estos brazos, regalado con tales deleites, obligado con tantos beneficios, y sobre todo preso con tan fuertes lazos de amor, desde aquí, Señor, renuncio todos los amores por este amor. Ya no haya más mundo para mí, ya no más

deleites de mundo, ya no más pompa del siglo; vayan, vayan lejos de mí todos estos falsos y lisonjeros bienes, que sólo éste es el verdadero y Sumo Bien. El que come pan de Angeles no ha de comer manjar de bestias: el que ha recibido á Dios en su morada, no es razón que admita en ella otra creatura.

Pues si á esta dignidad ha llagado mi ánima por medio de este Sacramento; ¿cómo se bajará ya á la vileza del traje viejo de las costumbres pasadas? ¿cómo abrirá la puerta de su corazón á pensamientos de mundo quien dentro de sí recibió al Señor del mundo? ¿cómo dará lugar en su alma á cosa profana, habiendo ya sido consagrada y santificada con la presencia divina? ¿cómo hablará palabras torpes y vanas la lengua por donde Dios pasó?

Oh dulcísimo Salvador mío, ya que quisiste darme á entender en este Sacramento que eras mi Padre (pues así me tratas como á hijo, é hijo tiernamente amado), dame gracia para que pueda yo responder á este beneficio, amándote no sólo con amor fuerte, sino con amor tan tierno, que todas mis entrañas se derritan en tu amor. Da-

me también para contigo espíritu y corazón de hijo, que es espíritu de obediencia, y de reverencia, y de amor, y confianza, para que en todos mis trabajos acuda luego á tí con tanta seguridad y confianza, como acude el hijo fiel á un padre que mucho ama. Haz, en fin, que así te ame yo con amor fiel, con amor casto, con amor entrañable, y con amor tan fuerte, que ninguna cosa me pueda apartar de tí.

Esposo dulcísimo de mi alma, extiende esos dulces y amorosos brazos, y abrázala de tal manera contigo, que ni en vida ni en muerte se pueda apartar de tí Para esta unión ordenaste este Sacramento; porque sabías cuánto mejor estaba la creatura en tí que en sí; pues en tí estaba como en Dios, y en sí estaba como en una flaca creatura. La gota de agua que está por sí, al primer aire se seca; mas echada en la mar, junta con su principio, permanece para siempre. Sácame pues, Señor, de mí, y recíbeme en tí; porque en tí vivo, y en mí muero; en tí permanezco, y en mí desfallezco; en tí soy estable, y en mí paso como pasa la vanidad. No te vayas, pues, ¡oh buen Jesús! no te vayas; quédate, Señor,

con nosotros, porque viene la tarde, y se cierra ya el día.

Y pues me ha cabido tan dichosa suerte, como es tenerte hoy en mi casa, donde tan buena coyuntura tengo para negociar contigo á solas mis negocios, no será razón perderla. No te soltaré, Señor mío, de los brazos; contigo lucharé toda la noche, hasta que me des tu bendición. Múdame, Señor, el hombre viejo, y dame otro nuevo ser, y otra nueva manera de vivir. Desfallezca en mí el amor del mundo, y quede sano y entero tu solo amor, para que desterrados ya y muertos todos los otros amores y deseos, á tí solo ame, á tí solo desee, en tí solo piense, contigo solo more, á tí solo viva, en tí estén todos mis cuidados y pensamientos, á tí acuda con todos mis trabajos, y de tí solo reciba todos los socorros. Y, finalmente, tú, Señor, seas todo mío, y yo sea todo tuyo, que vives y reinas en los siglos de los siglos. Amén. *(P. Granada.)*





SEGUNDA PARTE

Prácticas de devoción al S. Corazón de Jesús.

ORACIONES PARA CUALQUIER DIA

(PUEDEN SERVIR PARA EL DIA FELIZ.)

DE LA DEVOCIÓN

I. La virtud de devoción no es más que una inclinación general, una aptitud del espíritu á hacer lo que se sabe es agradable á Dios. De esta dilatación del alma decía David: *He corrido en la vía de vuestros mandamientos cuando habeis ensanchado mi corazón.* Las gentes buenas

caminan en la vía del Señor, pero los devotos corren en ella, y cuando son muy devotos, vuelan.

La santa devoción es apetecible en todo tiempo y en todo lugar porque en las alegrías y satisfacciones modera nuestro espíritu; contra las adversidades nos sirve de refugio y de descanso, y suceda lo que quiera, por ser esa su voluntad, la cual nos hace bendecir á Dios, que es mejor que todo lo que se puede desear. La devoción hace á la juventud más prudente y amable y á la ancianidad menos fastidiosa; alivia la pena del pobre y reprime los ímpetus del rico; distrae el tedio en la sociedad y da recogimiento en medio del tumulto del mundo; hace igualmente útiles la abundancia y la pobreza, los honores y el desprecio, el placer y el dolor, llenando nuestra alma de una paciencia y de una humildad admirables.

II. No hay más que una devoción que sea verdadera en medio de mil falsas y vanas que cada cual pinta según su pasión ó su fantasía. El que practica el ayuno se considerará devoto con tal que ayune; por más que su corazón esté lleno de rencor, y no atreviéndose á mojar su lengua en el vino, ni aún en el agua, por sobriedad, no tendrá inconveniente en empaparla con la sangre del prójimo con la maledicencia y la calumnia. Otro se juzgará devoto porque reza una multitud de

oraciones todos los días, aunque después de eso prodigue las malas palabras ante sus criados ó vecinos. Otro da fácilmente limosna, pero no enmienda su corazón, perdonando á sus enemigos. Otro perdonará á sus enemigos, pero no cumplirá sus compromisos sino á la fuerza. Así es cómo ciertas gentes se cubren con la capa de la devoción, y el mundo los cree buenos devotos, pero en verdad no son más que estatuas y fantasmas de la devoción.

III. Para ser verdaderamente devoto es menester, ante todo, observar los mandamientos generales de Dios y de la Iglesia y los particulares que se refieren á la vocación de cada cual. Esta es la base de la devoción, pero la virtud de devoción no consiste solo en observar esos diversos mandamientos sino en observarlos con prontitud y con plena voluntad. No basta querer hacer la voluntad de Dios, es además preciso hacerla con alegría, y por lo mismo que la verdadera devoción consiste en la perfección de la caridad, no solo esta nos hace activos y diligentes en la observancia de los mandamientos de Dios, sino que también nos impulsa con igual actividad y diligencia hácia las buenas obras que son solo de consejo ó de inspiración.

IV. No debeis solo amar y practicar la devoción, sino que además debeis hacerla amable, útil y agradable para todos los

que os conozcan y sobre todo para vuestra familia. Honrad vuestra devoción haciendo que todos la encuentren buena. Los pobres y los enfermos la amarán si con ella se ven caritativamente ayudados y socorridos; vuestra familia la amará si con ella os ve más atenta á sus intereses, más dulce en las contrariedades de la vida, más amable en fin; si vuestro marido (si sois mujer, ó vuestra esposa si sois hombre,) ve que á medida que crece vuestra devoción sois más cordial con él y más afectuosa, también la amará y lo mismo harán vuestros parientes y amigos si por ella ven en vos más franqueza, más condescendencia á aquellos deseos suyos que no van contra los de Dios.

En las obras de devoción y de caridad que os aconsejo, así como en la visita de los hospitales y de los enfermos, cuidad que vuestro marido, vuestros parientes y vuestros criados no se ofendan ó sufran por vuestra prolongada estancia en las iglesias descuidando así los quehaceres de la casa; y sobre todo y como sucede á menudo, no os deis en ocuparos de los asuntos ajenos. Impidamos, si se puede, que nuestra devoción se haga fastidiosa y no deis lugar á que de ella se hable en derredor vuestro ó á que se rebelen contra ella. Bien sé que por desgracia tal padre ó tal marido tiene zelos y se incomoda cuando se hace algo sin su permiso. ¿Qué

le hemos de hacer? Es preciso perdonarles esa pequeñez puramente humana. Quieren ser amos, ¿y no tienen razón? Sí, tienen razón en exigir lo que les debeis. Es, preciso mucha condesendencia, sufrir, plegarse todo lo que se pueda sin romper vuestro buen propósito. Esas concesiones son agradables á Nuestro Señor, que quiere que á veces lo dejemos por complacer á los demás por amor de El. Cuanto menos vivamos á nuestro gusto, menor elección tenemos en nuestras acciones, y más bondad hay y más solidez en nuestra devoción.—(*San Francisco de Sales.*)

EJERCICIOS PIADOSOS DEL APOSTOLADO

Observaciones.

1º. El *Apostolado de la Oración* no viene á añadir una congregación más al número de las ya establecidas en la Iglesia, ni á reemplazar ó sustituir á ninguna de ellas, sino á ayudarlas y á proponerles un nuevo motivo de piedad, á convertir en obras de celo y en apostolado, el objeto y fin peculiar de cada una, á establecer entre ellas una santa alianza de oraciones, obras y sacrificios, para promover en grande escala la mayor gloria de Dios, el triunfo de la iglesia y la salvación de las almas.

2º. La práctica del *Apostolado de la Oración*, en su nativa sencillez y genuina expresión, se hermana con todas las obras buenas, las anima sin complicarlas, ó la robustece sin ponerles traba alguna, y su organización se acomoda á las de todas ellas. En todas las asociaciones piadosas ha de hallar cabida el *Apostolado*, y su organismo es de tal naturaleza, que pone en contacto las múltiples y variadas instituciones, que realizan en su esfera un fin propio y peculiar, sin ocasionarles detrimento alguno en sus intereses. Cada una sigue su marcha, y el Apostolado en nada las perturba al inspirarles su espíritu cristiano y carácter universal y apostólico. Para este fin ha sido constituido, y á condición de seguir siendo así, debe su fuerza increíble de expansión y de actividad, y deberá su conservación y perfeccionamiento; esto significa propiamente el nombre de *pium opus* con que lo caracteriza la Sagrada Congregación.

No queremos que se pierda de vista este objeto, ni que se limite la esfera de acción en que debe desarrollarse la vida del Apostolado, encerrándola en el estrecho cauce de un género de obras y de una organización exclusiva y determinada.

3º. Los *Estatutos* declaran su naturaleza, carácter y constitución esencial; consérvese ésta y dese después al *Apostolado* todo el desarrollo de que es susceptible,

penetre como obra piadosa en toda clase de instituciones, impulse todo linaje de obras de celo, de piedad y de virtud, asóciese á todo proyecto de fomentar los verdaderos intereses de Jesucristo, conforme á las intenciones salvadoras de la Iglesia, y de este modo no desnaturalizaremos una Asociación benemérita de la Iglesia, bendecida por el Vicario de Jesucristo, y sancionada con las más augustas autorizaciones del Episcopado católico.

4º. El Apostolado de la Oración no impone á sus miembros obras de supererogación, que para muchos podrían ser embarazosas; pero tampoco las excluye, antes bien facilita su práctica. Hay algunos que no se avienen con multiplicar las devociones, y que por inclinación, ó por su género de vida, buscan en todo la mayor sencillez posible. Estos bien habrán podido entender que el Apostolado se acomoda admirablemente á su inclinación; pues de seguro nada hay tan sencillo como el dirigir diariamente sus intenciones, única condición impuesta á los asociados para participar de los tesoros espirituales que arriba quedan indicados.

Pero hay otras personas que necesitan de alguna mayor abundancia de medios: y debemos confesar que, vista la humana flaqueza, aquella práctica esencial necesita ordinariamente ser ayudada y sostenida por otras accesorias; si no este

ofrecimiento cotidiano, reducido á su más sencillo elemento, que es siempre el mismo, pronto dejará de nacer impresión en el alma, y aún se borrará talvez por completo de la memoria. Vamos á exponer algunas prácticas y devociones que, sin referirse á ninguna organización determinada, están más en armonía con el espíritu del Apostolado, y por lo mismo, se recomiendan especialmente á los miembros de la Santa Alianza del Corazón de Jesús.

EJERCICIOS PARTICULARES Y PRIVADOS

Entre estas prácticas hay unas que son privadas y propias para fomentar la piedad y el fervor individual, y se han de hacer en particular; y otras, que son públicas y tienen lugar en las reuniones solemnes ó Ejercicios que suele celebrar la Asociación. A continuación exponemos los actos que son peculiares del Apostolado, ya se ejecuten en los ejercicios comunes de la Asociación, ya se practiquen en el secreto del corazón y de la vida interior.

Deseando hacer de este libro un *Directorio práctico*, reunimos en él lo necesario y conveniente á los señores

Directores locales para el régimen de sus Centros, á fin de evitarles la molestia de andar buscando en diferentes libros los actos que se practican en los ejercicios ordinarios de la Asociación, ejercicios que por otra parte son comunes á todas las congregaciones del Sagrado Corazón.

§. I

Prácticas recomendadas por el Apostolado.

I. *Cada día.*—1º Ofrecer á Dios por la mañana todas las obras del día, en unión con las intenciones del Corazón de Jesús, rezando á este fin esta breve oración, indicada en la Cédula de Agregación del Apostolado.

¡Oh Jesús mío! Por medio del inmaculado Corazón de María Santísima, os ofrezco las oraciones, obras y trabajos del presente día, para reparar las ofensas que se os hacen, y por las demás intenciones de vuestro Sagrado Corazón. Os las ofrezco en especial por las intenciones recomendadas

á los socios del Apostolado, para este mes y para este día. Amén.

Cuando se pertenece á la Archicofradía del Corazón de Jesús, se pueden añadir el *Padre nuestro*, *Ave María y Credo*, prescritos en aquella Congregación, con la jaculatoria *Corazón de mi amable Salvador*, etc.

2º Al rezar el *Angelus*, ofrecerlo por las mismas intenciones. Se pudiera rezar la primer *Ave María* por los infieles, la segunda por los herejes, y la tercera por los malos cristianos.

3º Durante el día, unirse frecuentemente á las Misas que se están diciendo en todos los instantes de él. Para esto, basta dirigir alguna mirada con este intento al cielo, ó bien á alguna piadosa imagen, invocar los nombres de Jesús y María, ó decir una corta jaculatoria.

II. *Cada semana.*—Ofrecer, especialmente el viernes, la Misa, por las intenciones del Apostolado, y hacer el mismo día alguna mortificación con el mismo fin.

III. *Cada mes.*—Consagrar de un modo especial el primer viernes á renovarse en el espíritu del Apostolado,

á examinar y enmendar en sí todo lo que pudiera impedir la unión de nuestro corazón con el de Jesús. Hacer para este fin el examen del mes y la preparación para la muerte. Este día se podrán determinar las obras que se han de hacer en el curso del mes por las diferentes intenciones del Apostolado, aunque bien se podrían poner todas las obras en manos de Jesús y María, para que sus divinos Corazones las apliquen como les plazca.

Los que están agregados al *Culto perpetuo*, pueden hacer estos ejercicios el día que les toque para la adoración, si sus ocupaciones no les permiten consagrar al Corazón de Jesús, de una manera especial, dos días al mes.

IV. *Cada año.*—Celebrar con particular devoción las fiestas del *Sagrado Corazón de Jesús* y de la *Inmaculada Concepción de María*. En ellas se podrá renovar en particular ó en común la consagración al Sagrado Corazón de Jesús y al Corazón inmaculado de María, y la firme resolución de trabajar con todas las fuerzas en promover los intereses de los divinos Corazones.

§. II

Otras devociones

Hay varias devociones que tienen estrecho parentesco con el Apostolado de la Oración, y que no dejarán de ayudar á su ejercicio.

I. Ante todo citaremos la *Unión en el altar, ó participación del sacrificio perpetuo del Corazón de Jesús*, es decir, la unión á las Misas que se están celebrando en cada instante del día y de la noche en alguna de las partes del mundo. Como cada una de estas Misas es la renovación del sacrificio de la cruz, y es ofrecida por Jesucristo por las mismas intenciones que aquel augusto sacrificio, no pueden hallar los socios del Apostolado medio tan eficaz de renovar incesantemente estas intenciones como el unirse en espíritu, lo más á menudo que puedan, á la Víctima Eucarística.

II. También cuadra perfectamente al espíritu de la Asociación, la *Hora Santa*, práctica que consiste en unirse durante una hora, en la noche del jueves, á las expiaciones y súplicas del

Corazón de Jesús en el huerto de Getsemaní.

III. Otra devoción que de suyo se recomienda á los asociados del Apostolado, es la *Devoción al Corazón agonizante de Jesús*, en favor de las ochenta ó cien mil personas que mueren cada día. Entre todas las almas cuya salvación debe asegurar el Apostolado, ¿cuáles deberán interesarnos más que aquellas cuya suerte va á ser determinada irrevocablemente dentro de breves momentos? Por consiguiente, adoptar la devoción al Corazón agonizante de Jesús, no es otra cosa sino ejercitar de un modo utilísimo nuestro Apostolado.

(Remitimos al libro titulado *Apostolado de la Oración*, á los lectores que quieran saber cuán bien se hermanan con esta santa Obra todas las devociones, especialmente la del Corazón de María, la de san José, la de los Angeles custodios y la de las benditas almas del Purgatorio, y cuántos quilates añade á estas devociones su unión con la Alianza del Corazón de Jesús.)

En fin: los socios del Apostolado deberán amar con especial afecto todas las Asociaciones que más directamente

se encaminan á la salvación de las almas. Tales son: la *Archicofradía del Inmaculado Corazón de María para la conversión de los pecadores*, *la Propagación de la fe*, *la Santa Infancia*, etc. Los socios del Apostolado serán naturalmente muy firmes apoyos y celosos promotores de estas obras, trabajando además con todo empeño por dar calor á las empresas encargadas de defender los intereses de Dios y de extender su reino, como el *Dinero de San Pedro*, la *educación católica*, la *propagación de buenos libros y periódicos*, las *misiones*, etc.

OFRECIMIENTO DE LAS OBRAS DEL DÍA.

Eterno Dios! vedme postrado delante de vuestra infinita Majestad; y adorándoos humildemente, os ofrezco todos mis pensamientos, palabras y acciones de este día. Es mi intención hacer todo por vuestro amor, por vuestra gloria, para cumplir vuestra divina voluntad, para serviros, alabaros y bendeciros, para ser ilustrado en los misterios de la fe, asegurar mi salvación y esperar en vuestra misericordia,

para satisfacer á vuestra divina justicia por los graves pecados que he cometido, para aliviar á las benditas almas del Purgatorio y obtener la gracia de una verdadera conversión á todos los pecadores. En una palabra, quiero hacer hoy todas mis acciones en unión á las purísimas intenciones que tuvieron en esta vida Jesús y María, todos los Santos que están en el cielo, y todos los justos que hay en la tierra.

Quisiera poder firmar esta intención con mi propia sangre, y desearía también poderla repetir en todos los momentos de mi vida y de la eternidad. Recibid, pues, Dios mío, mi buena voluntad y dadme vuestra santa bendición, con una gracia eficaz para no cometer ya én lo que me resta de vida, un solo pecado mortal; pero particularmente en este día en el cual deseo ganar las indulgencias que pueda, y asistir á todas las Misas que se celebren en el mundo, deseando aplicarlas á las santas almas del Purgatorio á fin que sean libres de sus penas.

100 dias, una sola vez. Indulgencia plenaria una vez al mes si se ha rezado cada día: Visitando etc.

OFRENDA QUE DEBE HACERSE POR LA MAÑANA

Señor, Dios omnipotente, heme aquí postrado en vuestra presencia para apaciguaros y honrar á vuestra divina Majestad, en nombre de todas las creaturas. ¡Pero, cómo podré hacerlo, siendo yo mismo un miserable, un pecador! ¡Ah! sí, lo puedo y lo quiero, puesto que sé que os gloriais de ser llamado el Padre de las misericordias, y que por amor á nosotros habeis entregado á vuestro Hijo Unigénito, que se ha humillado por nosotros sobre la Cruz, y que por nosotros también renueva sin cesar sobre nuestros altares esa inmolación de sí mismo.

He aquí, por qué, pecador, pero arrepentido, miserable por mí mismo, pero rico en Jesucristo, me presento á Vos, y con el fervor de todos los ángeles y santos, con los sentimientos del inmaculado Corazón de María, os ofrezco, en nombre de todas las creaturas, las Misas que se celebran en este momento, con todas las que se han celebrado y se celebrarán hasta el fin del mundo. Tengo intención de renovar esta ofrenda en todos los instantes de este día y de toda mi vida, para rendir á vuestra Majestad infinia un honor y una gloria digna de Vos; para aplacar vuestra indignación y presentar á

vuestra justicia la satisfacción que tiene derecho de exigir por nuestros crímenes; para implorar vuestras misericordias sobre mí y sobre todos los pecadores, sobre todos los fieles vivos y difuntos, sobre la Iglesia entera, y principalmente sobre su jefe visible el soberano Pontífice romano, y en fin, sobre los pobres cismáticos, sobre los herejes é infieles, á fin de que se conviertan y obtengan también la salvación eterna. Amén.

300 días de indulgencia. (Pío IX setiembre de 1859.)

ORACION

DE LOS ASOCIADOS DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

¡Oh Corazón amantísimo y amabilísimo de mi Jesus! yo adoro vuestra vida oculta y soberanamente activa en el Santísimo Sacramento. En él es donde, hace más de diez y ocho siglos, os inmoláis y rogáis sin cesar á vuestro Padre celestial por nosotros y por nuestra salvación; en él es donde, en este mismo día, sois en toda verdad la hostia de propiciación que se ofrece por nosotros del uno al otro extremo del mundo. Desde allí clamáis sin cesar: Tened piedad de mí, vosotros al menos que sois mis amigos; ayudadme en ese Apostolado que ejerzo respecto de las al-

mas que se pierden, á fin de establecer en ellas el reino de mi amor. ¡Ah, dulce Jesús mío! ¿cómo podría lisonjearme de amaros si permaneciese indiferente á vuestros intereses, si no se uniesen mis deseos á los vuestros y á vuestras oraciones las mías? Si no se necesita más que eso para ser vuestro apóstol, tenedme desde este momento por afiliado en vuestro Apostolado.

CONSAGRACIÓN DIARIA AL SAGRADO CORAZÓN

Señor mío Jesucristo, con objeto de unirme á aquella divina intención con que ofrecísteis Vos mismo acá en la tierra alabanzas á Dios y las ofrecéis aún diariamente en el Santísimo Sacramento, así como para imitar al Corazón purísimo de la bienaventurada é inmaculada Virgen María; os ofrezco mi corazón y mi alma durante todo el día de hoy sin exceptuar el más mínimo instante, así como todos mis afectos, pensamientos y deseos, mis obras y palabras.

100 días de indulgencia una vez al día. —León XIII, 19 noviembre 1885.

Desde este momento no quiero tener más intenciones é intereses que los vuestros. ¡Oh Padre eterno! yo os ofrezco todas mis acciones, mis sufrimientos, mis

oraciones, mi vida entera por las intenciones del Corazón de vuestro querido Hijo. Quiero unirme en cada una de mis acciones á los sacrificios que no cesa esa divina Víctima de ofreceros por la conversión de los pecadores, el perfeccionamiento de los justos y el triunfo de la Iglesia. Poned los ojos en ese inocente Cordero que no cesa de inmolarse por vuestra gloria; escuchad las oraciones que por su mediación os ofrecen María, su Madre inmaculada, los Angeles, los Bienaventurados, las santas almas del purgatorio y los Santos que luchan todavía en este mundo. Poned fin á las pruebas porque está pasando vuestra Esposa la Iglesia; haced que los príncipes cristianos cooperen á vuestros designios de misericordia sobre sus pueblos; que los obispos y el clero correspondan á la sublimidad de su vocación; que en todos los establecimientos donde se educa la juventud florezca la ciencia, hermanada con la virtud, y que las órdenes religiosas cumplan fielmente el objeto de su instituto. Que vuelvan al camino de la verdad los infieles, herejes y cismáticos; que los pecadores de todas clases y condiciones se conviertan á vuestro amor; que mueran santamente los agonizantes; que las almas justas se unan más íntimamente al Corazón de su Dios; que las pobres almas afligidas y acosadas por la tentaciones, bus-

quen tan solo en ese Corazón, tan rico y compasivo, el alivio de sus males; y por último, que ese divino Corazón reine siempre y en todas partes sobre los corazones de los hombres. Amén.

OFRECIMIENTO

¡Oh Jesús, Dios y Hombre verdadero, mi camino, mi verdad y mi vida! yo os ofrezco todas las oraciones, acciones y padecimientos de este día, y os ruego que los presentéis Vos mismo á Dios vuestro Padre, unidos á las preces y á los sacrificios que no cesáis de ofrecerle en el santo Altar. Apropiarme todos los sentimientos y las intenciones todas de vuestro Corazón, confundir mis intereses con los vuestros, cooperar á vuestra obra, apresurar el advenimiento de vuestro reino; tal es, oh Jesús mío, lo que únicamente deseo y lo que espero de vuestra gracia. Amén.

Ofrecimiento de cada acción en particular

Divino Corazón de Jesús, os ofrezco esta acción por todas las intenciones por las cuales os ofrecéis en este momento en el Altar.

DE EL SALVADOR

OFRECIMIENTO ANTE UNA IMAGEN DEL SAGRADO CORAZÓN

Yo, N. N., deseando seros agradecido y reparar mis infidelidades, os entrego mi corazón, y enteramente me consagro á Vos, oh amabilísimo Jesús mío, y propongo, ayudado de vuestra gracia, nunca jamás volveros á ofender.

100 días de indulgencia una vez al día: plenaria cada mes, á los que lo hagan en él todos los días.—Pío VI.

Rezando alguna oración delante de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, expuesta en público, se gana cada vez indulgencia de 7 años y siete cuarentenas. —Pío VI.

ORACIONES QUE DEBEN REZARSE

de rodillas después de la misa rezada por el sacerdote y el pueblo.

(300 días de indulgencia.)

Se rezan tres Ave Marías y una Salve y la

ORACION

¡Oh Dios, refugio y fortaleza nuestra! mira propicio al pueblo que clama á tí, y escucha misericordioso y benigno las preces, que mediante la intercesión de la gloriosa é Inmaculada Virgen María, Madre

de Dios, de su Bienaventurado esposo S. José, de tus Bieneventurados apóstoles S. Pedro y San Pablo y de todos los Santos, te dirigimos por la conversión de los pecadores y por la libertad y exaltación de nuestra Santa Madre la Iglesia. Por los méritos de Cristo Nuestro Señor. Amén.

INVOCACIÓN

¡Oh glorioso Arcángel San Miguel! defiiéndenos en el combate, y auxílianos contra las asechanzas del demonio. Rogamos suplicantes al Señor que le haga sentir la fuerza de su imperio; y tú, ¡oh Príncipe de la milicia celestial! precipita con divino poder en los infiernos á Satanás y á los otros espíritus malignos que andan por el mundo buscando la perdición de las almas. Amén.

Se añade tres veces la siguiente invocación, con la cual se ganan siete años y siete cuarentenas de indulgencia:

Corazón Sacratísimo de Jesús, ten misericordia de nosotros.

OFRENDA

que acostumbraba decir la B. Margarita María de Alacoque durante el día

¡Dios mío! yo os ofrezco el Corazón de vuestro amado Hijo Jesucristo, para que

me sirva de acción de gracias, de súplica, de ofrenda, de adoración y de renovación de todas mis resoluciones y propósitos. Recibidlo, Padre Eterno, para suplir todo lo que Vos deseáis de mí, puesto que nada tengo que ofreceros que sea digno de Vos si no en Jesús, mi Salvador, en quien me dais el poseerlo y poderlo todo. Amén.

ACTO DE CONSAGRACIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

¡Oh amantísimo Jesús, fuente eterna del amor, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que os habéis dignado revelarnos las inefables riquezas de vuestro Corazón! Postrado en vuestra sagrada presencia, me doy y me consagro á vuestro divino y adorabilísimo Corazón. Me consagro á Vos por el tiempo y la eternidad en agradecimiento de los infinitos beneficios que habéis hecho á los hombres y particularmente en agradecimiento por vuestras grandes é inmensas bondades para conmigo. Todo lo que tengo y todo lo que soy, lo he recibido de Vos, oh Dios mío; todo os lo restituyo con agradecido amor, á fin de que todo sirva á vuestra gloria y al amor de vuestro Corazón Sacratísimo. Amén.

DE EL SALVADOR

ACTO DE DESAGRAVIOS AL SAGRADO CORAZÓN

¡Oh Corazón adorable de Jesús! ¡qué exceso de amor es el vuestro, y qué exceso de ingratitud es la del mundo para con vuestro amor!

Hasta la última hora de los tiempos viviréis y pediréis por los hombres en la sagrada Eucaristía y les anunciaréis en ese estado de profundo anonadamiento la grandeza de vuestras misericordias y de vuestro amor. El mundo de todo se acuerda, menos de Vos; en todo piensa, menos en Vos; todo lo ama, menos á Vos. Vuestro amor os ha puesto en estado de víctima, y vuestro Corazón amantísimo siente el olvido, los desprecios, los ultrajes de que os colma el odio que os tienen el mundo y el infierno.

Lleno del más profundo dolor y desde el polvo de mi nada, os ofrezco mi vida y todo mi ser para desagraviaros y reparar vuestro honor. ¡Oh, qué dicha la mía si aceptáseis el sacrificio que os hago, y si diese yo mi sangre y mi vida para consolaros y desagraviaros!

¡Oh Jesús misericordioso! perdonadme á mí que tantas veces os he ofendido. Y cuando Dios en su justicia quiera castigar al mundo, mostrad á vuestro divino Padre ese Corazón que tanto ha

sufrido por los hombres, y tanto los ha amado. Amén.

ORACIÓN

Al Sagrado Corazón de Jesús.

¡Oh Corazón Sacratísimo de Jesús, santuario de las almas puras, fuente de bondad y de gracia, soberano bien de mi alma, el más augusto, el más digno y amable de todos los corazones! Vos sois toda mi esperanza; solo quiero vivir y morir en Vos. Recibid, oh Jesús, mi corazón; perdonad mi ingratitud, y concededme que hasta mi último suspiro sea víctima de vuestro divino amor. Amén.

OFRECIMIENTO DEL CORAZÓN DE JESÚS AL ETERNO PADRE

(De la Beata Margarita María.)

Padre Eterno, permitid que os ofrezca el Corazón de Jesucristo vuestro Hijo muy amado como se ofrece él mismo á Vos en sacrificio. Recibid esta ofrenda por mí, así como todos los deseos, sentimientos, afectos, movimientos y actos de este Sagrado Corazón. Todos son míos, pues él se inmola por mí, y yo no quiero tener en adelante otros deseos que los suyos. Recibidlos en satisfacción de mis pecados, y en acción de gracias por todos vuestros

beneficios. Recibidlos para que me concedais por sus merecimientos todos los auxilios que me son necesarios, sobre todo la gracia de la perseverancia final. Recibidlos como otros tantos actos de amor, de adoración y de alabanza que ofrezco á vuestra Divina Majestad, pues solamente por el corazón de Jesús sois dignamente honrado y glorificado. Amén.

ACTO DE REPARACIÓN

Al Sagrado Corazón de Jesús Sacramentado.

Corazón amabilísimo de mi Jesús, abrasado por mí en amor infinito, en quien creo, y á quien adoro vivo y presente en la Sagrada Eucaristía, aquí me teneis postrado en vuestra presencia; aquí estoy con la más profunda veneración ante vuestro divino acatamiento con el ánimo de reparar públicamente, en cuanto está de mi parte, las gravísimas ofensas, injurias, sacrilegios, irreverencias, ingratitud y olvido con que los hombres corresponden á vuestro amor en este augusto y adorable misterio.

Mi corazón se conduele al ver tal exceso de ingratitud, y lloro amargamente viendo vuestro honor ultrajado, y vuestra ternura tan mal correspondida. Detesto mis pecados y los de todos los hombres, particularmente los que se cometen en vuestra misma presencia: quisiera poder

borrarlos con lágrimas amargas y actos de contrición perfecta, y satisfacer á Vuestra Majestad ofendida con el más profundo respeto, con la más inflamada caridad, y con el sacrificio de mi sangre y vida, y de mil vidas si las tuviera. Pero á lo menos os ofrezco, ¡oh Corazón Sacratísimo! en reparación de tantos agravios, las adoraciones, afectos, suspiros y obras santas de todas las almas fieles y devotas que viven aún en la tierra, y están unidas con Vos: os ofrezco las alabanzas que os tributan los Angeles y los Santos en el cielo, el dulcísimo y purísimo Corazón de vuestra amantísima Madre, el de su Esposo San José; y finalmente, vuestro mismo sacratísimo Corazón. Aceptad, amabilísimo Salvador mío, por aquella inefable ternura con que amais, este acto de reparación en desagravio de las ofensas que se cometen contra Vos: por mi parte resuelvo, con vuestra gracia, ser más devoto en adelante, mostrar en los templos más respeto y modestia, visitaros y recibiros con más frecuencia, ser más celoso en promover la devoción á vuestro sagrado Corazón en el Santísimo Sacramento; y finalmente, acreditar con mis obras que Vos sois el único amor de mi alma, y que en Vos y por Vos solamente, ¡oh Corazón dulcísimo! quiero vivir y morir. Amén.

Corazón de mi amable Salvador, etc.

ACTO DE DESAGRAVIO

Al Sagrado Corazón de Jesús.

¡Oh Corazón clementísimo de Jesús, divino propiciatorio por el cual prometió el Eterno Padre [1] que oiría siempre nuestras oraciones! yo me uno con Vos para ofrecer á vuestro Eterno Padre este mi pobre y mezquino corazón, contrito y humillado en su divino acatamiento, y deseoso de reparar cumplidamente sus ofensas, en especial las que vos recibís de continuo en la Eucaristía, y señaladamente las que yo por mi desgracia también he cometido. Quisiera, divino Corazón, lavar con lágrimas y borrar con sangre de mis venas las ingratitudes con que todos hemos pagado vuestro tierno amor. Junto mi dolor, aunque tan leve, con aquella angustia mortal que os hizo en el huerto sudar sangre á sola la memoria de nuestros pecados. Ofrecédselo, Señor, á vuestro Eterno Padre, unido con vuestro amabilísimo Corazón. Dadle infinitas gracias, por los grandes beneficios que nos hace continuamente, y supla vuestro amor nuestra mucha ingratitud y olvido. Concededme la gracia de presentarme siempre con gran veneración ante

1 Pideme por el Corazón de mi amabilísimo Hijo Jesús, que por él te oiré y obtendrás cuanto me pidieres. (A la B. Margarita de Alacoque, en su vida.

el acatamiento de vuestra divina Majestad, para resarcir de algún modo las irreverencias y ultrajes que en vuestra presencia me atreví á cometer, y que de hoy en adelante me ocupe con todo mi conato en atraer con palabras y ejemplos muchas almas que os conozcan, y gocen las delicias de vuestro Corazón. Desde este momento me ofrezco y dedico del todo á dilatar la gloria de este sacratísimo y dulcísimo Corazón. Lo elijo por el blanco de todos mis afectos y deseos; desde ahora para siempre constituyo en él mi perpetua morada, reconociéndolo, adorándolo y amándolo con todas mis ansias, como que es el Corazón de mi amabilísimo Jesús, de mi Rey y soberano dueño, esposo de mi alma, pastor y maestro, verdadero amigo, amoroso padre, guía segura, firmísimo amparo y bienaventuranza. Amén.

SÚPLICA Á LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Para cada día.

¡Oh divino Corazón de mi Jesús! yo os adoro con todas las potencias de mi alma, y os las consagro para siempre, juntamente con mis pensamientos, palabras, obras y todo cuanto soy, deseoso de rendiros los actos de adoración, de amor y de

gloria que vos rendísteis á vuestro Padre Eterno. Sed vos el reparador de mis defectos, el protector de mi vida, y mi refugio y asilo en la hora de la muerte. Concededme por los gemidos y amargura en que estaba sumergido por mí vuestro Corazón en todo el curso de vuestra vida, una verdadera y perfecta contrición de mis pecados, la perseverancia final en vuestra gracia, el desprecio de todo lo visible, un ardiente deseo de la gloria, con una viva confianza de unirme al número de vuestros escogidos, presentándoos estas humildes suplicas, no solo por mí, sino también por todas aquellas personas que están unidas conmigo para obsequiaros. Recibidlas y despachadlas por vuestra inmensa piedad, en especial por el primero de nosotros que haya de pasar de esta vida á la otra. Confortadlo, dulcísimo Corazón, en las angustias de la muerte; acogedlo en la llaga de vuestro costado, que á todos está abierta, para que purificado en ella de toda mancha, logre subir á la patria celestial, y tengamos los que quedamos en este destierro un intercesor más en vuestro divino acatamiento.

Estos obsequios y peticiones deseo renovaros en todo momento hasta el fin de mi vida, tanto por mí como por todos los demás congregados en vuestro nombre. Os encomiendo también ¡oh Corazón misericordiosísimo de mi Jesús! á la santa

Iglesia nuestra madre, á todas las almas justas, á todos los pecadores, á todos los afligidos, á los que están agonizando en esta hora, y á cuantos hombres existen sobre la tierra. Haced que no se malogre el precio de aquella sangre preciosa que tan liberalmente derramásteis para el remedio del mundo, y dignaos igualmente aplicarlas por las benditas ánimas del purgatorio, y en particular por las de vuestros mayores devotos. Amén.

¡Oh Corazón amabilísimo de María, el más amante y misericordioso para con nosotros miserables pecadores! alcanzadme cuanto pido al sacratísimo Corazón de vuestro Hijo Jesús, pues una sola insinuación vuestra, un suspiro de vuestro ferventísimo Corazón, basta para que lo consiga y quede enteramente consolado. No me negueis, Señora, esta gracia, por cuanto debeis al mismo divino Corazón de vuestro Hijo, y por el amor filial que él os tiene y tendrá eternamente. Amén.

Pío VII concedió 300 días de indulgencia por cada vez que se recen estas súplicas, y haciéndolo todos los días, indulgencia plenaria una vez al mes, en el día en que arrepentidos se confesaran y comulgaran, rogando á Dios por las necesidades de la Iglesia y del Estado. Dichas indulgencias se pueden aplicar por las almas del purgatorio.

DE EL SALVADOR

PEQUEÑO ROSARIO DE JACULATORIAS

Con el cual se ganan 6.500 días de indulgencia, por los jaculatorias de que se compone, además de las abundantes gracias que se recibirán.

En la cruz se dice un *Padre Nuestro* y una *Ave María.*

En las 5 cuentas grandes del rosario, en vez de Padre Nuestro se dice: *Jesús, Salvador del mundo, oídme, todo os es posible, menos el dejar de compadeceros de los miserables.* Amén.

100 días cada vez.

En todas las demás cuentas del rosario se dice: *Jesús mío, misericordia!*

Terminando con la siguiente oración:

Señor mío Jesucristo, recurrimos á Vos! Dios grande, Dios Santo, Dios inmortal, tened piedad de nosotros y de todo el género humano. Purificadnos de nuestros pecados y de nuestras infidelidades con vuestra divina Sangre, ahora, siempre y en la eternidad. Amén.

Dulce Corazón de Jesús, haced que os ame más y más.

300 días de indulgencia cada vez.

CORONITA EN HONOR DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS (1).

Por la señal, etc.

I ¡Oh amorosísimo Jesús mío! Al pensar en vuestro Corazón tan bueno, y al ver que es todo piedad y dulzura para los pecadores, el mío se regocija y llena de confianza de ser bien acogido de Vos. ¡Ay de mí! ¡Cuántos pecados he cometido! Mas ya, cual otro Pedro, cual otra Magdalena, los lloro y detesto arrepentido, porque con ellos os ofendí á Vos, que sois el Bien sumo. Ea, pues, perdonadme, ¡Ah! muera yo, Jesús mío: os lo pido por vuestro piadoso Corazón, muera yo antes que ofenderos, y viva tan solo para amaros.

Un *Padre Nuestro* y cinco *Gloria Patri*, en honor del Corazón de Jesús, y después la siguiente jaculatoria:

Corazón de mi amable Salvador,
Haz que arda y siempre crezca en mí tu amor.

II. Yo bendigo ¡oh Jesús mío! vuestro humildísimo Corazón, y os doy gracias, porque, al dármelo por modelo, no solo me instais vivamente á imitarlo, sino además, á costa de tantas humillaciones

---

1 Aprobada por la Sagrada Congregación de Ritos y practicada en la Archicofradía de Roma.

vuestras me enseñais y allanais el camino. ¡Qué locura la mía y qué ingratitud! ¡Cuánto me he apartado de Vos! Perdonadme, Señor; no más soberbia, que ya no quiero sino seguiros á Vos humillado, y alcanzar la paz y la salud. Dadme, Señor, vuestra fortaleza, y bendeciré eternamente vuestro Corazón.

Un *Padre Nuestro* y cinco *Gloria*.—*Corazón de mi amable Salvador, etc.*

III. Yo admiro, Jesús mío, vuestro pacientísimo Corazón, y os doy gracias por tantos y tan sublimes ejemplos de invencible paciencia como me habeis dejado. Me arrepiento de mi vergonzosa debilidad, pues no sé sufrir la más pequeña pena. Infundid ¡oh buen Jesús! en mi corazón un amor fervoroso y constante á las tribulaciones, á las cruces, á la mortificación, á la penitencia, para que siguiéndoos hasta el Calvario, llegue con Vos á la gloria y al gozo de la patria celestial.

Un *Padre Nuestro* y cinco *Gloria*.—*Corazón de mi amable Salvador, etc.*

IV. Al contemplar ¡oh amado Jesús mío! vuestro mansísimo Corazón, el mío, que tan poco se le parece, me causa horror. ¡Ay, cuántas veces, con solo una sombra, con un gesto, con una palabra de contradicción me turbo y quejo! Per-

donadme, Señor, mis ímpetus, y haced que de aquí en adelante, en toda contrariedad que tuviere, imite yo vuestra inalterable mansedumbre, y que de esta suerte llegue á gozar de perpetua paz.

Un *Padre Nuestro* y cinco *Gloria.—Corazón de mi amable Salvador, etc.*

V. Alaben todos con cantares de gloria á vuestro generosísimo Corazón, Jesús mío, vencedor de la muerte y del infierno, que harto digno es de toda alabanza. Yo me confundo ahora más que nunca, viendo cuán pusilánime soy, pues un simple *qué dirán*, ó cualquier otro respeto humano, me causa temor. Pero no será más así. A Vos acudo por ánimo y fortaleza para combatir y vencer en la tierra, y después triunfar gozoso con Vos en el cielo.

Un *Padre Nuestro* y cinco *Gloria.—Corazón de mi amable Salvador, etc.*

Volved ahora los ojos á María, consagrándoos á ella; y confiando en su maternal Corazón, decidle:

Alcanzadme ¡oh María, Madre santísima de Dios y Madre nuestra! alcanzadme por las inefables excelencias de vuestro dulcísimo Corazón, una devoción sólida y constante para con el Sagrado Corazón de vuestro Hijo Jesús; de modo que, unido con El, y en El escondido con todos mis

pensamientos y afectos, cumpla fielmente con todos mis deberes y sirva siempre con fervor á Jesús, y especialmente en este día.

V. Corazón de Jesús, inflamado de amor por nosotros,

R. Haced que se inflame nuestro corazón en vuestro amor.

ORACIÓN

Rogámoste, Señor, que el Espíritu Santo nos inflame con aquel fuego que Jesucristo, Señor nuestro, derramó sobre la tierra desde lo íntimo de su Corazón, y que quiso ver vivamente encendido Aquel que contigo y con el mismo Espíritu Santo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

300 días de indulgencia cada vez. Plenaria al mes.—*Pío VII*, 20 marzo 1815.

Letanías al Sagrado Corazón de Jesús

Señor, ten piedad de nosotros.
Cristo, ten piedad de nosotros.
Señor, ten piedad de nosotros.
Cristo, óyenos.
Cristo, escúchanos.

Padre Eterno, Dios de los cielos,
Hijo, Redentor del mundo Dios verdadero,
Espíritu Santo, Dios,
Santa Trinidad, un solo Dios,

1 Corazón de Jesús, Hijo del Eterno Padre,
2 Corazón de Jesús, formado por el Espíritu Santo en el seno de una Madre Virgen,
3 Corazón de Jesús, unido sustancialmente al Verbo de Dios,
4 Corazón de Jesús, de Majestad infinita,
5 Corazón de Jesús, templo santo de Dios,
6 Corazón de Jesús, tabernáculo del Altísimo,
7 Corazón de Jesús, casa de Dios y puerta del cielo,
8 Corazón de Jesús, horno ardiente de caridad,
9 Corazón de Jesús, receptáculo de justicia y de amor,
10 Corazón de Jesús, lleno de bondad y de amor.
11 Corazón de Jesús, abismo de todas las virtudes,
12 Corazón de Jesús, dignísimo de toda alabanza,
13 Corazón de Jesús, Rey y centro de todos los corazones,

TEN PIEDAD DE NOSOTROS.

14 Corazón de Jesús, en que están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia,
15 Corazón de Jesús, en que habita toda la plenitud de la divinidad,
16 Corazón de Jesús, en que el Padre se complació mucho,
17 Corazón de Jesús, de cuya plenitud todos hemos recibido,
18 Corazón de Jesús, deseo de los eternos collados,
19 Corazón de Jesús, paciente y de mucha misericordia,
20 Corazón de Jesús, rico para con todos los que te invocan,
21 Corazón de Jesús, fuente de vida y de santidad,
22 Corazón de Jesús, propiciación por nuestros pecados,
23 Corazón de Jesús, saturado de oprobios,
24 Corazón de Jesús, triturado por nuestros delitos,
25 Corazón de Jesús, hecho obediente hasta la muerte,
26 Corazón de Jesús, perforado por una lanza,
27 Corazón de Jesús, fuente de toda consolación,
28 Corazón de Jesús, vida y resurrección nuestra,

TEN PIEDAD DE NOSOTROS.

29 Corazón de Jesús, paz y reconciliación nuestra,
30 Corazón de Jesús, víctima de los pecados,
31 Corazón de Jesús, salud de los que en Tí esperan,
32 Corazón de Jesús, esperanza de los que en Tí esperan,
33 Corazón de Jesús, delicia de todos los santos,

Ten piedad de nosotros.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, perdónanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, escúchanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros.

Jesús manso y humilde de Corazón.
Haz nuestro corazón semejante á tu Corazón.

ORACIÓN

Omnipotente y sempiterno Dios, mira al Corazón de tu amantísimo Hijo, y á las alabanzas y satisfacciones que te ofreció en nombre de los pecadores, y concede propicio el perdón á estos que imploran tu misericordia en nombre de tu mismo Hijo Jesucristo, que contigo vive y reina

en unidad con el Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

(300 días de indulgencia una vez al día. León XIII, 28 marzo 1889.)

FÓRMULA DE CONSAGRACIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

[Mandada por el Santo Padre.]

Dulcísimo Jesús, Redentor del género humano, miradnos humildemente postrados ante vuestro altar. Vuestros somos, y vuestros queremos ser; y á fin de poder estar más firmemente unidos á Vos, cada uno de nosotros en este día nos consagramos espontáneamente á vuestro Sagrado Corazón.

Muchos no os han conocido nunca, muchos han despreciado vuestros mandamientos y han renegado de Vos, Jesús misericordioso, tened piedad de los unos y de los otros, y atraedlos á todos á vuestro Sagrado Corazón.

Señor, sed Rey no solamente de los fieles que jamás se han alejado de Vos, sino también de los hijos pródigos que os han abandonado; haced que vuelvan á entrar pronto en la casa paterna para que no perezcan de miseria y de hambre.

Sed Rey de los que se hallan engañados por opiniones erróneas y de los que

están desunidos por la discordia; conducidlos al puerto de la verdad y á la unidad de la fe, á fin de que presto no haya más que un solo rebaño y un solo pastor.

Sed, en fin, Rey de todos los que todavía se hallan sumidos en las antiguas supersticiones paganas, y no rehuseis trasladarlos de las tinieblas á la luz y al reino de Dios.

Conceded, Señor, á vuestra Iglesia una libertad incólume y segura; conceded á todos los pueblos el orden y la paz, y haced que de un polo del mundo al otro resuene esta única voz:

«Alabado sea el Corazón divino por quien hemos conseguido la salvación; á Él sea la gloria y el honor por todos los siglos. Amén.»

ORACIÓN PARA PEDIR UNA BUENA MUERTE

Postrado ante el trono de vuestra adorable Majestad, vengo á pediros, Dios mío, la última de todas las gracias, la gracia de una buena muerte. Aunque he abusado mucho de la vida que me habéis dado, concededme, os ruego, el acabarla bien y el morir en vuestro amor.

Que yo muera, como los santos Patriarcas, dejando sin pena este valle de lágrimas para ir á gozar del descanso eterno en mi verdadera patria.

Que muera, como el bienaventurado José entre los brazos de Jesús y de María repitiendo estos dulcísimos nombres que espero bendecir durante la eternidad.

Que muera, como la Santísima Virgen abrasada del más puro amor, anhelando reunirme al único objeto de todos mis afectos.

Que muera, como Jesús en la cruz, con los más vivos sentimientos de odio al pecado, de amor á mi Padre celestial, y de resignación en los sufrimientos.

Padre Santo, en vuestras manos encomiendo mi alma, tened misericordia de mí.

Jesús, que habéis muerto por mi amor, concededme la gracia de morir en el vuestro.

ORACIÓN QUE LA SMA. VIRGEN REVELÓ A SANTA GERTRUDIS

Salve, cándido lirio, azucena refulgente de la siempre inmutable Trinidad. Salve, rosa brillante de celestial amenidad de quien quiso nacer el Rey de los Cielos y recibir la leche virginal; socorredme á mí pobre pecador ahora y en la hora de la muerte. Amén.

ORACIONES POR LAS ALMAS DEL PURGATORIO

Oh Señor, yo os suplico por la preciosa Sangre que salió del costado abierto de

Jesús vuestro divino Hijo, libréis á las almas del Purgatorio, sobre todo á las que amaron más á su Corazón sagrado, a fin de que entren al momento en vuestra gloria y empiecen á alabaros eternamente con los Santos. Amén.

Oración eficacísima de Sta. Gertrudis.

Compadeceos, oh buen Jesús, de las almas que están detenidas en el Purgatorio por cuya salvación habéis tomado nuestra naturaleza humana y sufrido la muerte más cruel. Tened piedad de los gemidos y de las lágrimas que derraman delante de Vos, y por la virtud de vuestra Pasión, dignaos perdonarles las penas debidas por sus pecados. Que vuestra Sangre, oh buen Jesús, descienda al Purgatorio; que purifique y refrigere todas las almas que padecen en aquella prisión.

Tendedles vuestra mano y conducidlas al lugar del descanso, de la luz y de la paz.

Ofrenda de Santa Gertrudis por los difuntos.

Que Jesucristo, que ha muerto y ha sido crucificado por vosotras, os mire con misericordia, almas afligidísimas; y que rociándoos con su Sangre os refrigere en medio de vuestros tormentos.

Os recomiendo al excesivo amor que

hizo bajar al Hijo de Dios de los cielos sometiéndolo en la tierra á la muerte más cruel. Dígnese El compadecerse de vuestros dolores con el mismo amor que manifestó á todos los desgraciados cuando estaba pendiente de la cruz.

Y para refrigeraros plenamente, os ofrezco todo el amor filial que el mismo Cristo Jesús tuvo á su Padre, en su divinidad, y á María su Madre, en su humanidad. Amén.

ACTO DE CONSAGRACION

AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, PARA EL MOMENTO DE TOMAR EL SUEÑO

¡Oh amabilísimo Jesús mío! os suplico que estos momentos que voy á dedicar al descanso de mi cuerpo, para conservar sus fuerzas y emplearlo en vuestro divino servicio, no interrumpan la unión con vuestro divino Corazón; antes bien ocultadme en vuestro seno, dignándoos de recibir mis respiraciones, las pulsaciones de mi corazón, los afectos de mi alma y los momentos todos de mi sueño, imagen de la muerte, como un sacrificio que hago de mi sér, y como otros tantos amorosos afectos emanados de este mi corazón; para que cuando saliere de esta vida, merezca descansar en vuestro seno, que es el descanso eterno de los justos. Amén.

Aspiración.—¡Dichosa mi alma, Jesús mío, si saliendo de mi cuerpo, cual cándida paloma, llegare á sentarse en el seno de vuestro Divino Corazón y morase allí eternamente!

A MARÍA SANTÍSIMA

¡Oh dulcísima Madre mía, que durante el día habéis sido el objeto más tierno de mi amor! os suplico que por los méritos de vuestro purísimo Corazón, os dignéis de ser también el descanso de mis potencias y sentidos, el centro deseado de mi alma, ocultándome en el seno de vuestro inmaculado Corazón. Amén.

Jaculatoria.—*Dulce Corazón de María, sed mi salvación.*

300 días de indulgencia.

ACTO DE CONSAGRACION

DE LAS FAMILIAS

Al Divino Corazón de Jesús.

¡Divino Corozón de Jesús! henos aquí postrados ante vuestra santa imagen, con los sentimientos del reconocimiento más profundo por todos vuestros beneficios, y del más ardiente amor por vuestra inefable bondad.

Nosotros os consagramos ¡oh divino Jesús! por medio del Corazón inmaculado

de María, y bajo el poderoso patrocinio de san José, toda nuestra familia. Sea nuestro hogar como el de Nazaret, el asi lo inviolable del honor, de la fe, de la caridad, del trabajo, de la oración, del orden y de la paz doméstica. Sed Vos el modelo de nuestro conducta y el celoso protector de todos nuestros intereses.

Nosotros os consagramos ¡oh divino Rey! todas las pruebas, todas las alegrías, todos los acontecimientos de nuestra vida de familia, y os suplicamos que derraméis vuestra bendición sobre todos sus miembros, ausentes y presentes, vivos y difuntos. Los confiamos para siempre á vuestro divino Corazón.

Os rogamos también por todas las familias del universo: protejed la cuna de los niños, la escuela de los adolescentes, la vocación de los jóvenes; sed la fuerza de los débiles, el sostén de los ancianos, el esposo de las viudas, el padre de los huérfanos: velad con vuestro amor inmenso á la cabecera de los enfermos y de los agonizantes.

Pero sobre todo ¡oh Jesús, océano de misericordia y de amor! os suplicamos que nos socorráis en el momento de la muerte; unidos entonces más estrechamente que nunca á vuestro divino Corazón, sea él nuestro asilo, nuestro refugio nuestro lecho de reposo, y después de adormecernos para siempre en vuestro seno bendito

DE EL SALVADOR

¡oh Jesús! encontremos en el paraíso y en vuestro Sagrado Corazón, toda nuestra familia. Así sea.

Se recomienda hacer en familia este precioso acto de consagración todos los días ó al menos siquiera todos los viernes.

DEVOCIÓN AL CORAZÓN AGONIZANTE DE JESÚS

ORACIÓN

¡Oh misericordiosísimo Jesús, abrasado en ardiente amor de las almas! os suplico por la agonía de vuestro sacratísimo Corazón, y por los dolores de vuestra inmaculada Madre, que lavéis en vuestra sangre á todos los pecadores de la tierra que están ahora en la agonía y tienen que morir hoy. Amén.

Corazón agonizante de Jesús, tened misericordia de los moribundos.

Cien días de indulgencia cada vez que se rece esta oración, é indulgencia plenaria cada mes, con las condiciones ordinarias, rezándola tres veces al día en diferentes tiempos. Son aplicables á las almas del Purgatorio.—Pío IX, decreto de 2 de febrero de 1850.

PRACTICA

Récese esta corta oración tres veces al día, ó por lo menos, una vez á la mañana

y á la tarde, por los agonizantes del día y de la noche siguiente, añadiendo estas invocaciones:

Corazón compasivo de María, rogad por nosotros.

San José, abogado de la buena muerte, rogad por nosotros.

San Miguel Arcángel, rogad por nosotros.

Angeles de guarda y santos Patronos míos, rogad por nosotros.

Angeles que consolasteis á Jesucristo en su agonía, rogad por nosotros.

Los que no saben leer, podrán rezar todos los días por esta intención un Padre nuestro y Ave María.

MEDITA ESTAS VERDADES

¡Mueren cada día de ochenta á noventa mil personas por lo menos! ¿Cada mes tres millones! Cada año treinta y seis millones! ¡Ay! de este número terrible, ¡cuántos millares se hallan en pecado mortal!

¡Así, pues, hay en el mundo unas ochenta mil personas que han de morir hoy! ¡Y han de empezar una eternidad infinitamente feliz, ó enteramente desdichada!....¡Pronto llegará tu vez! Piénsalo bien, y ruega por ellas, para que rueguen por tí cuando te halles en la agonía.

RUEGA POR LOS AGONIZANTES

Son tus hermanos en Jesucristo, acaso parientes tuyos, amigos ó bienhechores. No necesitan para librarse del infierno sino una confesión bien hecha, ó un acto de verdadera contrición, esto es, que nazca del amor de Dios. Pide para ellos esta gracia.

Ruega por los agonizantes.—Harás de este modo lo que hicieron Jesús y María: salvarás almas. ¡Qué empleo tan sublime! La Santísima Virgen dijo un día á la venerable María de Agreda: Si quieres ayudar á las almas que se hallan en la agonía, ruega todos los días por esta intención, sin olvidarlo nunca. Yo lo hice mientras viví, y quiero que en esto sigas mi ejemplo.

Ruega por los agonizantes.—Si eres sacerdote, tenlos presentes en el santo sacrificio, y ruega cada día por ellos en el *memento* de los vivos. Cada mes hazles la caridad de decir una misa por todos los moribundos del mes y del año, para lo cual bastará la segunda intención. Si no eres sacerdote, ofrece cada mes una comunión, ó asiste á una misa con esta intención. Muy

laudable es, y lo aconsejamos á los que puedan hacerlo, la costumbre de encargar cada mes ó cada año, *una misa* por los moribundos del mes y del año. Les encomendamos de la misma manera, que visiten los enfermos y los moribundos de su barrio, y que si es preciso, avisen con la debida caridad á los que les han de administrar los santos Sacramentos. También los invitamos á que den á conocer cuanto puedan en las familias, escuelas, seminarios y comunidades, la oración cotidiana por los moribundos.

Ruega por los agonizantes.—Consagra *un día* del mes para interceder de un modo especial por los moribundos del mes y del año, ofreciendo por la mañana, para obtenerles buena muerte, las obras y trabajos del día, y rogando con mayor frecuencia por ellos, haciendo con el mismo fin alguna obra de caridad ó de mortificación; y si pasas por delante de alguna iglesia, entra en ella para adorar á Jesucristo y rogar por los moribundos. Aprovecha también este día para pensar en tí y en la muerte, y prepárate á ella. Llamamos á este día, "día de intercesión por los moribundos". To-

do cristiano de buena voluntad puede hacerlo sin abandonar sus ordinarias ocupaciones. Las personas que tengan tiempo, pudieran emplear media hora del día de intercesión, pasándola delante del Santísimo Sacramento, á poder ser de dos y media á tres de la tarde, en honor de Jesucristo agonizante en el huerto de las Olivas y en la cruz, y para interceder por todos los moribundos del día, del mes y del año. Esto se llama la "media hora de intercesión."

¡Oh vosotros los que por amor de Jesucristo y de su agonizante Corazón procurais por medio de vuestras oraciones y sacrificios y por el celo en propagar esta santa obra, la salvación eterna de los moribundos de cada día! Regocijaos y animaos en el Señor: porque á vosotros se aplica la consoladora promesa del Apóstol Santiago: «Todo el que ayude á su hermano á salir de sus extravíos, salvará su alma.»

¿Qué será, pues, si haceis este servicio á muchos hermanos vuestros? Pues al desearlo, lo haceis cada día por lo menos á ochenta ó noventa mil de ellos, y Dios recompensa los buenos

deseos, cuando son sinceros, como si se realizasen. Y aunque no consiguiéseis con vuestras fervientes oraciones sino salvar cada día el alma de un solo pecador que está en la agonía, al cabo de un año, de diez, de veinte.... ¡cuántas almas habríais salvado! ¡Cuántas gracias y bendiciones os proporcionaríais en esta vida!.... ¡Qué recompensa de méritos para el cielo!.... ¡Qué corona para la eternidad!....

La Santidad de Pío IX, por Letras apostólicas de 23 de agosto de 1876, instituyó en la Iglesia patriarcal de Jerusalén la «Archicofradía del Corazón agonizante de Jesucristo y de la dolorosísima Virgen María en favor de los moribundos.»

UNIÓN EN EL ALTAR

Su objeto.—No es otro que el Cordero de Dios, siempre y do quiera sacrificado por nuestro amor.

A los ojos de la fé nada hay mayor en la tierra ni en el cielo que el santo sacrificio de nuestros altares.

Desde los tiempos apostólicos se ha ofrecido todos los días este sacrificio en la Iglesia católica; pero al presente, por singular providencia de Dios,

se renueva cada hora y aún cada instante, cumpliéndose á la letra aquella profecía: «De levante á poniente es mi Nombre grande entre las naciones, y en todo lugar se le ofrece una hostia inmaculada.» (Malaq. 1. II.) Porque, á la verdad, no amanece el sol en su carrera diaria, á pueblo alguno de la tierra, en donde no encuentre Sacerdotes que dicen Misa, perpetuándose de este modo sin interrupción el sacrificio de nuestros altares.

Y esto es en tal manera cierto, que, tomando como término medio la hora de España, Jesucristo se puede decir que se ofrece:

De seis de la mañana á mediodía, en Europa y África.

De nueve de la mañana á media tarde, en América.

De cuatro de la tarde á media noche, en Oceanía.

De diez de la noche á la mañana, en Asia.

Motivos.--Tenemos en cada uno de estos sacrificios verdadera participación, y sin embargo, ¡acaso no nos acordamos de ello! Debemos á Dios continuamente acatamiento y reverencia por su Majestad infinita; gracias

incesantes por sus beneficios siempre renovados; satisfacción por nuestras culpas, tantas veces reiteradas como perdonadas; tenemos grande y continua necesidad de sus gracias; y Jesucristo en cada momento se ofrece para ser por nosotros Hostia de adoración, acción de gracias, expiación é impetración; y ¿no nos apresuraremos á aprovecharnos de tales ofrecimientos.

Piérdense las almas, multiplícanse los pecados, no cesan los clamoreos de guerra, padece la Iglesia: y Jesucristo, para librarnos de tantos males, nos invita á unirnos á su perpetuo sacrificio; y ¿no le haremos caso?

Indicaremos ahora, para reparar este descuido, una devoción, que, propuesta por el P. Minardi, misionero de la Compañía de Jesús, muerto hace algunos años en Roma, en olor de santidad, fué enriquecida por Pío IX con muchas indulgencias. No conocemos, queridos asociados del Apostolado de la Oración, modo mejor de ejercitar éste con grande facilidad y provecho, que abrazando esta práctica tan conforme con el espíritu de la Santa Alianza del Corazón de Jesús.

Prácticas.— 1. Práctica interior.—

Unirse por actos de fé, esperanza y caridad al Corazón de Jesús, sacrificado perpetuamente en los altares; y participar así de su vida por medio de un ofrecimiento, hecho una vez al día por lo menos, de nuestras oraciones, obras y trabajos, en unión con las intenciones por las cuales se inmola el Salvador durante el mismo día, y renovado con frecuentes jaculatorias, transportándose con el pensamiento, lo más frecuentemente que nos sea posible, á la parte del mundo donde se consuma entonces el divino sacrificio.

2. Práctica exterior.—Rezar devotamente al principio del día, y durante la Misa, las oraciones siguientes:

Señor Dios Omnipotente, etc. página 327 y el ofrecimiento: *¡Oh Padre eterno*, que se halla al principio de la misa, página 192 y 193.

LOS SACRIFICIOS DIARIOS

OFRECIDOS

AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

No hay un solo día en nuestra vida en que no podamos hacer á Dios algún sacrificio; y con frecuencia, en un mismo día se nos presentan muchas ocasiones de ofrecérselos. Si supiésemos aprovecharlas, qué gran fondo de merecimientos no podríamos adquirir por este medio tan sencillo! Sólo con estos ejercicios cotidianos sería bastante para que llegásemos á ser santos, y grandes santos.

Vengo, pues, á ofrecéroslos ¡oh Divino Corazón de Jesús! y á pediros la gracia de poder haceros estos ofrecimientos de una manera digna de Vos. Enseñadme á utilizar ese manantial inagotable de méritos. Si he descuidado la práctica de ofrecéroslos, es porque no conocía su inestimable valor. ¡Cuántas ocasiones de merecimientos nos proporcionáis ¡oh Dios mío! durante el curso del día! En todos los instantes del mismo nos ofrecéis tesoros que perdemos, y que permitimos que nuestra negligencia nos robe.

I.—En el curso ordinario de la vida tenemos penas que sufrir y cruces que llevar. Entre las penas, algunas son tan

profundas, tan sensibles, tan dolorosas, que siempre las tenemos presentes, anegan nuestra alma en una amargura continua, y nos hacen pasar todos los días de la vida en la tristeza y el llanto....

¡Oh adorable Corazón de Jesus! Si supiésemos hacer que nos aprovechasen para el cielo y ofrecéroslas á medida que se presentan, ¡cuántos sacrificios, cuántas buenas obras no se elevarían diariamente desde este valle de lágrimas hasta los pies de vuestro excelso trono!

II.—Cada uno de nosotros tiene un estado en la sociedad: y en cada estado, todos los días hay deberes que llenar, y entre los deberes los hay penosos, incómodos, onerosos. Tenemos conveniencias y atenciones que guardar, cuidados, visitas que hacer y recibir, mil ocupaciones, mil sujeciones, otros tantos embarazos é inquietudes. Es necesario doblegar nuestra voluntad, contrariar nuestras inclinaciones, hacer muchas veces cosas contrarias á nuestros deseos: todo lo cual incomoda, inquieta; muchas veces nos fastidia y abruma.

¡Oh dulcísimo Corazón! Si todo esto lo soportáramos para gloria vuestra y según vuestro espíritu, todo ello, ofrecido á cada momento, ¡cuántos merecimientos no serían para la eternidad!....

III.—En la sociedad y en el comercio del mundo tenemos que tratar con perso-

nas juiciosas y afables, y con personas cuyos caracteres parecen hechos para ejercitar nuestra paciencia; y con unas y con otras es necesario vivir, y conservar con todas la paz y la caridad. Mas para llegar á conseguir esto, ¡cuánto trabajo no nos cuesta, y cuán sobre nosotros mismos no tenemos que estar en todos los instantes del día! ¡Cuántas veces tenemos que violentar y reprimir nuestros sentimientos! ¡Cuántas cosas que disimular! ¡Cuántos malos modos que sufrir! En una palabra, ¡cuántos sacrificios cada día, y á veces por toda la vida!....

Vos ¡oh Divino Corazón de Jesús! en las miras de vuestra Providencia, permitís que mutuamente ejercitemos nuestra paciencia, que mutuamente seamos nuestra cruz, que nos hagamos la vida triste y los días penosos, á fin de que todo esto sirva para nuestra perfección, y para hacernos santos y bienaventurados.

IV.—Y sin salir de nosotros mismos, sin buscar fuera de nosotros ocasiones de sacrificio, ¿cuántas no podemos encontrar en el fondo de nuestro propio corazón? ¿Cuántas espinas no nacen en él cada día? Cuántas ocasiones no se presentan en que es necesario armarnos contra nosotros mismos, contra nuestra vanidad, contra nuestra sensibilidad, callar cuando quisiéramos hablar, hablar cuando quisiéramos callar, renunciar á nuestros

gustos, vencer nuestras repugnancias; dominar nuestro mal humor, detener sus explosiones; en una palabra, comprimirnos, esclavizarnos?.. Tenemos incomodidades habituales, achaques diarios; ¿para qué andar quejándonos á todo el mundo y á cada instante, hasta incomodar y cansar, y hacernos insoportables á nosotros mismos y á los demás?

¿Por qué ¡oh Corazón amabilísimo de mi Jesús! no os los habíamos de ofrecer á sólo Vos y soportarlos entre Vos y nosotros? Vos, Dios mío, os compadeceríais, mientras que en nuestros semejantes muchas veces no hallamos más que una indiferencia que las aumenta, ó una insensibilidad que las hace más crueles. Atraedme hacia vos siempre, ¡oh Dios mío!

V.—Con frecuencia tenemos inquietudes interiores, cruces secretas que afligen al alma, penas personales que no podemos comunicar á nadie, que tenemos que ocultar y devorar en lo más íntimo de nuestro corazón.

Si supiésemos confiároslas ¡oh Corazón adorable de mi Salvador!, ofrecéroslas, hablaros de ellas, ¡cuántos auxilios, consuelos y merecimientos no encontraríamos en el seno de vuestra inefable bondad!....

VI.—A veces, en ciertas situaciones, nos desalentamos, caemos en el abatimiento, no podemos desechar el fastidio

DE EL SALVADOR

y el disgusto, no sabemos lo que nos turba y agita....

He aquí cuántos momentos ¡oh Corazón infinitamente amable! en que necesitaríamos recurrir á Vos, ofreceros el sacrificio de nuestras penas y de nuestro estado; y, sin entrar á discurrir sobre su causa, buscar en Vos el remedio. Tal es mi situación ¡oh Corazón de mi Dios! Tal es mi ceguedad y mi desgracia. Todo el día tengo en mi mano estos tesoros, y no los aprovecho; riquezas que podría centuplicar; otros tantos pasos que podría adelantar en el camino del cielo.

VII.—Todos los días de nuestra vida están marcados con el sello de la contradicción, nuestros proyectos se deshacen, nuestras esperanzas se desvanecen, y á cada paso se cambian en temor y desengaño. Nuestra alma abrevada de infortunios y nuestros corazones abatidos por la tristeza, consumidos con las fatigas de la vida, no gustan más que la desolación y el desamparo en las pruebas de vuestro amor. Conocemos que no hay virtud sin abnegación ni sacrificios; pero, ¡cuán amarga se hace la vida y pesadas nuestras cruces todas las veces que se llevan sin la debida resignación cristiana!

Sólo vos, dulcísimo Corazón de Jesús, podéis levantar nuestros corazones del abatimiento, templar nuestros dolores y enjugar nuestras lágrimas. Derramad,

DE EL SALVADOR

sí, derramad, dulcísimo Jesús, el bálsamo del consuelo que da la resignación, para que nuestros corazones sean semejantes al vuestro, pacientes con vuestra paciencia, sufridos con vuestros sufrimientos, y humildes con vuestra humildad, en el tiempo de la adversidad como en el de la consolación.

Pero estos sacrificios, oh Corazón de mi Dios, para que sean dignos de Vos, ¿de qué manera os los debo ofrecer? He aquí los sentimientos que me inspiráis:

PROPÓSITOS. Yo me diré á mí mismo: ¡Ay! Todos los días incurro en faltas, cometo pecados, y es una gracia que me concedéis el tener alguna cosa que ofreceros para expiarlos. Todos los días adelantaré, por esta vía, en el camino de la salvación; Vos me proporcionáis los medios; ¿seré yo tan infiel que los rechace y abuse de ellos?

Lo reconozco ¡oh Dios de mi corazón! que debo ofrecer, como las ofrezco desde hoy, mis penas de cada día, que dimanan de mi estado en la sociedad; aceptadlas en penitencia de mis culpas, que yo de mi parte las recibo como el purgatorio que deberé sufrir y el martirio que debo soportar. En adelante pondré en esto todo mi cuidado; y os suplico, Señor, que para ello me concedáis las gracias que me son necesarias. Amén.



LOS VIERNES

consagrados á honrar

AL SAGRADO CORAZON

I.

VIA CRUCIS

Se llama propiamente *Vía crucis*, ó camino de la cruz, el que nuestro divino Redentor anduvo cargado con ella. Acompañólo en él su Santísima Madre, la cual, después de la muerte de su Hijo, refiere la tradición que lo recorría frecuentemente sola ó acompañada de personas piadosas. A su imitación, tomaron los fieles de Palestina la costumbre de visitar las estaciones del vía crucis, y á ellos se fueron uniendo los peregrinos que iban á Tierra santa, animados por las muchas indulgencias que concedían los Sumos

Pontífices á esta devoción, hasta que el B. Alvar, religioso domínico, y luego los PP. Franciscanos destinados á la guarda de los santos lugares desde 1342, introdujeron en Europa este santo ejercicio, é hicieron los Pontífices extensivas aquellas indulgencias á los vía crucis canónicamente erigidos en cualquier templo.

«Es esta devoción muy eficaz para atraer á la virtud á los pecadores, animar y enfervorizar á los tibios, y perfeccionar á los justos.» (Benedicto XIV.)

Las indulgencias, que son muchas, son aplicables á las almas del Purgatorio.

Condiciones para ganar las indulgencias.

1. Recorer las estaciones una á una, ó por lo menos hacer algún pequeño movimiento de cuerpo hacia ellas, en caso de imposibilidad.

2. Meditar sobre la Pasión según la capacidad de cada uno. Es de *consejo* rezar en cada estación un *Padre nuestro* y *Ave María*, y hacer un acto de contrición.

3. Hallarse en gracia de Dios, pero no se requiere confesar y comulgar. Bastaría, pues, hacer un acto de contrición en la duda de hallarse en pecado.

4. No interrumpir el ejercicio, sino recorrer las estaciones al modo dicho, pero de una vez. Se pueden ganar tantas veces al día las indulgencias, cuantas se practique la devoción del vía crucis.

DE EL SALVADOR

5. Que el vía crucis esté erigido canónicamente por personas que tengan facultad para ello.

6 Es muy útil, pero no necesario, decir las oraciones siguientes ú otras que se hallan en los devocionarios, y los seis *Padre nuestros*, *Ave Marías y Gloria Patris* por la intención de Su Santidad.

«Esta devoción, así como es una de las más bien recibidas de los fieles, es también de las más á propósito para imprimir la compasión y ternura en los corazones. Porque ¿quién podrá considerar con ojos serenos las duras penas de su amoroso Padre? ¿Quién andar sino con modestia el camino que santificó el Salvador con sus huellas? ¿Y quién recapacitar en su mempria la acerbidad de aquellos dolores, sin quedar lastimado del más vivo sentimiento? Si algún sacrílego profanase, ó con la disolución de los ojos, ó con la inmodestia del labio, ó con la incontinencia de un corazón obsceno los misterios de aquel sagrado monte, se ría digno de un ejemplar escarmiento. Mire, pues, el cristiano al Calvario como escuela donde nos enseñó Cristo con su ejemplo lecciones de la más profunda sabiduría, que así será de singular provecho la práctica de este devotísimo ejercicio. Cuando fuere de una estación á otra, una con los del Salvador sus pasos, y procure meditar lo que en cada una se pre-

senta. No permita á sus sentidos aquella licencia vana que suele ser indicio de un alma distraída; pues pareciera muy mal que holgase el hijo teniendo á la vista de la consideración la muerte de su amoroso padre.» (*P. Hernández.*)

PRIMERA ESTACION

Donde azotaron y dieron sentencia de muerte al Señor.

Considera cuán injusta fué esta sentencia, pues el mismo juez conocía que Jesús era inocente, y lo testificaba, y sabiendo que por envidia acusaban á Cristo los judíos, lo entregó á su voluntad.

¡Oh dulce Jesús! No quiero entregaros á tan cruel tirano como es mi voluntad, antes quiero que yo y todas mis cosas se entreguen á la vuestra, porque mi propia voluntad es tan cruel, que no parará hasta crucificaros otra vez en mí por la culpa.

Aunque vió el Salvador que aquella sentencia era injustísima de parte del juez, pero mirando cómo venía por orden del Eterno Padre para remedio del mundo, luego la aceptó de muy buena gana, entregándose á la voluntad rabiosa de sus enemigos.

Gracias te doy, Señor, por el amor con que aceptaste sentencia tan cruel, por librarme de la condenación que contra mí estaba dada. ¿Con qué te pagaré, Señor? Pronto estoy para aceptar cualquier sentencia de trabajos que por tu ordenación contra mí se diere. Amén.

Padre nuestro, *Ave María y Gloria Patri.*

Bendita y alabada sea la Pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, y los dolores de su bendita Madre. Amén.

Señor, pequé, tened piedad y misericordia de mí.

Así se dice al fin de cada estación.

SEGUNDA ESTACION

Aquí le pusieron la cruz a cuestas.

Oída la sentencia, desnudaron á Jesús la vestidura de púrpura, y le vistieron la suya; mas no le quitaron la corona de espinas, por no darle aquel alivio.

Luego le trajeron el madero de la cruz, á cuya vista ponderaré lo que sentiría y diría dentro de su corazón: Dios te salve, diría, cruz preciosa, que tantos años has sido por mí deseada, y estás ya preparada para el que desea verse junto contigo.

Ven, y te abrazaré con mis brazos, porque me has de recibir en los tuyos. Ven, y te daré ósculo de paz con mi boca, porque tengo que reclinar en tí mi cabeza, y dormir en paz el último sueño de la muerte. ¡Oh, con qué ternura abrazaría nuestro Salvador su cruz, santificándola con aquel primer abrazo! ¡Con qué ganas la tomaría en sus manos, y la pondría sobre sus afligidos hombros!

¡Oh dulce Jesús! dame gracia para que mire tu cruz con tales ojos, y la abrace con este amor, y la busque con este deseo, gloriándome de la cruz, y no descansando hasta morir en ella. Amén.

TERCERA ESTACION

Aquí cayó el Señor la primera vez con la cruz.

Sobre este paso tan lastimoso tengo de considerar, lo primero, la grande afrenta del Señor saliendo de casa de Pilatos cargado de su cruz y en medio de ladrones, con voz de pregoneros que publicaban sus delitos, y con grande gritería del pueblo, concurriendo innumerable gente á ver este espectáculo.

¡Oh Angeles, que estáis mirando esta salida de vuestro Señor tan espan-

tosa! ¿cómo no salís de vuestro cielo á pregonar la causa de ella para volver por su honra?

Bien veo en este paso cuál se me descubre la profunda humildad del Hijo de Dios, para que aprenda á preciarme de sus desprecios, y á abrazarlos con amor á vista de todo el mundo.

¡Mas cuán grande aflicción y dolor sentiría el cuerpo flaco del Señor con carga tan pesada! ¡qué de veces tropezaría y arrodillaría con el peso, por estar muy debilitado con los tormentos pasados! ¡cómo sudaría de congoja oprimido con la carga de aquel madero! ¡cómo iría regando las calles con la sangre que corría de las llagas oprimidas, recrudecidas, hasta que por fin dió en tierra con el peso de la cruz.

¡Oh Señor, que sostienes con el dedo la máquina del mundo, y no pudiste aguantar el peso de la cruz que representaba mis culpas, oh, quién nunca te hubiera ofendido! Pero ya que la culpa es mía, razón es que lleve parte de la pena, y que cargue sobre mí la cruz que tengo merecida, aunque sucumba en la demanda. Yo, Señor, me ofrezco á llevarla como tú llevaste la tuya. Amén.

CUARTA ESTACION

Donde encontró á María Santísima.

A este espectáculo doloroso quiso hallarse presente la Sacratísima Virgen, saliendo al encuentro á su Hijo cargado con la cruz, en la calle de la Amargura.

¡Oh fortaleza de ánimo, oh corazón más que de diamante, que tuviste valor para penetrar por entre la turba de sayones, y llegar á ver con tus ojos á tu Hijo tan mal parado! ¿qué corazón puede pensar, qué lengua puede explicar tu dolor, tus llantos y suspiros, y el quebrantamiento de tu corazón cuando viste á tu amado Hijo en aquel estado y no lo pudiste socorrer? Vístelo injuriado, y no lo pudiste defender; vístelo infamado de malhechor, y no pudiste responder por él; viste escupido su rostro, y no lo pudiste limpiar; viste sus ojos corriendo lágrimas, y no se las pudiste enjugar.

Verdaderamente, no hay dolor semejante á tu dolor, como no hay amor semejante á tu amor.

Y tú, amado Jesús, ¿qué tormento no sentiste al ver presente á tu Madre

en aquel trance, y al cruzarse tus ojos con los suyos?

Por este tan acerbo dolor, líbrame de ver tu rostro airado, cuando salgas al encuentro á mi alma al separarse del cuerpo, para juzgarla. Muéstresele blanda y festiva tu faz divina, y llévala á gozar las eternas alegrías. Amén.

QUINTA ESTACION

Desde aquí le ayudó el Cirineo.

Aquí consideraré la grande fatiga con que caminaba el Señor, hasta que los judíos, temiendo se les muriese en el camino, le quitaron la cruz, no por aliviarlo, sino porque muriese en ella. Mas no hallándose quien la quisiese llevar, asieron de un hombre, llamado Simón Cirineo, y lo forzaron á que llevase la cruz detrás de Jesús.

¡Oh, quién diera fuentes de lágrimas á mis ojos para llorar los muchos que andan por el mundo enemigos de la cruz! Todos tenemos horror á la cruz, y no hay quien la lleve si no es forzado como el Cirineo; pero mientras unos la llevan impacientes y sin mérito, otros hacen de la necesidad virtud; y á otros

fuerza más suavemente el Señor con su inspiración, por la cual vencen la repugnancia de la carne, y se glorían de llevarla.

¡Oh dulce Jesús, pues á ninguno quieres obligar, y por eso dijiste: Si alguno quisiere venir en pos de mí, tome su cruz, y sígame; prevéngame tu gracia, para que yo mortifique mi carne que repugna y contradice, y tome de grado tu cruz, siguiéndote á tí, pues tan de grado la llevaste por mí. Amén.

SEXTA ESTACION

Donde encontró el Señor á la Verónica.

Entre tanto que cargaban con la cruz al Cirineo, se detuvo un rato el Salvador, y según la tradición, se sentó sobre una piedra que muestran á los peregrinos. Entonces una mujer llamada Verónica, viéndole el rostro tan oscurecido con la sangre mezclada con el sudor, se llegó con toda reverencia á limpiárselo con un lienzo blanco de tres dobleces, y en todos tres quedó impreso el rostro divino del Salvador, dejándole el Señor este regalo en pago del que de ella recibía.

¡Oh dulcísimo Salvador, que pagas el menor obsequio que te hacen tus

creaturas, con el cien doblado de gracias y mercedes! danos á todos los que compadecemos tus dolores, una prenda de que hemos de ver tu faz adorable en el cielo; y entre tanto, imprime en nuestras almas la memoria de tu pasión y muerte, para que agradecidos á tanto amor te sepamos corresponder con la observancia de tu santa ley. Imprime, Señor, tus divinos mandatos en nuestro corazón, y haznos después participantes del galardón que prometes en la gloria. Amén.

SEPTIMA ESTACION

Donde cayó segunda vez con la cruz.

A pesar del alivio que del Cirineo pudo recibir el Señor, cayó segunda vez en tierra. Considera cómo caminaba el Salvador, el cuerpo inclinado con el peso de la cruz, los ojos hinchados y como ciegos de las lágrimas y de la sangre, el paso lento por la flaqueza, las rodillas temblando, siguiendo á los dos ladrones, compañeros suyos en la pena, aunque muy desemejantes en la vida, con mofa y escarnio de los judíos, con empellones y maltratamientos de los verdugos, y con lágrimas y lamentaciones de las piadosas mujeres.

Habiendo llevado su cruz para mayor afrenta por las calles públicas de la ciudad, al salir de ella, en la puerta que llaman Judiciaria, cayó segunda vez el Señor, faltándole ya la fuerza para poder pasar adelante.

¡Oh Señor pacientísimo, que tanto quisiste padecer para enseñarnos la gravedad del pecado! en esta segunda caída veo cuán graves son los pecados de reincidencia, que hicieron caer una y dos veces al que sostiene el mundo. Dame, Señor, la mano, y sostén mi debilidad para que, perdonado una vez, no vuelva á caer de nuevo en la culpa. Amén.

OCTAVA ESTACION

Donde habló á las hijas de Jerusalén

Sobre este paso he de considerar cómo Cristo, en medio de tanto tropel de gente, y de tanta ignominia, conservó su divina autoridad, y, volviéndose á las mujeres que lo seguían y lloraban, les dijo: No lloréis por mí, sino por vosotras. En las cuales palabras, no prohibe el llorar su pasión, sino el modo, llorándola como miseria humana, y con olvido de la causa porque padece, que son nuestros pecados.

Aquí resplandece la infinita caridad de este Señor, que olvidando sus trabajos, quiere que lloremos los nuestros, y los de nuestros prójimos, y los castigos de los que no se aprovechan de su pasión. Y para eso dice: ¿Si en el madero verde se hace esto, qué será en el seco? Si á mí, que soy árbol verde y fructuoso, me trata así la divina Justicia por los pecados ajenos, ¿cómo castigará á los pecadores, que son maderos secos y desaprovechados por sus pecados propios?

¡Oh alma mía! ¿cómo no tiemblas del espantoso castigo que te espera, si eres árbol seco? ¡Oh Padre Eterno! apláquese vuestra ira con lo que padece vuestro Hijo inocente; y aunque yo, árbol seco, merezca ser cortado para el infierno, os suplico me comuniquéis la divina gracia para que lleve frutos dignos de vida eterna. Amén.

NOVENA ESTACION

Donde el Señor cayó tercera vez con la cruz

Continúa el Señor su camino desde el lugar donde habló á las mujeres que lo lloraban, hasta la falda del Calvario, cuando al llegar á pocos pasos de aquel sagrado monte, cayó en tierra la tercera y postrera vez.

Esta caída hubo de ser dolorosísima, pues estaba tan estenuado y falto de fuerzas el Señor, que no pudo ayudarse de manera alguna para amortiguar el golpe.

Míralo, alma mía, de nuevo lastimado y herido al dar contra el suelo con todo el peso de su cuerpo, y considera que tus pecados lo han puesto así. Tus repetidas maldades motivaron tan frecuentes caídas.

¡Oh Señor, caído ya por tercera vez bajo el peso de mis pecados! da fin á mis culpas, y levántame para que no vuelva más á caer. Sostenme con el santo temor de tus ocultos juicios, de la divina Justicia, y de la eterna condenación, de modo que me libres de ella. Amén

DECIMA ESTACION

Donde desnudaron de sus vestiduras al Señor

Aquí hemos de considerar cómo, hallándose pegada la túnica al cuerpo llagado del Señor, se la quitaron con tanta crueldad, que le renovaron las heridas y le hicieron otras de nuevo, y así, desnudo y ensangrentado, le expusieron á la vista del pueblo con grande ignominia. Sufrió

este tormento con suma paciencia, ofreciéndolo al Eterno Padre, por la confusión que nosotros merecíamos, y dándonos ejemplo de sufrimiento cuando nos faltare el vestido, y lo demás necesario para el cuerpo.

También nos dio ejemplo de mansedumbre, cuando apretado de sed, por estar muy desangrado, y haber hecho tantos caminos, recibió de los judíos vino mezclado con hiel y mirra amarga. Gustólo el Señor para pagar los deleites sensuales de nuestra gula, y para enseñarnos la paciencia cuando nos dieren comida desabrida en nuestra hambre y sed, pues en la suya le dieron hiel.

¡Oh Redentor mío! perdona las demasías que en el regalo de mi cuerpo he cometido, y pues me das tantas lecciones de sufrimiento, dame la gracia de ponerlas por obra. Amén.

UNDECIMA ESTACION

Donde el Señor fue clavado en la cruz

Después que Cristo estuvo desnudo, mandáronle los soldados que se tendiese de espaldas sobre la cruz, y al punto se tendió, extendiendo sus brazos y pies para que fuesen enclavados, dándome ejemplo de obedecer á mis superiores, aunque

sean malos y me aborrezcan. Dame gracia, Señor, para cumplir tus mandamientos, tendiéndome, si fuere menester, en cama de cruz, para morir en ella por tu amor.

Tendido así el Salvador, tomaron los soldados sus manos, y con clavos grandes las enclavaron, y de la misma manera enclavaron sus pies, vertiendo arroyos de sangre por las cuatro heridas. Considera cuán terrible dolor sintió Nuestro Señor con estas crueles heridas, por ser en las partes más nerviosas, y en cuerpo tan delicado.

¡Oh cuán bien te cuadra, Señor, el nombre que te puso Isaías, llamándote Varón de dolores, pues jamás hubo dolor que igualase al tuyo! Mis pecados son la causa de tanto dolor, los que yo cometí con las manos de mis malas obras, y con los pies de mis malos afectos. ¡Oh Padre Eterno! mirad estas llagas que os ofrece vuestro Hijo para remedio de las mías, y curadme de ellas. Amén.

DUODECIMA ESTACION

Donde fue puesta la cruz, estando el Señor crucificado en ella

En este paso hemos de considerar cómo, después de clavado el Señor, levantaron

los soldados la cruz en alto, y la dejaron caer de golpe en el hoyo que estaba abierto en la peña, extremeciéndose todo el cuerpo con gravísimo dolor. Levántate, oh alma mía, en alto con tu Señor, para enclavar tus afectos en la cruz. Mira el dolor y vergüenza que sintió al verse delante de tanta gente afrentado. Mira cómo la cabeza no tiene dónde reclinarse, porque si se reclina en la cruz, se le hincan más las espinas; las manos se le están rasgando con los clavos, por el peso del cuerpo; las heridas de los pies se van abriendo y dilatando con la carga del cuerpo, que estriba en ellos; y viendo á tu Señor tan rasgado con tormentos, rasga tu corazón de dolor de tus pecados.

Mira luego los cuatro arroyos de sangre que salen de las llagas. Llégate cerca de ellos, y con aquella sangre lávate de tus culpas. ¡Oh sangre preciosísima! lávame y embriágame con el exceso de amor con que fuiste derramada.

Por fin veré cómo, vaciándose las venas de la sangre, comenzó el rostro del Señor á demudarse, y los miembros del cuerpo á enflaquecerse, y faltando las fuerzas, entregó su espíritu al Padre.

¡Oh buen pastor, cuán bien habéis cumplido con vuestro oficio, dando la vida por vuestras ovejas!

Acordaos de mí, oveja errante, que

perecí, y con vuestra muerte devolvedme la vida. Amén.

DECIMATERCIA ESTACION

Donde la Virgen recibió y adoró el cuerpo difunto de su santísimo Hijo

Sobre este paso tengo de considerar cómo inspiró el Señor á José de Arimatea, que era discípulo de Cristo, pero oculto, un gran valor para entrar á Pilatos y pedirle el cuerpo de su maestro (en lo cual se ve la virtud de la Pasión qué destierra del alma toda cobardía); y luego en compañía de Nicodemus bajó de la cruz el cuerpo con grande reverencia. Recibiólo la Santísima Virgen en sus brazos, y abrazólo con ellos traspasada de dolor. Miraba todo el cuerpo de su Hijo en cada uno de sus miembros atormentados; contemplaba los huesos desencajados, besando los agujeros de las manos y las llagas del costado y de los pies; quedando su espíritu llagado con la vista de tantas llagas, y embriagado con tantas amarguras.

¡Oh Virgen Santísima! por el acerbísimo dolor que en este paso sentiste, dame contemplar con fruto las llagas de tu Hijo, para que viendo en ellas lo que costó mi redención, tenga en ma-

yor estima la salvación de mi alma. Amén.

DECIMACUARTA ESTACION

Donde el Señor fue sepultado

Hemos llegado al último paso, que es la sepultura del Salvador. Aquí veremos cómo los santos varones, ungido y envuelto en la sábana santa el cuerpo del Señor, lo colocaron en el sepulcro.

¡Oh Virgen Sacratísima! ¡qué dolor sentiría vuestro Corazón, viendo cubierto el rostro en quien se miran los Angeles! ¡Oh rostro más puro que el sol! ¿quién te ha cubierto con la nube de esta mortaja? Tu caridad lo ha hecho para librar de la muerte al Adán terreno, y quitar la nube de mis pecados, que me impide ver tu divino rostro.

¡Oh Virgen soberana! querría llorar con vos como el profeta Jeremías, y deciros: ¿Cómo estáis en soledad la que solíais ser como ciudad llena de pueblo? ¿Qué hacéis como viuda desamparada la que sois Señora de las gentes? No hay quien os consuele entre vuestros amigos, pues os falta el

que sólo podía deciros como á la viuda de Nain: no llores.

Mas consolaos, oh Madre afligida, cesen vuestros gemidos y suspiros, pare la corriente vuestras lágrimas, pues el grano que sembrásteis en el sepulcro saldrá vivo con su fruto muy copioso, para premiar vuestra soledad y tristeza. Amén.

Este Vía-Crucis está sacado de las *Meditaciones* del V. P. Luis de la Puente.

ADORACIÓN

á las cinco llagas

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, por ser Vos quien sois, y porque os amo sobre todas las cosas como á bondad infinita, me pesa de haberos ofendido y propongo con vuestra divina gracia de nunca más pecar, y de confesarme de todos mis pecados, huyendo las ocasiones de ofenderos. Admitidme, Señor, á vuestros divinos

pies para adorar vuestras Sacratísimas Llagas, y pediros por ellas y los dolores de vuestra dulcísima Madre me concedáis una buena muerte, y el reinar en vuestra compañía en la gloria. Amén.

A la Llaga del pie izquierdo

Señor mío Jesucristo, adoro la santísima llaga de vuestro pie izquierdo. Os doy gracias por el dolor que sufristeis con tanta caridad y amor. Compadezco vuestras penas, y los dolores excesivos de vuestra Madre Santísima, y os pido perdón de todos mis pecados, de los cuales me pesa sobre todo mal, por haberos ofendido á Vos, bondad infinita, y no quiero nunca más pecar. Convertid á todos los pecadores, y hacedles conocer la gravedad, la torpeza y la enormidad del pecado mortal.

Un Padre Nuestro, Ave María y Gloria Patri.

A la Llaga del pie derecho.

Señor mío Jesucristo, adoro la santísima llaga de vuestro pie derecho. Os doy gracias por el dolor que sufris-

teis con tanta caridad y amor. Compadezco vuestras penas, y el dolor de vuestra Santísima Madre, y os suplico, que me concedáis por ellos, fortaleza, en las tentaciones, y pronta obediencia á la ejecución de la Divina Voluntad. Y consolad, Jesús mío, á todos los pobres afligidos, perseguidos y tentados. Diriijd, justísimo Juez, á los que administran la justicia, y asistid á los que auxilian á las almas entre fieles é infieles.

Un Padre Nuestro etc.

A la Llaga de la mano izquierda.

Señor mío Jesucristo, adoro la santísima llaga de vuestra mano izquierda. Os doy gracias por el dolor sufrido en ella con tanto amor y caridad. Compadezco vuestros martirios, y los de vuestra Madre Santísima, y por ellos os suplico me libréis de las penas del infierno, y me concedáis paciencia y conformidad con la Voluntad Divina, en todas las contrariedades de esta vida, ofreciéndoos todos mis padecimientos internos y externos en satisfacción de mis pecados con que tantas veces he merecido las penas eter-

nas. Y os pido por todos mis perseguidores y enemigos. Dad paciencia y salud á todos los enfermos, y consolad á todos los agonizantes con la asistencia de vuestra gracia, para que no perezcan.

Un Padre Nuestro etc.

A la Llaga de la mano derecha.

Señor mío Jesucristo, adoro la santísima llaga de vuestra mano derecha. Os doy gracias, por el dolor sufrido en ella con tanto amor y caridad. Compadezco vuestras penas y las de vuestra Madre Santísima, y por ellas, os suplico, me concedáis un firme y resuelto deseo de mi eterna salvación y la perseverancia final en la gracia, á fin de asegurar el goce de aquella gloria que me habéis merecido con vuestra Preciosísima Sangre. Y dad, Jesús mío, verdadero descanso y paz á las benditas ánimas del Purgatorio, y perfeccionad siempre más á las almas santas y á Vos aceptas, que viven en la tierra y que practican esta devoción.

Un Padre Nuestro etc.

DE EL SALVADOR

A la Llaga del santísimo costado.

Señor mío Jesucristo, adoro la llaga santísima de vuestro sagrado costado. Os doy gracias, por la prueba de tan entrañable amor que me habéis dado en la apertura de vuestro inflamado Corazón. Compadezco vuestra afrenta, y el dolor de vuestra Madre Santísima, y concededme por ellos vuestro puro y santo amor y caridad perfecta, á fin de que, amándoos á Vos, Dios mío, sobre todo lo creado, y todas las cosas en Vos y por Vos, se haga digna mi alma, aunque miserable, de espirar y ser acogida en vuestro dulcísimo Corazón. Amén.

Asistid, Jesús mío, á la Santa Iglesia, vuestra Esposa, al Sumo Pontífice, á todos los Príncipes eclesiásticos y seculares: unidlos y ligadlos con vuestra divina voluntad, y confundid á todos los herejes, cismáticos é infieles, é iluminadlos para que conozcan, adoren y amen vuestra sola y eterna verdad. Amén.

Un Padre Nuestro etc.

SIETE OFRECIMIENTOS

DE LA SANGRE DE JESUCRISTO AL ETERNO PADRE.

1.—Yo os ofrezco, oh Padre Eterno, los méritos de la sangre preciosísima de Jesús, vuestro amado Hijo, y mi divino Redentor, que manó de la llaga de su divino Corazón, por la propagación y exaltación de la santa Iglesia, por la conservación y prosperidad de su cabeza visible el Pontífice Romano, por los Cardenales, Obispos y Pastores de las almas, y por todos los Ministros del Santuario.

Gloria Patri, etc.

Jaculatoria.—*Sea siempre bendito y ensalzado Jesús, que con su sangre nos ha salvado.*

2.—Yo os ofrezco, Padre Eterno, los méritos de la sangre purísima de Jesús, vuestro amado Hijo y mi divino Redentor, que manó de las llagas de sus santísimas manos perforadas con los clavos, por la paz y concordia de los Reinos y Estados católicos, por la humillación de los enemigos de la san-

DE EL SALVADOR

ta Fe, y por la felicidad del pueblo cristiano.

Gloria Patri, etc.

Jaculatoria.—*Sea siempre bendito y ensalzado Jesús, que con su sangre nos ha salvado.*

3.—Yo os ofrezco, Padre Eterno, los méritos de la sangre preciosísima de Jesús, vuestro amado Hijo y mi divino Redentor que salió de las aberturas de sus sacratísimos pies, atravesados con los clavos, por el arrepentimiento de los incrédulos, por la extirpación de todas las herejías, y por la conversión de los pecadores.

Gloria Patri etc.

Jaculatoria.—*Sea siempre bendito y ensalzado Jesús, que con su sangre nos ha salvado.*

4.—Yo os ofrezco, oh Padre Eterno, los méritos de la sangre preciosísima de Jesús, vuestro amado Hijo y mi Redentor, que hicieron brotar de sus sacratísimas sienes agudísimas espinas, por mis parientes, amigos y enemigos, por los indigentes, enfermos y atribulados, y por todos aquellos por

quienes os debo rogar, y Vos queréis que yo ruegue.

Gloria Patri, etc.

Jaculatoria.— *Sea siempre bendito y ensalzado Jesús, que con su sangre nos ha salvado.*

5.—Yo os ofrezco, oh Padre Eterno, los méritos de la sangre preciosísima de Jesús, vuestro amado Hijo y mi divino Redentor, que derramó en los azotes sufridos al pie de la columna, por todos los que en este día pasarán á la otra vida, para que los libréis de las penas del infierno, y los admitáis con la mayor solicitud á la posesión de vuestra gloria.

Gloria Patri, etc.

Jaculatoria.—*Sea siempre bendito y ensalzado Jesús, que con su sangre nos ha salvado.*

6.—Yo os ofrezco oh Padre Eterno, los méritos de la sangre preciosísima de Jesús, vuestro amado Hijo y mi divino Redentor, que brotó de su sacratísimo cuerpo en la agonía de Gethsemaní, por todas mis necesidades espirituales y temporales, en sufragio de las almas santas del purgatorio, y es-

pecialmente de las que han sido más devotas de la preciosa Sangre, precio de nuestra Redención, y de los dolores y penas de nuestra amantísima madre, la Santísima Virgen.

Gloria Patri, etc.

Jaculatoria.—*Sea siempre bendito y ensalzado Jesus, que con su sangre nos ha salvado.*

7.—Yo os ofrezco, oh Padre Eterno, los méritos de la sangre preciosísima de Jesús, vuestro amado Hijo y mi Redentor, que derramó en la circuncisión, y por sus méritos y virtud, suplicamos á vuestra divina Majestad, nos concedáis vuestra santa bendición, para que por ella podamos vernos defendidos de nuestros enemigos y libres de todos los males. Amén.

Gloria Patri, etc.

Jaculatoria.—*Sea siempre bendito y ensalzado Jesús, que con su sangre nos ha salvado.*

300 días de indulgencia por cada vez, y plenaria al mes si se practica todos los días. [Pío IX, año 1869.]

V. *Os suplicamos, Señor, que favorezcáis á vuestros siervos.*

R. *Que redimisteis con vuestra preciosa sangre.*

ORACIÓN

¡Oh preciosísima Sangre, fuente de vida eterna! precio y rescate de todo el universo, bebida y purificación de nuestras almas, que defendeis continuamente la causa de los hombres ante el trono de la suprema misericordia. ¡Ah! profundamente os adoro; y quisiera, en cuanto me es posible, compensaros de las injurias y de los ultrajes que recibís de continuo de las creaturas, y especialmente de los que temerariamente osan blasfemaros. ¿Y quién no bendecirá á esta sangre de infinito valor? ¿Quién no se sentirá inflamado de amor para con Jesús que la derramó? ¿Qué sería de mí si no hubiera sido redimido con esta sangre divina? ¿Quién la sacó de las venas de mi Señor hasta la última gota? ¡Ah! fue ciertamente el amor. ¡Oh amor inmenso que nos has dado este bálsamo tan saludable! ¡Oh bálsamo inestimable, salido de la fuente de un amor inmenso! Haced, Jesús mío, haced que todos los corazones, todas las lenguas os alaben, agradezcan y

ensalcen ahora y siempre, y hasta el día de la eternidad. Amén.

300 días de indulgencia, una vez cada día. (Pío IX, año de 1849.)

Jaculatoria.—*¡Oh Padre Eterno! yo os ofrezco la preciosísima sangre de Jesucristo en satisfacción de mis pecados, y por las necesidades de la Iglesia.*

(100 días de indulgencia cada vez. Pío VII, 29 de marzo 1817.)

DEVOCION

AL

SANTISIMO CORAZON DE JESES

PARA TODOS LOS VIERNES DEL AÑO

Amabilísimo y dulcísimo Jesús: aquí está este pecador ingrato, que se vale de vuestro Corazón, para conseguir el perdón de sus pecados, pesándome de todos por ser Vos el ofendido; dad á mis ojos verdaderas lágrimas, que naz-

can de mi corazón contrito, para que llore mis enormes culpas: confío en vuestra infinita bondad, me habéis de perdonar: Señor, pequé, tened misericordia de mí. Amén.

ORACIÓN

¡Oh Corazón de mi amado Jesús, hoguera inmensa de divinas llamas! inflamad los nuestros con el celestial fuego de vuestro ardentísimo amor, para que con toda atención y devoción hagamos este sagrado ejercicio de alabanzas á honra y gloria vuestra y provecho de nuestras almas. Amén.

ALABANZA PRIMERA

Alábote, bendígote y adórote, ¡oh Corazón de Jesús, mi amado, por mi amor crucificado!—*Padre nuestro*, *Ave María y Gloria*.

V. Jesús en mi corazón.

R. Y mi corazón en el Corazón de Jesús.

SEGUNDA

Alábote, bendígote y adórote, ¡oh Corazón de Jesús, mi amado, con espinas de mis culpas coronado!—*Padre nuestro*, *etc.*

V. Jesús en mi corazón.
R. Y mi corazón en el Corazón de Jesús.

TERCERA

Alábote, bendígote y adórote, ¡oh Corazón de Jesús, mi amado, por mi amor alanceado!—*Padre nuestro, etc.*

V. Jesús en mi corazón.
R. Y mi corazón en el Corazón de Jesús.

¡Oh Corazón de mi amado Jesús, cargado con la pesada cruz de mis culpas, coronado con las espinas de mis ingratitudes y llagado con la lanza de mis pecados! ¡Oh Jesús de mi vida! cruz, espinas y lanza he sido para vuestro Corazón con mis repetidas ofensas: éste es el retorno, con que, ingrato, he correspondido á las dulces y amorosas lágrimas de Belén y á la extrema pobreza en que por mi amor nacísteis: este es el agradecimiento y recompensa que han tenido vuestros trabajos y vuestra Preciosísima Sangre derramada con tanto amor por la salud de mi alma: esta es la paga de aquella excesiva fineza que obrásteis en el Cenáculo, cuando, abrasado en caridad y encendido en divinas llamas, os

quedáisteis por mi amor sacramentado, buscando amante la bajeza de mi pecho para recreo de vuestra bondad. ¡Oh Jesús de toda mi alma! parece que hemos andado á competencia los dos, Vos con finezas, yo con ingratitudes: Vos con un amor que no tiene igual y, yo con un menosprecio que no tiene semejante: Vos con tanto amor regalándome y dándome en el Sacramento la dulzura de vuestro Corazón, y yo dándoos por la cara con la hiel de mis culpas. ¡Oh Corazón de mi amado Jesús! ¡Oh Jesús de mi corazón, piadosísimo en esperarme! compadeceos de mi miseria y perdonadme misericordioso cuanto, ingrato, os he ofendido, concediéndome benigno que esas espinas con que os veo punzado saquen lágrimas de mi corazón contrito, con que llore mis repetidas ingratitudes, y por esas vuestras amorosas y dulces llagas, llagad y herid este mi corazón con la dulce y ardiente flecha de vuestro amor, para que os ame y sirva, para que os alabe y bendiga, y después eternamente gozaros. Amén.

GOZOS

A este corazón llagado
Le dirás con gran dolor:
¡Ay! Carazón de mi amado,
Cuánto te cuesta mi amor!

Sangre Jesús ha sudado,
Afligido en la oración,
Y después en la prisión
Por tierra lo han arrastrado.
Allí lo verás pisado
Con ira, rabia y furor:
¡Ay! Corazón de mi amado,
Cuánto te cuesta mi amor!

R. ¡Oh divino Corazón!
Danos una buena muerte
Por tu sagrada pasión.

En la columna está atado,
Y con garfios y cordeles
Dándole azotes crueles
La carne le han arrancado:
El suelo mira regado
Con la Sangre del Señor:
¡Ay! Corazón de mi amado,
Cuánto te cuesta mi amor!

R. ¡Oh divino Corazón! etc.

Míralo todo llagado
En lo alto de un balcón

Con vestido de irrisión
Y de espinas coronado:
Míralo abofeteado
Por amor al pecador:
¡Ay! Corazón de mi amado,
R. ¡Oh divino Corazón! etc.

Descalzo y apresurado
Va caminando Jesús
Y cayendo con la Cruz
De nuevo se ha latismado:
De puntillones le han dado
Llenos de infernal furor:
¡Ay! Corazón do mi amado,
Cuánto te cuesta mi amor!
R. ¡Oh divino Corazón! etc.

Medio arrastrando ha llegado
Al Calvario sin aliento,
Y allí desnudo y sangriento
Pies y manos le han clavado:
Todo herido y destrozado
Muere por tí el Redentor:
¡Ay! Corazón de mi amado,
Cuánto te cuesta mi amor,
R. ¡Oh divino Corazón! etc.

Clavado en la Cruz advierte
Que abierto tiene el costado,
Mostrándote alanceado
El Corazón por quererte:
El agua y sangre que vierte

Te abrasará con su ardor:
¡Ay! Corazón de mi amado,
Cuánto te cuesta mi amor!

R. ¡Oh divino Corazón!
Danos una buena muerte
Por tu sagrada pasión.

¡Oh mi Jesús y Divino Maestro, á los pies de Judas humillado, en el huerto lleno de sangre y pisado! haced mi corazón manso y humilde según el vuestro.

Alábote, bendígote y adórote, ¡oh divino Corazón!

R. *Enciéndeme con tus llamas, y abrásame con tu amor.*

ORACIÓN

¡Oh Jesús amantísimo de mi corazón, tan ansioso del bien de mi alma, que sufristeis por mi amor ser preso como facineroso; arrastrado como malhechor; abofeteado como insolente; escupido como blasfemo; azotado como miserable esclavo; coronado con infamia como rey de burlas; pospuesto á Barrabás, y condenado por traidor á muerte de cruz; y sin descansar aquella infernal canalla, os cargan el pesado ma-

dero, y os llevan por las calles públicas de Jerusalén, coronado y claveteado de agudas y penetrantes espinas, desgreñado el cabello, y por partes arrancado; lleno de sangre, de polvo y de asquerosas salivas el cielo de vuestra cara; esmaltadas vuestras hermosas mejillas con sangrientos cardenales; con una soga de esparto á la garganta; descalzo y ensangrentados vuestros santísimos pies, y pregonado por traidor, al sonido de trompetas; celebradas vuestras caídas con risadas y puntillones, y así cayendo y medio arrastrando, sin aliento y casi sin vida, llegasteis á la cumbre del Calvario, donde, sediento de más padecer, desnudo vuestro llagado y destrozado Cuerpo, desencajados los huesos, desamparado de Dios Padre, temblando la tierra y en tinieblas todo el mundo, disteis por mi amor la vida, muriendo crucificado entre dos ladrones, y abierto vuestro costado á golpe de lanza, quedó vuestro Corazón patente traspasado del cruel acero, y derramando amoroso la sangre que en él se había refugiado! ¡Oh Corazón alanceado, viva y dulce fuente de celestiales delicias! lávame con esa agua, y enciénde-

me con esa sangre para que me abrase en tu amor. ¡Ea, corazón mío! pues tienes en aquel pecho abierta aquella celestial puerta, da un vuelo, éntrate por ella al Corazón de tu Amado, que allí seguramente descansarás, y allí verás qué bueno, qué amable y qué dulce es el nido de tu habitación: allí sin sustos vivirás: allí, si estás frío, te calentarás: allí, en sus llamas, te abrasarás: allí, en su amor, te encenderás: allí, en sus dulzuras, te anegarás, y últimamente, allí conseguirás la vida eterna, donde todos le alabemos para siempre. Amén.

Á NUESTRA SEÑORA

Alabado sea el Corazón de María Santísima. *Ruega, Madre, por nosotros.*

Corazón de María, todo amor y misericordia. *Ruega*, etc.

Corazón de María, consuelo de afligidos. *Ruega*, etc.

Corazón de María, refugio de pecadores. *Ruega*, etc.

Corazón de María, seguro amparo en la muerte. *Ruega*, etc.

Corazón de María, en el Calvario martirizado. *Ruega*, etc.

Corazón de María, con espada de dolor traspasado. *Ruega*, etc.

Corazón de María, al pie de la Cruz triste y desconsolado. *Ruega*, etc.

Alábote, bendígote y adórote, ¡oh Corazón de María!

Por tus penas y dolores.

Danos eterna alegría.

ORACIÓN

¡Oh amantísima y compasiva Madre dolorida, al pie de la cruz llena de inmensa amargura, y mirada como Madre de un ajusticiado! dignaos, Señora, de patrocinar este sagrado ejercicio del Corazón de vuestro Hijo, corriendo por vuestras manos el más feliz despacho en la necesidad que os hago presente, ansioso también de resarcir con este culto las injurias y crueles ingratitudes hechas contra el Corazón de mi amado Jesús Sacramentado, y os pido, por la espada de dolor que atravesó vuestra santísima alma y venerable Corazón, viendo alancear el costado amante de mi querido Jesús, me alcancéis una flecha del amor divino, que atravesando mi pecho se clave en mi corazón, para que abrasado en

sus divinas llamas, viva siempre en su amor ardiendo, y que, en muriendo, recibáis mi alma y la pongáis en las piadosas manos de mi amado Jesús, para que así sea mi muerte víspera de la eterna gloria, donde os alabe para siempre. Amén.

Bendito y alabado sea el Sagrado Corazón de María Santísima, y amados sean de todas las creaturas el Sagrado Corazón de Jesús y el de María. Amén.





EL PRIMER VIERNES DE MES

SANTIFICADO POR LA DEVOCIÓN

Al Corazòn de Jesús

Entre los ejercicios que han adoptado las almas buenas para honrar al Sagrado Corazón de Jesus, no ocupa el postrer lugar la piadosa devoción de consagrarle el *primer viernes de cada mes*. El mismo Señor escogió este día para su culto, cuando tan repetidas veces encomendó á la Beata Margarita que lo santificase con la comunión sacramental; y además la favoreció en tales viernes con frecuentes apariciones y penas extraordinarias.

El fin que se propone la piedad cristiana, al honrar al Señor con especial culto y fervor estos días, ès reparar los ultrajes que recibe su Divino Corazón en el Sacra-

mento del altar, y renovar su espíritu con nuevos afectos de amor y deseo de la perfección. Por eso en muchas iglesias se expone el Santísimo Sacramento, y se le hacen frecuentes visitas; y como el mejor modo de honrar al Sagrado Corazón, es procurar la propia santificación, escogen varias personas este día para el retiro mensual, que tanto recomiendan los maestros de la vida espiritual, y cuyos ejercicios son los siguientes: 1º, examinar cómo se ha pasado el mes anterior; 2º, pensar en los medios que más han de ayudar para emplear santamente el mes que sigue; 3º, unirse al Corazón Sagrado, logrando así hermanar el retiro mensual con la devoción al Corazón de Jesús, en quien encuentra el alma fiel un modelo acabado de perfección, estímulo poderoso para procurar alcanzarla, y auxilios eficaces para llegar á ella.

Hay una devoción tan antigua como ésta, y muy recomendada en los escritos de la Beata Margarita, que lleva el nombre de *Oficios del Corazón de Jesús*. Reúnense nueve personas para honrar é imitar los oficios que ejerció el Salvador en su vida mortal, y los distribuyen entre sí la víspera del primer viernes, sirviéndose de una hoja volante, que contiene el oficio y la virtud que á cada uno toca practicar, la explicación de cada oficio, con las virtudes que en él se han de ejercitar

cada mes. Será, pues, útil y provechoso este tratado para esa clase de personas, y les ayudará á cumplir su oficio. Pueden también escoger el domingo primero, en vez del viernes, si les fuere más cómodo este día.

REGLAS QUE SE HAN DE OBSERVAR EL DÍA DE RETIRO

1a. La víspera por la noche comenzará la preparación, pidiendo las luces del Espíritu Santo y la asistencia de la Santísima Virgen, haciendo alguna mortificación en la mesa, y recogiéndose teniendo fijo el pensamiento en lo que se ha de meditar el día siguiente.

2a. Al despertar, pronunciar devotamente los nombres de Jesús y de María, hacer la señal de la cruz, pensar que este día se nos da para arreglar las cuentas con Dios, y evitar, al vestirse y asearse, toda distracción y disipación del espíritu. Es de suma importancia comenzar así el día, si se quiere sacar mucho fruto de tan saludable ejercicio.

3a. Una vez vestido, te retirarás á un lugar donde puedas estar con sosiego, sea en la iglesia, ó sea en casa, y harás media hora de oración ó meditación. Lee despacio, como quien trata de meditar más bien que de leer; párate de cuando

en cuando á reflexionar lo que vas leyendo; pide al Espíritu Santo que te ilumine. Bueno es tener ya dispuesto desde el día antes lo que se ha de meditar. Si prevés que no has de tener tiempo después, haz ahora el ejercicio de la buena muerte, que se pone al fin de este libro.

4a. Si puedes, comulga sacramentalmente esta mañana, con aquellas disposiciones que quisieras y debieras tener al recibir al Señor como viático. Oye Misa con más fervor que otras veces, pidiendo á Dios la gracia de una buena muerte, gracia que pocos se acuerdan de pedir, y que es, sin embargo, la mayor de las gracias.

5a. Entre día harás un examen minucioso de todas tus obras, después de pedir al Espíritu Santo te ilumine el entendimiento para que veas claro en la oscuridad de los senos de tu conciencia, y puedas enderezar lo torcido de tus obras y pensamientos, y quitar los siniestros de tu alma.

6a. Por la tarde emplearás media hora, ó un cuarto de hora por lo menos, en el ejercicio de la buena muerte, si no lo hubieres hecho por la mañana. Ten entendido que este ejercicio y el del examen práctico, son los más importantes del día de retiro, y nunca se deben omitir.

7a. Si te sobrare tiempo, añade otras devociones, como leer libros de piedad,

andar los pasos del Vía-Crucis, visitar el Santísimo, á los pobres, ó á los enfermos, etc.

8a. Será muy conveniente tomar un ratito de tiempo para pensar seriamente en la *elección de estado*, ó si ya se ha elegido, en el modo más conveniente de enmendarse de las faltas que en él más frecuentemente se cometen, así como de ver con qué medios hará mayores progresos en el camino de la perfección propia de su estado.

9a. Antes de acostarte, puedes repetir los actos que se ponen al fin de la preparación para la muerte; y, hasta coger el sueño, conserva los pensamientos que han ocupado tu memoria todo el día de hoy. Al despertarte mañana ofrecerás á Dios el nuevo mes que empieza, y le pedirás gracia para pasarlo santamente, y empezarás á cumplir los propósitos que has hecho.

Finalmente, léase con la debida detención el Plan ó Método de vida para ver si á él se ajustan nuestras obras.

ACTO DE CONSAGRACIÓN

¡Oh Corazón de Jesús! Yo quiero consagrarme á tí con todo el fervor de mi espíritu. Sobre el ara del altar en que te inmolas por mi amor, deposito todo mi sér: mi cuerpo, que respetaré como tem-

plo en que tú habitas; mi alma, que cultivaré como jardín en que te recreas; mis sentidos, que guardaré como puertas de tentación; mis potencias, que abriré á las inspiraciones de tu gracia; mis pensamientos, que apartaré de las ilusiones del mundo; mis deseos, que pondré en la felicidad del Paraíso; mis virtudes, que florecerán al abrigo de tu protección; mis pasiones, que se someterán al freno de tus mandamientos; y hasta mis pecados, que detestaré mientras haya odio en mi pecho, y que lloraré sin cesar mientras haya en mis ojos lágrimas. Mi corazón quiere desde hoy ser para siempre todo tuyo, así como tú ¡oh Corazón divino! has querido ser siempre todo mío. Tuyo todo, tuyo siempre, no más culpas, no más tibieza. Yo te serviré por los que te ofenden; pensaré en tí por los que te olvidan; te amaré por los que te odian; y rogaré y gemiré y me sacrificaré por los que te blasfeman sin conocerte. Tú, que penetras los corazones, y sabes la sinceridad de mi deseo, comunícame aquella gracia que hace al débil omnipetente, dame el triunfo del valor en las batallas de la tierra, y cíñeme la oliva de la paz en las mansiones de la gloria. Amén.

Tres "Padre nuestros" al Sagrado Corazón de Jesús en reverencia de las tres insignias de la Pasión con que se mostró á la Beata Margarita María.

ACTO DE DESAGRAVIOS

Al Sagrado Corazón de Jesús

y al de María Santísima.

¡Oh Corazón adorable de mi amado Jesús! trono de todas las virtudes, manantial inagotable de todas las gracias, ¿qué habéis visto en mí que así os empeñasteis en amarme con tanto exceso, mientras que mi corazón afeado con mil pecados no ha tenido para con Vos sino tibieza, insensibilidad y olvido? ¿No bastaba ¡oh Salvador mío! haberme redimido á costa de tantos trabajos y sudores y de vuestra misma vida, sino que no contento aún imaginasteis nuevos medios de manifestarme vuestro tierno amor, instituyendo la adorable Eucaristía para alimentarme con vuestra propia sustancia, ofreceros cada día como víctima de expiación por mis pecados, y ser de continuo mi fiel compañero durante esta peligrosa peregrinación. ¡Ah, Señor! ¿de qué modo podré yo corresponder á testimonios tan evidentes de la ternura de vuestro amor para conmigo? Aceptad por lo menos ¡oh mi amable Salvador! el deseo que tengo de consagrarme del todo á la honra y gloria de vuestro Sagrado Corazón. Yo os hago libre y espontánea donoción y entrega de mi persona y de mi vida, de

mis acciones, trabajos y sufrimientos, deseando ser una víctima ofrecida á vuestra gloria, ahora abrasada y algún día del todo consumida en las llamas sagradas de vuestro amor. Para Vos solo hicisteis mi corazón, vuestro será en adelante: á Vos se dirigirán todos sus sentimientos y afectos. Desde este momento pondré todo mi empeño en que mis deseos sean conformes á los deseos de vuestro Corazón adorable. ¡Oh mi Dios! ¡cuán grandes son para conmigo vuestras misericordias! ¿Y quién soy yo para que os dignéis aceptar el sacrificio de un tan indigno y miserable corazón? Recibidlo, Señor, tal cual es, atendiendo, no á la pobreza del don, sino á la sincera voluntad con que os lo ofrezco. Enriquecedlo Vos con vuestros divinos dones y gracias para que os sea más agradable. Hacedlo puro, generoso, mortificado y humilde como el vuestro, y ahora y siempre sumiso á vuestra santísima voluntad.

Y Vos ¡oh Corazón purísimo de María! entre todas las puras creaturas el más adornado de gracia y santidad, espejo perfectísimo en que resplandecen en sumo grado todas las perfecciones del Corazón de Jesucristo, vuestro Hijo; pedidle tenga por bien recibir con agrado y bendecir este mi humilde ofrecimiento. Sed Vos misma ¡oh Madre amantísima! la ejecutora de esta mi voluntaria donación. Y

pues vuestro purísimo Corazón está tan inseparablemente unido al de Jesús, que sus bienes son los vuestros, y unos mismos los deseos é intereses de ambos, tomad Vos también como cosa y posesión vuestra este mi pobre y mezquino corazón.

¡Oh Corazones amabilísimos de Jesús y de María! logre yo la dicha de no apartar jamás mis pensamientos de tan dulces objetos: sed para mí como dos fortalezas inexpugnables, que defiendan mi corazón á derecha é izquierda de las asechanzas de mis enemigos interiores y exteriores, visibles é invisibles, para que pasando con seguridad por entre las cosas prósperas y adversas, llegue felizmente al puerto deseado. Dilatad los senos de vuestra misericordia, y compadeceos de mis miserias y de las de todos mis prójimos. Mirad las tinieblas de los infieles, la ceguedad de los herejes, el peligroso y lamentable estado de los pecadores, las lágrimas y aflicción de los justos. Dad ¡oh Sagrados Corazones! á la Iglesia el triunfo tan deseado para gloria vuestra y bien de tantas almas, que sin un pronto remedio, se perderán para siempre. ¡Oh Corazón amante de Jesús! ¡Oh tierno y compasivo Corazón de María! Unidnos á todos en unos mismos sentimientos de fraternal unión y caridad, de odio al pecado, de humilde sumisión a la Santa Iglesia, y de deseos de vivir en todo sujetos á

vuestra voluntad, para crecer cada día más en vuestro amor, y lograr la dicha de alabaros y bendeciros por toda la eternidad en la gloria. Amén.

DESAGRAVIOS

Al Sagrado Corazón de Jesús.

Señor mío Jesucristo, que os ofendéis con la culpa y os aplacáis con la penitencia, oíd benigno las súplicas con que imploramos vuestro perdón y misericordia. Os rogamos, Señor, por los que no os ruegan, os bendecimos por los que os maldicen, os adoramos por los que os ultrajan, y por ellos y por nosotros os pedimos perdón y misericordia.

Por nuestros pecados, por los de nuestros padres y hermanos, por los de nuestros amigos y enemigos, por los del mundo entero,

Por nuestra soberbia, por nuestros odios y rencores, por nuestros desprecios de los pobres, por nuestros abusos de los débiles,

Por nuestras avaricias, por las usuras é injusticias, por los fraudes y robos, por el lujo y profusión en los gastos,

Por las deshonestidades, por las conversaciones impuras, por las infide-

Misericordia, Señor, misericordia.

lidades de los esposos, por el libertinaje de los jóvenes,

Por los escándalos de los teatros, por la licencia de los salones, por la obscenidad de los cantares, por el desenfreno en las diversiones.

Por la provocación de las pinturas, por la desvergüenza de los periódicos obscenos, por la indecencia de los vestidos, por el descaro en las acciones,

Por la mala educación de los padres, por la indocilidad de los hijos, por la insubordinación de los súbditos, por los abusos de los gobernantes,

Por la cobardía y debilidad de los tibios, por las hipocresías y respetos humanos, por el atrevimiento y procacidad de los impíos, por la apostasía de los gobiernos y naciones,

Por la libertad de cultos, por la insolencia de la prensa, por la libertad de conciencia y por todas las libertades contrarias á vuestras leyes,

Por las blasfemias en las calles, por las blasfemias en los periódicos, por las blasfemias en las cátedras, por las blasfemias en los libros,

Por la profanación de los días festivos, por la irreverencia en los templos, por el robo de las iglesias y sagrarios, por los insultos á las sagradas imágenes,

MISERICORDIA, SEÑOR, MISERICORDIA.

Por las maquinaciones de la masonería, por los crímenes del liberalismo, por el desenfreno del socialismo, por las maldades de las sociedades anticristianas,

Por el despojo del Papa, por la persecución á los Obispos y sacerdotes, por la opresión y destierro de las órdenes religiosas, por los insultos al sacerdocio,

Por el desprecio de Jesucristo, por la negación de su Divinidad, por el menosprecio de sus sacramentos, por la persecución á su Iglesia,

Por los malos sacerdotes, por los malos jueces, por los malos militares y soldados, por los malos diputados, por los malos gobernantes,

Misericordia, Señor, misericordia.

V. No te acuerdes, Señor, de nuestros delitos.

R. Ni tomes venganza de nuestros pecados.

ORACIÓN

Oh Dios, de quien es propio compadecerse siempre y perdonar, escuchad nuestra oración, para que vuestra piadosa misericordia nos absuelva clementemente á nosotros y á todos cuantos están encadenados al pecado. Lo pedimos por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Práctica de los Nueve Oficios

EN OBSEQUIO

DEL SAGRADO CORAZON

OFICIO I

EL PROMOTOR

El Promotor de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús pedirá al Eterno Padre que ilumine á todos los hombres para que todos conozcan el Sagrado Corazón de su unigénito Hijo; al Espíritu Santo que inflame nuestros corazones en su amor, y á la Santísima Virgen que interponga su valimiento para que experimenten el poder de este divino Corazón todos los que recurren á su piedad.

Frecuentemente entre día, y en particular desde las doce hasta las tres de la tarde, procurará retirarse á lo interior de este Corazón piadoso y unirse á él con ardientes afectos, juntándose al coro de los Tronos para honrarlo con ellos. Hará una visita al Santísimo Sacramento por la comunidad (1), pidiendo al Sagrado Corazón por sus méritos infinitos, que reine como árbitro dueño en toda la Reli-

1 Las personas seglares pueden hacer lo mismo por sus familias, y esto se entiende en todos los oficios.

gión y en el corazón de cada uno de los hijos de ella, según sus amorosos designios. Rezará cinco veces el *Gloria Patri*.

Su *virtud* será procurar con gran solicitud traer algún alma á la devoción del sagrado Corazón de Jesús, ó inflamar más y más á los que ya la profesan, para cuyo efecto hará por lo menos cinco veces una breve oración. Por muy dichoso se debe tener aquel á quien tocare este oficio; porque Nuestro Señor ha asegurado que él mismo será su mediador para con su Eterno Padre. (*B. Marg. Alacoq.*)

Máxima.—Así como el que incita á otros á acciones indignas comete un gravísimo pecado, así es de gran mérito procurar con oraciones y buenos consejos inducir á los demás á vida santa y á prácticas devotas.

Jaculatoria.—Corazón de mi amable Salvador, haz que arda y siempre crezca en mí tu amor.

Oración.—¡Oh dulcísimo Jesús! haced que conociendo todos los hombres los inestimables tesoros de vuestro divino Corazón, y abandonando los placeres del mundo, vengan á gustar las inefables delicias que en vuestro Corazón tenéis preparadas á los que os aman.

DIÓCESIS DE EL SALVADOR

OFICIO II

EL REPARADOR

El Reparador está particularmente encargado de pedir perdón á Dios con profunda humildad de las injurias que se le hacen en el Santísimo Sacramento. Frecuentemente entre día, y en particular desde las tres hasta las seis de la tarde, se encerrará en el sagrado Corazón de Jesús como en una prisión de amor, y conociéndose incapaz de pagar por sí mismo la pena de tan enormes delitos, ofrecerá en pago los infinitos méritos de este Corazón sagrado á la divina Majestad ofendida y ultrajada. Pedirá al coro de las Potestades que le ayuden á desagraviar á Jesucristo de las misas mal celebradas, de las comuniones hechas con tibieza por las almas que le están consagradas especialmente, y de las faltas cometidas en la Comunidad que más hayan podido desagradar á su divino Corazón. Con este objeto hará una visita al Señor Sacramentado y un acto de desagravio. En todos los viernes del mes y particularmente en el primero, dará mayores muestras de amor al Corazón sagrado, redoblando el fervor y tributándole obsequios especiales, según le inspire su devoción.

Su *virtud* será la exacta observancia de las reglas y obligaciones de su estado ú

oficio, venciendo todos los obstáculos y respetos humanos que se lo impidan. Cinco actos cada día.

¡Qué dichoso se puede contemplar! pues su oficio es tan agradable á Nuestro Señor que, según su promesa, puede humildemente confiar que alcanzará para sí perdón y gracia. (*B. Marg. Alacoq.*)

Máxima.—Quien procurare resarcir los ultrajes que se hacen á su divina Majestad, puede esperar con razón que el Señor le remita la pena que debe por sus pecados, y que usará con él de misericordia.

Jaculatoria.— Corazón de mi amable Salvador, haz que arda y siempre crezca en mí tu amor.

Oración.—¡Oh Jesús mío! vuestro Corazón es un tesoro, y vuestra confianza es la llave con que se puede abrir. Haced que conozcamos su inestimable precio.

OFICIO III

EL ADORADOR

El Adorador, uniendo sus alabanzas á las que de continuo tributa el sagrado Corazón de Jesús á la santísima Trinidad, procurará suplir con frecuentes adoraciones el lastimoso y general olvido que hay de Dios en el mundo. Entre día, y con más particularidad desde las seis de la tarde hasta las nueve de la noche, estará

deleitándose interiormente en aquel eterno cántico que entonan en el cielo los bienaventurados: *Santo, Santo, Santo es el Señor Dios Todopoderoso*, y lo repetirá con el coro de las Dominaciones, ofreciendo con ellas al augusto Corazón de Jesús para su mayor gloria el bien que se hace en toda la extensión de la tierra. Visitará al Santísimo Sacramento en nombre de la Comunidad, pidiendo conceda á cada uno de sus individuos, á los de toda la Compañía, á los religiosos de las demás Ordenes y á todos los sacerdotes seculares espíritu de fervor y celo con que puedan llenar exactamente las obligaciones de su respectivo estado. Dirá tres veces: ¡Oh Corazón divino, verdadero adorador y amante perfectísimo de la Divinidad, tened misericordia de mí!

Su *virtud* será un profundo respeto á los templos, estando en ellos con gran modestia y recogimiento, por habitar allí Jesucristo sacramentado. Hará cinco actos cada día.

Máxima.—No se puede adorar verdaderamente si no se imita lo que se adora.

Jaculatoria. —Corazón de mi amable Salvador, haz que arda y siempre crezca en mí tu amor.

Oración.—¡Oh Jesús mío! digno adorador de la Majestad divina; yo me uno con todo mi espíritu á las continuas adoraciones que Vos rendís á vuestro Padre

celestial en el secreto de vuestro divino Corazón, y quisiera que exhalase mi alma todos los afectos que Vos comunicáis á María Santísima y á vuestros Santos, para honraros y glorificaros dignamente por toda la eternidad.

OFICIO IV

EL AMANTE

El Amante del Sagrado Corazón resarcirá la indiferencia y frialdad de los corazones consagrados á Dios. A menudo entre día, y con particularidad desde las nueve de la noche hasta las seis de la mañana, se unirá al coro de los Serafines para hacer junto con ellos actos de amor al Sagrado Corazón de Jesús, pidiéndole que mientras dure el sueño suplan su lugar en la presencia de Jesús Sacramentado; pero antes de acostarse le visitará y dejará encerrado su corazón en el Sagrario, y al meterse en la cama dirá: *Yo duermo, pero mi corazón vela en el de mi amado.* Si despierta por la noche, únase en espíritu á los celestiales amantes que dejó en su lugar. En la oración de la mañana les dará las gracias y renovará la protestación de amor al Sagrado Corazón de Jesús, suplicándole que encienda el fuego de su divina caridad, casi extinguido en todos los corazones tibios y lánguidos, para que ahora y eternamente vivamos todos

abrasados en sus amorosas llamas. Dirá tres veces: ¡Oh Corazón amabilísimo, arda nuestro corazón en el fuego del vuestro en tiempo y eternidad.

Su *virtud* será la fidelidad de la esposa que roba el corazón de su esposo con puros y ardientes afectos. Exactitud en las cosas pequeñas, todo por amor y en todo animado del amor. Hará cinco actos cada día.

Máxima.—Nadie puede alcanzar la posesión del cielo, donde se goza la plenitud del amor, si el mismo amor no le acompaña en el camino.

Jaculatoria.—Corazón de mi amable Salvador, haz que arda y siempre crezca en mí tu amor.

Oración.—¡Oh Corazón amantísimo de Jesús, fragua divina donde arde aquel amoroso fuego que veniste á traer á la tierra, y en que con tanto ahinco deseas ver encendidos nuestros pechos! Ardan, Señor, hasta consumirse en esa llama suavísima. Angeles de la corte celestial, os suplico rendidamente digais al Autor de mi vida que me desfallece su dulcísimo amor.

OFICIO V

EL DISCÍPULO

El Discípulo del Sagrado Corazón de Jesús estará muy atento en la oración, y al recibir los santos Sacramentos para oír sus

divinas palabras é inspiraciones. Le rogará con gran conato que todos los hombres, y particularmente los que tienen cargo de enseñar, se aprovechen de su celestial doctrina, y que nunca le opongan la menor resistencia. Entre día, y en especial desde las seis hasta las nueve de la mañana, entrará muchas veces en este santísimo Corazón, como en una escuela divina en la que se aprende la ciencia del casto amor, que pone en olvido la vana ciencia del mundo. Cuidará de repasar interiormente y de poner en práctica las lecciones que haya recibido para su perfección; y se unirá al coro de los Querubines para tener parte con ellos en los resplandores y luces que de sí despide el Sagrado Corazón de Jesús. Le pedirá que las difunda en el alma de tantos discípulos del error y de la mentira, para que ilustrados conozcan su extravío y vuelvan sobre sí, entrando en el sendero recto. Con esta intención visitará al Santísimo Sacramento, diciendo el *Veni, Creator*, ó la estación mayor.

Virtud.—Recogimiento y silencio: cinco actos cada día.

Jaculatoria.—Corazón de mi amable Salvador, haz que arda y siempre crezca en mí tu amor.

Oración.—¡Oh Corazón lleno de infinita sabiduría, cuánto aprenden y qué pronto los que logran teneros por maestro! Enseñadme, amabilísimo Corazón, pues os ha-

béis dignado admitirme por vuestro discípulo; haced á mi corazón dócil á vuestras divinas lecciones, y traed á Vos con eficacia á todos los que resisten á la verdad.

OFICIO VI

LA VÍCTIMA

La Víctima debe presentarse delante de Dios en espíritu de sacrificio para aplacar el enojo divino contra los pecadores. Con frecuencia entre día, y en particular desde las nueve de la mañana hasta las doce, se ofrecerá al Sagrado Corazón de Jesús, deseosa de participar de su estado de víctima en el Santísimo Sacramento; y conformándose con los afectos de su ardiente caridad, diga muchas veces: *Amén.* Con esta misma disposición le visitará en el sagrario, acordándose que su amor le tiene allí en estado de sacrificio, y adorará postrado á la divina Justicia, uniéndose para esto con el coro de las Virtudes. Ofrézcase del todo á la voluntad y gusto de este Corazón generoso que se sacrifica diariamente á sí mismo por la salud de los hombres, y ofrezca también su corazón al Padre eterno, juntamente con el Corazón de Jesús, especialmente en el santo sacrificio de la Misa y en la comunión, con el objeto de aplacar la ira divina y alcanzar misericordia para los pecadores.

Renovará el mismo sacrificio de cuando en cuando, particularmente los viernes; y todos los días tributará algún obsequio al Sagrado Corazón de Jesús con un acto de consagración.

Virtud.—Mortificación interior acompañada de la guarda de los sentidos: cinco actos.

Máxima.—Cuando el que sacrifica la víctima es el amor divino, por dolorosos que sean los golpes parecen suaves.

Jaculatoria.—Corazón de mi amable Salvador, haz que arda y siempre crezca en mí tu amor.

Oración.—¡Oh Corazón humildísimo, víctima de amor sacrificada en nuestros altares, ¿qué es lo que pedís y deseáis? ¿otra víctima que os acompañe en vuestro sacrificio? Vedme aquí, Señor, sujeto á vuestra voluntad para ser hostia inmolada en las llamas de vuestro amor, á mayor gloria de vuestro Eterno Padre y por la salvación de los pecadores. ¡Oh Padre celestial! pues os habeis dignado elegirme por víctima, recibid benignamente mi sacrificio unido al Corazón de vuestro unigénito Hijo sacrificado por mí.

OFICIO VII

EL ESCLAVO

El Esclavo del Sagrado Corazón de Jesús pondrá toda su gloria en llevar las cadenas del tierno y generoso amor que tiene al

Redentor cautivo en el Santísimo Sacramento. En cada hora del día renovará la servidumbre que ha ofrecido al divino Corazón de Jesús, como á su dueño y señor, con estas palabras: *O Domine, quia ego servus tuus sum:* Oh Señor, siervo tuyo soy, o con éstas: *Doce me facere voluntatem tuam, quia Deus meus es tu:* Enséñame á cumplir tu voluntad, pues tú eres mi Dios, prefiriendo siempre y en todas las cosas la divina voluntad á la propia. Y conociendo que lo que más ardientemente desea Jesucristo en la sagrada Eucaristía es el comunicarse á nuestras almas por medio de la comunión, le pedirá cuando le visite, que se digne aceptar la ofrenda que le hace de todas sus buenas obras para alcanzar que sea con más frecuencia y más dignamente recibido en este adorable Sacramento, y que produzca en todos los corazones los frutos de gracia y de salud de que es manantial inagotable.

Interesará al coro de los Arcángeles en este servicio de amor para que llamen á los convidados á la mesa y los adornen con la vestidura nupcial. Dirá tres veces el Padre Nuestro.

La *virtud* ha de ser fidelidad en obedecer á las divinas inspiraciones. Hará cinco actos cada día.

Máxima.—Servir al Corazón de Jesús es reinar; vivir en él es dulce paraíso, y morir en él es el deseo de las almas fieles y amantes.

Jaculatoria.—Corazón de mi amable Salvador, haz que arda y siempre crezca en mí tu amor.

Oración.—Amor omnipotente, que has roto las cadenas que me tenían cautivo lejos de tí, ¡oh! ¡si yo pudiera hacer que me siguiesen todos cuantos andan fugitivos y descarriados como anduve yo, y que gustasen á tus plantas como gusto yo ahora, las delicias de esta nueva y regalada servidumbre, que constituye otros tantos felices cuantos esclavos tiene! ¡Oh misteriosa sujeción de Jesús en el Sacramento de su amor! ¡Oh imán de las almas! ¡Oh dulcísimo Jesús! yo me consagro enteramente á honraros, glorificaros y á procurar con mis esfuerzos y deseos traer á Vos todos los corazones.

OFICIO VIII

EL SUPLICANTE

El Suplicante del Sagrado Corazón de Jesús penetrado de viva fé y con ilimitada confianza en los méritos de este divino Corazón, los ofrecerá continuamente al Eterno Padre para impetrar sus abundantes gracias, tanto para sí como para cuantos se hallen en algún peligro espiritual ó corporal. Pedirá singularmente por los que están en la agonía y por las almas del purgatorio. Para esto en cada

hora del día y siempre que despierte de noche, se unirá al tierno y compasivo Corazón de Jesús, animado de su espíritu y excitado por algún recuerdo de su ardiente caridad. Pedirá á Dios, especialmente en las comuniones y en la oración, que oiga benignamente sus ruegos por este Corazón adorable, objeto digno de sus complacencias. Convidará al coro de los Angeles, y en particular á los Angeles custodios, para que le acompañen en la visita al Santísimo Sacramento, en la que ha de rezar el Padre Nuestro, y ofrecer todas sus buenas obras por el bien común, sin olvidarse de las almas del purgatorio.

Su *virtud* será caridad del prójimo acompañada de humildad. Cinco actos cada día.

Máxima.—Todas las gracias que recibimos vienen por medio de Jesucristo y manan de su dulcísimo Corazón como de fuente caudalosa. Este adorable Corazón á todos está abierto: entremos en él con toda confianza como en el santuario de la Divinidad, presentando nuestras humildes oraciones en unión con las de Jesucristo, y no podrán menos de ser acogidas benignamente.

Jaculatoria.—Corazón de mi amable Salvador, haz que arda y siempre crezca en mí tu amor.

Oración.—Escuchad, oh Corazón clementísimo, las voces de los menesterosos

y sed el consuelo de los atribulados, pues vuestro mayor placer siempre fué perdonar y hacer bien á los hombres.

OFICIO IX

EL CELADOR

El Celador tendrá particular cuidado de procurar por todos los medios la gloria del Sagrado Corazón de Jesús, atendiendo siempre á la salvación y perfección del prójimo y especialmente de sus hermanos. Llamará en su ayuda á los nueve coros de los Angeles y en particular al de los Principados, para obtener por su intercesión que sea conocido en toda la redondez de la tierra el Sagrado Corazón de Jesús, y que atraídos por su amor le adoren todos los idólatras é infieles que no le conocen, y todos aquellos cristianos cuyas obras no corresponden á la fé que profesan. Con este fin hará una visita al Santísimo Sacramento, y con el mismo procurará excitar el hambre y ardiente deseo de la sagrada comunión. En cada hora del día adorará desde donde se halle al Divino Corazón, pidiéndole humildemente que disimule las faltas que sus compañeros hayan cometido aquella hora en el cumplimiento de sus obligaciones.

Su *virtud* será aprovecharse con celo santo y discreta prudencia de todas las

ocasiones en que pueda impedir algún ultraje al Sagrado Corazón de Jesús, é insinuar oportunamente el amor á este Corazón adorable, procurando aumentar con el ejemplo y palabras el número de adoradores. Dirá nueve veces el Gloria Patri.

El Señor tiene reservados al que ejerza este oficio incalculables tesoros de gracia, habiendo además ofrecido que su nombre será grabado indeleblemente en su mismo Corazón. [*B. Marg. Alacoq.*]

Máxima.—El Corazón de Jesús desea que le imitemos en aquel ardiente celo que de continuo respira él por la gloria de su Padre celestial. Donde no hay celo no hay amor, dice San Agustín.

Jaculatoria.— Corazón de mi amable Salvador, haz que arda y siempre crezca en mí tu amor.

Oración—¡Oh ardiente Corazón de Jesús, tan amable como amante del hombre! ¿cuándo os veré yo de todos amado ardientísimamente? Séame dado, Señor, por gracia vuestra publicar por todo el mundo las maravillas de vuestro amor, ó logre por lo menos atraeros un alma que os ame de todo corazón. Pero esto es poco; concededme que gane para Vos los corazones de cuantos hombres viven sobre la tierra.

DE EL SALVADOR

OFICIO PARVO

DEL

SAGRADO CORAZON DE JESUS

(Tiene concedidos 200 dias de indulgencia una vez al dia, aplicables á las almas del Purgatorio.)

A MAITINES

V. Dignaos, Señor, abrir mis labios.

R. Para que mi boca publique dignamente vuestras alabanzas.

V. Dios mío, venid en mi ayuda.

R. Señor, apresuraos á socorrerme.

V. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

R. Como era en el principio, y ahora, y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén. Aleluya!

Desde la Septuagésima hasta la Pascua, en lugar de Aleluya se dice: «Seáis alabado, Señor, Rey de la eterna gloria.»

V. Corazón de Jesús, que ardéis en amor hacia nosotros.

R. Abrasad nuestros corazones en amor hacia Vos.

HIMNO

Gozo de la Corte celestial, Esplendor de la gloria del eterno Padre, vuestra bondad es la que os ha hecho vestiros de nuestra carne, para poder ser nuestra víctima.

Jesús, delicia de los corazones, abrasad mi corazón en vuestro amor sacratísimo, para que mis alabanzas celebren dignamente los augustos misterios de vuestro Corazón.

Corazón dulce, Corazón amable, abrasado y consumido de amor por nosotros, dignaos serme propicio.

Oh Corazón de Jesús, más dulce que la miel; Corazón que amáis las almas puras, y con tanta pureza merecéis ser de ellas amado, reinad sobre todos los corazones. Amén.

Antífona. Oh Sagrado Corazón de Jesús, tan perfectamente sujeto á la voluntad de vuestro eterno Padre, atraed hacia Vos nuestros corazones, para que hagamos siempre aquello que le sea más grato.

V. Mi corazón está pronto, oh Dios de mi corazón, para cumplir vuestra voluntad.

R. Sí, Dios mío; eso he deseado siempre, y tengo tu ley en medio de mi corazón.

ORACIÓN

Oh Señor Jesús, que por un efecto de vuestro singular amor hacia vuestra Esposa la santa Iglesia, os habéis dignado revelarle la suavidad inefable y las riquezas de vuestro Corazón, hacednos dignos á nosotros, vuestros siervos, de participar

de estos tesoros, y de gustar las celestiales delicias que brotan de esa fuente dulcísima. Vos, que vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén.

A LAUDES

V. Dios mío, venid en mi ayuda.
R. Señor, apresuraos á socorrerme.
V. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
R. Como era en el principio, y ahora, y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.
Aleluya, *ó* Seáis alabado, *etc.*
V. Corazón de Jesús, que ardéis en amor hacia nosotros.
R. Abrasad nuestros corazones en amor hacia Vos.

HIMNO

Corazón Sacratísimo, digno trono de la Divinidad, la sagrada virtud del Espíritu Santo, descendiendo al seno purísimo de la Virgen, es la que os ha formado de su sangre más pura.

Vos sois la gloria de la Santísima Trinidad; el Padre encuentra en Vos todas sus delicias, el Hijo se une á Vos, el Espíritu Santo en Vos goza dulcísimo reposo.

Vos habéis traído la salvación al mundo perdido; Vos sois para los fieles la más

segura garantía de paz y de confianza; á las almas puras ofrecéis sosegado asilo; y sois deliciosa mansión, adonde se refugian las almas castas.

Oh Corazón de Jesus, más dulce que la miel; Corazón, que amáis las almas puras, y con tanta pureza merecéis ser de ellas amado, reinad sobre todos los corazones. Amén.

Antífona. Oh Corazón sacratísimo de Jesús, devorado por la abrasadora sed de nuestra salvación, haced que entrando en nosotros mismos, alejemos de nuestro corazón los desordenados afectos, á fin de que no muramos en nuestros pecados.

V. Mi corazón está pronto, oh Dios de mi corazón, para cumplir vuestra voluntad.

R. Sí, Dios mío; eso he deseado siempre; y tengo tu ley en medio de mi corazón.

ORACION

Oh Señor Jesús, que por un efecto de vuestro singular amor hacia vuestra Esposa, la santa Iglesia, os habéis dignado revelarle la suavidad inefable y las riquezas de vuestro Corazón, hacednos dignos, á nosotros vuestros siervos, de participar de estos tesoros y de gustar las celestiales delicias que brotan de esa fuente dulcísima. Vos, que vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén.

A PRIMA

V. Dios mío, venid en mi ayuda.
R. Señor, apresuraos á socorreme.
V. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
R. Como era en el principio, y ahora, y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.
Aleluya, *ó* Seáis alabado, *etc.*
V. Corazón de Jesús, que ardéis en amor hacia nosotros.
R. Abrasad nuestros corazones en amor hacia Vos.

HIMNO

Oh Corazón, víctima de amor, Vos sois la perpetua felicidad de los cielos, el consuelo de los mortales y su única esperanza.

Después de haberos causado esa ancha herida, el amor nos ha franqueado paso hasta vuestro divino Corazón; y abierta ya para todos nosotros la puerta, nos invita á penetrar en él.

Para lavarnos con vuestra divina sangre, os habéis prestado generoso á que os abriesen todas vuestras venas; recibidnos, pues, en lo más íntimo de esa mansión preciosísima; y una vez en ella, no permitáis que la abandonemos jamás.

Oh Corazón de Jesús, más dulce que la miel; Corazón que amáis las almas puras, y con tanta pureza merecéis ser de ellas

amado, reinad sobre todos los corazones. Amén.

Antífona. Oh Corazón sacratísimo de Jesús, dechado de la más perfecta pureza, haced que nuestro corazón sea puro, para que merezcamos aparecer semejantes á Vos.

V. Mi corazón está pronto, oh Dios de mi corazón, para cumplir vuestra voluntad.

R. Sí, Dios mío, eso he deseado siempre; y tengo tu ley en medio de mi corazón.

ORACIÓN

Oh Señor Jesús, que por un efecto de vuestro singular amor hacia vuestra Esposa, la santa Iglesia, os habéis dignado revelarle la suavidad inefable y las riquezas de vuestro Corazón, hacednos dignos, á nosotros vuestros siervos, de participar de estos tesoros y de gustar las celestiales delicias que brotan de esa fuente dulcísima. Vos, que vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén.

A TERCIA

V. Dios mío, venid en mi ayuda.
R. Señor, apresuraos á socorrerme.
V. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

R. Como era en el principio, y ahora, y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

Aleluya, *ó* Seáis alabado, *etc.*

V. Corazón de Jesús, que ardéis en amor hacia nosotros.

R. Abrasad nuestros corazones en amor hacia Vos.

HIMNO

Oh divino Corazón, llagado de amor, herid también de amor nuestros corazones; néctar, que dais la vida á los habitantes del cielo, embriagadnos santamente de vuestro amor.

Por un prodigio sin ejemplo, un Dios, en admirable banquete, da su carne en comida y su sangre en bebida.

Aquel, ante quien se postran en rendida adoración los ángeles, oculta bajo misterioso velo el resplandor de la Divinidad, para convertirse de este modo en alimento de sus siervos.

Oh Corazón de Jesús, más dulce que la miel; Corazón que amáis las almas puras, y con tanta pureza merecéis de ellas ser amado, reinad sobre todos los corazones. Amén.

Antífona. Oh Sagrado Corazón de Jesús, mansísimo con vuestros enemigos, triunfe vuestra paz en nuestros corazones, para que con toda el alma perdonemos á los que nos persigan y calumnien.

V. Mi corazón está pronto, oh Dios de mi corazón, para cumplir vuestra voluntad.

R. Sí, Dios mío, eso he deseado siempre; y tengo tu ley en medio de mi corazón.

ORACIÓN

Oh Señor Jesús, que por un efecto de vuestro singular amor hacia vuestra Esposa, la santa Iglesia, os habéis dignado revelarle la suavidad inefable y las riquezas de vuestro Corazón, hacednos dignos, á nosotros vuestros siervos, de participar de estos tesoros y de gustar las celestiales delicias que brotan de esa fuente dulcísima. Vos, que vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén.

A SEXTA

V. Dios mío, venid en mi ayuda.

R. Señor, apresuraos á socorrerme.

V. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

R. Como era en el principio, y ahora, y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

Aleluya, *ó* Seáis alabado, *etc.*

V. Corazón de Jesús, que ardéis en amor hacia nosotros.

R. Abrasad nuestros corazones en amor hacia Vos.

HIMNO

Oh divino Corazón, altar más elevado que el cielo, más vasto que la tierra y que los mares; oh Corazón sacratísimo, Dios rechaza las víctimas que antes no hayan sido admitidas por Vos.

En Vos está de asiento la sagrada cohorte de todas las virtudes; compañeras y fieles guardianes de la cándida inocencia; en Vos reinan como en propia y regalada mansión.

En las profundidades suavísimas de ese Corazón adorable, es donde se decretan los destinos del mundo; y de esa fuente inagotable brotan á torrentes las gracias que hacen felices á los hombres.

Oh Corazón de Jesús, más dulce que la miel; Corazón que amáis las almas puras, y con tanta pureza merecéis ser de ellas amado, reinad sobre todos los corazones. Amén.

Antífona. Oh Sagrado Corazón de Jesús, colmado de aflicción por nuestros pecados, concedednos un corazón contrito y humillado, para que hagamos frutos dignos de penitencia.

V. Mi corazón está pronto, oh Dios de mi corazón, para cumplir vuestra voluntad.

R. Sí, Dios mío, eso he deseado siempre; y tengo tu ley en medio de mi corazón.

ORACIÓN

Oh Señor Jesús, que por un efecto de vuestro singular amor hacia vuestra Esposa, la santa Iglesia, os habéis dignado revelarle la suavidad inefable y las riquezas de vuestro Corazón, hacednos dignos, á nosotros vuestros siervos, de participar de estos tesoros y de gustar las celestiales delicias que brotan de esa fuente dulcísima. Vos, que vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén.

A NONA

V. Dios mío, venid en mi ayuda.

R. Señor, apresuraos á socorrerme.

V. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

R. Como era en el principio, y ahora, y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

Aleluya, *ó* Seáis alabado, *etc.*

V. Corazón de Jesús, que ardéis en amor hacia nosotros.

R. Abrasad nuestros corazones en amor hacia Vos.

HIMNO

Corazón sacratísimo, más puro que los rayos del Sol, templo más augusto que los cielos, verdadero santuario del Verbo de Dios, Vos sois el tesoro en que ha reunido todas sus riquezas.

Vos ofrecéis á vuestro eterno Padre tantos obsequios dignos de El, cuantos son los actos que ejecutáis; y á cada súplica que le dirigís, da por pagada una deuda de justicia.

Irritado por los crímenes de la tierra, la hubiera ya castigado el Dios vengador; pero al instante que fija en Vos sus miradas, aplácase su cólera y olvídase de fulminar el rayo.

Oh Corazón de Jesús, más dulce que la miel; Corazón que amáis las almas puras, y con tanta pureza merecéis ser de ellas amado, reinad sobre todos los corazones. Amén.

Antifona.—Oh Sagrado Corazón de Jesús, amantísimo de la pobreza, unidnos íntimamente á Vos, para que nuestro corazón repose totalmente en Vos, que sois nuestro único tesoro.

V. Mi corazón está pronto, Oh Dios de mi corazón, para cumplir vuestra voluntad.

R. Sí, Dios mío, eso he deseado siempre; y tengo tu ley en medio de mi corazón.

ORACIÓN

Oh Señor, Jesús, que por efecto de vuestro singular amor hacia vuestra esposa, la santa Iglesia, os habeis dignado revelarle la suavidad inefable y las riquezas de vuestro Corazón, hacednos

dignos, á nosotros vuestros siervos, de participar de estos tesoros y de gustar las celestiales delicias que brotan de esa fuente dulcísima. Vos que vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén.

A VÍSPERAS

V. Dios mío, venid en mi ayuda.
R. Señor, apresuraos á socorrerme.
V. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
R. Como era en el principio, y ahora, y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.
Aleluya, *ó* Seais alabado, *etc.*
V. Corazón de Jesús, que ardeis en amor hácia nosotros.
R. Abrasad nuestros corazones en amor hácia Vos.

HIMNO

Oh Sagrado Corazón, víctima igual á la majestad del Altísimo. Vos sois el sacratísimo altar, sobre el cual incesantemente se ofrece la hostia inmortal, para expiar los pecados de los hombres.

Vos sois el nido místico de la plañidera tórtola, el campo en que la paloma busca su saludable alimento, el jardín esmaltado de flores, y el lecho y el reposo del alma que os ama.

Vos dotais de su perfume á las puras azucenas, cándido ornamento de las vírgenes, y de su esplendor purpúreo á las rosas que adornan á los mártires.

Oh Corazón de Jesús, más dulce que la miel; Corazón que amais las almas puras, y con tanta pureza mereceis ser de ellas amado, reinad sobre todos los corazones. Amén.

Antífona.—Oh Sagrado Corazón de Jesús bondadosísimo para los que os aman, desfallezcan en amor vuestro nuestra carne y nuestro espíritu, para que seais el amor de nuestros corazones y nuestra herencia por toda la eternidad.

V. Mi corazón está pronto, oh Dios de mi corazón, para cumplir vuestra voluntad.

R. Sí, Dios mío, eso he deseado siempre; y tengo tu ley en medio de mi corazón.

ORACIÓN

Oh Señor Jesús, que por un efecto de vuestro singular amor hacia vuestra esposa, la santa Iglesia, Os habeis dignado revelarle la suavidad inefable y las riquezas de vuestro Corazón, hacednos dignos, á nosotros vuestros siervos, de participar de estos tesoros y de gustar de las celestiales delicias que brotan de esa fuente dulcísima. Vos que vivís y reinais por los siglos de los siglos. Amén.

Á COMPLETAS

V. Dios mío, venid en mi ayuda.
R. Señor, apresuraos á socorrerme.
V. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
R. Como era en el principio, y ahora, y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.
Aleluya *ó* Seais alabado, *etc.*
V. Corazón de Jesús, que ardeis en amor hacia nosotros.
R. Abrasad nuestros corazones en amor hacia Vos.

HIMNO

Transportado por el impetuoso amor que lo consume, el Corazón de la Madre se olvida de sí mismo, y se exhala en incesantes suspiros hácia el Corazón de su divino Hijo.

El vínculo de amor une á ambos en eterno lazo; el Corazón de María abrásase en el Corazón de Jesús, y á El dirige á porfía los ardores purísimos que de El recibe.

Oh Corazón de Jesús, más dulce que la miel; Corazón, que amais las almas puras, y con tanta pureza mereceis ser de ellas amado, reinad sobre todos los corazones. Amén.

Antífona.—Oh Corazón amantísimo de Jesús, víctima de la más ardiente caridad,

inmolado por nuestros pecados, desamparado y afligido por la ingratitud de los hombres, convertidnos, vivificadnos, abrasadnos.

V. Mi corazón está pronto, oh Dios de mi corazón, para cumplir vuestra voluntad.

R. Sí, Dios mío, eso he deseado siempre; y tengo tu ley en medio de mi corazón.

ORACIÓN

Oh Señor, Jesús, que por un efecto de vuestro singular amor hacia vuestra esposa, la santa Iglesia, os habeis dignado revelarle la suavidad inefable y las riquezas de vuestro Corazón, hacednos dignos, á nosotros vuestros siervos, de participar de estos tesoros y de gustar las celestiales delicias que brotan de esa fuente dulcísima. Vos, que vivís y reinais por los siglos de los siglos. Amén.

Concuerda con su original.
En fé de lo cual, *etc.*

De la Secretaría de la Congregación de Sagrados Ritos, el día 8 de marzo de 1901.

Lugar † del sello.

D. Panci, Arzobispo de Laodicea, Secretario de la S. C. de Ritos.

BUENA MUERTE

DE CUÁNTO IMPORTA MORIR BIEN

Mucho debemos procurar de vivir bien con la gracia del Señor, y mucho más de morir bien. La buena vida es camino para la buena muerte, porque comunmente cual es la vida suele ser la muerte. Esta es la ley ordinaria, aunque el Señor no está atado á la ley, y usa algunas veces de particulares privilegios con quien él es servido, y á algún gran pecador da su conocimiento y verdadera penitencia al fin de su vida; pero en cosa que tanto nos importa, y no nos va menos que ó gozar de Dios y ser bienaventurados para siempre, ó arder en el infierno con los demonios sin fin, no se sufre que haya descuido y tibieza, ni que dejemos lo cierto por lo incierto, ni lo que tenemos presente y está en nuestra mano por esperar el día de mañana, que no sabemos si amanecerá en nuestra casa, ni lo que Dios dispondrá de ella. ¿Qué aprovecha al marinero haber navegado prósperamente si se le hunde el navío al tiempo que llega al puerto, ó al soldado haber peleado valerosamente si al fin se rinde á su enemigo y muere á sus manos? ¿Qué aprovecha al hombre, dice nuestro Redentor, si ganando todo el mundo pierde su alma, pues, una vez perdida en la muerte, no se puede recobrar?

Por esto conviene estar muy advertidos, y aprender en vida el arte de bien morir; porque hay tanto que hacer en aquella hora, que el que no estuviere muy de atrás prevenido, se hallará muy desapercibido y flaco para tan duras y graves batallas como ha de tener con tan fuertes, astutos y poderosos enemigos. Es menester morir muchas veces en vida para morir una vez bien. Esto es lo que debemos meditar, esto lo que debemos hacer; y pues no sabemos la hora ni el lugar donde nos ha de asaltar la muerte, aguardémosla en todo lugar y tiempo, y estemos apercibidos con la buena conciencia, con tener hecho testamento los que tienen de qué testar, y pagadas las deudas los que las pueden pagar, perdonadas las injurias por amor de Dios los que algunas hubieren recibido, y compuesto en vida sus cosas de manera que el cuidado de ellas en la hora de la muerte no trabe ni desasosiegue el corazón. Debemos también suplicar continuamente y con grande afecto al Señor que nos dé buen fin, y tan dichosa muerte, que con ella se rematen las penas y miserias de esta breve y triste vida, y comiencen los gozos de la eterna que esperamos.

DE EL SALVADOR

PREPARACIÓN Á LA MUERTE

Retírate á un lugar apartado, y allí, olvidando á todas las creaturas, te arrodillarás al pié de un crucifijo, y harás las reflexiones siguientes:

Te imaginarás que ha llegado para tí la hora de la muerte, y que tu Angel de guarda te dice lo que el profeta á Ezequías: *Pasó tu tiempo, dispón las cosas de tu casa, porque vas á morir.* No te espante el saludable pensamiento de ese fin postrero, sino más bien haz por familiarizarte con él; que cuanto más pensares en la muerte, menos la temerás.

PRIMERA REFLEXIÓN

¿Qué cosa es morir? Es dejarlo todo, absolutamente todo. Es dejar padres, parientes, amigos y conocidos, y dejarlos para siempre. Es dejar casa, muebles, tierras y posesiones, y dejarlas enteramente, cual si nunca se hubieran poseído. ¿A qué cosas estoy más apegado? Pues lo mismo las dejaré que todo lo demás. ¿Te espantas, alma mía, al pensar en este abandono y renuncia universal? Y, sin embargo, tienes que pasar por ella. Mucho te ha costado ganar lo que tienes, pero todo lo has de dejar, mal que te pese, no hay remedio. ¡Qué locura apegarse tanto á lo que tan poco dura!

Moriré, es decir, dejaré este cuerpo, que está conmigo tan íntimamente unido, y lo dejaré tan mal parado, que no podrán sufrir su presencia ni aún mis mayores amigos, ni mis propios parientes, sino que harán por echarlo de casa cuanto antes. Puesto en el sepulcro, ¿en qué parará este cuerpo que tanto cuido y regalo yo ahora? ¿No es una locura halagar tanto una carne, que se ha de volver polvo y ceniza en breve tiempo? ¡Qué demencia exponer uno su alma á eternos suplicios por dar gusto á este cuerpo miserable! Y entonces, ¿pensarán mucho en mí los hombres? Bien poco se piensa en los muertos. ¿Quién se acuerda ahora de tal y tal persona que yo he visto morir? ¡Qué poco vale la estima de los hombres!

Moriré, es decir, saldrá de este cuerpo mi alma, para comparecer en el tribunal de Dios. ¡Oh momento terrible! ¡Hallarse solo en presencia de Dios! ¡Sufrir un examen de toda la vida ante un juez infinitamente justo, sabio y santo, que aborrece el pecado, y no tiene entonces misericordia ni indulgencia alguna con el pecador!

SEGUNDA REFLEXIÓN

¿Cómo y cuándo moriré? ¿Cuánto me queda de vida? No lo sé. Sé tan solamente que se muere en todas las edades. ¿Tendré yo tiempo de disponerme para

morir? Tampoco lo sé. Veo que muchos después de una enfermedad larga y prolija, mueren en el momento que menos lo pensaban. ¿Recibiré los últimos Sacramentos, ó moriré sin confesión? Lo ignoro. Puedo perder en un instante el uso de la palabra. Por otra parte, el que está malo no está para nada, y es una necedad dejar las cosas para ese tiempo, y poner en riesgo el negocio de toda una eternidad!

TERCERA REFLEXIÓN

¿*Estoy dispuesto para morir*? Si hubiera de morir ahora mismo, ¿me hallaría bien preparado? ¿Estoy pronto á dejarlo todo? ¿Estoy en disposición de comparecer ante el tribunal de Dios? ¿No tengo nada que me inquiete? ¿Está mi conciencia del todo tranquila? ¿Está tranquila con respecto á las confesiones y comuniones pasadas? ¿Lo está en todo lo que toca al cumplimiento de los deberes de mi profesión? Gran necedad sería querer vivir en un estado en el que no quisiera morir.

Si tuviera que morir ahora, ¿cómo quisiera haber vivido? ¿Cómo querría haberme manejado en tal ó tal negocio? Escucha, alma mía, los consejos de la muerte, que es una consejera que no adula ni engaña.

Después de meditar despacio estas verdades, forma resoluciones para la reforma de tu vida, y tomando en tus manos el crucifijo, reza las oraciones que siguen.

ACEPTACION DE LA MUERTE

QUE PUEDE HACERSE EL DÍA DE RETIRO, ANTES DE ACOSTARSE

¡Oh soberano Señor y dueño de la vida y de la muerte, que para castigar el pecado habeis dado un decreto irrevocable, condenando á todos los hombres á morir una vez! Heme aquí postrado á vuestros pies, y humildemente resignado á cumplir esta ley de la divina justicia. Lloro amargamente los pecados que he cometido hasta aquí; y pues he merecido, como pecador rebelde, mil y mil veces la muerte, la acepto en expiación de tantas culpas; la acepto por obedecer á vuestra voluntad adorable; la acepto en unión de la muerte de mi Salvador. Quiero morir en el tiempo, en el lugar y de la manera que á Vos, oh mi Dios, pluguiere querer y ordenar. Aprovecharé el tiempo que me diéreis en vuestra misericordia para despegarme de este mundo, en el que tan pocos instantes he de vivir, para romper los lazos que me tienen atado á este destierro, y disponerme á comparecer delante de Vos Me pongo sin reserva en

manos de vuestra Providencia siempre paternal. Hágase vuestra voluntad en todo y siempre. Amén.

ORACIÓN PARA PEDIR AL SEÑOR BUENA MUERTE

Señor mío Jesucristo, por aquella agonía y mortal congoja que tuviste en el huerto, y por aquella sangre que sudaste cuando se te presentaron mis pecados y todos los de todos los hombres del mundo, te suplico que me otorgues buena muerte y me confortes en la postrera hora para que no prevalezca mi enemigo contra mí. La vida se me va acabando, Señor, y cuanto más vivo, más me acerco á la muerte, y no sé cuándo, ni dónde, ni en qué estado me tomará, ni con qué género de muerte tengo de acabar el curso breve de esta mi peregrinación. Tú, Dios mío, lo sabes, en cuyo poder están los tiempos y momentos de todas las cosas; no te pido larga vida, sino buena vida; no quieta y sosegada muerte, sino cristiana muerte: muerte dichosa, muerte feliz, muerte que sea fin de las muertes que padecemos los mortales en esta lastimosa vida, y principio y puerto de la vida inmortal.

Bien sé, Dios mío y Salvador mío, que no la merezco; mas tu Sangre y tu Pasión, y tu infinita misericordia, suplan lo que yo por mis gravísimas culpas desmerezco.

No me lleves, Señor, de esta vida hasta que yo haya llorado con amargura mis pecados, y hecho digna penitencia de ellos; no me lleves hasta que me hayas mirado con ojos blandos, y restituídome tu gracia; no me lleves hasta que me hayas dado tu dulce amor, y prendas de la gloria que me compraste con tu sangre; que con tenerte á mi lado, todas las potestades infernales no podrán prevalecer contra mí. Asísteme en aquel riguroso trance, Redentor mío; pon entre tí y mis pecados tu sangre, abrásalos con el incendio de tu inmensa caridad, cúbrelos con el velo de tu misericordia, anégalos en el abismo sin suelo de tu piedad, y salva mi alma afligida y pecadora, por la cual tantos y tan duros tormentos padeciste, y moriste en la cruz. Amén.—(*P. Rivadeneira.*)

ORACIÓN Á JESÚS CRUCIFICADO PARA OBTENER BUENA MUERTE

Señor mío Jesucristo, Dios de bondad, Padre de misericordia; me presento ante vos con el corazón humillado y contrito, y os encomiendo mi última hora y lo que después de ella me espera.

Cuando mis pies perdiendo su movimiento, me adviertan que mi carrera en este mundo está próxima á su fin, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mis manos, trémulas y entorpecidas, no puedan ya estrechar el Crucifijo, y á pesar mío le deje caer sobre el lecho de mi dolor, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mis ojos, vidriados y desencajados por el horror de la inminente muerte, fijen en vos sus miradas lánguidas y moribundas, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mis labios fríos y convulsos pronuncien por última vez vuestro nombre, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mi cara pálida y amoratada cause lástima y terror á los circunstantes, y mis cabellos bañados con el sudor de la muerte, erizándose en la cabeza, anuncien que está cercano mi fin, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mis oídos, próximos á cerrarse para siempre á las conversaciones de los hombres, se abran para oír de vuestra boca la sentencia irrevocable, que ha de fijar mi suerte por toda la eternidad. *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mi imaginación, agitada de horrendos fantasmas, me cause mortales congojas; y mi espíritu, perturbado con el temor de vuestra justicia por el recuerdo de mis iniquidades, luche con el infernal enemigo, que quisiera quitarme la esperanza en vuestra misericordia, y pre-

cipitarme en los horrores de la desesperación, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mi corazón débil y oprimido por el dolor de la enfermedad, se vea sobrecogido por el temor de la muerte, fatigado y rendido por los esfuerzos hechos contra los enemigos de mi salvación, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando derrame las últimas lágrimas, síntomas de mi destrucción, recibidlas Señor, como un sacrificio de expiación, á fin de que yo muera como víctima de penitencia, y en aquel momento terrible, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mis parientes y amigos, juntos al rededor de mí, se estremezcan al verme, y me encomienden á Vos, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando perdido el uso de los sentidos, el mundo todo desaparezca de mi vista, y gima yo entre las angustias de la última agonía y los afanes de la muerte, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando los últimos suspiros del corazón esfuercen al alma á salir del cuerpo, aceptadlos, Señor, como hijos de una santa impaciencia de ir á vos, y entonces, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Cuando mi alma salga para siempre de este mundo, dejando el cuerpo pálido, frío

y sin vida, aceptad la destrucción de él como un homenaje que rindo á vuestra divina Majestad, y en aquella hora, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

En fin, cuando mi alma comparezca ante vos, y vea por primera vez el esplendor de vuestra Majestad, no la arrojeis de vuestra presencia; dignaos recibirme en el seno de vuestra misericordia para que cante eternamente vuestras alabanzas; y entonces, ahora y siempre, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

ORACION

Oh Dios mío, que al condenarnos á la muerte, nos habeis ocultado su momento y hora; haced que viviendo en la justicia y santidad todos los días de mi vida, merezca salir de este mundo en vuestro santo amor. Por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con vos en unidad del Espíritu Santo. Amén.

100 días de indulgencia rezando las sobredichas oraciones una vez al día, y una plenaria al mes confesando, comulgando, etc. (Pío VII y León XII.)

Estas oraciones las compuso una jóven protestante que se convirtió á la Religión Católica á los quince años de edad, y murió á los diez y ocho en olor de santidad.

DE EL SALVADOR

TRES ORACIONES QUE ENSEÑÓ LA SANTÍSIMA VIRGEN Á SANTA MATILDE PARA QUE CON ELLAS LA INVOCASE PARA LA MUERTE.

Ave María, etc.

¡Oh Señora mía, Santa María! así como Dios Padre, por su omnipotencia, os hizo potentísima, así os ruego que me seais propicia en la hora de mi muerte, desterrando de mí toda potestad contraria.

Ave María, etc.

Oh Señora mía, Santa María! así como el Hijo de Dios os hizo digna de tanto conocimiento y claridad, que iluminais todo el cielo; así en la hora de la muerte iluminad y confortad mi alma, para que no sea pervertida de error ó ignorancia alguna.

Ave María, etc.

¡Oh Señora mía, Santa María! así como el Espíritu Santo os infundió plenamente el amor divino; así vos en la muerte participadme la dulzura del mismo amor divino, por el cual se me vuelva suavísima toda amargura.

PLAN DE VIDA

Hay muchísimos á quienes toda la vida se les pasa en propósitos, y llegando la hora de la muerte se encuentran muy llenos de buenos deseos y muy vacíos de buenas obras cuando ya no hay tiempo de enmendarlo. Para no incurrir en este tan perjudicial engaño, suponiendo que la meditación y demás prácticas piadosas han excitado en el alma algunos impulsos de devoción, y deseos de emprender una vida muy ajustada que nos asegure la salvación, quiero proponer un modo fácil de reducir á la práctica esos deseos, y un método de acciones virtuosas para cada año, mes, semana, y aun para cada día.

CADA AÑO. 1. Señalad un día para emplearlo únicamente en el cuidado de vuestra alma, y en ese tiempo haced confesión general, á lo menos del año pasado, ó desde la última, escogiendo para este efecto un Confesor docto, santo, y de quien tengáis entera satisfacción, para continuar en adelante confesándoos con él, y consultarle vuestras cosas, lo que importa sumamente para caminar con acierto, debiendo persuadiros que Dios le asistirá más que á ningún otro, para que os dirija con su consejo.

2. Preparaos y disponeos para las festividades más solemnes con particulares

ejercicios de piedad, con ayunos, penitencias, novenas, más oración y lección de aquella fiesta ó misterio.

3. Celebrar con particular devoción las fiestas del Señor y de la Virgen Santísima, visitando alguna iglesia ó altar de su invocación, y confesando y comulgando aquel día.

CADA MES. 1. Tomad por particular patrono de todo el mes algún santo, celebrando su día con ejercicios de mayor piedad y devoción.

2. Escoged un día del mes, en el cual, por espacio á lo menos de media hora, os tomareis cuenta del adelantamiento ó atraso que hubiereis hecho en el aprovechamiento de vuestra alma; y lo manifestaréis sinceramente á vuestro director.

3. Comulgaréis en el mes las más veces que vuestro padre espiritual os ordenare, renovando en ese tiempo los buenos propósitos que habéis hecho: y si aun no hubiereis determinado el estado que debéis tomar, este es el tiempo de pedir á Dios luz para no errar una elección de tanta consecuencia, de cuyo acierto las más veces depende la salvación; pues teniendo á Dios dentro de vos mismo, oiréis más de cerca su voz.

CADA SEMANA. 1. Santificaréis las fiestas, á más de oír devotamente la Misa, acudiendo á alguna congregación, asistiendo al sermón ó á otros ejercicios san-

tos, visitando alguna iglesia donde haya indulgencia, ó esté expuesto el Santísimo Sacramento.

2. No dejéis en todo caso de acudir á donde se enseña la doctrina cristiana; y si os hallais en estado de instruir á otros, hacedlo con mucha paciencia y caridad, entendiendo que este es oficio de apóstol, y de mucho mérito para con Dios.

3. Asistid siquiera un dia á la semana á alguna iglesia donde se tiene oración; y tanto en la oración como en las mortificaciones, seguireis el consejo de vuestro padre espiritual.

CADA DÍA. 1. Dejad la cama á buena hora, y sea lo primero levantar vuestro corazón á Dios, ofreciéndole todas las acciones de aquel día; pedidle que no permita caigáis en algún pecado, especialmente en aquellos á que más os inclinan vuestras pasiones; proponed la enmienda de todo corazón; tened intención de ganar todas las indulgencias que podáis aquel día; encomendaos muy de veras á la Virgen Santísima, al Angel custodio, al Santo de vuestro nombre, á los que tuviereis por especiales abogados y á las almas del purgatorio.

2. Emplead por lo menos un cuarto de hora en oración mental; oíd todos los días Misa con devoción; leed algún libro espiritual, y procurad no perder el fruto leyendo después libros profanos y dañosos,

A la noche examinaréis todas las acciones, pensamientos y palabras de aquel día: si hallareis algo bueno, daréis gracias á Dios, á quien debéis atribuirlo; de lo malo le pediréis perdón, imponiéndoos alguna penitencia, y proponiendo la enmienda.

3. Procurad con muy particular cuidado huir de las malas compañías, de las conversaciones libres, de los juegos inmoderados, y en general vivid con suma cautela para no caer en los lazos que mañosamente os arma el demonio, ocultando el peligro de las ocasiones.

4. Entre día, y con la mayor frecuencia que podáis, sobre todo al dar el reloj, acordaos que Dios os mira; y particularmente en las tentaciones de que fuereis combatido, acudid á Su Majestad con algunas oraciones jaculatorias. Ofrecedle vuestras acciones indiferentes, el estudio, los negocios de vuestro estado, la recreación honesta, dando gloria al Señor en todas las cosas, y procurando en todas aumentar vuestros merecimientos. Huid el ocio, origen de muchos y graves pecados; atended seriamente al estudio, ó al cuidado de vuestra casa y familia, según fuere vuestro estado; porque esto es lo que Dios quiere de nosotros. Al anochecer, en la iglesia ó en casa, rezad el santo Rosario. Finalmente, tened entendido, que cual fuere vuestra vida, os hallaréis

en la hora de la muerte. Dice san Bernardo: *De la vida pende la muerte, y de la muerte la eternidad.*

ACTO HEROICO DE CARIDAD EN FAVOR DE LAS BENDITAS ALMAS DEL PURGATORIO

Este acto de caridad, tan agradable á Dios, tan útil á las benditas almas del Purgatorio y tan provechoso á nosotros mismos, consiste en hacer entera donación de todas nuestras *obras satisfactorias* en favor de ellas.

Privilegios concedidos por varios Sumos Pontífices, á los que hicieren este voto ó donación: 1° «Que los sacerdotes que hicieren dicho voto, puedan gozar todos los días del año de la concesión de altar privilegiado personal.

»*Por el voto de las ánimas sólo ofrece el sacerdote en favor de ellas el fruto especial y personal que le corresponde; así que puede aplicar la Misa por la intención de otras personas, como si no hubiera hecho dicho voto.*

2° »Que todos los fieles cristianos que se obligaren con el mismo voto, puedan ganar indulgencia plenaria, tan sólo aplicable á los fieles difuntos, en cualquier día que se llegaren á la sagrada comunión, y en cualquier lunes del año que oyeren el Santo Sacrificio de la Misa en

sufragio de los mismos fieles difuntos con tal que en ambos casos visiten alguna iglesia ú oratorio público, y por algún espacio de tiempo oren allí por la intención de Su Santidad.

3º »Que sea también permitido á los mismos fieles cristianos aplicar por las almas de los difuntos, todas y cada una de las indulgencias que pudieren ganar, en cualquiera forma que se hubiesen concedido, ó en adelante se concedieren.» —(Pío IX).

FÓRMULA PARA HACER EL VOTO

Dios mío, uno en esencia y trino en Personas; deseando vuestra mayor gloria, é imitar mejor á mi dulcísimo Redentor Jesucristo, y mostrar mi sincera esclavitud á la Madre de misericordia María Santísima, que tambien es Madre de las pobres almas del Purgatorio, me propongo cooperar á la redención y libertad de aquellas almas, encarceladas por deudas de penas á la divina Justicia, merecidas por sus pecados; y en aquel modo que puedo lícitamente, sin obligación á pecado, os ofrezco mi espontáneo deseo de librar del Purgatorio todas las almas que María Santísima quisiere que sean libres; y en su virtud pongo en manos de esta piadosísima Señora todas mis obras satisfactorias, propias y participadas, tanto en vida como en

muerte, y despues de mi muerte. Os ruego, Dios mío, que acepteis y confirmeis este mi ofrecimiento, que yo os reitero y confirmo á honra vuestra y bien de mi alma.

Y si tal vez mis obras satisfactorias no bastasen para pagar todas las deudas de aquellas almas predilectas de la Santísima Virgen, y para satisfacer las que yo mismo hubiese contraído por mis culpas, que de todo corazón odio y detesto, me ofrezco, oh Señor, para pagaros, si es vuestra voluntad, en el Purgatorio, todo lo que me faltare, abandonándome al propio tiempo en los brazos de vuestra misericordia, y en los de mi dulcísima Madre María. Y de este mi voto sean testigos todos los vivientes en las tres Iglesias triunfante, purgante y militante.

Advertencias. 1a. Para hacer este voto no es necesario pronunciar palabras, basta que se haga con el corazón, ni es preciso repetirlo muchas veces.

2.a En nada se opone este voto al orden de la caridad, que nos obliga á pedir primero por nuestros parientes difuntos, por los hermanos de las cofradías á que pertenecemos, etc., puesto que una cosa es pedir, á lo cual pertenece el fruto impetratorio de que aquí no se trata, y otra el sufragar, á lo cual corresponde el fruto satisfactorio; y si bien es cierto que la caridad también nos pide que ofrezcamos nuestros sufragios en primer lugar por nuestros más allegados, esto no obstante, María Santísima conoce mejor que

nosotros cuáles son nuestros deberes. y distribuirá nuestras buenas obras entre nuestros parientes, amigos, etc., según el beneplácito divino. Por consiguiente, podemos practicar todas las oraciones acostumbradas, dirigidas á obtener de Dios, de la Vírgen Santísima y de los Santos cualquier gracia. pues esto no se opone al voto, por el cual sólo se aplica á las benditas almas el fruto *satisfactorio*, de nuestras obras quedando en nosotros siempre el *meritorio*. el *propiciatorio* y el *impetratorio*, cuyos frutos son personales, y no podemos comunicarlos á otros.

CONSIDERACIONES PARA MOVERSE Á HACER ESTE VOTO

1. El que ofrece sufragios por las almas del Purgatorio, es honrado con el nombre de Redentor, según asegura el P. Celada, comentando el cap. IV de Job.

2. Son las benditas almas del Purgatorio esposas muy queridas de Jesucristo, por quien ardientemente suspiran; y es de fe que han de ir á alabarlo á la gloria. El mismo amor que Dios les tiene lo obliga á castigarlas con aquellas llamas para que se purifiquen y satisfagan á la divina Justicia; pues el que con sufragios procure aliviarlas, y abreviar el tiempo de sus terribles padecimientos, hará una cosa muy agradable á Dios.

3. Santa Brígida dice: Cuando libramos del Purgatorio con nuestros sufragios á cualquiera alma, es tan acepto y agra-

dable á Jesucristo su Esposo, como si El mismo fuese el redimido; y á su tiempo nos restituirá enteramente el bien que hacemos, para que redunde en nuestra utilidad. Con cuyas palabras se confesó convencido el Sumo Pontífice Benedicto XIII, que murió en opinión de Santo, para hacer y ratificar, como públicamente ratificó desde el púlpito, la total donación de sus obras satisfactorias en favor de las benditas almas.

4. Este nobilísimo acto de renunciar todas nuestras obras satisfactorias en favor de las benditas almas del Purgatorio, ha sido practicado por innumerables personas, ilustres muchas de ellas por su dignidad, doctrina y santidad. Comunidades enteras de religiosos lo han hecho, insignes teólogos lo han defendido, y muchos Sumos Pontífices lo han aprobado y enriquecido con singulares privilegios.

5. Con este acto nada se pierde, antes por el contrario, se gana muchísimo.

6. Santa Brígida testifica en sus revelaciones, que del Purgatorio oyó salir una voz que decía: Sea dada la paga y remuneración á todos cuantos nos refrigeran en estas penas. Y que otra voz exclamaba: Oh Dios y Señor, usando de tu potestad imcomprensible, remunera con ciento por uno á cuantos nos socorren con sufragios, consiguiendo que subamos á ver la luz de la divinidad.

7. La misma Santa refiere, que en una ocasión oyó á un ángel que decía: Bendito sea en el mundo quien con oraciones, buenas obras y penitencias corporales, socorre aquellas almas penitentes.

8. San Ambrosio dice que todo cuanto por caridad damos á las almas de los difuntos, se conmuta en mérito para nosotros, que recibiremos cien veces duplicado después de nuestra muerte.

9. Habiendo hecho esta donación Santa Gertrudis se le apareció el demonio estando la Santa para morir, y burlándose le dijo: ¡Qué soberbia y cruel has sido contigo mismo! ¿Puede darse mayor soberbia que pagar las deudas de otro, y no las suyas? En el día de tu muerte nos veremos. Tú lo pagarás ardiendo en el fuego del Purgatorio, y yo me reiré de tu locura mientras tú llorarás tu soberbia. Pero apareciéndosele su divino Esposo Jesucristo, la consoló diciendo: Para que entiendas cuán grata me ha sido la caridad de que has usado con las almas del Purgatorio, desde ahora te perdono todas las penas que debías pagar en el Purgatorio; y porque prometí dar ciento por uno, además de perdonarte, aumentaré con liberalidad tu gloria, premiándote la caridad con que hiciste la universal cesión de tus obras satisfactorias á mis amadas almas del Purgatorio.

Confíen los que hicieren este voto, que,

ó no irán al purgatorio, ó estarán en él poco tiempo, fundándose para tener esta confianza en la clemencia de Dios, en las promesas de Jesucristo, en el patrocinio de María Santísima, y en la intercesión de las mismas almas, redimidas por medio de este acto de heroica caridad, pues son incapaces de olvido y de ingratitud.

ELECCIÓN DE ESTADO

Una de las cosas en que más se ha de desvelar el que pretende salvarse, es en escoger el estado, si no lo tiene, en que ha de vivir toda su vida, conforme á la inspiración y voluntad de Dios; porque como el Señor nos creó para el cielo, y hay muchos caminos que nos llevan á él, y no todos son para todos, sino que á uno arma más el uno, y otro al otro, y el hombre no sabe cuál es el mejor para sí; es de suma importancia para acertar con la voluntad del Señor acudir á él, y pedirle su gracia y lumbre para tomar el estado que él quiere que tomemos, y entrar por la senda derecha y segura de su beneplácito y santísima voluntad. Para pedir esta gracia servirá la siguiente

---

ORACION Á DIOS NUESTRO SEÑOR PARA PEDIRLE SU GRACIA EN ESCOGER ESTADO

Dios mío y bien mío, que me criasteis á vuestra imagen y semejanza, y disteis vuestra sangre por mí, y para que yo fuese partícipe del precio y fruto de ella me disteis vuestro conocimiento, y me lavasteis con el agua del santo bautismo, y me pusisteis en el número de vuestros fieles, y me hicisteis miembro de vuestra Santa Iglesia Católica, de la cual vos sois Cabeza, y me habéis enriquecido con otras muchas y singulares mercedes, por las cuales yo os hago humildemente infinitas gracias. Bien sabéis vos, Rey mío, que no basta el haberme vos por vuestra sola bondad dispuesto tan gran bien, y creádome para que goce eternamente de vos, si yo no os sirvo guardando vuestros mandamientos, y no hago lo que vos queréis de mí. Yo por vuestra gracia deseo acertar y hacer lo que os fuere más agradable; pero soy ciego, y por mí no puedo acertar: inspiradme vos, dadme vuestra luz, alumbrad mi entendimiento para que entienda vuestra voluntad, y encended la mía con vuestro amoroso fuego, para que entendiendo yo la vuestra la abrace y la siga, y me resigne en vuestras manos, porque yo me echo totalmente en ellas, y me entrego á vuestra paternal providencia. Sed vos mi norte y piloto en esta

navegación, para que llegue á aquel puerto de quietud para el cual vos me creasteis. Ninguna cosa quiero sino la que vos queréis, ninguna apetezco sino la que vos me mandareis; ninguna me será grave siendo encaminada por vos, ninguna gustosa ni fácil si no me viene de vuestra bendita mano. No sé lo que más me conviene, ni lo que vos queréis de mí, y aunque lo supiese no lo podía hacer sin vuestro favor: éste os pido, éste os suplico que me deis para que yo acierte á escoger el estado que más convenga para mi salvación, y gracia para que en él os sirva y glorifique. Amén.

(*P. Rivadeneira.*)

DE LA MEDITACION

La oración ha hecho en todos los tiempos las delicias de las almas fervorosas.

El Corazón de Jesús, querido lector, os invita á gozar de estas delicias. Las dificultades de este santo ejercicio son más aparentes que reales. «Hacer oración mental ó meditación, dice el Cardenal Dechamps, es pensar en las verdades de la fe, con el fin de excitarse al amor divino y á la práctica de las virtudes, y de obtener la gracia por medio de la misma.»

La meditación se llama también *oración*

mental, porque la oración ó súplica es lo más importante en la meditación. Así, hacer oración mental, es pensar en las verdades de la fe, por ejemplo, en la muerte, en el juicio, en el paraíso, en el infierno, en la eternidad, en Nuestro Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, que descendió del cielo, se hizo hombre por amor nuestro en el seno de la bienaventurada Virgen María, que tanto sufrió, hasta padecer muerte de cruz para alcanzarnos el perdón de nuestros pecados. Cuando se piensa en alguna de estas grandes verdades, ó en cualquiera de las otras que la santa fe nos enseña, y se piensa en ellas para excitarse á evitar el pecado, á imitar á Jesucristo y á usar con este fin de los medios que Él nos ha dejado, sobre todo de la oración y de los sacramentos, que son los conductos de la gracia, entonces es cuando se hace meditación ú oración mental. Veis bien que un gran número de cristianos, que tal vez nunca han oído pronunciar esas palabras, hacen sin embargo oración, puesto que piensan algunas veces en las verdades de la salvación, como por ejemplo, cuando después de haber oído el sermón del domingo, piden perdón á Dios de sus pecados, toman la resolución de confesarse y le piden su santa gracia para enmendar su vida. Hace también oración mental el cristiano cuando se prepara á confesarse, porque

entonces, después de haber orado y reconocido sus faltas, se excita á la contrición pensando en el infierno que ha merecido, en el cielo y en la gracia de Dios que ha perdido, en Jesucristo, á quien sus pecados han hecho llorar, sufrir y morir. Asimismo hacemos oración mental cuando, después de haber leído un buen libro, nos detenemos un poco á considerar algún punto que nos haya llamado la atención y que nos conmueva más, y después rogamos á Dios, á Jesús, á María, á los santos ángeles ó á los santos patronos, para obtener una gracia que deseamos, ó para poder hacer alguna cosa que Dios nos pide. También hacemos oración cuando caminando ó trabajando pensamos en las verdades de la salvación y nos dirijimos á Dios para ofrecerle nuestros ruegos y súplicas. Luego no se debe creer que el hacer oración mental sea cosa muy difícil. Nó, por cierto; antes por el contrario, cuando un cristiano se empeña vivamente en alcanzar su salvación eterna, piensa diariamente en ella con el mismo agrado que los comerciantes piensan en asuntos de su comercio. Por otra parte, es tan imposible tener buen éxito en el negocio de la salvación sin pensar en ella y sin animarse á adoptar los medios para conseguirla, como es imposible que un comerciante prospere sin pensar en los medios de hacer fortuna.

"*Porque no se medita en las verdades eternas*, dice San Alfonso, *el mundo está lleno de pecados y el infierno de réprobos.*"

Ya lo veis, alma cristiana: nada es más fácil que hacer oración. San Alfonso presenta esta práctica, extremadamente sencilla, clara, fácil y no menos provechosa. Gracias al método que él enseña, este ejercicio indispensable para cualquiera que desee santificarse, está puesto verdaderamente al alcance de todo el mundo; por eso también desea él que todos aprendan á meditar. Hé aquí el método de hacer oración mental según el santo doctor.

La oración mental contiene tres partes: la preparación, la meditación y la conclusión.

I La *preparación* consiste en tres actos, como sigue:

1. *Acto de fe en la presencia de Dios.*—Dios mío, creo que estáis aquí presente: os adoro con todo mi corazón.

2. *Acto de humildad y contrición.*—Señor, yo debería estar ahora en el infierno por mis pecados. ¡Oh bondad infinita! me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido.

3. *Acto de petición.*—Dios mío, por el amor de Jesús y de María, iluminadme en esta oración y haced que me sea provechosa.

En seguida se reza un *Ave María* á la Sma. Virgen, para que nos alcance las

luces que necesitamos; se reza también con el mismo fin un *Gloria Patri* en honor de San José, del Angel de la Guarda, del Arcángel San Miguel y del Santo patrono. Estos actos deben hacerse con atención, pero brevemente, y pasar luego á la meditación.

II Para la *Meditación* conviene servirse siempre de un libro, al menos en los principios, deteniéndose en los pasajes que hagan más impresión. San Francisco de Sales dice que en esto se ha de imitar á las abejas que se posan en una flor mientras encuentran miel, y en séguida vuelan á otra.

Conviene saber, por otra parte, que los frutos de la meditación son de tres clases; los afectos, las súplicas y las resoluciones, en lo cual consiste todo el fruto de la oración mental. Así, cuando se ha meditado en alguna verdad eterna y el Señor ha hablado al corazón, conviene dirigirse á Dios:

1. Por medio de *afectos*, es decir, con actos de fe, de agradecimiento, de humildad y de esperanza; y sobre todo, repetir los actos de amor y de contrición. Según Santo Tomás, *todo acto de amor nos hace acreedores á la gracia de Dios y al paraíso.* Lo mismo se debe decir del acto de contrición. He aquí algunos actos de amor: Dios mío, os amo sobre todas las cosas.—Os amo con todo mi corazón.—Quiero

cumplir en todo con vuestra santa voluntad.—Me regocijo de que sois Vos infinitamente feliz.

Para el acto de contrición, basta decir: Bondad infinita, me arrepiento de haberos ofendido.

2. Se debe también hablar á Dios por medio de súplicas, pidiéndole las luces de que se ha menester, la humildad, ó cualquiera otra virtud, una buena muerte, la salvación eterna, pero muy en especial su amor y la santa perseverancia. Si el alma se encuentra en grande aridez bastará repetir: Dios mío, socorredme.—Señor, tened piedad de mí.—Jesús mío, misericordia.

Aun cuando no se hiciera otra cosa que lo dicho, la oración sería excelente.

3. Por último, es necesario hablar á Dios por medio de *resoluciones;* antes de terminar la oración se debe tomar alguna resolución particular, por ejemplo, la de huir de tal ocasión, soportar lo que se encuentre de fastidioso en tal persona, corregirse de tal defecto, etc.

III En fin, la *conclusión* se compone de tres actos:

1. Dar gracias á Dios por las luces recibidas.

2. Hacer el firme propósito de cumplir las resoluciones.

3. Pedir á Dios, por el amor de Jesús y de María, la gracia de serle fiel.

Se termina la oración con un Padre Nuestro y un Ave María, para encomendar á Dios las almas del purgatorio, los prelados de la Iglesia, los pecadores y todos los parientes y amigos.

San Francisco de Sales aconseja que se fije en el pensamiento lo que durante la oración nos ha llamado más la atención, á fin de tenerlo presente para el resto del día.





Ejercicios públicos y solemnes del Apostolado

I. Instalación del Apostolado.

Para el solo hecho de su establecimiento en una parroquia, comunidad ó colegio, el Párroco ú otro sacerdote, de acuerdo con el Párroco ó el Superior de la corporación, da á los fieles noticia del Apostolado, su objeto, naturaleza y bienes que encierra, en la forma que estimen más conveniente, bien sea desde el púlpito, bien por medio de hojas sueltas, como la *Noticia del Apostolado*, y sobre todo, valiéndose de algunas personas piadosas y activas, que siempre las hay en todas partes, y son las predestinadas por el Sagrado Corazón de Jesús para apóstoles y cooperadoras de sus designios y serán las futuras Celadoras del Apostolado. Estas se encargarán de buscar de entre su fami-

lia, vecinos ó conocidos, personas que se quieran inscribir, y forman sus listas provisionales que después se transformarán en coros.

A petición del Párroco, sacerdotè ó superior, expide el Director diocesano el Diploma de agregación para aquella parroquia ó corporación; y en su virtud, puede abrirse un registro para apuntar en él los nombres de cuantos quieran inscribirse, aunque sean de distinta corporación ó parroquia. A la vez remite el Director superior ó diocesano el Diploma de Director local al Párroco ó sacerdote que se ha de poner al frente de la Asociación, y éste es el que firma la cédula que debe dar á cada asociado, por sí ó por medio de los Celadores ú otras personas.

Con solo esto queda constituido el *Centro*, á que sigue la obra de organización con la formación del cuerpo de Celadores y Celadoras, la distribución de los socios en coros, la forma con que se ha de proceder en los ejercicios públicos de la Asociación, y la reunión mensual de Celadores.

Esta instalación es sencilla y en cierto modo privada: la instalación pública y solemne, que se recomienda eficazmente, se verifica cuando, obtenido ya el Diploma y demás requisitos, y dados los trabajos preparatorios de que se ha hecho mérito, se quiere inaugurar la Asociación por

medio de una fiesta ó solemnidad religiosa, que contribuya á enaltecer y dar prestigio al Apostolado.

El día, la ocasión y las circunstancias varían notablemente, y solo el Director local puede apreciarlas debidamente para que sea oportuna la instalación solemne y produzca gran efecto en la localidad. Preparado todo convenientemente, se anuncia una gran función, con el posible aparato para el esplendor del culto, adorno del altar, buena música y demás que consientan el caso y las circunstancias; talvez pueda celebrarse un triduo preparatorio, ó algún otro ejercicio en la víspera de la fiesta. Los actos principales y propios de esta solemnidad son: la *Comunión general, la exposición del Santísimo, una plática ó exhortación viva y sólida del Director, la imposición de escapularios ó medallas del Sagrado Corazón y el acto de consagración* de todos los asociados que va á continuación. Da mucho realce á ésta y otras semejantes fiestas del Apostolado la inauguración ó dedicación de un altar, imagen, estatua ó estandarte del Sagrado Corazón y una procesión solemne.

Consagración de los socios del Apostolado de la Oración al Sagrado Corazón de Jesús

¡Oh Corazón infinitamente dadivoso de mi amado Jesús, que sin embargo de no debernos nada, habeis juntado todos vuestros intereses en uno con los nuestros; y que, después de haber derramado en el Calvario hasta la última gota de vuestra sangre, os entregais á nosotros cada día por entero en la Eucaristía!: aquí me teneis postrado á vuestros pies, deseoso de corresponder alguna vez á las misericordias de vuestra inmensa caridad.

No se me oculta, Bien mío, que de todos los homenajes que os podemos tributar los hombres, no hay sino uno que sea enteramente digno de Vos: este es la total y perfecta entrega de nuestro propio corazón, el ofrecimiento generoso que, convirtiendo en uno vuestras aspiraciones y las nuestras, hace de nosotros vuestros más fieles amigos, y nos estimula á trabajar con todas las fuerzas de nuestra alma en el cumplimiento de vuestros quereres y deseos.

Yo me agrego, por tanto, ¡oh Corazón adorable! al Apostolado de la Oración, para honraros en espíritu y en verdad, y me uno á los miembros más obsequiosos de esta santa Alianza, que sin tregua ni

descanso derraman sus sudores en todas las partes del mundo, para plantar en ellas y en la sociedad el reinado de vuestro amor.

Este, ¡oh Jesús de mi alma! será en adelante el fin supremo de mis mayores deseos; fin que buscaré sin cejar ni un instante, uniendo mis oraciones, obras y trabajos á las oraciones que no cesais de ofrecer vos mismo al Eterno Padre, por la conversión de los pecadores, santificación de los justos y el triunfo de la Santa Iglesia.

Vos, Señor, que me habeis inspirado el deseo de haceros este holocausto, concededme también, os lo ruego por quien sois, la fuerza y la constancia necesarias para llevarlo á cabo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Los asociados podrán hacer esta consagración á su entrada en el Apostolado y renovarla siempre que comulguen. Después de la Comunión general Reparadora, se hará en común y en plural.

II. Admisión de socios

La admisión de socios en el Apostolado puede hacerse en privado ó con solemnidad: es *privada*, cuando el Director local se limita á inscribir á una persona en el Centro y darle la cédula de agregación

sin otra exterior demostración ni ceremonia alguna religiosa, que preceda ó acompañe á este acto.

Admisión *solemne*, es la que se hace en público, en la iglesia ó capilla, con ciertos ritos y ceremonias religiosas: ésta puede verificarse de dos modos:

1º. Reuniéndose los socios por la mañana para oír Misa y tener la comunión general, durante las cuales se toca el órgano y se canta algún motete ó himnos al Sagrado Corazón; el celebrante ú otro sacerdote hace después una breve explicación del Apostolado, bendice en voz alta las medallas ó los escapularios del Corazón de Jesús puestos en una bandeja preparada al efecto, y á continuación, uno, en nombre de todos, pronuncia el acto de consagración que va al pié, ó el que se propuso antes.

Consagración práctica y Pacto de unión permanente con el Sagrado Corazón de Jesús.

¡Oh, Jesús mío, Redentor y Dios mío! á pesar del amor tan grande que teneis á los hombres, por cuya redención habeis derramado toda vuestra sangre preciosa, lejos de ser de ellos amado, sois por el contrario ultrajado y ofendido, señaladamente, con las blasfemias y la profanación de los días festivos. ¡Ah! ¡si yo

pudiera dar alguna satisfacción á vuestro Corazón divino! ¡si pudiera reparar tanta ingratitud y desconocimiento como os manifiesta la mayor parte de los hombres! Yo quiero poder demostraros el deseo que tengo de amaros y de honrar delante de todo el mundo á ese vuestro adorable y amorosísimo Corazón, y acrecentar en lo posible vuestra gloria.

Para corresponder ¡oh Jesús mío! á este augusto objeto, para conseguir el triunfo de la Iglesia, la conservación y prosperidad del Sumo Pontífice, y la plena realización de vuestros designios, para agradar, en fin, á vuestro amabilísimo Corazón, hago los tres propósitos siguientes:

Primer propósito. Postrado á vuestros pies, en presencia de la Virgen Santísima y de toda la corte celestial, confieso solemnemente que por todos los títulos de justicia y gratitud, soy solo de Vos y enteramente de Vos, oh Jesús y Redentor mío, fuente de toda dicha espiritual y temporal. Por tanto, uniéndome á la intención del Romano Pontífice, me consagro á mí mismo y todo lo que me pertenece, á vuestro Sagrado Corazón. Propongo ¡oh Sagrado Corazón de Jesús! amaros y serviros con toda mi alma, con todo mi corazón y con todas mis fuerzas: *propongo unir diariamente todos mis deseos á vuestros deseos, y hacer mías todas vuestras intenciones.*

Segundo propósito. El Sumo Pontífice nos inculca lo mismo que Vos dijísteis: el que en todas las cosas no escucha á la Iglesia, no escucha á Dios que está siempre con ella. Comprendiendo, pues, que el perfecto rendimiento á la autoridad divina, consiste en la *obediencia*, propongo someterme siempre con todo mi entendimiento y corazón á las decisiones de la Santa Sede, no defender jamás opiniones poco conformes con sus enseñanzas; y para renovar esta protesta de sumisión filial, prometo rezar todos los días *un Padre Nuestro y diez Ave Marías* al Corazón Inmaculado de María, *por la conservación y prosperidad del Romano Pontífice.*

Tercer propósito. Para daros ¡oh Dios mío! una prueba solemne de la sinceridad de esta consagración, declaro públicamente en vuestra presencia, ¡oh Dios mío! que en adelante me comprometo á honrar á vuestro divino Corazón, *santificando los domingos y días de fiesta, no trabajando en ellos*, asistiendo al *santo sacrificio de la Misa* y á los *oficios divinos*, y participando de la *Sagrada Eucaristía* con la mayor frecuencia que me sea posible, haciéndolo en espíritu de desagravio y amor á vuestro santísimo amor ofendido y ultrajado. Emplearé además toda mi audoridad é influencia en procurar que todos observen vuestra santísima ley y los mandamientos de la Iglesia.

En vuestro amabilísimo Corazón depósito, oh Jesús mío, estos buenos deseos y santas resoluciones inspiradas por vuestra gracia. Espero por este medio compensar de alguna manera las injurias que recibís de los hombres ingratos, y lograr también para mí y para todos la verdadera felicidad en esta vida y en la otra. Amén.

Luego, el Director les pone el escapulario ó la medalla, diciendo: *accipe frater* [vel soror] *effigiem sacratissimi Cordis Jesu*, dándoles además la cédula de agregación: puede cantarse en seguida el *Magníficat* en honor del Corazón de María, Madre nuestra; ó bien, si es permitido, se expone al Santísimo Sacramento y se da la bendición con S. D. M. concluyendo con un cántico al Corazón Inmaculado de la Virgen.

2º Esta ceremonia puede tener lugar, y es lo más ordinario, en el ejercicio de la tarde, en el cual se manifiesta á S. D. M., se reza la estación y el Santo Rosario, siguiendo la plática y demás actos indicados para la mañana.

Cuando se puede, siempre es preferible la admisión solemne á la privada, y es también muy conveniente que se renueve cada seis meses ó cada año el acto de consagración.

III. *Admisión solemne de Celadores y Celadoras.*

El Acto de Consagración, al ser recibidos para Celadores, se hará en alguna capilla ó en el sitio ordinario de las reuniones, ante la imagen del Sagrado Corazón, en presencia del Director del Apostolado, ó de cualquier sacerdote delegado por él. Entonces es cuando, según las ceremonias de que hablaremos después, se entrega á los Celadores el Diploma, la cruz y el Reglamento.

La renovación solemne de la Consagración tendrá lugar dos veces al año, el día del Corazón de Jesús y el de la Inmaculada Concepción de María, ó, en caso de impedimento, en sus octavas ó en el día que crea más conveniente el Director local. Llegado el día señalado, los Celadores asistirán á la Misa, é inmediatamente antes de recibir el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, hará el Presidente, en nombre de todos, el Acto de Consagración. Los que estuvieren ausentes, ó no pudieren asistir, lo harán otro día, también antes de la Comunión. Puede igualmente celebrarse este acto por la tarde en el ejercicio público. En la reunión precedente se anunciará el día de la renovación, indicando los medios que convendrá poner en práctica para santificar los días inmediatos á ella.

CEREMONIA PARA LA RECEPCIÓN DE LOS CELADORES DEL CORAZÓN DE JESÚS

Instrucción á los Directores del Apostolado.

Suplicamos á los Directores del Apostolado de la Oración, que en cuanto les sea posible, guarden el orden siguiente, al entregar á las personas que crean dignas de ello, el Diploma de *Celador del Corazón de Jesús.*

1. Se entrega el Diploma á los nuevos Celadores, así que hayan acabado de pronunciar en voz alta el acto de Consagración. Este se hace, ordinariamente, en presencia de un Director del Apostolado, ó de otro sacerdote delegado para ello por el Director.

2. Junto con el *Diploma* entrega el Director ó su delegado á cada uno de los nuevos Celadores un ejemplar del Reglamento y una *cruz* ó medalla de Celador.

3. La recepción tiene ordinariamente lugar en alguna capilla, ó en el sitio ordinario de las reuniones de los Celadores, delante de alguna estatua del Corazón de Jesús, estando encendidas algunas velas.

El orden de la ceremonia es el siguiente:

4. Las medallas están colocadas de antemano en el altar, próximos al cual se hallan los que han de ser recibidos por Celadores. El Director, con sobrepelliz y

estola, dirige algunas palabras á los asistentes sobre la ceremonia que va á tener lugar.

5. Entonces se arrodillan ante el altar, y uno de ellos pronuncia, en nombre de todos, el Acto de Consagración de los Celadores del Corazón de Jesús.

Acto de Consagración de los Celadores del Corazón de Jesús.

¡Dulcísimo Jesús, fuente inagotable de amor, Padre de misericordia y Dios de toda consolación! Ya que, á pesar de nuestras miserias é indignidad, os habéis dignado descubrirnos las inefables riquezas de vuestro Corazón: Yo...., *en acción de gracias* por los innumerables beneficios que á mí y á todos los hombres nos habéis concedido, y sobre todo, en reconocimiento de la institución de la Sagrada Eucaristía y del amor inefable que os mueve á sacrificaros todos los días por la salvación del mundo; *en reparación* de los ultrajes con que yo y todos los hombres hemos amargado vuestro amantísimo Corazón en este misterio de vuestra inmensa caridad para con nosotros; *en unión del divino Apostolado* que ejercéis sin cesar en el tabernáculo, por la gloria de vuestro Padre celestial, por el triunfo de vuestra Iglesia, santificación de los justos y con-

versión de los infieles, herejes y pecadores: *me consagro*, cuanto soy y puedo, á vuestro sacratísimo Corazón, por la salvación de las almas; le consagro para este fin cuanto me pertenece, todos mis bienes, los merecimientos que he adquirido y puedo adquirir con el auxilio de vuestra gracia: *y prometo propagar el Apostolado del Divino Corazón*, cuanto mis fuerzas me lo permitan.

Además, escojo á la Bienaventurada Virgen María, Reina de los Apóstoles y Refugio de pecadores, para que de una manera especialísima sea mi Madre. Me ofrezco y consagro también con todas mis cosas á su purísimo Corazón, proponiéndome de un modo especial imitar su tierno amor para con los pecadores; y para socorrerlos más eficazmente, prometo propagar con todas mis fuerzas el culto de su inmaculado y compasivo Corazón.

Suplícoos, dulcísimo Jesús, por vuestra infinita bondad, que os dignéis aceptar este holocausto en olor de suavidad; y así como me habéis dado gracia abundante para desearlo y ofrecerlo, me la déis también para cumplirlo. Amén.

Cada uno de los socios, ó todos juntos, si son muchos, dice á su vez esta fórmula abreviada:

«Divino Corazón de Jesús, yo me consagro á Vos. Amén.»

BENDICIÓN DE LAS CRUCES Ó MEDALLAS DE CELADORES

El Director bendice en seguida las cruces, diciendo:

V. Adiutorium nostrum in nomine Domini.
R. Qui fecit coelum et terram.
V. Dominus vobiscum.
R. Et cum spiritu tuo.

OREMUS

Omnipotens sempiterne Deus, qui sanctorum tuorum effigies sculpi non reprobas, ut quoties illas oculis corporis intuemur, toties eorum actus et sanctitatem ad imitandum memoriae oculis meditemur; has, quaesumus, sculpturas in honorem et memoriam sacratissimi Cordis Unigeniti Filii tui adaptatas bene † dicere et sancti † ficare digneris; et praesta, ut quicumque eas gestando Unigenitum Filium tuum suppliciter colere et honorare studuerit, illius meritis et obtentu, a te gratiam in praesenti et aeternam gloriam obtineat in futurum. Per eumdem Christum Dominum nostrum. Amen.

El Director rocía con agua bendita las cruces, y entrega una á cada Celador, diciendo:

«Recibid esta insignia y llevadla sobre

vuestro corazón, para que os recuerde sin cesar el amor con que el Corazón de Dios os ha prevenido, y el amor que por ello le debéis.»

En seguida da el Director á cada Celador un Diploma y un ejemplar del Reglamento de Celador del Corazón de Jesús, diciendo:

"Recibid el *Diploma* por el cual seréis en adelante Celador del Corazón de Jesús y del Apostolado de la Oración. (Nuestro Santísimo Padre el Papa os concede por ello veinticuatro indulgencias plenarias cada año, y además una indulgencia de trescientos días cada vez que os reunáis los Celadores, muchos juntos, ó de dos en dos "para advertiros mutuamente y excitaros á promover con mayor eficacia la divina gloria.")

"Recibid al mismo tiempo el *Reglamento* que se os propone para que, guardándolo, os hagáis cada día más digno de llevar el glorioso y consolador título de *Celador del Corazón de Jesús y de su Apostolado.*"

Acabado esto, bendice el Director á los nuevos Celadores, diciendo:

"Señor Jesús, dignaos admitir bajo la bandera de vuestro Divino Corazón á estos hijos vuestros, deseosos de consagrarse á la defensa de vuestros *intereses* y á la propagación de vuestra gloria. Sírvales esta insignia, con que los habéis con-

decorado, de aliento en la lucha contra vuestros enemigos visibles é invisibles, y de prenda del triunfo eterno.

"En el nombre del Padre...."

Se termina la ceremonia cantando ó rezando el Te Deum.

IV. *Ejercicio mensual del Apostolado.*

Donde quiera que el Apostolado se haya establecido y tenga existencia propia é independiente y una organización estable y pública, lo mismo en parroquias, que en Comunidades ó Congregaciones, deben adoptarse algunos ejercicios públicos para ayudar á conservar y robustecer el espíritu y piedad de los socios, y estrechar los lazos de unión y fraterna caridad. Se recomiendan los siguientes que la experiencia ha sancionado y la práctica reconoce como muy á propósito para el deseado objeto.

1º *Reunión mensual.*—Esta puede tener lugar en un domingo ó primer viernes; los actos son los siguientes: Rosario, visita al Sagrado Corazón en el Santísimo Sacramento ó la Coronita ó Letanías del Sagrado Corazón, actos de consagración y desagravios, una breve plática ó lectura y meditación, concluyendo con el cántico *Corazón santo*, ú otro análogo.

Si se expone á Su Divina Majestad, se reza la estación y se da la bendición con el Santísimo Sacramento.

Esta reunión se facilita por los dos medios que á continuación se expresan; y en una ú otra forma es necesaria, si los Directores locales quieren disfrutar de uno de sus más preciosos privilegios, cual es el de conceder las indulgencias apostólicas y las de santa Brígida, á rosarios, crucifijos y medallas. No se fija el modo y forma de semejante reunión; basta que se tenga y que asistan los socios á ella, que el Director les hable y proponga la intención general y las particulares, y algún otro asunto que juzgue se deba recomendar á sus oraciones y celo. Donde no se pueda más, júntense á lo menos, antes ó después de Misa, en uno de los días festivos, ó por la tarde después del Rosario. La *comunión general* de los socios con el *Ejercicio de la tarde*, sustituye perfectamente y satisface á esta reunión mensual.

La reunión de Celadores y Celadoras, por regla general, debe preceder á la de los socios.

2º *Comunión general y Reparadora.*— Se encarga con mucho encarecimiento á los Directores locales, que se establezca; y gracias á Dios, se practica generalmente en todos los *Centros*. Conviene que

sea en un día fijo, como primer viernes ó domingo, y que se le dé grande importancia; para lo cual deben los Celadores avisar oportunamente á los socios por medio de las papeletas mensuales y también de palabra el Director desde el púlpito, algunos días antes y por carteles; ya desde la víspera se adorna el altar, se prepara el comulgatorio y se anuncia la fiesta por un toque especial de campanas. Llegada la mañana de la comunión, téngase la Misa con la solemnidad que parezca conveniente en cada *Centro*: durante la Misa se leen algunos actos preparatorios, ó se excita la devoción con algunas palabras de exhortación ó fervorines, alternando con una música suave; durante la comunión es muy laudable la costumbre de cantar algunos motetes ó himnos sagrados.

Los socios se acercan á comulgar en orden, primero los hombres y después las mujeres, llevando el escapulario del Apostolado ó el del Sagrado Corazón, ó la medalla adoptada en el Centro. Después de la comunión, el Director, desde el altar ó en el púlpito, ó un Celador, recita el *acto de desagravios ó de consagración, ó el Pacto* (Véase la página 497.) que todos repiten con él.

3.º *Ejercicio de la tarde.*—Es también general la costumbre de celebrar por la tarde del día de la comunión, un solemne ejercicio en honor del Sagrado Corazón

de Jesús, y de ordinario, con exposición de S. D. M., gracia que suelen conceder los Prelados á todos los Centros: es una práctica sumamente grata al Sagrado Corazón, y edificante por extremo, contribuyendo á dar gran prestigio á la Asociación, mucho culto á Nuestro Señor, y atrayendo á la mayoría de los fieles de la parroquia para obsequiar y desagraviar á la Divina Majestad. En otra parte expusimos los actos que constituyen este hermoso Ejercicio, á que asisten Celadores y Celadoras con sus insignias, y los socios con su escapulario ó medallas. No se olvide el hacer que se entonen cánticos en que pueda tomar parte el pueblo: esto sirve mucho para aumentar la devoción y amenizar los actos religiosos y atraer numeroso concurso.

V. *Aniversario y fiestas de renovación para socios y Celadores.*

Se aconseja á los Directores que celebren todos los años, con particular devoción y la posible solemnidad, el *Aniversario* de la fundación del Apostolado; en esta función podrá verificarse la *renovación del acto de consagración de todos los socios*. Bien se comprende la importancia y la utilidad de esta fiesta, que tanto contribuye á reanimar el fervor y promover el celo y espí-

ritu de los socios: por lo cual sería de desear que no se omitiese en ningún Centro, fijando para esto el día más conveniente, según las circunstancias de la población. Se acostumbra á este fin escoger uno de los días de comunión general, en que haya también Ejercicio por la tarde, y se procura reservar para este día la admisión de nuevos socios en el Apostolado. Fuera del acto de la Comunión general y el Ejercicio ordinario con plática, se añade el acto de consagración, que recita desde el púlpito el Director local, ó desde las gradas del presbiterio el Presidente de la Asociación ó uno de los Celadores.

VI. *Misa del Sagrado Corazón*

El Sumo Pontífice León XIII concedió que se pudiera decir misa votiva del Sagrado Corazón en todas las iglesias y oratorios (públicos ó privados) donde se hicieren *por la mañana* del primer viernes de mes algunos ejercicios de piedad, con aprobación del Ordinario, en honor del mismo Divino Corazón, con tal que ese día no ocurra alguna festividad de Nuestro Señor, ó una fiesta de primera clase, ó feria ó vigilia ú octava de las privilegiadas, guardándose en lo demás las rúbricas.

En nuestra Diócesis de S. Salvador, las preces aprobadas y prescritas para poder

gozar de tan señalado privilegio son: el Rosario, las Letanías del Sagrado Corazón últimamente aprobadas y el acto de consagración de todo el mundo mandado por Su Santidad León XIII.

VII. *Junta de Celadores*

Aparte de la reunión general de asociados, debe hacerse otra de celadores y celadoras, ya sea todos juntos, que parece lo más práctico, ya un día los Celadores y otro distinto las Celadoras.

Estas juntas son de suma importancia, pues en ellas es donde se adquiere el verdadero espíritu del Apostolado de la Oración, y donde se toman los medios más adecuados para promover la divina gloria.

Se puede comenzar con la oración del mes, se reza en seguida la oración que se pone al pié y *la decena*; se hace una lectura ó plática; se dispone lo que se crea oportuno y se termina con la acción de gracias y la jaculatoria: *Corazón de mi amable Salvador, haz que arda y siempre crezca en mí tu amor*.

Para lectura se recomienda la incomparable obrita del P. Ramiére: *El Apostolado de la Oración*, la *Práctica del amor á Jesucristo* de S. Alfonso de Ligorio, *El Apostolado Seglar* del P. Sardá ú otras obras análogas, ó bien la intención del mes que trae *El Mensajero del Corazón de Jesús*.

ORACION

Que se reza al principio de las juntas de Celadores.

Espíritu Divino que sois luz y fuego para los que os invocan con espíritu de fé y de amor, dignaos como en otro tiempo lo hicísteis sobre los discípulos congregados en nombre de Jesús, descender sobre nosotros, á quienes el mismo Jesús se ha dignado congregar en su nombre y elegirnos instrumentos de su amor para con las almas.

Iluminadnos para que conozcamos los caminos que por él nos lleven á Vos y al Padre que con Vos reina. Hacednos conocer vuestra santa voluntad é inspiradnos los medios de acelerar sobre nuestra patria el reinado del Corazón Divino de Jesús. Sugeridnos santos arbitrios para arrancar las almas á Satanás y llevarlas á Jesucristo. Los secuaces del mundo, inspirados por el espíritu del mal ponen al servicio de éste su salud, sus fuerzas, sus intereses, sus facultades todas, y baldón y oprobio sería para nosotros, escogidos por Vos para santas empresas, no consagrarnos con todas nuestras fuerzas y facultades a la santa obra para que nos habeis elegido, el consolidar en nuestra patria el reinado del Corazón de Jesús.

Aceptad, Señor, esta voluntad nuestra

y sostened con vuestra gracia nuestra debilidad, aumentad nuestras fuerzas y penetradnos con el fuego de vuestro amor, que nos purifique y haga dóciles instrumentos de vuestra caridad. Amén.

¡Corazón amantísimo de Jesús! disponed de estos siervos vuestros, prontos á secundar los designios de vuestro amor.

¡Corazón purísimo de María! Sed nuestro modelo y nuestra guía y dignaos dirigir nuestras deliberaciones á la mayor gloria del Corazón de vuestro Hijo Santísimo. Amén.

V. Dulce Corazón de Jesús, sed mi amor.

R. Dulce Corazón de María, sed mi salvación.

V. Jesús manso y humilde de Corazón.

R. Haced mi corazón semejante al vuestro.

En seguida se reza la oración propia del Apostolado correspondiente al mes y la decena del Rosario.

VIII. *Fórmula para bendecir é imponer los Escapularios del Apostolado.*

Aunque no es necesario bendecir ni imponer los escapularios del Apostolado para que los socios ganen las indulgencias concedidas por Su Santidad, bien se pueden bendecir como objeto piadoso, con la bendición general, y no hay inconve-

niente en imponerlos con cierta solemnidad.

La fórmula de bendición puede ser la siguiente:

El sacerdote, revestido de sobrepelliz y estola, según el tiempo, de pié y con la cabeza descubierta, teniendo delante los escapularios en una mesa ó sobre el altar, ó en una bandeja, dice:

V. Adiutorium nostrum in nomine Domini.

R. Qui fecit cœlum et terram.

V. Dominus vobiscum.

R. Et cum spiritu tuo.

OREMUS

Omnipotens sempiterne Deus, qui sanctorum tuorum imagines pingi non reprobas, ut quoties illas oculis corporis intuemur, toties eorum actus et sanctitatem ad imitandum memoriæ oculis meditemur; hanc, quæsumus, imaginem in honorem et memoriam Sanctissimi Cordis Unigeniti Filii tui Domini nostri Iesuchristi adaptatam, bene † dicere et sancti † ficare digneris, et præsta, ut quicumque coram illa Unigenitum Filium tuum suppliciter colere et honorare studuerit, illius meritis et obtentu a te gratiam in præsenti, et æternam gloriam obtineat in futurum. Per eundem Christum Dominum nostrum. R. Amen. [Deinde aspergat aqua benedicta].

La imposición como sigue: Accipe frater [soror] singulare signum Apostolatus Orationis, ut ita decoratus, corde, ore et opere dignum te exhibeas apostolum Cordis Iesu. Amen.

IX. *Fórmula para conceder las indulgencias apostólicas y las de Santa Brígida*

No hay fórmula prescrita como obligatoria: el Director ó sacerdote que disfruta de esta facultad, puede con solo una bendición, conceder á los rosarios, crucifijos y medallas, las indulgencias apostólicas y de Santa Brígida, sin otra ceremonia (Decreto de 11 de abril de 1840), ni sobrepelliz, estola ó agua bendita; así lo hace Su Santidad. La Sagrada Congregación de Ritos, en 12 de agosto de 1854, dispuso que para bendecir un objeto para el cual no hay fórmula prescrita en el Ritual Romano, el sacerdote haga simplemente la señal de la cruz con la mano sobre el objeto, diciendo: *In nomine Patris et Filii et Spiritus sancti. Amen.* Luego le rocía con agua bendita, sin encender vela, y aún esta aspersión puede suprimirse.

DE EL SALVADOR

X. *Fórmula para bendecir el escapulario del Sagrado Corazón de Jesús*

V. Adiutorium nostrum.
R. Qui fecit.
V. Dominus vobiscum.
R. Et cum spiritu tuo.

OREMUS

Domine Iesu-Christe, qui caritate perpetua nos dilexisti, te supplices deprecamur, ut hoc scapulare in honorem Sacratissimi Cordis gestandum bene † dicere digneris, ut qui illud gestaverit, in amore tuo et in protectione tua semper maneat. Amen.

Cor Iesu Sacratissimum, miserere nobis.

I. ACTOS PÚBLICOS

Comprendemos bajo este título, los magníficos *Actos de Consagración al Sagrado Corazón de Jesús*, de niños, corporaciones, parroquias y diócesis y de todos los fieles, que por feliz inspiración del Sagrado Corazón de Jesús, y aprobación de la Iglesia, se han venido verificando en nuestros días con tanto fruto de las almas y aumento de la devoción de los fieles al Sagrado Corazón de Jesús. Generalmente, se han hecho estas Consagra-

ciones con extraordinaria pompa, en días solemnísimos, y después de una buena preparación de tres, cinco ó más días; ó como remate y coronamiento de misiones, ejercicios ó primeras comuniones: y con excelente acuerdo se celebra cada año el aniversario de semejante solemnidad.

1. *Consagración de niños al Sagrado Corazón de Jesús.*

Benignísimo Jesús, que con tanto amor os dignasteis abrazar y bendecir á los niños que os presentaban, y reprendisteis á los que pretendían alejarlos de Vos: aquí nos tenéis á los niños de esta parroquia (*ó población, ó colegio, etc.*) deseosos de pertenecer á Vos, y de que os dignéis bendecirnos.

Yo, en nombre de todos, me consagro á Vos, oh amantísimo Corazón de Jesús, ofreciéndoos mi memoria, mi entendimiento, mi voluntad, mis sentidos; todo cuanto soy y tengo, porque quiero de hoy más ser todo vuestro.

No permitais, Jesús mío, que yo os ofenda, empleando mi alma y mi cuerpo, que de Vos he recibido, en ultrajaros, antes bien, dadme gracia abundante para conoceros, amaros y serviros mientras me dure la vida.

Mil veces morir antes que pecar. Mil

veces morir antes que ofender á un Dios tan bueno, que nos quiere más que nuestras mismas madres.

Y ya que os complaceis en oír vuestras alabanzas de boca de los niños, y que por vuestra infinita bondad os dignas acoger nuestras oraciones, bendecid, oh Sagrado Corazón de Jesús, á nuestro amado Párroco; bendecid á nuestros padres, parientes, amigos y enemigos; bendecidnos á todos, para que algún día tengamos la dicha de hallarnos juntos en el cielo.

—Y ahora, amados compañeros, para desagraviar al Sagrado Corazón de Jesús de las muchas ofensas que en el mundo se le hacen, decid conmigo, de todo corazón:

Perdón, Señor, por las blasfemias que en todas partes se cometen, y en particular, por las que se oyen en esta población.—*Perdón.*

Perdón, Señor, por la profanación de los días de fiesta, en que muchos trabajan y no oyen misa.—*Perdón.*

Perdón, Señor por todos los pecados que cometen contra Vos vuestras criaturas, en vuestra presencia, abusando de vuestros mismos dones.—*Perdón.*

Haced, Señor, que vivamos todos obedientes á vuestra santa ley, para que reineis en nuestros entendimientos y en nuestros corazones, y siendo vuestros en el tiempo, gocemos de Vos en la eternidad. Amén.

Si se quiere, puede darse la bendición á los niños, para lo cual el sacerdote, revestido de sobrepelliz y estola del color del tiempo, del lado del altar, dice:

V. Adiutorium....
R. Qui fecit coelum....

OREMUS

Domine Iesu Christe, qui parvulos tibi oblatos et ad te venientes complectebaris (*hic ponat manum super capita puerorum*) manusque super illos imponens, benedicebas atque dicebas: *Sinite parvulos venire ad me, et nolite prohibere eos, talium est enim regnum coelorum. et Angeli eorum semper vident facien Patris mei;* respice quæsumus ad puerorum (VEL. puellarum) præsentium innocentiam, et ad eorum parentum devotionem; et clementer eos hodie per ministerium meum bene † dic, ut in tua gratia et misericordia semper proficiant, te sapiant, te diligant, te timeant, et mandata tua custodiant, et ad finem optatum feliciter perveniant; per te, Salvator mundi, qui cum Patre et Spiritu Sancto, etc.

Benedictio Dei omnipotentis Pa † tris, et Fi † lii, et Spiri † tus Sancti descendat super vos et custodiat atque dirigat vos, et maneat semper vobiscum. Amén.

2. *Consagración de una parroquia, comunidad, seminario, colegio, escuela, casa ó familia al Sagrado Corazón de Jesús* (1).

Señor Jesús, Salvador de nuestras almas, que prometisteis hallaros donde quiera que estuviesen reunidos dos ó tres en vuestro nombre, he aquí nuestros corazones unidos y acordes para adoraros, alabaros amaros y agradar á vuestro santísimo y sagrado Corazón, al cual ofrecemos juntos los nuestros en el tiempo y en la eternidad. Renunciamos para siempre á todos los afectos que no estén en el amor y dependencia de vuestro Corazón adorable, deseando que todas las aspiraciones y anhelos de nuestros corazones sean siempre conformes á los del vuestro, al cual queremos contentar tanto como seamos capaces de hacerlo. Pero como nada bueno podemos por nosotros mismos, os suplicamos, oh adorable Jesús, por la infinita bondad y dulzura de vuestro Corazón Sacratísimo, que sostengáis los nuestros, confirmándolos en vuestro amor y servicio, á fin de que nunca cosa alguna los separe de Vos, sacrificando

---

1 Esta fórmula es, con poca diferencia, la misma que la Beata María Margarita había compuesto para las hermanas del noviciado que dirigía.

para ello al amor de vuestro Sagrado Corazón todos los vanos placeres y deleites de la tierra. Confesamos que todo es vanidad y aflicción de espíritu fuera de amaros y serviros, oh amabilísimo Salvador; y no queremos en adelante más gloria que la de perteneceros, ni más felicidad que agradaros y contentaros aun á costa de nuestra vida.

Y puesto que tenéis, oh Virgen Santísima, el mayor poder con ese Divino Corazón, haced que acepte nuestra consagración, con las protestas de nuestra fidelidad, que no se desmentirá nunca, si es que tenemos la dicha de ser sostenidos por su gracia y por vuestro socorro. Amén.

NOVENA

AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS PARA PREPARARSE AL PRIMER VIERNES DE CADA MES

NOTA. Conviene empezar esta Novena de modo que se concluya el jueves, víspera del primer viernes del mes; hacer la Comunión espiritual, en caso de que no se pueda hacer la Comunión sacramental, añadir un acto de desagravios, y la Consagración al Sagrado Corazón de Jesús.

Será muy útil formar cada día, al princi-

piar la novena, intención de reparar la impiedad y la indiferencia, las blasfemias, la profanación de los sacramentos, y el abuso de las gracias, y de pedir la propagación de la devoción al Sagrado Corazón, un conocimiento más íntimo de Nuestro Señor Jesucristo, la prosperidad del Sumo Pontífice y de la Iglesia, aumento de fé, esperanza y caridad, y una buena muerte. Luego se especificarán las intenciones particulares.

ORACIÓN PARA EMPEZAR LA NOVENA

Oh Corazón sacratísimo de Jesús, santuario de las almas puras, fuente de bondad y de gracia, soberano bien de mi alma, el más augusto, el más digno y amable de todos los corazones! Vos sois toda mi esperanza; solo quiero vivir y morir en Vos. Recibid, oh Jesús, mi corazón; perdonad mi ingratitud, y concededme que hasta mi último suspiro sea víctima de vuestro divino amor. Amén.

Luego se podrá añadir: Oh Corazón de Jesús.

Me uno á vuestras profundas adoraciones.

A vuestro amor ardiente.

A vuestro celo fervoroso.

A vuestras reparaciones y acciones de gracias.

A vuestra confianza cierta.

A vuestras oraciones inflamadas.

A vuestro silencio elocuente.
A vuestra humildad y obediencia.
A vuestra paz y mansedumbre.
A vuestra bondad inefable y caridad universal.

A vuestro profundo recogimiento, y tierna solicitud por la conversión de los pecadores.
A vuestra unión íntima con vuestro Padre celestial.
A vuestras intenciones, deseos y voluntades.

ORACIÓN DE LA BEATA MARGARITA MARÍA DE ALACOQUE

Que se podrá decir cada día al acabar la novena.

Padre Eterno, permitid que os ofrezca el Corazón de Jesucristo, vuestro hijo muy amado, como se ofrece él mismo á Vos en sacrificio. Recibid esta ofrenda por mí, así como todos los deseos, sentimientos, afectos, movimientos y actos de este Sagrado Corazón. Todos son míos, pues él se inmola por mí, y yo no quiero tener en adelante otros deseos que los suyos. Recibidlos en satisfacción de mis pecados, y en acción de gracias por todos vuestros beneficios. Recibidlos para concederme por sus merecimientos todos los auxilios que me

son necesarios, sobre todo la gracia de la perseverancia final. Recibidlos como otros tantos actos de amor, de adoración y de alabanza que ofrezco á vuestra Divina Majestad, pues solamente por el Corazón de Jesús sois dignamente honrado y glorificado. Amén.

INVOCACIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Amor del Corazón de Jesús, abrasad mi corazón.

Caridad del Corazón de Jesús, derramaos en mi corazón.

Fortaleza del Corazón de Jesús, sostened mi corazón.

Misericordia del Corazón de Jesús, perdonad á mi corazón.

Ciencia del Corazón de Jesús, enseñad á mi corazón.

Voluntad del Corazón de Jesús, disponed de mi corazón.

Celo del Corazón de Jesús, devorad mi corazón.

El último día de la Novena sería muy útil hacer el Pacto con el Sagrado Corazón, que está en las Visitas al Smo. Sacramento.

DE EL SALVADOR

OTRA NOVENA

AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Obsequios que se pueden hacer en esta novena

Los obsequios serán los mismos que se acostumbran en otras novenas y más principalmente los siguientes, según la devoción de cada uno.

1º Confesar y comulgar el viernes primero de cada mes con especial preparación, y con intención expresa de compensar en algún modo las ofensas é ingratitudes que se cometen en todo el mes contra el Corazón de Jesús sacramentado, ofrecer en la acción de gracias después de la comunión, al mismo Corazón divino, y evitar cada uno cuanto estuviere de su parte, todo lo que pueda ser ofensa suya en el mismo mes.

2º. Visitar en este mismo día cinco veces al Santísimo Sacramento, con estas particulares y expresas intenciones: la primera, en acción de gracias por la institución de este adorable Sacramento; la segunda, por las muchas veces que lo hemos recibido y con él innumerables beneficios; la tercera, en satisfacción de las injurias cometidas por los herejes contra este Sacramento; la cuarta, por las gravísimas ofensas de los católicos; la quinta, para compensar la soledad que padece Jesús Sacramentado en tantos lugares de la cristiandad. En estas

visitas se detendrá cada uno según su devoción, procurando inflamarse en afectos al Corazón de Jesús.

3º. Tener algún rato de oración considerando el infinito amor que nos tiene el Corazón de Jesús, leer algún libro que trate de sus soberanas excelencias ó rezar algunas preces devotas.

4º. Dar alguna limosna ó hacer otra obra de caridad, humildad, mortificación, etc. en honra del mismo Sagrado Corazón.

5º. Contribuir por todos los medios posibles á extender el culto y devoción del Corazón santísimo de Jesús, inspirado por Dios al mundo en estos tiempos para encender y renovar en él el fuego del divino amor.

DIA PRIMERO

Estando de rodillas delante del Santísimo Sacramento ó de alguna imagen del Corazón Sagrado de Jesús, se hará con mucha devoción el acto de contrición, y se dirá después:

¡Oh corazón divinísimo de mi amado Jesús, en quien toda la Santísima Trinidad depositó tesoros inmensos de celestiales gracias! concededme un corazón semejante á Vos mismo, y la gracia que os pido en esta novena, si es para mayor gloria de Dios, vuestro sagrado culto y bien de mi alma. Amén.

DE EL SALVADOR

ORACIÓN PARTICULAR PARA EL PRIMER DÍA

¡Oh Corazón santísimo y melífluo de Jesús! que con ferventísimos deseos y ardentísimo amor deseáis corregir y perfeccionar la sequedad y tibieza de nuestros corazones: inflamad y consumid las frialdades é imperfecciones del mío para que se abrase en vuestro amor, y dadme la gracia de resarcir las injurias é ingratitudes hechas contra Vos, ¡oh amante Corazón! y la que os pido en esta novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.

Aquí se rezarán tres Padre Nuestros y tres Ave Marías en reverencia de las tres insignias de la pasión con que se mostró el divino Corazón á la B. Margarita de Alacoque, ó un solo Padre Nuestro al Santísimo Corazón.

Después dirá al Eterno Padre la oración siguiente, que es para todos los días:

ORACIÓN

¡Oh Padre Eterno! por medio del Corazón de Jesús, mi vida, mi verdad y mi camino llego á vuestra Majestad; por medio de este adorable Corazón os adoro por todos los hombres que no os adoran; os amo por todos los que no os aman; os conozco por

todos los que voluntariamente ciegos no quieren conoceros; por este divinísimo Corazón deseo satisfacer á vuestra divina Majestad las obligaciones que os deben todos los hombres; os ofrezco todas las almas redimidas con la preciosa sangre de vuestro divino Hijo, y os pido humildemente la conservación de todas por el mismo suavísimo Corazón: no permitais que mi amado Jesús sea por más tiempo ignorado de ellas; haced que vivan por Jesús que murió por todas; presento también á vuestra Majestad, sobre este santísimo Corazón á vuestros siervos (*aquí se pueden nombrar las personas que fueren de la devoción de cada uno*,) y os pido que los lleneis de su espíritu para que siendo su protector el mismo deífico Corazón merezca estar con Vos eternamente. Amén.

Aquí se hace la petición fervorosamente por medio del Sagrado Corazón de Jesús. Se concluirá con la siguiente

ORACIÓN

¡Oh divino Corazón de Jesús, dignísimo de la adoración de los hombres y de los Angeles! ¡Oh Corazón inefable y sumamente amable, digno de ser adorado con *infinitas alabanzas por ser fuente de todos* los bienes, por ser origen de todas las virtudes, por ser el objeto en quien más se agrada toda la Santísima Trinidad entre

todas las creaturas! ¡Oh Corazón dulcísimo de Jesús! os adoro profundísimamente con todos los espíritus de mi pobre corazón; os alabo y ofrezco las alabanzas de los más amantes Serafines de vuestra corte celestial y todas las que os puede dar el Corazón de vuestra Madre Santísima. Amén.

Aquí se puede hacer la meditación tomando los puntos del *Mes de Junio* ó de cualquiera de las otras consideraciones que contiene este libro. y se termina con la siguiente

ORACIÓN

¡Oh dulcísimo Jesús! que, por el singular amor que tenéis á la Iglesia, vuestra Esposa, os habéis dignado abrir los tesoros de vuestro Corazón; concedednos propicio el que merezcamos enriquecernos y recrearnos con las gracias celestiales que manan de esta dulcísima fuente. Vos, que vivís y reináis, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

NOTA.—Se pueden rezar aquí las letanías del Sagrado Corazón de Jesús.

DIA SEGUNDO

Todo como el primer día, mudando la segunda oración.

¡Oh Corazón amabilísimo de Jesús, puerta celestial por donde llegamos á Dios y Dios viene á nosotros! dignaos de estar

patente á nuestros deseos y amorosos suspiros para que, entrando por vos á vuestro Eterno Padre, recibamos sus celestiales bendiciones y copiosas gracias para amaros, la gracia de resarcir las injurias é ingratitudes hechas contra Vos ¡oh amante Corazón! y la que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.

Meditación.

DIA TERCERO

¡Oh Corazón santísimo de Jesús, camino para la mansión eterna y fuente de aguas vivas! concededme que siga vuestras sendas rectísimas para la perfección y para el cielo, y que beba de Vos el agua dulce y saludable de la verdadera virtud y devoción, que apaga la sed de todas las cosas temporales, dándome la gracia de resarcir las injurias é ingratitudes hechas contra Vos ¡oh amante Corazón! y la que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.

Meditación.

DIA CUARTO

¡Oh Corazón purísimo de Jesús, espejo sin mancilla en quien resplandece toda

santidad y perfección! concededme que yo pueda contemplaros perfectamente para que aspire á formar mi corazón á vuestra semejanza en la oración, y en todos mis pensamientos, palabras y obras: dadme la gracia de resarcir las injurias é ingratitudes hechas contra Vos ¡oh amante Corazón! y la que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.

Meditación.

DIA QUINTO

¡Oh Corazón dulcísimo de Jesús, órgano de la Santísima Trinidad, por quien se perfeccionan todas nuestras obras! os ofrezco las mías aunque tan imperfectas, para que supliendo Vos mi negligencia, puedan aparecer perfectas y agradables ante el divino acatamiento: dadme la gracia de resarcir las injurias é ingratitudes hechas contra Vos ¡oh amante Corazón! y la que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.

Meditación.

DIA SEXTO

¡Oh Corazón sacratísimo de Jesús, templo y morada donde me mandáis habite

con toda mi alma, potencias y sentidos! gracias os doy por la inexplicable quietud, sosiego y gozo que he hallado en este templo hermoso de la paz, donde descansaré gustoso eternamente: dadme la gracia de resarcir las injurias é ingratitudes hechas contra Vos ¡oh amante Corazón! y la que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.

Meditación.

DIA SEPTIMO

¡Oh Corazón clementísimo de Jesús, divino propiciatorio por el cual ofreció el Eterno Padre que oiría siempre nuestras oraciones, diciendo: «Pídeme por el Corazón de mi amantísimo Hijo Jesús, pues por este Corazón te oiré y alcanzarás cuanto me pidas»: presento unido con Vos á vuestro Eterno Padre todas mis peticiones para conseguir lo que deseo, con la gracia de resarcir las injurias é ingratitudes hechas contra Vos ¡oh amante Corazón! y la que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.

Meditación.

DIA OCTAVO

¡Oh Corazón amantísimo de Jesús, trono de gracia y de misericordia, de donde

se derivan tantos favores á los hombres, á quienes deseáis ver abrasados en vuestro amor! yo deseo vivir siempre respirando llamas de amor divino en que me abrase, y con que encienda á todo el mundo para corresponderos amante, obsequioso y agradecido: dadme la gracia de resarcir las injurias é ingratitudes hechas contra Vos ¡oh amante Corazón! y la que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.

Meditación.

DIA NONO

¡Oh Corazón dolorosísimo de Jesús, que para ablandar nuestra dureza y hacer más patente el amor con que padecisteis tantos dolores y penas por salvarnos, los quisisteis representar en la cruz, corona de espinas y herida de la lanza con que os manifestáis paciente y amante al mismo tiempo! dadme la gracia de resarcir las injurias é ingratitudes hechas contra Vos, correspondiendo agradecido á vuestro amor, y la que os pido en esta Novena, si es para mayor gloria de Dios, culto vuestro y bien de mi alma. Amén.

Meditación.

DIA DE LA FIESTA

DEL SACRATÍSIMO CORAZÓN DE JESÚS

Hemos llegado á la fiesta del Sagrdo Corazón de Jesús, que es lo mismo que decir á la fiesta del amor de Jesús; y pues en haberla instituido se propuso por fin nuestra correspondencia, y para él nos señala por objeto su santísimo Corazón, símbolo de la caridad divina, debemos hoy tributarle todos nuestros obsequios y adoraciones; pero animados del espíritu de esta devoción, que consiste en excitarnos á retribuir su amor con amor, y á reparar la ingratitud con que todos los hombres le correspondemos.

A este fin ofrezcámosle muy de mañana el corazón y cuanto bien hagamos, renovando frecuentemente la misma oferta, y pasando todo el día en amarlo, padecer con él y obsequiarlo en todas las cosas. Mucho silencio y recogimiento. Las acciones externas dirigidas al propio fin. Las visitas frecuentes, pero arregladas á la prudencia, salud y ocupaciones. La comunión en desagravio de la tibieza de las anteriores, así nuestras como de todos los cristianos. La preparación y hacimiento de gracias mayor que otras veces.

Ultimamente, ruego por el amor de Jesucristo, que nadie se desaliente por la falta de ternura y devoción sensible, pues

quien esto pretenda no hará nada hoy. Lo que se requiere es llaneza, buena voluntad y proceder en todo como si hubiera mucho afecto y devoción sensible.

MEDITACION

PRELUDIO I

Imaginar que vemos en la hostia á Jesucristo como se manifestó á su sierva la virgen Margarita, mostrándole su divino Corazón herido, inflamado, y con las espinas y la cruz, todos símbolos de su amor y dolores.

PRELUDIO II

Pedirle nos dé á conocer y sentir estos excesos tan extremados: en él tanto amor y en nosotros tanta ingratitud, con el fin de animarnos á satisfacer con todas nuestras fuerzas á su dulcísimo Corazón sobremanera amante y sobremanera mal correspondido.

PUNTO I

Muy bien puede compararse al sol cuando más luce y arde el amor abrasador de Jesús en el Santísimo Sacramento. ¿Qué hace en él Jesucristo? Amarnos. Así nos podrá responder el mismo Señor, satisfaciendo con una sola palabra á todas las

preguntas que le hiciéremos. ¿Por qué viene al Sacramento? Porque nos ama. ¿Cómo está en él? Como un Dios amante. ¿Qué pretende? Amor. ¿Por qué se halla en tantos lugares? ¿por qué permanece allí tanto tiempo? ¿por qué tan escondido? Porque ama, y únicamente porque ama. En la cruz triunfó el amor juntamente con la justicia, ó hablando con propiedad, el amor sirvió á la justicia; pero en el Sacramento triunfa solo el amor, todo sirve al amor, y porque el amor quede satisfecho, emplea Dios todo su poder, sabiduría, inmensidad y providencia.

Hombres ciegos, conoced ahora al Corazón que tanto os ama. ¿Y no lo experimentáis á cada instante? Pecadores, decid, ¿cómo os recibe? Si se queja de vosotros, si reprende, si amenaza, ¿no proviene todo de amor? Almas tibias é imperfectas, ¿os ha echado alguna vez de su presencia? ¿no os está ofreciendo siempre luz, remedio, aliento y gracia? Almas puras y fervorosas, á vosotras os toca dar un público testimonio de lo que es el Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento. ¡Qué dignación! ¡qué familiaridad! ¡qué finezas! ¡qué palabras tan amorosas! ¡qué halagos! ¡qué piélago de dulcedumbre!

Detente aquí, alma religiosa, y haz á tí misma la aplicación. Ocupa el lugar que acaso en otros tiempos te correspon-

día, y después el que ahora te pertenece entre los pecadores, imperfectos ó fervorosos, y cualquiera que sea, excita mil afectos en tí de admiración, alabanza y agradecimiento. Quizá nunca en tu vida por tantas mercedes has dado gracias como era debido al Corazón del celestial Esposo.

PUNTO II

¿Cuál es la correspondencia de la mayor parte de los hombres? Muchos ni siquiera saben que está por ellos sacramentado este divino Señor; entre los cuales hay no pocos ingratos y ciegos voluntarios. ¡Desprecio monstruoso de vuestro amor, Jesús amabilísimo! Mas ¡ay! que no es esto lo peor, sino la ingratitud de muchos cristianos que, profesando la verdadera fe, pagan vuestro amor con tanta vileza. Recordemos aquí el olvido, irreverencias, sacrilegios é insultos que Jesucristo recibe de los cristianos, con las circunstancias del tiempo, modo y número de personas que lo vilipendian. Motivo es éste para llenarnos de santa indignación, pero también para volver la mano contra nosotros mismos, y decir: *yo he sido uno de ellos, y cada día más ingrato.* Aquí cada cual lleno de dolor puede ver si habiendo empezado á comulgar en los primeros años con fervor y pureza, ha ido después entibiándose y endureciéndose de

día en día; y si fuere así, arrójese cubierto de confusión y vergüenza delante del trono de la divina Majestad, pidiendo mayor luz, aborrecimiento propio y abundantes auxilios para una completa mudanza.

PUNTO III

Y á vista de tanta ingratitud y perfidia, ¿cuáles son los afectos ó disposiciones del Corazón divino? Muy terribles pudieran ser: de justicia como lo fueron con el pueblo hebreo, que por ingrato fué desechado del Señor, y su templo desierto y destruido. Otro tanto merecían los cristianos favorecidos mucho más; pero siendo infinitamente más crecido su amor que nuestras culpas, con inmensa paciencia y caridad sigue hasta hoy sacrificándose en el ara santa como cordero lleno de mansedumbre, sin abrir su boca bajo el cuchillo que lo hiere. Algunas veces ha desahogado amistosamente los sentimientos de su pecho con algunas almas escogidas; pero en las mismas quejas descubre siempre mayores quilates de amor. A la venerable Alacoque dijo un día estas palabras, hablando de la ingratitud de los hombres: "Esto me atormenta mucho más que todo lo que sufrí en la Pasión, en tanto grado, que si de su parte hubiera recompensa, tendría en nada cuanto por ellos padecí; y quisiera hacer por su

bien, si posible fuese, mucho más de lo que hice, pero ellos oponen frialdad y resistencia al ansia que tengo de favorecerlos."

¿Qué efecto producen en tí, alma religiosa, estas sentidas quejas del Hijo de Dios? "Pero lo que sobre todo me atormenta, le dijo en otra ocasión, es que las personas que me están especialmente consagradas me traten de este modo." ¡Ay, alma religiosa, alma fría, infiel, indolente á los ultrajes de Jesús, aquí el Señor habla contigo! ¿Y has de ser siempre ingrata? Un amoroso reconocimiento á tanto amor, una gran pena de tanta ingratitud, y un deseo eficaz de repararla con nuevo amor y obsequios, son las tres cosas que hoy espera de tí; pues en ellas consiste la verdadera devoción á su Corazón sacratísimo. Propón, ofrece, pide y prepárate así á ofrecerle ahora un sacrificio completo de tí misma.

JACULATORIA Y VIRTUD PRÁCTICA

Una y otra han de consistir hoy en *hacer muchos actos de amor de Dios*, breves, ardientes, y como si dijéramos, respiraciones de la devoción.



Práctica

DE LA

Comunión Reparadora

La Comunión Reparadora es *mensual* ó *semanal.*

La semanal se arregla por grupos de siete personas comulgando una cada día de la semana; la mensual se compone de treinta y comulgan un día del mes.

Además hay la comunión *general* reparadora, que se hace en un día cualquiera del mes que el Director local del Apostolado disponga. Generalmente es el primer viernes ó el primer domingo ó el día que se celebre alguna función solemne, como el titular ó patrono de la Iglesia ó del lugar etc. (Téngase presente que se gana indulgencia plenaria por esta comu-

nión general reparadora, además de la otra que se gana haciéndola el día particular que á cada uno le toque.)

No podemos menos de estimular á los Directores y Celadores y Celadoras del Apostolado á que establezcan y acrecienten cuanto puedan este tercer grado del Apostolado; el trabajo que en ello se ponga, es uno de los obsequios más agradables y meritorios que se pueden hacer al Corazón adorable de Jesús.

Para facilitar y fomentar esta santa práctica recuerdan las *intenciones mensuales* á los asociados del tercer grado el día que les toca la Comunión Reparadora semanal ó mensual. Basta, pues, que los Celadores y Celadoras completen estas indicaciones llenando el lugar que aparece en blanco en dichas intenciones.

VENTAJAS DE LA COMUNION FRECUENTE

El Sacramento de la Eucaristía nos une con Cristo; pues El mismo dice: 1. Quien come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo estoy en él. 2. Quita los pecados, y por eso dice el sacerdote á los que han de comulgar: "Este es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo." 3. Apaga los ardores de la concupiscencia, porque es alimento de los escogidos, y vino que engendra vírgenes. 4. Preserva de caer en culpas graves, según lo

que dice Cristo: "Que quien lo come vive por El: y que es pan para la vida del mundo." 5. Da fortaleza contra las tentaciones, conforme á lo que dice David: "Preparásteme una mesa contra los que me atribulan." 6. Aumenta la gracia, conforme al nombre que tiene de Eucaristía, que significa buena gracia. 7. Enciende la caridad, porque vino Cristo á encender fuego en la tierra, y quiere que se encienda en el pecho donde El entra. 8. Comunica consolación espiritual, por lo cual lo llama la Iglesia pan suavísimo, y el mismo Cristo, pan bajado del cielo. 9. Es prenda de la gloria futura, como lo llama la Iglesia: y Cristo dice que quien come su carne tiene la vida eterna. 10. Da salud corporal, si conviene para el alma; porque no es ahora Cristo menos benéfico que en vida mortal, cuando salía de él virtud que sanaba á todos. 11. Alumbra el entendimiento, y así lo llama el Eclesiástico pan de entendimiento, y abrió los ojos de los discípulos de Emaus, para que conociesen á Cristo. 12. Es viático de nuestra peregrinación, en cuya virtud caminamos á la bienaventuranza, como Elías al monte de Dios, Horeb, con el pan, que era figura de este sacramento.

DE EL SALVADOR

ADVERTENCIAS

SOBRE LA COMUNIÓN REPARADORA

Siendo la comunión un acto tan excelente y tan capaz de honrar al Corazón de Jesús, pide de nosotros que procuremos traer á ella las más santas disposiciones para estar en estado de recibir las gracias abundantes que están preparadas para todos los que lo reciben. Jesús nos abre en la comunión su Corazón para colocar en él nuestros corazones, y transformarnos en él, ¿y le negaremos las disposiciones que nos pide para tan alto fin?

RESOLUCIONES

1a. No faltar nunca á ninguna de las comuniones fijas sin una causa muy legítima.

2a. Hacer las comuniones como se querría haberlas hecho en la hora de la muerte.

3a. La víspera de la comunión hacer algún sacrificio al adorable Corazón de Jesucristo.

4a. El día de la comunión pasarlo con recogimiento de espíritu y de corazón.

5a. Suplir con frecuentes *comuniones espirituales* entre día el fervor de espíritu, que no hubiésemos tenido en la *comunión sacramental*.

PRÁCTICAS GENERALES

1a. Al levantaros encomendad vuestro corazón al adorable Corazón de Jesucristo.

2a. Tocante á las disposiciones, la más perfecta es la pureza de corazón, libre de toda mancha, unida á un vivísimo deseo de dar á Dios toda la gloria que nos pide en la santa comunión.

3a. Suplicad encarecidamente al Corazón inmaculado de María, que os revista de sus virtudes y que supla en la presencia de su Santísimo Hijo lo que faltare á vuestros corazones, y ofreced al santísimo Corazón de Jesús el Corazón purísimo de María, como en retorno del bien que vais á recibir.

4a. Ofreced con gran cuidado y fervor esta comunión para reparar: 1.º todas las comuniones tibias y lánguidas que podéis haber hecho y las que se hubiesen hecho por otros. 2.º para reparar los ultrajes, las profanaciones, sacrilegios é ingratitudes á que se ha expuesto Jesucristo por el amor á los hombres. 3.º para resarcir de algún modo el menoscabo de la gloria de Dios, efectuado en este siglo por los grandes crímenes que se cometen en la tierra.

5a. Después de la comunión adorad humildemente á Jesucristo, que lo tenéis en el corazón; permaneced profundamente recogidos y unidos á él No procuréis

hablarle siempre; ¡cuántas cosas tiene él que deciros! escuchadle.... hable más bien el corazón y no los labios....Decidle: ¡hablad, Señor, que vuestro siervo oye!

Hay algunas almas fieles que prefieren una conversación con Dios al socorro de oraciones vocales; y es una práctica más provechosa que ésta, en cuanto que los sentimientos que nacen y se forman en el corazón son siempre más vivos, más ardientes, como dictados por el espíritu de Dios, que habla al alma, y por la misma razón son los más saludables.

Ocupaos pues en esos afectos interiores; exponed á Jesús vuestras dolencias y necesidades: un corazón pobre y humilde no necesita el apoyo de palabras extrañas y ajenas; la misma necesidad lo hace hablar al pobre cuando acude á la puerta del rico. Haced hablar á vuestro corazón....escuchad el lenguaje del adorable Corazón de Jesús; sus palabras son de vida eterna: si alguna vez se deja oir su voz, es cuando viene á nosotros y reside en nuestros corazones.

ORACIÓN PARA OFRECER LA COMUNIÓN REPARADORA

¡Oh Corazón infinitamente santo, infinitamente adorable de mi soberano Señor del Universo! Yo os ofrezco y consagro

esta comunión, en unión del amor inmenso del purísimo Corazón de María vuestra Santísima Madre y mi Señora, para que ella supla lo que Vos pedís y exigís de mí. Os la ofrezco en reparación de los ultrajes á que os habeis expuesto por mi amor en el Santísimo Sacramento del altar, y para resarcir las injurias é ingratitudes con que los hombres corresponden á vuestro tierno amor. Mi intención es, ¡oh divino Corazón de Jesús! el daros una prueba de mi amor y consagración al culto de vuestro Sagrado Corazón, esperando de vuestra infinita caridad que me dareis las gracias para adelantar en vuestro amor, imitar vuestras virtudes y vivir de la vida celestial y divina con que Vos mismo vivís oculto en el Sacramento de vuestro amor.

Os las ofrezco también en unión de todos los corazones de los justos y devotos de vuestro adorable Corazón, por el triunfo de la Santa Iglesia y conversión de los herejes, por las necesidades de nuestro santo padre el Papa N...., por el alivio y descanso de las benditas almas del Purgatorio, por la propagación del Apostolado de vuestro Sagrado Corazón, por los miembros de esta Asociación y por todos *aquellos por quienes estoy obligado á rogar.* [*Aquí se pedirá la gracia particular que se desea alcanzar, y se renovará la intención de ganar la Indulgencia plena-*

ria.) Yo así lo deseo, ¡oh amantísimo Corazón de Jesús! Y puesto que Vos me habeis traído á vuestros pies para adoraros, consolaros y amaros en vuestros tabernáculos, dignaos aceptar esta mi ofrenda, que os consagro con la sinceridd de mi pobre corazón y movido del deseo de agradaros. Amén.

INVOCACIÓN AL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA

Purísimo é inmaculado Corazón de María! Yo me acerco al más grande y al más augusto de los Sacramentos, al Sacramento de amor de vuestro Unigénito Jesucristo. Confiado en que Vos me abrireis las puertas de su Corazón, me atrevo á implorar vuestro socorro é invocar vuestro patrocinio. Conducirme por la mano ante su divino acatamiento! Adornadme con todas las virtudes que necesito para tan santo Sacramento. *Desagraviar al Corazón de Vuestro Hijo Jesús ofendido por mis culpas, reparar los ultrajes que sufre en el Sacramento, consolarlo en los pesares que le causan tantos pecadores*, son mis deseos. Yo no me encuentro digno de tan noble y elevado ministerio; pero Vos podeis suplir por mí, Madre mía. Vuestra virginal pureza sea la pureza de mi corazón. Vuestro amor sea la llama que encienda mi espíritu. Vuestro celo

por los intereses de vuestro Hijo vivifique mis potencias. La humildad de vuestro Corazón sea la vestidura de mi alma en la presencia de Jesús. Y vuestro ardentísimo deseo de ver amado, honrado, respetado y reverenciado el Sagrado Corazón de Jesús, sea el de mi alma y el cuidado solícito de toda mi vida. Hacedlo así, Señora mía, para que, descansando mi alma en vuestro compasivo Corazón, me acerque lleno de confianza á recibirlo en la Santa Eucaristía, para los fines que pretendo en esta comunión. Amén.

INVOCIÓN Á LOS SANTOS ÁNGELES

¡Angeles del Señor que rodeais este altar y os escondeis á la sombra de vuestras alas ante la Majestad de un Dios Eterno! Alcanzadme esos sentimientos de respeto, adoración y amor que os inspira la vista clara de sus divinas perfecciones. El descansa sobre su trono de majestad: ¿y cómo vendrá á reposar en el pecho de un pecador? Purificad, Angeles del cielo, mis labios que han de tocar al que vosotros no podeis contemplar sin sentir un grande estremecimiento de profundo respeto á tan inmensa Majestad. Inflamad mi corazón con las ardorosas llamas de la caridad que consumen vuestros espíritus, para que, amándolo en esta vida pueda asociarme á vosotros por toda la eternidad en el Cielo. Amén.

DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

(Para prepararse y dar gracias por la Comunión Reparadora puede emplearse cualquiera de los dos métodos puestos en otro lugar de este libro.)

OFRENDA DEL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

¡Oh Corazón amabilísimo de Jesús! Yo os ofrezco en acción de gracias por el señalado beneficio que me acabais de hacer en este día, el Corazón purísimo de vuestra dulcísima Madre la Virgen María, adornado de todas las virtudes que encontrásteis en él, cuando os encarnásteis en su amoroso seno. Recibid, Señor, la ofrenda que os hago y aceptad el corazón más puro, el más tierno y el más amante de todos los corazonss. ¡Ese corazón es vuestro! En él encontrareis lo que Vos pedís y exigís de mí. Yo nada tengo; nada puedo sino en el Corazón de vuestra dulcísima Madre, que me habeis dado por mía. En ella me habeis dado el *poder* de alcanzar lo que deseo y poseerlo todo. Amén.

ORACIÓN Á SAN LUIS GONZAGA PARA ALCANZAR DE DIOS UNA DEVOCIÓN VERDADERA AL CORAZÓN DE JESÚS

Angélico joven San Luis Gonzaga, tan abrasado en el amor de Jesús, que os derretíais con este fuego divino y llegásteis á ser mártir de la caridad: os suplico me alcanceis del amorosísimo Corazón de Jesús un profundo conocimiento de su inmensa bondad para con los hombres, un gran dolor de mis ingratitudes á tanto amor. Haced, ¡oh nuevo serafín humano! que, á imitación vuestra, mi corazón sea semejante al Corazón de Jesús, puro, con su pureza, manso con su mansedumbre, humilde con su humildad, obediente con su obediencia, fervoroso con su caridad, y copia viva de este dechado perfecto de todas las virtudes. Amén.

Después de la Comunión general reparadora se hace en público un acto de desagravios ó de consagración ó los dos. Pueden servir para ello cualquiera de los puestos anteriormente: el acto de consagración puede ser el de la página 491.

CONSIDERACIONES

PARA LA COMUNIÓN REPARADORA

I

UNIÓN

Cuán hermoso es el pensamiento que expresó san Lorenzo Justiniano, cuando exclamó: *¡Oh Dios de amor! vos habéis querido que nuestro corazón no formara sino un solo corazón con el vuestro!.... Un solo corazón!*....Oh santa fe, hablad: *Aquel*, dice Jesucristo, *que come mi carne, mora en Mí, y Yo en él.* Así, pues, el que comulga está en Jesús y Jesús está en él. Jesús está en su corazón y él está en el Corazón de Jesús, y esta unión no es tan sólo de puro afecto, sino real y verdadera.

Un solo corazón!....San Cirilo de Alejandría dice *que así como se unen dos pedazos de cera derriliéndolos juntos de igual modo el que comulga llega á ser una misma cosa con Jesucristo.*
¡Un solo corazón!....¿Y quién ha realizado esta inefable maravilla? El Amor. San Dionisio Areopagita dice que *el efecto principal del amor es la unión;* por esta razón el Corazón amante de Jesús ha querido instituir la santa comunión con el fin de unirse á nuestras almas de la manera

más íntima. *Como El nos amaba ardientemente, ha querido unirse á nosotros en la Eucaristía, para que fuésemos una misma cosa con El;* tal es el pensamiento de san Juan Crisóstomo.

¡Un solo corazón!.... Ved cuán estrecha es esta unión. Jesús se había dado á nosotros por maestro, por modelo y por víctima; le quedaba aún que salvar un último peldaño de amor, que era darse á nosotros por alimento, para llegar á ser una misma cosa con nosotros, como el alimento viene á ser una sola cosa con el que lo toma. Pues bien, esto es lo que efectuó al instituir bajo las especies de pan, este admirable Sacramento de amor. *No*, decía san Francisco de Sales, arrebatado por un amor prodigioso, *en ninguna parte se muestra el Salvador más tierno y más amante como en este Sacramento, en donde se anonada, por decirlo así, y se reduce á alimento, para penetrar nuestras almas y unirse íntimamente al corazón y al cuerpo de sus fieles.*

¡Un solo corazón!.... Aquí sería llegado el momento de exclamar con san Lorenzo Justiniano: *Hemos visto á un Dios, que es la sabiduría misma, hecho un insensato por el amor excesivo que tiene á los hombres.* Tal exceso no convenía á vuestra Majestad ¡oh Señor mío! *Sí que convenía á mi Corazón lleno de amor*, ha respondido Jesús, por boca de san Pedro Cri-

sólogo; *¿ignoráis acaso que cuando un corazón está apasionado, no atiende á lo que pueda convenirle, ni va á donde la razón lo llama, sino hacia donde lo impulsa el amor?*

¡Un solo corazón!.... después de todo lo dicho ¿me atrevería á comulgar sin amor? ¿Por ventura puede llevarse fuego sobre el seno sin que se incendien los vestidos? *Nuestro Dios es un fuego devorador*, dice Moisés; por medio de la comunión viene El mismo á mi alma para abrasarla en el amor divino; y en medio de este fuego divino ¿quedaría mi alma helada? Nó; cuando yo reciba á mi Salvador, me figuraré que El me dice como en otro tiempo habló á su fiel sierva Margarita de Ipres: *Ya ves, hija mía, la preciosa unión que existe entre nosotros dos, entre mi Corazón y el tuyo: ámame, pues, y quedémonos siempre unidos por el amor y no nos separemos nunca jamás.*

¡Un solo corazón!.... ¡ah! con razón ya no lo olvidaré jamás. Un solo corazón en el tiempo.... y después.... ¡un solo corazón en la eternidad!.... porque la Eucaristía es la prenda de la gloria futura.

Se medita y se pide, etc.

PRÁCTICA

Cada vez que vaya á comulgar, diré: Oh María, Madre mía, dadme á vuestro

dulce Jesús, como lo dísteis en otro tiempo á los Pastores y Reyes Magos. Querría tener vuestro corazón para amarle. Decidle que soy vuestro amante servidor, y El me unirá más estrechamente á su divino Corazón.

II.

COMUNIÓN FRECUENTE

El amor tiende naturalmente á la unión con el objeto amado, ó más bien, segun el pensamiento de San Agustín, el amor es una cadena de oro que une el corazón de la persona que ama con el corazón de la persona amada. Mas, como esta unión no puede efectuarse de lejos, el que ama desea siempre la presencia de la persona amada. La Esposa Sagrada, viéndose alejada de su Amado, languidecía y rogaba á sus compañeras le contasen á él sus penas, para obligarlo á que fuera á consolarla con su presencia. *Yo os suplico, hijas de Jerusalén, que si encontrais á mi Amado, le digais que desfallezco de amor.*

Pues bien, la unión del hombre con Dios se realiza en la *santa Comunión*, como la palabra lo indica. Pero notemos aquí un prodigio de ingratitud y un prodigio de amor. Por una parte veo al corazón del hombre que á pesar de tener tan gran necesidad de su Dios, se aleja sin embargo de la santa Mesa, ó si se

acerca, lo hace muy raras veces; por otra veo al Corazón amante de Jesús deseando, buscando y reclamando esta unión por cuantos modos puede.

¿No manifiesta por ella el más vivo deseo? *He deseado vivamente*, dice, *comer esta Pascua con vosotros*.—Estas ardientes palabras fueron pronunciadas en la última Cena, en la víspera de su Pasión dolorosísima; mas, el fuego que consumía entonces al Corazón de Jesús no ha disminuido en lo más mínimo al presente. He ahí por qué no cesa de hacernos las más tiernas invitaciones. *Venid, comed el pan y bebed el vino que os he preparado*. No contento con invitarnos, nos impone todavía la obligación por medio de este formal precepto: *Tomad y comed, este es mi cuerpo*. Además nos trae con la promesa de la vida eterna: *El que coma de este pan vivirá eternamente*. Llega hasta á amenazarnos con excluir del Paraíso al que rehusare comer de su carne sagrada: *Si no comiéreis la carne del Hijo del Hombre, no tendreis vida en vosotros*.—¿Qué nos dicen pues estas invitaciones, estas promesas y estas amenazas? Nos manifiestan el deseo que tiene el Corazón de Jesús de unirse á nosotros en la Eucaristía, y este deseo nace del grande amor que El nos tiene. Es evidente que solo una comunión frecuente puede satisfacer tal deseo.

Pero ¿no es una triste verdad que el corazón del hombre evita cuanto puede la dulce unión reclamada por el Corazón de su Dios? ¡Oh insensatos partidarios del mundo! exclama San Agustín, ¿á dónde vais, desgraciados, para satisfacer los deseos de vuestro corazón? Venid al Corazón de Jesús, que es el único que puede daros la felicidad que buscais. Oh vosotros los que leeis estas líneas, guardaos de estos extravíos; venid al banquete sagrado, buscad este único bien, en el cual se encuentran todos los bienes.

¡Ah! en los primeros siglos de la Iglesia, los fieles partían todos los días este Pan celestial en sus reuniones, como San Lucas nos lo dice refiriéndose á los de Jerusalén. Sí, es ese nuestro Pan cuotidiano, dice S. Ambrosio; id, pues, á recibirlo diariamente, para que cada día os sea provechoso.

Si no podeis comulgar todos los días, como lo hacían aquellos fervorosos cristianos de los primeros siglos de la Iglesia, hacedlo al menos lo más frecuentemente que podais. Toda persona que desee conservarse en la amistad de Dios, por lo menos debe hacer lo que sigue: 1º una comunión cada semana y aún dos de cuando en cuando, aunque no se considere libre de los pecados veniales; porque la experiencia ha probado que el que comulga cada ocho días, ó al menos cada quin-

ce dias, difícilmente cae en el pecado mortal; 2º. comulgar muchas veces en la semana, tres, cuatro y aún cinco veces, si huye con cuidado del pecado venial, si se aplica á la oración mental y á la mortificación de los sentidos y de las pasiones; 3º. comulgar todos los días [dejando ordinariamente un día por semana] si hace muchas horas de oración, si ha vencido la mayor parte de sus malas inclinaciones, y si ha alcanzado un grado notable de perfección. (*S. Alfonso, La Monja santa*, cap. 18.)

Sobre todo, no dejeis de hacer la comunión del *Primer viernes* de cada mes, á la cual el Sagrado Corazón de Jesús ha concedido las más señaladas gracias. Hacedla por las tres intenciones ya citadas, es decir: 1º. En reconocimiento del dón inefable que nos ha hecho en la Eucaristía, dándonos su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad, su Corazón. 2º. En compensación del descuido que hubiérais tenido en alguna ocasión al acercaros á la sagrada Mesa. Pedid el ardor de una Santa Catalina de Sena, que iba donde su confesor exclamando: *Oh Padre mío, dad á mi alma su alimento amado, dad á mi alma su alimento.* Pedid la fé de una Santa María Magdalena de Pazzis, la cual lloraba de dolor al ver descuidada la comunión, en vista de lo cual no temía decir: «Querría mejor morir antes que fal-

tar á una sola de las comuniones que me concede mi Salvador.» 3º. En reparación de vuestras faltas y de tantos y tantos sacrilegios como son los que se cometen diariamente contra este adorable Sacramento.

Nuestro Divino Salvador dignóse decir un día estas consoladoras palabras á la venerable Hermana Pudenciana Gagnoni: «Si comulgais con frecuencia, olvidaré todas vuestras ingratitudes.» Ojalá, pues, que una amorosa compasión os impela también á acercaros frecuentemente al divino banquete.

Santa Teresa vió con espanto en cierta ocasión á un desgraciado sacrílego que se hallaba rodeado de dos demonios, los que temblaban delante del Santísimo Sacramento. Entonces oyó desde el fondo de la Hostia á Jesús que le dirigía estas palabras: «Considera, Teresa, hasta dónde llega mi bondad, ya que por tu bien y por el de todos los hombres, consiento en entregarme de tal suerte en manos de mis enemigos.

Se medita y se pide, etc.

PRÁCTICA

Haré la Comunión reparadora el primer Viernes de cada mes, Comunión que me pide el Corazón de Jesús. ¿Podría yo rehusarle una cosa cuyo provecho es todo para mí?

III.

EFECTOS DE LA COMUNIÓN

En la última noche de su vida, la víspera de su pasión santísima, nuestro divino Redentor, sabiendo que había llegado ya el momento de morir por el hombre, por lo cual su Corazón había tantas veces suspirado, no pudo consentir en dejarnos solos y huérfanos en este valle de lágrimas; para lo cual y para no separarse nunca más se resolvió á quedarse como nuestro propio alimento en la divina Eucaristía.

Mas, ¿cuál es su fin al darse á nosotros de esta manera? ¡Ah! sabemos que lo peculiar del amor es desear el bien á aquel que se ama. El Corazón de Jesús quiere, pues, venir á nosotros para colmarnos de beneficios, para lo cual dispone de todas las riquezas del Padre Eterno. Por esto es que, cuando visita nuestras almas sacramentalmente, nos trae inmensos tesoros de gracias. Se puede decir con justicia después de haber recibido la sagrada comunión: *Todos los bienes se me han concedido junto con ella.*

El efecto principal que el Sagrado Corazón de Jesús tiene en vista en este divino banquete, es mantener en nosotros la vida de la gracia. De ahí el nombre de *pan de vida* que se da á la Eucaristía;

porque así como el pan material sostiene la vida del cuerpo, así este pan espiritual conserva la vida del alma, manteniéndola en la gracia de Dios.

Pero para un temperamento enfermizo no basta el solo alimento, se necesitan además los remedios apropiados para combatir eficazmente las causas que destruyen su salud. La comunión proveé también á esta necesidad de nuestras almas, cuando la vida espiritual se halla en peligro por los pecados veniales y las pasiones. Este alimento divino, según el Concilio de Trento, *es el antídoto que nos libra de las faltas veniales y nos preserva de los pecados mortales.* Nos libra en verdad de las faltas leves, porque este divino Sacramento inclina al hombre á hacer actos de amor que borran los pecados veniales, y nos preserva al mismo tiempo de las faltas graves por el aumento de la gracia que la comunión produce en nuestras almas. Una fuente de agua viva sale del Corazón de Jesús y detiene el fuego de las pasiones que nos consumen. Quien se sienta abrasado por este fuego, acérquese inmediatamente á la sagrada comunión y verá cuán pronto su pasión queda, si es que no muere del todo, al menos amortiguada. «Si alguno de vosotros, decía San Bernardo, siente que con menos frecuencia y menos violentamente se deja llevar por la cólera, la en-

vidia, la impureza ú otros vicios, dé por tales beneficios rendidas acciones de gracias al Sacramento de amor, puesto que de él nos vienen tan hermosos resultados.»

No contento, sin embargo, con extinguir en nosotros los impuros ardores de la concupiscencia, Jesús en la Eucaristía enciende además en nuestras almas la celestial llama del divino amor, el cual es el preservativo más seguro contra el pecado. *Dios es amor, es un fuego que consume* en nuestros corazones todos los afectos terrenales. Pues bien, el Hijo de Dios declara que *El ha traído el fuego á la tierra y que todo su deseo es ver á nuestras almas abrasadas en él.* ¡Ah! ¡Cuántas y cuán saludables emociones permite el Corazón amoroso de Jesús que experimenten los que comulgan con fervor! «Cuando nos retiramos de esta sagrada mesa, dice San Juan Crisóstomo, las llamas del amor que salen de nuestros corazones, nos hacen temibles aún al infierno mismo. Entonces no solamente los demonios emprenden la fuga á nuestra vista, sino que los ángeles vienen á colocarse á nuestro alrededor.»

Por fin, por medio de la santa comunión, el Corazón de Jesús nos eleva á una dignidad tan alta, que difícilmente somos capaces de concebirla; porque el pan celestial llega á hacerse, si así puedo expresarme, una misma cosa con nosotros,

del mismo modo que el alimento corporal se cambia en nuestra sangre; pero con esta diferencia: que los alimentos humanos se asimilan á nuestra naturaleza, mientras que nosotros al recibir este alimento divino, tomamos la naturaleza de Jesucristo. Nuestro Señor, cuando nos invita á su banquete celestial, parece que nos dice: «Comed y sereis por mi gracia lo que Yo soy por mi propia naturaleza.» Tales son precisamente las palabras que se dignó decir un día á San Agustín: «No me cambiaré en Tí, sino que tú te cambiarás en Mí. De este modo vendrá el Sagrado Corazón á reformar todo nuestro ser, dándonos, según su promesa, *un corazón nuevo.*

Si la comunión es tan ventajosa, ¿por qué motivo se observa, dice el Cardenal Bona, el que tantas almas obtengan tan poco fruto de ella? «No es falta de virtud en el alimento, responde él mismo, sino falta de disposición en el que lo toma.»

El fuego toma cuerpo en la leña seca, y difícilmente prende en la verde, porque ésta no está preparada para arder. Si los santos han sacado tan grandes frutos de sus comuniones, es porque han puesto mucho cuidado en prepararse para ellas. San Luis Gonzaga empleaba tres días en esta preparación y otros tres en la acción

de gracias y ofrecía con este fin á Jesucristo todas las acciones del día.

Se medita y se pide, etc.

PRÁCTICA

Me prepararé cuidadosamente para la sagrada comunión desprendiéndome desde luego cada día más de las creaturas, y deseando en seguida vivamente avanzar en el camino del amor divino. Desde la víspera no haré más que suspirar por la venida de mi Dios, diciendo: Oh Corazón de Jesús, venid á mi alma, que suspira por Vos.—Como acción de gracias diré con frecuencia durante mis ocupaciones: Oh dulce Corazón de Jesús, no permitais que me separe jamás de Vos por el pecado; haced, al contrario, que os ame más y más.

PRACTICA

DE LA

HORA SANTA

De las palabras de Nuestro Señor Jesucristo á la Beata Margarita María (véase página 89 y siguientes), se deduce que la *Hora Santa* es una de las prácticas de piedad más agradables al Corazón de Jesús. Tiene por fin el consolarlo de las ingratitudes de los hombres, el reparar por los pecadores, el de obtener gracias particulares á los agonizantes, á los que sufren, á los afligidos y atribulados; en fin, el de excitarnos á una viva contrición de nuestras faltas.

La *Hora Santa* puede hacerse en público, reunidas varias personas, ó en privado cada uno en particular. Puede hacerse en la iglesia ó en la casa ó en cualquier lugar donde uno se encuentre. Mas, para poderla hacer en cualquier día y á cualquier hora, según la concesión de León XIII á los socios del Apostolado en Breve de 30 de marzo de 1886, es necesario hacerla en alguna iglesia ó capilla, y hacerla juntos varios asociados.

Si no se hace delante del Santísimo Sacramento, es conveniente trasportarse en espíritu al pie del Tabernáculo, pues

no es solamente la agonía dolorosa de Getsemaní la que es menester consolar, sino también la agonía incesante del Dios de la Eucaristía. El, que sufrió la primera, continúa tolerando la segunda.

Jesús en el Santísimo Sacramento se digna reclamar nuestro amor y nuestros consuelos. ¿Quién querrá rehusárselos?

Para pasar devotamente la *Hora Santa* no hay ningún asunto de meditación prescrito, ni oraciones vocales determinadas; pero se desprende de las palabras de Nuestro Señor que conviene meditar su dolorosa agonía, sus profundas humillaciones, su amor correspondido con tanta ingratitud y llorar nuestros pecados y todos los ultrajes hechos á la Majestad Divina en el curso de los siglos, y particularmente los pecados que se cometen en aquella hora.

MANERA FÁCIL DE HACER LA HORA SANTA

Muchas personas no hacen la Hora Santa porque exageran las dificultades de esta práctica. Es, pues, bueno saber que este piadoso ejercicio, no siendo obligatorio, puede practicarse á toda hora, y á toda hora agrada al Corazón del divino Maestro; sin embargo, es mejor cumplirlo, sea á la hora indicada por Jesucristo, sea á la puesta del sol ó después. No es de rigor ningún lugar ni ninguna actitud; es

DE EL SALVADOR

indiferente que sea en la iglesia, en la casa, yendo de camino, estando de rodillas, sentado ó de pie.

Es también permitido dividir esta hora en diversos ejercicios de piedad: por ejemplo, pueden leerse durante un cuarto de hora algunas meditaciones sobre la pasión; un segundo cuarto de hora se empleará en meditar lo que se ha leído; un tercero, en hacer el *Via Crucis*, y en al cuarto se rezará el rosario de los siete dolores de María. En una palabra, cada cual puede rezar las oraciones que agraden más á su devoción. Este es el momento favorable para pedir por la Santa Iglesia, por nuestro Santo Padre el Papa, por la propia familia, por la propagación de la fe, por la conversión de los pecadores, por los agonizantes, por las almas del Purgatorio, etc., etc.

Se ve, pues, que la Hora Santa, así comprendida, puede fácilmente practicarse en común en el santuario de la familia; de ese modo será aún más agradable al Corazón de Jesús, quien ha dicho en el Evangelio: *Cuando dos ó tres de entre vosotros se reúnan en mi nombre, me encontraré en medio de éllos.*

Se podría también destinar á la Hora Santa el tiempo empleado para la confesión. Al entrar en la iglesia, hacia la tarde, imagínate que acompañas á Jesucristo yendo al Huerto de los Olivos; lle-

gado al lugar santo, acuérdate, por el examen de conciencia, de los pecados que has cometido, y que estaban ya presentes al espíritu del divino Salvador, en el momento de su agonía; llora con El, haciendo fervientes actos de contrición; después, declara los pecados al confesor como si fuera el mismo Jesucristo; por fin, cumple la penitencia impuesta y toma de nuevo la resolución de no caer más en las faltas que han causado tantas amarguras á este Corazón tan digno de amor.

¿No sería éste un excelente método para hacer la Hora Santa y la confesión, al mismo tiempo que sería muy fácil, muy fructuoso y al alcance de todo el mundo?

Por tanto, recomendamos á los fieles, aun á los más ocupados, no sean remisos en ofrecer este homenaje al Divino Corazón, que tanto los ha amado. La *Hora Santa* será para ellos una escuela de las más grandes virtudes, un tesoro de gracias inapreciables, una fuente de consuelos, con frecuencia muy necesarios en este valle de lágrimas, y finalmente, una prenda de protección especial de parte del Corazón de Jesús. Entonces el Salvador ya no se quejará de que no ha hallado quien lo consuele, pues será consolado por sus fieles siervos.

PRIMER EJERCICIO DE LA HORA SANTA

ORACIONES QUE PUEDEN SERVIR PARA PASARLA

I. Oración al Corazón de Jesús, por el mérito particular de cada una de las penas que sufrió en la Pasión.

Dulce Corazón de mi Jesús! por la humillación á que quisísteis someteros, lavando los pies á vuestros discípulos, os suplico me concedais la verdadera humildad, que me haga humillarme delante de todo el mundo, y particularmente delante de los que me desprecian.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por la tristeza mortal que experimentásteis en el Huerto de los Olivos, os suplico me preserveis de la tristeza del infierno, en donde debería estar para siempre, lejos de Vos y sin poder amaros.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por el santo horror que tuvísteis á mis pecados, ya presentes á vuestros ojos, dadme un verdadero dolor por todas las ofensas que os he hecho.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por la pena que sentísteis viéndoos traicionadado por Judas, por medio de un beso, haced que yo os sea fiel y que no os traicione más, como hasta hoy lo he hecho.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por la pena que experimentásteis viéndoos atar como un malhechor, para ser conducido delante de los jueces, os suplico me unais á Vos con las dulces cadenas de vuestro amor, de modo que nunca me vea separado de Vos, que sois mi único bien.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por todos los desprecios, las bofetadas y los esputos que recibísteis durante aquella triste noche pasada en casa de Caifás, dadme la fuerza necesaria para sufrir con paciencia, por amor vuestro, todas las afrentas que reciba de los hombres.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por la burla que os hizo sufrir Herodes, tratándoos como á un loco, dadme la gracia de soportar con dulzura todas las injurias que me hagan los hombres llamándome vil, loco ó malvado.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por el ultraje que os hicieron los judíos, prefiriendo á Barrabás, concededme la gracia de sufrir con paciencia toda preferencia hecha sobre mí, aunque sea injustamente,

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por el dolor que quisísteis sufrir en vuestro santísimo cuerpo, cuando fué tan cruelmente flagelado, haced que soporte pacientemente todo lo que tenga que sufrir en las enfermedades, y especialmente en la muerte.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por el do-

lor que la corona de espinas os hizo sufrir en vuestra adorable cabeza, concededme la gracia de no consentir jamás en los pensamientos que os desagradan.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por la bondad con que quisísteis aceptar la muerte de cruz, á la cual Pilatos os condenó, haced que yo acepte con resignación la muerte que se me espera y todas las penas que deben acompañarla.

¡Jesús mío! por la pena que tuvísteis al llevar vuestra cruz, por el camino del Calvario, dadme la gracia de sufrir con paciencia todas las cruces de mi vida.

¡Jesús mío! por el dolor que experimentásteis cuando clavaron vuestros pies y manos sobre la cruz, os suplico claveis á vuestros pies mi voluntad, á fin de que yo no quiera otra cosa sino lo que Vos querais.

¡Jesús mío! por la amargura que sufrísteis cuando se os dió á beber hiel, hacedme la gracia de que no os ofenda más con intemperancias en la comida y en la bebida.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por la pena que sentísteis sobre la cruz, despidiéndoos de vuestra Santa Madre, libradme de los afectos desordenados para mis parientes ú otras creaturas, á fin de que mi corazón sea vuestro enteramente y para siempre.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por la desolación que experimentásteis en el mo-

mento de vuestra muerte, viéndoos abandonado aún de vuestro Padre eterno, dadme la gracia de sufrir con paciencia todas mis aflicciones, sin perder jamás la confianza en vuestra bondad.

¡Jesús mío! por las tres horas de tormento y agonía que precedieron á vuestra muerte sobre la cruz, hacedme la gracia de soportar con resignación, por amor vuestro, las penas de mi agonía.

¡Dulce Corazón de mi Jesús! por el extremo dolor que sentísteis cuando vuestra alma se separó de vuestro cuerpo adorable, haced que al momento de mi muerte, entregue mi espíritu ofreciéndoos mis sufrimientos con un acto de amor perfecto, para ir en seguida al cielo á veros cara á cara y á amaros con todas mis fuerzas durante toda la eternidad.

Y vos ¡oh Santísima Virgen María, mi Madre! por la espada de dolor que os atravesó el Corazón cuando vísteis á vuestro Hijo amadísimo inclinar la cabeza y expirar, os suplico me asistais en la hora de mi muerte, para que vaya á bendeciros y daros gracias en el paraíso, por todos los bienes que me habeis obtenido del Corazón de Jesús.

II. SENTIMIENTOS DE CONFIANZA

¡Jesús mío! la vista de mis pecados me espanta, pero la vista de vuestro Corazón

abierto para mí, me conforta y me consuela; Vos no me rehusareis el perdón que os pido, puesto que habeis dado vuestra sangre y vida por mí. ¡Oh Llagas de Jesús! ¡oh Corazón de Jesús! vosotros sois mi esperanza.

¡Mi amado Redentor! en la hora de mi muerte, cuando me vea entregado á los últimos y más violentos embates del infierno, Vos debeis ser mi sostén. La muerte cruel que habeis sufrido por mí, me hace concebir la esperanza de morir en estado de gracia y con un ardiente amor á Vos. Por las tres horas de agonía que sufrísteis sobre la cruz concededme la fuerza de sufrir con resignación y por amor vuestro las penas de mi agonía. Y vos ¡oh María! por el dolor que experimentásteis viendo expirar á Jesús, vuestro Hijo amadísimo, obtenedme la gracia de expirar amando á Dios, á fin de que tenga la felicidad de ir á amarlo eternamente con vos en el paraíso.

¡Dulce Jesús mío! espero por vuestros méritos que me perdonareis todas las injurias que os he hecho. Y ¿podría dudarlo, oh Amor mío crucificado, cuando vos habeis muerto para perdonarme? ¿Podría dudar de vuestra misericordia, cuando ella os ha hecho descender del cielo para venir á buscar mi alma? ¿Temeré que me rehuseis la gracia de amaros, después de haber Vos sufrido tanto para conquis-

DE EL SALVADOR

tar mi amor? ¿Temeré que los pecados que he cometido, y de los cuales me arrepiento sinceramente, me priven para siempre de vuestra gracia después de haber Vos derramado toda vuestra sangre para borrar mis pecados y hacerme así recobrar vuestra amistad? Veo, Señor, que queréis mi salvación; me hacéis detestar mis faltas; me hacéis conocer, por medio de la luz con que me iluminais, la vanidad de las cosas de este mundo y el amor de vuestro Corazón Sagrado y me inspirais el deseo de ser todo vuestro.

¡Ah! tomo la resolución de salvarme *para ir al cielo á celebrar eternamente vuestras misericordias.* Ojalá pudiera conservar siempre en el fondo de mi alma el pesar de haber afligido tanto vuestro Corazón y el deseo de amaros con todas mis fuerzas.

Mi amadísimo Redentor y mi Soberano Juez, cuando en la hora de mi muerte comparezca ante Vos, *no me arrojeis de vuestra presencia;* no me desterreis al infierno, porque en ese abismo no podría amaros más; no permitais que esas llagas, cuyas señales llevais, y que son una prueba de vuestro amor á mí, sean mi tormento durante toda la eternidad. Perdonadme antes que llegue la hora del juicio; haced que viéndoos por la primera vez, no os encuentre irritado, antes bien, colocadme en el número de vuestros elegidos. Vues-

tro Corazón, tan lleno de ternura y de misericordia, me hace esperar la felicidad de veros en el paraíso.

¡Oh Reina del cielo, Madre de Dios, esperanza mía, refugio de los pecadores, tened piedad de mí!

III. SENTIMIENTOS DE CONTRICIÓN

¡Corazón de Jesús, infinitamente misericordioso! por el horror que habeis tenido de mis pecados en el Huerto de los Olivos, dadme un verdadero dolor por todas las ofensas que os he hecho. ¡Pecados abominables, os detesto; vosotros me habeis hecho perder la gracia de Dios!...

Reconozco lo mal que he hecho separándome de Vos, mi bien supremo; debería haber sufrido todas las penas, todas las miserias, todos los suplicios, antes que ofenderos una sola vez. ¿Qué mayor mal puedo cometer que el de consentir en perder vuestra gracia? ¡Ah mi Jesús! nada me aflige tanto como haberos despreciado, á Vos, cuya bondad es infinita.

Os agradezco, Corazón misericordioso de Jesús, la dulce promesa que habeis hecho á los pecadores *de olvidar sus faltas cuando estén arrepentidos de haberlas cometido.* Todo esto es el fruto de vuestros dolores. ¡Oh dulce agonía! ¡oh dulce misericordia! ¡oh dulce amor del Corazón de Jesús! vosotros sois mi esperanza.

¡Ay! En el momento mismo en que pensaba en ofenderos, Vos pensábais en tenerme misericordia; y después de mi pecado, cuando no pensaba en arrepentirme, Vos pensábais en llamarme á la penitencia. Miserable como soy, he hecho cuanto ha sido posible por condenarme, y Vos, Jesús mío, habeis hecho cuanto habeis podido por salvarme. He ahí cuál ha sido mi conducta para con Vos ¡oh Dios mío! para con Vos, que sois mi soberano Señor, para con Vos, que sois una bondad infinita, para con Vos, que sois digno de un amor infinito. Pero Vos habeis declarado *que no despreciareis un corazón que se humilla y se arrepienta.* Sí: me arrepiento de haberos ofendido; recibidme, pues, en vuestra gracia: os lo suplico por la sangre que habeis derramado por mí.

¡Oh María, esperanza de los pecadores! obtenedme del Corazón de Jesús el perdón de todos los pecados que he cometido.

IV. SENTIMIENTOS DE BUEN PROPÓSITO

Dulce Jesús mío, tomo la resolución de perderlo todo antes que perder vuestra gracia. Soy débil, pero Vos sois fuerte, y vuestra fuerza me hará fuerte contra mis enemigos. Bajo vuestra protección,

¿á quién temeré? No permitais ¡oh dulcísimo Salvador! que jamás me separe de Vos. Asistidme en los peligros en que me encuentre y haced que entonces no deje jamás de recurrir á Vos. Experimento un vivo deseo de seros fiel y de vivir para Vos solo todo el tiempo que me queda que pasar sobre la tierra; á Vos os toca darme las fuerzas que necesito.

Aumentad en mí ¡oh Corazón purísimo de Jesús! el temor de desagradaros. Tiemblo á la vista de mis infidelidades pasadas; pero vuestros méritos y las multiplicadas gracias que me habeis hecho me vuelven la confianza. Espero que no me abandonareis ahora que os amo; tengo por garantía la misericordia que habeis usado conmigo, cuando no pensaba en amaros. No cuento con mis propias fuerzas, que sé por experiencia que nada valen; pero me apoyo enteramente en vuestra bondad, y hé ahí por qué espero no separarme más de Vos.

Divino Redentor mío, estoy decidido á no alejarme ya de Vos. Aún cuando todos los hombres os abandonen, yo quiero permaneceros fiel, por más que me costare la vida. Protesto que aún cuando no hubiera ni poraíso ni infierno, no querría jamás cesar de amaros, puesto que ¡oh Amor mío! seríais siempre digno de ser infinitamente amado.

¡Ah! si pudiera comenzar mi vida nue-

vamente, solo querría emplearla en amaros; pero los años perdidos no vuelven más. Os doy gracias por haberme soportado hasta hoy y no haberme precipitado en el infierno como lo he merecido; puesto que así me habeis perdonado, es justo que os consagre el resto de mi vida; quiero, pues, que todos mis pensamientos, todos mis deseos y todos mis afectos solo tiendan á agradaros.

Amadísimo Jesús mío, para unirme á Vos no quiero esperar el momento en que vuestra santa imagen sea presentada á mis labios moribundos. Desde ahora me entrego á Vos; y en mi última hora, cuando todo el mundo me haya abandonado, no me abandoneis Vos, que sois mi Redentor. Recibidme en vuestro Corazón Sagrado y haced que de el último suspiro amándoos, para ir en seguida á amaros eternamente en el cielo.

V. SENTIMIENTOS DE AMOR

Todos los ángeles y todas las creaturas alaben siempre vuestra caridad infinita para con los hombres ¡oh Corazón tan amante de Jesús! ¡Que no pueda yo, sacrificando mi vida, hacer que Vos seais amado de todo el universo! Aceptad este deseo y concededme la gracia de sufrir algo por Vos antes de mi muerte.

¡Oh Corazón infinitamente misericordioso! Vos habeis previsto las ofensas de que un día me haría culpable para con Vos, y Vos preparásteis mi perdón; Vos previsteis mi ruina y me preparásteis el remedio; Vos previsteis mis ingratitudes; y me preparásteis los remordimientos, los temores, las luces, las llamadas á la penitencia, los consuelos espirituales y tantas otras pruebas de ternura que quisísteis prodigarme. Parece, pues, que habeis querido ver quién iría más lejos, si yo con mis ofensas, ó Vos con vuestras gracias; si yo en provocar vuestra cólera, ó Vos en atraerme á vuestro amor.

¡Oh Verbo encarnado, Varón de dolores, nacido para vivir en el sufrimiento, el primero y último de los hombres: el primero, porque sois Dios y Soberano Señor de todas las cosas; el último, porque habeis consentido en ser tratado en la tierra como el más vil de todos ellos!

¡Oh Cordero divino! ¡oh Amor infinito, digno de un amor infinito, os amo! Vos os habeis dado todo á mí sin reserva, en vuestra pasión y en el Sacramento del Altar; yo también me doy todo á Vos sin reserva.

Hablad ¡oh desgraciados réprobos! y decidnos ¿cuál es vuestro más cruel tormento? ¿Será el fuego que os abrasa, ó la memoria del amor que el Corazón de Jesús os ha tenido? ¡Ah! el infierno de

vuestro infierno, es ver que todo un Dios descendió del cielo para salvarnos, y que vosotros cerrando los ojos á la luz, quisísteis perderos y perder un bien infinito, cual es vuestro Dios, que ya no será más vuestro, y que no podreis ya nunca más recobrar.....!

¡Ah mi Jesús, mi tesoro, mi vida, mi consuelo, mi amor, mi todo! yo os doy gracias porque os habeis dignado iluminarme. Os suplico rompais las cadenas de los afectos desordenados que me impiden unirme enteramente á Vos, y atadme á vuestro Corazón con los dulces lazos de vuestro amor; pero atadme tan estrechamente, que no pueda separarme más de Vos.

Quereis mi amor, Señor, lo veo; por eso no me habeis enviado al infierno, y al contrario, me buscais desde hace tantos años, gritándome sin cesar: «Amame, alma querida, ámame con todas tus fuerzas.» Pues bien: dadme vuestro amor con vuestra santa gracia, y así seré bastante rico y nada más tendré que desear.

VI. SENTIMIENTOS DE CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

¡Dulce Corazón de Jesús! cada vez que yo diga: ¡Bendito sea Dios! ó bien: ¡Hágase la voluntad de Dios! quiero aceptar

todas las disposiciones que vuestra Providencia me tiene preparadas en el tiempo y en la eternidad.

No quiero otro estado de vida, otra casa, otro alimento, otra salud, otros vestidos que los que Vos me deis.

No quiero otra fortuna, otro empleo, otros talentos que los que Vos me teneis destinados.

Si quereis que mis negocios me sean adversos, que mis proyectos fracasen, que mis pleitos se pierdan, que todo lo que poseo me sea arrebatado, así lo quiero yo también.

Si quereis que sea despreciado, aborrecido, abandonado, difamado, maltratado aún por los que más amo, así lo quiero yo también.

Si querris que sea privado de todo, desterrado de mi patria, encerrado en una prisión y que viva en penas y angustias continuas, así lo quiero yo también.

Todo sea como á Vos os agrade y por el tiempo que os agrade.

Aún mi vida la pongo en vuestras manos; acepto la muerte que queráis depararme, y todas las penas que deben acompañarla. Uno mi muerte á la vuestra ¡oh Salvador mío! y os la ofrezco en testimonio de mi amor á Vos. Quiero morir por agradaros y por cumplir vuestra divina voluntad.

¡Oh Jesús, María y José, objetos de

mis amores! sufra yo por vosotros, muera por vosotros, y sea, en fin, todo vuestro.

SEGUNDO EJERCICIO DE LA HORA SANTA

Será muy útil valerse de de las consideraciones que siguen. Cada punto se ha de considerar y sentir detenidamente, sin pasar de uno á otro hasta haber sacado de él todo el fruto que se pueda, ya para el entendimiento, de inspiraciones y *santos pensamientos*, ya para la voluntad, de piadosos afectos y saludables *resoluciones*. Si un solo punto ó consideración, o dos ó tres, etc. bastan para llenar la hora, omítanse los demás.

ORACION

PARA DAR PRINCIPIO Á LA HORA SANTA

¡Oh Jesús mío! Vos me llamais para que sea testigo de vuestra agonía y del amor infinito de vuestro Corazón por los pecadores; yo os sigo con el mayor afecto y solicitud para ser asociado á vuestra agonía. Vos me ordenais velar y orar con Vos durante esta hora; lo deseo con todo mi corazón; pero ¡ay de mí! Vos conoceis mi flaqueza; sostenedme; sin Vos, Señor, seré aún más flaco que lo fueron los Apóstoles.

Seguid en espíritu á Jesús é imaginaos que os hallais en el Huerto.—Entrad con humildad y desead revestiros de los mismos

sentimientos y disposiciones de amor, de celo, de humildad y resignación del Corazón Sagrado de Jesús, y con él adorad á Dios Padre diciendo:

¡Oh Dios eterno é infinitamente santo! yo vengo á postrarme delante de Vuestra Majestad, acompañado de vuestro Hijo, y á anonadarme en presencia de vuestra infinita grandeza. Yo os ofrezco sus dolores, su sudor de sangre, su cruel agonía y su muerte, para satisfacer á vuestra justicia, llorar mis pecados y los de todos los hombres. Y para que mi oración os pueda ser agradable, la uno á la que Jesús hizo en el Huerto de los Olivos. Amén.

CONSIDERACIÓN I

El amor de Jesucristo tenía tres objetos diferentes, y todos conducían á mantener aquel exceso de amargura en que fué anegado. Amaba á su Padre, y lo veía infinitamente ultrajado: primera causa de su dolor. Amaba á los hombres y los miraba totalmente infelices: segunda causa de su dolor. Se amaba también á Sí mismo, y se encontraba sumamente afligido: tercera causa de su dolor. ¿Cómo es posible que hubiese ni haya habido en el mundo entendimiento más vivo y penetrante, ni luces más claras y dilatadas que las de este Dios Salvador? Pues to-

das las luces de este divino Sol de Justicia se reunieron en un solo objeto: conocía la grandeza, la hermosura, los atractivos infinitos y todas las perfecciones adorables de su Eterno Padre; sabía cuán digno era de ser amado, respetado, servido y adorado de todos los hombres, y veía al mismo tiempo con mayor dolor y sentimiento que este Padre celestial había sido ultrajado en todo tiempo, en todo lugar y de todos modos. Contaba los momentos que habían pasado desde el principio del mundo y los que tenían que correr hasta el fin de los siglos, y no encontraba ninguno que no fuese señalado por alguna ofensa.

Apenas los Angeles han sido creados, cuando algunos se rebelan contra la mano que los había sacado de la nada: apenas existe Adán, cuando ya el pecado lo ha conducido á la muerte, y el hermano se deja ver manchado con la sangre de su hermano: ve por una parte que la idolatría toma el lugar de la Religión, y corrompe todos los corazones; y por otra, que la impureza abrasa á los hombres con un fuego igualmente criminal y vergonzoso; que la maledicencia derrama su hiel sobre todas las lenguas; que la injusticia reina en todos los tribunales; que la impiedad se ceba hasta en los santuarios, y que no hay ningún lugar en donde no sea perseguida la inocencia. Los grandes y

los pequeños, los ricos y los pobres, los sabios y los ignorantes, todos se levantan contra el Todopoderoso: la ingratitud, la traición, la perfidia, el orgullo, el odio y la venganza, todos contribuyen á hacer al hombre execrable á los ojos de su Dios; los mismos sacrificios que se le ofrecen, no le son ya agradables ni de buen olor, y todo está infestado por el veneno de las culpas.

CONSIDERACIÓN II

¿Qué partido tomará en estas circunstancias? ¿Pedirá á su Eterno Padre gracias para los hombres, ó le pedirá venganzas? Se encuentra aquel Dios Salvador como dividido entre dos intereses diferentes, pero que uno y otro le son amados: no puede rehusar su celo por la gloria del Altísimo, á quien mira indignamente ultrajado; pero tampoco puede menos de ejercitar su compasión con los hombres, á quienes mira eternamente infelices. ¡Qué triste perplejidad! Ama á su Padre, y lo ve infinitamente ultrajado: ama á los hombres, y conoce que son desdichados para siempre: segunda causa de su dolor. Todas las miserias que afligen al género humano se presentan como de tropel á su imaginación: enfermedades, estragos, persecuciones, muertes violentas, reprobación y una eternidad infeliz; todo viene de un golpe á atormentar-

lo, y se le pone delante de su vista. Por otra parte, se le representan los tormentos que los mártires tendrán bien pronto que padecer en defensa de su nombre, los considera con sus cuerpos despedazados, con sus miembros descuartizados, y ve correr por todas partes arroyos de sangre. Su imaginación penetra hasta los abismos de los condenados, y aquí es en donde se ofrece á su consideración aquel grande y terrible espectáculo de horror: considera por una parte aquel fuego devorador que no se apagará jamás, aquellos gusanos roedores que los atormentan sin cesar, y aquellos demonios enfurecidos é irritados para siempre contra aquellas víctimas desgraciadas: por otra parte, no oye sino gritos vivos y penetrantes, tristes y lamentables gemidos, y no ve por todas partes sino un diluvio de males que inunda á aquellos infelices, á aquellas almas rescatadas por su sangre, y que sin embargo son devoradas eternamente por las llamas de un fuego devorador. ¡Oh, y qué espectáculo para un Dios Salvador!

CONSIDERACION III

Se refiere en la Sagrada Escritura que José, viendo á sus hermanos afligidos, por más que fuesen indignos de su compasión, no pudo menos de manifestarles

su ternura, y que, cediendo á los impulsos de su bondad, se arrojó al cuello de cada uno de ellos, los abrazó tiernamente y los regó con sus lágrimas. Del mismo modo el Salvador del mundo, teniéndonos á todos presentes en su espíritu, nos abraza estrechamente y nos cubre de sus lágrimas preciosas. ¡Ah pobres hijos de un Padre crucificado, exclamaba el Salvador en lo más íntimo de su Corazón! ¿No os dejaré yo por herencia sino dolores y aflicciones? ¡Ay de mí! ¿Será posible que no me perteneceréis sino para sufrir? ¡Ah, que no pueda yo llevar todo el peso de los tormentos! ¿Con qué os libertaría yo de sus rigores? ¡Oh Padre celestial! compadeceos de sus males; á Vos os tocan tanto como á mí: es verdad que son mis discípulos, pero también lo es que son vuestras obras: mirad, pues, por ellos, conservadlos, y no los dejéis perecer.

CONSIDERACIÓN IV

Jesucristo, en fin, debía amarse necesariamente á sí mismo, y se veía infinitamente afligido: tercera causa de su dolor. Todos los tormentos de su Pasión se representan en este instante á su imaginación y á su espíritu, y no ve por todas partes sino vivos dolores, tormentos continuos y excesivos: todo cuanto tiene que padecer en su sagrado Cuerpo, lo padece

ya en su Corazón, y sufre en un solo momento cuanto tiene que sufrir en el curso de su Pasión. ¿Qué impresión tan terrible no debía hacer sobre él la vista de todos los tormentos que le estaban preparados, y especialmente la consideración de que estaba cargado á los ojos de su Padre de todas los pecados de los hombres?

Figurémonos al desgraciado Acari, quien, habiendo cometido un delito contra la ley, fue condenado á que se le apedrease; se le conduce á un campo llano y espacioso, y se le pone en medio de todo Israel, que se había juntado para darle muerte. ¿Qué espectáculo de horror no se ofrece entonces de todas partes á sus ojos? ¡Ve levantarse cien mil brazos armados de piedras, prontos todos á descargar sobre él aquel golpe fatal! ¡Oh, y qué vista! Pues tal es el espectáculo que se ofrece á vuestros ojos, ¡oh adorable Salvador! Miráis por todas partes no ya cien mil brazos levantados contra Vos, sino todos los del género humano y de los pecadores de todos los siglos armados contra vuestra Persona adorable con sus innumerables culpas, que son las piedras con que se os va á quitar la vida. ¡Oh, y qué horror á vista de un aparato tan terrible!

CONSIDERACIÓN V

¿Qué impresión no haría todo esto en el divino Redentor? La angustia, el temor y la tristeza se apoderan de su alma, y se retira á la oscuridad. La ausencia de su tierna Madre y el desamparo de sus discípulos contribuyen también á su aflicción y abatimiento: se presenta delante de su Padre, á quien mira justamente irritado é inflexible; ora en su divina presencia; inclina luego su cabeza, le tiemblan y se le doblan las rodillas, y cae sobre su adorable rostro. A la angustia que padece le sucede el temor, los suspiros, los sollozos y un total desfallecimiento; no se le oyen sino algunas cortas palabras interrumpidas, y con una voz triste y moribunda pronuncia estas palabras: ¡Ah Padre mío! bien lo sabéis Vos: yo soy el primero que os he llamado con este dulce nombre de padre. ¡Ay de mí! No os digo que os acordéis de aquel amor esencial que nos ha unido desde toda la eternidad; sino que si aun os queda algún resto de aquella compasión que no negáis ni aun á los que más os han ofendido, os dejéis mover del miserable estado á que me veo reducido, y que apartéis de mí este cáliz de amargura que se me presenta. Pero no hay remedio, no apartará de mí este cáliz amargo; es necesario beberlo hasta las heces.

CONSIDERACIÓN VI

Viéndose entonces el Redentor destituido de todo socorro, y como abandonado por todas partes, se entrega á toda la amargura de su dolor: sus ojos se abaten, su rostro está cubierto con la palidez de la muerte, su cuerpo trémulo y vacilante cae bajo el peso que lo abruma, y su alma se halla como errante sobre sus labios; se aumenta su dolor hasta lo sumo, y ve aquí que se apodera de él una agonía mortal. Su sangre, agolpada en el Corazón, y sacudida en virtud de un esfuerzo poderoso, sale por todos los poros de su Cuerpo. Su adorable rostro, sus manos, sus pies y todo su Cuerpo está como bañado con esta preciosa sangre; la tierra se ve regada con este licor divino, y espirara sin duda el Salvador, si una fuerza superior no lo sostuviera; desciende, en fin, un Angel del cielo para consolarlo. Es verdad que Jesucristo era suficiente por sí mismo, y que no tenía necesidad sino de su propia virtud para confortarse; pero quiso darnos á entender que en nuestras aflicciones debemos recurrir á Dios, pedir y esperar el socorro del cielo: el verdadero consuelo no puede venir sino de lo alto, porque en las creaturas no se encuentran sino consuelos tristes é insuficientes, y por la mayor parte onerosos. Y por lo mismo el Angel del Señor no se

valió para consolar á Jesucristo sino de medios celestiales y totalmente divinos: le pidió, sin duda, á nombre de su Eterno Padre y de todos los pecadores, que recibiese el cáliz que le estaba preparado, que acabase la obra de la Redención de los hombres, que rompiese sus cadenas y los librase de la esclavitud del pecado y de la tiranía del demonio: grandes motivos de consuelo, que fortalecían el alma del Redentor á vista de sus tormentos; pero que, sin embargo, dejaban su corazón entregado á toda la amargura de sus dolores. El mismo Señor lo dice, y asegura que su alma está triste hasta la muerte.

COLOQUIO

¡O adorable Salvador mio! ¡A qué estado os han reducido el amor que me tenéis y las ofensas que he cometido contra Vos! Gemís Vos para que se mueva mi corazón: prorrumpís en sollozos para arrancarme algún suspiro: derramáis arroyos de sangre para que yo vierta algunas lágrimas, ¿y es posible que os considere en esta angustia, en estos temores y aflicciones con ojos enjutos y con un corazón frío é indiferente? No ¡Dios mio! aunque mi corazón fuese más duro que las piedras y más insensible que las rocas, sería imposible que no se enterneciera y despedazara de dolor á vista de este océano de amarguras

en que está anegado el vuestro: ¡Sí, Divino Redentor mío! permitidme que diga con Vos: á vista de mis innumerables culpas, mi alma está triste hasta la muerte. ¡Ah, cuánto me pesa el haberos ofendido! ¡Jamás, Dios mío, se apartará este sentimiento de mi corazón! ¡durará mientras me dure la vida, llevaré mi dolor hasta el sepulcro, y ojalá que mi dolor fuese tan vivo, tan vehemente y tan amargo, que me hiciese morir de pesar en este momento!





EL CULTO PERPETUO DEL SAGRADO CORAZON

La adoración perpetua del Sagrado Corazón es la misma que la del Santísimo Sacramento; solamente que tiene por objeto particular el divino Corazón de Jesús, por ser él principalmente á quien hieren nuestras irreverencias é ingratitudes. Por lo que es evidente que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús es inseparable de la del Santísimo Sacramento, ó más bien diremos que es el complemento y la perfección de ella.

Consiste el Culto perpetuo en unirse los socios de la Hermandad ó Pía Unión del Sagrado Corazón para rendir un culto perpetuo de adoración, de reconocimiento y de amor al adorable Corazón de Jesús. Los que forman parte de esta santa unión

elijen un día ó varios días en el año, ó todos los días, los cuales consagran al Sagrado Corazón de la manera siguiente:

Se confiesan y comulgan en aquel día, visitan una iglesia ú oratorio público, y ruegan allá algún tiempo por el Sumo Pontífice y por su intención: ruegan allí igualmente por el Clero, por la conversión de los pecadores, por todos los socios del Culto perpetuo y por las almas del Purgatorio: hacen *una hora* de oración, ya sea mental, ya vocal, en una ó en varias veces del día ó de la noche, si algún motivo justo autoriza esta interrupción; y durante el día dirijen alguna breve oración ó jaculatoria al Corazón del Divino Maestro; por último, renuevan á Jesucristo las promesas del bautismo y las demás promesas que hayan hecho.

El Culto perpetuo del Corazón de Jesús se convierte de este modo en el fuego sagrado, que según el Levítico debía arder siempre en el altar y no apagarse nunca.

La persona fiel á esta práctica ganará los días que se dedique á ella, indulgencia plenaria. (León XII, 18 febrero 1826).

VENTAJAS DE LA ADORACIÓN PERPETUA

Las principales ventajas que encierra la adoración perpetua son las numerosas

gracias que de ella manan para el prójimo, para la Iglesia, para el mundo entero. Gracias de conversión para los pecadores y perseverancia para los justos; paz y unión en las familias, concordia entre los pueblos.... Dios, á quien jamás vencerá en liberalidad la creatura, ¿cuántas gracias no derramará sobre aquellos que se dedicaren á adorarlo en el augusto Sacramento con el fin de reparar los ultrajes que allí recibe su Santísimo Corazón, é indemnizarlo del olvido, de la indiferencia é ingratitud de la mayor parte de los hombres? Ciertamente que, desde esta vida les volverá centuplicados los sacrificios hechos por amor suyo, aún cuando fueren los más pequeños. Además, desde el tabernáculo donde está encerrado el Salvador del mundo, continuamente brotan torrentes de gracias para inundar las almas que lo visitan, y colmarlas de los dones más preciosos. ¡Oh! cuántos tesoros no llevarán al retirarse después de haber pasado algunos instantes al pié del altar. Desde allí, purificadas, hermoseadas y fortificadas, volverán al seno de sus familias, penetradas de los perfumes celestiales cuya influencia se hará sentir á todos los que las rodean.

OBJETO DE LA ADORACIÓN PERPETUA

El objeto de la adoración perpetua es

reparar los ultrajes hechos al Santísimo Sacramento y al divino Corazón de Jesús; para pedir la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos, el alivio de las almas del purgatorio, la propagación de la fé y la paz de la Iglesia.

Advertencia. Para tener parte en la adoración perpetua y poder ganar las indulgencias, es preciso estar inscrito en una cofradía del Sagrado Corazón de Jesús ó del Santísimo Sacramento.

Como su mismo nombre lo indica, el fin principal del *Culto perpetuo* es adorar perpetuamente al Sagrado Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento, para lo cual está prescrita una hora de oración vocal ó mental.

Para pasar santamente esa hora de adoración pueden servir los varios ejercicios de devoción que se contienen en este libro, escogiendo cada cual los que más sean de su agrado, y con el mismo fin ponemos los siguientes piadosos ejercicios:

VISITAS AL SANTISIMO SACRAMENTO

ACTO DE ADORACIÓN

Señor mío Jesucristo, que por el amor que teneis á los hombres, estais de noche y de día en ese Sacramento, todo lleno de piedad y de amor, esperando, llamando y recibiendo á todos los que vienen á visi-

taros: yo creo que estais presente en el Sacramento del altar: os adoro desde el abismo de mi nada, y os doy gracias por todas las mercedes que me habeis hecho, y especialmente por haberme dado en este Sacramento vuestro cuerpo, vuestra sangre, vuestra alma y vuestra divinidad; por haberme concedido por mi abogada á vuestra santísima Madre, la Virgen María, y por haberme llamado ahora á visitaros en este lugar santo: yo adoro á vuestro amantísimo Corazón y deseo ahora adorarlo por tres fines: el primero, en agradecimiento de esta tan grande dádiva; el segundo, para desagraviaros de todas las injurias que habeis recibido de vuestros enemigos en ese Sacramento; y el tercero, porque deseo en esta visita adoraros en todos los lugares de la tierra donde estais sacramentado con menos culto y más desprecio.

Jesús mío, os amo con todo mi corazón; pésame de haber tantas veces ofendido en lo pasado á vuestra infinita bondad; propongo, ayudado de vuestra gracia, enmendarme en lo venidero; y ahora, así miserable como soy, me consagro todo á Vos y os entrego y resigno en vuestras manos mi voluntad, mis afectos, mis deseos y todo cuanto soy y puedo. De hoy en adelante haced, Señor, de mí todo lo que os agrade; lo que yo quiero y lo que os pido en vuestro santo amor, la perfecta

obediencia á vuestra santísima voluntad y la perseverancia final: os recomiendo las almas del purgatorio, especialmente las más devotas del Santísimo Sacramento y de María Santísima, y os ruego también por todos los pecadores. En fin, mi amado Salvador, deseo unir todos mis afectos y deseos con los de vuestro amorosísimo Corazón, y así unidos, los ofrezco á vuestro Eterno Padre, y le pido en vuestro nombre que por vuestro amor los acepte y despache. Amén. (300 días de indulgencia cada vez. Plenaria al mes.)

Aquí se reza seis veces el Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

Atended, Señor, desde vuestro santuario, desde lo alto de los cielos, y contemplad esta sacrosanta hostia que el gran Pontífice Jesucristo, vuestro divino Hijo y nuestro Señor, os ofrece por los pecados de sus hermanos, y aplacad vuestro enojo á pesar del exceso de nuestra malicia. Mirad que la sangre de Jesús, nuestro hermano, os está dando voces desde la cruz. Escuchadla, benignísimo Señor; Señor, aplacaos; atended á nuestra miseria, y remediadnos. Por amor de Vos mismo, oh Dios mío, no aguardeis más, pues esta ciudad es vuestra, y vuestro es este pueblo, y así tratadnos según vuestra misericordia. Amén.

Indulgencia plenaria el primer jueves de

cada mes á los que confesados y comulgados visitaren el Santísimo y dijeren esta oración, rogando por la santa Iglesia. Siete años y siete cuarentenas los demás jueves, y cien días de indulgencia los demás días del año, practicando lo mismo; y todas son aplicables á los difuntos. (Pío VI, 17 de setiembre de 1796.)

PRIMERA VISITA

SACRIFICIO COTIDIANO DE LA VOLUNTAD Y ACTO DE DESAGRAVIOS AL CORAZÓN DE JESÚS

¡Sagrado Corazón de Jesús! Yo, miserable creatura, pobre y desnuda de todo bien, enferma y débil en los propósitos, ciega é ignorante en el camino de vuestro amor, puesta en vuestra presencia, desde lo profundo y bajeza de mi nada, *os adoro*, y reconozco como á origen y fuente de toda santidad y gracia, por todos aquellos que no os reconocen ni os adoran. Confieso y reverencio con todo mi corazón dentro de vos el ser divino y humano, vuestra majestad y soberanía, y como á tal os celebraré por todos aquellos que no os confiesan ni veneran.

Creo todos vuestros misterios y sacramentos, y cuanto habeis revelado á mi Madre y Esposa vuestra, la Iglesia, con todo el rendimiento de mi juicio, y con

toda la firmeza de mi corazón, por todos los gentiles, infieles, judíos y herejes, y por todos los impíos y pecadores que os impugnan, os desconocen ó no os creen. *Os alabo*, glorifico y exalto con la voluntad y con los labios por todos aquellos que no os alaban, ni glorifican, ni exaltan. Ofrézcoos con todo el afecto de mi corazón y de mi alma todos aquellos obsequios y sacrificios que os deben las creaturas como á autor de ellas, por todos aquellos que olvidados de vuestro amor, y entregados al deleite, á la ambición ó soberbia de la vida, los omiten y os los niegan. Consagro á sola vuestra gloria y obsequio toda mi libertad y albedrío, toda mi memoria, entendimiento y voluntad, con todas las facultades y sentidos de mi alma y de mi cuerpo, por todos aquellos que las emplean en el amor de las creaturas, y en el afecto desordenado de la vida.

Reconozco, Corazón liberalísimo, y *agradezco* con toda mi alma cuantos beneficios y misericordias habeis hecho á todas las creaturas en el orden de la naturaleza y de la gracia, por todos aquellos que os son desconocidos é ingratos. Bendeciré vuestro nombre por todos aquellos que lo blasfeman, lo juran, lo maldicen ó desprecian. Sellaré mis labios con el sello de vuestro purísimo nombre por todos aquellos que los sellan con la detracción y mentira, ó con palabras obscenas.

Me gozaré, oh bien único de mi vida, por todos los que no se gozan de que seáis en vuestras perfecciones y atributos perfectísimo.

Oiré lo que me hablais por vuestros ministros, prelados ó confesores, y cuanto me inspireis en el secreto de mi corazón. por todos los que no os oyen: os visitaré con frecuencia en el sagrario, y os dispondré, oh huésped amabilísimo, habitación y morada dentro de mi corazón, por todos aquellos que no os visitan, ni se acercan á vuestra mesa, y por cuantos os dejan y desamparan.

Madrugaré, Señor, y entraré en vuestra presencia para ver y meditar que vuestro Sagrado Corazón no quiere ni puede aprobar el mal, por todos los que, puesta la mente en los negocios y cuidados de la tierra, en el ocio y regalo de su vida, no madrugan, ni se desvelan por contemplar vuestras finezas. Reservaré para vos, oh amantísimo Corazón de Jesús, para sola vuestra gloria y agrado, todas mis obras, palabras, afectos y pensamientos, por todos los que en ellos llevan algún fin torcido, pecaminoso ó terreno. Suspiraré por vos, oh suavidad indecible, por todos aquellos que, estragado el paladar, perdido el sabor de la virtud y el apetito de lo eterno, os aborrecen y desechan. Mortificaré mis sentidos y viciosos apetitos, por todos aquellos que llevan una vida

sensual, impura y delicada, sin mortificarse ni negarse cosa alguna.

Os amo, y quiero amaros con todo el amor de los bienaventurados del cielo y justos de la tierra, y si fuera posible, con un amor infinito, como vos me amais, por todos aquellos que no os aman y os ofenden.

¡Oh Jesús mío dulcísimo! ¡Hijo unigénito del Padre, Redentor mío suavísimo! dilatad mi corazón y correré alegre por el camino de vuestros mandamientos y consejos. Cread en mí un corazón limpio de todo amor á lo terreno, y renovad el espíritu de vida y rectitud en mi pecho. Conducidme por las sendas de vuestra perfección; purificad mi voluntad con sus afectos, refrenad mis pasiones y sentidos dándome puros y santos pensamientos, protejedme de las asechanzas de mis enemigos, dadme gracia para huir de las ocasiones de pecar, para que muriendo á lo criado, y viviendo encerrado en vuestro amantísimo Corazón sea mi vida un perfecto y perpetuo sacrificio de vuestro amor, que se repita cada día en el altar de vuestro sacratísimo Corazón. Amén.—(*P. Calatayud.*)

COMUNIÓN ESPIRITUAL

Consiste la comunión espiritual en tener grande deseo de recibir á Jesús sacra-

mentalmente, y participar de las gracias y favores que concede á los que logran la feliz suerte de acercarse á la sagrada Mesa; pero este deseo exige que no se tenga pecado mortal en la conciencia, ó que se excite el que desea comulgar espiritualmente á contrición de sus pecados.

Puede hacerse en todo lugar y tiempo, y sin haberla de pedir, sin perder tiempo, y sin que sufran atraso las otras ocupaciones, ni puedan impedirlas las enfermedades: basta quererla.

ORACIÓN PARA COMULGAR ESPIRITUALMENTE

Mi Señor y mi Dios! penetrado del sentimiento de vuestra presencia real en el Santísimo Sacramento, y no pudiendo recibiros ahora en la santa Comunión, vengo á solicitar al menos la gracia de recibiros espiritualmente en mi corazón, pues *mi alma os desea como el ciervo sediento suspira por la fuente de las aguas.*

Para suplir mi insuficiencia os ofrezco la contrición infinitamente perfecta que vuestro Divino Corazón concibió de mis pecados en el Huerto de la Agonía y en la Cruz..... os ofrezco las disposiciones del Corazón inmaculado de la Santísima Virgen María el día de vuestra Encarnación.... os ofrezco sus comuniones y las de todos los Santos!

Venid, pues, á mí, Señor! Venid á morar en este pobre corazón que quiere ser todo vuestro, pero que reconoce su impotencia si Vos mismo no lo dirijís y sosteneis su débil voluntad. Venid! á fin de que pueda deciros con la Beata Margarita María.

«Mi Dios, mi Unico y mi Todo, Vos sois todo para mí y yo soy toda para Vos».

SEGUNDA VISITA

ORACIÓN Y PACTO CON EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Dios mío, cuantas veces latiere mi corazón, pasare yo por delante de alguna cruz, ó fuere tentado, ó encontrare á cualquiera yendo ó viniendo, trabajando ó descansando, os prometo tener la intención de ofreceros [tantas veces cuantos instantes tiene el día, cuantos granos de arena hay sobre la tierra, y átomos en el aire], los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, sus ayunos, sus penitencias, su dolorosa pasión, su sangre adorable, sus humillaciones y su muerte; todas las misas que se hubiesen celebrado y se hayan de celebrar; los méritos de la Santísima Virgen, los trabajos de los Apóstoles, la sangre de los mártires, la pureza de las vírgenes, las austeridades de los peniten-

tes, las oraciones de la Santa Iglesia: en una palabra, todas las obras meritorias que se han practicado y han de practicarse, con el fin de pediros y alcanzar el perdón de mis pecados y el de los pecados de mis parientes, amigos y enemigos, de los infieles, herejes, judíos y malos cristianos; mi conversión y la de todos los pecadores que hay y habrá en adelante; la exaltación de la Iglesia, y el cumplimiento de vuestra adorable voluntad, así en la tierra como en el cielo; la adquisición de todas las virtudes y en especial de esta..... el descanso de las almas del Purgatorio, y singularmente de las más abandonadas, en cuyo favor deseo ganar todas las indulgencias concedidas á las buenas obras que haga en el curso de este día; y en fin, la gracia de una buena muerte.

Deseo agradeceros otras tantas veces en mi nombre, en el de mis parientes y en el de todos los hombres que ha habido, hay y habrá hasta el fin del mundo, todas las gracias que me habeis concedido y me concedais, ya sean conocidas ó desconocidas de mí; todos los dones naturales y sobrenaturales con que me habeis favorecido, todos aquellos que me concedeis todos los días, y me concedereis hasta el fin de mi vida, y no solo á mí, sino á todos los hombres pasados, presentes y venideros. Deseo también agradeceros la bondad con que tanto tiempo me habeis espe-

rado á penitencia, y con que me habeis perdonado tantas veces á mí y á todos los pobres pecadores.

En una palabra, formo la intención de haer de la vida que me queda un continuo acto de expiación, de acción de gracias, de adoración, de súplica, y sobre todo, de amor.

Pueda yo, Dios mío, reparar de este modo todo el tiempo que he perdido, y tributaros toda la gloria de que os he privado hasta ahora. Amén.

Este es un medio muy sencillo y al mismo tiempo muy fácil, para que las personas que no tienen tiempo para orar largamente, puedan acumular muchos méritos para la eternidad, y atraer sobre sí y sobre todo el mundo gran copia de gracias y bendiciones.

Basta hacer alguna ó varias veces esta oración, ponerla sobre el corazón cosiéndola en el escapulario, y renovar la intención de repetirla cada vez que lo toque con la mano.

CINCO VISITAS

Á JESÚS SACRAMENTADO

En testimonio de amor y desagravio á su Sagrado Corazón.

Primera visita

Adoremos a Jesucristo Sacramentado, en acción de gracias por la institución de este adorable Misterio.

¡Oh amabilísimo Corazón de Jesús Sacramentado! os adoro profundamente en ese augusto Sacramento, y os doy rendidas gracias por haber instituido ese compendio de maravillas, resumen de vuestras finezas, y evidente testimonio de la ternura de vuestro amor, y para dároslas más incesantes, convido á todos los justos de la tierra, y bienaventurados del Cielo, uniendo con ellos los afectos de mi corazón, y deseando ardientemente alabaros y ensalzaros por toda la eternidad.

Os adoro también con el ánimo y deseo de resarcir de algún modo las injurias que en ese Sacramento recibís de los infieles y malos cristianos, especialmente por la ingratitud y olvido con que los hombres os dejan solo en tantos sagrarios, en todos los cuales os adoro humildemente desde aquí, uniendo mis débiles obsequios con el fervor y devoción de los santos más fieles y amantes de vuestro Corazón santísimo. Admitid, Jesús amoroso, mis ardientes súplicas, para que adorándoos en esta vida sacramentado por nuestro amor, os bendiga y ensalce después eternamente. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

Segunda visita

Adoremos á Jesucristo Sacramentado, en acción de gracias por las muchas ve-

ces que lo hemos recibido, y con él innumerables beneficios.

¡Oh benignísimo Jesús, Salvador de mi alma! os doy infinitas gracias por los innumerables beneficios que he recibido de vuestra divina mano, y señaladamente por las muchas veces que os habéis dignado entrar en mi pecho, derramando á manos llenas vuestras misericordias, sin agotarse nunca el copioso raudal de vuestro dulcísimo Corazón, de donde proceden de continuo las inspiraciones y toques interiores con que me llamáis, deseando sujetarme al yugo suave de vuestro amor. Aquí, pues, me tenéis ya rendido á vuestros pies; no quiero resistir por más tiempo á vuestros amorosos deseos. Triunfad y reinad vos solo en nuestros corazones. Todos os conozcan, amen y correspondan á las finezas de vuestro divino Corazón, para que todos os amemos y bendigamos en la gloria. Amén. *Padre nuestro*, *Ave María y Gloria Patri.*

Tercera visita

Adoremos á Jesucristo Sacramentado, en satisfacción de las injurias que ha recibido de los infieles y herejes en este Sacramento.

¡Oh amabilísimo Corazón de Jesús, injuriado continuamente en ese adorable Sacramento por la rebeldía y obstinación

de los herejes! Os adoro con todo el pobre afecto de mi corazón; y para reparar de alguna manera tantos agravios, convido á los espíritus bienaventurados para reparar con sus alabanzas las injurias é ingratitudes de los hombres, y junto mis tibios afectos al encendido amor de los Serafines, deseando vivamente desagraviar vuestro amor ultrajado, y no cesar de bendeciros y ensalzaros todos los instantes de mi vida. Haced, Señor, que os glorifiquen los corazones de todos los hombres, y unan sus alabanzas á las de todos los Angeles y Santos de la corte celestial, y á las bendiciones que os da continuamente el purísimo Corazón de vuestra Santísima Madre. En fin, vos mismo, soberano Señor Sacramentado, que sois reparación del honor divino, vos habéis de ser digna satisfacción de tantos ultrajes. Admitid, oh Padre Eterno, mis humildes súplicas, unidas con los sentimientos del Corazón de vuestro unigénito Hijo, que con vos y el Espíritu Santo, vive y reina por los siglos de los siglos. Amén. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

Cuarta visita

Adoremos á Jesucristo Sacramentado, en satisfacción de las irreverencias y sacrilegios que sufre de muchos fieles.

¡Oh sacratísimo Corazón de mi amado

Jesús! Aquí me presento ante el acatamiento de vuestra soberana Majestad, traspasado de dolor al considerar la atroz injuria que contra vos cometen muchos cristianos, especialmente cuando se acercan á recibiros en pecado mortal, renovando la traición de Judas, y la maldad de los judíos. Venced vos, Jesús mío, con vuestra misericordia la obstinación de tantos corazones ingratos; iluminadlos y traedlos á vuestro amor como divino médico, pastor, esposo y amoroso padre, y no permitáis que en adelante llegue á recibiros sacramentado ningún cristiano en pecado mortal. Así os lo ruego por vuestro dulcísimo Corazón, y el de vuestra Madre amorosísima. Hacedme, Señor, esta gracia en la tierra, y la de veros y gozaros eternamente en el cielo. Amén. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

Quinta visita

Adoremos en espíritu á Jesucristo Sacramentado, en todas las iglesias del mundo, donde se halla olvidado de casi todos, tan indignamente recibido, y tan raramente visitado.

¡Oh Corazón amabilísimo de Jesús! A vista del olvido con que os tratan los hombres, estando vos de día y de noche real y verdaderamente en la Hostia consagrada por amor nuestro, quisiera en

este día visitaros en todas las iglesias del mundo donde os halláis sacramentado, ofreceros en holocausto los corazones de todos los hombres, y unir mis débiles esfuerzos á los obsequios y adoraciones de los justos fervorosos que viven en la tierra, y de todos los santos y bienaventurados del Cielo. Ahora conozco vuestra infinita paciencia: pésame mil veces de haberos yo también olvidado y ofendido, oh misericordiosísimo Jesús. Dadme gracia para amaros y serviros de hoy en adelante con gran fervor, fidelidad y constancia. Iluminad, Señor mi entendimiento, inflamad mi voluntad, purificad mi corazón, y dadme á mí y á todos los hombres una verdadera devoción, con que veneremos y adoremos este divino Sacramento, que es tesoro riquísimo, y fuente de todas las gracias. Así lo espero de vuestra bondad y misericordia infinita, para alabaros y engrandeceros después en la gloria por los siglos de los siglos.

Y vos, Señora, Madre de Dios y Madre mía, por la pureza y santidad de vuestro dulcísimo Corazón, alcanzadme una verdadera y constante devoción al sagrado Corazón de vuestro amantísimo Hijo Jesús, de modo que, unido con él estrechamente, cumpla como es debido, todas mis obligaciones, y con alegría y gozo de corazón sirva siempre, y con especialidad en el presente mes, á su benignísimo y

piadosísimo Corazón. Amén. *Padre nuestro, Ave María y gloria Patri.*

SEPTIMA VISITA

Acto de confianza en Dios

Estoy tan convencido, Dios mío, de que velas sobre todos los que esperan en tí, y de que no puede faltar cosa alguna á quien de tí las aguarda todas, que he determinado vivir en adelante sin ningún cuidado, descargándome en tí de toda mi solicitud. Despójenme los hombres de los bienes y de la honra, prívenme las enfermedades de las fuerzas y medios de servirte, pierda yo por mí mismo la gracia pecando: que no por eso perderé la esperanza, antes la conservaré hasta el postrer suspiro de mi vida, y vanos serán los esfuerzos de todos los demonios del infierno para arrancármela.

Aguarden unos la felicidad, de sus riquezas ó talentos; descansen otros en la inocencia de su vida, en la aspereza de su penitencia, en la multitud de sus buenas obras, ó en el fervor de sus oraciones; en cuanto á mí, toda mi confianza se funda en mi misma confianza. Confianza como ésta jamás á nadie salió fallida. Así que, seguro estoy de ser eternamente bienaventurado, porque espero firmemente serlo, y porque tú, Dios mío, eres de quien lo espero todo.

Bien conozco, que de mí soy frágil y mudable; sé cuánto pueden las tentaciones contra las virtudes más robustas; he visto caer las estrellas del cielo, y las columnas del firmamento; pero nada de eso logra acobardarme.

Mientras espere de veras, libre estoy de toda desgracia: y de que esperaré siempre estoy cierto, porque espero también esta esperanza invariable. En fin, para mí es seguro que nunca será demasiado lo que espere de tí, y que nunca tendré menos de lo que hubiere esperado. Por tanto, espero que me sostendrás sin dejarme caer en los riesgos más inminentes, y me defenderás aún de los ataques más furiosos, y harás que mi flaqueza triunfe de los más espantosos enemigos. Espero que me amarás á mí siempre, y yo á mi vez te amaré sin intermisión; y para llegar de un solo vuelo con la esperanza hasta donde puede llegarse, espero á tí mismo, oh Creador mío, para el tiempo y para la eternidad.—Amén.

(P. DE LA COLOMBIERE.)

VISITA A LA SANTISIMA VIRGEN

Inmaculada Virgen y Madre mía, María Santísima; á vos, que sois Madre de mi Salvador, Reina del mundo, abogada, esperanza y refugio de los pecadores, recurro en este día, yo que soy el más mise-

rable de todos. Os adoro, oh gran Reina, y humildemente os agradezco todas las gracias y mercedes que hasta ahora me habéis hecho, especialmente la de haberme librado del infierno, tantas veces merecido por mis pecados. Os amo, Señora amabilísima, y por el amor que os tengo, propongo serviros siempre, y hacer todo lo posible para que de todos seais servida. En vos, oh Madre de misericordia, después de mi Señor Jesucristo, pongo toda mi esperanza; admitidme por vuestro siervo, defendedme con vuestra protección; y ya que sois tan poderosa para con Dios, libradme de todas las tentaciones, y alcanzadme gracia para vencerlas hasta la muerte. Os pido un verdadero amor para con mi Señor Jesucristo, y por vos espero alcanzar una buena muerte. ¡Oh Señora y Madre mía! por el grande amor que tenéis á Dios, os ruego que siempre me ayudéis, pero mucho más en el último momento de mi vida: no me desamparéis hasta verme salvo en el cielo, alabándoos y cantando vuestras misericordias por toda la eternidad. Amén.

300 días de indulgencia cada vez, rezándola delante de una imagen de la Sma. Virgen. Plenaria al mes. (Pío IX, setiembre 1874.)

ACTOS DE CONSAGRACION AL SACRATISIMO CORAZON DE JESUS

1º —Consagración que hizo de sí la Beata Margarita María

Corazón Sagrado de mi amado Jesús, aunque vilísima creatura, os doy y consagro mi persona, mi vida, mis acciones, penas y padecimientos, para no servirme de ninguna parte de mi sér sino para amaros, honraros y glorificaros. Esta es mi voluntad irrevocable, ser toda vuestra y hacerlo todo por vuestro amor, renunciando de todo mi corazón á cuanto pueda desagradaros. Os tomo, pues, oh Corazón Sagrado, por el único objeto de mi amor, el protector de mi vida, el garante de mi salvación, el remedio de mi inconstancia, el reparador de todos los defectos de mi vida y mi asilo seguro en la hora de mi muerte: sed, pues, oh Corazón bondadoso, mi justificación para con Dios Padre, y alejad de mí los rayos de su justa cólera. ¡Oh Corazón amoroso! pongo toda mi confianza en Vos, pues aunque lo tema todo de mi debilidad, sin embargo todo lo espero de vuestra misericordia. Consumid en mí todo lo que os desagrada ó resiste, y que vuestro puro amor se imprima tan íntimamente en mi corazón, que jamás pueda olvidaros ni ser separada de Vos. Os suplico por vuestra misma bondad es-

cribáis mi nombre en Vos mismo, pues quiero hacer consistir toda mi dicha en vivir y morir como vuestra esclava. Amén.

2º —Consagración del Padre Claudio de la Colombière.

¡Oh adorabilísimo y amabilísimo Corazón de Jesús! ¡Corazón siempre abrasado de amor por los hombres, abierto siempre para derramar sobre ellos toda suerte de beneficios y bendiciones; Corazón siempre compasivo de nuestros trabajos, inflamado en deseos de enriquecernos de vuestros tesoros y de Vos mismo; Corazón siempre pronto á recibirnos y á ser nuestro asilo, nuestra morada, nuestro paraíso en esta vida, y con todo eso no encontráis en el corazón de los hombres otra correspondencia que dureza, olvido y menosprecio! ¡Amáis y no sois amado ni correspondido, y ni aun se conoce vuestro amor, porque no queremos recibir los dones con los cuales nos lo manifestáis, ni escuchar las voces interiores con que queréis declararlo á nuestro corazón!

En desagravio á tantos ultrajes y á tantas y tan crueles ingratitudes, oh adorable y amabilísimo Corazón de mi dulce Jesús, y por evitar en cuanto pudiere el caer en semejante desdicha, yo os ofrezco mi corazón con todos los movimientos de que es capaz; yo me entrego todo á Vos,

y desde esta hora protesto sincerísimamente que deseo olvidarme de mí mismo y de todo lo que puede tener relación conmigo, para remover cualquier obstáculo que pueda impedirme la entrada en este divino Corazón, que tenéis por bien de abrirme, y en que deseo entrar para vivir y morir en él, en compañía de vuestros más fieles siervos, penetrado y abrasado de vuestro amor.

Sagrado Corazón de Jesús, enseñadme este perfecto olvido de mí mismo, pues este es la única puerta para entrar dentro de Vos, y no permitáis jamás que yo haga cosa alguna que no sea digna de Vos. Enseñadme lo que debo hacer para conseguir la pureza de vuestro amor, cuyo deseo me habéis inspirado. Siento en mí mismo una voluntad grande de agradaros, pero al mismo tiempo una imposibilidad grande de ejecutarlo sin una gran luz y muy particular socorro que de Vos solamente puedo esperar. Amén.

ORACIÓN PARA RENOVAR LAS PROMESAS DEL BAUTISMO

Dios mío, yo os doy gracias, porque me habéis creado en el seno de la santa Iglesia, y me habéis hecho cristiano é hijo vuestro por el santo Bautismo, dándome derecho al reino de los cielos. Creo fir-

memente todo lo que cree y enseña la santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana: renuncio de nuevo á Satanás, y á sus obras, sus pompas, sus espectáculos, sus honras, sus alegrías, sus máximas; protesto, Jesús mío, que no quiero vivir, sino es según las máximas de vuestro santo Evangelio y doctrina; la cual será en adelante la única regla de mi vida.

Perdonadme, Jesús mío, las veces que me he apartado de este camino. Y vos, Madre mía, alcanzadme de vuestro Hijo gracia para cumplir lo que prometo; sed testigo y fiadora de mi promesa. Amén.

Bendita sea la hora en que mi Señor Jesucristo encarnó, nació, murió, resucitó y subió á los cielos; y bendita sea su Madre Santísima, la Virgen María, que lo concibió y dió á luz. Amén.





La Guardia de Honor

Del Sagrado Corazón de Jesús.

Esta hermosa institución tuvo su origen en el monasterio de la Visitación de Santa María de Bourg [Francia] el 13 de marzo de 1863.

Enriquecida por Su Santidad Pío IX con todas las indulgencias concedidas á la Archicofradía del Sagrado Corazón y con indulgencias especiales, fué elevada á la dignidad de Archicofradía en 1878 por Su Santidad León XIII.

Pío IX y León XIII fueron Guardias de Honor, como lo es el Sr. Pío X y lo han sido y lo son millares de Prelados.

Pío IX reclamaba como una de sus más dulces glorias el título de Primer Guardia de Honor del Corazón de Jesús.

León XIII le dijo al Obispo de Belley: "Yo soy Guardia de Honor; todos los días hago mi hora de Guardia y cada mes me envían el billete celador."

El número de Centros canónicamente erigidos es incontable y son muchas las Archicofradías nacionales erigidas en todos los países del mundo. Porque tiene eso de particular esta hermosa asociación, que puede establecerse no solo como Centro ó como Cofradía agregados á la primaria, sino que pueden establecerse Archicofradías nacionales y aún varias Archicofradías en la misma nación.

¡Quiera Dios que pronto la tengamos también nosotros.

ESTATUTOS

I.—El objeto que la Archicofradía de la Guardia de Honor propone á la veneración de sus miembros es el SACRATÍSIMO CORAZÓN DE JESÚS *herido visiblemente* una vez por la lanza, en el Arbol de la Cruz, y *herido invisiblemente*, cada día, por el olvido, la ingratitud y los pecados de los hombres.

II.—El *Fin* de esta piadosa Asociación es reunir *cada día y á todas las horas del día* al rededor del *Corazón* de nuestro divino Dueño, corazones fieles y devotos que le indemnicen con sus adoraciones y amor, del olvido y de los ultrajes que este

Corazón sagrado recibe tan á menudo, en retorno de sus beneficios.

III.—Para conseguir este *Fin*, los Asociados *eligen una hora del día*, que señalan con su nombre en un *Cuadrante horario*. Durante esta hora, *sin cambiar nada de sus ocupaciones ordinarias*, procuran pensar más frecuentemente en Nuestro Señor, consagrándole de un modo especial, sus pensamientos, sus palabras, sus acciones, sus penas, y sobre todo su amor, terminando con una oración por las intenciones del Soberano Pontífice (*Padre Nuestro y Ave María*) á fin de ganar las indulgencias concedidas á la hora de guardia.

IV.—Una de las prácticas especialmente recomendadas á los Asociados es el ofrecer á la Santísima Trinidad, *sobre todo durante la hora de guardia*, la preciosísima sangre y agua salidas del Corazón lacerado de Jesús, por las necesidades de la Santa Iglesia y la salvación de los pecadores.

V.—El perfecto modelo de su conmovedora misión se ofrece á los Asociados en esta heroica primera GUARDIA DE HONOR —*María*, *Juan*, *Magdalena*—que siguió á Jesucristo al Calvario, lo consoló en su supremo abandono y, testigo privilegiado de la apertura misteriosa de su Sagrado Corazón, le ofreció las primicias del culto de amor y de reparación que la Archicofradía propone á sus miembros.

VI.—Para formar parte de la Guardia de Honor y ganar las innumerables indulgencias anexas á ella, es menester:

1º. Ser alistado por el Director general, ó por alguno de los Directores ó Celadores ó Celadoras competentemente autorizados.

2º. Estar inscrito en uno de los cuadrantes de la Obra y en el registro de una Cofradía, *agregada* en la debida forma.

3º. Hacer con regularidad su hora de guardia siguiendo el método propuesto.

NOTA.—Si se olvidare alguna vez la hora de guardia, hacerla en el momento mismo que se recuerda la omisión. No se debe cambiar la hora sin una razón legítima.

Una patente de *admisión* con el cuadrante de la Obra, se entrega [á poder ser] á cada asociado con su nombre inscrito en la hora de guardia que él haya escogido.

Además los nombres de todos los congregantes se inscriben en torno del Corazón de Jesús en uno de los grandes cuadrantes de la Archicofradía, que se expone en el santuario donde funciona la Obra.

VII.—Dos ejercicios públicos reunen á los Guardias de Honor el primer viernes de cada mes; el orden que se sigue, las oraciones que se rezan, el acto de desagravios, etc., están indicados en el Manual de la Archicofradía.

Por la mañana tiene lugar la Comunión general de los Guardias de honor, llamada *Comunión Reparadora.*

Por la tarde, se distribuyen gratuitamente pequeñas hojitas con el nombre de *Billetes Celadores.*

En uno de los ejercicios se hace mención de todas las intenciones recomendadas á las oraciones de los asociados.

Para facilitar la reunión de los asociados en las parroquias de las aldeas, los señores Párrocos—directores, pueden celebrar un solo ejercicio y aun trasladarlo al primer ó tercer domingo del mes.

Lo mismo en cuanto á la *Comunión Reparadora*, sería muy de desear que los Guardias de Honor comulgasen el primer viernes del mes; no obstante, los Directores particulares pueden trasferirla igualmente al primer domingo de mes.

VIII. — Una *Dirección general* está establecida en el Centro de la Obra para unir entre sí los centros particulares, comunicarles los favores espirituales propios de la Asociación y mantener entre los Guardias de honor un comercio perpetuo de caridad, de oraciones y piadosas exhortaciones.

Por el mismo motivo, los centros particulares de una Diócesis ó de una misma región deben en cuanto es posible agruparse en torno de un *Director Diocesano*

que facilite sus comunicaciones entre ellos y la Dirección General.

La jerarquía completa de la Guardia de Honor comprende los grados siguientes:

1º. *El Director general* (*de cada nación*) encargado de la marcha general de la Obra el cual entrega á los dignatarios los diplomas que necesiten.

2º. *Los Directores Diocesanos*, delegados de los Ilmos. Sres. Obispos, y nombrados por ellos.

3º. *Los Directores Particulares*, designados por los Directores Diocesanos, los que en sus Parroquias presiden las Reuniones y sobre todo el *Ejercicio público* del primer viernes de cada mes.

4º. *Los Celadores y las Celadoras* escogidas por los Directores. Este título se da también á las Superioras de las Comunidades religiosas, á las Directoras de los Pensionados, y, en las Congregaciones de Señoras seculares, á la Señora Presidenta.

5º. Los simples *Guardias de Honor*, divididos, en lo posible, en varios grupos, bajo la dirección de un Celador ó de una Celadora, á fin de que en cada grupo haya constantemente una ó varias personas haciendo la Guardia al Real Corazón de Jesús.

Todo dignatario recibe un diploma entregado por el *Director general de la Ar-*

chicofradía ó en su nombre. El Manual indica los deberes y funciones de los Guardias de honor; es indispensable á los Dignatarios.

IX.—Nada obliga bajo pena de pecado.

X.—No se pide ninguna retribución. Las limosnas expontáneamente ofrecidas se dedican á sostener el culto en la capilla de la Cofradía, á la distribución gratuita de los billetes celadores y á la Obra en general.

XI.—Los *Patronos titulares* de la Archicofradía, son:

Nuestra Señora del Sagrado Corazón;—San José;—San Francisco de Asís;—San Francisco de Sales;—la Beata Margarita María.

XII.—La fiesta principal de la Obra es la del *Sacratísimo Corazón de Jesús*, pedida por Nuestro Señor mismo, á la Bienaventurada Margarita María.

Los Guardias de Honor la celebran muy solemnemente; si es posible, una novena ó un triduo preparatorio los disponen á ella.

Las *Fiestas de segunda clase* son las siguientes:

Nuestra Señora del Sagrado Corazón, 31 de Marzo;

Nuestra Señora de los Dolores, el Viernes de la semana de Pasión;

San José, 19 de Marzo;

San Juan Evangelista, 27 de Diciembre;

San Francisco de Asís, 4 de Octubre;

San Francisco de Sales, 29 de Enero;

Santa María Magdalena, 22 de Julio;

La Beata Margarita María, 17 de Octubre;

El 1er. viernes de cada mes.

El Viernes Santo, á las cuatro de la tarde, momento en el que se supone haber sido la *lanzada*, los Guardias de Honor se reunen en espíritu al pié de la Cruz para rendir sus homenajes al Corazón herido de Jesús y hacer, reunidos, la *Preciosísima ofrenda de la Sangre y Agua* salidas de este Corazón adorable.

XIII.—El mes de Junio, consagrado al divino Corazón, es particularmente celebrado por los Asociados en público ó en particular.

XIV.—Ultimamente, los Guardias de Honor profesan un amor y un respeto singular al augusto Sacramento del Altar, donde reside el Corazón real de Jesús, á cuyo servicio y gloria han consagrado su vida. Ellos son, por derecho y oficio, los *adoradores natos* de la Divina Eucaristía.

NOTA.—Los niños pueden ingresar también en esta Archicofradía, aunque no hayan hecho su primera comunión, ganando solamente las indulgencias parciales. Hay en Marsella más de trescientos pequeñuelos

de dos á cuatro años que hacen su hora de guardia en unión con los ángeles.

OBJETO DE LA GUARDIA DE HONOR

> Mi Corazón no esperó más que ultrajes y dolores. Deseé, pero en vano, que alguno se compadeciese de mis penas; busqué quien me consolase y no lo hallé. *Salm. 68.*

Para responder á esta dolorosa queja del Salvador, se ha organizado la GUARDIA DE HONOR.

El *Objeto* que ella propone á la veneración de sus miembros es el SACRATÍSIMO CORAZÓN DE JESÚS herido visiblemente una vez por la lanza en la cruz, y herido invisiblemente cada día por el olvido, la ingratitud y los pecados de los hombres.

Su *Fin* es tributar á este Divino Corazón, vivo y herido en la Santa Eucaristía, un culto perpetuo y continuo de GLORIA, de AMOR y de REPARACION.

El *Medio* adoptado para conseguir este fin es:

1º La INSCRIPCIÓN de los asociados en un CUADRANTE de la Obra.

2º Una HORA DE GUARDIA hecha cada día por turno de los asociados, al rededor del Real Corazón de Jesús,—sin que sea necesario pasar esta hora expresa-

mente en oración ni ir á la iglesia, como se verá más adelante.

3º La PRECIOSA OFRENDA de la Sangre y Agua que brotaron del Corazón lacerado de Jesús.

1º *El Cuadrante.*

El piadoso estandarte de la Obra es un Cuadrante horario, formado de 12 estrellas, en cuyo centro *campea* la Imagen del Corazón de Jesús. Los nombres de los asociados se inscriben al rededor de este divino Corazón y á poder ser, en la hora de su guardia respectiva. El cuadrante se expone en un oratorio, una capilla y, sobre todo, en la iglesia al lado del Altar de la Archicofradía. Esta *exposición pública* del Cuadrante es un homenaje rendido á Nuestro Señor; y realiza *lo que El pidió* un día á la B. Margarita María:

«Yo recibo un singular placer, le dijo, "en ver mi amor honrado bajo la figura "de un corazón de carne; deseo que la "Imagen sea *expuesta en público*, á fin de "conmover el corazón de los hombres; y "en todas partes donde esta Imagen se "halle expuesta y honrada atraerá toda "clase de bendiciones.»

2º *La Hora de Guardia*

Los asociados aceptan una hora cada día, *la que les conviene*. Al principio de esta Hora de Guardia, sin cambiar nada de sus ocupaciones ordinarias, van en espíritu al *puesto de amor:* EL TABERNÁCULO. Allí ofrecen á Jesús sus pensamientos, sus palabras, sus acciones, sus penas y sobre todo el deseo que experimentan de consolar al adorable Corazón con su amor.

Luego, en el curso de la Hora de Guardia, que pasan cuanto es posible unidos á N. S., orando, trabajando, sufriendo bajo su divina mirada, los asociados hacen al menos un *acto de amor*, ofrecen un *ligero sacrificio*, y reiteran de tiempo en tiempo la *Preciosa Ofrenda*. Pero nada es obligatorio, cada cual puede seguir el impulso de su piedad y de su corazón para santificar esta hora bendita.

La Hora de Guardia no impone al asociado ninguna alteración en las ocupaciones, obligaciones de estado, ni en sus mismas recreaciones: puede practicarse en todo tiempo, en todo lugar y por lo mismo es accesible á todos.

El asociado debe tener en grande estima su Hora de Guardia, y esperar con alegría el momento de consolar á Jesús. Este buen Dueño sabe cuáles son aquellos amados Guardias que á cada hora deben

llegar á sus pies: su tierno Corazón los espera....y nadie es capaz de decir los torrentes de gracia que derrama entonces sobre sus queridos consoladores!

3º *La preciosísima ofrenda.*

Pero la *misión* por excelencia confiada á los Guardias de honor es el tributar un culto especial al Corazón de Jesús herido por la lanza, de recoger la *preciosísima Sangre y Agua* que derramó en la Cruz y ofrecer á la Majestad infinita esta oblación pura por las necesidades de la Iglesia y la salvación de los pecadores! Dos oraciones enriquecidas con indulgencias, determinan el sentido de esta piadosa ofrenda, que se ruega á los asociados repetir sobre todo durante la Hora de Guardia; puede hacerse mentalmente, yendo, viniendo, aun hablando; en una palabra, con cada latido del corazón.

En realidad, los Guardias de honor prosiguen la *Santa Velada del Calvario* y continúan, con Jesús Sacramentado, el oficio de esta heroica primera Guardia de Honor: MARÍA, JUAN, MAGDALENA, que consolaron á Jesús en la Cruz y merecieron asistir á la *apertura* misteriosa de su Divino Corazón por el golpe de la lanza.

Con Magdalena, el amor *penitente:* los

Guardias de Honor, penetrados del recuerdo de sus faltas, se postran delante del Corazón herido del buen Maestro y lo consuelan con su amor durante la hora de guardia.

Con Juan, el amor *reparador*: de pie junto al Costado lacerado de Cristo, recojen y ofrecen sin cesar á Dios, por las necesidades de la Iglesia y por la conversión de los pecadores, la preciosísima Sangre y Agua que salieron del Corazón herido de Jesús.

Con María, el amor *inmolado:* se unen *víctimas voluntarias*, al Salvador perpetuamente inmolado en nuestros altares, y cooperan con sus propios sacrificios é inmolaciones, á la salvación del mundo.

Varias prácticas de piedad dimanan naturalmente del principio y de la organización misma de la Guardia de Honor. Las indicaremos sumariamente.

1º *La súplica perpetua por los vivos y difuntos.*—Acercándose así íntimamente á Jesús en la hora de guardia, sus humildes *consoladores* han comprendido al instante que todos los latidos de ese Corazón adorable tienden á glorificar á Dios Padre y salvar á los hombres; y que unirse á estas disposiciones es el medio más eficaz de consolar á su dulcísimo Corazón. De donde surgió la hermosa práctica de la *Súplica perpetua* con la cual las diversas falanjes de la Obra, que se relevan

de hora en hora en el *puesto de amor*, presentan sucesivamente á Dios todos los intereses de la Iglesia y de la Sociedad, repartidos en las doce horas del cuadrante; y por Jesucristo, con Jesucristo, y en Jesucristo imploran las gracias y los socorros necesarios á la gran familia humana, como se ve en el siguiente cuadro:

VIVA † JESÚS

LA SUPLICA PERPETUA

DE LOS

GUARDIAS DE HONOR DEL SAGRADO CORAZON

Intenciones para las 12 horas.

XII á I.—*La Santa Iglesia.*—El Papa, los Cardenales, los Obispos, las Ordenes religiosas, todos los Ministros del Santuario, los Seminarios y los Noviciados.—Las causas *difíciles y desesperadas.*

I á II.—*Las Naciones y los que las gobiernan.*—Las diversas administraciones civiles.—La paz y la concordia.

II á III.—*Todas las grandes instituciones*, políticas, civiles y sociales: la magistratura, el ejército, etc.—El carácter religioso de las leyes y de las costumbres. El respeto y santificación de los días festivos.

III á IV.—*La familia.*—Los padres.

madres y sus hijos, los amos y los criados, sus deberes recíprocos.—El matrimonio cristiano y sus santas leyes.—Los negocios temporales recomendados.

IV á V.—*La enseñanza y la educación* de la juventud.—Los Maestros que se dedican á ella.—Las casas de educación.—La elección de las carreras y de las vocaciones.

V á VI. —*El trabajo*, cristianamente aceptado y practicado.—Los trabajadores de toda clase, las empresas temporales.—Los viajeros de mar y tierra.

VI á VII.—*Las personas afligidas*.—Los pobres, los enfermos, los prisioneros; los que están expuestos á alguna prueba y tentación.

VII á VIII.—*La propagación de la Fe*, y la conversión de los idólatras.—Las obras de las Misiones y las personas que se consagran á ella.—Todas las obras de celo.

VIII á IX.—*La conversión de los pecadores* y de todos los que están lejos de la verdadera fe.—Reparación por las blasfemias y los sacrilegios.—*Hora de reparación por excelencia.*

IX á X.—*Los agonizantes* (90.000 cada día).—La perseverancia final, y para los enfermos, la gracia de morir cristianamente.

X á XI.—*Las almas del Purgatorio.*—Los congregantes difuntos.

XI á XII.—*El reinado del Corazón de Jesús.*—Las obras eucarísticas y todas las que están destinadas á procurar la gloria del Sagrado Corazón.—La prosperidad y extensión de la Guardia de Honor.—*Acciones de gracias por los beneficios recibidos.*

¡Consolador pensamiento para el Guardia de honor, en medio de sus ocupaciones ó de sus penas, el saber que á cada una de las horas del día y de la noche, sus hermanos oran y adoran en su nombre; que esta caritativa asistencia lo seguirá en todas partes y que le será continuada aun más allá de la tumba, para abreviarle el Purgatorio!

2.º *La unión al Salvador perpetuamente inmolado.*—El amor divino no dice jamás: ¡basta! El Guardia de Honor, después de haber consolado al Corazón de Jesús con su amor y con su celo, puede todavía muy eficazmente consolarlo con sus inmolaciones. «Me amó y se entregó por mí.» Yo lo amaré y me entregaré por El.

Desde el origen de la Guardia de Honor, un cierto número de sus miembros vislumbraron al través de la divina *Herida*, esta magnífica cima del amor *por la inmolación* y expresaron al Centro de la Obra, el deseo de ser inscritos en un Cuadrante especial, con el título de *víctimas del Corazón herido de Jesús.*

El fin de estas almas generosas es no solamente de volver amor por amor, vida por vida, á este Corazón que se agotó amándolos; sino también el obtener con la aceptación de las penas, de las amarguras, de las cruces que la Providencia siembra bajo sus pasos, y con sus diarias inmolaciones, la exaltación de la divina gloria, el triunfo de la santa Iglesia y la salvación de los pobres pecadores, sus hermanos.

¿Quién podrá explicar la gloria que procuran á Dios estas almas, la eficacia de sus súplicas, la hermosura interior á que se elevan y los consuelos que dan al más amante y al más ultrajado de los corazones?

Apareciéndose Nuestro Señor un dia á la Beata Margarita María le dijo: «*Hija mia, yo busco una victima para mi Corazón y es á ti á quien elijo.*»

¡Dichosas las almas que oigan el mismo llamamiento y que correspondan fielmente á él!

3º *La Adoración y la Comunión Reparadora.*—En fin, la Guardia de Honor invita á sus miembros á la *adoración* de la divina Eucaristía, sobre todo cuando está solemnemente expuesta en algún santuario; asimismo los convida á acercarse á la sagrada Mesa el primer viernes de cada mes para hacer la *Comunión reparadora*, pedida por Nuestro Señor á la Beata Mar-

garita María; y á practicar en la noche del jueves al viernes, el conmovedor ejercicio de la *Hora Santa* en unión y á imitación de la generosa Amante del divino Corazón.

RECOMENDACIONES

Se exhorta á los Asociados á procurarse los objetos siguientes, como piadosos mementos de sus obligaciones y prendas preciosas de la bendición del Sagrado Corazón, á saber:

1º. *El extracto del Manual*, y cuanto sea posible, el MANUAL, sin el cual no se conocería la Obra sino muy imperfectamente.

2º. *Un Escapulario del Sagrado Corazón* ó una *Medalla de la Guardia de Honor*, que se les suplica con instancia lleven puestos.

3º. *Un Cuadrante de admisión* que deberá estar en un *cuadrito* á fin que la imagen del Divino Corazón colocada en todas las casas atraiga sobre ellas las bendiciones prometidas por N. S. á la Beata Margarita María.

Sería bueno inscribir los nombres de *Bautismo y Apellido* en el Cuadrante, en la hora escogida por el asociado.

También se recomiendan varias *estampas* preciosas, hechas especialmente para la Guardia de Honor y que la resume en algunos rasgos piadosamente inspirados.

Cada mes reciben los asociados, en la reunión del 1er. viernes ó por medio de los Celadores ó Celadoras de la Obra, un *Billete Celador*, que tiene por objeto estimular su celo, dirigir sus esfuerzos y recordarles que la FIDELIDAD á sus piadosas promesas es la mejor prueba de amor que pueden dar al Corazón de Jesús.

Que pidan con fé á Nuestro Señor se digne enviarles EL MISMO, cada mes, el billete que su Corazón les ha escogido.

Los Billetes Celadores están clasificados en 4 series destinadas al Clero, á las Ordenes religiosas, á los seglares y á los Pensionados. Se dirijen á todas las situaciones y á todas las edades, á los niños como á los adultos.

Cada serie contiene 33 billetes diferentes; la serie destinada al Clero está en latín.

Finalmente todos leerán con grande aprovechamiento el «Boletín de la Guardia de Honor», que se publica cada mes.

ESTABLECIMIENTO CANÓNICO DE LA GUARDIA DE HONOR

Indicaremos sumariamente los dos modos más prácticos para obtener, sea la *erección* y la *agregación* simultánea de una «*Cofradía*» sea la *erección* de un simple "*Centro particular.*"

I.—COFRADÍA.—Para erigir una Cofradía y hacerla agregar á la Archicofradía de [Bourg, Madrid, México], etc., es necesaria la autorización episcopal. Por consiguiente es menester:

1° Empezar pidiendo al Obispo Diocesano, [*] la doble autorización de erigir una *Cofradía de la Guardia de Honor del Sagrado Corazón de Jesús*, y de hacerla agregar á la Archicofradía de Bourg, etc. Someter al mismo tiempo al Obispo el Reglamento local de esta Cofradía.

Este Reglamento es el mismo que está puesto al principio en forma de Estatutos, suprimiendo solo lo que hace referencia á la Jerarquía superior de la Obra.

2°. Recibida la autorización, enviar al Director General (á Bourg, etc.), una copia auténtica del Decreto episcopal que autoriza la *erección* y la *agregación*, añadiendo una petición formal de agregación indicando el nombre de la Diócesis, la Parroquia, la Iglesia ó el Oratorio público, y del Director de la Cofradía que ha de agregarse, junto con una copia del Reglamento.

---

* Debe tenerse presente que por decreto de la S. Congregación de Indulgencias de 18 de agosto de 1868, por el nombre de *Ordinario* en este caso solo se entiende el *Obispo*, no pudiendo el Vicario General erigir ni conceder por autoridad ordinaria las letras testimoniales y el consentimiento requerido por Clemente VII para la agregación de las cofradías, sino solo por *especial delegación*.

—La agregación procura á las Cofradías el importante privilegio de que sus miembros *ganen de las indulgencias* concedidas á la Obra, con la sola inscripción de sus nombres en el *Registro* y el *Cuadrante* de la Cofradía sin recurrir para eso al Centro de la Archicofradía (Nacional) ó á alguna otra Cofradía regularmente agregada.

3º. Al momento que se recibe el *Diploma de Agregación*, y el Sumario de las Indulgencias, someter aún estos documentos al *viso* del Obispo.

4º. Finalmente, después de estas formalidades, el Director erigirá la Congregación con toda la solemnidad posible, promulgando públicamente los Decretos canónicos.

Luego abrirá un *Registro especial* para la inscripción de los asociados y expondrá en cuanto sea posible el *Cuadrante* de la obra cerca del Altar de la Cofradía. Puede dejar el Registro á cargo de un Celador Secretario. Sería bueno copiar también en este registro los Decretos, ó pegarlos en él para que nunca se pierdan.

II. —CENTRO PARTICULAR.—Cuando no se puede erigir una Cofradía propiamente dicha (como en ciertas Capillas, Comunidades, Pensionados) el Superior de la Comunidad ó el Eclesiástico encargado del servicio religioso de la Iglesia ó de la

Capilla solicita del Director de la Archicofradía (de Bourg, México, etc.):

1º. Un *Diploma de Director Particular* que le permita organizar la Obra y recibir válidamente á los asociados.

2º. *Documentos de Afiliación* que unan ese Centro particular al Centro general y lo ponga en comunicación de oraciones y buenas obras con toda la Asociación.

3º. Un *gran Cuadrante* para la inscripción de los asociados,— y también los diversos elementos para propagar la Obra.

Con estas condiciones, pueden celebrarse públicamente, los ejercicios propios de la Guardia de Honor, con el permiso de la Autoridad Eclesiástica; pero es indispensable, para ganar las indulgencias, que los nombres de las personas alistadas sean inscritos antes de un año en el Registro de la Archicofradía de [Bourg, etc.], ó en los de una Cofradía regularmente erigida y agregada.

CELADORES Y CELADORAS

Su misión y deberes principales.

Buscar asociados para aumentar las santas falanjes de la Guardia de Honor, instruirlos en las obligaciones de esta sagrada milicia é inspirarles su espíritu, dirigirlos y alentarlos en su piadoso oficio:

tal es la misión de los Celadores y Celadoras de la Guardia de Honor. Deben estimarla mucho, pues es muy preciosa delante de Dios.

Considerarán como un honor tomar el título en su correspondencia, encabezándola con la divisa de la Obra:

¡Viva † Jesús!

llevarán la Medalla y se esforzarán sobre todo en desempeñar fielmente sus obligaciones.—Para esto deberán:

1º. Penetrarse bien del espíritu de la Obra y leer á menudo lo concerniente á sus funciones en *el Manual*, el cual les es necesario; también leerán con fruto el *Boletín* de la Obra.

2º. Mantener en su alma un tierno amor al Sagrado Corazón y un grande celo de su gloria, esforzándose con una vida seriamente cristiana en mostrar *el camino* á los simples Guardias de honor.. Ojalá mereciesen también el insigne favor de la frecuente comunión!

3º. Tener la mayor deferencia hacia los Directores de la Obra, obedeciéndolos en todo y desconfiando humildemente de sus propias luces y fuerzas.

4º. Contentarse, para atraer a Jesucristo verdaderos consoladores con hacer conocer la Obra y sus preciosas ventajas, dejando al que es Dueño de los corazones el cuidado de inclinarlos hacia la

piadosa Asociación. En fin, recoger los nombres con prudencia como lo quiere la Iglesia, para no inscribir sino las personas que verdaderamente desean cumplir el piadoso oficio de *Guardias de Honor*.

5º. Los Celadores no deben considerar como terminada su tarea cuando hayan ganado al Salvador Jesús un cierto número de asociados, sino que se harán una dulce obligación de conservar con ellos relaciones de piadosa hermandad, distribuyendo puntualmente los *Billetes Celadores* á los que no hayan asistido á la reunión del 1er. Viernes.

Cuánto bien harán á las Almas, si cumplen de este modo su misión! ¡qué gloria procurarán á Nuestro Señor y qué infinidad de gracias merecerán para sí mismos!

NOTA.—Para desempeñar su cargo, los Celadores y las Celadoras deben tener:

1º. Un *Diploma* autorizándolos á procurar congregantes y á alistarlos:

2 Un pequeño «Registro» y un «Cuadrante» para hacer provisionalmente las inscripciones, hasta que se trasladen al Registro de una Cofradía *regularmente agregada*, ó al de la Archicofradía de Bourg, etc. Generalmente los Celadores entregan cada mes, al Director particular, la lista de los asociados que han alistado en el intervalo.

FÓRMULA QUE SE RECITA EL DÍA DE LA AGREGACIÓN

Dulcísimo, amantísimo y amabilísimo Jesús, yo....., para glorificar cuanto pueda vuestro Corazón adorable, probarle mi *amor y consolarlo* del olvido y de la ingratitud de los hombres, me inscribo hoy voluntariamente y de todo corazón en la *Guardia de Honor* de vuestro SAGRADO CORAZÓN.

Os prometo, con el socorro de vuestra gracia, ser fiel en hacer mi hora de guardia desde las.... á las....[del día ó noche] en el puesto de la abnegación, de la reparación, y del amor. Así sea.

MODO DE ALISTARSE PRIVADAMENTE Ó EN PÚBLICO EN LA GUARDIA DE HONOR

Para la recepción privada de los asociados en la Guardia de Honor, solamente obliga la inscripción de su nombre, hecha por una persona autorizada, en el Registro y en uno de los *Cuadrantes* de la Obra, conforme al artículo VI de los Estatutos. El nuevo asociado no tiene más que rezar en particular la *Fórmula de Agregación* indicada arriba.

No es obligatorio el decirla, pero se aconseja, y sería bueno rezarla después

de la comunión, á la cual está concedida *indulgencia plenaria*, de ingreso en la Archicofradía. Esta Comunión se hace el día elegido por el asociado, sin ser preciso concuerde con el de su inscripción en el Registro de la Archicofradía.

Sin embargo, aunque baste la sencilla recepción que acabamos de indicar para formar parte de la Guardia de Honor, nada hay tan edificante, ni que procure mayor consuelo al Sagrado Corazón y dé más esplendor á los ejercicios del primer viernes, como la agregación pública y solemne de los Guardias de Honor.

Puede hacerse de dos modos:

1º. Después de uno de los ejercicios del primer viernes, los nuevos asociados van á arrodillarse delante del altar, diciendo uno después de otro la *Fórmula de Agregación*, que recibe el Director.

Este, entrega en seguida á los asociados la medalla de la Guardia, pronunciando estas palabras:

«Accipe signum Confraternitatis ad corporis et animæ defensionem, ut Cordis Jesu gratia et ope Mariæ, Matris nostræ, æternam Beatitudinem consequi merearis.

In nomine Patris et Filii† et Spiritus sancti. Amen.»

Exhortamos mucho á los Guardias de Honor á recibir esta consagración solemne de sus piadosas promesas.

2º. Desde el púlpito el Oficiante puede

decir también en nombre de todos los nuevos asociados, la fórmula de *Agregación*, que cada uno repetirá en voz baja, y entregan en seguida la medalla, como arriba, recitando la fórmula en plural.

INDULGENCIAS DE LA GUARDIA DE HONOR

A condición de haberse confesado, de comulgar y rogar por las intenciones del Sumo Pontífice y cumplir, además, las condiciones que se expresan más adelante.

1a. Serie.—El día de la agregación; en la fiesta del *Sagrado Corazón* ó el domingo siguiente; el primer viernes ó el primer domingo de cada mes; un día de cada mes á voluntad; en el *artículo de la muerte*, invocando arrepentido el *santo nombre de Jesús*, al menos de corazón, si no se puede con la boca.

Para ganar estas indulgencias es menester, además de la Confesión, etc., visitar una Iglesia, ó haber rezado devotamente cada día del mes, en honor del Sagrado Corazón, el *Pater*, *Ave y Credo*, con la invocación: *Corazón de mi amable Salvador, haz que arda y siempre crezca en mí tu amor!*—El *Pater*, *Ave y Credo* de la Oración de la mañana ó de la noche pueden servir diciéndolos por esta intención.

2a. Serie.—Indulgencia plenaria, una vez al mes, (día libre) siendo fiel en hacer la hora de Guardia de cada día.—En la fiesta de la Purificación; de San Gregorio, 12 de Marzo; San José, la Anunciación: Jueves

Santo; Domingo de Resurrección; los seis domingos que preceden á la fiesta del Sagrado Corazón, con tal que se visite una Iglesia donde se celebre esta fiesta; en las fiestas de la Ascensión; San Pedro y San Pablo; Asunción; Natividad de Nuestra Señora; Todos los Santos; día de Difuntos; de la Inmaculada Concepción; el día de Navidad; San Juan Evangelista.

Para ganar estas indulgencias, es menester, además de la Confesión, etc., visitar la Iglesia de la Cofradía ó la del lugar donde se vive.

Los asociados que por legítima causa, no pueden visitar ninguna Iglesia, reemplazarán esta visita con alguna obra pía, ordenada por su propio confesor.

INDULGENCIAS PARCIALES

7 años y 7 cuarentenas, por la hora de Guardia hecha íntegramente y siguiendo el método de la Asociación.

100 días, por cada una de las otras horas de Guardia, que quieran hacerse, cumpliendo lo mismo.

100 días, por la Preciosísima Ofrenda, [fórmula larga].

80 días, por la Preciosísima Ofrenda, [fórmula breve].

60 días, por toda obra pía, hecha devotamente.

En fin, todas las *indulgencias parciales*, concedidas á la antigua Archicofradía del Sagrado Corazón establecida en Roma y que pueden verse en la página 117 y siguientes.

Oraciones de la Archicofradía

OFRECIMIENTO DE LA HORA DE GUARDIA

Divino Jesús, dulcísimo Salvador mío, yo os ofrezco esta Hora de Guardia durante la cual, en unión de..... (aquí se nombran los Santos Patronos de la hora que se ha escogido) deseo muy particularmente amaros, glorificaros y sobre todo consolar vuestro adorable corazón con mi amor. Aceptad por esta intención mis pensamientos, mis palabras, mis acciones y aún mis penas; recibid sobre todo mi corazón que os entrego sin reserva, suplicándoos lo consumais con el fuego de vuestro purísimo amor!

Nuestra Señora del Sagrado Corazón,
Proteged la Guardia de Honor.

Amado sea en todas partes el Sagrado Corazón de Jesús. (100 días de indulgencia.)
Jesús manso y humilde de corazón, haced mi corazón semejante al vuestro! (300 días de indulgencia.)

PRECIOSÍSIMA OFRENDA

(*Fórmula breve*)

Padre Santo! recibid en sacrificio de *propiciación* por las necesidades de la Iglesia, y en *reparación* de los pecados de los hombres, la preciosísima Sangre y

Agua salidas de la Herida del Divino Corazón de Jesús, y tened misericordia de nosotros. Así sea.

(80 días de indulgencia, Pío IX. 13 de junio de 1876.)

Fórmula larga

Jesús, mi amantísimo y dulcísimo Salvador, permitid que os ofrezca, y ofrezca por Vos al Eterno Padre, la preciosísima Sangre y Agua salidas de la herida hecha á vuestro divino Corazón en el árbol de la Cruz. Dignaos aplicar eficazmente esta Sangre y esta Agua á todas las almas, en particular á las de los pobres pecadores y á la mía. Purificad, regenerad, salvad á todos los hombres en virtud de vuestros méritos!

Concedednos en fin, oh Jesús, entrar en vuestro Corazón amantísimo y habitar en El para siempre! Así sea.

100 días de indulgencia.—Pío IX, 13 de Junio 1876.

ACTO DE ADORACIÓN REPARADORA

Jesús, mi Dios, mi Amado y mi todo! Rey solitario y abandonado de los corazones, me abismo a vuestros pies con el silencio de la adoración y del amor!

Soy una nada, pero esta nada os ama y

quisiera, oh Jesús, haceros amar de todos los corazones.

Desde ese trono de misericordia donde resplandece vuestra ternura, dignaos derramar vuestras más abundantes bendiciones sobre la Iglesia, sobre nuestra patria y sobre toda la sociedad. Extended vuestro cetro de amor sobre las almas que habéis conquistado, sobre las naciones que son vuestra herencia y que el infierno se esfuerza en arrebataros. Encadenad á vuestro trono todos los corazones: ¡Ah! serviros, Jesús mío, es reinar!

Yo confío á vuestra paternal providencia mis intereses del tiempo y de la eternidad, todo lo que me pertenece, todo lo que amo!

Gobernadlo todo, mi amado Salvador, mi Rey!

El Santo Angel que me ha conducido á vuestros pies guarde mi corazón en este puesto de amor. Que el incienso de mi humilde oración se eleve hacia vos como una alabanza perpetua, una adoración incesante, una reparación continua. Que todas las palpitaciones de este pobre corazón os digan y repitan sin cesar:

¡Quién, Jesús, me diera de tu amor vivir!
¡Por Tí noche y día, ansioso de sufrir!

Alabado y glorificado sea en todo lugar y momento el santísimo y divinísimo Sacramento.

(100 días de indulgencia).—300 días el jueves, y durante la Octava del Santísimo Sacramento, repitiéndola tres veces. *Indulgencia plenaria* una vez al mes si se ha rezado cada día.

Jaculatorias para la hora de Guardia.
(Véase la página 167 y siguientes.)

En cada acción ú ocupación.

Señor, yo deseo inmolarme á vos en esta acción, por todas las intenciones por las que vos os inmoláis en este momento á vuestro Eterno Padre.

NOTA.—Este acto sirve también para unirse á las misas que se celebran en todo el mundo incesantemente.

Ofrenda para terminar la hora de Guardia

¡Divino Corazón de Jesús! manantial purísimo de gracias, trono de misericordia, luz que iluminái á los ciegos y abrasáis con los ardorosos rayos de vuestra caridad los corazones que se acercan á vos. Yo os pido perdón de mi tibieza y negligencia, con que me he presentado al trono de vuestra Majestad. Yo os presento el dulcísimo y purísimo Corazón de María, vuestra tiernísima Madre, con las adoraciones de.... (*aquí se nombra el protector*) en reparación honorífica de mis infidelidades, con que he correspondido á

vuestro infinito amor. ¡Dadme un corazón manso y humilde para amaros!

Renovación de la Agregación.

Divino Jesús! Salvador mío y mi Rey! renuevo de todo mi corazón la promesa que hice de amar, glorificar y consolar á vuestro adorable Corazón en las filas de su Guardia de Honor.

Dignaos, Dueño bondadoso, hacerme cada día más amante, más celoso y más fiel; os pido esta misma gracia para todos mis consocios por el Corazón dulcísimo de vuestra Inmaculada Madre.

ORACIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS HERIDO POR LA LANZA

¡Oh Jesús! tan amable y tan poco amado! nos postramos humildemente al pie de vuestra Cruz para ofrecer á vuestro divino Corazón, abierto por la lanza y consumido por el amor, el homenaje de nuestras profundas adoraciones.

Os damos gracias, amantísimo Salvador, por haber permitido al soldado traspasar vuestro pecho adorable, abriéndonos una puerta de salvación en el arca misteriosa de vuestro Sagrado Corazón. Permitid que nos refugiemos en él en estos tristes días, para librarnos del diluvio de escándalos que inunda la tierra!

Bendecimos mil veces la hora y el momento en que bajo el hierro de la lanza surgió la Sangre y el Agua de la herida hecha á vuestro divino Corazón. Dignaos aplicarla eficazmente al mundo desgraciado y culpable! Lavad, purificad, regenerad las almas en las ondas de esta verdadera piscina de Siloé. Permitid, Señor, que arrojemos en ella nuestras iniquidades y las de todos los hombres, suplicándoos nos salvéis, por el amor inmenso que abrasa vuestro Sagrado Corazón.....En fin, dulcísimo Jesús, permitid que fijando para siempre nuestra morada en este Corazón adorable, pasemos en él santamente nuestra vida y exhalemos en paz nuestro último suspiro. Así sea.

ACTO DE DESAGRAVIO

Divino Corazón de Jesús! Corazón Hostia! Corazón Víctima! Corazón Real y magnífico! para quien los hombres ingratos no tienen más que olvido, indiferencia y desprecio!....Permitid á vuestros Guardias de honor el venir en este día á vuestros pies á implorar misericordia y desagraviaros de las traiciones y sacrilegios de que sois víctima en vuestro Sacramento de amor!

Sí, Jesús mío, queremos desagraviaros de las blasfemias que hacen temblar la tierra....

Desagraviaros de las profanaciones de vuestros Sacramentos y del santo día de fiesta que os está consagrado.

Desagraviaros de las irreverencias é inmodestias cometidas en vuestro templo.

Desagraviaros por la indiferencia que aleja de vos á tantos cristianos cobardes..

Desagraviaros, en fin, por todos los crímenes!.... y pediros gracia y perdón para todos los hombres!

Y vos, Padre Santo, Majestad Soberana tan profundamente ultrajada, perdonadnos en consideración al Corazón adorable de vuestro divino Hijo, que vela en todos los santuarios del mundo, víctima permanente por nuestros pecados!

Os ofrecemos sus adoraciones infinitas y sus continuas inmolaciones!..... Nos presentamos á vos cubiertos de sus méritos, de su sangre y de su amor... Ah! que la voz de esta Sangre sea oída favorablemente; que cesen las ofensas; que vuestro amor se establezca; que reine en el corazón de todos los hombres y que todos reinemos un día con vos en el Cielo. Así sea.

Oración de los Guardias de Honor á María.

Oh María! la más tierna y la más afligida de las Madres, por el dolor inmenso que sentiste al pie de la Cruz, viendo al

atrevido soldado acercarse al cuerpo adorable de vuestro divino Hijo y traspasarlo de parte á parte, dignaos, os suplicamos, obtener para los pobres pecadores cuya abogada y Madre sois, la aplicación eficaz de la Sangre y Agua que salieron entonces del Sagrado Corazón de Jesús.

Vos, Señora, que habéis sido para el mundo perdido la nueva Eva, la aurora de salvación, dignaos anunciarnos y merecernos todavía días de misericordia y de perdón, inspirando á los hombres una tierna y general devoción al Corazón de vuestro divino Hijo, propagando vos misma el culto de *Reparación* de su Guardia de Honor.

Oh Virgen bendita! Virgen medianera y reparadora! toda nuestra esperanza en vos está! Dignaos descubrirnos el interior del Corazón de Jesús, hacednos á su ejemplo profundamente humildes, y dadnos vuestra bendición. Así sea.

ORACIÓN REPARADORA

Como esta Oración contiene un Acto de Desagravio, debe rezarse, si es posible, con el Santísimo Sacramento expuesto.

Divino Salvador Jesús! dignaos echar una mirada de misericordia sobre vuestros Guardias de honor, que reunidos en un mismo pensamiento de *Fé*, de *Reparación*

y de *Amor*, vienen á llorar á vuestros pies sus infidelidades y las de los pecadores, sus hermanos!

¡Ojalá podamos nosotros, con las promesas unánimes y solemnes que vamos á hacer, conmover vuestro divino Corazón y obtener de él misericordia para nosotros, para el mundo desgraciado y culpable, y para todos los que no tienen la dicha de amaros!

De hoy en adelante, sí, todos lo prometemos!

Del olvido é ingratitud de los hombres,

Los asistentes responden: *Os consolaremos, Señor!*

De vuestro abandono en el Santo Tabernáculo,

De los crímenes de los pecadores,

Del odio de los impíos,

De las blasfemias que se vomitan contra Vos,

De las injurias hechas á vuestra Divinidad,

De los sacrilegios con que se profana vuestro Sacramento de amor,

De las inmodestias y de las irreverencias cometidas en vuestra presencia adorable,

De las traiciones de que sois víctima,

De la frialdad de la mayor parte de vuestros hijos,

Del desprecio que se hace de vuestros llamamientos de amor,

Os consolaremos, Señor.

De las infidelidades de los que se dicen vuestros amigos,
De nuestras resistencias á vuestras gracias,
De nuestras propias infidelidades,
De la incomprensible dureza de nuestros corazones,
De nuestra tardanza en amaros,
De nuestra cobardía en vuestro santo servicio,
De la amarga tristeza en que os sumerge la pérdida de las almas,
De lo mucho que os hacemos esperar á la puerta de nuestros corazones,
De las amargas repulsas que recibe vuestro amor,
De vuestros suspiros de amor,
De vuestras lágrimas de amor,
De vuestra prisión de amor,
De vuestro martirio de amor.

Os consolaremos, Señor.

ORACIÓN

Divino Salvador Jesús, que habéis dejado salir de vuestro Corazón esta dolorosa queja: «busqué quién me consolase y no lo hallé»; dignaos aceptar el humilde tributo de nuestros consuelos y asistirnos tan poderosamente con el socorro de vuestra gracia, que en adelante, huyendo más y más de cuanto pueda desagradaros, nos mostremos siempre y en todas partes vuestros fieles y celosos Guardias de Ho-

nor. Os lo pedimos por vuestro Corazón, oh vos, que siendo Dios con el Padre y el Espíritu Santo, vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén.

CANTICO

de la Archicofradía de la Guardia de Honor del Sagrado Corazón de Jesús.

Estribillo.

Que la tierra,
Todo entera
Forme la *Guardia de Honor*
Y triunfante,
Gloria cante,
A este Corazón de Amor.

Acudid con alegría,
¡Oh fieles *Guardias de Honor:*
Que abre tierno en este día
Su *Corazón* el Señor.

Desde su profunda herida
Se escapan dardos de amor,
Y *Jesús* dá sin medida
Hoy, su *tesoro* mejor.

Corazón, Mentor divino,
Viva el nuestro en Tí, y tu Ley
Muestre al mundo su destino;
Y sed siempre nuestro *Rey*.

Corazón, fuente de vida,
Tesoro de Santidad,

Haz que el alma en Tí abstraida
No ame más que tu bondad.

Corazón, templo adorable,
Donde reside el Señor,
Salvad al mundo culpable,
Sed Asilo al pecador.

Te anheló Eterno collado,
Y el suelo te menosprecia:
Llama al hombre, que olvidado
Vive ya de tu clemencia.

En el Sagrario encerrado
No esperas sino dolor,
Tu *Corazón* lacerado,
Busca *consuelo de Amor*.

Reparemos, *Guardias* fieles,
Fervorosos la osadía
Con que los hijos crueles,
Hoy le ultrajan noche y día.

Acepte vuestra clemencia
Nuestro homenaje sincero,
Sed, buen *Jesús*, nuestra *herencia*
Y *amaros*, nuestro deseo.

Sed en el peligro amparo,
Corazón, dicha del Cielo!....
Sed nuestro retiro amado,
Nuestro regocijo eterno.



DE EL SALVADOR



Mes del Sagrado Corazón de Jesús

Nos hemos propuesto en este *Mes del Sagrado Corazón* dar una explicación sucinta, pero completa, de la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús, habiéndonos movido á ello la consideración de que devoción tan santa y saludable no es todavía bien conocida por la mayoría de los mismos que ejercitan algunas de sus prácticas; y ninguna ocasión más oportuna se ofrece para darla á conocer que las solemnidades del mes de Junio, tiempo santo en que los fieles se agrupan en torno del Sagrado Corazón para tributarle sus homenajes y escuchar sus amorosas lecciones.

Será, pues, útil adoptar las consideraciones de este libro para los piadosos ejer-

cicios del mes de Junio durante uno ó más años hasta que los fieles tengan idea exacta de la devoción al Corazón divino de Jesús, que una vez conocida, ella misma los hará andar y correr por este suavísimo camino de la virtud y perfección.

INDULGENCIAS

1a. Todos los fieles que durante el mes de Junio, pública ó privadamente hicieren con ánimo contrito especiales súplicas y devociones al Sagrado Corazón de Jesús, ganará una vez cada día de dicho mes, indulgencia de *siete años y siete cuarentenas*.

2a. Los fieles que solo privadamente practicaren dichos obsequios, y al propio tiempo, verdaderamente contritos, confesados y comulgados, visitaren en algún día de Junio ó de los ocho primeros de Julio alguna iglesia u oratorio público, rogando allí por las intenciones del Sumo Pontífice, ganarán *indulgencia plenaria*.

3a. Esta *indulgencia plenaria* la ganarán también los fieles que asistieren por lo menos *diez veces* á los ejercicios públicos susodichos y ejercitaren las obras piadosas arriba mencionadas.

Todas estas indulgencias son aplicables á las almas del Purgatorio.

Decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, 30 de Mayo de 1902.

MODO DE PRACTICAR
EL MES DEL SAGRADO CORAZÓN

Se reza el Santo Rosario, terminado el cual se hace el *acto de consagración*, la lectura ó consideración del día y al final el acto de desagravios, terminándose con el canto del *Corazón santo*, ú otro análogo.

Acto de Consagración al Sagrado Corazón de Jesús.

Adorable Corazón, el más tierno, amable y generoso de los corazones, que, cercado de Angeles que tiemblan y os adoran, os consumís en llamas de amor sobre el altar; lleno de gratitud y de dolor por vuestras mercedes tan mal pagadas de los hombres, vengo á consagrarme á vos sin reserva, y á ofrecerme como víctima por mis pecados y los de todo el mundo, y en especial por los ultrajes que se hacen al Sacramento de vuestro amor. Quiero expiarlos con la penitencia y el fervor, y consolar así la aflicción de vuestro amor ultrajado, y reparar vuestra gloria ofendida. Quiero emplear mi vida en propagar vuestro culto, y en ganaros, si pudiera ser, todos los corazones.

Vos seréis de aquí en adelante mi consuelo en las penas, mi luz, mi esperanza, mi fortaleza y todo mi bien. En vos, por vos y para vos ofrezco mis obras, oraciones y trabajos, y vuestra imitación será la regla de mi vida, y siguiendo vuestros pasos andaré por el sendero de la justicia y la paz.

Recibid mi corazón, oh Jesús mío, ó más bien, tomadlo vos y hacedlo digno de vuestra Majestad. Hacedlo humilde, manso, penitente, y como el vuestro, ge-

neroso y abrasado en amor. Escondedlo en vuestro Corazón, y unidlo al Corazón de vuestra Madre y al de todos los asociados á nuestra piadosa unión, y no me lo devolváis jamás. Antes morir que volver á contristaros. Quiero ser vuestro en la vida, en la muerte y en la eternidad. Amén.

Acto de Desagravios.

Divino Jesús, que por un exceso del más ardiente y prodigioso amor os habéis puesto en estado de víctima en la adorable Eucaristía, en la que os ofrecéis sin cesar en sacrificio; ¡que dolor no debéis sentir al ver la indiferencia y desprecio con qué os tratan los hombres! ¡Con qué ojos miraréis á tantos cristianos indignos, que profanan vuestra casa, y vienen á ella con semblante distraído y espíritu disipado, y un corazón agitado por las pasiones! ¡Hasta el pie de vuestro trono os vienen a insultar, oh adorable Salvador! ¿Teníais motivo para esperar semejante tratamiento de nuestra parte? ¿No ha de servir vuestra bondad sino para poner en relieve nuestra ingratitud?

Vengo, pues, lleno de dolor á la vista de tantos ultrajes como recibís en el Sacramento, y me postro y me anonado en vuestra presencia, y quiero reparar en lo posible tan horribles profanaciones. ¡Así pudiera, dulce Jesús, regar con mis lá-

grimas y lavar con mi sangre todos los lugares donde vuestro Corazón ha sido tan indignamente maltratado! ¡Oh, si me fuera dado tributaros tales obsequios, que pudiera con ellos devolveros toda la gloria que os han quitado los pecadores! ¡Ojalá tuviera en mi mano todos los corazones para ofrecéroslos sobre el altar en que os sacrificáis diariamente por nuestro amor!

Pero lo que más me humilla y avergüenza es, que yo he sido uno de esos ingratos. Perdonadme, Salvador mío, perdonadme. Quisiera borrar mis pecados con el sacrificio de mi vida. Mas si vos queréis que viva aún, haced que viva sólo para llorar mis abominaciones.

Este acto de desagravios lo uno, Señor, al que hizo María Santísima al pie de la cruz, cuando pidió misericordia por los pecadores. Lo uno á los que os ofrecen hoy todos los devotos de vuestro Corazón. Lo uno al que vos ofrecisteis en la cruz, y seguís ofreciendo en los altares al Padre Eterno en nombre de los fieles, por cuya salud os inmoláis.

Oh Padre Eterno, mirad á vuestro Hijo, que ora, se ofrece y se sacrifica por nosotros los pecadores. Concedednos por sus méritos lo que justamente nos negaríais por nuestros pecados; y haced de todos los fieles aquí reunidos, otros tantos penitentes que hallen en el Sagrado Co-

razón de Jesús el perdón de sus culpas, el espíritu de penitencia, la perseverancia en el bien, y una preciosa muerte que corone una santa vida. Amén.

DIA 1

Objeto de la devoción al Corazón de Jesús

Como todas las devociones que se refieren á la persona de Jesucristo, considera la devoción á su Corazón Sagrado su humanidad toda entera. El *objeto último y definitivo* es por consiguiente siempre la persona adorable de nuestro divino Salvador. En este punto se tocan y confunden entre sí todas las numerosas devociones relativas á Jesús.

Pero se distinguen entre sí por su *objeto inmediato y propio*. En la devoción al Corazón Sagrado el objeto especial y propio es Jesucristo, pero Jesucristo considerado en la porción más noble y preciosa de su sagrado cuerpo, ó sea, en su corazón de carne; y en la más amable de sus disposiciones interiores con respecto á nosotros, que es su amor á los hombres.

Como fácilmente se comprenderá, es doble el objeto propio y especial de la devoción al Corazón Sagrado: *material y espiritual*. El material es el Corazón de carne; el espiritual, el amor del mismo Corazón.

Así lo ha declarado Jesucristo diciendo: «Hé aquí este Corazón que ha amado tanto á los hombres, que nada ha perdonado para atestiguarles su amor.»

Hé aquí este Corazón: estas palabras designan el objeto material, el Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, ese órgano preciosísimo de su cuerpo sagrado, su parte más noble; ese Corazón formado de la sangre pura y virginal de María, manantial y centro de la sangre purísima y virginal de Jesús; ese Corazón sustancial é hipostáticamente unido con su Divinidad: Corazón divino, asiento de todos sus afectos, que palpitó y sufrió treinta y tres años por los hombres; Corazón que, después de verter por ellos toda su sangre, quiso darles tambien hasta las últimas gotas de ella; Corazón traspasado con el hierro en la cruz; triunfante después y glorioso; humilde y como anonadado todavía en el Sacramento del Altar, y en el cielo inmensamente feliz é inmensamente glorioso.

El *objeto espiritual* está indicado por las palabras siguientes «....que ha amado tanto á los hombres, que nada ha perdonado para atestiguarles su amor.»

El amor de Jesús á los hombres es por tanto el objeto espiritual de esta devoción: ese amor grande, incomprensible, inefable é infinito; ese amor que creó al hombre, que lo hizo semejante á sí mismo, que lo destinó á una felicidad perfectísima, que

lo regeneró después de su caída, que concibió el prodigioso designio de hacerse semejante á él para rescatarlo, para perfeccionarlo, para obligarlo á amarlo; ese amor que lo obligó á inmolarse por él, y por él se inmola eternamente, y se da á sí mismo, y convierte el corazón del hombre en su templo, en su cielo, por su gracia, por su amor, por la entrega real y perfecta de su Corazón adorable.

El objeto *espiritual*, es decir, el amor de Jesús á los hombres, es el *objeto principal;* el objeto *material*, es decir, el Corazón de carne de Jesucristo, es el objeto *secundario*.

Aunque este objeto material, ó sea el Corazón corpóreo de Jesús, es ya de por sí infinitamente digno de ser honrado, amado y *adorado* por toda la tierra y el cielo todo, pues es un corazón divino en virtud de su unión hipostática, indisoluble y eterna con la divinidad; con todo, en la devoción al Corazón Sagrado lo consideramos principalmente como *símbolo*, como signo esterior y expresivo del amor de Jesús, signo que nos recuerde este amor y nos lleve suave y poderosamente á él.

DIA 2

ORIGEN DE LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN

No es una novedad en la Iglesia la devoción al sagrado Corazón de Jesús: ella dimana inmediatamente del dogma de la Encarnación del Hijo de Dios. Si Jesucristo es Dios; si su cuerpo sagrado es adorable en virtud de su unión con la Divinidad; si la Iglesia ha autorizado y enriquecido con numerosas indulgencias las devociones á las llagas del Señor, á los instrumentos de su Pasión; si el Corazón del Hijo de Dios es la parte más preciosa de su santa humanidad, ¿no se ha de inferir de aquí que esta devoción es en *sí misma* tan antigua como el dogma católico?

Pero por un designio especial de la Divina Providencia, solo á pocas y muy santas almas la había inspirado Dios. La reservaba para estos últimos siglos á fin de oponer al supremo mal el remedio supremo.

Llegó por fin la hora de revelar á los hombres los tesoros que encierra la devoción al Corazón Sagrado, y de realizar, con una fuerza nueva y de eficacia asombrosa, la grande obra de la regeneración del corazón humano. Jesús formó para sí un corazón que anunciase al mundo tan

sublimes maravillas. Grande siempre, y siempre sabio, y celoso de su gloria siempre, y el Dios de siempre, no fijó sus ojos en ninguna de las grandezas que cautivaban las miradas del universo, en ninguna de las lumbreras de su Iglesia: los fijó con suave complacencia en una débil y tierna niña, Margarita María de Alacoque, religiosa de la Visitación.

Como su ángel tutelar, pero prodigándole ternuras inmensamente mayores, veló por ella desde la cuna. El puso esa delicada flor, durante su infancia, al abrigo de todos los peligros; él le enseñó á aborrecer la culpa; él la iluminó: él le hizo comprender el valor de la pureza y de la virginidad, y le inspiró el voto de esta angelical virtud, y amor á la pobreza, á la humildad; al sufrimiento, y odio al mundo y sus mentidos goces; él fué su protector, su maestro, su padre, su confidente, su amigo, su esposo. Y esa alma feliz, á la sombra de la protección divina, y á la luz de las enseñanzas y al calor del Corazón de Jesús, se elevó rápidamente á la más alta y portentosa perfección: su vida era oración, la más asombrosa mortificación, el más ardiente amor á la cruz, la humildad, la obediencia más absoluta; su vida era unión íntima con Dios, revelaciones, visiones celestiales, éxtasis, era Jesús, era su amor.

Jesucristo, que la habia favorecido con

sus más preciosos dones, se le apareció, y descubriéndole el Corazón le dijo:

«Ve aquí este Corazón que tanto ha amado á los hombres: que para demostrarles su amor no ha perdonado nada hasta fallecer y consumirse; y que en vez de agradecimiento, no recibe de la mayor parte más que ingratitudes y desprecios, irreverencias, sacrilegios y frialdad por mí en el Sacramento de mi amor, siendo lo más sensible que así obren aún los corazones que me están consagrados. Por lo mismo, te encargo que en el primer viernes después de la octava del Santísimo Sacramento, se dedique una fiesta particular para honrar mi Corazón, haciendo una reparación de honor con una satisfacción pública, y ofreciendo la comunión de aquel día con el objeto de reparar las ofensas que ha recibido mientras ha estado expuesto en los altares; y te prometo que mi Corazón se dilatará para derramar en abundancia las influencias de su divino amor sobre todos los que le tributen este obsequio.» Y añadió: «Dirígete á mi siervo el P. Lacolombiére, y dile de mi parte que haga todo lo posible para establecer esta devoción y dar á mi Corazón este gusto.»

Instruido de esta orden del Divino Maestro, el santo religioso obedeció con fervor. El viernes después de la Octava del Corpus, [21 de junio de 1675], se consagró

enteramente como víctima de adoración y de reparación al Corazón adorable de Jesús. Persuadió á varias personas piadosas á hacer otro tanto y á practicar fielmente las reglas trazadas por Nuestro Señor á la B. Margarita María.

El mundo se burló de esta piadosa devoción, y hasta fué combatida y vituperada, como lo han sido y lo serán siempre las obras de Dios, y la débil niña, Margarita María, afrontó durante doce años todas las dificultades, resistencias, contradicciones, desprecios y calumnias.

¿Por qué tanta oposición y lucha tanta? Porque Jesús amaba á su esposa, y el que es amado de Jesús es víctima. Porque Jesús quería hacer brillar su grandeza y su gloria y patentizar que los hombres nada pueden y que El lo puede todo.

Dios ha realizado su obra: por todo el mundo se ha extendido la devoción al Sagrado Corazón y ha continuado su marcha triunfal y salvadora hasta nuestros días, y la continuará cada vez más gloriosa mientras brille la luz de la fé en las inteligencias, y en los corazones arda el fuego del amor.

DIA 3

FIN DE ESTA DEVOCIÓN

Hacer que le volvamos amor por amor: he aquí sin duda alguna lo que Jesús se

propone al revelarnos la devoción á su Sagrado Corazón. Este es, pues, su *fin principal y último.*

Jesucristo así lo dió á entender más de una vez á su fiel sierva Margarita María. En una de sus cartas dice ella: "Jesucristo reinará á despecho de todos sus enemigos, y se enseñoreará y tomará posesión de nuestros corazones, porque *su intento principal en esta devoción, es convertir las almas á su amor.*"

"Un día, dice la B. Margarita, Jesús, mi dulce dueño, vino á mí resplandeciente de gloria, con sus cinco llagas que brillaban como soles. De aquella santa humanidad irradiaban llamas de todas partes, pero sobre todo de su adorable pecho, que parecía un horno, y que, abierto á mis miradas, me descubrió su amabilísimo Corazón, que era el hogar vivo de aquellas almas.

"Dióme á conocer al mismo tiempo las maravillas inefables de su amor, y hasta qué excesos lo había llevado este amor á los hombres. Lamentó su ingratitud, y me dijo que de todos los sufrimientos de su pasión, este le había sido el más sensible. Si me correspondiesen, añadió, cuanto hice por ellos, sería poco á mi amor, pero no tienen para mí más que frialdad, y á mis amorosas ansias responden solo con el desdén. Dame, tú, al menos, mi

amada hija, el consuelo de suplir á su ingratitud cuanto te sea posible."

En otra ocasión le dijo: "Tengo una sed ardiente de ser honrado y amado de los hombres en el Santísimo Sacramento, y sin embargo, no encuentro casi ninguno que se esfuerce, como deseo, en mitigar mi sed, correspondiendo de algún modo á mi amor."

Lo que Jesús quiere, pues, en esta devoción, es que le volvamos amor por amor.

La misma razón nos lo persuade. Jesucristo nos ama; luego exige de nosotros amor. Porque tal es la naturaleza del amor, que aspira necesariamente á que se le devuelva amor. Imposible de toda imposibilidad es que con otras cosas se contente. Riquezas, honores, dignidades, todo lo desecha; solo quiere amor: todo lo demás, nada es para él si no alcanza amor. Dios así ha hecho el corazón del hombre, y es bueno que así sea.

Si el hombre cuando ama desprecia lo que la persona amada le ofrece, si no le ofrece y entrega su amor, Jesús, que es dueño de nuestros corazones y que tan tiernamente nos ama ¿podría estar contento de nosotros si no lo amamos tiernamente?

Por eso nos muestra y descubre su Corazón. ¿Qué nos pide? ¿qué espera de nosotros? Nada, sino amor.

DIA 4

FINES PARCIALES DE ESTA DEVOCIÓN

1º. La gratitud.

Contiénense en el fin general y supremo los demás fines parciales. Indicaremos los principales: la *gratitud*, la *reparación*, la *imitación*.

LA GRATITUD. Como todo el que hace beneficios, como todo el que ama, es muy sensible Jesús á la ingratitud. El reconocimiento es esencial al amor.

Al amor de Jesús, amor simbolizado por su Corazón, debemos inmensos beneficios: debemos la *Encarnación;* debemos la *Redención;* debemos la *Eucaristía*.

1. El Hijo de Dios, haciéndose hombre por nosotros, nos hizo un beneficio tal, que por sí solo basta á inflamar en amor el corazón más ingrato, más indiferente y más frío. ¡Qué humillación, qué anonadamiento para un Dios revestirse de la naturaleza humana! Un abismo insondable media entre Dios y la materia; entre Dios y el cuerpo; son los dos polos opuestos de las cosas: lo más alto, lo más grande, lo más puro, lo más bello, Dios; y lo más bajo, lo más pequeño, lo más impuro, lo más deforme, la materia. El Hijo eterno de Dios unió en sí mismo indisolublemente estos dos

No es posible que el amor vaya más allá. El Corazón de Jesús, con ser el Corazón de Jesús, no puede hacer más por nuestro amor. Por eso descansa su Corazón: lo ha sufrido todo; lo ha dado todo, y se ha dado todo, víctima eterna del eterno amor.

He aquí la gratitud que debemos al Salvador; he aquí uno de los fines parciales de la devoción al Corazón Sagrado. He aquí lo que pretende Jesucristo cuando nos señala su Corazón que representa su amor, y que tanta y tan activa parte tuvo en todas estas sublimes invenciones de su amor.

DIA 5

FINES PARCIALES DE ESTA DEVOCIÓN

2º. La reparación.

La reparación de los ultrajes á que está Jesucristo expuesto en el Santísimo Sacramento del altar, y que recibe incesantemente de sus creaturas, es otro de los fines parciales de esta devoción.

El Corazón de Jesús es objeto de ingratitud y de indiferencia por parte de los hombres: luego es deber de los que lo aman, el desagraviarlo y consolarlo.

Lo primero que hemos de reconocer, es la ingratitud notoria, grande, inconcebi-

ble, general, respecto al amor ardentísimo del Corazón divino. Sus esclarecidos, sus inmensos beneficios, ¿quién los agradece? ¿quién se acuerda de ellos? Todos los corazones deberían arder, consumirse en vivas llamas de amor á Jesús; todas las voluntades deberían consagrarle sus fuerzas, su actividad, su energía; todos los entendimientos deberían estar llenos de él y estudiar sin cesar sus bondades y su ternura para agradecerlas como es razón, y para encenderse á vista de ellas con un intenso y abrasado amor. Pero sucede todo lo contrario. La mayor parte, la inmensa mayoría de los hombres, son de corazón tan duro y tan adherido á la materia, que no se les ocurre siquiera pensar sobre lo que Jesús ha hecho por ellos, ni lo conocen ni lo aman. Aún las pocas almas piadosas, que hacen profesión de servirle, ¿sienten acaso la tierna gratitud y la admiración y el amor que le deben?

Baja de los cielos, está en medio de nosotros; ¿quién piensa en El?.... Se le abandona, se le desampara, y el pobre solitario del sagrario llama y busca en vano, como en el huerto de los Olivos, á alguien que llore con El. ¿No son frecuentemente grandes soledades la mayor parte de nuestras iglesias? ¿No se ve en ellas hasta insultado, ultrajado por la indiferencia y la impiedad? Cada día se

vuelven más incrédulos los corazones: id, pues, á consolarlo; id sobre todo á donde supiéreis que jamás hay nadie, y os quedará reconocido, os bendecirá, os otorgará cuanto quisiéreis. Inmólase en nuestros altares, y no se quiere acudir á este gran sacrificio; y entre los que cumplen con esta ley santa, ¿no los hay como en el Calvario que son muy indiferentes á la muerte de este Dios, y para quienes no es más que un vano espectáculo? ¿No los hay aún que le ultrajan en su Corazón, como los sayones de Pilatos? Id, pues, á sus altares, y como el Discípulo amado al pié de la cruz, como la Magdalena y las santas hijas de Sión, consolad con vuestras lágrimas á este Dios víctima de amor. Finalmente, se da todo á nosotros en ese Sacramento de vida, y hay multitud de cristianos que resisten á su llamamiento y rehusan obedecer su ley; otros, en fin, como el pérfido Judas, le dan la muerte en su alma manchada de pecado.... Id, pues, vos que lo amais, id á consolar su Corazón y desagraviarlo de todos estos ultrajes con una santa y fervorosa comunión.

Mas nada ha podido agraviar tanto al Corazón de Jesús como la indiferencia é ingratitud con que la mayor parte de los hombres ha correspondido al último esfuerzo de su ternura, cuando quiso darnos El mismo ese adorable Corazón, con sus

llamas de amor, y su cruz y sus espinas, y su honda llaga. ¿A quién han enternecido sus quejas? ¡He aquí este Corazón que tanto ha amado á los hombres, dice, y que solo ingratitudes recibe de ellos!... ¡Ah! á lo menos vos, lector querido, respondedle y procurad darle consuelo..... Reparad á fuerza de amor y sacrificios tanta indiferencia é ingratitudes tantas: ofreced vuestros deseos y penas á ese divino Corazón, y siguiendo los consejos que se dignó dar El mismo á sus amigos, celebrad con amor sus fiestas; y en los primeros viernes de mes redoblad aún vuestro fervor, y procurad consolarlo con una santa Comunión de desagravio. Aparezca y brille en uno de los cuartos, por lo menos de vuestra casa la dulce imagen del Corazón de Jesús, y adorne ella la cuna de vuestros hijos, á fin de que os los bendiga y guarde el cielo.

DIA 6

FINES PARCIALES DE ESTA DEVOCIÓN

3º—La imitación.

Otro de los fines parciales de la devoción al Corazón Sagrado es la imitación de sus virtudes.

Concebir algunos sentimientos de reconocimiento, hacer algunos actos de desa-

gravio, son ya elementos de esta devoción. Pero aun falta el más principal, que es imitar y copiar en sí mismo, con un trabajo constante, las grandes y celestiales virtudes de que es modelo perfectísimo el Corazón de Jesús. ¿De qué servirían esos sentimientos, aun cuando fueran muy tiernos, muy intensos, muy ardientes, sin la conformidad del propio corazón con el de Jesús? ¿De qué servirían, sin esta conformidad, los actos de celo por la honra del Corazón Sagrado, los actos de reparación, las oraciones, los afectos santos, las mismas mortificaciones?

Loable sería todo, todo meritorio; el Corazón divino en todo se agradaría y lo premiaría todo. Mas no podría considerar como discípulo de su Corazón, como amigo suyo, como objeto de su amor, á un devoto suyo que lo practicase todo, menos el imitarlo.

«Si me amáis, dijo Jesús á sus discípulos, observad mis preceptos.» La medida del amor á Jesús, la razón del amor á Jesús, la esencia del amor, la perfección del amor, está en practicar lo enseñado por el Salvador, está en imitarlo.

¡Qué modelo tan bello, tan encantador, tan perfecto es el Corazón divino! ¡Qué fuente tan inagotable de reflexiones prácticas! Todas las virtudes, desde la más humilde hasta la más heroica, se encuen-

tran en él. Los niños, los jóvenes, las vírgenes, la edad madura, los príncipes, los reyes, los sacerdotes, los pobres, todos, de cualquiera edad, condición y estado que sean, tienen en él su más hermoso modelo. En él se han inspirado todos los santos; sus ejemplos los han convertido de hombres terrenales en hombres del cielo; de materia en espíritu; de tinieblas en luz.

El Corazón de Jesucristo es el tipo primero, soberano, el ideal absoluto de toda virtud y santidad. ¿Qué escuela ha formado á los héroes del cristianismo, á tantas almas santas, admiración del mundo, de la Iglesia, y de los ángeles, sino la escuela del Corazón de Jesús?

Imitemos á los santos; inspirémonos en sus máximas y ejemplos; glorifiquémoslos y amémoslos. Pero no apartemos jamás de Jesús nuestros ojos: él ha de ser nuestro modelo primero y supremo. El ha querido serlo; él desea enseñarnos por sí mismo. ¡Gracias eternas le sean tributadas por esta bondad! Y no digamos que su santidad es inimitable. No: él nos invita á imitarlo, á ser sus discípulos: imitémoslo, que él nos santificará.

Bella y apacible es la claridad de la luna, pero es prestada: sin el sol no brillaría. ¿Quién buscará el brillo de la luna, ni contemplará á su luz el universo, ni hará á su claridad su labor, luciendo el

sol en el cielo y vertiendo admirables resplandores? Las virtudes de los santos son la luna; el sol las de Jesús.

DIA 7.

FUNDAMENTOS EN QUE DESCANSA ESTA DEVOCIÓN

La devoción al Sagrado Corazón no necesita ni de la autoridad ni de revelaciones para justificarse: ella fluye directamente de la verdad de fe que afirma la Encarnación del Hijo de Dios. Y así como dejaría de ser hijo sumiso de la santa Iglesia, y creyente, quien negase la encarnación del Verbo, así sostendría evidentemente un error, y de los más graves y peligrosos, quien negase la legitimidad de esta devoción.

La segunda Persona de la Trinidad augusta está unida á la humanidad formando con ella una sola persona. Por consiguiente, siendo inseparable de la Divinidad el cuerpo sagrado de Jesús, merece este cuerpo el mismo culto y las mismas adoraciones que se tributan á Dios.

Ahora bien: el Corazón de Jesús es una parte principalísima de esta carne, un órgano esencial de este cuerpo, y por tanto, todo lo que hace á la carne del Hombre Dios infinitamente digna de la devoción de toda la Iglesia, se encuentra por

manera eminente en el Corazón divino.

De la misma manera, pues, que adoramos á la humanidad santa de Jesús, porque está unida con la Divinidad; adoramos, tambien á su Corazón, porque está unido á esa misma Divinidad.

¿Podría haber una devoción que tuviese una base mas sólida é indestructible, un fundamento mas eminentemente racional?

Jesucristo ha querido anunciar extraordinariamente y establecer esta devoción; y lo ha hecho por sí mismo. En sus apariciones á la Bienaventurada Margarita María consignadas en sus escritos (escritos y revelaciones aprobadas por la Iglesia) le dijo el divino Salvador estas palabras: «No puedes darme una prueba mayor de amor que cumpliendo lo que tantas veces te he pedido.....yo te pido que el primer viernes después de la octava del Santísimo Sacramento, sea dedicado á una fiesta especial para honrar mi Corazón, desagraviándolo y comulgando ese día para reparar las injurias sufridas por él durante el tiempo que ha estado espuesto en los altares.»

Confirmando lo dicho y estableciendo con términos aun más claros y esplícitos la devoción á su divino Corazón, le dijo otra vez, que «tenía una singular complacencia en ver los sentimientos interiores de ese Corazón y de su amor, honrados

bajo la figura de este Corazón de carne, tal (dice la santa) como me lo había mostrado, cuya imagen quería que fuese expuesta públicamente á fin de conmover el corazón insensible de los hombres.»

A estas palabras de Jesús agrega la B. Margarita M., reproduciendo lo que el Salvador en sus revelaciones le había comunicado: «Este amable Corazón tiene un deseo infinito de ser conocido y amado de sus creaturas, en quienes quiere establecer su imperio, como que es la fuente de todo bien, á fin de proveer á sus necesidades. Por esto quiere que se acuda á él con gran confianza.»

Esta devoción, pues, reposa sobre firmísimos fundamentos: sobre la fe, las enseñanzas y aun las declaraciones terminantes de la Iglesia, que es infalible, y sobre las palabras de Jesucristo, suprema y eterna verdad: con tanta solidez ha querido Jesús establecer la obra predilecta de su Corazón.

Si faltaran las revelaciones hechas á la Beata Margarita María, bastarían las enseñanzas y decisiones de la Iglesia, y si éstas no existieran, bastarían las revelaciones.

DIA 8

PROMESAS DE NUESTRO SEÑOR EN FAVOR DE LOS DEVOTOS DE SU DIVINO CORAZÓN.

Magníficas sobre toda ponderación son las promesas de Jesucristo hechas en favor de la devoción á su Corazón divino, é inmensas las gracias que está dispuesto á derramar en las almas que tienen la dicha de amarlo.

Esas promesas tan magníficas son las siguientes, tomadas textualmente de los escritos de la Beata Margarita María:

I.—"Mi divino Corazón, le dijo Nuestro Señor, está tan prendado de amor para con los hombres...., que no pudiendo contener por más tiempo en sí las llamas de su ardiente caridad, se ve precisado á difundirlas por tu medio y á hacérseles manifiesto para enriquecerlos con los preciosos tesoros que á tí te descubro, los cuales contienen *las gracias santificantes y saludables que se necesitan para sacarlos del abismo de perdición.*

"El Señor me dió á conocer (dice la Beata) que el gran deseo que tenía de ser perfectamente amado de los hombres, le había hecho formar el designio de manifestarles su Corazón, abriéndoles todos los tesoros de amor, de misericordia, de

gracia, de santificación y de salvación que contiene, á fin de que todos los que quisieran *rendirle y procurarle todo el amor y la honra que les fuera posible*, fuesen enriquecidos con profusión de los divinos tesoros de que su Corazón es la fuente.

"Aseguróme también que tenía un placer singular en ser honrado bajo la figura de este Corazón de carne, cuya imagen quería fuese expuesta en público, á fin de conmover con este objeto el corazón insensible de los hombres; y me prometió que derramaría abundantemente en el corazón de los que lo honrasen todos los dones de que está lleno; y donde quiera que esta imagen estuviese expuesta *para ser singularmente honrada*, atraería toda suerte de bendiciones.

II.—"El Señor me ha confirmado que el placer que tiene de ser amado, conocido y honrado de las creaturas es tan grande, que me ha prometido que todos los que le hubieren estado *dedicados y consagrados*, *no perecerán jamás*, y que como El es la fuente de toda bendición, las derramará en todos los lugares donde sea expuesta y honrada la imagen de su divino Corazón; que unirá las familias divididas, y protejerá las que se hallen en alguna necesidad y se dirijan á El con confianza; que derramará la suave unción de su ardiente caridad sobre todas las co-

munidades que la honren y se pongan bajo su especial protección; que desviará de ellas todos los golpes de la divina Justicia para volverlas á poner en su gracia cuando la hayan perdido.

III.—"Los tesoros de bendiciones y gracias que este Sagrado Corazón contiene son infinitos....Mi divino Salvador me ha dado á entender que los que trabajan en la salvación de las almas tendrán el don de conmover los corazones más endurecidos, y trabajarán con éxito maravilloso, con tal que ellos mismos estén penetrados de una tierna devoción á su Corazón divino.

"Cuanto á las personas seglares, hallarán por medio de esta amable devoción, todos los socorros necesarios á su estado, es decir, la paz en su familia, alivio en sus trabajos, bendiciones del cielo en todas sus empresas, consuelo en sus miserias; que en este Corazón es donde propiamente encontrarán su refugio durante la vida y principalmente á la hora de la muerte. ¡Oh, y qué dulce es morir después de haber tenido una devoción constante al Corazón de Aquel que nos ha de juzgar!

IV.—Cuando Nuestro Señor le pidió á la Beata que se estableciera la fiesta de su Divino Corazón para honrarlo de una manera especial y desagraviarlo por medio de una satisfacción honrosa de los

ultrajes que recibe en el Santísimo Sacramento, añadió: "En cambio, te prometo que mi Corazón se dilatará para difundir con abundancia las influencias de su divino amor sobre aquellos que le hicieren esta honra y procuraren que otros se la hagan.

V.—"Felices aquellos de quienes el Señor se sirviere para que le ayuden á dilatar su reinado! El adorable Corazón de Jesús quiere establecer en todos los corazones el reinado de su purísimo amor, destruyendo y aniquilando el de Satanás, y con tantas veras me parece quererlo, que promete grandes recompensas á todos aquellos que se emplean en esto *con buena voluntad y según sus posibles, usando de las luces y medios que les sean dados.*"

VI.—"Un viernes, dice la discípula del divino Corazón, durante la santa Comunión, dijo el Señor estas palabras á su indigna esclava: "Yo te prometo en la misericordia excesiva de mi Corazón, que su amor todopoderoso concederá á todos los que comulguen nueve primeros viernes de mes seguidos la gracia de la penitencia final: no morirán en pecado mortal ni sin recibir los Sacramentos, siéndoles mi divino Corazón asilo seguro en aquella hora postrera."

VII.—"El Sagrado Corazón me hace conocer que este deseo de ser conocido, amado y honrado de los hombres en re-

compensa de las amarguras y humillaciones que le hicieron pasar, es tan excesivo, que á todos *los que se consagren y dediquen á El para darle este placer* (á saber, *de rendirle y procurarle todo el amor, el honor y la gloria que esté de su parte, según los medios que El les dará*), les ha prometido:

(Aquí enumera la Beata las promesas anteriores, y agrega las siguientes):

"Que les servirá de asilo contra todas las emboscadas de sus enemigos, pero sobre todo á la hora de la muerte.

"Que los recibirá amorosamente en su Corazón divino, pondrá en seguro su salvación, y tendrá cuidado de santificarlos y glorificarlos delante de su Eterno Padre, *tanto cuanto hayan trabajado ellos por acrecentar el reino de su amor en los corazones.*"

DIA 9

OPORTUNIDAD DE ESTA DEVOCIÓN

Tal vez se preguntará: «¿Porqué, siendo tan excelente la devoción al Corazón de Jesús, y siendo una consecuencia precisa y necesaria del dogma de la Encarnación, habían no obstante trascurrido tantos siglos sin que fuese conocida»?

Digamos que éste es un secreto de la divina Providencia; y que Dios, en su paternal misericordia, aplica el remedio más

conveniente y saludable á los males y necesidades de sus creaturas, y provee sábiamente á lo que cada época ha menester.

Colocándonos ya en este terreno, ¿quién no ve que esta devoción es la medicina celestial de las enfermedades gravísimas que aquejan al mundo en nuestros días?

El mundo niega los milagros, y esta devoción es una serie brillante de milagros, desde su establecimiento hasta la hora que corre y hasta lo hora última de los tiempos: milagros visibles y milagros invisibles de la gracia.

El mundo se rebela contra la autoridad de la Iglesia y la autoridad suprema del mismo Dios; y esta devoción enseña la sumisión más profunda y absoluta, la humildad ante todo y en todo.

El mundo niega el reinado social de Nuestro Señor Jesucristo, y ha jurado desterrarlo de los corazones; y esta devoción es el reinado de su amor, su imperio sobre los corazones.

Soberbio es el mundo; y esta devoción es una escuela perpétua de humildad.

Esta dovoción enseña la dulzura cristiana con todos sus encantos; y el mundo es desdeñoso, altanero, arrogante.

El mundo no cree mas que en la materia, no vive sino para la materia, no adora sino la materia: hasta al mismo espíritu, según la bella espresión de San Agus-

tín, lo materializa; y la devocion al Sagrado Corazón, desprecia la materia, la somete al espíritu, la aniquila: espiritualiza, por decirlo así, la materia misma.

El mundo busca los goces y apetece locamente los placeres de los sentidos: esta devoción enseña la mortificación, é inspira un amor ardiente á la cruz.

¡Qué oposición y qué singular contraste! No contrastan más entre sí las tinieblas y la luz, la muerte y la vida.

¿Quién deja de comprender y palpar dichos males, y de convenir en que son generales y funestísimos? ¿Quién, por poco que reflexione, no se convencerá de que ningún remedio tan eficaz habría Dios podido dar á los hombres para sanarlos de tantas y tan mortales heridas?

Si esta devoción no es providencial, si no es por extremo oportuna, si no es la gran devoción de nuestros días, la tabla única de salvación en este universal naufragio, menester sería renunciar á la razón y decir que Dios ha entregado el mundo á sí mismo, que la bondad divina se ha agotado para él, y que son incurables sus males.

Pero no: el Corazón de Jesús ama todavía á los hombres; no los ama menos de lo que siempre los ha amado. ¡Gracias le sean dadas una y mil veces por este *último esfuerzo de su amor*, por este remedio divino de nuestras almas, por

este árbol de vida, plantado por su misma mano en el paraíso de su Iglesia!

DIA 10

Solidez de esta devoción.

I

Por su *objeto* nos propone esta devoción al Corazón amorosísimo en cuyo seno se formó y llevó á cabo toda la traza admirable de nuestra eterna felicidad. Verdad es que desde toda la eternidad estaba ya decretada en el pecho de Dios, y era obra común de las tres divinas Personas; mas era menester que en el tiempo, el Corazón de Jesús, es decir, el Corazón de Dios *hecho carne*, la ratificase y la pusiese en ejecución. Así que, cuando el divino Salvador, resucitado ya y triunfador de la muerte, se apareció á sus discípulos y les dió la paz, luego también les mostró su costado y aún á Santo Tomás lo invitó á que metiese la mano en la herida, cual si quisiera decirles: «Mirad, aquí, en este Corazón es donde la justicia y la paz han hecho alianza eterna y se han dado el beso amoroso de perpetua reconciliación. Mi Corazón ha satisfecho plenamente vuestras deudas á la justicia, y ahora os da á saborear los frutos dulcísimos de la paz.»

En este Corazón fué también donde la

Iglesia fue concebida, y, por lo tanto, justo es que los fieles lo miren y amen como á lugar de su nacimiento. Lo había Dios prefigurado mucho antes en la creación del hombre, y lo realizó en la reparación. Dormido estaba Adán con sueño profundo cuando de su costado formó Dios á Eva; y dormido estaba también Jesucristo con el sueño de la muerte en la cruz, cuando la lanza fué á herirle el Corazón, para que por la abertura saliese radiante de vida su Esposa la Iglesia, que había de ser nuestra madre.

Y así es como el Corazón de Jesús vino á ser la fuente y el principio de la vida sobrenatural que se nos comunica, se mantiene y se desarrolla por los sacramentos. Porque, en realidad, ¿qué son los sacramentos sino otros tantos canales por donde incesantemente está corriendo la vida del Corazón de Jesús á los nuestros? No se descuidaron los Santos Padres en advertirlo. Cuando el Corazón de Jesús fué abierto por la lanza del soldado, al punto brotó de él sangre y agua: agua, para representarnos el Bautismo que, por orden de necesidad, es el primero de los sacramentos y el que da derecho á la recepción de los otros; sangre, para representarnos la Eucaristía, que, por orden de dignidad y excelencia, es el más importante de todos y hacia el cual todos los otros gravitan como hacia su centro.

DIA 11

Solidez de esta devoción.

II

Por su *objeto material*, que es el Corazón de Jesús, se allega mucho esta devoción á la del Santísimo Sacramento, bien que se distingue perfectamente de ella; pues mientras la devoción del Santísimo tiene por objeto inmediato el cuerpo todo del Verbo Encarnado, sin relación alguna especial á su Corazón, esta otra por el contrario se concentra toda ella en el Corazón divino sin expresa relación á lo restante del cuerpo. Mas aunque no deben confundirse, es cierto, sin embargo, que tienen entre sí grande afinidad, ya que ambas se ocupan directamente en honrar la carne adorable del Salvador. Y esto admitido, en camino estamos de concebir alta idea y estima profunda del objeto material de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Nadie puede poner en duda que la carne de Jesucristo sea un objeto infinitamente digno de la devoción de los fieles. Su unión personal con el Verbo divino, los dones celestiales con que fué enriquecida y colmada, lo mucho que hizo y sufrió por la gloria de Dios y la salvación de los hombres, y, en fin, el privilegio admirable de ser en la Eucaristía el alimento de nuestras

almas para la vida eterna y de producir la gracia santificante, según expresa y repetida enseñanza del mismo Jesucristo, le tienen bien merecida la adoración más profunda y el más tierno amor de los ángeles y de los hombres. Y, cabalmente, para dar testimonio de esta verdad y satisfacer á obligación tan legítima, se estableció la fiesta solemnísima del *Corpus Christi*, la cual en su nombre mismo, impuesto por la Iglesia, demuestra claramente su objeto, que no es propiamente la persona, sino la carne, ó lo que es lo mismo, el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Verdad es que el alma, la divinidad, la persona, no se excluyen, pero en la fiesta no entran sino indirectamente y por lo mismo que son inseparables del cuerpo: el objeto formal é inmediato es el cuerpo, es la carne de Cristo en el Santísimo Sacramento. Y, á la verdad, era muy justo que Dios, soberano remunerador, honrase á esta carne divina en su Iglesia con gloria proporcionada á los tormentos é ignominias que sufrió por nuestro amor.

Ahora bien; el Corazón de Jesús es una parte principalísima de esta carne, un órgano esencial de este cuerpo, y, por tanto, con razón concluía el P. Galliffet: «Todo lo que hace á la carne del Hombre Dios infinitamente digna de la devoción de toda la Iglesia se encuentra por manera eminente reunido en el Corazón divino.

Sea, se nos dirá quizás, como alguien decía á los primeros propagadores de esta devoción, sea así en hora buena: pero ¿quién os autoriza para semejante elección? ¿á qué viene tal preferencia? ¿por qué dirigirse al Corazón más bien que á la frente sangrienta y coronada de espinas, ó á las manos y á los pies taladrados con los clavos, ó á las espaldas desgarradas con los azotes? ... —La respuesta es tan concluyente como sencilla. La elección no procedió de capricho humano, fué Jesucristo mismo quien la hizo: él fué quien se dignó distinguir y exaltar así su Corazón divino; él, quien le puso ante nuestros ojos y le señaló á nuestras miradas; él, quien nos hizo saber que se complacería en que le tributásemos culto especial; él, en una palabra, quien por sus revelaciones, consagradas más tarde por la autoridad de la Iglesia, instituyó esta devoción tal y como nosotros la practicamos. ¿Por ventura no basta esto para justificarla á nuestros ojos, y aún para recomendarnos eficazmente que la adoptemos?

Por otra parte, ¿será difícil descubrir algunos de los motivos que tuvo Nuestro Señor para hacer lo que hizo? En él, como en todos los hijos de Adán, ¿no tiene títulos peculiares el corazón para obtener ciertos respetos y reivindicar ciertos

privilegios? Por las funciones superiores de que está naturalmente investido, por el papel importantísimo que desempeña en el orden así moral como físico, por los servicios señalados á las diversas partes del organismo humano, por sus íntimas relaciones con el alma y el concurso especial que en sus operaciones le presta, el corazón parece tener indiscutible derecho á cierta preeminencia.

¿No es él, en efecto, como la fuente de la sangre? ¿no es él quien, después de haberla purificado y vigorizado, la envía sin cesar, y con ella el calor, el movimiento y la vida, por todos los demás miembros? Y tratándose del Corazón de Jesús en particular, ¿no es él como el depósito inagotable y laboratorio viviente donde por su acción misma se formó gota á gota la sangre preciosísima que el Salvador derramó por nosotros en la circuncisión, en el huerto de las olivas, en el pretorio, en el Calvario? ¿No es él de donde salió la sangre que desde hace tantos años está corriendo sobre todos los altares cristianos del universo y seguirá corriendo hasta el fin de los siglos? ¿No es él de donde brotó la sangre con que apagaron la sed y siguen aún diariamente apagándola tantos millones de fieles?

El Corazón fué también donde Cristo sufrió mayormente por nosotros: él fué sin duda alguna la víctima principal de

las desolaciones, de los tedios, de las tristezas, de las amarguras y agonías de muerte que á nuestro amantísimo Redentor causamos con nuestra indiferencia, con nuestra ingratitud, con nuestros ultrajes, en una palabra, con todas nuestras maldades, contribuyendo así de manera especialísima á nuestra salvación. Porque, aún dado que el corazón no sea propiamente el asiento y el órgano del amor ni de los otros afectos, según lo creían comunmente hasta hace poco tiempo no solo el vulgo sino los sabios, ¿no es por lo menos ciertísimo que en ningún otro miembro repercuten con más fidelidad y energía los sentimientos del alma?

En fin, ¿no conviene á una voz todo el mundo—y esto basta para legitimar el culto singular y preferente que pretendemos—no conviene todo el mundo en que el Corazón de Jesús es la representación más natural, el emblema más trasparente, el símbolo más expresivo y sensible del objeto espiritual, de la cosa invisible que el Señor quiere aquí ponernos ante los ojos, es decir, de su amor para con los hombres?

DE EL SALVADOR

DIA 12

Solidez de esta devoción.

III

Por *su objeto espiritual*, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús presenta como de un golpe á nuestra vista el origen, el medio y el término, en una palabra, el desarrollo completo de todo cuanto Jesucristo hizo en el pasado, y hace al presente y dispone para el porvenir en este mundo y en el otro. Tal es la doctrina del mismo Salvador, pues para justificar ante Nicodemus, que no acaba de rendirse, la encarnación del Verbo y la deificación de los hombres por el bautismo, ésta fué la razón última y fundamental que alegó: *¡De tal modo amó Dios al mundo!* Ojalá que nosotros llegásemos á entenderla. Así como en el Decálogo hay un precepto, llamado por Jesucristo, *el mayor de todos*, á saber, el de amar á Dios, cuya observancia garantiza y comprende el *perfecto cumplimiento de toda la ley;* así también en el Símbolo hay un misterio grande sobre todos los otros, el del amor excesivo y verdaderamente infinito de Dios para con los hombres, admitido el cual, á todos los demás les da luz y los hace creíbles? Se nos pregunta cómo Dios pudo hacerse hombre, cómo llegó á padecer tanto y á expirar en un leño infame por

redimir á unos criminales; cómo nos da su cuerpo y su sangre como alimento de nuestras almas, cómo nos hace hijos suyos, participioneros de su misma naturaleza divina, cómo nos convida á sentarnos un día en el banquete de su propia felicidad? El modo, el *cómo* de todos estos prodigios sobrepasa nuestros alcances y no lo podemos comprender; mas ¿qué importa? sabemos el *por qué*, conocemos su motivo y causa eficaz: es el amor infinito con que Dios nos ama.

¿Qué empresas no hace acometer á las almas generosas el amor de la gloria; á las almas vulgares el amor de las riquezas; á todas, en fin, esa cosa que lleva el nombre de amor? Con él no hay nada que cueste, no hay trabajos ni penas: ¡he ahí los prodigios de que es capaz el hombre! Pues si el hombre, todo debilidad y flaqueza, acomete con amor hasta lo imposible, ¿será extraño que Dios á impulsos de su amor ejecute cosas extraordinarias? Sea, pues, esta la razón de todos nuestros misterios: *¡De tal modo amó Dios al mundo!*

Verdad es, por consiguiente, que, por un privilegio enteramente peculiar, mientras las otras devociones nos presentan aislada y sucesivamente los augustos y conmovedores misterios de nuestra salvación, esta del Sagrado Corazón de Jesús nos ofrece en su objeto espiritual todo el conjunto, descubriéndonos de un solo golpe el san-

tuario mismo en que todos ellos fueron concebidos y la fuente fecunda de todas las gracias que inundan la Iglesia.

DIA 13

Solidez de esta devoción.

IV

Por *su motivo y sus frutos*, se recomienda singularmente esta devoción: el atractivo principal con que nos quiere ganar es la caridad excesiva con que Dios nos ha prevenido: la invitación que nos hace es que amemos á Dios porque él nos ha amado. Los demás títulos son para ella accesorios: por grandes, por excelentes que sean, no son precisamente los suyos; y aunque no los desprecia antes se vale tambien de ellos, tampoco los necesita y fácilmente podría omitirlos. En otras circunstancias Dios nos *manda* que lo amemos, prometiendo recompensas á los obedientes, y amenazando á los desobedientes con terribles castigos: todo muy justo. Pero aquí no es propiamente una obligación la que nos impone, ni es, por decirlo así, á fuerza de amenazas ni con alicientes de recompensas como pretende avivar el fuego del amor en nosotros, sino más bien por pura correspondencia y en nombre del amor

preveniente que de su parte con pruebas tan inequívocas nos tiene testificado. *Todo por amor, nada por fuerza*, he ahí la norma formulada por la B. Margarita, la cual escribe así á una de sus hermanas en religión: «El adorable Corazón de Jesús quiere establecer en todos los corazones su reino por puro amor.... Esta devoción no quiere nada de forzado ni de violento.»

Sus frutos.—De la devoción al Corazón divino se sigue el amor á este mismo sagrado Corazón, y de este amor, el aborrecimiento del pecado. No puede conciliarse el amor de Dios con el pecado: son dos mortales enemigos entre quien es imposible que haya paz. Si entra en un corazón el amor de Jesús, desterrará de él al pecado y se hará dueño único de este corazón; y si después de haber entrado, conserva el corazón todavía afecto ó inclinación á la culpa, lo atormentará el amor divino con tormentos espantosos, mil veces más terribles que la muerte, pero tormentos de misericordia y suavísima bondad: lo atormentará hasta que renuncie absolutamente al pecado, hasta que lo deteste y huya de él, como de la víbora, cuyo aspecto inspira horror, cuya mordedura engendra la muerte.

Este es el primero y más inapreciable fruto del amor, el principio de la vida espiritual, la vida nueva, porque el pecado es la muerte, y la gracia es la vida.

Pero esta vida necesita crecer, perfeccionarse, como el niño necesita acrecentar sus fuerzas y desarrollarse para llegar á la plenitud de la vida.

De aquí el segundo fruto de esta devoción: el desenvolvimiento y la perfección de la vida del alma, la adquisición de las virtudes por la imitación del Corazón sagrado de Jesús.

El que ama á Jesús, tiende á imitarlo: el amor supone imitación; sin ella, languidece y muere finalmente el amor. Imitar las virtudes de este Corazón adorable es un efecto tan necesario de su amor como el odio y la fuga del pecado.

Entre nuestro corazón y el de Jesús no existe una semejanza natural: el nuestro nace mal inclinado, y en el de Jesús se halla el orden más perfecto, la más perfecta rectitud, la más admirable armonía.

Por consiguiente, como es propio del amor la unión, la cual no tiene lugar entre cosas desemejantes, fuerza es que el amor la produzca. En efecto, cuando el amor de Jesús ha tomado posesión de nuestra voluntad, no tarda en trasformarla, en hacerle amar y buscar lo que antes aborrecía y temía, en copiar las bellezas del Corazón de Jesús: su abnegación, su pobreza, su dulzura, su humildad, su desprecio de todo lo mundano, su amor á todo lo celestial.

Sin esfuerzo alguno, por la necesidad

misma de las cosas, se establece una unión estrecha, íntima, entre el corazón amante y el corazón amado; y éste es el tercero y último fruto de esta devoción, ésta es la perfección del amor, ésta la única cosa necesaria, ésta la corona del amor, la aspiración más vehemente del alma, el ensueño delicioso y eterno del corazón, el anhelo más constante, mas puro, más divino, si se nos permite expresarnos así, de la inteligencia. Todo tiende á la unidad en nosotros, y miéntras no hallemos la unidad, no tendremos descanso, estaremos fuera de nuestro centro. En el entendimiento una sola idea, Dios; en el corazón un solo amor, Dios. El entendimiento y el corazón abismándose en Dios: hé aquí el ideal de la vida, el bellísimo ideal cuya realización perfecta es menester buscar en el cielo.

La inteligencia y la voluntad unidas entre sí y sirviendo al amor; el amor elevándose á Jesús, uniéndose con él, gozando de su inmarcesible, ilimitada y eterna belleza, descansando en él, como en el lugar de su perpetuo y suspirado reposo, viviendo de su vida, viviendo de él, respirando su amor, amando con su amor, aspirando con casto deleite la fragancia enajenadora de su amor: tal es el preciosísimo fruto, el fruto celestial de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

DIA 14

Solidez de esta devoción.

V

Por *el fin* á que tiende, que no es sino el establecimiento del reino del amor en nosotros, la devoción al Corazón de Jesús nos impulsa á la práctica de toda la moral evangélica, sometiéndonos en todo y por todo á Dios, pues es claro que quien posee el corazón del hombre á todo el hombre posee. Platón coloca el alma en la cabeza; *Jesucristo*, como advierte San Jerónimo, *la pone en el corazón*. Y San Francisco de Sales, abundando en el mismo pensamiento, nos dice: *Dios no quiere al hombre sino por su alma, y al alma no la quiere sino por su amor.*

Lo cual nada tiene de extraño: el amor es un déspota ó dictador que absorbe y concentra en su mano todos los poderes; ante su excelsa magistratura todas las demás autoridades se encogen, dimiten, quedan suspendidas, desaparecen Todas las potencias del alma acatan dócilmente las órdenes del amor, y el amor reina sobre todas ellas con soberano imperio. Por eso atiende Dios tanto á nuestro corazón, por eso nos lo pide, porque con solo él le basta. Y sin el corazón ¿para qué había de querer lo demás? De todo ello

le importa muy poco, y fácilmente lo cede, mas aún, lo rechaza con desdén, como que todo ello no tiene otro valor que el que le presta el corazón. Así es que no cesa de reclamárnoslo, y en razón de obtenerlo no vacila en descender hasta las solicitaciones más humildes y cariñosas. En actitud suplicante se pone á la puerta de nuestro corazón llamándonos sin descanso: *Hijo mío, dame tu corazón. Abreme,* dice en otra parte, *que tengo ya la cabeza empapada de rocío, y mis cabellos gotean la escarcha de la noche.*

Por consiguiente, asegurar á Dios el imperio de nuestro corazón es satisfacer plenamente los deseos del Salvador, es realizar de todo en todo la pretensión de Jesucristo, dándole colmadamente el fruto que vino á recoger en la tierra. ¿No es esto lo que él mismo dice en el Evangelio? *Fuego he venido á traer á la tierra; ¿y qué más quiero sino que prenda,* y ábrase y consuma todas las almas? Amemos pues, amemos á Dios, y con esto habremos *cumplido perfectamente toda la ley,* conforme á la expresión de la Escritura: «Amad, dice San Agustín, y haced lo que querais.» He ahí el fin, he ahí el resultado de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

¡Excelente y valiosísima devoción ¡Sin duda alguna que puede servirnos de medio universal, capaz por sí sola de asegu-

rarnos la salvación y hacernos predestinados.

DIA 15

Excelencia de esta devoción.

Atendida su solidez, la devoción al Corazón de Jesús es la más excelente de todas las devociones; es como el centro y el alma de todas, pues de ella dimanan y á ella convergen, como á su foco los rayos, todas las otras; por donde un ilustre Prelado, tan sabio como piadoso, no vacilaba en llamarla no ya la reina de las devociones, sino, lo que es más aún, *la quinta esencia de toda la Religión.*

Todo en efecto demuestra clara y evidentemente su excelencia: su objeto material y su objeto espiritual; su principio y su fin; sus medios y sus frutos; su origen y su propagación; la palabra de la Iglesia y la palabra de Jesús; los dones de la gracia, de los cuales es esta devoción copiosa é inagotable fuente, y sus frutos hermosos de santificación: todo habla tan alto y con tanta elocuencia en favor de ella, que el elogiarla es, por decirlo así, inútil, y toda alabanza palidece ante su esplendor.

Si álguien quisiera conocer la belleza y majestad del sol, ¿nos empeñaríamos en describírsela, ó le diríamos sencillamente: «Abre los ojos y mira?»

Así la devoción al Sagrado Corazón de Jesús brilla con luz propia é inextinguible, y cautiva con sobrehumana y eternal belleza todos los corazones.

¿Por ventura puede jamás haber ninguna otra devoción que reuna tantas excelencias, tantas ventajas, tantos atractivos y bellezas tantas como esta? Porque esta devoción mira á Jesús; Jesús es su objeto, Jesús es su fin; Jesús es su atractivo; Jesús es su belleza; Jesús es su todo. Su Corazón de carne, el órgano más precioso, más noble de su cuerpo virginal y perfectísimo, es su imagen, su símbolo, su objeto visible y material; este Corazón en virtud de su unión indisoluble con la Divinidad, este Corazón de carne ya de por sí es adorable, y los hombres, y los ángeles y hasta los espíritus infernales á su modo lo adoran.

El amor que residió, como en su trono propio, en el Corazón de Jesús, es el objeto invisible, espiritual y formal de esta devoción: el amor infinito del Hijo de Dios á los hombres, el amor divino con sus grandezas, sus portentos, su magnificencia, su anonadamiento, sus sacrificios, sus dolores, su inmolación, su suavidad arrobadora, sus ternuras sin fin.

El amor perfecto de Jesús, la imitación de las virtudes de que es modelo acabado su Corazón, es el término, el fin de esta devoción. La comunión frecuente, la

unión con Jesús, el recuerdo constante de su amor, las obras de celo para propagar la gloria de Jesús, las obras de desagravio, presentadas como ofrendas del más puro amor, el ofrecimiento de todo lo nuestro en unión con las intenciones santísimas del Corazón divino, la sociedad con todas las almas celosas de la gloria de Jesús y deseosas de amarlo, la adoración de la sagrada Eucaristía: tales son las prácticas, los medios de que se vale esta devoción para llegar felizmente á su fin, que es el amor.

No es esta una obra humana, inspirada por la piedad y el fervor de alguna alma generosa: Jesucristo mismo la reveló, y formó para propagarla un corazón conforme al suyo, ataviado con todas las virtudes, adornado de santidad, admiración de la tierra y del cielo; y para que brillase desde luego la eficacia de la devoción de su Corazón y persuadir á los hombres á abrazarla y practicarla, elevó á su sierva, por medio de esta misma devoción, á tan alta santidad.

Nació en medio de prodigios esta devoción al Corazón Sagrado: prodigios acompañaron y señalaron luminosamente cada uno de sus pasos, y los obra aún cada día: prodigios de regeneración, de victorias de sí mismo y del mundo, prodigios de gracia, de virtud, de santificación, de amor.

Este es el último esfuerzo del amor de

Jesús, la última tabla de salvación de los desgraciados náufragos en el mar de las pasiones, la última esperanza de triunfo sobre ellas. No hay esperanza de salvación para quien la desprecia ó cobardemente la abandona.

Para quien la practica y le es fiel, representa la única cosa necesaria, una riqueza de inmenso valor: el amor á Jesús, el amor de todo lo que es El, el amor de todo lo noble, de todo lo bello, de todo lo puro, de todo lo santo, el desprecio de todo lo demás; la perseverancia en este santo amor, y la posesión eterna del Corazón divino y de las delicias interminables de su amor.

En una palabra, la devoción al Corazón de Jesús es la más excelente de todas las devociones, la más util, la más eficaz, devoción regeneradora, prenda de la salvación eterna, resumen de la piedad cristiana, la única devoción que por sí sola basta para hacernos virtuosos y felices, que da aliento y vida á todas las demás, que sana las más profundas é incurables heridas del alma, que enciende los corazones más indiferentes y helados, que es de todo punto necesaria para quien una vez la ha conocido, que hace brotar flores en los más tristes páramos, que es el amor y el mismo cielo, pues tiene por objeto á Jesús que es cielo y que es amor.

Toda alma sinceramente devota del

Corazón dulcísimo de Jesús, debe por tanto exclamar con la más inquebrantable convicción y la más ardiente piedad: "Sí: cuanto se diga de esta devoción celestial, será siempre muy poco; la lengua de los hombres apenas basta para decir las cosas humanas; pero las cosas del cielo han menester un lenguaje celestial. Una palabra sola podemos decir digna de ella: El Corazón de Jesús es todo nuestro bien; todo lo demás es nada."

DIA 16.

PRÁCTICA DE LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS

Al instituir Jesucristo la devoción á su Sagrado Corazón, no se propuso otro fin que hacerse amar de los hombres: y para que así lo entendiésemos bastaba darnos su Corazón, esto es, su amor, pues era esto decirnos bien claramente que le diésemos el nuestro.

Mas no ocultó, ni mucho menos, su intento, antes lo declaró terminantemente á la B. Margarita, diciendo: «Tengo sed y me abraso en deseos de ser amado, quiero convertir las almas á mi amor.» Y la Iglesia, siempre que habla de la devoción del Sagrado Corazón, dice por su cuenta, que el fin y la razón única de ser

de esta devoción está en hacernos dar al Salvador amor por amor.

Amar á Dios es la ley fundamental de la religión. Mas esta ley desaparece donde quiera que el demonio sustituye al Dios verdadero, porque como el demonio es un amo perverso, se contenta con que lo sirvan sin cuidarse de que lo amen. Dios, por el contrario, poco se cuidaría de que lo adorasen, temiesen y sirviesen, si no lo amasen. Pues si este precepto de amar á Dios estaba sobre todos los demás en el Antiguo Testamento, que era ley de temor, con mayor razón será el primero para nosotros que vivimos en la ley del Cristianismo, que es ley de amor.

De tal manera aparece la bondad de Dios en Jesucristo, sobre todo en Jesucristo Salvador y en Jesucristo escondido en la Eucaristía, que no es posible disculpar al cristiano que ante ella permanezca indiferente, y tanto menos, cuanto que para arrebatarle su amor bastan las prendas más ordinarias y los servicios más vulgares de una creatura.

Pues bien, esta indiferencia tan inconsecuente y tan culpable es la que Nuestro Señor quiere hacer desaparecer por medio de la devoción á su Sagrado Corazón. «Vamos, dice á cada hombre; yo te he mostrado mi Corazón, y sólo con mirarlo te habrás convencido de que te amo. Pues ahora muéstrame tú el tuyo, que

quiero ver si se parece al mío, es decir, si me ama. Dame, hijo mío, tu corazón; no te pido más. En los hombres de tu tiempo lo que está enfermo es el corazón: si el tuyo participa de la misma enfermedad, si está frío, si por no conocerme no me ama, allégalo al mío, y con ese allegamiento se abrasará. Porque, en efecto, yo quiero que se abrase, yo quiero ser amado de tí. Sólo para esto te he mostrado mi Corazón.»

Así, pues, lo que pide el Sagrado Corazón se resume en este único mandamiento: Amad á Aquel que os ha amado tanto; y por consiguiente, conocer el amor de Dios y darle el propio, es conocer y observar toda la ley. He ahí por qué decía con tanta razón el Cardenal Pie, que la devoción al Sagrado Corazón es la "quinta esencia del cristianismo, el compendio y sumario sustancial de toda la Religión."

Pero el amor sincero es activo: se revela con palabras y se prueba con obras. Por eso, luego que hallamos complacencia en las perfecciones de una persona, se enciende en nuestra alma necesariamente y sale al exterior el deseo de hacerle bien, la benevolencia para con ella: y esto es tan natural, que en el corazón donde no hay benevolencia, menester es concluir que no hay amor.

Por tanto, si el Sagrado Corazón de Jesús pide que se le ame, por el mismo ca-

so pide que se le quiera con amor de benevolencia, y que se le haga bien. Y se lo podemos hacer de tres maneras: proclamando que creemos en su amor; expiando por los que no corresponden á él; haciendo que otros lo amen. El *homenaje*, la *reparación* y el *apostolado* son por consiguiente los tres testimonios de benevolencia que pide el Sagrado Corazón á sus devotos, es decir, á los que le están dedicados por amor.

DIA 17

HOMENAJE.—LAS IMÁGENES

Nuestro Señor mismo ha trazado las principales líneas del culto que intentaba fundar en honra de su Corazón sagrado. Y la primera señal de amor que nos pide, y lo menos que ha de hacer quien lo ama, es declarar que creemos en su amor, y en prueba de ello colocar y honrar públicamente el símbolo expresivo de ese amor, la imagen del Sagrado Corazón; y puede ser, ó bien la imagen del Corazón aislado, tal como la B. Margarita prefería representarlo, ó bien la del mismo Señor, en busto ó de cuerpo entero, pero llevando en el pecho el Corazón bien á la vista.

En una visión, fiesta de san Juan Evangelista, año de 1674, me aseguró Ntro. Señor, dice la B. Margarita, «que tenía

singular complacencia en ser honrado bajo la figura de su corazón de carne, cuya imagen quería él que se expusiese en público para conmover con ella el corazón insensible de los hombres.»

Cuando una persona ilustre nos envía algún recuerdo en fe de su amistad, nos complacemos, siquiera sea por vano alarde, en ponerlo donde pueda verse. Pues siendo la imagen del Sagrado Corazón testimonio irrecusable del amor que Dios nos tiene, ¿podrá alguno por ventura dejar de ostentarla y exponerla una vez que haya comprendido su profunda significación?

"Algunos, dice el Kempis, ponen su devoción solamente en las imágenes."

Evidentemente que debemos evitar esta falta y persuadirnos, que no se satisface el Sagrado Corazón con sólo exponer en algún sitio su imagen, sin cuidarse luego de ella para nada. Porque el sentido común dicta que se le guarde consideración, siendo como es la voz sensible de Jesucristo, que dice al hombre distraído: "Dios te ama, no lo olvides: ahora en este momento, y siempre y sin cesar jamás, te ama.—Y tú, pasajero, ¿lo amas? A este lenguaje mudo hay que responder, porque precisamente para lograr esta respuesta es para lo que se ha manifestado. Basta una palabra, una mirada: la aspiración de un corazón sincero, el acto de

caridad es el homenaje que propiamente desea el Sagrado Corazón. No rendirle este homenaje y contentarse con un culto de estampería, fuera quedarse en el vestíbulo del templo y no ver más que su exterior. Sin embargo, claro está que aun esto sería mejor que no hacer nada.

Porque, así como los hombres, con ser hombres, si viajando por país desconocido se encontrasen con un retrato suyo expuesto en alguna miserable cabaña donde no se los conoce, no podrían menos de conmoverse y mostrarse propicios con el desgraciado que tal homenaje les hiciera; así Dios, que es mejor que los hombres, no puede menos de inclinar amorosamente su Corazón en favor de los que rinden á su imagen semejante culto, siquiera sea sólo material, y recibe este homenaje como oración muda, y lo recompensa con abundantes gracias.

Pero Nuestro Señor no se contenta con que la imagen de su Corazón sea venerada sólo individualmente y á ocultas; su deseo pretende, y muy principalmente, que se le tribute culto y homenajes colectivos, bien sea de toda una familia, ó bien de una nación; y para manifestarlo claramente, ha empeñado su palabra de que bendecirá las casas y las familias que en sitio de preferencia expusieren la imagen del divino Corazón, y á Francia nominal-

miente le ha pedido que la borde en sus banderas.

García Moreno tenía sobre su mesa una estatua de este sagrado emblema. Otra puso el general Sonís en su casa, en sitio bien visible, y ante ella estaba constantemente ardiendo una lámpara. Homenaje verdaderamente franco y digno de hombres consecuentes; conducta que los paganos mismos considerarían muy natural, acostumbrados como estaban á protejer su hogar con el ara de sus lares. Pero el respeto humano ha debilitado hasta tal extremo el sentimiento religioso, que muchísimos jefes de familia temerían ponerse en ridículo si tributasen al Sacratísimo Corazón este homenaje. Y sin embargo, á esto aspira él.

Reclama además para su imagen homenaje y culto social, condenando por consiguiente esa loca y nefasta utopía de los estados sin religión. Expresamente, según acabamos de decir, se lo ha exigido á Francia; mas, por idénticas razones, no puede menos de exigirlo á todo pueblo cristiano, á todo pueblo que crea en la redención, y por consiguiente, en el amor de Jesucristo.

DIA 18

REPARACIÓN.

Por qué hay que reparar

La reparación es la segunda prueba de amor que el Salvador pide; y por cierto, el oficio que desempeña en la devoción al Corazón de Jesús es de tal importancia, que, aunque ya la indicamos antes de un modo general, parece necesario determinar con algún detenimiento el *por qué y bajo qué formas* nos la pide Dios.

Cuando un hombre padece injustos tratamientos, es deber de caridad de sus amigos el compadecerce de él, y en cuanto les sea posible, *reparar* con sus buenos servicios las injusticias que recibe. Y si un bienhechor ó un padre cayese en desgracia por culpa de sus favorecidos ó de sus hijos, ya no sería para ellos deber de caridad, mas de agradecimiento y de justicia, el socorrerlo.

Pero, «¡cosa extraña! decía José de Maistre, es más fácil ser justo con los hombres que con Dios.» La ingratitud con un amigo sería por el mundo severamente reprobada; pero la ingratitud para con Dios casi nunca lo es: por lo visto, á sus ojos Cristo Nuestro Señor no es un amigo.

Y sin embargo, el Corazón de Jesús pa-

dece necesidad de que se le compadezca en su aflicción. Esto pide la caridad, porque está apenado: esto exige la justicia, porque lo está por nuestro amor. Que Jesucristo Señor nuestro fué indignamente maltratado durante su vida mortal y singularmente durante su pasión; que sigue siendo aún maltratado por los pecadores del mundo, sobre todo en el Sacramento que más lo había de recomendar al amor de los hombres, en la sagrada Eucaristía; es un hecho evidente, y tanto, que hoy con más razón que nunca podría San Francisco de Asís repetir su grito de dolor: «El amor no es amado.» Pero que el Corazón de Jesús haya sufrido y sufra aún con estas ingratitudes, he ahí lo que no se comprende tan bien y lo que es menester explicar.

1. Jesucristo aún durante la Pasión era Dios, y por consiguiente, su naturaleza humana á causa de la unión con el Verbo gozaba de la visión beatífica, la cual era sin duda alguna suficiente para hacerlo insensible á los dolores físicos é inaccesible á las tristezas del espíritu. Pero á pesar de ello, por una caridad heroica y misteriosa, se privó voluntariamente del remedio que tenía, por decirlo así, en la mano; no quiso defenderse contra las tristezas mortales que inundaban su voluntad humana, y experimentó juntamente con los dolores físicos de todo linaje, las

amarguras todas de los padecimientos morales.

Por donde se ve, que si fueron los verdugos los que le hicieron padecer los tormentos físicos, fueron nuestros pecados, fuimos por consiguiente nosotros los que directamente y sin mediación de nadie, le causamos los padecimientos morales, la pasión del corazón.

Porque, el Verbo divino, como no tiene existencia sucesiva, sino que actualmente se halla presentísimo á todas las cosas, actualmente ve asimismo todos los pecados que, para nosotros, ó pertenecen ya al tiempo pasado ó están aún por venir. Tal fue el conocimiento que en el tiempo de la Pasión infundió á su entendimiento humano: por donde presentándose á su vista simultáneamente reunidos como en un espejo todos y cada uno de nuestros pecados en la serie de los siglos, el Corazón santísimo de Jesús no pudo menos de conmoverse, y desfalleció de pavor, de tedio y de tristeza. De esta suerte cada una de nuestras culpas, ofreciéndosele á la vista con toda claridad, era propiamente causa de su agonía, y sin exageración ninguna, antes con toda verdad puede decirse que á cada pecado nuestro correspondía una pena en el divino Corazón. Claro es que esta pena no la sintió en el instante mismo en que cometimos el pecado; pero eso poco importa. Porque

la falta se siente cuando se la conoce, antes ó después de haberse cometido, según que uno es ó no es profeta. Cualquiera que sea el tiempo en que un padre tiene conocimiento del crimen de su hijo, es lo cierto que este crimen es la causa de su tristeza. Del mismo modo, cualquiera que fuese el momento en que Jesucristo supo nuestro pecado y lloró por él, es cierto que este pecado contristó su Corazón. Y ¡qué motivo tan poderoso hay en esta verdad para contristarse un corazón que ama á Cristo Señor nuestro y sabe haberle ofendido por sí mismo y por otros!

DIA 19

POR QUÉ HAY QUE REPARAR.

2. Hay más. La tristeza y el abatimiento no pueden ya angustiar actualmente al Corazón glorioso de Jesucristo, como no puede tampoco ya la muerte destruir su sagrado cuerpo: pero con todo eso, no es indiferente ni insensible á la vista de los pecados de los hombres, sino que los ve todos, y á todos les tiene aversión infinita y tal repugnacia, que solo esto renovaría las agonías del Huerto, si pudiese Jesucristo ahora, como pudo entonces, experimentarlas.

Porque, al hacerlo realmente impasible, la resurrección no destruyó la sensibilidad

de Cristo, sino que transfomó el organismo de su cuerpo, como ha de transformar algún día el de los escogidos, es decir, de una manera inefable que ni entender podemos ahora. Pues bien, en este organismo adornado con las propiedades de cuerpo glorioso, no causa ya la vista del mal presente lo que causaba en vida mortal, turbaciones dolorosas, ayes, suspiros, lágrimas. Pero téngase en cuenta que estas perturbaciones no son, por decirlo así, otra cosa que los relieves del dolor, el efecto secundario y accidental de la pasión, el sacudimiento producido en la naturaleza sensitiva por la repulsión de la voluntad. Aun acá abajo se ve que cuanto más vigoroso es el temperamento, más dueña de sí misma es el alma y menos violenta la sacudida; de cuya ausencia no puede, por lo tanto, inferirse la insensibilidad del corazón.

La voluntad del Salvador, lo mismo que la de cualquiera de los elegidos, conserva los afectos humanos: ama, se alegra, y aborrece también; pero como está fuera del alcance del mal, no se puede contristar. La acción del pecador tendería por sí misma á traspasar el Corazón de Jesús, así como la maldad de los sayones durante la Pasión tendía de suyo á contristar á los ángeles, sólo que Dios, al premiar á sus escogidos, los sustrae de todo afecto de tristeza. Pero si esta

compensación infinita llegase á desaparecer, si Jesucristo Nuestro Señor pudiera privarse otra vez de ella como lo hizo en el Huerto, la causa puesta por el pecador produciría su efecto natural, y entonces volvería el Sagrado Corazón de Jesús á ser abrumado de tristeza mortal.

Mas á falta de tristeza, hacen presa en él la repugnancia, el horror y la compasión. Vemos á veces á algunas almas santas tan estrechamente unidas con Dios y en su interior tan pacíficas, que de ningún dolor son perturbadas, logrando mantener en arrobamiento una parte de su alma, á pesar de las causas de aflicción que las rodean. Pues el corazón de estos santos nos da una idea, aunque imperfecta, de lo que es actualmente el Corazón de Jesús y de lo que experimentan sus pasiones á la vista de nuestros pecados. Los ve, les tiene horror, y tal horror, que le causaría la muerte si tuviera su cuerpo la flaqueza de antes. Los ve, y tiene compasión de nosotros, y tal, tan tierna, tan profunda, que querría volver al estado de pasible y á sobrellevar de nuevo su Pasión, si no la hubiese ya sufrido.

Puede, pues, decirnos con todo derecho Jesucristo, que su Corazón sufre actualmente, porque *actualmente* experimenta su alma, á la vista de nuestras faltas, un sentimiento de repulsión del cual no podemos tener cabal noticia: sólo la imagen

viva de la desolación más desolada podría darnos de él alguna idea.

«Contempla, le dijo un día a la Beata Margarita, contempla los indignos tratamientos que recibo en esas almas que me acaban de recibir: *han renovado todos los dolores de mi pasión*.....No he hallado quien me haya querido dar asilo en este paciente y doloroso estado.»

DIA 20

Por qué hay que reparar

3. Hay otra razón por la cual puede el Corazón de Jesús decir que sufre actualmente por nuestros pecados, y es, que además de su cuerpo físico desgarrado en la Pasión, tiene en verdad un cuerpo místico, la Iglesia, cuyo desarrollo no logra la perfección hasta el instante en que el último justo haya acabado su carrera.

Ahora bien, si todo aquel cuyo cuerpo está dolorido tiene, no solo derecho, sino impulso irresistible de quejarse y de llorar; es evidente que, padeciendo la Iglesia como padece por nuestros pecados, mejor dicho, siendo ellos la causa única de su dolor, Jesucristo, aún en su gloria, como cabeza de este misterioso cuerpo tan atribulado, tiene sobrada razón para atribuirse sus padecimientos y decirnos: "Estais continuando mi Pasión con vuestros pe-

cados: seguís crucificándome aún, puesto que estais crucificando mis miembros: mi cabeza, coronada ya, está fuera de vuestro alcance; pero mi cuerpo padece, y mi Corazón lo siente y se lamenta" (1).

Es, pues, cierto, como principio general, que habiendo sido el Corazón de Jesús herido en vida por nuestros ultrajes y siendo también actualmente el blanco de ellos, lo debemos consolar con nuestras reparaciones. Para consolar El á su Padre, dió su reparación infinita en el Calvario y aún sigue ofreciéndola incesantemente en el cielo; pero á este ofrecimiento de su pasado sacrificio quiere El que añadamos también como reparación el continuo sacrificio de nosotros mismos. Nosotros, pasibles aún, hemos de sustituirlo á El, que no puede ya padecer, y de esta manera perpetuaremos su ministerio de expiación y de reparación.

Estas verdades fundamentales son el alma de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús; porque esta devoción, tal cual Nuestro Señor la reveló en Paray-le-Monial, es eminentemente reparadora: «He aquí este Corazón que tanto ha amado á los hombres, decía Nuestro Señor á la B. Margarita, y en recompensa no recibo de la mayor parte de ellos sino ingratitudes. *Por esto* te pido reparación." Aún más:

1. S. Agustín. *Enarratio in Psalmo* XLIV, 20.

"Si me diesen en retorno algo de amor, en poco estimaría todo cuanto he hecho por ellos, y si fuese posible, quisiera hacer más: pero no tienen para mí sino desprecios y frialdades. Cuando menos tú, dame el gusto de suplir en cuanto te sea posible sus ingratitudes...." Apareciéndosele un día de Carnaval en figura del *Ecce-homo*, con la cruz á cuestas y echando sangre por todos los poros de su cuerpo,—"¿No habrá alguno, le dijo, que tenga piedad de mí y quiera compadecerse y tomar parte en mis dolores, al ver el lastimoso estado en que me ponen los pecadores, sobre todo en estos días?...."

El amor que pide el Sagrado Corazón á sus devotos es en fuerza misma de los desórdenes del mundo, amor reparador. "Uno de los fines principales de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús es, dice el Sumo Pontífice León XIII en sus Letras apostólicas de 28 de Junio de 1889, reparar con nuestros homenajes de adoración, piedad y amor, el crimen de ingratitud tan común entre los hombres."

Tan bien y aún mejor que nuestros crímenes llegan al Corazón de Jesús nuestras reparaciones. Si la vista simultánea de todas nuestras iniquidades le produjo en el Huerto mortales agonías, con la vista asimismo simultánea de todas nuestras reparaciones lo confortó un ángel del cielo. "Sin duda, Señor, le diría el ángel,

habrá ingratos entre los hombres; pero ¡tened ánimo! que también habrá reparadores;! y este pensamiento no pudo menos de dar alientos al divino Maestro. No es menos eficaz ahora la acción que sobre El ejerce la reparación: porque, si en el cielo es inaccesible á la tristeza el Corazón de Jesús, en cambio siempre es accesible á la alegría; y las reparaciones que le enviamos y está El contemplando, aumentan su gozo accidental, y hacen verdaderamente palpitar de contento á su Corazón

Hay que reparar, pues, á toda costa: lo demanda la justicia y lo exige el amor.

DIA 21

Cómo se ha de reparar.

Los pecadores contristan de todas las maneras y sin medida al Corazón de Jesús; de todas las maneras por lo tanto y sin medida hay que reparar tantos ultrajes.

Los que desprecian el amor de Jesús, son innumerables; innumerables los que no lo agradecen; aun los que lo agradecen débilmente, son muy pocos; raras, muy raras son las almas agradecidas y amantes de Jesús. No mencionemos aquí todos los ultrajes, blasfemias, profanaciones, sacrilegios, comuniones sacrílegas, todas las impiedades y abominacio-

nes con que se ha injuriado y se injuria á Jesús en el Santísimo Sacramento.

Todos esos crímenes, aun los más atroces, se explican hasta cierto punto como frutos malditos de la corrupción humana; pero hay un crimen que no se comprende ni aun en el corazón más degradado y envilecido, crimen que no conoció el paganismo aunque no dejó de conocer los excesos más vergonzosos ni de encenagarse en todos ellos; un crimen que parece propio de Satanás: el odio á Dios. Ahora bien: de este crimen es blanco Jesucristo en el Sacramento de su amor.

Gravísimas son, pues, las razones que han de mover á todos los devotos del Corazón de Jesús á reparar con sus oraciones, con sus mortificaciones, con sus comuniones frecuentes y fervorosas, por la ingratitud y la impiedad del mundo, por la ingratitud y la indiferencia de la mayor parte de los cristianos, por la poca correspondencia y el poco amor de sus almas escojidas. ¡Qué manatial tan fecundo de méritos, de dolor, de arrepentimiento, de lágrimas de amor!

¿Quién podrá decir que nunca ha ofendido á este Corazón que es la misma belleza, la misma bondad, la amabilidad misma? ¿que le ha servido como fiel y abnegado siervo? ¿que ha mirado como suyos propios sus piadosos intentos? ¿que ha sentido siempre lleno su corazón de

agradecimiento por sus innumerables y grandes beneficios? ¿que tiene su corazón tan vacío de sí mismo y tan lleno de Jesús como Jesús quiere? ¿que no tiene ningún apego á cosa alguna de este mundo, y que por Jesús lo desprecia todo, sintiéndose dichoso con solo su amor?

Para reparar, pues, solo nuestras miserias personales, nuestro poco ó ningún amor, nuestra increíble indiferencia para con el Corazón de Jesús, ¡cuántas y cuán ardientes lágrimas y cuánto amor no necesitaríamos!

Mas para cargar con el peso de la expiación proporcionado á la ingratitud humana, solo las almas de gran temple, solo los grandes amores tienen fuerzas bastantes; que las almas vulgares sucumbirían bajo tan horrible peso. Sin embargo, á fin de que todos lleven alguna parte conforme al aguante de sus fuerzas, se ha dignado el Salvador indicar por sí mismo actos de reparación fáciles de cumplir y que le agradarán.

LA FIESTA DEL SAGRADO CORAZÓN

«Te pido, dijo un día Nuestro Señor á la B. Margarita, que el primer viernes después de la octava del Santísimo Sacramento se dedique á una fiesta particular para honrar mi Corazón, comulgando ese día y haciendo un acto público de desa-

gravios para reparar las ingratitudes que ha recibido durante el tiempo que ha estado expuesto en los altares.» De modo que el primer paso en el camino de las reparaciones consiste en celebrar anualmente la fiesta del Sagrado Corazón, la cual en nuestros días es ya de primera clase en la liturgia. En este día grande queda invitado el amor del hombre á desagraviar al amor de Dios y á enaltecerlo cuanto pueda.

Fuera de la santa Misa, dos cosas han de señalar este día para todo fiel cristiano: la sagrada Comunión y un acto de desagravios. La sagrada comunión porque siendo propio del amor el unir, fuerza es que, si amamos á Nuestro Señor, se lo probemos uniéndonos con El. Un acto de desagravios; porque habiendo de ser la fiesta esencialmente reparadora, el acto de caridad á que ella nos incita debe ir naturalmente acompañado de contrición.

También sería muy propia de semejante día la consagración al Sagrado Corazón.

No hay que olvidar el carácter expiatorio de esta fiesta. Bien lo hace resaltar por otra parte el lugar mismo que ocupa en el ciclo litúrgico. En efecto, la fiesta del Corpus es el día de triunfo del Santísimo Sacramento. Instituida en el siglo XIII, cuando la sagrada Eucaristía reinaba con la unidad de la fé por toda la cristiandad, ha paseado por espacio de

seis siglos en cortejo triunfal á Jesucristo. Pero el triunfo ha perdido ya mucho brillo; porque la herejía lo ha suprimido, la neutralidad moderna lo prohibe y aún muchos de los que á él asisten, lo deshonran. Por consiguiente, el Santísimo Sacramento, es decir, Dios habitando entre nosotros por amor, debía ser desagraviado. Pues he aquí lo que viene á ser la solemnidad del Sagrado Corazón; la solemnidad compensadora. De suerte, que el viernes, día de la reparación del Calvario, al terminarse la octava de la festividad del Corpus, toman, por decirlo así, el desquite los corazones consagrados al Corazón divino y prueban á Dios que aún le quedan amigos.

DIA 22

Obras de reparación.—La Comunión.

No puede haber devoción verdadera al Corazón Sagrado sin frecuencia de sacramentos. La comunión ocupa indudablemente, entre todas las obras piadosas hechas en su honor, el lugar primero. Sin la comunión sagrada, ó no nacerá la devoción al Corazón de Jesús, ó si, merced á circunstancias extraordinarias, naciere, no se desarrollará, sino que permanecerá estacionaria y tendrá una vida lánguida.

moribunda, y expuesta á extinguirse á cada hora.

¿Crecerá una planta, desplegará lozana sus hojas, brotará flores ni se coronará de frutos, si desgraciadamente le hubiere tocado en suerte nacer á la sombra? Faltándole el sol, todo le falta: fáltale luz y fáltale calor. Ahora, la comunión es luz y calor· El que no comulga, no llegará nunca á conocer á Jesús: podrá pensar, podrá discurrir, leer, intruirse con avidez, oír exhortaciones elocuentes y sabias: podrá orar; pero mientras no llegue á comulgar, Jesús será una incógnita para él; de sus ojos no se caerá la venda que le impide conocerlo. ¿En qué conocieron los discípulos de Emáus á su divino Maestro resucitado? No en sus palabras, aunque luminosas y persuasivas; no en la explicación de los libros santos: lo conocieron en la *fracción del pan*. Cuando Jesús bendijo el pan y lo consagró; cuando les dió la sagrada comunión, entonces se abrieron sus ojos y conocieron que era El: la comunión llevó en un instante la convicción, la fé, la luz, á su espíritu.

¿Y no habiendo luz, habrá calor? ¿Habrá amor si no hay conocimiento? Del conocimiento de Jesús, de sus perfecciones, de su belleza, de sus encantos, brota el amor: conocer lo bello y perfecto, y no amarlo, es imposible. Nuestro corazón está hecho de tal suerte, que presentán-

dole alguna cosa hermosa, se siente cautivo de ella, y deja de ser dueño de sí mismo: lo hermoso lo domina y arrastra. Aun la debilísima vislumbre de la belleza divina que se muestra en las cosas creadas, vemos cuán fascinador poder ejerce aún sobre los corazones que no conocen la belleza celestial, ni se sienten subyugados por ella.

Además, el amor á Jesús es el efecto más inmediato é infalible de la santa comunión; porque Jesucristo le ha dado esta singular y divina virtud. Es la Eucaristía el sacramento por excelencia de su amor. Todos los sacramentos son debidos á la caridad infinita del Hijo de Dios; pero en éste todo es amor y el amor más grande é incomprensible. El amor de Jesús concibió este Sacramento; su amor lo instituyó; su amor venció los grandes obstáculos que se oponían á su institución. Por amor á nosotros se quedó Jesús con nosotros, y viene á nosotros; quiere inflamar nuestro amor, forzarlo, arrebatarnos el corazón.

Por esto se llama la Eucaristía el Sacramento del *Amor:* ningún otro nombre le cuadra tan bien. Por esto la comunión produce el amor á Jesús, y lo produce como fruto que le es propio, del cual no puede carecer el que la recibe, si no impide á Jesús infundírselo ó acrecentárselo. Por esto, finalmente, ha querido concentrar

Jesús todo su amor en su Sacramento, pues el del Altar es propiamente el suyo; y ha dispuesto comunicar *de ordinario solo* en él la gracia de los predestinados, su amor.

DIA 23

Obras de reparación:—La Comunión reparadora.

La comunión reparadora no es una práctica accesoria añadida á la devoción del Sagrado Corazón, antes forma uno de sus grados, y es la segunda manera de practicar la reparación tal cual la pidió Jesucristo.

Como allí donde Nuestro Señor vive realmente presente por amor entre nosotros, es donde mayores ultrajes recibe, era muy natural que para la Eucaristía principalmente nos pidiese reparaciones. Y el medio de reparar la indiferencia y los sacrilegios de que es objeto el Santísimo Sacramento, ¿cuál ha de ser sino comulgar con frecuencia y con fervor? «*Primeramente*, dijo Nuestro Señor á la B. Margarita, me recibirás en el Santísimo Sacramento siempre que te lo permita la obediencia, sean cuales fueren las mortificaciones y humillaciones que por ello vengan sobre tí ..... estas son prendas de mi amor... »

"*Además* comulgarás todos los primeros viernes de mes."

"Dame este consuelo, hija mía, de suplir con tus comuniones las ingratitudes de los hombres."

El amor, ya lo hemos dicho, tiende á la unión. Por eso nuestro amantísimo Señor, á fin de unirse con nosotros, no dudó en hacerse El mismo alimento, por cuya asimilación inefable es tan *íntima la unión mística* que resulta entre nuestra alma y Jesucristo, que sobre la tierra no hay ninguna que la aventaje. Como Jesucristo ama tan de veras á nuestra alma, no cesa de aspirar á ese dulce abrazo de la comunión: quien ama á Jesucristo, debe por su parte aspirar al mismo abrazo, y desearlo con toda la frecuencia posible. El hambre de la Eucaristía es señal de la devoción al Sagrado Corazón.

Mas por excelente que sea la comunión, ha de haber una regla que mida su frecuencia, porque si no, resultaría en esto, como en todo, que lo mejor se convertiría en enemigo de lo bueno. Pues la regla indicada por el mismo Jesucristo es la obediencia, pero tal obediencia, que sirva de freno más que de estímulo. Por de pronto, la comunión de los primeros viernes de mes está tan determinadamente recomendada, que en tales días ningún amigo del Sagrado Corazón puede faltar á la cita.

DE EL SALVADOR

DIA 24

Obras de reparación.—La Hora Santa.

Durante aquella triste noche de la Pasión, no llamó Cristo Señor nuestro indiferentemente á sus Apóstoles á ser testigos de su agonía, sino que escalonando á los demás por el camino, no admitió en el Huerto más que á tres.

Es decir, que el Sagrado Corazón no pide todo á todos; y á los más fervorosos les indica un paso más que dar en el camino de la expiación; tal es la Hora santa.

"Todos los jueves por la noche, dijo Nuestro Señor á la B. Margarita, te haré particionera de aquella agonía mortal que quise experimentar en el Huerto de las Olivas. Para acompañarme en la humilde oración que entonces presenté á mi Padre, te levantarás entre once y doce de la noche, te postrarás durante una hora conmigo, pegado el rostro al suelo, tanto para calmar la cólera divina implorando misericordia para los pecadores, como para endulzar de algún modo la amargura que experimenté por el abandono de aquellos mis Apóstoles que no pudieron velar una hora conmigo."

Estas palabras concretan suficientemente la naturaleza y el objeto de la Hora santa, y bastan para recomendarla.

Gustábale á Jesucristo orar por la noche: la Iglesia despierta por la noche á sus religiosos y los pone en oración para que rueguen por el mundo culpable. Está, pues, bendecida por Dios esta hora, y consagrársela será hacer un acto de buena voluntad más meritorio, y, por lo tanto, más agradable.

Pero esta práctica de austeridad, practicada en la forma que el Señor le pidló á la B. Margarita, exige fuerzas y proporción que apenas tendrán muchos fieles; sin embargo en la forma mitigada en que la Iglesia permite hacerla (véase p. 560 y siguientes), está al alcance de todos, aún de los menos fervorosos.

Resulta, pues, que la fiesta del Sagrado Corazón, la Comunión reparadora y la Hora santa son los ejercicios de reparación señalados por Nuestro Señor á la B. Margarita: con lo cual se ve que trataba como un sabio maestro, cuyo oficio es poner en camino á su discípulo, y dejarlo luego andar sólo por él. El Sagrado Corazón pone por medio de estos tres ejercicios á sus devotos en el camino de la expiación: á ellos les toca luego, estimulados por el amor, el correr por él.

Los que no quieren tomarse el cuidado de entender la devoción al Sagrado Corazón, la miran á veces como una invención de las almas propensas al sentimentalismo, ó como una especie de quietismo

arrebatador y vanidoso: cuando es, por el contrario una escuela de inmolación y tiene por alimento el sacrificio; cuando no hay en el cristianismo nada ni más viril ni más heroico, puesto que según ella, el punto donde el amor de Dios y el amor del hombre han de abrazarse, es la cruz.

DIA 25

Obras de reparación.—El Santo Sacrificio de la Misa.

Después de la comunión, que es el acto más esencial de la devoción al Sagrado Corazón, y en el cual consiste principalmente el culto de la Eucaristía, ningún otro puede haber tan excelente, tan propio de este culto, tan del agrado de Jesús, tan útil para el alma, como la asistencia al Santo Sacrificio de la misa.

Lo que da vida á la devoción al Corazón Divino, lo que conserva esta vida, lo que la acrecienta admirablemente hasta elevarla á su plenitud, es la devoción al Santísimo Sacramento del Altar. Hemos visto que el fin, que el objeto, que el todo en la devoción de que venimos tratando, es el amor de Jesús, y que la Eucaristía es el sacramento de su amor y la prueba mayor y más portentosa de su amor.

Síguese de aquí, que en esta devoción será tanto más importante y más noble

una práctica piadosa, cuanto más directamente se refiera á la Eucaristía y más íntimamente ligada esté con ella.

Bien se ve, según esto, que la santa Misa, aunque para quien la oye, cede en importancia á la comunión, no cede á otro acto alguno de piedad; y que el devoto del Corazón Sagrado no ha de perdonar medio alguno á fin de asistir á ella con la frecuencia y devoción posibles.

Dos aspectos, en efecto, presenta la Eucaristía: el sacrificio y el Sacramento: en el sacrificio se ofrece Jesús á su eterno Padre como víctima por los hombres, en el sacramento se da á sí mismo en alimento. En el sacrificio se inmola Jesús, muere místicamente; en Sacramento se inmola también de alguna manera, y muere misteriosamente en nuestro corazón.

El sacrificio de la misa es el más puro, el más santo, el más augusto sacrificio; sacrificio que tiene virtud para aplacar la ira de Dios y atraernos todas sus misericordias. Excede incomparablemente á todas las víctimas y holocaustos que se pudieran ofrecer al Señor; es de un valor infinito, por ser infinito el sacrificador principal, que es Jesús, é infinita la víctima que aquí se ofrece, que es el mismo Jesús. En la misa se renueva invisible é incruentamente el sacrificio del Calvario. El Salvador murió una vez; con su muer-

te nos redimió, nos devolvió la vida; con su sangre preciosísima nos lavó de nuestras culpas y nos restituyó la vestidura esplendente y celestial de la gracia; su amor lo sacrificó, le inspiró este designio, y le dió fuerzas para hacer este doloroso sacrificio. Pero Jesús, habiendo resucitado, ya no muere, ya no puede morir; su cuerpo es impasible, gloriosísimo; la muerte ha perdido su dominio sobre él. Para Jesús no existe ya el dolor; revístelo la inmoralidad; pero el amor de su Corazón es siempre el mismo, se ha hecho en cierto modo inmutable y eterno, porque continúa dándonos las mismas pruebas de su amor, prodigándonos, sin cesar jamás, la inmensidad de su ternura.

Hubo de dejar á los suyos y subir á los cielos: su presencia corporal, parecía había de cesar; pero su amor no lo sufrió, é instituyó la Eucaristía.

Después de su muerte, resucitó su cuerpo santísimo, inaccesible ya al dolor y á la muerte; pero su amor determinó morir invisiblemente y sin derramamiento de sangre en el sacrificio de la misa. Presencia incesante, muerte incesante, amor inmutable, el mismo amor que nos mostró en su encarnación y en su muerte y de que nos sigue dando sin interrupción grandes y magníficas pruebas que revelan su intensidad y su ternura: he aquí lo que

el Corazón de Jesús quiso que fuese la Eucaristía.

¡Qué respeto tan profundo, qué humildad, qué recogimiento, y sobre todo, qué amor deben sentir nuestros corazones en presencia del santo sacrificio! La víctima es un Dios; el que la ofrece principalmente, es un Dios; y este Dios es sacrificado por nosotros, por nuestro amor. La víctima clama á este Dios á los cielos implorando en favor nuestro su piedad; los ángeles la adoran; el cielo se abre sobre la tierra apartando de ella sus castigos é inundándola con el torrente de sus gracias; el Corazón de Jesús se inmola, inmólalo su amor; este Corazón es el holocausto, holocausto de infinita dignidad, de infinito valor, de infinita eficacia, de amor infinito.

DIA 26

Obras de reparación.—Visitas al Santísimo Sacramento

Jesús está en la Eucaristía: está para fortalecernos, para consolarnos, para concedernos sin tasa ni medida sus riquezas divinas; está por el grande amor que nos tiene. Por otra parte, nosotros necesitamos de su presencia, de su gracia, de sus consuelos, de su amor. Luego la gratitud, luego el amor, luego nuestro propio

interés nos dicen que debemos visitar á Jesús en el Santísimo Sacramento.

Muy celoso es Dios de nuestra gratitud; también son los hombres celosos de la que otros les deben; y con razón, pues la gratitud es un sentimiento natural de nuestra alma. Solo desnaturalizando y contrariando nuestras inclinaciones, podemos ser ingratos. Por esto son tan despreciables los ingratos. Pero ¿se piensa de la misma manera, con la misma rectitud, cuando se trata del Salvador y de los beneficios que de él hemos recibido?

¿No es el mayor, el más asombroso de todos, la divina Eucaristía? ¿Qué obligó á Jesús á quedarse en medio de nosotros hasta el fin de los siglos? ¿No fué el deseo de enriquecernos con sus bienes, de mostrarse benéfico para con nosotros? La presencia real de Jesús en el Sacramento del Altar, cada instante de esta presencia, ¿no es un beneficio señaladísimo suyo, pues en cada instante nos es dado acercarnos á él y obtener sus favores?

Mas ¡oh exceso de ingratitud y aún de ceguedad! no solo no agradecemos á Dios sus gracias, sino que hasta nos negamos á recibirlas cuando él nos las ofrece. No visitar á nuestro amable Salvador en la Eucaristía, es no querer admitir los dones de su misericordia.

Jesús nos da una prueba en el Sacramento del Altar de cuánto nos ama; su

amor traspasa los límites de todos los amores que se han visto en el mundo, y que el pensamiento humano puede concebir. Al leer ciertas relaciones, aún imaginarias, hasta de amores viles y vergonzosos, en que el sentimiento del amor es horriblemente desfigurado y en que apenas se conserva una apariencia de amor, suelen conmoverse los hombres y verter lágrimas: ¡y sin embargo no sienten ablandarse su corazón á vista del amor inmenso de Jesús! Ah! no se conmueven ni ablandan porque les falta fé y les falta pureza.

Pero ¿qué escusa podrán alegar los corazones creyentes, piadosos y puros, para no visitar al Dueño de sus corazones en el Sacramento de su amor?

¿Dudarán del amor de Jesús, de la grandeza, de la ternura de su amor? ¿Creerán acaso que el amor se contenta con otros dones que no sean amor? ¿Es pagar amor con amor no acordarse nunca, ó solo rarísimas veces, de que el Redentor ha fijado el trono de su amor en el tabernáculo, donde desea ardentísima y estremadamente ser visitado, amado y adorado?

«Venid á mí, dice el Salvador, los que trabajais y estais cargados, que yo os aliviaré.» Todos trabajamos y estamos cargados todos. No se fatiga más, no sufre más, no hace mayores ni más gran-

des esfuerzos el que va contra viento y marea, que el que hacen nuestras almas luchando con las oleadas tempestuosas de esta vida. ¡Qué de inquietudes, qué de temores, de zozobras, de contradicciones, de combates, de debilidad, de desaliento, de pequeñeces, de miseria, de pasiones!

Trabajo, ruda labor pelea constante y sangrienta es nuestra vida. ¡Cuán contadas son las horas de tranquilidad y de paz!

Además de incesante lucha, tenemos aún que sostener el peso de nuestras culpas é iniquidades, peso enorme y abrumador que nos agobia é inclina tristemente hácia la tierra.

¿Cómo salir triunfantes del combate? ¿Dónde hallaremos el puerto de la salud? ¿Qué fuerza superior vendrá en nuestro socorro?

Oíd lo que dice Jesús: «Venid á mí que yo os aliviaré.» Todos vuestros males cederán á la fuerza omnipotente de mi gracia, á la unción y á los consuelos dulcísimos de mi amor. Venid á mí: bien sabeis dónde estoy, dónde resido como rey soberano en la casa de mi amor; venid á mí en el Sacramento inefable de mi caridad: yo os aliviaré. Venid, que yo tengo consuelo, tengo paz, tengo bálsamo para todas las heridas, laureles para todos los combates. Venid: primero os aliviaré; despues os haré agradecidos y os daré mi amor.»

DIA 27.

OBRAS DE REPARACIÓN

Mortificación.

Así como no hay virtud verdadera y sólida sin mortificación, y mortificación constante, así tampoco hay sin ella devoción verdadera al Corazón de Jesús, ni amor verdadero á este divino Corazón. Amor que no puede presentar obras, que no da pruebas de su verdad y de su ardor, no merece el nombre de tal; es un amor muerto, no es amor.

Tan propio es del amor manifestarse, dar pruebas de sí, como lo es del fuego calentar y de la luz esparcir claridad. Siempre se ha dicho que el amor es ingenioso, y que nada hay tan ingenioso como él. No se contenta con dar pruebas dudosas, ni débiles; tales pruebas jamás acreditarían su intensidad ni su ardor. Busca lo más difícil, lo que más cuesta, lo que mayores sacrificios impone, y en ello se deleita, y sólo cuando ha dado testimonios de esta especie, se atreve á decir y publicar que ama, porque sólo entonces ninguna voz podrá levantarse á poner en duda su afecto ni á desmentirlo.

No hay nadie que no pueda mortificar su natural, sus deseos, sus inclinaciones, callar ó suprimir una expresión, precisa-

mente cuando la viveza del genio ó la vanidad inclinaría á responder ó á hablar. Ve ahí en lo que consiste principalmente la mortificación interior con que el amor propio se debilita, ó se reduce á la razón, y por cuyo medio se logra deshacerse de las imperfecciones. En vano nos lisonjearemos de amar á Jesucristo si no somos mortificados; sin esta perfecta mortificación son sospechosos todos los más bellos sentimientos de piedad, todos los ejercicios de devoción.

No basta mortificarse por algún tiempo, y en algunas cosas: es preciso, si se puede, mortificarse siempre y en todo, con tal que no se falte á la prudencia y á la discreción. Una sola satisfacción desarreglada que concedas á la naturaleza, la hace más orgullosa y más rebelde, que lo que cien victorias conseguidas sobre ella la hayan debilitado.

Todos los que tienen un deseo verdadero de ser perfectos, conocen esta especie de mortificación; y no hay cosa alguna que no les dé ocasión para contradecir sus inclinaciones naturales.

Basta que tengan una gran gana de ver ó de hablar, para que bajen los ojos, ó callen; el deseo de adquirir noticias y de saber lo que pasa, ó lo que se dice, les sirve de un continuo objeto de mortificación, tanto más meritoria cuanto más sencilla y común, y que sólo tiene á Dios

por testigo. Una palabra á propósito, una agudeza dicha con talento y con gracia, pueden hacer honor en la conversación; pero también podrá ser materia de un bellísimo sacrificio. Se te interrumpirá cien veces en una ocupación muy seria; y si cien veces respondes tú con la misma dulzura y mansedumbre que si nada estuvieras haciendo, atesorarás méritos que te colmarán de bendiciones.

Hay mil incomodidades propias del lugar en que uno se halla, de la estación, de las personas que nos rodean; pues ellas son también otras tantas ocasiones de mortificarnos con mucho mérito; y puede decirse que las mayores gracias y la santidad más sublime dependen regularmente de la generosidad en mortificarse constantemente en esas pequeñas ocasiones que á cada paso brotan.

Mas nadie se figure que por practicar así la mortificación, tendrá que pasar una vida triste y áspera. ¡Ah, no! el yugo de Jesucristo es suave y su carga ligera. ¿Se engañaban acaso los santos cuando exclamaban: «Colmado estoy de gozo en medio de las tribulaciones?»

Ea, pues, un poco de ánimo: aquí sólo es costoso el primer paso: haz la prueba, pues la cosa merece bien que se haga la experiencia. «Si después de quince días de una mortificación continua y perfecta, no gustamos ya las delicias que los otros

experimentan, decía un gran siervo de Dios, consiento que se diga que la vida de los que aman verdaderamente á Jesucristo es enojosa, y que es pesado el yugo del Señor.

¡Ah Señor! ¿quién puede explicar, quién puede ponderar el placer, la alegría que se siente luego que se ha hecho cualquiera de las imperceptibles mortificaciones que quedan indicadas? ¡Oh, qué tosca sensibilidad tiene quien sólo lo encuentra satisfaciendo sus inclinaciones materiales! Haz la prueba, repito; prívate de esas ligeras satisfacciones que ibas á tener en hablar ó en ver lo que no es necesario: sacrifícalas al Corazón de Jesús..... y tú serás quien ganes, tú serás quien sostengas que el placer que se halla en esa mortificación es incomparablemente mayor que el gusto insípido de que te has privado.

DIA 28

Apostolado. I.—Celo de la gloria del Sagrado Corazón.

La tercera cosa que nos pide el Sagrado Corazón es el apostolado.

Hemos visto que este divino Corazón tiene *un deseo infinito de ser conocido y amado de los hombres.* Notemos esta palabra *infinito.* ¿Podía Jesús haber dado á conocer de una manera más expresiva

el ardor y la vehemencia de su deseo? No dijo *grande*, *ardiente*, *apasionado*, *irresistible*, sino que dijo mucho más, todo lo que pudo decir. Más allá de lo infinito no hay nada.

¿Por qué no dijo Jesús simplemente que lo *deseaba?* ¿No hubiera sido suficiente esta palabra? Sí, indudablemente. El deseo de Dios ha de ser nuestra ley; el deseo de Dios, si Dios lo quiere, se cumple infaliblemente, pues tiene un poder y una eficacia infinitas. ¡El deseo de Dios! Cumplir este deseo es toda nuestra felicidad, el fin que más poderosamente ha de movernos siempre y en todo.

Pero Jesús lo desea *infinitamente*, es decir, cuanto su Corazón divino puede desearlo. ¿Quién no dará gustoso su sangre y su vida por complacer á este Corazón, por cumplir su deseo, su inmenso deseo?

¿Se necesitará más para decidirnos á buscar la gloria del Sagrado Corazón, á procurarla con todas nuestras fuerzas, sacrificándole, con toda la alegría y con el más noble y ardiente entusiasmo de nuestras almas, todo cuanto tenemos y somos: salud, tiempo, fuerzas, bienes, tranquilidad, sentimientos, afectos, todas las cosas?

¿Acaso no sabemos quién es Jesús, y cuán bien merece nuestros sacrificios? ¿Puede haber, puede concebirse dicha más

DE EL SALVADOR

envidiable, más pura, más grande, que trabajar, con todos los esfuerzos de nuestra actividad y con toda la energía de nuestra alma, en la propagación del culto y de los santos intereses del dulcísimo Corazón de nuestro Padre, de nuestro amigo, de nuestro amante, de nuestro Dios?

¿Quién es tan pobre, quién tan falto de salud y de fuerzas, de tiempo y de libertad, de pensamientos y de afectos, que no pueda ganar un corazón para Jesús, que no pueda hacer germinar en algún pecho un sentimiento afectuoso hacia Jesús, que no pueda encontrar expedientes y arbitrios para atraer un alma siquiera al Corazón de Jesús?

Si nuestra lengua no encuentra una palabra que decir del Sagrado Corazón; si nuestro corazón no halla ningún sentimiento de amor que manifestarle; si nos faltan medios de propagar esta santa, esta dulce, esta divina devoción, ¡ah! reconozcamos que nuestros corazones están fríos, porque si hubiera amor en ellos, ese amor comunicaría á los demás su propio fuego. El que ama, jamás se cansa de hablar de su amor ni de ensalzar á la persona amada. Aunque no supiera sino una sola palabra, la palabra *amor*, la repetiría cien y cien veces, hasta el fin de su vida. Lo que hagamos por el Sagrado Corazón de Jesús, de ningún modo lo

perderemos. Si no conseguimos nuestro intento; si la palabra con que exhortamos al amor del Sagrado Corazón, es desechada; si el mundo se mofa de nosotros, Jesús nos premiará. ¿No merece acaso el sufrimiento de nuestro corazón por no haber alcanzado lo que deseábamos, un premio aun mucho mayor que si nuestros deseos se hubiesen cumplido? ¿Nos negará el Corazón de Jesús esta recompensa?

Pero no hablemos de recompensas; aunque nada nos prohibe que sirvamos a Dios por amor del premio. Hagámoslo todo por amor, por aquel amor purísimo que no se acuerda de las recompensas, bastándole en todo Jesús.

¡Oh, quién pudiera derramar toda la sangre de su corazón por dar siquiera un átomo de gloria á Jesús!

Si en toda nuestra vida, por larga que fuese, no nos empleásemos sino en hacer nacer en un solo corazón un solo afecto de amor á Jesús, sería bella nuestra vida y gloriosísima. Ese solo afecto amoroso vale incomparablemente más que todas las estrellas del cielo.

En la viña del Señor todos somos obreros; trabajemos todos, hagámonos propagadores celosos todos, y apóstoles del Corazón santo de Jesús y de su gloria. No hay para nosotros otra gloria ni otra dicha.

Si queremos la recompensa, aun cuan-

do todo lo hagamos puramente por amor, podemos esperarla y pedirla á Jesús, y su Corazón se abrirá infaliblemente para concedérnosla. Nos concederá la gracia de las gracias, la dicha de las dichas, su puro amor, con que será nuestro también el cielo.

DIA 29

Apostolado. II.—Congregaciones

1.º Sobremanera útiles son las asociaciones piadosas para excitar el fervor, para conservarlo, encenderlo, para alcanzar más abundantes gracias del cielo, para propagar la gloria de Dios, para facilitar el cumplimiento de las prácticas de piedad, para agradar á Dios.

Estas grandes ventajas se comprenden sin esfuerzo alguno. ¿Quién no sabe el influjo poderosísimo, casi irresistible, que ejerce en nuestro ánimo el ejemplo? Las palabras, aun las más santas, incitan y persuaden; mas los ejemplos nos arrastran é impelen con una fuerza superior. Sin hablar de las gracias particulares que la Iglesia concede á estas asociaciones, ¿quién ignora que la oración en comun tiene más eficacia para alcanzar lo que se desea, que la oración particular? La palabra misma de Jesucristo nos lo asegura.—¿Quién no comprende que los esfuerzos individuales para promover la gloria

divina son mucho ménos eficaces que los de una corporación en que todos obedecen á una voz, en que solo hay un pensamiento, una voluntad, y en que las fuerzas de todos se dirigen ordenadamente, según la capacidad de cada cual, á un mismo y único fin? Para facilitar el cumplimiento de las prácticas buenas ¿no es evidente también, que éstas se hacen sin dificultad alguna, sin sentir el trabajo anexo á todo lo bueno, si las hacen muchos, de la misma manera, en común y en tiempo determinado? Para agradar al Señor finalmente, ¿no es también clara su utilidad en atención á que Dios desea la unión, la concordia, la fraternidad verdadera y santa entre los suyos? El amor al prójimo, la caridad cristiana que asocia muchas voluntades formando una sola familia espiritual, cuyo jefe es Jesús, cuya divisa es su gloria, y cuyo vínculo de unión es su amor, ¿puede dejar de agradar al Dios de toda caridad?

Si tales son las utilidades de las congregaciones piadosas, ¿sería perdonable que una persona que se preciase de devota del Corazón de Jesús, ó que aspirase á serlo, se negara á inscribirse en alguna de sus congregaciones, ó descuidara hacerlo? ¿que para nada tomase en consideración ni el mal ejemplo que daría á los asociados, ni las dudas legítimas que despertaría su conducta acerca de la sinceri-

dad de su devoción, ni las gracias otorgadas á las asociaciones, ni el deseo de Jesús, ni su gloria? Por cierto que ese tal no merecería el nombre de devoto del Corazón Sagrado.

2.° Si tan útiles son las congregaciones para excitar y conservar el fervor de la devoción en nosotros, no lo son menos para ejercitar nuestro celo en favor de los demás.

La difusión de imágenes, oraciones y libros, es ciertamente una obra excelente de celo. También lo es hablar de esta devoción con entusiasmo, recomendarla con calor, orar fervorosamente para que se difunda y llegue á todos los corazones, y á todos los regenere.

Pero sobre todo lo es el inducir á otros á incorporarse en una congregación del Corazón de Jesús. La más ligera atención nos bastará á persuadirnos de ser en efecto éste el medio más podoroso, seguro y fácil de extender la devoción al Corazón Sagrado. Un consejo, una exhortación piadosa, una imagen, un libro, producen impresiones, acaso profundas, pero pasajeras. Para que una devoción se arraigue en el alma, son menester ejercicios repetidos, solicitud incesante, exhortaciones, buenos ejemplos, frecuencia de sacramentos. Ahora bien: todas estas cosas tienen lugar en las congregaciones.

Los que trabajan en tan santa tarea,

ocúpanse eficazmente en la salvación de las almas, que es el ministerio de los sacerdotes, el ministerio más noble, más consolador, más santo de todos. Porque el que tiene devoción al Corazón Sagrado, y es fiel á esta devoción hasta el fin, tiene la prenda más segura de su salvación eterna.

Pero aun cuando del que habiéndola abrazado, la abandonare después, se puede afirmar que su entrada en una congregación tiene por resultado casi necesario el evitar por lo menos una ofensa grave de Dios: tan grande es la eficacia y fuerza regeneradora de esta devoción. Pues quien impidiese un pecado mortal, ¿ganaría menos que si ganase el universo entero?

DIA 30

APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

El *Apostolado de la Oración*, que se llama también *Liga del Sagrado Corazón*, consiste en orar diariamente por las intenciones del Corazón de Jesús.

Ofrecer en sus oraciones, las obras, los sufrimientos, el trabajo de cada día, las obras espirituales de cada día, las penas y amarguras de cada día, y ofrecerlo todo á Jesús, como un homenaje, un sacrificio de amor, uniéndolo con las intenciones purísimas y divinas con que este Co-

razón se inmola cada día en nuestros altares: tal es el objeto de la asociación del Apostolado, liga sagrada de los corazones amantes del Corazón de Jesús.

Siendo esta la naturaleza del apostolado, nada hay que agregar para poner de relieve su importancia, su excelencia, su relación necesarira con la devoción del Corazón Sagrado.

¿Hay nada más importante, más excelente, más en armonía con esta devoción, que participar de los afectos del Corazón del Hijo de Dios, revestirse de sus sentimientos, hacerlos nuestros, rogarle, suplicarle todos los días que se realicen sus deseos, ofrecerle por la realización de sus deseos todo cuanto hacemos, suplicarle uniéndolo todo con sus mismas intenciones, uniendo todas nuestras voces en un vasto coro de santas plegarias? Oración más perfecta no la hay, ni más provechosa para nuestras almas, ni más agradable al Divino Corazón de Jesús.

Porque ¿qué le pedimos cuando oramos de esta suerte? Le pedimos que se cumplan las aspiraciones, los deseos de su Corazón; le pedimos que sea conocido, amado y glorificado su Corazón: oramos según la voluntad de Jesús, con él, por él, con la más pura y santa intención.

No nos prohibe Dios pedirle bienes materiales, si han de servirnos para la feli-

cidad eterna de nuestra alma; pero respecto á los bienes espirituales, quiere Dios que los pidamos con filial y entera confianza, sin restricción ni condición alguna, y de estos bienes es el mayor su amor divino. Suplicarle, pues, que nos lo conceda, suplicárselo siempre, y suplicarle solo esto, es una oración hermosísima, tan grata al Señor y tan eficaz, que penetra hasta el Corazón de Dios, y sube á los cielos como un perfume delicadísimo de la piedad cristiana.

Pero en esta súplica, enderezada principalmente á alcanzar el amor del divino Corazón, concíbese que se mezcle en uno algún amor de sí mismo, aunque puro y santo. Más perfecta sería nuestra oración si solo pidiésemos el cumplimiento de los deseos, y la gloria del Corazón de Jesús. Así le mostraríamos claramente aquel amor purísimo, que de sí mismo se olvida, que solo piensa en el objeto de su amor, que no anhela sino á verlo amado y glorificado. Quien así ora y suplica, olvidado de sí mismo, suspirando solo porque plenamente se cumplan todos los deseos del Corazón de Jesús, obtendrá ciertamente su amor. ¿Cómo no habrá de conmoverse este Corazón tiernísimo al vernos anhelar de esta manera por su glorificación? ¿Ni cómo ha de permitir su generosidad que le hagamos el sacrificio de nuestro más legítimo y más dulce

deseo, que es el de amarlo, sin apresurarse á concedernos su amor?

El Apostolado de la Oración nos enseña y mueve á orar de esta manera perfectísima. ¡Qué hermosa oración! ¡y qué noble y santa liga la de los corazones que así oran con el Corazón de Jesús!

Propagar el *Apostolado de la Oración*, practicarlo y desarrollar su espíritu es la obra más excelente de celo por la gloria del Sagrado Corazón que puede hacerse, pues esta piadosa y esforzada *Alianza del Corazón de Jesús* tiene por único blanco el triunfo completo de los intereses de este Corazón divino, dando á las obras, aún las de suyo más indiferentes, el valor y mérito de obras apostólicas, y forma de toda nuestra vida el holocausto perpetuo de la devoción al Corazón de Jesús.

DIA 31

El Corazón de Jesús.

I

Lo que se entiende por *el Corazón* de Jesús es sencillamente el corazón material, el corazón de carne del divino Salvador, el mismo que latía en su pecho durante su vida mortal, el mismo que fué herido con la lanza del soldado en la cruz, y el mismo que Jesucristo resucitado con-

serva aún en su gloriosa humanidad. Es, pues, el corazón de carne; pero en cuanto es el símbolo y el emblema de la caridad de Jesucristo, es decir, del amor á su Padre y del amor á los hombres.

Ahora bien: á la manera que el hombre se compone de cuerpo visible y alma invisible, y el habla es un compuesto de palabras que percibe el oído y de ideas que el alma entiende por medio de esas palabras, de esa misma manera el objeto de la devoción al Sagrado Corazón es un compuesto, á saber: de un elemento material y sensible, que es como el cuerpo de esta devoción y es el Corazón de Jesús, y de un elemento espiritual que es como su alma, y lo es la caridad de que está lleno el Corazón de Jesús.

Por tanto, separar estos dos elementos sería destruir la devoción al Sagrado Corazón: así el que pretendiera que se honrase sí la caridad de Jesucristo, pero no su Corazón de carne y material, no tendría la devoción del Sagrado Corazón, y por el contrario los que quisieran honrar solamente el corazón sensible y no hacer de la caridad de Jesús sino el *motivo* y no el *objeto* de su culto, tampoco tendría idea exacta de la devoción al Sagrado Corazón.

2. Es absolutamente imposible referir las excelencias de la humanidad de Jesucristo, de esa alma y ese cuerpo de tal

modo unidos á la persona eterna del Hijo de Dios, que sin confundirse en lo más mínimo con su Divinidad, forman, no obstante, con ella una sola y única Persona divina, eterna, infinita. No: jamás ni en este mundo ni en el otro podremos comprender plenamente el misterio *infinito* de Jesucristo; jamás podremos adorarlo tan perfectamente como se merece; jamás lo admiraremos, lo amaremos y bendeciremos como merece ser bendecido, amado y admirado.

¡La humanidad de Dios! ¡Un alma y un cuerpo creados, ser el alma y el cuerpo del mismo Dios, y por consiguiente, adorables, divinos!..... ¡Qué abismo de grandeza! ¡qué misterio!

Pues bien: en esa humanidad adorable y toda divina, en ese abismo de santidad y de majestad hay algo, si no más santo, ni más sublime y excelente; algo al menos que simboliza y es como el centro de toda su santidad, sublimidad y excelencia, y por consiguiente, digno de toda nuestra adoración ¡hay el Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, el Corazón de Dios!

En Jesucristo, como en nosotros, el corazón es el órgano más noble y más delicado: es como el resumen, y por decirlo así, el centro vivo, la médula de todo el cuerpo. De aquí en gran parte la excelencia del corazón; de aquí también el lenguaje universalmente usado entre los

hombres y empleado por el mismo Espíritu Santo en las divinas Escrituras, en que se presenta el corazón como el compendio de la persona. Tener buen corazón es ser bueno; tener mal corazón es ser malo. Tener corazón es ser generoso, desprendido; no tener corazón es ser egoísta, ser malvado. El corazón es el hombre entero, considerado en lo que hay en él de más excelente.

Lo mismo sucede con ese Hombre, único, divino, que es Dios: Jesucristo. El Corazón de Jesucristo es, si así pudiera decirse, lo que hay más adorable en su adorable humanidad, lo más divino é inefable en su divinísimo é inefabilísimo cuerpo. Su Corazón es el órgano vivo de su amor, y su amor es el amor infinito de Dios encarnado.

¡Cuán amable no es, pues ese Corazón Divino!

En el hombre no hay en verdad otra cosa amable sino el corazón; mas cuando se dice Corazón de un Dios, esto quiere decir que cuanto grande, generoso, tierno, perfecto puede caber en el corazón de hombre, necesariamente se encuentra en ese divino Corazón, pero con todas las virtudes y perfecciones infinitas de un Dios; y si se nos muestra este Corazón, si se nos da á conocer, si se nos acerca, si se nos entrega, imposible será que no lo amemos. Encontrareis, pues, en el corazón de Jesús, Dios y hom-

DE EL SALVADOR

bre verdadero, todos los tesoros más preciosos de la naturaleza y los tesoros de la gracia inmortal. Ni nombrar podreis, ni imaginar virtud, cualidad, perfección que no se encuentren en el Corazón divino, pues imposible es que no haya puesto Dios en su Corazón todas las riquezas de la humana naturaleza y de la gracia sobrenatural. Mas á todas estas virtudes engrandecen todavía las perfecciones infinitas de la divinidad que habita en ese Corazón y le anima. A los ojos del Padre Eterno es el Corazón de Jesús la obra maestra y maravilla suprema de toda la creación: ni en la tierra ni en el cielo se encuentra cosa que compararse pueda con la magnificencia de ese santuario, con la gloria de ese altar, con la santidad de ese sacrificio. A los ojos del Verbo encarnado, ese Corazón es el principio mismo de su humana vida y el manantial fecundo de sus merecimientos infinitos. A los ojos del Espíritu Santo es el solo tabernáculo digno de su divinidad; solo en ese Corazón pudo derramar toda la abundancia de sus sagrados dones y preciosos frutos. En él solamente, el amor correspondió al amor sin límites y sin medida. ¡Oh infelices corazones de los hombres, que quereis amar, porque en el amor teneis vuestro fin y vuestra vida; ¿por qué os dejais así engañar, y dais vuestro amor á lo que pasa, á lo que nada es, y preferís la creatura al Dios creador, y el corazón del hombre, al Corazón

de vuestro Dios? ¡Qué! ¿una chispita, un débil rayo de luz, una gotita de belleza os atrae y os hechiza y seríais insensibles, permaneceríais indiferentes, cuando un Dios os muestra y os da su corazón? Sumergíos, pues, en ese océano, arrojaos á ese abismo: ahí están todos los bienes, ahí los tesoros todos de la vida y del amor. ¡He aquí este Corazón, exclama, que tanto ha amado á los hombres!..... Pues, no solo es el corazón más amable; pero nos amó tanto!.....

DIA 32

El Corazón de Jesús.

I I

Me amó, y se entregó á sí mismo por mí, dice extasiado el Apóstol. Esta es, la segunda razón que debiera para siempre conquistarnos el alma y hechizarnos el corazón: ese divino Corazón nos amó infinitamente, y con su amor mereció conquistar el amor de los hombres todos. Preciso es que meditemos hoy todavía y recordemos todos esos misterios y gloriosos triunfos de la divina caridad. En primer lugar, este Dios nos había amado desde toda la eternidad, y así nos lleva la ventaja de todos los siglos. Mas aquí no hablamos sino del Verbo hecho carne en el tiempo, y del

Corazón del Hombre-Dios, de un Corazón parecido al que late en nuestros pechos; pues bien, en el día primero de su formación en el seno de María, ese Corazón comenzó á palpitar y estremecerse de amor hacia nosotros, y se ofreció á su Padre como víctima por los pecados del mundo. En Belén, en el establo y en la paja de la cuna, comenzó á padecer, y si hubiéseis levantado los pobres pañales que envolvían al divino Infante, hubiérais visto cómo latía y palpitaba su Corazón, todo encendido en amor á los hombres, hermanos y amigos suyos!.....No podía ver llorar ni padecer, sin sentirse enternecido hasta llorar El mismo, y hacía milagros á cada paso para consolar ó curar á los desgraciados. No hay milagro de Jesús que no revele las bondades de su Corazón y el sentimiento de profunda compasión que la vista de nuestras miserias le inspiraba. Pero donde ese divino Corazón manifestó su ternura y misericordias para con nosotros fué sobre todo en los prodigios de su vida dolorosa, en los misterios de su pasión y de su muerte.

Contemplad desde luego al Salvador en los momentos de su agonía en el huerto de los Olivos, y tratad de comprender sus dolores y lamentos al verse desamparado de sus amigos y hasta de Dios su Padre, y cuando su Corazón, oprimido por cuatro mortales dolores, tedio, temor, tristeza y agonía, se rompió de repente, y con sus

lágrimas dejó caer un arroyo de sangre que inundó la tierra.... Fué aquella la hora de las mayores amarguras para el Corazón de Jesús, la verdadera agonía de su alma, que hasta el fin no cesará de hablar de su amor á los hombres ingratos y verdugos suyos. Ruégoos sobre todo, recordeis y mediteis esta palabra, uno de los postreros gritos de su Corazón: *Sitio, tengo sed*, y os enternecereis como San Agustín, que tan bien la comprendió é interpretó con esta sublime expresión: *Sitit sitiri*, imposible de ser bien traducida: tiene sed de que se tenga sed de El; arde en deseos, tiene sed de ser amado. Y cuando hubo exhalado en la cruz el último suspiro, todavía quiso darnos una última prueba de amor el divino Maestro. La mayor, había dicho un día, es dar su alma, su vida por los amados: mas El nos amó más allá de la muerte. Aún había en su corazón lágrimas y sangre: todo lo quiso dar y derramar en la tierra hasta la última gota. Fué un soldado con su lanza, y mirando á Jesús, vió muy bien que estaba muerto, mas quiso herirle todavía: hundió hasta su corazón el hierro, y al retirar la lanza, vióse manar de aquella última herida sangre y agua juntamente, «¡las últimas lágrimas!» Por un misterio de amor aún más inefable, por un triunfo aún más asombroso, encontró este Dios, en la divina Eucaristía, el secreto de

vivir y morir sin cesar por los hombres, ¿qué digo? de vivir y morir en sus mismos corazones. Ni le arredró, para llegar á este extremo, el exponerse á los desprecios, á los ultrajes, á las profanaciones más odiosas de su sagrado Cuerpo. El mismo día en que se decidió á hacer todos los sacrificios, en la misteriosa cena, veía á su mesa santa al pérfido Judas sentado entre los fieles y queridos Discípulos, lo cual no le impidió decir: «Este es mi cuerpo; esta es mi sangre; haced esto en memoria mía; estoy y estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.» Así su Corazón, vencido de amor, lo entregó á nosotros y por nosotros.

DIA 33

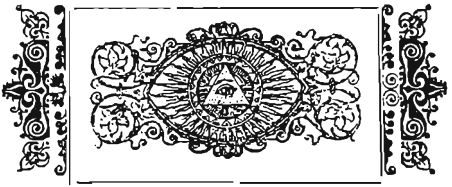
El Corazón de Jesús.

III.

Pero no era esto bastante aún para este Dios; habíanos reservado un favor más asombroso todavía, el de darnos su Corazón, y con este Corazón las gracias más abundantes. Todo el mundo sabe ahora dónde, cuándo y cómo nos hizo este admirable don Jesucristo, pero durante muchos años no se hablaba siquiera de tal beneficio. En la humilde villa de Paray-le-Monial, á una pobre Hermana de la Visitación, fue á confiar el Señor el secreto de sus dolores y santas promesas;

pidióle consuelos, y encargóle expresamente reparar la ingratitud de los hombres con su celo y con su amor. Mas ¿cómo nos dió ese Corazón? ¡Ah! esto es lo que debiera mover á nuestra alma: diónoslo tal como lo hizo el amor: Corazón de carne, recuerdo del primer misterio de su caridad infinita: la Encarnación, pero con una cruz por remate, y ceñido de una corona de espinas, con una profunda llaga, de la cual se ven manar olas de sangre y torrentes de llamas juntamente, memoria de su muerte, las unas, símbolo tierno de su amor las otras. En esa imagen, dos cosas hay que considerar sobre todo: el fuego y la cruz, el fuego de amor que arde incesante, y la cruz que permanece siempre en medio de las llamas, sin que la consuman ni dañen en lo más mínimo, para darnos á entender que no se puede amar sin sufrir, y que el sacrificio es la más bella, la única prueba del amor. Ese Corazón, verdadera víctima de amor, padece porque ama; padece porque no es amado, y se queja á nuestras almas, como se quejó á aquel ángel de la Visitación, su fiel esposa, la bienaventurada Margarita María, y nos hace las promesas solemnes que á ella hizo aquel día, y tantas veces ha renovado después. «He aquí, decíale, este Corazón que tanto ha amado á los hombres, de quienes sólo recibe ingratitudes.« Y

luego le pidió reparase esas ingratitudes. Leed una y otra vez estas palabras y meditadlas junto con las promesas de Jesucristo: encuéntranse en todos los libros y en multitud de estampas; mas creería yo faltar á un verdadero deber y resistir á una gracia, si no repitiera aquí á lo menos las principales, para inducir al lector á merecer tan extraordinarios favores. Las gracias todas necesarias al estado de cada cual, paz en las familias, consuelo en las penas, fortaleza y victoria en la muerte, conversión para los pecadores, fervor para los tibios, perfección para los justos, mil bendiciones para las casas donde fuere venerada la imagen de ese Corazón, para los sacerdotes don de mover y convertir á los corazones endurecidos. Y todas estas gracias, con la sola condición de ser devotos de ese Corazón divino; y además, si tuviereis celo de propagar y extender esta devoción, escribirá vuestro nombre mismo en su Corazón, del cual no será nunca borrado. Concluyamos con una sola palabra. ¿Quién podría dejar de amar á un Dios que tanto nos ha amado? ¿Quién podría negar su corazón á Jesucristo, cuando nos da El su Corazón? ¿Quién podría dejar de esforzarse en merecer tantas gracias, dándose, consagrándose al amor de ese Corazón divino, y trabajando con todas sus fuerzas en hacerle conocer y amar?



DIA FELIZ

Como en algunos lugares se practica la devoción del *Día feliz*, y es una práctica muy saludable y de las que dan más copiosos frutos de verdadera piedad, vamos á indicar el modo más sencillo y práctico de hacerlo.

El *Dia feltz* es un día consagrado enteramente al Sagrado Corazón de Jesús. En esta forma, es idéntico al Culto Perpetuo del Sagrado Corazón, de que hemos hablado anteriormente, con la diferencia sola de que para pertenecer al Culto Perpetuo y poder ganar la indulgencia plenaria que tiene concedida para el día que á cada uno le corresponda, es de necesidad pertenecer á la cofradía ó Pía Unión del Sagrado Corazón ó á la cofradía del Santísimo Sacramento, mientras que el *Día feliz* lo puede practicar cualquiera

que desee meter en su casa tan gran tesoro, como lo es el Sagrado Corazón de Jesús.

Mas, practicado de ese modo, el Día feliz es inaccesible á la mayoría de los fieles, que por sus ocupaciones ó por otros motivos no pueden dedicar el día entero á honrar al divino Corazón; por lo cual proponemos, ademas del propio y que es de desear, otro método más al alcance de la generalidad.

Fundadora de esta devoción fue la misma Beata Margarita María de Alacoque, escogida por Dios para propagar el culto de su Sacratísimo Corazón. Para acostumbrar á sus novicias á tener siempre ante los ojos al dulcísimo Corazón de Jesús, las proveía de una imagen pequeña del Sagrado Corazón, la cual se iban dando unas á otras diaria y sucesivamente. La que recibía este tesoro lo llevaba oculto en el pecho todo el día, haciéndole especiales obsequios y servicios hasta el siguiente que pasaba á otra, y á estos días llamaron desde entonces felices.

PRIMER METODO

Este es el más recomendable, y puede muy bien establecerse en los seminarios, colegios, familias, y entre personas piadosas que viven en el mundo, sobre todo,

los socios del Apostolado que hacen la Comunión Reparadora.

Consiste en comprometerse á honrar de una manera especial al divino Corazón un día de la semana ó del mes, en la forma siguiente:

1.º —Serie semanal.

Los abajo apuntados practicaremos la devoción del DÍA FELIZ *en obsequio y desagravio al Sagrado Corazón de Jesús, en el orden siguiente:*

Domingo.....
Lunes.....
Martes.....
Etc.

2.º —Serie mensual.

La lista se encabeza con la misma fórmula, y en lugar de los días de la semana se ponen antes de los nombres los días del mes, 1, 2, 3, etc.

Estos asociados se van pasando cada día de uno á otro por la tarde ó en la noche la imagen del Sagrado Corazón, conforme al orden de la lista. Muy conveniente es que una persona se ponga al frente de cada serie para ver que cumplan con la trasmisión de la imagen.

El día que á cada uno le toque debe procurar en cuanto pueda pasarlo en compañía de tan amable y generoso Huésped que viene á pasar un día con su amigo, y servirlo por cuantos modos estén á su alcance.

He aquí algunos de los principales obsequios que pueden ofrecerle ese día:—Cumplir con mayor diligencia y exactitud los deberes de su estado; comulgar, si es posible, ó si no, al menos espiritualmente (estando en gracia); oír misa, igualmente si se puede, y si no, tener al menos intención de asistir á cuantas misas se celebren en el mundo ese día; hacer un rato de oración mental; hacer examen de conciencia; unirse con más frecuencia en sus ocupaciones, trabajos y penas al divino Corazón y ofrecerlos por sus intenciones; hacer alguna mortificación interior ó exterior, como callar, no curiosear, privarse de algún bocado en la comida, etc.; repetir algunas jaculatorias; visitar al Santísimo Sacramento, y si no puede ir á la iglesia, haga la visita ante la imagen del Sagrado Corazón; rezar el santo Rosario; tener un rato de lectura espiritual; repasar el catecismo y enseñarlo á otros; dar limosna á los pobres ó á Dios, que ha querido ser el más pobre de todos; visitar á los enfermos ó encarcelados, etc., etc.; practicar cualquiera de los otros actos de piedad, de que hay abundantes en este libro; pero sobre todo, un acto de consagración y otro de desagravios.

Empleado de esa manera el día, es un día santo y por lo mismo verdaderamente feliz. ¡Qué tesoros de gracias no derramará el Sagrado Corazón sobre los que

tengan la dicha de ofrecerle esos homenajes de amor y reparación! ¡Cuántas inspiraciones! ¡cuántas ocasiones de practicar la virtud no hará el divino Corazón que se presenten, dando á la vez la gracia para practicarla! ¡Cuántas obras buenas en que ni siquiera se había pensado, ó que antes parecía muy difícil y hasta imposible hacerlas, se harán entonces con facilidad, bajo las influencias de la gracia, cuya fuente es el Corazón divino! En efecto, se han visto cosas maravillosas en esta devoción; lo cual nada tiene de extraño, pues el Sagrado Corazón ha prometido que derramará con abundancia las influencias de su divino amor sobre los que lo honren.

SEGUNDO METODO

Las personas que no puedan hacer todo lo que queda dicho, ni determinar día de la semana ó del mes para practicar esta devoción, pueden hacerlo en cualquier día que elijan, ya sea que la sagrada imagen pase de unos á otros, como en el método anterior, ya que cada cual lo haga aislada y separadamente en su casa; y haga entonces lo que pueda de lo anteriormente indicado; pero teniendo presente que ese día debe diferenciarse de los días comunes por el mayor cuidado que debe tener en las cosas de su alma.

días del año en las fiestas de la Natividad. Asunción y Corazón de María (confesión, comunión, visita de iglesia ó altar de la Virgen, rogando allí por la intención del Sumo Pontífice). Plenaria á la hora de la muerte. Pío VII, 18 agosto. 1807: 1º febrero 1816, y 26 setiembre 1817.

Ofrecimiento de todas nuestras obras al purísimo Corazón de María.

Para obtener la conversión de los pecadores.

Dios te salve, oh purísima Virgen María, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Ofrecedle, oh Santísima Madre mía, todos mis pensamientos, palabras y obras; todas las oraciones, súplicas y limosnas; todos los actos de piedad, de mortificación y de caridad que hiciere en toda mi vida, y particularmente en este día. Alcanzadme la gracia de hacerlo todo con tal pureza de intención y deseo de agradar á Dios nuestro Señor, que me atraiga su santa bendición. Todo lo consagro á vuestro Corazón inmaculado, suplicándoos que me alcancéis la gracia de que yo adore con él á la Santísima Trinidad y al divino Corazón de Jesús, y al mismo tiempo implore por él la gracia de mi conversión y la de todos los pecadores. ¡Oh Santísima Virgen María, mi buena Ma-

dre! guardadme siempre de toda culpa, y rogad por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte: acogednos en vuestro maternal Corazón, y no nos dejéis de vuestra mano hasta introducirnos á la patria celestial, donde podamos disfrutar de la vista del Señor y de vuestra compañía por toda la eternidad. Amén.

Ahora en reverencia de su purísimo Corazón saludaremos á María Santísima con tres *Ave Marías* y las siguientes jaculatorias, rogándole por la conversión de los pecadores:

1. ¡Oh inmaculada Virgen María, sin pecado concebida! á Vos acudimos, para que supliquéis al Eterno Padre nos conceda el perdón de nuestros pecados.—*Ave María y Gloria Patri.*

2. ¡Oh purísima Virgen María, sin pecado concebida! afectuosamente os suplicamos alcancéis de vuestro divino Hijo Jesús la pronta conversión de todos los pecadores.—*Ave etc.*

3.—¡Oh Santísima Virgen María, sin pecado concebida! por vuestro clementísimo Corazón pedid al Espíritu Santo nos inflame en su divino amor, para que todos perseveremos en la gracia del Señor hasta la muerte. Amén.—*Ave María y Gloria Patri.*

ORACIÓN Á LA SANTÍSIMA VIRGEN

Para el tiempo de la tribulación.

Señora mía benditísima, ¿quién ha sido en esta vida más atribulado después de vuestro benditísimo Hijo, que vos? ¿quién ha sido más combatido de angustias y penas? ¿quién atravesado de más agudo cuchillo de dolor? Todas las olas y tormentos que pasó vuestro piadoso Corazón, no solamente os sirvieron para ser más semejante en el padecer á vuestro Hijo, y acrecentar vuestras coronas, sino también para que os compadecieseis más de los que padecemos, y dieseis la mano y sustentaseis con vuestro brazo poderoso á los que sumidos en el abismo de miserias y calamidades, nos anegaríamos si no alzásemos los ojos á vos. Yo estoy en la hora presente afligido, el agua me llega á la boca; por todas partes estoy cercado de penas, no tengo en qué respirar, ni veo cosa en que pueda estribar ni hacer pie. El sol se me ha oscurecido, todas las cosas me atormentan, y no tengo otro refugio ni otra estrella á quien mirar sino á vos, en cuyos dulcísimos brazos me echo, y en cuyo fidelísimo patrocinio confío: y sé cierto que antes faltará el cielo y la tierra, que vuestro socorro á los que os lo piden, y con humildad y devoción esperan en vos; porque cuanto las cosas están más

apretadas y más sin remedio, tanto las entrañas suavísimas de vuestra piedad, y vuestra poderosa misericordia, resplandecen más, sanando las llagas incurables, y dando fácil salida á lo que humanamente parece que no la tiene, como os suplico que lo hagáis en esta mi necesidad. Amén.

(P. RIVADENEIRA.)

ORACIÓN Á SAN JOSÉ

(Memorare)

Acuérdate, oh castísimo Esposo de la Virgen María y amable protector mío san José, que jamás se ha oído decir que ninguno haya invocado tu protección é implorado tu auxilio sin haber sido consolado. Lleno, pues, de confianza en tu poder, vengo á tu presencia y á tí me encomiendo con todo fervor. ¡Ah! no deseches mis súplicas, oh Padre putativo del Redentor, antes bien acógelas propicio y dígnate acceder á ellas piadosamente. Así sea.

300 días de indulgencia, una vez al día.—Pío IX, 26 de junio de 1863.

ORACIÓN Á SAN JOSÉ PATRÓN DE LA IGLESIA CATÓLICA.

Oh poderosísimo patriarca san José, Patrón de la Iglesia universal, que cons-

tantemente te invoca en sus angustias y tribulaciones, dirige desde el elevado trono de tu gloria una mirada compasiva sobre el mundo católico. Que tu corazón paternal se mueva á compasión al ver á la Esposa mística y al Vicario de Jesucristo traspasados de dolor y perseguidos por potentes enemigos. Suplícote por tan amargas angustias como en la tierra padeciste, enjugues las lágrimas del Santo Padre; defiéndelo, libértalo é intercede por él cerca de Dios, dispensador supremo de la paz y de la caridad, á fin de que desaparezca toda adversidad, se disipe todo error, y la Iglesia entera pueda servir á Dios con libertad absoluta y perfecta. Amén.

100 días de indulgencia, una vez al día.—León XIII, 4 de marzo de 1882.

ORACIÓN Á LA BEATA MARGARITA MARÍA DE ALACOQUE

Oh Bienaventurada Margarita, que por una especial predilección fuiste escogida por Dios para propagar la devoción y culto del Sacratísimo Corazón de su Hijo Santísimo; por el encendido amor que te infundió el Espíritu Santo hacia el divino Corazón de Jesús; por las grandes contradicciones y trabajos que sufriste en llevar á cabo tu empresa; por los méritos eminentes y corona inmortal con que te

hallas dichosamente adornada en la gloria, te suplico me alcances del Señor un amor ardiente, tierno y constante al Sagrado Corazón de Jesús, y que á imitación tuya se haga mi corazón semejante al suyo; y que recibiendo copiosamente sus influencias, me consagre del todo á su amor y servicio y viva solo para El y muera en el seno de su amor, á fin de que mi alma pase á glorificarlo eternamente en el cielo en tu compañía. Amén.

LETRILLAS

AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

Corazón santo,
Tú reinarás;
Tú nuestro encanto
Siempre serás.

Venid, cristianos,
Y acá en el suelo
Como en el cielo
Se ve adorar:
También nosotros
Adoraremos
Y ensalzaremos
Al Dios de paz.

Jesús amable,
Jesús piadoso,
Dueño amoroso,
Dios de piedad!
Vengo á tus plantas,
Si Tú me dejas,
Humildes quejas
A presentar.

Divino pecho
Donde se inflama
La dulce llama
De caridad.
¿Por qué la tienes
Ahí encerrada,
Y no abrasada
La tierra está?

Arroja en ella
Tu hermoso fuego,
Y todo luego
Se inflamará.
¿No ves que el mundo
Vive aterido,
Y endurecido
En la impiedad?

Bien obligado
Con tu empeñada
Palabra dada,
Señor, estás.
¿Qué más tu pecho
Pide anhelante,
Sino el amante
Fuego arrojar?

Corazón dulce,
Manso y clemente,
Principio y fuente
De santidad,
Véante mis ojos
Desenojado,
Dueño adorado,
Dios de bondad.

Con lazo amigo,
Con lazo estrecho,
Tu amante pecho
Vengo á buscar.
Por Tí suspiro,
Abreme el seno,
Que en él ¡cuán bueno!
Es habitar!

Tú sólo puedes,
Omnipotente,
Mi sed ardiente
Refrigerar.
Aquí, bien mío,
Aquí el postrero
Suspiro quiero
Por Tí exhalar.

VARIANTES DEL MISMO

2 Rey de los siglos,
Rey victorioso,
Dueño amoroso,
Dios de bondad,

Vengo á tus plantas,
Si Tú me dejas,
Humildes quejas
A presentar.

Divino pecho
Donde se inflama
La eterna llama
De caridad,
¿Cómo no sale
De sus prisiones
Los corazones
A cautivar?

Bien obligado
Con empeñada
Promesa dada,
Señor, estás.
¿Qué más tu pecho
Pide anhelante
Sino el amante
Fuego arrojar?

Corra la llama
Tan poderosa,
Que arda amorosa
La tierra ya.
Rey de las almas,
Jesús clemente,
Divina fuente
De santidad.

Véante mis ojos
Desenojado,
Dueño adorado,
Dios de piedad.
De hoy más las manos
En cautiverio
Con dulce imperio
Tú me tendrás.

Aquí admitido,
Corazón santo,
Quiero en el llanto
Perseverar.
De Tí la vida,
En Tí la muerte,
¡Divina suerte!
Quiero esperar.

OTRAS VARIANTES

Corazón santo,
Fuente de amor,

Consuela el llanto
Del pecador.

Jesús del alma
Dueño amoroso.
Padre piadoso,
Dios de bondad;
Yo herí tu pecho
Con mi pecado,
¡Lloro humillado
Mi iniquidad!

En él arroja
Divino fuego,
Y todo luego
Se inflamará;
Que si lo abrasa
Tu amor ardiente
Eternamente
Tuyo será.

Jesús amable,
Jesús piadoso,
Dueño amoroso,
Dios de bondad;
Vengo á tus plantas,
Si Tú me dejas,
Humildes quejas
A presentar!

Corazón dulce,
Manso y clemente,
Divina fuente
De santidad,
Tú eres la prenda
De mi victoria,
Tú eres mi gloria,
Mi eterna paz.

Divino pecho
Donde se inflama
La dulce llama
De caridad,
Tu sangre pura
Borre del mio,
Perverso y frío
Tanta maldad.

Tú solo puedes,
Omnipotente,
Mi sed ardiente
Refrigerar,
Aquí, bien mío,
Aquí el postrero
Surpiro quiero
Por Tí exhalar.

DE EL SALVADOR

OTRA LETRILLA

Con flecha ardiente,
Dueño y Señor,
Abre en mi pecho
Llaga de amor.

¡Ay, Jesús mío!
Mis culpas fueron
Las que te hirieron.
¡Yo fuí, yo fuí!
¡Delirio insano!
¡Infausta suerte!
Yo dura muerte,
Mi bien te dí.

Tu amante pecho,
No fue el soldado,
Fué mi pecado
Quien lo rasgó.
Mi horrenda culpa,
¡Ay infelice!
¡Qué es lo que hice!
Lo atravesó.

Pero la sangre
De ese costado,
Que yo he rasgado,
Me ha de lavar;
Por que con ella
A tu homicida
Salud y vida
Le quieres dar.

Pues de tu pecho
Está, bien mío,
Manando un río
De inmenso amor.
Yo vengo inmundo,
Lleno de lodo;
Límpiame todo,
Todo, Señor.

Y en esa herida
Que es franca puerta
Para mí abierta
Recógemé.
Ya otro alberge
Nunca no quiero.
¡Manso cordero,
Admítemé!

En mí ¡qué dicha!
La suave llama
Que en Tí se inflama
Tú encenderás.
Y para siempre,
Grato y risueño,
¡Oh dulce dueño!
Mío serás.

INDICE

	Pág.
Dedicatoria	III
Prólogo	V

PRIMERA PARTE

Naturaleza de la devoción al Corazón de Jesús	11
Práctica de la devoción al Corazón de Jesús	19
APOSTOLADO DE LA ORACIÓN.—Estatutos	20
Comentarios.–Indole del Apostolado	27
,, Constitución y Organización	43
Qué es el Apostolado de la Oración?	55
Fin, espíritu é índole del Apostolado	61
Bienes espirituales del Apostolado..	66
Indulgencias del Apostolado	75
Facultades de los Directores	79
LA COMUNIÓN REPARADORA	82
,, Su fin	83
,, Indulgencias	86
,, Condiciones	87
LA HORA SANTA.—Lo que es	89
,, Estatutos	91

Pág.

Devociones complementarias del Apostolado..... 94
Patronos de mes..... 94
Tesoro del Corazón de Jesús..... 95
Escapulario del Apostolado... 99
Otros escapularios del S. Corazón... 100

Pía Unión ó Hermandad del Corazón de Jesús..... 107
,, Método para establecerla.... 109
,, Para erigirla canónicamente 112
,, Reglas de la Hermandad.... 114
,, Indulgencias..... 116
,, Otros privilegios..... 121

El Apostolado y la Archicofradía del S. Corazón.—I. Espíritu del Apostolado..... 123
II. Precedentes históricos..... 125
III. Documentos oficiales: Rescripto Pontificio..... 129
Acta de delegación del Director de la Archicofradía..... 130
IV. Relaciones que existen entre el Apostolado y la Archicofradía..... 131

Prácticas de la vida cristiana.... 133
,, de obligación..... 133
,, al despertar y al levantarse 133

Ejercicio cotidiano..... 138
¿En qué consiste la perfección del cristiano?..... 138
Por la mañana.—Tres cosas que se han de hacer en levantándose.... 142

Pág.

Al despertar por la mañana 143
Ofrecimiento de obras 144
Práctica de meditar muy útil y fácil 150
Entre día 153
El cumplimiento de las cotidianas obligaciones 154
Jaculatorias con indulgencias 167
Por la noche.—Modo santo de terminar el día 176
El Santo Sacrificio de la Misa 186
Oración antes de la Misa 188
Significación de los ornamentos 190
Intención 191
Oración al entrar en el templo 192
Explicaciones de la Misa y oraciones para oírla 193
La Confesión 219
Advertencias para la confesión .. 248
Del modo que se ha de tener en la misma confesión 253
Después de la confesión 256
Comunión.—Devoción y reverencia con que se ha de comulgar 258
Efectos de la comunión 261
Antes de la comunión 264
Después de la comunión 276
De la comunión frecuente 289
Otro método muy devoto para comulgar 300

SEGUNDA PARTE

	Pág.
Prácticas de devoción al S. Corazón de Jesús.—Oraciones para cualquier día.—De la devoción	312
Ejercicios del Apostolado.—Observaciones....	316
Ejercicios particulares y privados..	319
Prácticas recomendadas por el Apostolado.....	320
Otras devociones.....	323
Ofrecimiento de las obras del día...	325
Ofrenda que debe hacerse por la mañana.....	327
Oración de los asociados.....	328
Consagración diaria al S. Corazón..	329
Ofrecimiento.....	331
Id. ante una imagen del S. C.	332
Oraciones después de la misa rezada	332
Ofrenda de la B. Margarita	333
Acto de consagración al S. Corazón	334
Id. id.	335
Oración al Sagrado Corazón	336
Ofrecimiento del C. de J. al Eterno Padre.....	336
Acto de reparación al S. Corazón ..	337
Id. de desagravio.....	339
Súplica á los SS. Corazones de Jesús y de María.....	340
Pequeño rosario de jaculatorias....	343
Coronita en honor del S. Corazón ..	344
Letanías del S. Corazón de Jesús	347
Fórmula de consagración al S. C. ..	351

Pág.

Oración para pedir buena muerte .. 352
Oración que la Sma. Virgen reveló á santa Gertrudis..... 353
Oraciones por las almas del Purgatorio..... 353
Acto de consagración para antes de tomar el sueño..... 355
A María Santísima 356
Acto de consagración de las familias al S. Corazón..... 356
Devoción al Corazón agonizante de Jesús..... 358
Ruega por los agonizantes..... 360
Unión en el altar 363
Los sacrificios diarios ofrecidos al S. Corazón..... 367
Los viernes consagrados al S. C.—Vía Crucis 373
Adoración á las cinco llagas de Ntro. Señor Jesucristo. 392
Siete ofrecimientos de la Sangre de Jesucristo al Eterno Padre..... 397
Devoción al S. Corazón para todos los viernes..... 402
El primer viernes santificado por la devoción al Corazón de Jesús 413
Reglas que se han de observar el día de retiro..... 415
Acto de consagración 417
Acto de desagravios..... 419
Desagravios al S. C. de Jesús..... 422
Práctica de los nueve oficios 425

Pág.

Oficio parvo del S. Corazón 440
Buena muerte.—Cuánto importa morir bien.... 455
Preparación a la muerte.... 457
Aceptación de la muerte.... 460
Oración para pedir al Señor buena muerte..... 461
Oración á Jesus crucificado para obtener buena muerte..... 462
Tres oraciones que enseñó la Sma. Virgen á Sta. Matilde para la hora de la muerte..... 466
Plan de vida..... 467
Acto heroico por las almas del purgatorio..... 471
Fórmula para hacer este voto..... 472
Consideraciones para moverse á hacerlo.... 474
Elección de estado..... 477
Oración para pedir gracia de escoger estado.... 478
De la meditación 479
Ejercicios públicos y solemnes del Apostolado... 486
Instalación del Apostolado.... 486
Consagración de los socios del Apostolado.... 489
Admisión de socios 490
Consagración práctica y Pacto de Unión permanente con el S. C.... 491
Admisión solemne de celadores.... 495
Ceremonia para la recepción de ce-

Pág.

ladores.... 496
Acto de consagración de los celadores al Corazón de Jesús.... 497
Bendición de las cruces ó medallas de celadores..... 499
Ejercicio mensual del Apostolado.. 501
Aniversario y fiestas de renovación para socios y celadores.... 504
Misa del Sagrado Corazón.... 505
Junta de celadores..... 506
Oración que se reza al principio de las juntas de celadores.... 507
Fórmula para bendecir é imponer los escapularios del Apostolado.. 508
Fórmula para conceder las indulgencias apostólicas y las de santa Brígida.. 510
Fórmula para bendecir los escapularios del S. Corazón de Jesús 511
Actos públicos.... 511
Consagración de niños al S. Corazón 512
Consagración de una parroquia, comunidad, etc. al S. Corazón 515
Novena al S. Corazón de Jesús para prepararse al primer viernes de mes 516
Otra novena al S. Corazón.... 520
Día de la fiesta del S. Corazón 529
Meditación.... 530
Práctica de la Comunión Reparadora 535
Ventajas de la comunión frecuente.. 536
Advertencias sobre la Comunión Reparadora.—Resoluciones 538

Pág.

Prácticas generales..... 539
Oración para ofrecer la Comunión Reparadora..... 540
Invocación al purísimo Corazón de María 542
Invocación á los santos Angeles.... 543
Después de la Comunión.—Ofrenda del purísimo Corazón de María al S. Corazón de Jesús.... 544
Oración á san Luis Gonzaga para alcanzar verdadera devoción al Corazón de Jesús.... 545
Consideraciones para la Comunión Reparadora.—I. Unión.... 546
II. Comunión frecuente 549
III. Efectos de la comunión..... 554
Práctica de la Hora Santa.... 559
Manera fácil de hacer la Hora Santa 560
Primer ejercicio de la Hora Santa.—Oraciones que pueden servir para hacerla..... 563
I.—Oración al C. de J. por el mérito particular de cada una de las penas que sufrió en la Pasión 563
II.—Sentimientos de confianza. 566
III.—Sentimientos de contrición. 569
IV.—Sentimientos de buen propósito..... 570
V.—Sentimientos de amor.... 572
VI.—Sentimientos de conformidad con la voluntad de Dios.... 574
Segundo ejercicio de la Hora Santa. 576

DE EL SALVADOR

Pág.

Oración para dar principio 576
Consideraciones 577
El culto perpetuo del S. corazón 587
Ventajas de la adoración perpetua.. 588
Objeto de la adoración perpetua.... 589
Visitas al Santísimo Sacramento.. 590
Acto de adoración 590
Primera visita. – Sacrificio cotidiano de la voluntad y acto de desagravios al Corazón de Jesús.... 593
Comunión espiritual.... 596
Oración para comulgar espiritualmente..... 597
Segunda visita. — Oración y pacto con el S. Corazón de Jesús 598
Cinco visitas á Jesús Sacramentado en testimonio de amor y desagravio á su Sagrado Corazón..... 600
Octava visita.—Acto de confianza en Dios.... 606
Visita á la Santísima Virgen..... 607
Actos de Consagración al Sacratísimo Corazón de Jesus.... 609
Consagración que hizo de sí la B. Margarita María..... 609
Consagración del P. Claudio de la Colombiére.... 610
Oración para renovar las promesas del bautismo.... 611
La guardia de honor del sagrado corazón de jesús.... 613
Estatutos.... 614

Pág.

Objeto de la Guardia de Honor 621
El Cuadrante..... 622
La hora de Guardia..... 623
La preciosísima ofrenda.... 624
La Súplica perpetua.... 625
La unión al Salvador perpetuamente inmolado.... 628
La adoración y la Comunión reparadora.... 629
Recomendaciones 630
Establecimiento canónico de la Guardia de Honor..... 631
Celadores y Celadoras..... 634
Fórmula que se recita el día de la agregación.... 637
Modo de alistarse privadamente ó en público en la Guardia de Honor.. 637
Indulgencias de la Guardia de Honor 639
Oraciones de la Archicofradía.—Ofrecimiento de la hora de Guardia 641
Preciosísima ofrenda..... 641
Acto de adoración reparadora..... 642
Jaculatorias para la hora de Guardia 644
Ofrenda para terminar la hora... 644
Renovación de la agregación 645
Oración al Corazón de Jesús herido por la lanza.... 645
Acto de desagravios.... 646
Oración de los Guardias de Honor á María.... 647
Oración reparadora.... 648
Cántico de la Guardia de Honor.... 651

Pág.

Mes del sagrado corazón 653
Indulgencias 654
Modo de practicarlo 654
Acto de consagración al S. Corazón de Jesús 655
Acto de desagravios 656

Día 1.—Objeto de la devoción al Corazón de Jesús 658
,, 2.—Origen de la devoción al S. Corazón 661
,, 3.—Fin de esta devocion 664
,, 4.—Fines parciales de esta devoción: 1.º —La gratitud .. 667
,, 5. 2.º —La reparación 670
,, 6. 3.º —La imitación .. 673
,, 7.—Fundamentos en que descansa esta devoción 676
,, 8.—Promesas de Ntro. Señor en favor de los devotos de su Divino Corazón..... 679
,, 9.—Oportunidad de esta devoción..... 683
,, 10.—Solidez de esta devoción: I. Por su objeto.... 686
,, 11. II. Por su objeto material. 688
,, 12. III. Por su objeto espiritual. 693
,, 13. IV. Por su motivo y sus frutos... 695
,, 14. V. Por su fin 699
,, 15.—Excelencia de esta devoción 701
,, 16.—Práctica de la devoción al

Pág.

Corazón de Jesús..... 705
Día 17.—Homenaje.—Las imágenes 708
,, 18.—Reparación.—Por qué hay que reparar..... 712
,, 19.—Por qué hay que reparar.. 715
,, 20.—Por qué hay que reparar.. 718
,, 21.—Cómo se ha de reparar.—La fiesta del S. Corazón 721
,, 22.—Obras de reparación.—La Comunión.... 725
,, 23.—Obras de reparación.—La Comunión reparadora 728
,, 24.—Obras de reparación.—La Hora Santa 730
,, 25.—Obras de reparación.—El Santo Sacrificio de la Misa .. 732
,, 26.—Obras de reparación.—Visitas al Santísimo Sacramento 736
,, 27.—Obras de reparación.—Mortificación..... 739
,, 28.—Apostolado.—I. Celo de la gloria del Sagrado Corazón.. 742
,, 29.—Apostolado.—II. Congregaciones.... 746
,, 30.—Apostolado de la Oración.. 749
,, 31.—El Corazón de Jesús I... 752
,, 32.—El Corazón de Jesús II... 757
,, 33.—El Corazón de Jesús III... 760
DÍA FELIZ..... 763
ALGUNOS OBSEQUIOS AL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA..... 768

Pág.

Consagración..... 768
Ofrecimiento por la conversión de los pecadores..... 770
Oración á la Sma. Virgen para el tiempo de la tribulación 772
Oración á S. José.—Memorare.... 773
Oración á San José, Patrono de la Iglesia..... 773
Oración á la B. Margarita María... 774
Letrillas al Corazón de Jesús..... 775

Corríjase.

En la página 163, línea 1a. se leen estas palabras: El sábado en la tarde, etc. Deben colocarse después de la línea 10.

En la página 734, línea 12, dice: inmoralidad. Léase inmortalidad.

Hay otras erratas de menor importancia, que el lector fácilmente puede corregir por sí mismo.